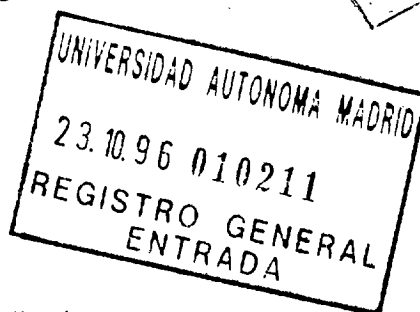
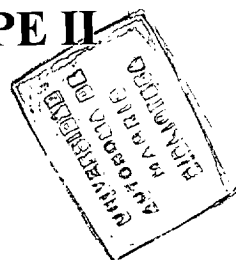


UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID
Facultad de Filosofía y Letras
Departamento de Historia Moderna

**LOS CONSEJOS DE ESTADO Y GUERRA
DE LA MONARQUIA HISPANA
DURANTE LA EPOCA DE FELIPE II
(1548-1598)**

R. B. C 64. 190



Tesis doctoral realizada por

D. SANTIAGO FERNANDEZ CONTI

Bajo la dirección del profesor

D. JOSE MARTINEZ MILLAN

Octubre 1996

*A mis padres,
Pedro y Teresa.*

El inicio, desarrollo y culminación de esta tesis doctoral debe mucho a todos aquellos que, desde la distinta posición que ocupan en mi universo particular, han contribuido de alguna forma a materializar este viejo sueño, perseguido a lo largo de tantos años. Familia y amigos han soportado al personaje casi siempre ausente y, cuando presente, obsesionado y abstraído, en que se convierte un doctorando durante el proceso de redacción de la tesis. Es obligada la mención primera a mi tía Elena, quien tuvo mucho que ver con el nacimiento de mi vocación investigadora, que siempre ha alentado con infinitas dosis de cariño y no menos reprimendas; recordar asimismo a mi hermana Belén, que me brindó la oportunidad de trabajar en el mundo de las bibliotecas; a mi tío Cándido, implacable lector de mis trabajos previos, que espero pueda pasear por los campos de Galicia cuando termine con éste; y a Nuria, que ilumina el camino con su sonrisa. Por otro lado, en los estudios publicados durante los últimos tiempos sobre la Epoca Moderna, resulta ya corriente encontrarse en los preámbulos al personal del Archivo General de Simancas en general, y a Isabel Aguirre y José Luis Rodríguez en particular. Quiero sumarme a la extensa lista de agradecidos investigadores, pues a ellos debo no solo un trato y acogida poco usuales en centros de las mismas características, sino también un cúmulo de fructíferas referencias documentales.

La experiencia me ha enseñado que la integración en un auténtico equipo de investigación es un privilegio impagable. En este sentido, es preciso destacar las largas y provechosas conversaciones mantenidas con D. Manuel Rivero Rodríguez; y, muy especialmente, el apoyo constante de D. Carlos Javier de Carlos Morales, pues este trabajo se ha beneficiado en grado sumo de su amistad y valía intelectual. Reservo mi reconocimiento postrero para el profesor D. José Martínez Millán, director del equipo. A su lado sigo aprendiendo sobre la vida y sobre la historia, y siempre consideraré uno de los mayores aciertos que he tenido en mi curso vital, el haber entrado en su despacho una soleada mañana del mes de octubre de 1987 para pedirle que me dirigiera la tesis doctoral, que ahora ve la luz.

INDICE

Abreviaturas	1
A. - INTRODUCCION	3
B. - EVOLUCION DE LOS CONSEJOS DE ESTADO Y GUERRA	18
PRIMERA PARTE: la herencia del Emperador (1548-1566)	19
1. Epoca de Regencias (1548-1559): Juan Vázquez de Molina al frente de la administración castellana de Estado y Guerra.	29
1.1. La Regencia de Maximiliano y María de Austria (1548-1551): el dominio pleno de Juan Vázquez de Molina.	29
1.2. Tercera Regencia de don Felipe (1551-1554): la irrupción de Ruy Gómez y el planteamiento del conflicto.	36
1.3. La Regencia de Juana de Portugal (1554-1559): el control de la Corte por parte del "partido ebolista".	48
1.3.1. El diseño del gobierno de la Regencia	48
1.3.2. Felipe II y la Corte de Flandes	56
1.3.3. El enfrentamiento Bruselas-Valladolid, un conflicto faccional	65
1.3.4. La caída de Juan Vázquez de Molina	84
2. Esplendor y declive del "partido ebolista" (1560-1566).	90
2.1. Las aspiraciones frustradas del Duque de Alba.	91
2.2. El triunfo del "ebolismo"	96
2.2.1. Ruy Gómez y el Consejo de Estado	96
2.2.2. Francisco de Eraso y el Consejo de Guerra	102
2.3. La caída del Príncipe de Eboli	106
2.3.1. La ampliación de los Consejos de Estado y Guerra	110
2.3.2. Flandes y la marcha del Duque de Alba	114
SEGUNDA PARTE: confesionalismo y gobierno (1567-1579)	117
3. La <i>Privanza</i> de un <i>Letrado</i> (1567-1572): el cardenal Diego de Espinosa	120
3.1. El Consejo de Estado y el control de un letrado	122
3.2. El Consejo de Guerra: renovación administrativa e impulso jurisdiccional	127
3.3. Las relaciones con la Cristiandad	137

4. El legado de Espinosa (1573-1579): el planteamiento del sistema de juntas y la contienda entre “papistas” y “castellanistas”	147
4.1. El contexto faccional, entre <i>Juntas</i> y secretarios	147
4.2. El gobierno de la Guerra	153
4.2.1. La posición de Juan Delgado	153
4.2.2. Las <i>juntas</i> de guerra	159
4.3. Los asuntos de Estado: Flandes y sus repercusiones	169
4.3.1. El gobierno de Requesens y la ambigüedad cortesana	171
4.3.2. Flandes sin gobernador: el ascenso de Antonio Pérez	184
4.3.3. Don Juan de Austria en Flandes: el triunfo del "partido papista"	195
4.4. La desintegración del "partido papista"	215
•	
TERCERA PARTE: poder político y ejercicio jurisdiccional (1580-1598)	231
5. La Corte itinerante (1580-1585): camino de una nueva forma de gobierno	234
5.1. La jornada portuguesa	234
5.2. Interludio castellano	241
5.3. Cortes en la Corona de Aragón	253
6. La <i>Privanza</i> compartida (1586-1598): el gobierno mediante las <i>Juntas</i> políticas	258
6.1. Los años de la Gran Armada (1586-1592)	262
6.1.1. El esfuerzo organizativo	262
6.1.2. Secuelas del desastre	273
6.2. El final de un reinado (1593-1598).	280
6.2.1. La reorganización del gobierno	280
6.2.2. El conflicto europeo	288
6.2.3. De la privanza al valimiento	294
C. - CONCLUSION	298
D. - FUENTES MANUSCRITAS, IMPRESAS Y BIBLIOGRAFIA	339
E. - INDICE ONOMASTICO	366

ABREVIATURAS

ACA.	: Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona)
ADA.	: Archivo de los Duques de Alba (Madrid)
ADE-NF.	: <i>Archivo Documental Español. tomos 1-12: negociaciones con Francia (Madrid, 1950-60)</i>
AG.	: <i>"Diurnal de Antonio Gracián, secretario de Felipe II", G. de ANDRES, ed. <u>Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial</u> (1962, 1965).</i>
AGI.	: Archivo General de Indias (Sevilla)
AGS.	: Archivo General de Simancas (Valladolid)
CC.	: Cámara de Castilla
DC.	: Diversos de Castilla
Lib.Ced.	: Libros de Cédulas
V.	: Visitas
CG.	: Contadurías Generales
CJH.	: Consejo y Juntas de Hacienda
E.	: Estado
CS.	: Contaduría del Suelo
CMC.	: Contaduría Mayor de Cuentas
CSR.	: Casas y Sitios Reales
EMR.	: Escribanía Mayor de Rentas
QC.	: Quitaciones de Corte
GM.	: Guerra y Marina
LR.	: Libros de Registro
PE.	: Patronato Eclesiástico
PR.	: Patronato Real
AHN.	: Archivo Histórico Nacional (Madrid)
E.	: Estado
AMAE.	: Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid)
AZ.	: Archivo Zabálburu (Madrid)
BE.	: Biblioteca de El Escorial
BL.	: British Library (Londres)
Add.	: Additional
Eg.	: Egerton
BNM.	: Biblioteca Nacional (Madrid)
BPRM.	: Biblioteca del Palacio Real (Madrid)
BUS.	: Biblioteca Universitaria de Salamanca
CDCV.	: FERNANDEZ ALVAREZ, M. ed., <u>Corpus Documental de Carlos V,</u>
CODOIN.	: <i>Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España</i>

CSP-FS. : Calendar of State Papers: Foreign Series
 E I : Elizabeth I
 CSP-V. : Calendar of State Papers-Venetian
 DF. : Depeches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne (1565-1572), DOUAIS, M. J. C. ed. Paris 1896, 3 vols.
 EDA. : Epistolario del Tercer Duque de Alba
 GP. : A. GONZALEZ PALENCIA, Gonzalo Pérez, Madrid 1946. 2 vols.
 IVDJ. : Instituto Valencia de Don Juan (Madrid)
 LD. : BRUNETTI, M., Correspondenza da Madrid di Leonardo Dona, 1570-1573, Venecia 1963. 2 vols.
 MY. : L. P. GACHARD, Retraite et mort de Charles Quint au Monastere de Juste, Bruxelles, Gand et Leipzig, 1854. 3 vols.
 N-CODOIN. : Nueva Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España
 RAH. : Real Academia de la Historia (Madrid)
 SHM. : Servicio Histórico Militar (Madrid). Depósito Histórico.

I N T R O D U C C I O N

Durante el siglo XIX se desarrolló un nuevo significado de los conceptos Estado y sociedad. La burguesía, triunfante de las revoluciones que se produjeron durante la centuria, suprimió la composición sociopolítica estamental, basada en el derecho a disfrutar o no de privilegios. Con ello, conseguía separar, por una parte, la sociedad, cuyos miembros a partir de entonces comenzaron a relacionarse a través de las leyes de mercado y cuya estratificación social vino determinada por la economía, y, por otra parte, el Estado como entidad racional, en la que exclusivamente residía el poder, capaz de establecer leyes abstractas y generales a toda la sociedad, utilizando para ello a unos servidores o burócratas¹.

Con el fin de justificar la nueva construcción política y hacer efectivo su dominio sobre toda la sociedad, la burguesía presentó el período anterior, que denominamos Edad Moderna, como fase previa en la que se había configurado esencialmente Estado, de manera que el transcurrir histórico adquirió una lógica que forzosamente venía a desembocar a la situación política y social que acababa de implantar. Asimismo, para dar cohesión a todos los elementos de la nueva sociedad, a quienes se consideró con los mismos derechos tras la supresión de los estamentos, la burguesía creó el concepto de nación, haciendo que los individuos se sintieran unidos, no solo por unas instituciones coercitivas (Estado), sino también por unos sentimientos comunes, sirviéndose para su difusión del movimiento romántico². Dado que -como queda dicho- todos los miembros de la nueva sociedad se consideraban iguales en derechos y que los antecedentes de la nueva situación se hallaban en el pasado, competió a los historiadores reescribir la Historia: las características del pueblo, que formaba la nación, ya se hallaban en los primeros pobladores del solar geográfico que ocupaba la nación del siglo XIX (v. gr. los "celtas" e "iberos" en España).

¹ Sobre el tema, N. BOBBIO, Estado, gobierno, sociedad. Contribución a una teoría general de la política. Barcelona 1987, pp. 65-84. Quien mejor supo construir el sistema sociopolítico surgido a partir de estas fechas ha sido M. WEBER, Economía y sociedad. México 1979, pp. 1050 ss. Un estado de la cuestión, que me ha resultado útil para redactar estas líneas, J. MARTINEZ MILLAN, "Introducción" a la obra de Rafael ALTAMIRA, Felipe II, hombre de Estado (En prensa).

² Acerca de esta cuestión, J. S. PEREZ GARZON, "Ejército nacional y milicia nacional". Zona Abierta 31 (1984) 23-25. J. SOLE-TURA, Capitalismo y revolución burguesa. Madrid 1974, pp. 135-145. P. CIRUJANO MARIN, T. ELORRIAGA PLANES, J. S. PEREZ GARZON, Historiografía y Nacionalismo español, 1834-1868. Madrid 1985, pp. 5-8.

Por otra parte, al presentar la Edad Moderna como antecedente inmediato del siglo XIX, las instituciones de las Monarquías modernas fueron consideradas el germen de las del nuevo Estado, sin distinguir en ellas cambios cualitativos sino tan solo modificaciones cuantitativas. De esta modo, todos los problemas socio-políticos acaecidos en los diferentes reinos europeos de la edad Moderna eran explicados por los historiadores como un paso más hacia la consecución de la centralización de la Monarquía, cuya organización era equiparada en todo momento a la del Estado burgués. Esta separación de Estado y sociedad, que se aplicaba al estudio de las Monarquías del Antiguo Régimen, se consumó con los estudios de Max Weber y de la neue Sozialgeschichte que, tras revolución historiográfica, se instaló como nueva ortodoxia de interpretación histórica y cuyas secuelas aún perduran en nuestros días³.

Ello trajo numerosas e importantes consecuencias ya que la utilización de este sistema centralista para explicar la realidad politico-social de la Edad Moderna llevó a separar la Corte, como lugar donde residían los organismos centrales de gobierno, del Estado. La renovación de la historiografía a partir de la década de 1950, tratando de explicar el absolutismo, vino a subrayar aún más esta división⁴; pero

³ Desde otro punto de vista, pero denunciando esta desviación, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, "La transición política y la instauración del absolutismo", Zona Abierta, 30 (enero-marzo 1984), pp. 63-75. Una crítica lúcida a este sistema en N. LAURIN-FRENETTE, Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa, Madrid 1989, pp. 79-116.

⁴ Como inicio de este resurgir temático se puede poner el estudio de R. MOUSNIER y F. HARTUNG, "Quelque problèmes concernant la Monarchie absolue", X Congresso Internazionale di Scienze Storiche. Relazioni, Storia Moderna, Firenze 1950, IV, pp. 1-55, contestado, en 1960, por J. VICENS VIVES, "Estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII", Coyuntura económica y reformismo burgués, y otros estudios de historia de España, Barcelona 1969, pp. 99-142, a los que siguieron una pléyade de estudios, tanto desde el punto de vista marxista como sociológico e institucionalista. Entre los primeros, cabe recordar los de L. LUBLINSKAYA, algunos de los cuales han sido publicados en español bajo el título La crisis del siglo XVII y la sociedad del Absolutismo, Barcelona 1979; además, B. PORSHNEV, Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII, Madrid 1978, a los que se podrían añadir muchos más, que hoy resultan clásicos, hasta llegar a P. ANDERSON, El Estado absolutista, Madrid 1979. Por parte institucionalista, H. TREVOR-ROPER, Crisis en Europa (1560-1660), Madrid 1983 y J. STRAYER, Sobre los orígenes medievales del Estado Moderno, Barcelona 1981 (aunque el original inglés data de 1961, como el mismo autor indica en su prólogo), J. H. SHENNAN, The origins of the modern European State, 1450-1725, London 1974, etc. En España esta corriente, abanderada por el magno estudio de J. A. MARAVALL, Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII), Madrid 1972, 2 vols., ha fructificado en trabajos como el de A. MORALES MOYA, "El estado absoluto de los Reyes Católicos", Hispania, 129 (1975), pp. 75-119, y es defendida en la actualidad por S. de DIOS, "Sobre la génesis y los caracteres del Estado absolutista en Castilla", Studia Historica, III, n° 3 (1985), pp. 11-46 (donde afirma la existencia en Castilla, a fines del siglo XV, de la soberanía, conciencia de comunidad política y un fuerte aparato centralizado de

además, la historia institucional y administrativa, que se potenció desde algunos de estos planteamientos, abría nuevos campos hacia la historia política y social⁵, al estudiarse no solo las teorías políticas, sino también las personas que ocuparon dichos cargos, a los que se consideró elites sociales⁶. En la actualidad, tales planteamientos han sido modificados debido a otras líneas de investigación que complementan o rectifican las anteriores⁷.

Con todo, no todas las interpretaciones siguieron a Max Weber o a los teóricos marxistas⁸. Paralelamente al gran sociólogo alemán y también al margen de la dialéctica marxista surgieron otros historiadores germanos⁹ que, estudiando las formaciones políticas

gobierno); IDEM, "El Estado moderno ¿un cadáver historiográfico?", Realidad e imágenes del poder. España a fines de la edad media, A. RUCQUOI coord., Valladolid 1988, pp. 389-408; IDEM, Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474 y 1530, Madrid 1993. Más autores en esta línea, M. GARCIA PELAYO, "Hacia el surgimiento histórico del Estado Moderno", Idea de la política y otros escritos, Madrid 1983, pp. 109-133; y, desde presupuestos teóricos absolutamente diferentes, J. M. MONSALVO ANTON, "Poder político y aparatos de Estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática", Studia historica. Historia medieval, IV, n° 2 (1986), pp. 101-167. Un resumen de estas tendencias, pero también de las líneas opuestas, en P. FERNANDEZ ALBALADEJO, "Les traditions nationales d'historiographie de l'Etat: l'Espagne", Visions sur le développement des états européens, BLOCKMANS, W. y GENET, J. P. eds., Roma 1993, pp. 219-233 (esp. 228 ss.).

⁵ J. MARTINEZ MILLAN, "Introducción", La Corte de Felipe II. Madrid 1994, p. 13. Una recopilación de dichas tendencias en A. MUSI (coord.), Stato e pubblica amministrazione nell'Ancien Regime. Napoles 1979.

⁶ Sin duda ninguna, el historiador que introdujo estas corrientes en España y que mejor ha sabido estudiarlas, ha sido P. MOLAS RIBALTA. Resultaría prolijo enumerar todos sus trabajos en esta materia; con todo, valga recordar, el que sirvió de guía para muchos historiadores españoles, P. MOLAS RIBALTA (dir.), Historia social de la administración en España. Barcelona 1980, al que siguieron, ID., "La Chancillería de Valladolid en el siglo XVIII. Apunte sociológico". Cuadernos de Investigación Histórica 3 (1979) 231-258. ID., "Los colegiales mayores en la Audiencia de Valencia (siglos XVII-XVIII)". Pedralbes 1 (1981) 51-75. ID., "Catalans à l'administració central al segle XVIII". Pedralbes. 8-II (1988) 181-195. "Los magistrados de Carlos III en Valencia". Estudis 14 (1989) 7-34. ID., "Los magistrados de la Ilustración". Estudios dieciochistas. Homenaje al prof. José Caso González. Oviedo 1995, pp. 163-179. ID., "The Impact of Central Institutions". W. REINHARD (ed.), Power Elites and State Building. Oxford 1996, pp. 19-39.

⁷ Así creemos verlo, entre otros, en N. HENSHALL, The Myth of Absolutism. Change and Continuity in Early Modern European Monarchy. London 1992 o en el ya mencionado, W. REINHARD (ed.), Power Elites and State Building. Oxford 1996.

⁸ Una revisión de las diferentes formas que han tenido las corrientes historiográficas en interpretar el fenómeno del Estado y el poder político en A. M. HESPANHA, "A historiografia juridico-institucional e a <morte do Estado>", Anuario de filosofía del derecho, III (1986), pp. 191-227.

⁹ Nos remitimos al trabajo de G. OESTREICH, "Le origini della storia sociale in Germania". Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento 2 (1976) 259-336, que resulta fundamental sobre el tema.

medievales de Occidente, denunciaron los equívocos de las corrientes anteriores. Aunque ello ya se puso de manifiesto en la obra de Otto Hintze¹⁰, fue el austriaco Brunner, quien mejor reinterpreto la edad Moderna¹¹. Las teorías de Brunner pasaron en fecha tardía (a finales de la década de 1970 y durante la de 1980) a Italia, donde el profesor Schiera las difundió entre sus discípulos¹².

Los planteamientos de Otto Brunner, bien es cierto que mezclados o añadidos a otros influjos, fueron dados a conocer en España -entre otros- por B. Clavero y A. M. Hespanha cuando aquí aún hacía sus últimos estragos la escuela de los Annales. El primero de ellos (en un polémico artículo) destruía la idea de que la composición sociopolítica de la edad Moderna fuera el antecedente directo del estado burgués, señalando que la ruptura de la estructura política se daba con las revoluciones burguesas (finales del siglo XVIII o principios del XIX) en vez de a finales de la Edad Media como se venía repitiendo¹³, al que siguieron numerosos trabajos tratando de definir -según su parecer- en qué consistía la composición sociopolítica de la Edad Moderna¹⁴. El segundo hacía una completa y pedagógica exposición de las estructuras de las Monarquías modernas occidentales, que nos sirvió de punto de arranque para planificar nuestra investigación sobre los Consejos de

¹⁰ O. HINTZE, Historia de las formas políticas. Madrid 1968.

¹¹ Me refiero a O. BRUNNER, Estructura interna de Occidente. Madrid 1991. ID, Land und Herrschaft. Wien 1965, traducido al italiano (que es la edición que utilizo) Terra e Potere. Milano 1983. ID, "Il problema di una storia sociale europea". Per una nuova storia costituzionale e sociale. Milano 1970, pp. 21-50. Para una interpretación de Brunner, M. MERIGGI, "Otto Brunner, storico delle istituzioni". Annali dell'Istituto Storico Italo-Germanico de Trento 13 (1987) 97-120.

¹² La explicación de este influjo y su evolución en la extensa y documentada "Introducción" que el propio P. SCHIERA hace a la traducción al italiano, en 1983, de la obra de Otto BRUNNER, Land und Herrschaft. Las nuevas preocupaciones de Schiera dieron como fruto, E. ROTELLI y P. SCHIERA, Lo Stato Moderno. Bologna 1971, 3 vols.

¹³ B. CLAVERO, "Política de un problema: la revolución burguesa"; B. CLAVERO, P. RUIZ TORRES, F.J. HERNANDEZ MONTALBAN, Estudios sobre la revolución burguesa en España. Madrid 1979, pp. 1-35.

¹⁴ Me remito entre otros a, B. CLAVERO, "Institución política y derecho: acerca del concepto historiográfico de Estado Moderno". Revista de Estudios Políticos 19 (1981) 43-57. La colección de artículos, ID., Tantos estados como personas. Madrid 1987. La última evolución del pensamiento de B. CLAVERO, Antidora. Antropología católica de la economía moderna. Milano 1991.

Estado y Guerra¹⁵.

Antonio M. Hespanha denomina los siglos que componen la edad Moderna el "período del sistema político corporativo"; esto significaba que la sociedad se dividió en numerosos cuerpos o "estados", de base regional o profesional, a los cuales correspondía un estatuto jurídico diferente, con una amplia capacidad de autoregulación (jurisdicción). Así, la sociedad aparecía como un organismo, cuyo bienestar general dependía del desempeño autónomo de las funciones de los distintos órganos o miembros. Esta concepción antropomórfica de la sociedad, heredada de la escolástica medieval, tenía numerosas e importantes consecuencias: en primer lugar, la existencia de una desigualdad social se reflejaba directamente en una estratificación jurídica dada la diferenciación existente en sus miembros, al igual que cada órgano cumple una función y tiene una categoría en el cuerpo humano; pero además, esta concepción impedía una administración centralizada, dada la autonomía (jurisdicción) de cada uno de los miembros; por consiguiente, entre el príncipe (cabeza del cuerpo) y sus miembros se establecía unos órganos intermedios. Es decir, la administración no era centralizada sino mediatizada¹⁶.

"Ordenes o estados" y "Corona" fueron, por tanto, los polos de organización política de la edad Moderna. Ciertamente que los poderes y los estamentos surgidos tras la crisis del feudalismo necesitaron de una legitimación, que encontraron en la Corona¹⁷. De este modo, los servidores del rey fueron ampliando sus funciones para administrar el reino durante la baja edad Media, mientras que la "casa real" (household) se convirtió en el lugar de encuentro entre gobernantes y

¹⁵ Nos referimos a A. M. HESPANHA, História das Instituições. Epocas medieval e moderna. Coimbra 1982. También resulta imprescindible, ID., Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal, siglo XVII). Madrid 1989 y el resumen de sus planteamientos en Poder e Instituições no antigo regime. Guia de estudo, Lisboa 1992.

¹⁶ A. M. HESPANHA, História ..., pp. 200-207.

¹⁷ Para el prof. Schiera la legitimación y el disciplinamiento son las dos funciones esenciales de la organización del Estado Moderno (P. SCHIERA, "Legittimità, disciplina, istituzioni: tre presupposti per la nascita dello Stato Moderno". G. CHITTOLINI, A. MOLHO, P. SCHIERA (coord.), Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna. Bologna 1994, p. 21).

gobernados donde resolvían sus problemas (Corte)¹⁸. Es preciso señalar que esta manera de articular el conglomerado politicosocial que formó la Monarquía, no se hizo -al menos, al principio- por vía institucional sino a través de relaciones personales, sistema de clientelas, siendo la gracia real el elemento que daba consistencia y validez a tal sistema¹⁹. Si bien, la historiografía de mediados del siglo XX -como hemos visto- ha identificado la Corte con el lugar donde se encontraban las instituciones centrales del reino, haciendo un paralelismo anacrónico entre la capital del Estado burgués y la Corte de la Edad Moderna²⁰ (con una falsa distinción entre Corte y Estado), una serie de historiadores ingleses ha puesto de manifiesto la unión que existía en un principio entre gobierno de la Casa Real (household) y administración territorial²¹. Por lo que respecta a la Monarquía Hispánica, la separación entre gobierno de la Casa Real y administración de los reinos no se produjo hasta finales del siglo XVI cuando, tras el inicio del proceso confesionalista²², comenzó a diferenciarse la función de gobierno

¹⁸ Acerca del tema de la Corte, cuyos estudios se impulsaron a raíz del trabajo de N. ELIAS, La sociedad cortesana, Madrid 1993 (1º ed. 1969), véase el detenido recorrido bibliográfico que realiza P. MERLIN, "Il tema della Corte nella storiografia italiana ed europea", Studi Storici, (1986) 1, pp. 203-244; R. G. ASCH y A. M. BIRKE (dir.), Princes, Patronage and the Nobility, The Court at the Beginning of the Modern Age. Oxford University Press 1991, pp. 1-32, exponen una serie de funciones de la Corte, que fueron revisadas y discutidas, para el caso italiano, por T. DEAN, "Le Corti. Un problema storiografico", Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna. G. CHITTOLINI, A. MOLHO, P. SCHIERA (coord.), Bolonia 1994, pp. 425-447. Por su parte A. M. HESPANHA, "La Corte", La gracia del Derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna, Madrid 1993, cap. VI, esquematiza los principales enfoques utilizados para su estudio.

¹⁹ Sobre el tema, véase la "Introducción" de J. MARTINEZ MILLAN (ed.), La Corte de Felipe II. Madrid 1994. A. M. HESPANHA, La Gracia del Derecho. Economía de la Cultura en la edad Moderna. Madrid 1993, cap. VI. Sobre el sistema de clientelas, nos remitimos a, V. MORGAN, "Some types of Patronage, mainly in sixteenth and seventeenth century England". A. MAZAC (ed.), Klientelsysteme in Europe der Frühen Neuzeit. München 1988, pp. 91-115. Asimismo al libro conjunto, dirigido por J. MARTINEZ MILLAN, Instituciones y elites de poder en la edad Moderna. Universidad Autónoma de Madrid 1992, y a la bibliografía que allí se cita.

²⁰ Sobre el tema, G. CHITTOLINI, "Il "privato", il "pubblico", lo "Stato", G. CHITTOLINI, A. MOLHO, P. SCHIERA (coords.), Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna, Bolonia 1994, pp. 553-589.

²¹ Para no resultar prolijos, citaremos los que más nos han influido: D. STARKEY, "Court and Government". En, D. STARKEY and C. COLEMAN (eds.), Revolution Reassessed. Revisions in the History of Tudor Government and Administration. Oxford 1986, pp. 29-58. ID., "Intimacy and innovation: the rise of the Privy Chamber". The English Court from the Wars of the Roses to the Civil War. London 1987, pp. 71-118.

²² Para el significado de este concepto, H. SCHILLING, "The Reformation and the Rise of the Early Modern State", James D. TRACY (ed.), Luther and the Modern State in Germany. Kirksville 1986, pp. 21-30. Asimismo, un breve resumen de la cuestión en, R. PO-CHIA HSIA, Social Discipline in the Reformation Central Europe, 1550-1750. London 1992, pp. 1-10.

(gubernaculum) de la de jurisdicción (jurisdictio)²³. Esta división, a nuestro juicio, se hace evidente a través del estudio de los organismos que nos ocupan, los Consejos de Estado y Guerra.

"Estado" es un término que se ha visto salpicado por la polémica ya referida sobre la pretendida modernidad de las estructuras de gobierno en la Edad Moderna. Una secuela del debate ha sido el intento de definir con exactitud su significado en la época, si bien con resultados dispares según la intencionalidad previa²⁴. De todos modos, el elemento inicial de análisis por excelencia es Maquiavelo y el uso recurrente, aunque confuso, que hace del término en sus obras²⁵. Así, por <Estado> se entiende tanto el dominio sobre un territorio y sus gentes, el patrimonio del monarca o de los representantes de la nobleza, como el grupo formado por el Príncipe y sus consejeros más íntimos, que detentaban el *imperium*. De este modo, "política de Estado" significaba todo aquello, como señaló Antonio Pérez, que tenía que ver con la conservación y aumento del patrimonio del monarca, entendido como la integridad territorial de sus "Estados" frente a otros poderes paralelos en el exterior de los mismos, pero también en lo referente al mantenimiento del esquema social y político interno vigente en todos los órdenes y componentes de la Monarquía. Este segundo aspecto se relacionaba, por ejemplo, con el gobierno de las Casas Reales, conflictos provocados por la elite dominante (nobleza) y las minorías disidentes (moriscos), la problemática hacendística, cuando ésta era especialmente aguda y, en fin, todo aquello que el monarca considerase oportuno.

Sin embargo, la noción que a la postre terminaría por definir los "negocios de Estado" tiene que ver con el primer punto enunciado, la situación de la Monarquía respecto a otros poderes, de la

²³ C. H. McILWAIN, Constitucionalismo antiguo y moderno. Madrid 1991, p. 110.

²⁴ Dos ejemplos: J. LALINDE ABADIA, "España y la Monarquía...", pp. 122 y ss., negando cualquier significado actual al concepto de Estado, y exponiendo el contenido que tenía en la época. En el lado contrario se sitúa S. de DIOS, "Sobre la génesis...", p. 23, que acude a la diferencia entre la palabra (que admite que no era utilizada en tal sentido en la época) y su contenido, que le sirve para resaltar la importancia del aparato institucional.

²⁵ Exhaustivo análisis en este sentido en F. CHABOD, "Algunas cuestiones de terminología: Estado, nación y patria en el lenguaje del siglo XVI", Escritos sobre el Renacimiento, México 1990, pp. 549-576.

Cristiandad o fuera de ella; pero también con el planteamiento de la guerra como medio frecuente de resolución de conflictos en este nivel²⁶. El fenómeno de la guerra, sus efectos y la justicia de los conflictos, era un hecho que preocupaba sobremanera a los pensadores hispanos del Renacimiento²⁷; según éstos, con el reforzamiento del poder del Príncipe, éste detentaba el monopolio del uso de la fuerza en el interior de sus posesiones, superando así los privilegios medievales corporativistas en la materia, al tiempo que aparecía como la única instancia legítima para declarar la guerra en el orden imperante en la Cristiandad. Esta construcción teórica, subsumida en criterios más amplios, ha servido en nuestros días para utilizar el aparato militar de la Monarquía como un elemento más de la pretendida centralización propia de las formaciones estatales²⁸. Al margen de que la constatación práctica parece coincidir escasamente con este tipo de planteamientos -ahí está, por ejemplo, el excelente estudio de Thompson sobre la dinámica de la administración militar²⁹-, resulta evidente la creciente importancia que tenía la organización de la guerra, siempre desde la óptica patrimonial, para unos soberanos que disponían cada vez de mayores recursos para batallar³⁰ y para ampliar el tamaño de sus ejércitos³¹, proceso interactivo además con la evolución técnica sufrida

²⁶ A este respecto, las consideraciones aportadas por M. RIVERO RODRIGUEZ, "Guerra y política exterior en los siglos XVI y XVII: de la <conservación> a la <razón de Estado>", conferencia mecanografiada leída en los cursos de Doctorado del Departamento de Historia Moderna de la UAM en 1996; véase además la síntesis de J. J. WELTMAN, World politics and the evolution of war, Baltimore 1995, pp. 22-25.

²⁷ Véase J. A. FERNANDEZ SANTAMARIA, El Estado, la guerra y la paz: el pensamiento político español en el Renacimiento, 1516-1559, Madrid 1988, especialmente cap. V.

²⁸ Además de la bibliografía citada en nota...véase J. A. THOMPSON, Mercenaries, pirates and sovereigns. State building and extraterritorial violence in early modern Europe, Princeton 1994, donde se analiza el proceso de monopolización de la violencia existente en "tierra de nadie" por parte de los "estados" europeos.

²⁹ I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620, Barcelona 1981.

³⁰ Es una cuestión recurrente la influencia de las renovadas exigencias de la Guerra en el desarrollo de las estructuras fiscales y financieras de la Monarquía; véase un buen análisis aplicado a la Monarquía hispana en I. A. A. THOMPSON, "<Money, money and yet more money!>. Finance, the fiscal state and the military revolution: Spain, 1500-1650", The military revolution debate, ed. by C. J. ROGERS, San Francisco 1995, pp. 273-298.

³¹ Se introduce aquí el tema de los mercenarios y su incidencia, bajo distintos puntos de vista, en las políticas militares de las potencias de la Cristiandad; véase V. C. KIERNAN, "Foreign mercenaries and absolute Monarchy", Past and Present, 11 (1957), pp. 66-86.

por el arte de hacer la guerra -cuyo ejercicio comenzó a requerir una cualificación muy especializada³²-, y con la jurisdicción exclusiva que, al compás de este proceso, se dispusieron a exigir los miembros de este colectivo para sus causas judiciales³³.

En resumen, en tanto las materias de Estado tenían un matiz esencialmente general y diverso, político, abarcando cualquier aspecto que afectase a la marcha del complejo mundo de la Monarquía, entre los que sobresalían las relaciones exteriores y la Guerra, ésta adquirió rápidamente, en el curso de los años que nos ocupan, un componente esencialmente técnico, influido además por la misma estructura política y financiera de la Monarquía, lo que propendía a conferirle un carácter marcadamente localista, en contraposición a la expresa universalidad de los asuntos de Estado.

En términos de gobierno, pues, la función de los consejeros de Estado consistía en regir los "Estados" del rey (gubernaculum). Para ello el monarca depositó su confianza en los personajes cuya situación sociopolítica les permitía garantizar la articulación de los reinos, fundamentalmente pertenecientes a la nobleza que, de este modo, debió redefinir su papel³⁴. Al depender únicamente de la gracia real, el

³² Sobre los avances de la ciencia militar véase W. H. McNEILL, La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000. d. C., Madrid 1988, especialmente cap. IV. Recientemente, F. GONZALEZ DE LEON, "<Doctors of the military discipline>: technical expertise and the paradigm of the spanish soldiers in the early modern period", Sixteenth Century Journal, XXVII/1 (1996), pp. 61-85, ha rebatido la idea de la inadaptación del ejército hispano a las nuevas técnicas militares. Además, comentando situaciones concretas de nuestro ámbito de estudio, D. GOODMAN, Poder y penuria. Gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II, Madrid 1990, cap. III dedicado a la "Tecnología para la Guerra".

³³ Sobre las sucesivas disposiciones que se fueron dando en torno a la regulación de la jurisdicción militar en el siglo XVI, nos remitimos a F. de OYA Y OZORES, Promptuario del Consejo de Guerra, Madrid 1734; N. GONZALEZ DELEITO Y DOMINGO, N., "La evolución histórica de la jurisdicción penal militar en España"...; resulta asimismo de interés F. GONZALEZ DE LEON, "La administración del Conde-Duque de Olivares y la justicia militar en el ejército de Flandes, 1567-1643", Investigaciones históricas: épocas moderna y contemporánea, n° 13 (1993), pp. 107-130.

³⁴ El tema de la reconversión del papel de la nobleza en la época Moderna, abandonando su primigenia función militar en pos de la cortesana -y por tanto su papel en el gobierno de la Monarquía- es recurrente en los estudios sobre este grupo social. Una visión de la situación medieval previa en M. J. GARCIA VERA y M. C. CASTRILLO LLAMAS, "Nobleza y poder militar en Castilla a fines de la Edad Media", Medievalia, III (1993), pp. 17-32. Un reciente intento de recopilación bibliográfica en D. GARCIA HERNAN, "El estamento nobiliario: los estudios clásicos y el nuevo horizonte historiográfico", Hispania, LIII/2, num. 184 (1993), pp. 497-539 (522-527 para su relación con el gobierno). En España, disponemos así tanto de estudios generales sobre el tema (A. DOMINGUEZ ORTIZ, La sociedad española en el siglo XVII, Granada 1992 (ed. Facs. de la ed. de 1963), 2 vols. pp. 253 y ss.; sobre esta obra véase además el estudio

Consejo de Estado careció de ordenanzas o reglamentación de cualquier tipo, y el análisis de su decurso debe realizarse a la luz de las contiendas faccionales, en permanente interacción con los problemas que debió enfrentar la Monarquía. En este sentido, en nuestro trabajo hemos dispuesto de una herramienta de considerable valor. El estudio de las relaciones entre los poderes de la Cristiandad en la Edad Moderna y, más concretamente, en el siglo XVI, ha cautivado a los especialistas³⁵. El tradicional marco dinástico (relaciones entre príncipes), se vio afectado por la irrupción de la religión (reforma/ confesionalismo) como activa condición a tener presente en el tablero de la europeo³⁶. Sin embargo, en contadas ocasiones se ha relacionado la política exterior de la Monarquía hispana con el juego faccional de la Corte. Así, a través de este prisma se obtiene una mejor comprensión de los movimientos diplomáticos de Felipe II y una visión más clara del ascenso y caída de los "partidos" cortesanos.

Si en un principio los consejeros de Estado asumieron por

de G. COLAS LATORRE, y E. SERRANO MARTIN, "La nobleza en España en la Edad Moderna: líneas de estudio a partir de <la sociedad española...>", *Manuscrits*, nº 14 (1996), pp. 15-37; J. A. MARAVALL, Poder, honor y élites en el siglo XVII, Madrid 1979, segunda parte, insistiendo en el surgimiento del Estado Moderno y el encuadre de la nobleza dentro del mismo; por último, la síntesis de D. GARCIA HERNAN, La Nobleza en la España Moderna, Madrid 1992, pp. 24 y ss.), como de ejemplos prácticos con las consiguientes teorizaciones sobre la cuestión: I. ATIENZA HERNANDEZ, Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La Casa de Osuna, siglos XV-XIX, Madrid 1987; D. GARCIA HERNAN, Los Grandes de España en la época de Felipe II: los Duques de Arcos, Madrid 1993; M. C. GERBET, La Nobleza en la Corona de Castilla. Sus estructuras sociales en Extremadura (1454-1516), Cáceres 1989; R. M. PEREZ MARCOS, El poder en Castilla al comienzo del Estado Moderno: imagen y realidad, Madrid 1991, analiza la integración de la nobleza en las nuevas estructuras impulsadas por los Reyes Católicos. Acerca de la bibliografía europea, el tema de la función militar de la nobleza en Francia (con intentos de historia comparada) ha sido tratado por N. SALES, "La desaparición del soldado gentilhomme", *Saitabi*, XXI (1971), pp. 41-69; y, más recientemente, la visión general de J. DEWALD, The european nobility, 1400-1800, Cambridge 1996 (pp. 118-122 para su relación con las estructuras de gobierno y 122-127 para su papel en la Corte).

³⁵ El nacimiento de las embajadas permanentes, la depuración de los usos diplomáticos, son características de esta época. Destacar, entre la amplia bibliografía existente, los estudios generales de G. MATTINGLY, La diplomacia del Renacimiento, Madrid 1970 y H. LAPEYRE, Las Monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales, Barcelona 1969 (un intento de comprensión global de las Monarquías del XVI, relaciones diplomáticas incluidas). Una buena síntesis de la <new diplomacy> en M. S. ANDERSON, The rise of modern diplomacy, 1450-1919, London 1993, pp. 1-40. Mucho más básico es A. BALLESTEROS, Diplomacia y relaciones internacionales, Madrid 1995 (3ª ed.). Ciñéndonos a la Monarquía hispana, M. A. OCHOA BRUN, Historia de la diplomacia española. Vol. IV, Madrid 1995, estudia la etapa de los Reyes Católicos, con reflexiones generales a modo de introducción.

³⁶ Una aproximación a la realidad diámica que suponía la Cristiandad medieval, y sus procesos internos de relaciones y expansión en A. WATSON, "European international society and its expansion", The expansion of international society, H. BULL y A. WATSON, eds., London 1984, pp. 13-32.

completo la dirección de los asuntos militares de la Monarquía -solo con un secretario específico de la Guerra para asistir a los consejeros y despachar la correspondencia-, la evolución ya comentada en el ámbito castrense obligó al monarca a atender de forma más específica esta faceta. El Consejo de Guerra apareció así, desde mediados del siglo XVI, como un organismo que hubo de construirse paso a paso, por delegación real e influido por la situación faccional, una capacidad administrativa y judicial (jurisdictio), en constante enfrentamiento con otros organismos que ya la ejercían, con el fin atender una red central y territorial de servidores del rey (burocracia³⁷), que conformaba una parte importante del complejo sistema militar de la Monarquía hispana³⁸. Este proceso, como queda dicho, culminó en la década de los ochenta.

³⁷ Sobre el tema de la burocracia, A. M. HESPANHA, Vísperas..., pp. 414 y ss.. En este sentido, es obvio que no aceptamos los planteamientos weberianos, que ven en su desarrollo una característica fundamental del Estado Moderno: J. A. MARAVALL, "Ejército y Estado en el Renacimiento", Revista de Estudios Políticos, nums. 117-118 (1961), pp. 5-45; IDEM, Estado Moderno..., parte V, cap. II; J. M. GARCIA MARIN, El oficio público en Castilla durante la baja Edad Media, Madrid 1987; IDEM, La burocracia castellana bajo los Austrias, Madrid 1977; D. de LARIO, Sobre los orígenes del burócrata moderno: el colegio de San Clemente de Bolonia durante la impermeabilización habsburguesa (1568-1659), Bolonia 1980); también se ocupan del tema, desde el punto de vista del gasto que supuso, B. CARCELES DE GEA e I. ATIENZA HERNANDEZ, "El gobierno político de la Monarquía (1577). I, Instituciones y Casa Real", Hernán Cortés y su tiempo, Mérida 1987, pp. 548-557. Por otro lado, faltan estudios para caracterizar la tipología de la burocracia militar territorial en la Monarquía de los Austrias. I. A. A. THOMPSON, "War and institutionalization: the military-administrative bureaucracy of Spain in the sixteenth and seventeenth centuries", ponencia presentada en el Primer Coloquio Internacional de Historia de las Instituciones... (Salamanca 1986), pub. en Crown and Cortes..., cap. III; partiendo del carácter de "criados" al servicio del rey (poco que ver entonces del "servicio público") de los oficiales dedicados a negocios militares, subraya el autor la progresiva institucionalización de los oficios de la secretaría de la guerra (gobierno central) desde los últimos años del XVI, en contraste con la atomización y patrimonialización de la administración periférica.

³⁸ Una visión global del sistema, con la bibliografía pertinente hasta ese momento, en L. A. RIBOT GARCIA, "El ejército de los Austrias: aportaciones recientes y nuevas perspectivas", Pedralbes, any III (1983), n° 3, pp. 89-126; para una revisión bibliográfica más reciente, A. ESPINO LOPEZ, "La historia militar...pp. 232 y ss. El profesor RIBOT se ocupa asimismo del desarrollo de aspectos específicos del sistema militar de la Monarquía hispana, referidos a las posesiones italianas (IDEM, "Milán, plaza de armas de la Monarquía", Investigaciones históricas, n° 10 (1990), pp. 205-238; "Las provincias italianas y la defensa de la Monarquía", Manuscrits, n° 13 (1995), pp. 97-122), así como de los diversos mecanismos militares (IDEM, "El reclutamiento militar en España a mediados del siglo XVII: la <composición> de las milicias de Castilla", Cuadernos de investigación histórica, n° 9 (1986), pp. 63-89. Autor muy fecundo, aunque repetitivo, acerca del sistema militar de la Monarquía y aspectos colaterales ha sido asimismo R. QUATREFAGES, Los Tercios, Madrid 1983; IDEM, "La elaboración de una nueva tradición militar en la España del siglo XVI", Cuadernos de investigación histórica, n° 4 (1980), pp. 85-103; IDEM, "Le système militaire de l'Espagne en Méditerranée au début des temps modernes", Les cahiers de Montpellier, n° 4 (1981), pp. 1-12.; IDEM, "Etat et armée en Espagne au début des temps modernes", Mélanges de la Casa de Velázquez, t. XVII (1981), pp. 85-103; IDEM, "La spécificité militaire espagnole", Pouvoirs et société dans l'Espagne Moderne (hommage à Bartolome Bennassar), Toulouse 1993, pp. 39-54; IDEM, "The military system of the spanish Habsburgs", Armed forces and society in Spain. Past and present, eds. R. BAÑON MARTINEZ y T. M. BARKER, New York 1988, pp. 1-50.

Estos planteamientos han sido escasamente tenidos en cuenta en los estudios previos tanto sobre el esquema consiliar en general³⁹, como los publicados sobre los Consejos de Estado y Guerra en particular⁴⁰; trabajos que, por otro lado, ciertamente hemos aprovechado -en mayor o menor grado-, para la obtención de datos empíricos. Claro que, por nuestra parte, el hecho de resaltar la importancia de las mediaciones personales en la dinámica de las instituciones de gobierno no implica que infravaloremos la presión de circunstancias externas en cada momento como elementos condicionantes del desarrollo del aparato de gobierno de la Monarquía, que han sido y son objeto de amplia

³⁹ Comenzando por las crónicas que tratan del gobierno central de la Monarquía: L. SALAZAR Y CASTRO, Advertencias históricas sobre las obras de algunos doctos escritores modernos, Madrid 1688 (pp. 211-213 para el Consejo de Estado, con apuntes biográficos de los consejeros de los siglos XVI y XVII); F. J. de GARMA Y DURAN, Theatro universal de España, Madrid 1751; A. NUÑEZ DE CASTRO, Libro histórico-político: solo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid, Madrid 1658; G. GONZALEZ DAVILA, Teatro de las grandezas de la villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España, Madrid 1623. Una revisión de estas obras, con amplios apartados sobre los distintos Consejos, en F. BARRIOS, Los reales Consejos. El gobierno central de la Monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII, Madrid 1988. Además, relaciones al uso sobre el sistema polisinodial en M. J. GOUNON-LOUBENS, Essais sur l'administration de la Castille au XVI siècle, París 1860; M. FERNANDEZ ALVAREZ, "El siglo XVI: economía, sociedad, instituciones", t. XIX de la Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid 1989, pp. 555 en adelante para los Consejos de Estado y Guerra; Disponemos asimismo de monografías sobre Consejos concretos: E. SCHÄFER, El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria, Sevilla 1935-1947, 2 vols.; J. ARRIETA ALBERDI, El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707), Zaragoza 1994; S. de DIOS, El Consejo Real de Castilla, Madrid 1982; IDEM, Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla, Salamanca 1986; P. GAN GIMENEZ, El Consejo Real de Carlos V, Granada 1988; E. POSTIGO CASTELLANOS, Honor y privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Ordenes y los Caballeros de Habito en el siglo XVII, Valladolid 1988. J. M. RABASCO VALDES, El Real y Supremo Consejo de Flandes y Borgoña (1419-1702), Granada 1980; S. de LUXAN MELENDEZ, La revolución de 1640 en Portugal: sus fundamentos sociales y sus caracteres nacionales. El Consejo de Portugal, Madrid 1988.

⁴⁰ Respecto a los Consejos de Estado y Guerra disponemos de trabajos monográficos sobre cada uno de ellos que, al extenderse entre los siglos XVI y XVII, proporcionan una visión demasiado amplia y en consecuencia se detienen escasamente en la época que nos ocupa, inscribiéndose además en una línea institucionalista, alejada de nuestra propia visión del proceso: F. BARRIOS, El Consejo de Estado de la Monarquía española, 1521-1812, Madrid 1984; J. C. DOMINGUEZ NAFRIA, El Real y Supremo Consejo de Guerra, tesis doctoral inédita, leída en 1988 en la Universidad Complutense de Madrid (agradezco al autor el haberme permitido su consulta y cita). El mismo defecto cabe atribuir a la obra clásica sobre uno de los elementos clave del gobierno de los asuntos que nos ocupan, los secretarios: J. A. ESCUDERO, Los Secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724), Madrid 1969, 4 vols. Sobre el Consejo de Estado, pueden consultarse otros trabajos que poco o nada aportan: J. M. CORDERO TORRES, El Consejo de Estado, su trayectoria y perspectivas en España, Madrid 1944; J. L. BERMEJO CABRERO, Estudios sobre la administración central española (siglos XVII y XVIII), Madrid 1982; A. Y. ROMAN ROMAN, "Origen y evolución de la Secretaría de Estado y de la Secretaría del Despacho", Jahrbuch für geschichte von staat, wirtschaft und gesellschaft lateinamerikas, band 6, Böhlau, 1969, pp. 66-69. Respecto al Consejo de Guerra, los mejores estudios provienen sin duda del hispanista británico I. A. A. THOMPSON, "The Armada and administrative reform: the spanish Council of War in the reign of Philip II", English historical review, vol. 82 (1967) pp. 698-725; y su obra, dedicada al estudio del gobierno militar de la Monarquía, Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620, Barcelona 1981.

discusión historiográfica⁴¹.

Presentamos entonces en nuestro trabajo el decurso de los Consejos de Estado y Guerra en la segunda mitad del siglo XVI, que sigue un camino divergente, emanado de su distinta naturaleza. Los elementos de análisis utilizados -mediación personal sobre acción institucional- son los dos factores que se combinan para alcanzar nuestros fines, conjunción que se refleja, con la aportación adicional de las circunstancias externas -bélicas y diplomáticas-, en la estructura que hemos adoptado en la exposición⁴². Fundamentan así los límites cronológicos escogidos: tras un breve preámbulo sobre la época de Carlos V, comenzamos en 1548 cuando, a las primeras muestras de la capacidad de gobierno del entonces príncipe Felipe, que ya anuncian características posteriores, se sumaron la introducción del ceremonial borgoñón en la Corte castellana y la transformación faccional tras la

⁴¹ Años después de que M. ROBERTS formulara su teoría de la *Revolución Militar* (entendida como un conjunto de transformaciones en el arte de hacer la guerra, que incidieron directamente en las estructuras del gobierno) se abrió el debate sobre el alcance real de la pretendida revolución, tanto en el campo de batalla como en su influencia en el desarrollo de lo que algunos denominaron Estado Moderno y otros Absolutismo. Se encontrará una buena visión del curso de la discusión sobre este tema en el primer capítulo que realizó el editor ("The military revolution in history and historiography") en C. J. ROGERS, ed., The military revolution debate. Readings on the military transformation of early modern Europe, San Francisco 1995, obra basada en un coloquio celebrado en 1991 pero en la que se contienen algunas de las principales aportaciones en la materia: además del trabajo que originó la controversia (M. ROBERTS, "The military revolution, 1560-1660", pp. 13-36), las contribuciones de G. PARKER, J. BLACK, J. A. LYNN, T. F. ARNOLD, S. ADAMS, I. A. A. THOMPSON y J. F. GUILMARTIN. Entre las últimas contribuciones, señalar, si bien centrado en el caso inglés, D. ELTIS, The military revolution in sixteenth-century Europe, London 1995 y, por último A. AYTON, y J. L. PRICE, eds., The medieval military revolution. State, society and military change in medieval and early modern Europe, London 1995. Por otro lado, y siguiendo el curso de la historia militar, desde mediados de la década de 1570 vino en utilizarse un concepto, *Guerra y Sociedad*, para englobar las repercusiones del fenómeno de la guerra sobre la sociedad en su conjunto en cada momento, incluidos sus efectos sobre las estructuras de gobierno (una buena revisión del tema en A. ESPINO LOPEZ, "La historia militar. Entre la renovación y la tradición", Manuscrito, n° 11, enero 1993, pp. 215-242, pp. 229 y ss.; acerca del tema en nuestra época de estudio, nos remitimos a J. R. HALE, Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620, Madrid 1990; F. TALLETT, War and society in early modern Europe, 1495-1715, London 1992). El debate sobre la influencia de la guerra en el nacimiento y formación de los Estados (en la Edad Moderna o en épocas posteriores) no se ha cerrado: a las aportaciones de R. BEAN, "War and the birth of the Nation State", Journal of Economic History, XXXIII (1971), n° 1, pp. 203-221; C. TILLY, The formation of national states in western Europe, Princeton 1975, etc., debe sumarse recientemente K. JAGGERS, "War and the three faces of power: war making and state making in Europe and the Americas", Comparative political studies, vol. 25, n° (1992), pp. 26-62, con nuevas propuestas de análisis.

⁴² Lejos pues de las divisiones tradicionales realizadas sobre el reinado de Felipe. Véase H. LAPEYRE, Las etapas de la política exterior de Felipe II, Valladolid 1973; E. BELENGUER CEBRIA, "La problemática del cambio político en la España de Felipe II: puntualizaciones sobre su cronología", Hispania, n° 146 (1980), pp. 529-576; A. DOMINGUEZ ORTIZ, Notas para una periodización del reinado de Felipe II, Valladolid 1984.

muerte de Francisco de los Cobos, que planteó la dicotomía entre los servidores del Emperador y las criaturas del Príncipe; el estudio se cierra poco después de la muerte del Rey Prudente, en 1598, con el fin de atisbar los cambios generados con la subida al trono de Felipe III y la aparición del *valimiento*.

Las divisiones internas utilizadas para organizar el contenido siguen la misma pauta. Hemos acudido a tres grandes apartados, que dibujan la evolución del carácter del gobierno de la Monarquía. Una primera época (hasta 1566) donde, en gran medida, perduran en todos los órdenes los parámetros establecidos en tiempos del Emperador. Los años del cardenal Espinosa y los inmediatamente posteriores, con el cambio profundo que imprimió a la dirección de la Monarquía, constituyen sin duda ninguna el gozne del reinado, y preparan la segunda mitad del período, que es objeto del tercer bloque que hemos diseñado. A su vez, estas tres secciones se subdividen en los capítulos que hemos considerado pertinentes, según las coordenadas expuestas, para la consecución de nuestro objetivo, el conocimiento de los Consejos de Estado y Guerra en el seno de la Monarquía hispana durante la época del Rey Prudente.

**EVOLUCION DE LOS
CONSEJOS DE ESTADO Y GUERRA**

PRIMERA PARTE

La herencia del Emperador

(1548-1566)

El legado que recibió Felipe II de su padre no se componía solo de los vastos dominios que se extendían por Europa y América, y que un afortunado juego dinástico había puesto bajo la ferula de los Habsburgo. La herencia del Emperador contenía asimismo determinadas formas de ejercer la acción política, en buena parte importadas de Borgoña, como eran la organización y conducta que se debían guardar en torno al monarca, esto es, la Corte, escenario donde los personajes más relevantes pugnaban por la captación de la *gracia* real para aumentar su poder¹. A su vez, de este ámbito habían derivado, controladas por los cortesanos, las estructuras necesarias para la dirección de mosaico tan complejo, incluidas aquellas de origen hispano, importantes para nuestro propósito de estudio porque en ellas se basó Felipe II, rey nacido y educado en Castilla, para configurar el gobierno de su Monarquía.

En este sentido, las prácticas vigentes en la austera Corte castellana habían dado lugar a la aparición del Consejo Real, concepto que albergaba el conjunto de los consejeros del monarca en las diferentes materias y que empezó a desarrollar una incipiente capacidad de gobierno sobre el territorio castellano². En los primeros años del Quinientos, los consejeros del rey comenzaron a recibir denominaciones específicas para sus actividades, en circunstancias que se relacionaban más con las visicitudes de las contiendas cortesanas que con las necesidades de los negocios afectados³. De este modo, la implantación de la organización consiliar resultó más bien una complicada trama de

¹ Acerca de la Corte de Borgoña, véase A. J. AMSTRONG, "The golden age of Burgundy", The courts of Europe. Politics, Patronage and royalty, 1400-1800, ed. A. G. DICKENS, London 1979, pp. 55-76; W. PARAVICINI, "The Court of the Dukes of Burgundy, a model for Europe?", Princes, Patronage and the nobility. The Court at the beginning of the modern age, eds. R. ASCH y A. M. BIRKE, Oxford 1991, pp. 69-101.

² Sobre el Consejo Real, si bien con una visión claramente institucionalista, los trabajos de S. de DIOS, El Consejo Real de Castilla (1385-1522), Madrid 1982; IDEM, Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla, Salamanca 1986; asimismo, P. GAN GIMENEZ, El Consejo Real de Carlos V, Granada 1988; IDEM, "El Consejo Real de Castilla: tablas cronológicas, 1499-1568", Chronica Nova, n° 4-5, 1969; IDEM, "Los Presidentes del Consejo de Castilla, 1500-1560", Chronica Nova, t. 1, 1968.

³ Como fue el caso de los consejeros de Guerra; véase el análisis del título de consejero de Guerra para el Marqués de Aguilar que hago en mi trabajo "El gobierno de los asuntos de la Guerra en Castilla durante el reinado del Emperador Carlos V (1516-1558)", Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 56-57.

mediaciones personales y solo fue tomando cuerpo a medida que se despejaba la confusión existente entre el gobierno de la Casa Real y de la administración territorial, con la consiguiente exigencia de unidades diversificadas y asentadas para afrontarla, en las cuales el monarca delegara la jurisdicción precisa. Es decir, hasta que alcanzaron su madurez como organismos de gobierno en el último cuarto del siglo XVI, los denominados "Consejos" no pasaron de ser *juntas* de consejeros del rey, con facultad asesora pero cuyo único indicio de gestión sobre el ámbito correspondiente queda reflejado en el control que ejercían los secretarios sobre el escaso papeleo generado por la administración real, y que les hacía aparecer como la identificación más clara de las diferentes materias en el gobierno. Al no estar supeditados al funcionamiento de estos "Consejos", como sucedió después, los secretarios pudieron estar presentes asimismo en el círculo donde se disputaba la *gracia* real. En estas condiciones, pues, los secretarios encarnaron el embrión de ejercicio jurisdiccional que después pasaría a los Consejos y la influencia política que se desplegaba en esas reuniones, y como muestra de la situación y a diferencia de lo que habría de ocurrir en la segunda mitad del siglo, los más señalados se convirtieron muy pronto en consejeros del rey, compatibilizando ambas funciones. No es extraño, por tanto, que durante la época de Carlos V y la primera mitad del reinado de su hijo determinados secretarios (Francisco de los Cobos, Juan Vázquez de Molina y Francisco de Eraso) compartieran con otros personajes relevantes posiciones preeminentes en el gobierno de Castilla y de la Monarquía. Con todo, para comprender el gobierno de los asuntos de Estado y Guerra durante el período inicial del reinado de Felipe II es preciso recordar, aunque sea brevemente, los orígenes del gobierno del Emperador.

Tras la traumática experiencia de la Comunidades⁴, Carlos V empleó los primeros años que pasó en Castilla, entre 1522 y 1529, para remodelar el gobierno. El Gran Canciller, Gattinara, deseaba organizar una potente administración imperial, aglutinadora de los diversos

⁴ Sobre el levantamiento de las Comunidades, la bibliografía clásica con diferentes enfoques en cada obra: J. PEREZ, La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521), Madrid, 1985; J. A. MARAVALL, Las comunidades de Castilla. una primera revolución moderna, Madrid 1963; J. I. GUTIERREZ NIETO, Las comunidades como movimiento antiseñorial: la formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521, Barcelona 1973; S. HALICZER, Los comuneros de Castilla, la forja de una revolución, 1475-1521, Madrid, 1988.

componentes de la herencia del Emperador y con el Consejo de Estado, que comenzaba a cobrar forma, como organismo supremo y el de Guerra como una más de las entidades dependientes del mismo⁵. Era inevitable que un proceso de estas características discurriera entre fuertes tensiones cortesanas, y Gattinara debió enfrentar la oposición de los personajes hispanos⁶. De este modo, cuando el Emperador se embarcaba en Barcelona camino de Italia, la situación ya se había decantado claramente, establecidas las bases para el gobierno hispano durante el siguiente cuarto de siglo. En Estado y Guerra ello se traducía, como rezaban las instrucciones que recibiera la Emperatriz Isabel, en unos "Consejos" divididos, entre los que permanecieron en Castilla y los que acompañaron al Emperador, entrando en ambos diferentes consejeros del rey. Sin embargo, las maniobras de los dos patronos que lograron consolidar su posición⁷ dieron al traste con este esquema: Francisco de los Cobos⁸, que entre sus muchos oficios ostentaba la secretaría del Consejo de Estado, y el cardenal Tavera⁹, presidente del Consejo de Castilla.

Cobos y Tavera se repartieron en buena medida la influencia en el gobierno de la Monarquía hasta la década de 1540, período caracterizado por las frecuentes salidas del Emperador que dieron lugar a las oportunas regencias en los reinos hispanos. Mientras el presidente de Castilla controlaba la administración castellana e influía en las decisiones de las regencias, el secretario de Estado acompañó durante diez años a Carlos V, sin descuidar la colocación de sus hombres en aquellos espacios del gobierno de la regencia que le interesaba dominar de manera especial, entre los que sobresalían los asuntos de Estado y Guerra. Y aquí es necesario realizar una precisión importante que tuvo

⁵ A este respecto, J. M. HEADLEY, The Emperor and his Chancellor: a study of the imperial chancelley under Gattinara, Cambridge, 1983.

⁶ Véase la síntesis de este proceso esbozada por P. FERNANDEZ ALBALADEJO en el cap. II, "Instituciones", Historia de España, dir. A. DOMINGUEZ ORTIZ, Madrid 1988, vol. V, pp. 84 ss.

⁷ Se hallará una presentación de los movimientos faccionales en la época del Emperador en J. MARTINEZ MILLAN, "Las elites de poder durante el reinado de carlos V a través de los miembros del Consejo de Inquisición (1516-1558)", Hispania, XLVIII/168 (1988), pp. 103-167.

⁸ Sobre este secretario, véase H. KENISTON, Francisco de los Cobos: secretario de Carlos V, Madrid, 1980.

⁹ P. SALAZAR Y MENDOZA, Chronico del cardenal don Iuan Tavera, Valladolid, 1603.

repercusiones de largo alcance. A pesar de la división física de los consejeros (entre los que permanecían con la regencia y los que partían con Carlos V), el Consejo del monarca era único y únicos eran también los oficios derivados del mismo. En otras palabras, solo existía una secretaría del Consejo de Estado y una del Consejo de Guerra. Sin embargo, era necesario cubrir las necesidades de gobierno de las regencias peninsulares, y para ello se acudía a los oficios interinos. De este modo, en 1529 los secretarios de Estado (Cobos) y de Guerra (Pedro de Zuazola) acompañaron al Emperador, pero el comendador mayor dejó junto a la Emperatriz a dos personajes muy cercanos: en la secretaría de Estado interina a su sobrino, Juan Vázquez de Molina, y en la de la Guerra a Andrés Martínez de Ondarza.

El desarrollo inmediato del gobierno de los asuntos de Estado y Guerra resultó crucial para la conformación ulterior de ambos espacios, y demuestra hasta que punto se hallaba influido por las maniobras de los patronos cortesanos, que se movían en un contexto de indefinición institucional en el gobierno de la Monarquía en general y de las regencias castellanas en particular¹⁰. En 1533 Cobos obtuvo para Vázquez de Molina la secretaría en propiedad para asuntos de Guerra, al tiempo que seguía ejerciendo de forma interina la secretaría de Estado de la regencia. El poderoso secretario había aprovechado para ello la muerte un año antes del último consejero dedicado a Guerra, a partir de la cual Carlos V había ordenado que estos negocios fueran vistos por los consejeros de Estado, situación que se consolidó en las instrucciones de 1535, en la que se desvanecía la junta denominada Consejo de Guerra. En un principio, Ondarza debía entrar en Consejo de Estado cuando se trataran cuestiones militares, pero el escaso volumen de trabajo existente sirvió a Cobos para apoyar una decisión que dejaba a su sobrino como único dueño de los papeles de Estado y Guerra de la regencia, cual era la unificación de las secretarías en una sola persona.

Fue entonces cuando cuajó una característica que perduró durante el primer período del reinado de Felipe II y que solamente se alterará en parte en la segunda mitad: el hecho de que, a excepción de

¹⁰ Las referencias oportunas para los párrafos que siguen se encontrarán en mi trabajo "El gobierno de los asuntos de la Guerra...".

aquellos de condición eclesiástica, el nombramiento de consejero de Estado llevara aneja la entrada en la discusión de asuntos militares o, por mejor decir, que el denominado "Consejo" de Guerra estuviera únicamente compuesto por algunos consejeros de Estado. Esta situación se consolidó en las instrucciones de 1539 y 1543 (primera y segunda regencias del príncipe Felipe) pues, aunque nominalmente se diferenciaban ambos Consejos, Estado y Guerra, en la práctica la sola distinción residía en la actuación de un secretario de Guerra, que aparecía así como la única huella del casi nulo ejercicio que exigía el gobierno de la guerra durante estos años. Además, el secretario tenía la condición de interino (para ello fue escogido Francisco de Ledesma), al sustituir durante esos años Vázquez de Molina a su tío en el séquito de Carlos V¹¹; a su vez, en 1543 aparecía el nombre de uno de sus apadrinados, Gonzalo Pérez¹², como secretario de Estado interino del príncipe durante breves semanas, en tanto Cobos despedía al Emperador en la costa catalana.

Durante la segunda regencia del príncipe hizo aparición Fernando Alvarez de Toledo, III duque de Alba¹³: nombrado en 1543 para

¹¹ Vázquez de Molina acompañó a Carlos V a Flandes en 1539 hasta su regreso, tras la fracasada expedición a Argel, en diciembre de 1541. Partió nuevamente con el César en 1543, pero dos años más tarde debió regresar a la península debido a sus problemas de salud (véanse las referencias oportunas en mi artículo "El gobierno de los asuntos de la guerra...", pp. 84-85).

¹² El clérigo Gonzalo Pérez había obtenido el título de secretario en 1530; estuvo al servicio de Alfonso de Valdés en Bolonia, Flandes y Viena. De amplia formación humanista, entró a trabajar con Francisco de los Cobos y, a su muerte, acompañó al príncipe en sus viajes. Muy cercano al Duque de Alba, en 1556 fue nombrado secretario de Estado para asuntos del norte. Murió el 12 de abril de 1566. Sobre este personaje, véase su expediente en AGS. EMR. QC, leg. 22 y A. GONZALEZ PALENCIA, Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II, Madrid 1946, 2 vols. (en adelante GP.).

¹³ La figura de Fernando Alvarez de Toledo y Pimentel, III Duque de Alba, brilla con luz propia en la Corte hasta su muerte, especialmente en los negocios de Estado y Guerra. Su carrera es intensa: la inició al servicio del Emperador en los primeros años treinta; participó en la jornada de Argel de 1541 y dos años más tarde quedó en Castilla como consejero del príncipe Felipe en su segunda regencia, si bien poco después partiría hacia Alemania para dirigir los ejércitos de Carlos V. En 1554 acompañó a Felipe a Inglaterra y en 1555 fue nombrado virrey de Nápoles y capitán general de Milán, en difícil tesitura con el papado. En enero de 1558 regresó a Bruselas, participó en la negociación de la paz de Cateau-Cambresis y en 1559 volvió a Castilla. Durante la primera mitad de la década de los sesenta, de intenso dominio de su gran enemigo, el príncipe de Eboli, estuvo semirretirado de los negocios y cuando su estrella comenzaba a resurgir fue nombrado gobernador de los Países Bajos, donde se mantuvo entre 1567 y 1573. Desde entonces y hasta 1579 su figura, aun de gran prestigio y con mucho peso en determinados asuntos, aparece definitivamente apartada de los auténticos círculos de poder, incluyendo un destierro gracias a las andanzas de su hijo Fadrique. Su último servicio militar a la Corona lo constituyó la dirección del ejército que invadió Portugal, falleciendo en la capital del reino luso el 12 de diciembre de 1582. Tiene su mejor biografía en W. S. MALTBY, El gran Duque de Alba:

asistir en los asuntos de Estado y Guerra de la regencia, obtuvo asimismo el encargo, junto con Cobos, de señalar las provisiones tocantes a Guerra. Pero este período se distinguió, más que por la renovación de personajes, por la extinción de la primera generación de personajes hispanos de relevancia que habían servido a Carlos V¹⁴. Entre 1545 y 1547 murieron el cardenal Tavera, los condes de Osorno y Cifuentes, García de Loaysa, Juan de Zúñiga y, finalmente, Francisco de los Cobos. El viejo patrón fue el último en fallecer, cuando Carlos V recomponía el gobierno de la regencia peninsular tras el vacío provocado por las defunciones previas y ante la jornada del príncipe a Monzón. Sin embargo, todavía tuvo tiempo de ofrecer sabios consejos al César sobre las personas que habrían de llenar los huecos, dejando así preparado además el terreno para la futura regencia de Maximiliano y María de Austria. Porque el legado del comendador mayor en el gobierno de la Monarquía, más allá de las circunstancias inmediatas, habría de perdurar en el tiempo a través de su relación con los principales consejeros que tomaron el relevo en el gobierno peninsular, ya fueran clientes suyos en el oficio de secretario o ministros ajenos al papeleo, personajes todos ellos que habrían de vivir el cambio de reinado con mayor o menor fortuna¹⁵.

El heredero de Cobos en la administración castellana fue su sobrino, Juan Vázquez de Molina, quien desde que regresara a Castilla en 1545 (sustituido en la Corte Imperial por Alonso de Idiáquez) asistía al comendador mayor en sus numerosos oficios, beneficiándose de ellos a su muerte. Sin embargo, como fue el caso de la secretaría de Estado, lo hizo de forma interina, pues don Felipe ya entonces manifestó fuertes reticencias en volver a concentrar tanto poder en un personaje vinculado de forma notoria al servicio de su padre, actitud que le provocó a Molina no pocos quebraderos de cabeza en la década crítica de

un siglo de España y de Europa, 1507-1582, Madrid 1985.

¹⁴ Sobre estas defunciones, véase L. PFANDL, Felipe II, bosquejo de una vida y de una época, Madrid 1942, pp. 112-113.

¹⁵ Un esquema general de la evolución del enfrentamiento faccional durante la década de los cuarenta y cincuenta en J. MARTINEZ MILLAN, "Elites de poder en tiempos de Felipe II (1539-1572)", Hispania, XLIX/171 (1989), p. 111-149.

transferencia del poder¹⁶. Pero, de momento y en apariencia, la posición del ministro era muy sólida al continuar además la buena relación que su tío le había preparado con dos personajes que habrían de resultar claves durante los próximos años. Fernando de Valdés, sucesor de Tavera en sus cargos (presidente del Consejo de Castilla entre 1539 y 1547, y posteriormente Inquisidor General), aunque no en el aprecio del Emperador¹⁷, contaba sin embargo con la confianza del príncipe y la recomendación de don Francisco¹⁸. De mayor importancia para nuestro tema de estudio es la segunda figura amparada por el comendador mayor, Luis Hurtado de Mendoza, II marqués de Mondéjar, que acumulaba influencia desde que en 1546 fuera nombrado presidente del Consejo de Indias y se le diera entrada en los consejos de Estado y Guerra¹⁹. Cobos había alabado la gestión del marqués, hasta el punto de proponerlo como

¹⁶ La muerte del comendador mayor de León, seguida del casi inmediato fallecimiento de Alonso de Idiáquez, generó gran expectación entre los secretarios que se creían con méritos para sucederle en alguno de sus oficios; véanse, por ejemplo, las cartas de Comalonga, que servía en asuntos de Aragón, en AGS. E, leg. 300, nums. 237, 257 y 258. Asimismo, en julio de 1547 el príncipe Felipe escribía a su padre: "...en la provisión de los officios que (Idiaquez) servía por el Comendador Mayor, haviéndose de repartir, se acuerde de Erasso que esta ay sirviendo a V. Mag. y de Gonzalo Perez y Ledesma, que ha mucho que sirven..." (AGS. E, leg. 300, n° 221). Los problemas de Vázquez de Molina, en especial con la propiedad de la secretaría de Estado, se analizan en los siguientes capítulos.

¹⁷ Además de la documentación citada en el próximo apartado, en las famosas recomendaciones que Carlos V hiciera a su hijo en 1543, decía de Valdés: "El Presidente es buen hombre; no es, a lo que yo alcanço, tanta cosa como serya menester para un tal Consejo, mas tampoco hallo ny se otro que le hiziese mucha ventaja. Mejor era para una Chancillería que para el Consejo...", resaltando a continuación su estrecha relación con Cobos (CDCV, II, doc. CCLII).

¹⁸ Sobre este asturiano, presidente del Consejo de Castilla, Inquisidor General, y consejero de Estado, que llegó a ser uno de los personajes más influyentes de las sucesivas regencias peninsulares hasta su caída en desgracia por el empuje de la facción ebolista, véase J. MARTINEZ MILLAN, "Las élites de poder durante el reinado de Carlos V..", pp. 153-158; J. L. GONZALEZ NOVALIN, El Inquisidor General Fernando de Valdés, Oviedo 1971, 2 vols.

¹⁹ A la cabeza de su ilustre familia (era hermano de Diego Hurtado de Mendoza, embajador en Roma, Antonio de Mendoza, virrey del Perú y de Bernardino de Mendoza, capitán general de las galeras de España, contador mayor de Castilla y consejero de Estado, don Luis fue virrey de Navarra desde 1543 hasta que fue llamado a la Corte de la regencia en 1546 (algunas precisiones sobre el mismo y el título que recibió para el Consejo de Guerra en mi trabajo "El gobierno de los asuntos de la guerra...", pp. 87-88). Muy cercano a Cobos y luego a Vázquez de Molina, a la par que colaboraba con éste en el gobierno de la regencia en los años cincuenta se acercaría a Ruy Gómez de Silva, obteniendo la presidencia del Consejo de Castilla en 1559. Se retiró y murió en 1564. Su expediente en AGS. EMR. QC, leg. 32, nums. 735 ss.; se encontrarán además diversas noticias biográficas en A. LOPEZ DE HARO, Nobiliario genealógico de los Reyes y Títulos de España, Madrid 1622, 2 vols.; Historia de la Casa de Mondéjar (BNM. ms. 3.315) y CODOIN, vol. 23, pp. 77-86. Para obtener una visión de la Casa de Mondéjar en particular, y de los Mendoza en general, las obras de H. NADER, "Noble income in sixteenth-Century Castile; the case of the marquises of Mondejar, 1480-1580", The economic history review, vol. XXIX, n° 1 a 4, (1976), pp. 411-428; IDEM, Los Mendoza y el Renacimiento español, Guadalajara 1986.

sucesor del Duque de Alba (que se hallaba en Alemania con el Emperador) en la función de señalar los documentos emitidos por vía de Guerra²⁰. Vázquez de Molina y el Marqués de Mondéjar comenzaron así a colaborar en el gobierno de los asuntos de Estado y Guerra de la regencia²¹, acuerdo que se mantuvo durante la década siguiente. En esta época otro cliente de Cobos conseguía auparse a puestos de responsabilidad merced a la fortuna. Se trata de Francisco de Eraso quien, habiendo formado parte del círculo de Juan Vázquez entre 1543 y 1545, mientras el secretario acompañaba al Emperador, quedó al frente de los negocios hispanos junto a Carlos V tras la accidentada muerte de Alonso de Idiáquez²².

De modo que, a finales de 1547, cuando Carlos V había pacificado el Imperio gracias a su victoria en la batalla de Mülhberg y decidió que su hijo realizara su primer viaje por las posesiones septentrionales de la Monarquía, la situación en la corte castellana había culminado un relevo generacional. Los patronos emergentes dominaban las relaciones de poder entre los personajes que cumplían distintas funciones en la administración del patrimonio regio (casa real), más que en unos organismos o "Consejos", como se ha venido diciendo. Pero este espacio sufrió una profunda transformación. En enero de 1548 el Duque de Alba llegaba a Valladolid portando instrucciones precisas para implantar en la Casa del príncipe el fastuoso ceremonial

²⁰ Así lo solicitaba en carta al Emperador de 26 de febrero de 1547: "Olvidoseme en la carta de screvir que en la instrucción que V. Mag. dexó al tiempo de su partida, quedó ordenado que lo que se acordasse y despachasse en el Consejo de la Guerra señalasse para firmar su Alteza el duque de Alba y yo, y como faltó el duque yo solo he señalado lo que se ha offrescido. Paresce, si V. Mag. es servido, que embíe a mandar que en lugar y por ausencia del duque de Alba firme el marqués de Mondéjar, que es persona de quien todo se puede confiar, que de verdad hizo V. Mag. en él muy buena provisión..." (AGS. E, leg. 75, n° 311); contestó el Emperador el 20 de marzo: "De que el marqués de Mondejar sirve y trabaja con todo cuydado, assí en lo que toca a su cargo como en lo demás que se ofresce, estamos ciertos, y vos hazeis lo que soleys..." (*ibidem*, n° 3).

²¹ Un ejemplo: el 22 de mayo de 1547 Hernando Girón, veedor de las galeras escribía el 22 de mayo de 1547 a Francisco de Ledesma como le había pesado "...no hallar a v.m. en Madrid quando allí llegue, y al señor Juan Vázquez y al señor marqués les paresció era bien me biniese luego..." (AGS. E, leg. 75, n° 71).

²² Sobre este secretario, de entera confianza de Ruy Gómez de Silva, nos remitimos al trabajo realizado por C. J. CARLOS MORALES, "El poder de los secretarios reales: Francisco de Eraso", *La Corte de Felipe II*, dir. J. MARTÍNEZ MILLÁN, Madrid 1994, pp. 107-148, así como a las páginas que le dedicamos en los capítulos siguientes por su especial vínculo con los asuntos militares.

borgoñón²³, cuya rica multiplicidad ofrecía campo mucho más amplio al juego de las relaciones personales y, por tanto, a la construcción de espacios de dominio.

Esta modificación ampliaba el protagonismo de la Corte. Al convertir este espacio en lugar de encuentro entre gobernantes y gobernados, no solo se proporcionaba mayor cohesión a los reinos, sino que aparecía además como foco de ambiciones políticas, donde nuevos personajes comenzaron a aprovechar el ascenso del heredero al trono, el príncipe Felipe, para materializar durante la crucial década siguiente el cambio de dirección política en la cúspide del gobierno de la Monarquía²⁴. Sin duda, el ejemplo más señalado fue el portugués Ruy Gómez de Silva, nombrado sumiller de corps²⁵.

²³ Acerca de este ceremonial, A. RODRIGUEZ VILLA, Etiquetas de la Casa de Austria, Madrid 1913, especialmente pp. 29-35 para los cargos cortesanos. Asimismo, véase un análisis de las reacciones que suscitó entre los contemporáneos en el trabajo de H. NADER, "Habsburg ceremony in Spain: the reality of a myth" Historical Reflections (1988) 15(1), pp. 293-309.

²⁴ El análisis de los acontecimientos europeos e hispánicos en esta década de transformaciones ha sido abordado por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un Imperio en transición: Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559, Barcelona 1992; el encomiable intento de globalización de un proceso tan complejo queda deslucido por sus errores frecuentes por lo que toca a la administración peninsular.

²⁵ Ruy Gómez de Silva había llegado a Castilla en el séquito de la Emperatriz Isabel, pasando al servicio del príncipe Felipe, con quien a lo largo de los años estableció estrecha relación. Su carrera política comenzó en 1548, y progresó a ojos vista gracias a su contacto con el heredero de la Monarquía. Conde de Melito desde 1552 (tras su matrimonio con Ana de la Cerda, hija del Duque de Francavilla) y príncipe de Eboli en 1559, en las páginas siguientes se hallará cumplida información del ascenso de su "partido", que culminaría en los primeros años sesenta, y su declive y muerte, el 29 de julio de 1573. No se conoce el destino del grueso de los papeles de Ruy Gómez, pero se hallarán reseñas de algunos documentos en M. CUARTAS RIVERO, "Correspondencia del Príncipe de Eboli en la sección Consejo y Juntas de Hacienda de Simancas, 1554-1569", Cuadernos de Investigación histórica, 2 (1978), pp. 201-214, y transcripciones diversas en CODOIN, vols. 3, 28 y 97. Esta laguna documental, ya de por sí importante, cobra nueva dimensión en la obra de J. M. BOYDEN, The courtier and the King. Ruy Gómez de Silva, Philip II, and the court of Spain, Berkeley 1995, que se distingue por sus acusadas carencias en este sentido, si bien esta publicación supuso cierta mejora respecto de la tesis original (The curve of fortune: Ruy Gómez de Silva and the house of Pastrana, 1516-1573, Tesis doctoral leída en la University of Texas at Austin en 1988). Pueden consultarse además algunos datos valiosos en L. de SALAZAR Y CASTRO, Historia genealógica de la Casa de Silva, Madrid 1685, 2 vols. Señalar, por último, la existencia de una rara obra de L. CABRERA DE CORDOBA, Elogium Rui Gomezii, Medialani 1715, citada por G. MARAÑÓN, y cuya localización constituye una vieja aspiración de los estudiosos de la Monarquía hispana en el siglo XVI.

1.- EPOCA DE REGENCIAS (1548-1559): JUAN VAZQUEZ DE MOLINA AL FRENTE DE LA ADMINISTRACION CASTELLANA DE ESTADO Y GUERRA

1.1. La Regencia de Maximiliano y María de Austria(1548-1551): el dominio pleno de Juan Vázquez de Molina.

El príncipe Felipe partía de Valladolid el 2 de octubre de 1548 para reunirse con su padre. Atrás dejaba como gobernadores del reino al matrimonio formado para la ocasión por su hermana María y su primo Maximiliano¹, legitimados con un poder general (acompañado de las restricciones oportunas), y pertrechados de unas instrucciones para el gobierno². El príncipe iba acompañado de un nutrido cortejo, entre los que destacaban el Duque de Alba, Ruy Gómez y Gonzalo Pérez³.

Maximiliano y María, reyes de Bohemia desde febrero de 1549, se colocaban al frente de la administración, pero sus limitaciones eran manifiestas. El Emperador les dejaba como consejeros principales a

¹ La obra más completa sobre este período es la tesis doctoral, por desgracia inédita, de R. RODRIGUEZ RASO: Maximiliano y María de Austria, gobernadores de España, 1548.1551: estudio a través de su correspondencia con Carlos V, Madrid, 1957. La misma autora publicó posteriormente las cartas enviadas por los gobernadores al Emperador, con un estudio introductorio: Maximiliano de Austria, gobernador de Carlos V en España: cartas al Emperador, Madrid 1963 (obra citada en adelante como RASO). La correspondencia inversa, de Carlos V y Felipe a Maximiliano y María, ha sido publicada en CDCV. Para el viaje de Maximiliano véase C. MALFATTI, El archiduque Maximiliano, gobernador de España: su viaje a Valladolid en 1548 y su boda con la infanta María. Crónicas y documentos, Barcelona 1948, donde se reproduce, entre otros documentos, la crónica de Cervonio Besozzi. Poco añade a estos trabajos A. DIAZ MEDINA, "El gobierno en España de Maximiliano II (1548-1551)", Kaiser Maximilian II: kultur und politik im 16. jahrhundert (her. von F. EDELMAYER und A. KOHLER, Munchen 1992).

² El poder general en AGS. PR, leg. 26, n° 98 (CDCV. III, doc. CDI), las restricciones en ibidem, n° 104 (CDCV. III, doc. CDII) y, por último, las instrucciones en ibidem, n° 106 (CDCV, III, doc. CDIII). Para el gobierno de la Corona de Aragón recibirían unas instrucciones aparte (AGS. PR, leg. 26, n° 109; C. MALFATTI, op. cit. pp. 236-238).

³ Existen diversas descripciones del primer viaje de Felipe fuera de la península. La más completa, si bien abarca solo hasta junio de 1550, J. C. CALVETE DE ESTRELLA, El felicísimo viaje del muy alto y muy poderoso Príncipe don Felipe..., Madrid 1930; además, uno de los panaderos de Felipe escribió un corto relato del periplo, V. ALVAREZ, Relación del camino y buen viaje que hizo el Príncipe de España don Felipe en el año 1548...hasta Flandes, Bruselas 1551. Sobre la actividad de Gonzalo Pérez durante estos meses, AGS. E, libro 80.

aquellos que le venían sirviendo en la Corte castellana, esto es, Juan Vázquez de Molina, Fernando de Valdés y el Patriarca y presidente del Consejo Real Fernando Niño de Guevara. Con su consejo debían los gobernadores cubrir los oficios menores de justicia, y a ellos pediría dictamen Carlos V cuando se tratara del nombramiento de los cargos de mayor responsabilidad. Los tres nombres se repiten en las instrucciones que detallaban la forma de ejercer el gobierno así como las personas que entraban en cada espacio de discusión de negocios: el triunvirato debía controlar las consultas del Consejo Real y sentarse en el Consejo de Estado junto con el Marqués de Mondéjar (que era al mismo tiempo presidente del Consejo de Indias) y el Marqués de Távara⁴, sirviendo Molina como secretario interino de Estado.

Esta fórmula era la misma que ya utilizara el Emperador cinco años antes con ocasión de la segunda regencia de don Felipe, pero la situación en la Corte había cambiado. No solamente Carlos V consideraba a Valdés carente de la capacidad política del cardenal Tavera, sino que además era consciente de la aguda rivalidad existente entre el Inquisidor General y Hernando Niño. Con todo, este equilibrio de fuerzas había sido una de las últimas recomendaciones de Francisco de los Cobos desde su retiro⁵, así que el Emperador aceptó el modelo sin dudarlo, si bien encomendó muy vivamente al sobrino del comendador mayor, Juan Vázquez de Molina, la armonía entre ambos patronos⁶.

⁴ Bernardino Pimentel y Enriquez, señor de Villafáfila, nieto del tercer Conde de Benavente y primer Marqués de Távara desde 1541 (datos biográficos en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. II, p. 363). Estaba a cargo de la Casa de los Infantes desde 1547. Retirado en mayo de 1551 (véase *infra* nota 33), murió en julio de 1559 (AGS. E, leg. 137, n° 234).

⁵ El 26 de febrero de 1547 Cobos escribía sendas cartas a Carlos V desde Ubeda: en la primera daba cuenta de su partida de Madrid y pedía respuesta a diversas cuestiones planteadas sobre la reorganización del gobierno de la regencia, en especial "...lo que toca al arcobispo de Sevilla sy ha de entender en aquellas cosas que solía intervenir el cardenal de Toledo juntamente con el presidente y conmigo, que me paresce, segund la experientia que tiene de los negocios, que sera conveniente..."; a continuación loaba asimismo a Hernando Niño (AGS. E, leg. 75, n° 311); en la segunda, se refería al gobierno de los asuntos de la Corona de Aragón, pues el puesto de vicecanciller estaba vacante tras la muerte de Mai, y analizaba diversos candidatos para sustituirlo (AGS. E, leg. 300, n° 192; lista de nombres en *ibidem*, 191).

⁶ Carlos V a Vázquez de Molina, Bruselas, 29 de septiembre de 1548: tras anunciarle el envío de los documentos oficiales para la regencia, proseguía "Por los dichos despachos entenderays como va puesto en todo el Arçobispo de Sevilla, porque no fuera razón hazerse otra cosa, habiendo proveído y mandado los días pasados que tratasse los negocios durante mi ausencia como lo hazía el Cardenal Juan Tavera. Pero no embargante esto, le scrivo mire que él y el Patriarcha se comuniquen y tratten las cosas de manera que cese lo pasado, y se conozca y entienda que no ay entrellos passion ni differentias, porque entre los otros inconvenientes que se seguirian seria muy principal

La avenencia entre Valdés y Niño era tanto más importante para el soberano cuanto que éste no podía dejar de reconocer la nula experiencia de los gobernadores, hecho que le hizo optar por dejarles escaso margen de maniobra para desarrollar una verdadera labor de gobierno. Prefirió, por el contrario, depositar tan alta responsabilidad en personajes más importantes de la Corte, aunque resulta obvio que la discordia entre ellos podía perturbar seriamente sus intenciones. Es en este contexto donde hay que situar la composición del Consejo de Estado, pues no es difícil adivinar la lógica que siguió el Emperador en la selección. Reunió en el organismo a aquellos que, por razón de su influencia o por sus cargos, controlaban las principales áreas del gobierno del patrimonio regio, incluidos los oficios palatinos⁷. Con ello, Carlos V había creado un nivel desde el cual era posible ejercer una especie de coordinación general del gobierno, donde se podían discutir y resolver los problemas, tanto los derivados del funcionamiento normal de la administración como los creados a raíz de las enemistades entre los ministros (cuando no fuera suficiente la labor mediadora de Molina) y, en fin, los asuntos extraordinarios que sin duda surgirían en la dirección de los Reinos. La medida en que el Emperador alcanzó sus objetivos se analiza al final del capítulo, pero es preciso señalar que en el seno del Consejo de Estado se trataron asuntos de toda índole: además de actividades propias de Guerra (la amenazante situación en el norte de Africa, fronteras, armadas, fortalezas⁸), se discutieron

la comun voz que haurá en el reyno y que nadie se podrá satisfacer no andando con el cuydado que es razon y teniendo toda conformidad, sobre lo qual scrivimos asimismo al dicho Patriarcha; a ambos hablareys en esta sustancia de nuestra parte, para que tengan entendida nuestra voluntad, stando vos de por medio" (AGS. E, leg. 75, n° 2). Repetiría la orden de mediación a Molina el 30 de junio de 1549 (AGS. E, leg. 77, I, n° 11). Sobre los enfrentamientos entre ambos personajes, J. L. G. NOVALIN, El Inquisidor General..., pp. 206-216.

⁷ La importancia del gobierno de las Casas Reales explica la pertenencia al Consejo de Estado del Marqués de Távara, cuya influencia política era nula pero estaba al frente de la Casa de los Infantes. Del mismo modo, Vázquez de Molina reclamó un puesto en el Consejo para Pero Lasso, pues entendía que el cargo que ostentaba en casa de Maximiliano le daba derecho a ello; con todo, Carlos V rechazó la petición (AGS. E, leg. 77, I, n° 11).

⁸ Las alusiones a estos temas son constantes en la correspondencia entre el Emperador y sus gobernadores (véase CDCV y RASO). Además, señalar la relación de acuerdos tomados por el Consejo de Estado tras la toma de Fez por el Xarife (AGS. E, leg. 77, n° 248), o la consulta sobre la entrega que el rey de Portugal hizo de Arzila al rey de Vélez (AGS. E, leg. 78, n° 21).

temas de hacienda⁹, operaciones en las Indias¹⁰, conflictos entre Consejos¹¹ y se regularon asimismo actividades del Consejo Real¹². Cuando no era posible lograr la unanimidad en las deliberaciones, debido a la colisión entre las diferentes esferas de influencia de los consejeros, Maximiliano y María optaban por remitir el tema al Emperador¹³.

Este protagonismo de los ministros castellanos no encontraba impedimentos en la Corte imperial, ni por parte de los hombres de Carlos V (con el secretario Francisco de Eraso coordinando los asuntos de Estado y Guerra¹⁴) ni de los llegados con el príncipe, a quien su padre consideraba un buen conocedor de la administración de los reinos por lo que tomaba muy en cuenta sus opiniones¹⁵. Si bien comenzó a vislumbrarse un cierto distanciamiento entre Eraso y el Duque de Alba por un lado, y Vázquez de Molina por otro, debido a la fallida pretensión de éste

⁹ Tales como empréstitos (AGS. E, leg. 503, nums. 117-118; CDCV. III, doc. CDXLII); supresión de intereses y cambios (AGS. E, leg. 504, nums. 13-17; CDCV. III, doc. CDLVI); revisaba asimismo consultas del Consejo de Hacienda (AGS. E, leg. 78, n° 44; RASO p. 75).

¹⁰ Carta de Carlos V a Maximiliano y María, 9 de octubre de 1549, ordenando se junten los del Consejo de Estado y los de Indias para discutir sobre la forma en que se habría de traer el cargamento de oro y plata del Perú (AGS. E, leg. 503, nums. 137-139; CDCV. III, doc. DCXLIX); revisa asimismo las conclusiones del Consejo de Indias respecto a un asiento con Alvaro de Bazán (AGS. E, leg. 78, n° 12; RASO p. 149).

¹¹ Por ejemplo, entre el Consejo Real y el Consejo de la Inquisición (AGS. E, leg. 76, n° 60; RASO p. 63 y asimismo en AGS. E. leg. 78, n° 43; RASO, p. 152)

¹² AGS. E, leg. 78, n° 30; RASO, p. 94.

¹³ Así, para decidir a quien correspondía realizar una visita a los aposentos de la Corte, si a un miembro del Consejo Real -como opinaba el Patriarca- o a un mayordomo y un alcalde de Corte, como era el parecer del resto del Consejo (AGS. E, leg. 81, n° 50; RASO p. 184).

¹⁴ Por ejemplo, AGS. CC. DC, leg. 10, n° 43, minuta de consulta del Consejo de Guerra sobre las Guardas, 1550 (necesidad de nombrar un receptor, acrecentamiento de salarios, consignaciones); el original está anotado al margen por Eraso con las órdenes del Emperador.

¹⁵ Mientras duró el viaje el príncipe siguió estando informado sobre las disposiciones que se tomaban en Castilla: véase la carta de los gobernadores al príncipe el 26 de febrero de 1549 (AGS. E, leg. 78, nums. 65-66; CDCV. III, doc. CDXXIX) con respuesta el 30 de marzo (*ibidem*, leg. 503, n° 211; CDCV. III, doc. CDXXXVIII); o la misiva del príncipe a Juan Vázquez de Molina de 29 de enero de 1549 (*ibidem*, n° 216; CDCV. III, doc. CDXIX). Acerca de la actitud de Carlos V, unos días antes de entrar el príncipe en Bruselas, el 26 de marzo, comunicaba a Maximiliano y María que esperaba a la llegada de su hijo para resolver un importante negocio (AGS. E, leg. 503, n° 113; CDCV. III, doc. CDXXXVII). El 25 de agosto de 1550 el Consejo de Estado (firmaban el Patriarca, Valdés y Mondéjar) escribía al príncipe dándole cuenta de diversos asuntos, que Carlos V había remitido para su resolución a su hijo, además de informarle del estado militar de la península (AGS. E, leg. 82, n° 21).

último de partir con don Felipe¹⁶, por el momento existían determinados condicionantes que impedían la ingerencia en las parcelas de poder de cada uno. Así por ejemplo, en marzo de 1550 Carlos V tras consulta del Consejo de Guerra, aprobaba el nombramiento de Pedro del Hoyo, oficial de Vázquez de Molina, para recibir el dinero de la consignación de las Guardas de Castilla¹⁷.

De modo que Juan Vázquez de Molina, aun sin recibir la sucesión formal en algunos oficios de su tío (en especial la secretaría del Consejo de Estado, que ejercía interinamente) administraba en Valladolid sin excesivos problemas el caudal político que su parentesco con Francisco de los Cobos le había proporcionado, esto es, la máxima confianza de Carlos V en asuntos castellanos. Ello le convertía en el eje de la maquinaria administrativa con intervención en Hacienda, Ordenes, Cruzada, Cámara, Indias, Estado y Guerra¹⁸; y en las tres últimas materias Molina terminó de consolidar la estrecha relación, iniciada los años anteriores, con el Marqués de Mondéjar¹⁹. Esta situación perfila las características que tuvo el gobierno de la guerra durante estos años. En concreto, según las instrucciones, en el Consejo de Guerra debían juntarse aquellos consejeros de Estado que, bien por su pertenencia a la nobleza (Mondéjar y Távara), bien por sus experiencia en el andamiaje administrativo castrense (Vázquez de

¹⁶ C. J. CARLOS MORALES "El poder de los secretarios...", p. 115.

¹⁷ Carta de Carlos V a Maximiliano y María, 31 de marzo de 1550 (AGS. E, leg. 504, nums. 21-22; CDCV. III, doc. CDLXV). Una copia del título de receptor general de las Guardas -que supuso la creación del cargo-, en AGS. GM. LR. 18, mayo de 1550. Hasta el momento tales funciones las había ejercido el tesorero general, puesto desempeñado por Alonso de Baeza, quien llevó muy mal la pérdida de funciones, desgracia que achacó a una maniobra de Almaguer (carta de Baeza al príncipe, 7 de diciembre de 1549, en AGS. E, leg. 77, n° 47).

¹⁸ Como muestra de la opinión de Carlos V, cuando en noviembre de 1549 Maximiliano expresó su voluntad de visitar Andalucía, acompañado de Vázquez de Molina, el Emperador le ordenó que el secretario quedara en la Corte para que no se paralizara la administración por su ausencia, (AGS. E, leg. 503, n° 141; CDCV. III, doc. CDLIII).

¹⁹ La relación con Vázquez de Molina la heredó el Marqués de Mondéjar de la amistad que mantuvo con su tío, Francisco de los Cobos, durante los últimos años de su vida (véase capítulo anterior). De este modo, se conservan muestras de la correspondencia que el marqués mantenía con el secretario cuando el primero se ausentaba de la Corte, con el fin de atender el despacho de los asuntos de Estado y Guerra, y que señalan los cercanos vínculos existentes entre ambos : 31 de mayo y 8 de diciembre de 1547 (AGS. E, leg. 75, nums. 106 y 173), 10 de noviembre y 8 de diciembre de 1549 (*ibidem*, leg. 79, n° 153 e *ibidem*, leg. 80, n° 69), 27 de enero de 1550 (*ibidem*, leg. 81, n° 166); junio de 1554, cuando el secretario se hallaba acompañando al príncipe en su viaje a la Coruña (*ibidem*, leg. 106, nums. 55-58).

Molina), contaban con el bagaje suficiente para resolver este tipo de negocios, pues ya las instrucciones habían dejado claro que aquí se trataba de ejecutar lo decidido en el Consejo de Estado, además de gestionar el funcionamiento ordinario de la maquinaria burocrática militar²⁰. Todavía no se especificaba la asistencia de letrados para la revisión de causas de justicia que afectasen a militares, pero el Emperador comenzaba ya a dar órdenes en este sentido para asuntos concretos²¹. Por otro lado, el Marqués de Mondéjar quedaba encargado de señalar las provisiones, función heredada del Duque de Alba, y en perfecta connivencia con Vázquez de Molina y sirviéndose de Francisco de Ledesma²², asumía la dirección de la administración militar²³. La influencia política que tal posición le proporcionaba venía dada por las posibilidades de patronazgo sobre la creciente maraña de cargos militares territoriales²⁴, pero mayor pujanza en la Corte le confería su condición de presidente del Consejo de Indias; sin embargo, esta faceta le perjudicaría debido a un conflicto suscitado a raíz de la firma de un asiento para la navegación de las Indias con Alvaro de Bazán²⁵.

²⁰ Como se señalaba en las instrucciones: "Las cosas principales de la guerra, y lo que de allí (Estado) resultare de guerra y las cosas ordinarias que se tratan en el Consejo de Guerra entiendan en la ejecución y provision y cumplimiento dello..."; un poco más arriba se encargaba al Consejo de Estado, y no al de Guerra, mirar por la buena disposición de las Guardas de Castilla y tener en condiciones las fortalezas; sin duda, prefería que cuestiones tan estratégicas, que afectaban a diferentes áreas de gobierno -no solo Guerra, también Hacienda, Castilla- fueran discutidas por la cúpula de personajes que integraban la dirección de la administración, logrando con ello una mayor coordinación.

²¹ Véase la orden del Emperador de julio de 1548 (AGS. E, leg. 344, n° 248; cit. en mi trabajo "El gobierno de los asuntos...", p. 98).

²² Sobre la relación con Molina, *supra*, nota 19; cotéjese el tono de las cartas ahí citadas con las que dirigía el marqués a Ledesma a quien, con la cortesía debida, no dejaba de considerar un oficial a su servicio (AGS. E, leg. 106, n° 53 y 175).

²³ Esto es así hasta el punto de llegar a atribuirle la presidencia del Consejo de Guerra (RASO, p. 63), si bien no existía tal cargo.

²⁴ Por ejemplo, cuando en julio de 1554 vacó el oficio de veedor de las obras de Navarra, Ruy Gómez escribiría a Mondéjar para que se nombrara a uno de sus deudos (AGS. E, leg. 104, n° 110).

²⁵ Mondéjar apoyó la actitud de los consejeros de Indias, contrarios a suscribir con Alvaro de Bazán -padre del Marqués de Santa Cruz- un asiento para llevar las galeras; el marqués pretendía que el beneficiado fuera su hermano, Bernardino de Mendoza, y con ello se ganó la animadversión tanto de Bazán -la documentación demuestra como se preocupó de airear su agravio en todos los foros posibles- como de los regentes, que exigieron al Emperador el castigo de los consejeros implicados (RASO, p. 28, y abundantes referencias en las cartas publicadas).

El problema vivido por el Marqués de Mondéjar se enmarcaba en el situación a la que se había llegado con la decisión de Carlos V de apoyarse en las principales cabezas de la Corte castellana para ejercer efectivamente el gobierno de la regencia, fuera de manera individual o colegiada, a través del Consejo de Estado. A pesar de las intenciones estabilizadoras del Emperador, el resultado fue que estos ministros actuaron con absoluta autonomía en sus respectivos campos, lo que redundó no solo en menoscabo de la autoridad de los gobernadores (que acabaron por presentar sus quejas ante la Corte Imperial²⁶) sino en una acusada descoordinación en el gobierno, como el mismo soberano habría de reconocer más adelante. Por otro lado, la duplicidad de centros de poder -favorecida por la mayor debilidad de la regencia en comparación con períodos anteriores-, introdujo nuevos elementos de tensión, pues aquellos que no encontraron una respuesta de acuerdo a sus pretensiones en la Corte de Castilla, acudieron a la de Bruselas para obtenerlas; tal fue el caso del Duque de Maqueda, virrey de Navarra²⁷, del Marqués de Cortes, capitán general de Galicia, enemigo de Hernando Niño²⁸ o Gutiérrez de Padilla, que solicitó una visita general al gobierno de la regencia²⁹. Con todo, estos descontentos no vieron sus

²⁶ Maximiliano y María enviaron a Luis Vanegas por dos veces al Emperador con sus quejas: la primera en octubre de 1549, con respuesta de Carlos V el 25 de enero de 1550 (AGS. E, leg. 504, nums. 5-7; CDCV. III, doc. CDLVII), puntualizando que los poderes y restricciones eran los mismos que se dieran a la Emperatriz y al príncipe, y que los ministros tenían instrucciones particulares para ejercer sus oficios; pedía asimismo que le dieran datos concretos sobre posibles incumplimientos por parte de los oficiales. El 4 de julio volvió a partir Vanegas con quejas sobre el Consejo de Indias, a raíz del contrato firmado con Alvaro de Bazán, contestando el Emperador el 11 de septiembre (AGS. E, leg. 645, n° 45). Estos episodios han sido analizados en detalle por R. RODRIGUEZ-RASO, Maximiliano y María de Austria, gobernadores... pp. 124-133.

²⁷ En marzo de 1549 envió una persona a Bruselas para exponer su postura referente a la defensa de aquel Reino fronterizo, al no estar satisfecho con las disposiciones de los gobernadores. La situación se mantuvo hasta julio -con la llegada de Felipe- recibiendo el marqués una respuesta negativa (AGS. E, leg. 503, n° 108-109; CDCV. III, doc. CDXXXIX).

²⁸ Propuso el marqués al Consejo Real levantar una armada para la defensa de la costa gallega, pero el alto organismo no la consideró necesaria. Envió entonces don Pedro un emisario a la Corte del Emperador, que a su vez remitió el asunto a la resolución del príncipe (carta de Carlos V a Maximiliano y María, 12 de junio de 1550, en AGS. E, leg. 1.466, nums. 217-220; CDCV. III, doc. CDLXVIII). No cejó el marqués, despachando de nuevo una carta explicatoria a Felipe, en la que se remitía al Duque de Alba -a quien había informado previamente del proyecto-, y con graves quejas del presidente del Consejo, Hernando Niño, ya que tras llevar solo un año en el cargo de gobernador de Galicia había ordenado efectuarle una visita (carta de 30 de julio en AGS. E, leg. 81, n° 271).

²⁹ Carta al príncipe de 8 de noviembre de 1550: "...que aunque muy ocupados estén de las cosas de allá, no olviden la justicia y buena gobernación de acá y de los otros sus reinos, mandando bisitar este Consejo Real y los Alcaldes de Corte y oficiales de Contaduría y otros consejos y ministros de justicia, que ay muy grand necesidad de

esfuerzos coronados por el éxito, debido tanto a un deseo imperial de no lesionar, al menos públicamente, la autoridad de sus representantes, como al control que ejercían en el gobierno los grandes patronos de la Corte.

1.2. Tercera regencia de don Felipe (1551-1554): la irrupción de Ruy Gómez y el planteamiento del conflicto

El príncipe Felipe desembarcó en Barcelona el 12 de julio de 1551, acompañado de Maximiliano que volvía para recoger a su esposa, a la que había dejado como única gobernadora tras abandonar la península unos meses antes, en noviembre de 1550³⁰. Felipe recibió un poder general que le legitimaba de nuevo como lugarteniente general y gobernador de los territorios castellanos y de las Indias, con unas restricciones al uso de dicho poder³¹, y unas instrucciones que detallaban la forma concreta de ejercer el gobierno³².

ello..." (AGS. E, leg. 81, n° 318).

³⁰ María recibió en consecuencia un nombramiento de gobernadora del reino, fechado el 20 de septiembre de 1550 (AGS. PR, leg. 26, n° 113). Los últimos actos de gobierno de Maximiliano en Castilla, con la reunión de los principales ministros para encargarles el cumplimiento estricto de la justicia civil y criminal, los relata Hernando Niño en carta a don Felipe de 30 de octubre de 1550 (AGS. E, leg. 81, n° 298).

³¹ El poder en AGS. PR, leg. 26, n° 114; CDCV. III, doc. CDXCVIII, y las instrucciones en *ibidem*, n° 119; CDCV. III, doc. CDXCIX. Recibió asimismo los documentos pertinentes para el gobierno de la Corona de Aragón (referencia en CDCV. III, doc. DI; un complemento a dichas instrucciones para Aragón en AGS. E, leg. 308, I, n° 17).

³² AGS. PR, leg. 26, n° 96.

A diferencia de lo ocurrido con los reyes de Bohemia en 1548, en esta ocasión no aludía el Emperador a ningún ministro concreto que sirviese de consejero principal a su hijo. En las instrucciones se señalaba que en el Consejo de Estado debían entrar el Patriarca y presidente del Consejo Real Hernando Niño, su adversario el arzobispo de Sevilla e Inquisidor General Fernando de Valdés, el Marqués de Mondéjar, Juan Vázquez de Molina, que además servía como secretario interino, y un personaje llegado con el príncipe, el Duque de Alba, su mayordomo mayor, "...allándose allí". Respecto al Consejo de Guerra, quedaban encargados el Duque, Mondéjar y Juan Vázquez, con Ledesma como secretario. El Marqués de Távara, único excluido desde 1548, había recibido del Emperador permiso para retirarse poco antes, el 16 de mayo de 1551³³.

Los convocados como consejeros de Estado fueron pues casi los mismos que tres años antes, aquellos servidores del Emperador que controlaban el gobierno de la Casa del príncipe, pero la lógica del sistema era muy otra. Ya no era necesario suplir las carencias de unos inexpertos gobernadores, pues Carlos V reconocía a su heredero un amplio conocimiento de los asuntos hispanos, y además necesitaba mantener buenas relaciones con él para asegurarse los suministros necesarios desde la península. Por su parte, Felipe emprendió la regencia con el firme propósito de demostrar al mundo su capacidad de gobierno, toda vez que se hallaba candente el tema de la sucesión al frente del Imperio, al imponer Carlos V a su hermano Fernando el compromiso de asegurar tan alta dignidad a Felipe, que deseaba hacerse merecedor de ella³⁴.

Sin embargo, Felipe fue progresivamente consciente de que le resultaría extremadamente difícil materializar sus ambiciones mientras

³³ Había solicitado permiso para retirarse en repetidas ocasiones (cartas al príncipe de 19 de febrero de 1550, AGS. E, leg. 81, n° 240, y 23 de diciembre del mismo año, AGS. E, leg. 83, n° 9), licencia que finalmente le concedió Carlos V en la fecha indicada, añadiendo la merced de 400.000 mrs. de juro de por vida (AGS. E, leg. 84, n° 270); alegaba el Emperador, dado que el marqués estaba a cargo de la Casa de los infantes, la disolución de la Casa de la reina de Bohemia -que abandonaría Castilla junto a su esposo-, la partida de Juana hacia Portugal y el diferente rumbo que habría de tomar la organización del entorno del infante don Carlos.

³⁴ Por el acuerdo de 9 de marzo de 1551, el sucesor al frente del Imperio sería Fernando, pero de éste pasaría a Felipe y no a su primo Maximiliano, que habría de conformarse con el título de rey de Romanos; este tema dejaría abierta la puerta de la rebelión en Alemania; acerca de este aspecto, M.J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un imperio en transición..., pp. 68-71.

no dispusiera de su propio círculo de confianza, forjado por él en sintonía con sus intereses, ocupando los puestos clave de la administración³⁵. Tal convicción fue convenientemente alimentada por aquellos que deseaban desplazar de sus lugares al grupo encabezado por Valdés y Molina, formado con el Emperador (el a veces denominado "partido imperial") a quien habían ligado sus carreras y objetivos, por lo que el enfrentamiento por el poder resultó inevitable.

De todos modos, en un principio Felipe debió apoyarse en los personajes y formas de actuación establecidos por su padre. Los problemas comenzaron pronto, antes de entrar en Valladolid³⁶, pues tuvo que organizar la defensa del Mediterráneo contra los turcos³⁷ y, poco después, apercibir al Reino debido a la hostilidad francesa³⁸. En estos tráfigos iniciales³⁹, el príncipe era asistido por el Consejo de Estado en pleno⁴⁰, que subsumía al Consejo de Guerra⁴¹, pero en realidad seguían

³⁵ Acerca de la formación del "partido ebolista", vide. J. MARTINEZ MILLAN, "Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: la facción ebolista: 1554-1573", Instituciones y Elites de Poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 137-198.

³⁶ Una vez que Felipe volvió a la península, no se dirigió a Castilla, como era de esperar, sino que -acompañado de Juan Vázquez de Molina, que se había acercado hasta Zaragoza junto con María y Maximiliano a recibirle- partió hacia Tudela, en Navarra, para hacerse jurar como heredero en aquel reino; las intenciones del príncipe las comunicaba Juan Vázquez al Consejo de Estado desde Zaragoza el 7 de agosto de 1551, solicitando la opinión del alto organismo (AGS. E, leg. 84, n° 93).

³⁷ Los movimientos del verano de la flota turca fueron ciertamente amenazadores: en julio saquearon la isla de Gozzo y el 14 de agosto tomaron Trípoli, ocupada por los Caballeros de Malta. Para estos episodios, F. BRAUDEL, El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, 2 vols. Madrid 1993, II, pp. 359-364.

³⁸ Circunstancia que aceleró su entrada en la capital castellana. En la carta de Felipe a Carlos V, Toro, 27 de septiembre de 1551, señala como se dio "...prisa en mi camino para proveer lo que más conviniese a la defensa dellos (Reinos). Y así llegué a Valladolid a primero del presente..." (minuta en AGS. E, leg. 84, n° 161-172; CDCV. III, doc. DXIV). Los franceses habían apresado en Barcelona ciertas naves preparadas para la travesía a Italia de los reyes de Bohemia, así como unas urcas que venían de Flandes.

³⁹ La documentación sobre la movilización de 1551 en AGS. GM, legs. 43 a 48. Véase además la extensa carta al Emperador de 24 de noviembre, donde se explaya sobre las diferentes fuentes de financiación; resulta muy significativo el contraste entre la información que da en este sentido y la pobre reseña que proporciona de las Cortes de Castilla, que se abrieron en Madrid con su presencia el 21 de octubre (minuta en AGS. E, leg. 84, n° 216-218; CDCV. III, doc. DXIX).

⁴⁰ Minutas de cartas del Consejo de Estado al príncipe, Valladolid, 28 de julio de 1551 (AGS. E, leg. 85, n° 149); 9 de agosto de 1551 (*ibidem*, n° 144); idem, 10 de agosto (*ibidem*, n° 146); idem, 11 de agosto (*ibidem*, n° 145); el 19 de agosto se señala la firma de el Patriarca, Valdés y Mondéjar (*ibidem*, n° 152). El 27 de agosto, Felipe contestaba desde Burgo de Osma a las cartas del Consejo de 10, 11 y 19 de agosto (*ibidem*, leg. 84, nums. 388, 389), que a su vez respondía el 28 y el 30 de agosto (*ibidem*, leg. 85, nums. 147 y 154). El Consejo recibió la orden de reunirse con el de

primando las relaciones no institucionalizadas: con el Duque de Alba en sus tierras⁴², los asuntos de Estado y Guerra estaban controlados en perfecta armonía por Vázquez de Molina (en las primeras semanas desde su puesto junto a Felipe en Navarra) y el Marqués de Mondéjar⁴³. Ambos mediatizaban la independencia de criterio del heredero de la Corona, que era perceptible en la variación de los procedimientos utilizados en el gobierno. Así sucedió con la *junta* que ordenó reunir para estudiar quien había de llevar las galeras de España⁴⁴, el impulso que dio a la vertiente jurisdiccional del Consejo de Guerra⁴⁵ y la libertad en el nombramiento de responsables de los ejércitos, con el consentimiento -a

Hacienda a fin de ir cavilando sobre las formas posibles de reunir una gran suma de dinero (AGS. E, leg. 85, n° 146).

⁴¹ El 28 de julio Mondéjar informaba al príncipe como "las cartas que vuestra Alteza mandó escribir asy al Consejo de Estado como al de Guerra se vieron en su Consejo de Estado y por la que se escribe entenderá Vuestra Alteza lo que ally parecio que se devía proveer..." (AGS. E, leg. 85, n° 229).

⁴² El Duque de Alba no se incorporó a la Corte castellana hasta los primeros días de octubre (J. de VANDERNESSE, "Journal des voyages de Philippe II de 1554 a 1559", Collection des voyages des Souverains des Pays-Bas, Bruxelles, 1876-1882, vol. IV, p. 8), y poco después se retiró a sus tierras con el beneplácito de Felipe (W. S. MALTBY, op. cit. p. 101; en carta de 25 de noviembre de 1551, Eboli comunicaba a Eraso la retirada del duque, pero pronosticando un rápido regreso por el crecimiento continuo de los negocios de guerra (AGS. E, leg. 89, n° 123). Para los siguientes movimientos de Alba vide, infra notas 44 y 49.

⁴³ Aunque no se especificara en las Instrucciones, las provisiones despachadas por la vía de Guerra las siguió señalando el Marqués de Mondéjar (AGS. GM. LR. 20, passim). Un ejemplo fehaciente del control de don Luis, que nos ilustra una vez más sobre la importancia fundamental de las relaciones no institucionalizadas en el gobierno, lo constituye la planificación de los movimientos en el Mediterráneo de las galeras de su hermano, Bernardino de Mendoza (AGS. E, leg. 85, nums. 30, 143, 148, 151).

⁴⁴ AGS. E, leg. 89, n° 160, minuta de relación al Emperador de la actividad de la *junta*. Felipe informaría a su padre en carta de 8 de junio de 1552 (ibidem, n° 47-56; CDCV. III, doc. DXXXVI). Estaba compuesta por el Duque de Alba (convocado por el príncipe para la ocasión; AGS. E, leg. 96, n° 110; leg. 89, n° 129), Hernando Girón (veedor de las galeras desde 1531; título en AGS. GM. LR. 4, h. 255), Vázquez de Molina y el proveedor general Francisco Duarte. La ausencia del Marqués de Mondéjar es explicable por el hecho de que uno de los candidatos era Bernardino de Mendoza, su hermano. Una vez que se tomó la determinación de renovar el asiento a éste último, Mondéjar entró en la *junta* para estudiar las condiciones del mismo. Resulta significativo que el mismo tema fuera estudiado durante la regencia de los reyes de Bohemia por el Consejo de Estado. La *junta de galeras* se consolidó rápidamente en el gobierno de la monarquía, pero la historiografía apenas se ha ocupado de ella: algunos datos en I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", p. 720; F. OLESA MUNIDO, La organización naval de los estados mediterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII, Madrid 1968, 2 vols. I, pp. 400-401; por último, la reciente obra de E. GARCIA HERNAN, La Armada española en la Monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo, Madrid 1995, que trata en el punto 5.3 la "organización administrativa de la armada" (p. 108), no ha contribuido a su mejor conocimiento. En este sentido, nos remitimos a los capítulos siguientes de la presente investigación.

⁴⁵ Lo que motivó la entrada de asesores del Consejo de Castilla. En este sentido, es preciso resaltar la participación de Menchaca, destacado miembro del círculo de Ruy Gómez (AGS. GM. LR. 20, h. 395, información de 15 de junio de 1552).

veces forzado⁴⁶- de su padre, que además le remitía la resolución de los conflictos generados en la cúpula castrense⁴⁷. Con todo, probablemente la muestra más significativa del dominio ejercido por Vázquez de Molina y el Marqués de Mondéjar tuvo lugar con ocasión del desastre sufrido por Carlos V en Innsbruck, tras la traición de Mauricio de Sajonia⁴⁸. Ambos personajes hicieron desistir a Felipe de su intención de ir en persona al frente de un ejército a socorrer al Emperador, como le solicitara la reina María de Hungría⁴⁹.

Los primeros signos de grave desacuerdo entre don Felipe y los servidores de su padre no estuvieron pues protagonizados por estos dos ministros, que además le acompañaron a Monzón, donde el heredero de la Corona pasó el segundo semestre de 1552 celebrando Cortes⁵⁰. Por el

⁴⁶ Minuta de carta del Emperador al príncipe, junio de 1552: "En la provisión de Luis de Carvajal (como capitán general de la Mar del Poniente) no ay que dezir sino que quisiera que tomárades otro de más experientia" (AGS. E, leg. 90, n° 66); las instrucciones para el cargo en *ibidem*, leg. 102, nums. 280-281.

⁴⁷ Por ejemplo, el nombramiento aludido en la nota anterior agravió a don Alvaro de Bazán en su condición de capitán general de las galeras de España, por lo que se quejó al Emperador, que a su vez lo remitió a su hijo con ciertas recomendaciones para que no interviniera el Marqués de Mondéjar, notorio enemigo del afamado marino, como señalamos en *supra*, p. 35, nota 25 (véase además la carta de Bazán al Emperador el 5 de abril de 1552 en *ibidem*, n° 75, con contestación el 9 de junio, *ibidem*, n° 78).

⁴⁸ Lo que motivó la presencia de un nuevo enviado de Carlos V en la Corte castellana, Juan Manrique de Lara (minuta de las instrucciones, anotadas por Eraso, 29 de marzo de 1552, en AGS. E, leg. 90, nums. 7-9; el 9 de abril Carlos V insistía en sus peticiones; *ibidem*, leg. 647, n° 48; CDCV. III, doc. DXXXVI). El príncipe respondió con una reunión de los Consejos de Estado y Hacienda, a fin de estudiar los medios de extraer del reino el numerario requerido (véase la extensa carta de Felipe a Carlos V de 8 de mayo de 1552, donde le informa de todas las medidas que ha tomado, en AGS. E, leg. 89, nums. 47-56; CDCV. III, doc. DXXXVI; a documentación generada por la movilización en AGS. E, legs. 93, 95, 97).

⁴⁹ Felipe manifestó su deseo en la carta hológrafa dirigida a Andrea Doria el 12 de junio de 1552 (AGS. E, leg. 92, n° 106). Sobre la intervención de Molina y el marqués, véase el billete del primero al príncipe, el 21 de junio de 1552: "con esta embio a V.Al. lo que el marqués y a mi nos paresce se deve responder a la Sra Reyna María..." (AGS. E, leg. 89, n° 320). La opinión la manifiesta el Marqués de Mondéjar en carta a Felipe de 19 de junio (*ibidem*, n° 322), pergeñando incluso diversas excusas que podría dar Felipe para no partir. El tema de la carta de María es citado por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un imperio...*, pp. 83-84, sin mencionar el papel de estos personajes. Es preciso señalar que el Duque de Alba no se encontraba ya en la Corte, sino camino de Barcelona en compañía de Juan Manrique, quien de parte de Carlos V había requerido su presencia en el norte de Europa (AGS. E, leg. 89, n° 310, carta de Alba al Emperador, 11 de mayo de 1552, acatando la orden de partida inmediata).

⁵⁰ Vázquez de Molina tardó unas semanas en incorporarse a la comitiva, pues el 23 de junio pedía al príncipe unos días de permiso para casarse, comunicándole la marcha de Mondéjar y Ledesma (AGS. E, leg. 89, n° 330); tres días más tarde Felipe firmaba una cédula real concediendo la autorización (*ibidem*, leg. 93, n° 205). Cuando permanecía alejado del príncipe, Vázquez era informado de los negocios por Ledesma (*ibidem*, leg. 95, n° 315, carta de Vázquez de Molina a Ledesma de 18 de diciembre de 1552), a la vez que se comunicaba directamente con Felipe: *ibidem*, n° 320, Molina al príncipe en la

contrario, en Madrid quedaron Fernando de Valdés y el Patriarca -hasta su muerte, el 16 de septiembre- negociando con los diputados del Reino el encabezamiento general. En estas condiciones, al recibir Felipe en Monzón la visita de un nuevo enviado especial de Carlos V, Juan de Figueroa⁵¹, tuvo que remitirlo a Castilla, pues no disponía a su lado de los elementos de gobierno necesarios para articular la respuesta oportuna. Sin embargo, el Consejo de Hacienda (dominado por Valdés, que celebraba las sesiones en su casa)⁵², se negó a cumplir las pretensiones de Figueroa sin la presencia del príncipe. Este hecho, la necesidad de imponer personalmente el cumplimiento de sus directrices, daría a Felipe, en palabras de Gabriel de Zayas, "más espuelas" para acelerar su vuelta⁵³.

Cuando, a principios del nuevo año, 1553, el príncipe por fin regresó a Madrid, tenía ya noticias de la derrota sufrida por su padre ante las murallas de Metz⁵⁴. Preocupado por la situación de su herencia en el norte, pero decidido a consolidar su poder en Castilla, puso entonces en marcha determinados mecanismos, teóricamente con el fin de revisar el funcionamiento de la administración, pero que en realidad encubrían los primeros compases del asalto al poder de aquellos que comenzaban a aglutinarse bajo la influencia de Ruy Gómez de Silva,

misma fecha, y nº 340, 27 de diciembre, anunciando desde Pliego su partida a Madrid.

⁵¹ Minuta de las instrucciones a Figueroa, fechadas el 18 de septiembre, en AGS. E, leg. 90, nº 109 (CDCV. III, doc. DLIV); en *ibidem*, nº 102-103, (CDCV. III, doc. DLV) minuta de la carta enviada por Carlos V al príncipe en la misma fecha.

⁵² C. J. CARLOS MORALES, Política y Finanzas..., p. 85.

⁵³ La respuesta del príncipe a su padre desde Monzón, el 12 de diciembre, anunciando el envío de más hombres a Nápoles y Flandes, la remisión de Figueroa al Consejo de Hacienda en Madrid, así como el deseo que tenía de volver a Castilla a ocuparse directamente de todos los aspectos incluidos en la ayuda a su padre, en AGS. E, leg. 97, nums. 95 -en cifra- y 64, copia descifrada; CDCV. III, doc. DLXIII. La expresión de Zayas en carta a Gonzalo Pérez desde Monzón el 26 de noviembre (AGS. E, leg. 308, nº 11; GP. II, pp. 443-444).

⁵⁴ Con las fuerzas reunidas, y con el fin de restaurar su maltrecha reputación, Carlos V había puesto sitio a Metz en octubre, en contra de la opinión de todos sus consejeros. Lo avanzado de la estación y las impresionantes fortificaciones de la ciudad hicieron fracasar su propósito, abandonando el asedio el 1 de enero de 1553. El día de Navidad el Emperador describía a su hijo a grandes rasgos el desarrollo de la campaña, y le anunciaba el levantamiento del campo para ir a socorrer Hedín, cercada por los franceses (AGS. E, leg. 647, nº 57-58; CDCV. III, doc. DLXVI). Acerca de este episodio, J. FINOT, "Le siege de Metz en 1552 et les finances de Charles Quint", Bulletin du Comité des travaux historiques et scientifiques, (1897), pp. 260-270; J. W. ZELLER, Le siege de Metz par Charles-Quint, oct-dec 1552, Nancy 1943.

deseosos de desplazar de sus puestos a los servidores del Emperador. Ya durante el año anterior Diego de Córdoba había concluido una visita a la Chancillería de Valladolid⁵⁵, pero ahora Felipe apuntó al corazón de la administración central, ordenando al mismo personaje la inspección del Consejo Real y al doctor Martín de Velasco -recién llegado de Italia, viaje que había demorado un año su toma de posesión como consejero de Castilla⁵⁶- la visita de las Contadurías Mayores de Hacienda y Cuentas y la Comisaría General de Cruzada⁵⁷.

Tales procesos sin duda se vieron impulsados por la carta que recibió Felipe de su padre en mayo, indicándole que su presencia era imprescindible en Flandes para dirigir la guerra -dado que él mismo se hallaba imposibilitado físicamente para hacerlo-, lo que constituía, por otro lado, una oportunidad inmejorable para ganar reputación y "...que el mundo y los enemigos vean que en vos no ternan la oportunidad que quizá piensan de emprender cosas nuevas"⁵⁸. Por supuesto, Felipe debía acudir con la cantidad suficiente de dinero como para asegurar la victoria, ya que en caso contrario se corría grave riesgo de perder gran parte del territorio a manos de los franceses, y le daba como plazo el mes de septiembre. Así que Felipe actuaría en adelante sobre la base de que debía abandonar Castilla para ir a encontrarse nuevamente con su padre lo que le urgiría a dejar tras de sí una situación en el gobierno lo más favorable posible a sus intereses, hecho que pasaba por la adecuada colocación de los personajes pertenecientes al círculo que comenzaba a formar Ruy Gómez. De gran utilidad en este empeño le resultaría la casi total dejación de los negocios que hizo el Emperador

⁵⁵ Carta de Diego de Córdoba al Emperador, 10 de junio de 1552, en AGS. E, leg. 89, n° 137; las conclusiones de la visita en *ibidem*, n° 139.

⁵⁶ El título de consejero de Castilla, datado en marzo de 1552, en AGS. EMR. QC, leg. 34; sobre la estancia en Italia, véanse sus cartas a Granvela, desde Milán, en el verano de 1552, en BNM. Ms. 7.916, nums. 28 y 29. Respecto a su trayectoria posterior, hasta su muerte en 1573, se hallará cumplida información en los siguientes capítulos.

⁵⁷ C. J. CARLOS MORALES, *Política y finanzas...*, pp. 89-90.

⁵⁸ Carlos V a Felipe, 2 de abril (AGS. E, leg. 98, nums. 136-142; CDCV. III, doc. DLXXVI). El contenido de la misiva ha sido comentado por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un Imperio...*, p. 85. Contestaba don Felipe el 18 de mayo, aceptando la partida y asegurando que estaba poniendo en orden todos los asuntos necesarios (*ibidem*, leg. 98, nums. 170-171; CDCV. III, doc. DLXXVII).

a lo largo de 1553, muy afectado por el desastre de Metz⁵⁹.

En este contexto, Ruy Gómez se convirtió en el eje de los movimientos cortesanos⁶⁰, especialmente tras conseguir del príncipe su matrimonio con Ana de Mendoza y de la Cerda, hija del Duque de Francavilla, que le unió a una de las principales casas nobiliarias de Castilla⁶¹. Además actuaba de intermediario entre la Corte de Felipe y la del Emperador, en donde Francisco de Eraso desarrollaba una función similar. De esta manera, fue cuajando una fuerte y duradera amistad entre ambos personajes, cuyos frutos se recogieron en el momento en que el príncipe sucedió a su padre.

Tan poderosa alianza de patronos atrajo a numerosos cortesanos, tales como el Marqués de Mondéjar, muy favorecido por el hecho de que Ruy Gómez emparentara con los Mendoza, y que veía cumplirse sus ambiciones con la nueva situación cortesana que se adivinaba⁶²; de la misma manera pensaba su compañero en la dirección de los asuntos de Estado y Guerra Juan Vázquez de Molina. El sobrino de Cobos comenzaba a sentirse muy presionado por la actuación de personajes que le eran ajenos, como el doctor Martín de Velasco, vinculado a Ruy Gómez y que intervenía cada vez con más fuerza en distintas áreas de la

⁵⁹ Un repaso de las enfermedades y estado de ánimo del Emperador, los últimos años de su reinado, en R. RODRIGUEZ RASO, "Cuatro negocios forzados del Emperador", *Eidos*, n° 5 (1954), pp. 244-260.

⁶⁰ Sin disfrutar de cargos en la administración, pues su actividad se centraba en la Casa Real como primer sumiller de corps y chanciller de la Puridad; en el oficio de primer sumiller sustituyó a Antonio de Rojas, que pasó a mayordomo del príncipe Carlos, según comunicaba a Eraso el 17 de mayo de 1553: "A su Al. sirvo lo mejor que puedo en este oficio de Don Antonio de Rojas, y es verdad que yo quedo solo en él, y como solo pienso servir de manera que todas las lenguas malas no tengan que dezir de my..." (AGS. E, leg. 100, n° 172).

⁶¹ A este respecto, en un memorial fechado en los primeros años sesenta el Duque de Francavilla pasaba factura a Felipe II por el enlace de su hija, pues "...estaba en mi mano casalla con el mayor grande de España", y a la postre lo hizo con Ruy Gómez, manifestando implícitamente el nivel inferior del contrayente. El argumento le servía para justificar una apremiante petición de mercedes pecuniarias (AGS. GM, leg. 70, n° 340).

⁶² En septiembre de 1552 Mondéjar pedía al Emperador desde Monzón una encomienda para uno de sus hijos (AGS. E, leg. 308, II, n° 195); es probable que no fuera atendida su petición, por lo que al año siguiente el marqués recurrió a Ruy Gómez. De este modo, el 12 de noviembre de 1553 Gómez, después de interceder por dicha encomienda, aseguraba a Eraso que "...el marqués desea que yo hiziesse cierto a v.m. que es su amigo y que le desea hacer algún servicio. Ame apuntado a dezir que cree que v.m. no tiene satisfacción del, por esto deseo yo que sea la base esto con que su Mag. hiziese una cosa tan justa y que fuese por medios de v.m." (AGS. E, leg. 100, n° 176).

administración, y el secretario Gonzalo Pérez, muy cercano al Duque de Alba, dedicado a asuntos de Aragón pero que hacía instancia por participar en los de Estado⁶³. Así que Molina, consciente de que "los tiempos andan de manera que se deven disimular muchas cossas"⁶⁴, reanudó el contacto con Eraso a través del portugués pensando que podría serle de gran utilidad para alcanzar lo que más ansiaba, esto es, suceder a Cobos en sus oficios. De todos ellos ambicionaba particularmente la secretaría del Consejo de Estado, cargo que apuntalaría su posición para afrontar los cambios que ya estaban en marcha⁶⁵. Eraso, por su parte, fomentaba estas relaciones provenientes de Castilla, al menos mientras no estuviera absolutamente decantada la situación de un lado u otro, con el fin de ponerse a cubierto de posibles contingencias desagradables⁶⁶.

El resto de los consejeros de Estado -el último en acceder a esta condición fue Antonio de Fonseca, nuevo presidente de Castilla en sustitución de Fernando Niño desde agosto de 1553⁶⁷- luchaban por defender sus posiciones. Fernando de Valdés se había librado de un feroz enemigo con la muerte de Niño, y si bien mantenía su influencia en el Consejo de Inquisición, sus criaturas estaban siendo excluidas del Consejo Real. El Duque de Alba llegó a Madrid desde Bruselas el 12 de mayo, portador de la apremiante misiva de Carlos V que hemos mencionado. En buena sintonía con Eraso, pero ignorante todavía de la posición que estaba alcanzando Ruy Gómez y muy distante de Vázquez de Molina, su verdadero problema residía en su trato personal con el príncipe; no se quedó mucho tiempo en su séquito, pues se retiró a sus tierras agraviado

⁶³ Carta de Ruy Gómez a Eraso, 25 de noviembre de 1551, indicando que "Juan Vázquez haze los negocios de Estado como de allá vino ordenado. Gonzalo Pérez insta para entrar en ellos de la manera que lo hazía en vida del Comendador Mayor..." (AGS. E, leg. 89, n° 123). Recordemos que Pérez había recibido título de secretario de Estado interino en 1543, mientras Cobos acompañaba al Emperador a la costa para embarcarse.

⁶⁴ Borrador de carta de Vázquez de Molina a Almaguer, 25 de junio de 1554 (AGS. E, leg. 106, n° 46).

⁶⁵ Las aspiraciones de Vázquez de Molina y la mediación de Ruy Gómez, quedan muy claras en carta de éste último a Eraso el 26 de septiembre de 1553: "en los negocios que hay entre v.m. y Juan Vázquez he hablado largamente con él, y aunque le tengo satisfecho en lo particular de v.m, como él lo escribe virá; el mal que ay en este negocio no es sino tener Juan Vázquez muy encasquetado en la cabeça que su Mt. lo a de quitar lo que el Comendador Mayor hazía" (AGS. E, leg. 89, n° 120).

⁶⁶ C. J. CARLOS MORALES "El poder de los secretarios...", p. 122.

⁶⁷ P. GAN GIMENEZ, El Consejo Real de Carlos V, Granada 1988, p. 146.

por la falta de respuesta ante determinadas pretensiones⁶⁸, y poco después volvió a partir hacia la Corte Imperial.

De manera que, cuando en carta fechada el 2 de octubre de 1553 Ruy Gómez comunicaba a Eraso que el "...gobierno de acá se porná razonablemente, y que si su Alteza pasa quedará con gran mejoría de como lo hallamos"⁶⁹, estaba reflejando la convicción de que, ante la partida de Felipe, su círculo se vería muy beneficiado en el reparto de las áreas de influencia del próximo gobierno hispano. El mismo Duque de Alba, de regreso a la Corte castellana por estas fechas, daba muestras de acercamiento al portugués, si bien sin captar todavía el verdadero alcance de su poder y demostrando un gran desconocimiento de la nueva situación faccional⁷⁰. Su falta de contactos en la Corte le supondría a la postre carecer de influencia en el diseño del gobierno de la regencia⁷¹. Y el destino del príncipe no era ya Flandes, como se especulaba desde varios meses atrás, sino Inglaterra, pues tras desechar en el último momento la opción de María de Portugal, había aceptado contraer matrimonio con María Tudor⁷².

El problema se planteó a la hora de elegir la persona que quedaría al frente de la gobernación del reino, en sustitución de Felipe. Después del trabajo realizado éste no estaba dispuesto a dejar

⁶⁸ Ruy Gómez a Eraso, 17 de mayo de 1553 (AGS. E, leg. 100, n° 172).

⁶⁹ AGS. E, leg. 100, n° 173.

⁷⁰ Carta del duque a Eraso desde Aranjuez, 11 de octubre de 1553, dando cuenta de su llegada, del cansancio y de la inmediata retirada a sus tierras (AGS. E, leg. 103, n° 1; EDA. I, p. 57). El secretario recibía la misma información de Ruy Gómez, en carta fechada dos días más tarde, si bien con matices diferentes: "con harto temor viene de lo que por acá le ha de suceder. Su Alteza le ha dado licencia que se vaya a su casa después de avelle tenido un día aquí..." (AGS. E, leg. 89, n° 122). El 2 de noviembre se encontraba en Alba, desde donde volvió a escribir a Eraso, con peticiones de mercedes para Ruy Gómez entre otros negocios, pero mostrando un absoluto despiste de la situación de la Corte al criticar duramente a Gutierre López de Padilla ("...es dañosísimo"), íntimo del portugués (*ibidem*, leg. 103, n° 4; EDA. I, pp. 59-60). Regresó con el príncipe a las pocas semanas.

⁷¹ Como más tarde confesaría a Eraso desde Richmond, el 13 de agosto de 1554, "...que yo tengo tan poca cuenta con todas las cosas (...) que hasta ahora yo no tengo sabido como dejó S.M. proveído lo de España, ni quienes quedan para entrar en Consejo de Estado ni Guerra, ni quienes quedan en la Cámara ni otra ninguna cosa de cuantas allá se han proveído..." (AGS. E, leg. 103, n° 9; EDA. I, p. 64).

⁷² Tanto la opción portuguesa como el matrimonio inglés han sido estudiados con detalle por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un Imperio...*, pp. 123-135.

tras sí a una persona que no mereciera su confianza. Se barajaron varios nombres entre la alta nobleza castellana, pero un acontecimiento imprevisto proporcionó la solución al dilema: el 2 de enero de 1554 la princesa Juana, hermana de Felipe, enviudaba del heredero al trono luso. El príncipe no planteó directamente la candidatura a su padre, sino que recurrió a los canales de comunicación establecidos por diferentes personajes con Francisco de Eraso⁷³. A pesar de ciertas renuencias del Emperador, Felipe se apresuró a llamar a su hermana para ocupar el importante puesto, que aceptó sin vacilaciones, y el 31 de marzo Carlos V firmaba el poder que legitimaba a su hija como gobernadora de la Corona de Castilla⁷⁴. Resulta muy significativa en principio la conexión de doña Juana, princesa portuguesa, con el luso Ruy Gómez de Silva, aunque los avatares del gobierno de la regencia no siempre les hicieran coincidir en sus planteamientos⁷⁵.

Distinta fue la actitud de Carlos V acerca de los personajes que quedarían en Castilla asistiendo a la princesa en el gobierno. Desde principios de 1554 el Emperador había delegado en su heredero la provisión de vacantes en los diferentes organismos de la Monarquía⁷⁶, postura que mantuvo a la hora de seleccionar a aquellos que tendrían que asesorar a su hija⁷⁷. Así que el príncipe, aún sin tocar de momento a

⁷³ El primero en escribir a Eraso, el 10 de enero, fue Juan Vázquez de Molina (minuta en AGS. E, leg. 105, n° 132); el 16 de enero lo hacía Luis de Sarmiento, embajador en Portugal (*ibidem*, leg. 376, n° 76) y el 25 del mismo mes le tocó el turno a Ruy Gómez (*ibidem*, leg. 103, n° 100).

⁷⁴ AGS, E, leg. 481, n° 36; CDCV. IV, doc. DCI.

⁷⁵ Sobre la figura de la princesa, J. MARTINEZ MILLAN, "Familia real y grupos políticos: la Princesa doña Juana de Austria (1535-1573)", *La Corte de Felipe II*, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1994, pp. 73-106. El conflicto de la elección ha sido estudiado por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un Imperio...*, pp. 136-139.

⁷⁶ El 13 de marzo Carlos remitía a su hijo la provisión de ciertas plazas en el Consejo Real como primer resultado de la visita efectuada (AGS. E, leg. 508, n° 88; CDCV. III, doc. DXCIX), situación que procuró comentarios jocosos de Ruy Gómez en carta a Eraso de 21 de abril: "...y la provisión de las plaças del Consejo andan de manera que no puede onbre romper por las calles según los licenciados andan a la batalla" (AGS. E, leg. 103, n° 123). La respuesta de Felipe con los nombramientos realizados -en Consejo Real y Consejo de Inquisición-, en carta de 11 de mayo desde Valladolid (*ibidem*, n° 139; CDCV. IV, doc. DCV).

⁷⁷ En carta de 30 de abril, Carlos se limitaba a recomendar que pusiera en los Consejos a gente de la suficiente calidad para asesorar a la princesa, (AGS. E, leg. 508, n° 105; CDCV. IV, doc. DCII). En este sentido, es errónea la interpretación que hace M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un imperio...* p. 139, sobre la presunta intervención del Emperador en la elección de personajes: Juan de Figueroa no fue impuesto por Carlos V como presidente del Consejo de Estado -cargo inexistente- sino que fue nombrado presidente de la Chancillería de Valladolid, destino que sin embargo rechazaría; tampoco

los hombres de confianza del Emperador, sí pudo colocar a determinadas figuras, pertenecientes a la esfera de Ruy Gómez, en puestos estratégicos.

El príncipe partió de Valladolid el 12 de mayo, y fue hacia el encuentro de Juana, proveniente de Portugal. La reunión tuvo lugar en Alcántara y durante varios días viajaron juntos, aprovechando Felipe para "...avisalla de lo que me pareció convenir para que acertase en todo". Mientras la princesa entraba en Valladolid su hermano, investido por el Emperador para la ocasión con el título de rey de Nápoles y Duque de Milán y en compañía, como figuras más significativas, de Ruy Gómez de Silva, los Duques de Alba y Medinaceli, el Conde de Chinchón, Gutierre López de Padilla y los secretarios Gonzalo Pérez y Pedro del Hoyo, se dirigió hacia la Coruña, para embarcarse rumbo a Inglaterra⁷⁸. Al mismo tiempo que su padre firmaba en Augusta las nuevas Ordenanzas de las Guardas⁷⁹ (con mención expresa al papel del Consejo de Guerra), el rey-príncipe sancionaba en la ciudad gallega similar legislación para el Consejo Real (último fruto de la visita realizada), así como los diferentes documentos que habrían de guiar a Juana en la difícil senda del gobierno de la regencia.

acierta cuando afirma que Antonio de Fonseca, presidente del Consejo de Castilla, fue elegido por Felipe para presidir el Consejo de Estado. El documento a que se refiere como lista de individuos propuestos por el Emperador (AGS. E, leg. 103, n° 14: "memorial de las plaças de justicia que están vacas y las personas q. ocurren para ellas"), no tiene fecha, pero por referencias de consejeros no es anterior a 1557.

⁷⁸ Carta de Felipe a Carlos V, La Coruña, 3 de julio (AGS. E, leg. 107, n° 15-16; CDCV. IV, doc. DCXII). Sobre el séquito del príncipe, L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 23. Crónicas contemporáneas de este viaje son las de A. MUÑOZ, Viaje de Felipe Segundo a Inglaterra, Madrid 1877 (pub. por P. GAYANGOS en "Sociedad de Bibliófilos Españoles", vol. XV, a partir de una edición publicada en Zaragoza en 1554); y J. de VANDERNESSE, op. cit. que contiene una descripción más amplia en el tiempo (a pesar del título -1554 a 1559- abarca desde mayo de 1551 hasta febrero de 1560), pero muy esquemática.

⁷⁹ Estas ordenanzas, promulgadas el 13 de junio de 1554 (copia en AGS, CS. (2° serie), leg. 1), sustituían a las elaboradas en 1525 y, como entonces, supusieron un intento de afianzamiento del Consejo de Guerra, reiterando la orden de que cualquier documento "...tocante a guerra y a la dicha gente de las dichas Guardas que Nos hayamos de firmar y despachar vayan vistas y pasadas por el nuestro Consejo de la Guerra y señaladas de uno del nuestro Consejo y refrendadas por el dicho nuestro Secretario de la Guerra"; en líneas generales, se reservaba al Consejo de Guerra toda el control y la tramitación de asuntos relacionados con las Guardas.

1.3. La Regencia de Juana de Portugal: el asalto al poder del "partido ebolista" (1554-1559)

1.3.1. **El diseño del gobierno de la regencia**

La princesa doña Juana recibió de manos de Juan Vázquez, al regreso del secretario de La Coruña, las instrucciones para el gobierno de Castilla, con documentos separados para las Indias y la Corona de Aragón, así como las restricciones oportunas para el ejercicio del poder⁸⁰. En los Consejos de Estado y Guerra las diferencias respecto a regencias anteriores fueron notorias:

"Porque durante la ausencia de su Magt. y mía destos Reynos succederán cosas de las que su Magt. y yo solemos comunicar y tratar con los del Consejo d'Estado, señalo para ello al Presidente del Consejo, y al Arçobispo de Sevilla, quando estuviere presente, y al Marqués de Mondéjar, y al Marqués de Cortes, y a Don Antonio de Rojas y a Don García de Toledo y Juan Vázquez. Y quando se trataren negocios de la Corona de Castilla se hallen presente el licenciado Otalora y el doctor Velasco, y quando se ofreciere de la Corona de Aragón se hallen el Vicechanciller y uno de los regentes del Reyno donde fuere el negocio, para lo qual ha de mandar juntar consigo las dichas personas o las que dellos se hallaren presentes, y con ellos ha de tratar los negocios que se acostumbra y no más. Y las cosas principales de la Guerra, y lo que de allí resultare de guerra y las cosas ordinarias que se tratan en el Consejo de la Guerra, entiendan en la execución, provisión y cumplimiento dello los dichos Marqués de Mondéjar y Marqués de Cortes y Don Antonio de Rojas, y Don García y Juan Vázquez. Y quando se ofrecieren cosas para que sea necesario letrado se llame al dicho doctor Velasco, y las provisiones y cartas que en esto se huvieren de hazer, las señale el dicho marqués de Mondéjar, como hasta aquí lo ha hecho, para que la Princesa las firme. Y los cargos que se huvieren de proveer, y comisiones que se huvieren de dar en cosas de guerra provea la dicha Princesa, con parecer de los del Consejo de la Guerra, los quales se han de juntar dos días cada semana de

⁸⁰ Las instrucciones para Castilla, firmadas por el príncipe el 12 de julio, en AGS. ; CDCV. IV, doc. DCXIV. Respecto a Aragón, en AGS. PR, leg. 26, n° 139, y las Indias en AGS. E, leg. 481, n° 36 (CDCV. IV, DCXV). Las restricciones en AGS. PR, leg. 26, n° 136 (CDCV. IV, doc. DCXIV). Juana acusaría recibo de estos documentos en carta a su hermano de 3 de agosto, informando de como "se començo luego a tratar de negocios" (AGS. E, leg. 104, n° 136-137).

ordinario. Y si otras cosas se ofrecieren se junten los que más fuere necesario, y ha de servir de secretario en el dicho Consejo de Estado el dicho Juan Vázquez, y assimismo en lo de la Guerra como hasta aquí, y en lo de la Guerra sirva por él el secretario Ledesma".

En apariencia, el príncipe Felipe potenció el Consejo de Estado, que debía servir como órgano superior de asesoramiento para su hermana con la eficaz colaboración del doctor Velasco y el Vicecanciller del Consejo de Aragón; pero, en realidad, se trataba de una maniobra para aislar a los servidores de su padre y situar a los protegidos de Ruy Gómez, como se observa claramente mediante el análisis de la composición del organismo. De este modo, no perdieron la condición de consejeros de Estado los hombres del Emperador, tanto los más influyentes y, en consecuencia, reacios al cambio político (Fernando de Valdés y Juan Vázquez de Molina), como aquellos proclives a abrir vías de entendimiento con la facción opuesta (el Marqués de Mondéjar) o los que podían ser utilizados en uno u otro sentido según las ocasiones (Antonio de Fonseca⁸¹). Sin embargo, el príncipe había colocado personajes nuevos en las Casas Reales, cargos que, según los esquemas de las Regencias, les conferían acceso al Consejo: fue el caso de García Álvarez de Toledo como mayordomo mayor de la princesa Juana⁸² y Antonio

⁸¹ En palabras de L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 43, "era blando, poco experto, más obediente a su conciencia que inteligente ni activo...". De este modo, en ocasiones podía ser utilizado por Valdés, como apunta J. MARTINEZ MILLAN, "Grupos de poder en la Corte...", p. 162, nota 118; y en otras circunstancias apoyar las reformas en las Contadurías llevadas a cabo por el doctor Velasco, como denunciaba el contador Almaguer ante Vázquez de Molina en carta de 13 de junio de 1554 (AGS. E, leg. 106, n° 44). De todas formas, ya a mediados de 1556 solicitaba permiso para abandonar la presidencia de Castilla, que Felipe II le concedió en carta de 14 de octubre, si bien le pedía permaneciera en su puesto hasta el momento de su regreso a Castilla, que sería en breve, "...porque aun no tengo pensada la persona que será a propósito ni convernía hazer esta mudança en mi ausencia" (AGS. E, leg. 513, n° 204). No tuvo el tiempo suficiente para esperar el retorno de Felipe II, pues murió a mediados de enero de 1557 (sobre su enfermedad y fallecimiento, véanse las cartas de Diego de Ayala a Granvela de 15 de enero y 2 de febrero de 1557, en BPRM, Ms. 2289, nums. 16 y 51).

⁸² Vástago segundón de María de Toledo (hija del I Duque de Alba) y del II Conde de Feria, García Álvarez de Toledo se convirtió así en anciano pariente de dos de las principales figuras de la Corte: tío del Duque de Feria, Gómez Suárez de Figueroa, y asimismo tío segundo del III Duque de Alba (noticias en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. I, pp. 452 y 454). Había rechazado el cargo de virrey del Perú antes de aceptar el de mayordomo mayor de la princesa Juana (Felipe a Carlos V, 11-V-1554, AGS. E, leg. 103, n° 143; CDCV. IV, doc. DCIII; don García a Carlos V aceptando y agradeciendo el puesto de mayordomo, en *ibidem*, n° 181; respuesta del Emperador en AGS. E, leg. 509, n° 24). Se convirtió en una de las personas de mayor confianza de la princesa. Así, tras la muerte de Antonio de Rojas, ayo del príncipe Carlos, asumió tales funciones con el beneplácito de Juana, aún sin recibir en un principio título oficial para ello (AGS. E, leg. 129, n° 153, carta del preceptor de Carlos, Honorato Juan, al rey donde recordaba como había urgido a que se cubriera el puesto de ayo, pero que luego "como siempre tuve entendido que don García escribía lo que acá pasava así en lo que toca a la salud del

de Rojas ocupando el mismo puesto en la Casa del príncipe Carlos⁸³, ambos muy cercanos a Ruy Gómez de Silva⁸⁴. Además, y esto era una novedad achacable a la libertad de criterio de don Felipe, entró don Pedro de Navarra, marqués de Cortes, primer presidente único del Consejo de Ordenes⁸⁵, quien había acudido al nuevo favorito portugués para casar a su hija y asegurarse la presidencia⁸⁶.

príncipe como a sus estudios..." no había insistido más). Muestras de dicha correspondencia enviada por don García al rey y al Emperador en 1557, en AGS. E. leg. 129, nums. 147 a 149, 152, 324, 325; y en 1558 AGS. E. leg. 130, n° 56. Fue sustituido como mayordomo de la princesa por Fernando Ruiz de Castro, Conde de Lemos y Marqués de Sarria, en 1559 (vide *infra* nota 195) si bien siguió en sus funciones de ayo del príncipe hasta su muerte el 29 de enero de 1564 (CODAIN, vol. 27, p. 90; docs. sobre su herencia en AGS. E. leg. 144, nums. 316-319).

⁸³ Señor de Villarias de Campos, presentaba un dilatado historial de servicios a la Monarquía: lo encontramos en la coronación de Bolonia (P. de SANDOVAL, op. cit. II, p. 359); nombrado primer sumiller de corps con la introducción del ceremonial borgoñón en 1548 (L. PFANDL, op. cit. p. 161), como tal acompañó al príncipe en su viaje formativo de 1548 (A. SANTA CRUZ, op. cit. V, pp. 229 y 262). En diciembre de 1552 se le nombro ayo y mayordomo mayor del príncipe Carlos (P. GACHARD, *Don Carlos y Felipe II*, El Escorial 1984, p. 40; la carta de agradecimiento de Rojas al Emperador en AGS. E. leg. 308, II, n° 190)), dejando su puesto de primer sumiller de corps a Ruy Gómez (véase *supra*, nota 60). Tras casarse a mediados de 1557 con Francisca de Silva, hija del Marqués de los Vélez, murió el 4 de julio del mismo año (AGS. E. leg. 114, n° 285; Vázquez de Molina informaba a Granvela tres días más tarde: "...don Antonio de Rojas se nos murió en dos días de un flujo de sangre...", BPRM. Ms. 2.324, fol. 53).

⁸⁴ De este modo, Ruy Gómez fue el canal utilizado por Rojas para conseguir una merced (2.000 ducados en juros); como no se hiciera efectiva antes de su muerte, su viuda la reclamó a través de la misma vía (documentación en AGS. E. leg. 114, nums. 283-293, entre la cual destaca la copia de carta de Ruy Gómez, el 18 de abril de 1556, comunicándole la aprobación de tal recompensa). Felipe II, en carta de 26 de septiembre, ya fallecido don Antonio, ordenaría el pago del beneficio, resaltando asimismo el papel jugado por Ruy Gómez (AGS. E. leg. 513, n° 208). Sobre, García de Toledo y Ruy Gómez, véase *infra*, nota 99.

⁸⁵ Mariscal de Navarra (hijo del que fuera ejecutado en el castillo de Simancas en 1522), su expediente en AGS. EMR. QC, leg. 37, n° 1172. Corregidor de Toledo en 1532, asistente de Sevilla en 1540 (P. GIRON, op. cit. p. 163), se le confirió título de primer Marqués de Cortes en noviembre de 1539; gobernador de Galicia en febrero de 1548, fue elegido presidente del Consejo de Ordenes, cargo que comenzó a ejercer tras ciertas demoras en septiembre de 1553 (vide *infra*, nota siguiente). Murió en Toledo, negociando con el arzobispo un donativo para la campaña de recuperación de Bugía, entre el 21 de marzo de 1556 (día en que el Consejo de Ordenes informaba al Emperador de la ausencia de la Corte del marqués y dos del Consejo, AGS. E. leg. 109, n° 93) y el 26 del mismo mes, cuando Diego de Ayala comunicaba el suceso a Granvela (BPRM, Ms. 2.288); la princesa mostró su pesar al arzobispo el 30 de marzo (AGS. E. leg. 113, n° 112).

⁸⁶ Ambos aspectos son comentados por Ruy Gómez en carta a Eraso de 17 de mayo de 1553 (AGS. E. leg. 100, n° 172). Su elección como presidente de Ordenes había revestido ciertas dificultades: tras el abandono definitivo del proyecto de enviarle al Concilio de Trento (Felipe a Carlos V, 8-VI-1552, informando con posterioridad de todo el proceso, AGS. E. leg. 89, n° 47), el Marqués había solicitado merced al Emperador por sus "...poco menos de treinta años" de servicios (*ibidem*, n° 152, 14-III-1552); Carlos V atendió la petición y señaló su nombre entre varios enviados en un memorial por Felipe para elegir el sucesor del fallecido Enrique de Toledo en la presidencia de la Orden de Santiago (carta a Felipe, junio de 1552, AGS. E. leg. 90, n° 66; CDCV. III, doc. DXXXIX; el Consejo estaba dividido en dos salas, una para Santiago y otra para Calatrava y Alcántara, encabezadas respectivamente por un presidente). Sin embargo, dado que no pertenecía a tal Orden, sino a la de Alcántara, Felipe demoró su nombramiento hasta que su padre decidiera si habría de unificar la presidencia de las tres Ordenes -

Los asuntos de la Guerra fueron asimismo un reflejo de la situación descrita porque, como en ocasiones anteriores, entendían los consejeros de Estado con conocimientos militares -en principio los nobles-, y Juan Vázquez de Molina. Bien es cierto que la vertiente jurisdiccional y administrativa del Consejo recibió un impulso, derivado de la preocupación de don Felipe por estos temas. Así, el príncipe señaló dos días a la semana para tratar las cuestiones ordinarias, siendo el Marqués de Mondéjar quien proseguía con la función de señalar las provisiones, en tanto que Francisco de Ledesma continuaba como secretario interino de Guerra. Además, se convocaba al doctor Velasco como experto en temas legales, lo que suponía el reconocimiento de la progresiva asunción de estos asuntos por parte del Consejo en los últimos años, y una muestra más del ascenso de este letrado, muy ligado a Ruy Gómez.

Con sus disposiciones, Felipe había aislado aparentemente a Vázquez de Molina y a Valdés en los Consejos de Estado y Guerra, pero no consiguió por entero su propósito de crear un equipo en la línea del nuevo "partido" del que se estaba sirviendo para iniciar su propio camino como gobernante. Es cierto que, hasta la abdicación del Emperador, Juana reunió el Consejo de Estado, bien por iniciativa propia bien por orden de Carlos o Felipe, cada vez que la materia a tratar revestía la suficiente gravedad: Así, la suerte del rey-príncipe en Inglaterra⁸⁷, las negociaciones de paz con Francia cuyos primeros

aprovechando que la de Calatrava y Alcántara permanecía vacante-, al tiempo que proponía sugerir al marqués mudar el hábito al de Santiago debido a la preeminencia de esta Orden (Felipe a Carlos V, Monzón 12-XII-1552, AGS. E, leg. 97, n° 64; CDCV. III, doc. DLXIII). Es en este momento cuando se debió producir la intervención de Eraso, cerca de Carlos V, a petición de Ruy Gómez. Tras la contestación positiva del Emperador, el interesado aceptó sin problemas el cambio de hábito (Felipe a Carlos V, 2-IX-1553, AGS. E, leg. 98, n° 236; CDCV. III, doc. DLXXXIII), tomando posesión como primer presidente único de Ordenes en septiembre de 1553. El 2 de octubre, desde Valsain, Ruy Gómez informaba a Eraso de que "el marqués de Cortes es llegado a la Corte y a tomado la posesión de su oficio. También creo que será buen presidente porque es buen caballero..." (AGS. E, leg. 100, n° 173). Sobre este tema, F. FERNANDEZ IZQUIERDO, La orden militar de Calatrava en el siglo XVI, Madrid 1992, pp. 136-137.

⁸⁷ Cuando regresó el Almirante de Castilla con alarmantes noticias sobre la situación en la isla, reunió de inmediato al Consejo de Estado para buscar soluciones. El Almirante -que por cierto citó como fuente de información a Ruy Gómez- "...dando a entender que estaba como opresso y que se debían buscar los medios posibles para sacar a V.mag. dese Reyno...", propuso en Consejo el envío de una armada para sacar al rey-príncipe con disimulo, pero se desechó el plan por prudencia hasta disponer de más noticias, despachando una persona a Inglaterra a recabarlas (carta de Vázquez de Molina a Felipe, 13 de septiembre 1554, cifra en AGS. E, leg. 103, n° 289 -acompañada de moderno descifrado del archivo-, y copia en AGS. E, leg. 104, n° 138). Esta misiva es citada por RODRIGUEZ-SALGADO, Un imperio..., p. 144, con algunos errores.

compases comenzaron en mayo de 1555⁸⁸, la enfermedad de la reina Juana⁸⁹, la carestía de la hacienda⁹⁰, asuntos de Indias⁹¹ o de Aragón⁹². Por su parte, los consejeros de Estado que formaban Consejo de Guerra velaban por la provisión de fronteras, Guardas, armadas, artillería y presidios en la costa de Africa⁹³, así como atendían, con la asesoría del doctor Velasco, los casos de justicia militar en grado de apelación⁹⁴.

⁸⁸ AGS. E, leg. 108, n° 55, consulta del Consejo de Estado a petición del Emperador, abril 1555, sobre las condiciones de la paz con Francia. Los delegados se reunieron el 2 de mayo en Marck, aplazándose las conversaciones el 7 de junio. El pobre resultado decepcionó a todo el mundo: el 30 del mismo mes Vázquez de Molina lamentaba lo sucedido en carta a Eraso (AGS. E, leg. 108, n° 119) y el 6 de julio a Granvela (BPRM. Ms. 2287, fol. 61), mientras Ruy Gómez lo hacía en misiva fechada el 20 de junio (AGS. E, leg. 809, n° 116). Sobre este primer encuentro, M. VAN DURME, El Cardenal Granvela (1517-1586): Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II, Barcelona 1957, pp. 183-185.

⁸⁹ Vázquez de Molina a Eraso, 9 de abril de 1555, (minuta en AGS. E, leg. 108, n° 72). La desdichada reina murió tres días más tarde, el 12 de abril, L. PFANDL, Juana la Loca, su vida, su tiempo, su culpa, Buenos Aires 1938, p. 106.

⁹⁰ Los ejemplos son múltiples, ya fuera tratando el tema a solas, ya con el Consejo de Hacienda: carta de Molina a Felipe, diciembre 1554 ("su alteza ha mandado que se junten los del Consejo de Estado y los de la hacienda y algunos del Consejo Real y traten de algún remedio...", AGS. E, leg. 104, n° 143); el 11 de enero Molina informaba al Emperador de como se habían secuestrado las remesas de los mercaderes con acuerdo de los Consejos de Estado y Hacienda (AGS. E, leg. 103, n° 355). También se trataban cuestiones de cambio de moneda o el siempre conflictivo tema de la autorización de entradas de mercaderías de Francia, que en Consejo a unos parecía bien -por ser país enemigo en época de guerra-, y otros no veían con buenos ojos, por afectar a productos necesarios para el reino (Juana a Carlos V, 19 de enero 1555, AGS. E, leg. 109, n° 364; CDCV. IV, doc. DCXLV).

⁹¹ La perpetuidad de las Indias se discutió largamente durante este período en Consejo de Estado: carta de Juana a Felipe, 10 de mayo de 1555 (minuta en AGS. E, leg. 108, n° 75). Con posterioridad, el tema lo verían en una junta formada por los Consejos de Estado, Indias, Ordenes y cinco miembros del Consejo Real (princesa a Felipe, 6 de julio; ibidem, n° 157). Todavía en carta de 8 de septiembre de 1556 ordenaba Felipe que el Consejo de Estado, a solas, revisara el tema (AGS. E, leg. 114, nums. 27-31).

⁹² Para ello se cumplía la orden dada de convocar a los consejeros de Aragón, como por ejemplo cuando se discutió el revuelo causado en el reino por la pena de muerte impuesta por el virrey a un contrabandista de caballos (carta de Vázquez de Molina al Duque de Francavilla, 12 de abril de 1555, minuta en AGS. E, leg. 108, n° 73).

⁹³ Durante estos meses, el papel más difundido elaborado por el Consejo de Guerra fue un memorial con todos los males que aquejaban a la situación militar del reino, que en septiembre fue enviado al Consejo de Hacienda para que proveyera el dinero requerido (AGS. E, leg. 109, n° 130; CDCV. IV, doc. DCXLVIII; el memorial aludido en ibidem, n° 131) y cuya existencia Juana dio a conocer a su hermano en carta de 26 de enero de 1555. El 10 de febrero el Consejo daba cuenta al Emperador y a Felipe de la información contenida en dicho documento, significando la extrema necesidad de todos los conceptos aludidos (ibidem, n° 256). Felipe contestaba en carta de 29 de mayo, mostrando su preocupación pero remitiéndolo al Emperador (AGS. E, leg. 809, n° 75). Poco efecto debió hacer, pues nuevamente el 26 de julio Juana volvía a referirse al informe, apuntando la confusión de los Consejos de Guerra y Hacienda por no poder remediar la situación (AGS. E, leg. 109, nums. 162-167).

⁹⁴ Ejemplos en AGS. GM. LR. 22, h. 233v-234r (12 de marzo de 1555), AGS. E, leg. 108, n° 297 (6 de marzo de 1555), AGS. GM, leg. 62, n° 177 (enero 1556), etc.

Sin embargo, Molina retenía el control sobre la mayor parte del gobierno de la regencia⁹⁵, mientras que su estrecha colaboración con el Marqués de Mondéjar se reflejaba -además de en los negocios de Estado y Guerra⁹⁶- en asuntos como la elección del nuevo virrey del Perú⁹⁷, o la negativa del marqués a intervenir directamente en temas de hacienda, espacio dominado por el secretario, escudándose en que supondría una merma a su categoría de presidente de Indias⁹⁸. Contaba además con la escasa influencia en la administración castellana de las figuras situadas por Felipe. De este modo, el secretario pudo neutralizar con suma rapidez a García de Toledo quien, por indicación de Ruy Gómez y con el consentimiento expreso de la princesa, hizo intención de asistir a cuantas sesiones de cualquier organismo se celebrasen -en especial de la Cámara-, en su calidad de mayordomo mayor de Juana. Este movimiento revela la intención del portugués de controlar el entorno de la regente, utilizando para ello una persona de su confianza⁹⁹. Sin embargo, la

⁹⁵ Vázquez de Molina, según las instrucciones de gobierno, debía intervenir en los negocios de calidad del Consejo Real; como secretario de la Cámara de Castilla; dirigiendo de hecho el Consejo de Hacienda e interviniendo en la resolución de las consultas de los Contadores Mayores, de Cruzada y de Ordenes. Valdés, por su parte, mantenía su control sobre el aparato inquisitorial.

⁹⁶ Así, cuando el 11 de septiembre de 1554 Luis Sarmiento escribía desde Lisboa a Juan Vázquez alertando sobre movimientos de la flota turca, suplicaba se avisase a la Princesa "y al señor marqués de Mondéjar y a esos señores (del Consejo de Estado y Guerra) y de escribirlo a su Mag. y al rey-príncipe..." (AGS. E, leg. 104, n° 90).

⁹⁷ Felipe remitió a ambos, en octubre de 1554, las conversaciones con dos posibles candidatos al virreinato. El 10 de enero, en cartas a Molina y Mondéjar, era el Emperador quien apoyaba la orden de su hijo, insistiendo en que se llevara adelante el tema (AGS. E, leg. 108, n° 27; CDCV. IV, doc. DCXLI); el secretario informaría finalmente a Carlos V del desarrollo de la comisión, y de como el Marqués de Cañete había aceptado el cargo (AGS. E, leg. 109, n° 379).

⁹⁸ Carlos V había ordenado la asistencia en el Consejo de Hacienda de Mondéjar, presidente del Consejo de Indias, y Juan Sarmiento, para tratar todos los aspectos económicos del Nuevo Mundo, sustrayendo este aspecto de la jurisdicción del Consejo de Indias. Como relataba en carta de 1 de mayo Juana a su padre, el marqués se negó a cumplir la orden, delegando tales funciones en Sarmiento (AGS. E, leg. 109, n° 152-156). Resulta significativo que unos meses antes, en carta de 16 de junio de 1554, Mondéjar remitiera a Molina ciertos asuntos de financiación de galeras aduciendo que "...yo, como hombre que tiene poca noticia de las cosas de hazienda, no sabría determinarme en ello" (AGS. E, leg. 106, n° 55). Eraso, en carta a Vázquez de Molina de 23 de agosto de 1555, aceptaba la entrada de Sarmiento proporcionándonos al tiempo la excusa del marqués y su propio deseo de que no funcionara en Castilla una junta que podría estorbarle: "El (Mondéjar) escribió al rey que juntándose allí (en Consejo de Hacienda) el Presidente del Consejo Real lo haría, y no se si es conveniente tanta gente de reputación..." (AGS. E, leg. 510, n° 211). Acerca de los pasos posteriores que se dieron en este tema, vide infra, nota 175).

⁹⁹ El asunto estalló con la presencia de don García en el primer Consejo de Justicia que se celebró, el 3 de agosto, provocando el escándalo entre el presidente y los consejeros de Castilla. La misma noche Vázquez de Molina escribió al rey-príncipe explicando el episodio (AGS. E, leg. 104, n° 132), y 6 días más tarde insistía en el

regente terminaría apoyándose por completo en la experiencia y conocimiento de los negocios de Juan Vázquez de Molina, pues sin contar con tales elementos difícilmente podía llevar a cabo la gestión diaria del gobierno¹⁰⁰.

En realidad, el secretario era consciente de que la verdadera amenaza a su posición provenía del exterior. Las principales decisiones no se tomaban en Valladolid, ni era ya la Corte castellana la fuente más importante de la gracia real. Hasta la abdicación de Carlos V, Juana y sus ministros debían acudir a Bruselas, y cada vez con más frecuencia a Londres, para obtener la resolución de los negocios y la concesión de mercedes¹⁰¹. Y en las dos ciudades las figuras principales eran Ruy Gómez y Eraso que, en perfecta armonía, canalizaban los posibles enfrentamientos entre padre e hijo sin escatimar los viajes precisos¹⁰² con el fin de consolidar su dominio colocando sus protegidos en los engranajes del gobierno y excluyendo de la gracia regia a aquellos que podían hacerle sombra. En este sentido, su estrategia incluyó el alejamiento del Duque de Alba, enviado a Italia en abril de 1555 con plenos poderes -gobernador de Milán y virrey de Nápoles-, a fin de asegurar la preocupante situación en la península, amenazada por los

tema, pormenorizando las conversaciones que había tenido con el mayordomo mayor, que se empeñaba en su postura, ya que el mismo Ruy Gómez le había dicho que debía hallarse en las sesiones de los "...consejos, y especialmente el de mercedes" (Cámara) (*ibídem*, num. 130-131). Felipe contestaría el dos de septiembre, mostrando su asombro por lo sucedido y dando la razón al secretario (AGS. E, leg. 103, n° 212). El incidente quedó cerrado con la carta de Molina a Felipe de 20 de octubre, detallando la rectificación de la princesa y don García (AGS. E, leg. 104, n° 71-72). La primera carta de Molina y la respuesta de Felipe fueron parcialmente publicadas por M. FERNANDEZ ALVAREZ, "Valdés y el gobierno de Castilla a mediados del siglo XVI", *Simposio <Valdés-Salas>*, Oviedo 1970, pp. 100-101.

¹⁰⁰ Como resaltaba el cardenal Silíceo en carta al rey de primero de julio de 1556, a propósito de la titularidad del Adelantamiento de Cazorla: "...por quanto ella (Juana) no hará nada sin consultar con los de su muy alto Consejo y Juan Vázquez, sobrino del dicho Francisco de los Cobos, los quales como V. Md. entiende no están bien con mi persona" (AGS. E, leg. 114, n° 207).

¹⁰¹ El grado de intervención de Felipe en asuntos europeos y militares puede seguirse a través de las instrucciones dadas a Francisco de Eraso cada vez que regresaba a Bruselas desde Londres (noviembre 1554, en AGS. PR. leg. 55, n° 27, con opiniones sobre la caballería de Flandes, etc.)

¹⁰² Eraso viajó desde Bruselas a Londres el 1 de septiembre de 1554, regresando a las dos semanas; volvió de nuevo a Inglaterra a mediados de octubre, permaneciendo esta vez un mes; el trayecto se repetiría en enero de 1555, hasta marzo. No es extraño que, en carta a Vázquez de Molina de 23 de agosto, con mucho humor, Eraso apuntara que "dize mi muger que ya no soy correo sino postillón y tiene razón" (AGS. E, leg. 510, n° 211). Por su parte, Ruy Gómez partiría de Londres en febrero de 1555. (detalles de estas jornadas en C. J. CARLOS MORALES, "El poder de los secretarios...", pp. 123-126).

franceses. Probablemente, era el más capacitado de los generales del Emperador para hacerse cargo del problema, pero su marcha fue favorecida por ambos patronos. La forma de financiar la campaña italiana abrió los ojos al Duque sobre las lealtades de Francisco de Eraso, así como el poder adquirido por Ruy Gómez¹⁰³. También se ocuparon de los ministros que controlaban el gobierno de la regencia, a través de la sabia explotación de las discrepancias existentes entre la escala de prioridades de Valladolid -la exhausta hacienda castellana, los conflictos en el Mediterráneo y en el norte de Africa- y el inmediato horizonte europeo de Carlos y Felipe, encarnado en las guerras contra Francia y el Papa.

Ante alianza tan potente, la reacción más visible de Juan Vázquez de Molina para mantener su influencia fue la intensificación de su campaña para obtener el nombramiento de la secretaría de Estado. En Londres utilizó una criatura suya, el secretario Pedro del Hoyo, para tenerle informado y defender su causa -ya que poco podía esperar del Duque de Alba y Ruy Gómez-, al tiempo que se dirigía directamente al príncipe para exponerle sus pretensiones¹⁰⁴. Tampoco descuidaba la Corte del Emperador, contactando con Granvela¹⁰⁵ y Eraso, quien prometía intervenir a su favor, a pesar de las manifiestas intenciones de Gonzalo

¹⁰³ Acerca de las condiciones de la marcha del Duque de Alba a Italia, nos remitimos fundamentalmente a C. J. CARLOS MORALES, "El poder de los secretarios...", pp. 126-129, que matiza las opiniones de W. S. MALTBY, op. cit. pp. 115-118 sobre la enemistad de Eraso y Alba así como las fuentes de financiación.

¹⁰⁴ En carta de 21 de octubre de 1554 Vázquez de Molina le agradecía a Hoyo el "screvirme lo que havia despachado con el Rey sobre lo de los officios, pues tratandose dello vernía a muy buena coyuntura lo que a mi me tocava, y assy me parece que no dexeis de continuallo hasta ver en que término ha de parar. Yo scrivo agora al rey supplicándole mire por mi honor, pues asy lo piden mys servicios, y no permita se me haga agravio, que yo se que ni el duque (de Alba) ny Ruy Gómez harán bien lo que me toca, aunque no se pierde nada en hablallos como lo hazeys con toda la confiança que se pudiere" (AGS. E, leg. 103, nums. 323-325). Un día antes, el secretario había escrito al rey-príncipe del tenor siguiente: "...y en lo que a mi toca, por que me dizen que se tracta allá de proveer las secretarías de Estado y de las otras, y ya sabe V. Mag. mi pretensión..." (AGS. E, leg. 104, nums. 71-72). Tenía razón Molina en no esperar nada de Ruy Gómez, que no tomaba en serio la posición de Hoyo al tiempo que menospreciaba la de su patrón (carta a Eraso de 12 de agosto de 1554, AGS. E, leg. 808, n° 142); Francisco de Eraso, sin embargo, mantenía las apariencias con Juan Vázquez de Molina (véase *infra*, nota 106).

¹⁰⁵ Carta de 17 de diciembre de 1554: "...brevemente serán las vistas del rey-príncipe, nuestro señor, con su padre, y que allí se tractará de los officios que vacaron por el Comendador Mayor que aya gloria, de los quales lo que yo pretendo es solo lo del Estado con lo de la Cámara que siempre he servido, y por lo del Estado dexaré lo de la Guerra para que su Mag. pueda cumplir con otro..." (BPRM. Ms. 2286, fol. 303).

Pérez y Diego de Vargas de conseguir el cargo¹⁰⁶. A la postre, sus esfuerzos resultaron estériles. El proceso que habían puesto en marcha Ruy Gómez y Eraso fue minando de forma inexorable los cimientos en los que se había asentado la influencia política de Molina y Valdés. Incluso llegaría a afectar a las figuras que en principio habían procurado su apoyo al "partido" emergente, como fue el caso del Marqués de Mondéjar, García de Toledo y el mismo doctor Velasco, que en momentos decisivos fueron adelantados por aquellos que permanecían a la vera de Felipe II.

1.3.2. Felipe II y la Corte de Flandes

En Inglaterra, Felipe no vivía una situación fácil tras su matrimonio con María Tudor¹⁰⁷. Intervino escasamente en el gobierno inglés, si bien en su presencia se alcanzaron éxitos señalados, como fue la transitoria restauración del credo católico. El nuevo monarca consorte seguía atentamente los acontecimientos en el continente, donde su padre continuaba la campaña contra Enrique II. Pero el constante flujo de consejeros españoles terminaron por colocarle en una situación de desorientación política, debido a la carencia de asesores con la suficiente visión en asuntos de Estado para servirle en la difícil coyuntura que se presentaba¹⁰⁸. En Bruselas Carlos V le esperaba

¹⁰⁶ En cartas de 16 de junio y 23 de agosto de 1555 (AGS. E, leg. 510, nums. 62 y 211), aseguraba Eraso a Juan Vázquez de Molina que hacía todas las gestiones posibles para obtener del Emperador el ansiado nombramiento; en la última comentaba "Han venido cartas del Duque (de Alba, desde Italia) unas para el Emperador y otras para el rey, y Gonzalo Pérez y Vargas andan graciosos sobre quales los llevarán primero a que las vea el rey, y cada uno tiene su pretensión del Stado. Yo he de entrar por medio y suplicar a sus Mags. lo que a vuestra merced toca, y este será buen medio para igualarlos...". De todas formas, Vargas estaba ya muy próximo a Ruy Gómez, y le solicitaba amparo para conseguir su propósito (carta de 30 de noviembre de 1554, AGS. E, leg. 508, n° 235).

¹⁰⁷ Para la situación de Felipe en Inglaterra véase, además de la bibliografía ya citada sobre el viaje, D. LOADES, "Philip II and the government of England", Law and government under the Tudors, ed. C. CROSS, Cambridge 1988, pp. 177-194; para un encuadre más amplio desde el punto de vista inglés, IDEM, Mary Tudor. A life, Oxford 1989 (cap. VI para el matrimonio con Felipe). Por último, diversa documentación publicada en CODDIN, vol. 3.

¹⁰⁸ Como le comentaba Ruy Gómez a Eraso en carta de 20 de junio de 1555, a propósito de las conversaciones de paz con Francia: "Arto gran ynconviniente es no tener aquí el Rey personas que sepan más de las cosas destado y guerra que los que en prestado le servimos. Su Alteza creo que lo guarda para quando se vea con su Mag." (AGS. E, leg. 809, n° 116). En misiva a Ruy Gómez fechada nueve días más tarde, el duque de Alba también hacía alusión al tema: "Mucho me pesa que S. M. (Felipe) no acabe de resolverse en su Consejo, que le quita gran reputación no tener Consejo, cualquiera que fuese" (EDA. I, p. 236). Un recuento de los personajes hispanos que abandonaron Inglaterra

impaciente para la ceremonia de abdicación, de modo que en cuanto reunió el dinero necesario, lo que ocurrió a finales de agosto de 1555, abandonó Londres. El 28 de octubre el Emperador renunciaba en su hijo los Países Bajos, y el 16 de enero de 1556 hacía lo mismo con los territorios hispánicos y de Sicilia. Solo conservó el Imperio durante un año, por diferentes razones, y el Franco Condado hasta su muerte¹⁰⁹. Unos meses después, acompañado de su hermana, María de Hungría, partió Carlos hacia su retiro en Yuste, donde todavía tuvo un papel que desempeñar en el gobierno de la regencia¹¹⁰.

Entre los primeros actos de Felipe II como rey, resalta la ratificación de Juana en el gobierno de la regencia con todos los personajes que la asistían en los distintos organismos, medida tomada para hacer llegar la autoridad del nuevo soberano a sus lejanos servidores, que aparentemente quedaban en la misma situación política¹¹¹. No obstante, al poco tiempo acometía una serie de modificaciones en el procedimiento y forma de llevar ciertos asuntos¹¹², que indicaban con claridad el relevo en los grupos políticos que venían ejerciendo el poder. Ello se observa en la distribución de los negocios de Estado, que Felipe II repartió entre los tres secretarios que ambicionaban tenerlos a su cargo: a primero de febrero Diego de Vargas recibía el título de secretario de Italia -paso previo a la fundación del Consejo-, ocupándose de las materias que hasta entonces habían sido llevadas por

durante estos meses en L. PFANDL, Felipe II..., pp. 273-274.

¹⁰⁹ Para todas las maniobras que rodearon el proceso de abdicación, véase M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, op. cit. pp. 195-204.

¹¹⁰ Para el estudio del retiro de Carlos, sigue siendo válido L. P. GACHARD, Retraite et mort de Charles Quint au Monastere de Juste: lettres inedites publiees d'apres les originaux conserves dans les Archives Royales de Simancas, Bruxelles, Gand et Leipzig 1854, 3 vols (en adelante MY). Publica la correspondencia de Carlos, su mayordomo Luis Quijada y su secretario Gaztelu, con Felipe II, Juana y Vázquez de Molina, entre otros, documentación contenida en AGS. E. Castilla.

¹¹¹ AGS. PR, leg. 26, nums. 141 y 151. En carta de 28 de enero, Felipe II anunciaba a Juana el envío de estos documentos (AGS. E, leg. 512, n° 24); la gobernadora contestaba el 26 de marzo, informando de como había mostrado la documentación "...al presidente y los del Consejo Real y a los otros Consejos y Tribunales para que lo supiesen y exerciesen sus cargos en nombre de V.Al." (AGS. E, leg. 109, nums. 83-86; copia en leg. 112, nums. 74-80).

¹¹² Para las reformas, L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 38.

el secretario de Estado, a excepción de las diplomáticas y militares¹¹³. Estas últimas corresponderían a Gonzalo Pérez, quien asimismo recibía el nombramiento de secretario de Estado "en los negocios que se offrescieren fuera de España"; y finalmente, el 10 de octubre firmaba Felipe II el título de Juan Vázquez de Molina como "secretario de Estado y Guerra de los nuestros Reynos y Señoríos de España"¹¹⁴.

Es evidente que el rey oficializó la situación de hecho que se había venido produciendo en sus salidas de la península, pero no lo es menos que la posición de Molina recibió un duro golpe, pues se creía el sucesor natural de los cargos de su tío, Francisco de los Cobos. Ahora debía compartir el puesto, y si bien al principio continuó desempeñando las mismas funciones, el problema se habría de suscitar con la vuelta del rey a la península y la unificación de la Corte. En conjunto, pues, las reformas supusieron un claro triunfo de los personajes cercanos a Ruy Gómez, especialmente Francisco de Eraso, que en el mes de septiembre consolidó su posición preeminente en la administración de los reinos ibéricos a la vera de Felipe II, al convertirse en receptor de las consultas y documentos emanados de los distintos organismos de la regencia¹¹⁵.

En el mes de mayo Felipe II formó a su lado nuevo Consejo de Estado, que debía asesorarle en las cuestiones referentes al conjunto de su Monarquía recién heredada. Este Consejo "universal" era compatible con los Consejos de Estado específicos que funcionaban en aquellos componentes de la misma cuyo gobierno lo requería (Castilla y Flandes).

¹¹³ M. RIVERO RODRIGUEZ, El Consejo de Italia y el gobierno de los dominios italianos de la Monarquía Hispánica durante el reinado de Felipe II (1556-1598), Tesis doctoral en microficha, Madrid: Universidad Autónoma, 1991, pp. 64-70.

¹¹⁴ Ambos títulos han sido publicados por J. A. ESCUDERO, Los Secretarios..., III, apéndice 1, docs. 20 y 21, y comentados en I, pp. 122-126. A este respecto, véase también A. YALI ROMAN ROMAN, "Origen y evolución de la Secretaría de Estado y de la Secretaría del Despacho", Jahrbuch für geschichte von staat, wirtschaft und gesellschaft lateinamerikas, band 6, Böhlau, 1969, pp. 66-69. Pérez recibió asimismo una instrucción para el ejercicio del cargo (IVDJ. Envío 48, caja 64, n° 48; GP. I, pp. 175-178): en la misma se hacía hincapié en la honestidad y neutralidad necesarias, en los trámites burocráticos a realizar y, sobre todo, en no interferir en los negocios de gobernación, justicia, oficios y mercedes de los territorios concretos, materia a cargo de los "secretarios de las provincias" (véase Vargas en Italia).

¹¹⁵ Felipe II a Juana, 8 de septiembre de 1556 (AGS. E, leg. 114, n° 27-31), orden comentada por C. J. CARLOS MORALES, "El poder de los secretarios..." p. 134. En abril, Eraso había sido nombrado secretario de Ordenes y de Hacienda, y en mayo se le dio cargo de tomar la cuenta o razón (ibidem, p. 131).

Disponemos al menos de dos relaciones de la nueva composición del Consejo, la de Cabrera de Córdoba¹¹⁶ y la de López de Gomara¹¹⁷, y observamos que entre ambas descripciones existen pequeñas diferencias. En realidad, todos los personajes citados por los cronistas ocuparon plaza en uno u otro momento en Consejo de Estado, fuera del Emperador, de Felipe II o de la regencia de Castilla, pero lo que nos interesa analizar son las claves utilizadas por Felipe II para la creación y la trayectoria inmediata del Consejo de Estado en Bruselas¹¹⁸.

Felipe II había madurado la formación del Consejo de Estado desde tiempo atrás; parece que incluso llegó a considerar la posibilidad, por razones tácticas, de conceder asiento preeminente a Ferrante Gonzaga¹¹⁹. Este no lo aceptó pero, de todos modos, la composición final refleja la coyuntura de la transmisión del poder, con la integración de los principales consejeros de su padre (el mismo Cabrera los enumera al principio: el Duque de Saboya, el Duque de Alba, el cardenal Granvela, Ferrante Gonzaga¹²⁰, Andrea Doria y Juan

¹¹⁶ El cronista CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 37, nos informa del abandono del gobierno de Flandes por parte de la reina María, puesto que ocupó el Duque de Saboya, y además la entrada en Consejo de Estado del "...duque de Alba, a don Ferrante Gonzaga, a Perrenot de Granvela, obispo de Arras, al príncipe Andrea, a Don Juan Manrique de Lara, Don Antonio de Toledo, prior de León, al Príncipe de Eboli, Ruy Gómez de Silva, al conde de Chinchón y Don Bernardino de Mendoza, Gutiérrez López de Padilla, al duque de Feria y poco después al regente Figueroa".

¹¹⁷ LOPEZ DE GOMARA, Annales del Emperador Carlos V, Oxford, 1912, pp. 270-271: "Haze de su Consejo de Estado a Juan de Vega, Don Fernando Gonzaga, Antonio Perrenot, Obispo de Arras, Don Juan Manrique de Lara, cavallero de Calatrava, Don Bernardino de Mendoza, capitán de las Galeras, Ruy Gómez de Silva, conde de Melito, Don Antonio de Toledo, su caballerizo Mayor, y dende a poco a Don Luis de Avila, comendador Mayor de Alcántara, y al Licenciado Juan de Figueroa, presidente de la Chancillería de Valladolid".

¹¹⁸ J. M. BOYDEN, op. cit. pp. 60-61 se ocupa de la formación del Consejo de Estado de Felipe II en 1556, con algunos aspectos interesantes sobre su composición.

¹¹⁹ Ya en carta de Felipe a Eraso, fechada en Londres el 28 de marzo de 1555, apuntaba la "...forma que tenía pensada de tener en el Consejo destado, haziendo a Don Fernando cabeça del y no dejando la igualdad que antes pensaba en los que fueren deste Consejo" (AGS. PR, leg. 44-II (XI); se refería a Ferrante Gonzaga (véase infra nota siguiente).

¹²⁰ Ferrante Gonzaga había servido largo tiempo al Emperador, pero en 1553 fue acusado de corrupción en el gobierno de Milán por hombres cercanos al Duque de Alba, con el consentimiento de Felipe, que tenía otros planes para el gobierno de Italia (M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un Imperio..., pp. 162-168). A pesar de la insistencia de Carlos V para que procediera a su rehabilitación (el ofrecimiento citado en la nota anterior era una compensación por el gobierno de Milán), Gonzaga hubo de retirarse hasta que fue recuperado por Felipe II en el Consejo de Estado y en la campaña contra los franceses. Sin embargo, su influencia fue muy escasa hasta la batalla de San Quintín (CODDIN, vol.

Manrique¹²¹, más Luis de Avilá¹²², no mencionado por el cronista), y aquellos que podían considerarse criaturas suyas, todos de origen ibérico y nuevos en el oficio (Antonio de Toledo¹²³, Ruy Gómez de Silva, Bernardino de Mendoza¹²⁴, el Conde de Feria¹²⁵ y Gutierre López de

9, p. 486), de la que regresó enfermo, muriendo en Bruselas al poco tiempo (J. de VANDERNESSE, op. cit. p. 28).

¹²¹ Hijo del Duque de Nájera, clavero mayor de la Orden de Alcántara, capitán general de la artillería de España en 1551, embajador en Roma entre 1553 y 1555. El 1 de mayo de 1558, Felipe II informaba a Juana del nombramiento de Lara como lugarteniente general de Nápoles ("...partió anoche", AGS. E, leg. 516, n° 36), hasta la llegada del nuevo virrey, el Duque de Alcalá (a este respecto, véase una instrucción de Felipe II en SHM, vol. 1, hh. 334 a 411; C. J. HERNANDO SANCHEZ, Castilla y Nápoles en el siglo XVI, Valladolid 1994, p. 145 y, por último, la correspondencia enviada por don Juan a Granvela durante el viaje y su estancia en aquel reino, en BPRM. Ms. 2289, especialmente num. 187, 235 y 256). Ya en Castilla, fue mayordomo mayor de Isabel de Valois y sirvió en los Consejos de Estado y Guerra hasta su muerte, en 1570.

¹²² Luis de Avila (o Dávila), Marqués de Mirabel y viejo soldado al servicio del Emperador, llegó incluso a escribir un tratado sobre las guerras de Alemania. Entró en los Consejos de Estado y Guerra de Carlos V, y le acompañó en su retiro extremeño; después de su muerte, permaneció en Castilla hasta el regreso de Felipe II en 1559. Tras una misión diplomática en Roma, en el Concilio de Trento, en 1562 y 1563, vivió semirretirado en Plasencia con eventuales apariciones por la Corte, hasta su fallecimiento en la ciudad extremeña el 24 de septiembre de 1573. Disponemos de una biografía del personaje, a todas luces insuficiente: A. GONZALEZ PALENCIA, Don Luis de Zúñiga y Avila, Gentilhombre de Carlos V, Madrid 1932; más provechosa resultará el estudio de la amplia documentación sobre el mismo localizada en RAH, Ms. A-51.

¹²³ Antonio Enríquez de Toledo, hermano de la Duquesa de Alba, era prior de León en la Orden de San Juan de Jerusalén, además de caballerizo mayor de Felipe II y consejero de Estado y Guerra desde 1556. Los embajadores apuntan su buen carácter y su escasa influencia, si bien la documentación demuestra que se mantuvo siempre a la vera del monarca, interviniendo en aspectos técnicos y llegando a jugar, en algunos momentos de vacío, un papel destacado. Defendió continuamente las posiciones del Duque de Alba, lo que no le impidió mantener buenas relaciones con Ruy Gómez de Silva. Murió el 15 de marzo de 1579.

¹²⁴ Hermano del Marqués de Mondéjar, había desarrollado una intensa relación con el Duque de Alba basada en sus afinidades militares. Ocupaba el puesto de lugarteniente general de Nápoles cuando el duque llegó a Italia pero, debido a un asunto de faldas que podía interferir gravemente en el gobierno, Mendoza se enemistó profundamente con su antiguo amigo, con gran pesar de Alba (W. S. MALTBY, op. cit. p. 125; la actitud del duque en EDA. I, pp. 364, 366, 393). Reclamado en la Corte (como señalaba Alba en carta a Ruy Gómez de 10 de enero, "...y don Bernardino de Mendoza, de ahí me parece que le deben haber alterado para quererle ir a la Corte", EDA. I, p. 348) abandonó Italia, presentándose en Bruselas en mayo de 1556. El 19 del mismo mes escribía a Francisco de Ledesma: "Su Mag. me a mandado que le sirva en su Consejo de Estado y en otras cosas; puede v.m. estar cierto que soy amigo de mis amigos y que conozco lo que por mi se ha hecho y que el señor Juan Vazquez no avra perdido la hechura en lo que por my a hecho si yo algo valiere" (AGS. E, leg. 513, n° 124). Aludía don Bernardino al apoyo que había obtenido de Juan Vázquez (aliado de su hermano, el Marqués de Mondéjar), para renovar el cargo de las galeras de España en 1552 (véase *supra*, nota 44). Murió en 1557, en San Quintín. Su expediente en AGS. EMR. QC, leg. 9, num. 1039 a 1087.

¹²⁵ Gómez Suárez de Figueroa había sido embajador en Génova y ocupaba el puesto de capitán de la Guardia Española del rey. Embajador en Inglaterra desde enero de 1558 a mayo de 1559 (donde contrajo matrimonio con Jane Dormer), estaba muy ligado a Ruy Gómez de Silva. Ejerció en los consejos de Estado y Guerra hasta su muerte, en 1571, y desde 1567 disfrutó del rango ducal. Noticias biográficas en M. FERNANDEZ ALVAREZ, Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra, Madrid 1951 y en M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, S. ADAMS, "The count of Feria's dispatch to Philipp II of the november 1558", Camden

Padilla¹²⁶). Es preciso señalar que, en este momento, no entraron en Consejo ni Juan de Vega¹²⁷ ni el Conde de Chinchón¹²⁸ pero, en todo caso, la doble procedencia de los consejeros hace imprescindible un análisis sobre la intencionalidad de cada nombramiento en cuanto al grado de utilización real en el gobierno. Se trata por tanto de discernir si el título tenía carácter honorífico, pues este aspecto estaría íntimamente relacionado tanto con el encuadre faccional de los personajes como con las circunstancias especiales que vivía el monarca en sus posesiones septentrionales y la orientación, claramente hispana, que ya desde los inicios Felipe II había determinado imprimirle a su Monarquía.

La primera característica es que, durante estos años, el Consejo nunca estuvo al completo. Algunos, como el nonagenario Andrea Doria, no aparecieron jamás por la Corte de Felipe II¹²⁹; otros abandonaron este escenario, ya fuera por pronta defunción -la batalla de San Quintín les costó la vida a Ferrante Gonzaga y a Bernardino de Mendoza- o debido a la asignación de importantes tareas al servicio del monarca: así, Luis de Avila se hallaba en Castilla, con Carlos, a quien asistió en el momento de su muerte; el Duque de Alba seguía en Italia y no regresaría a Bruselas hasta finales de enero de 1558¹³⁰; Padilla fue enviado rápidamente a Valladolid y el mismo destino tuvo Ruy Gómez entre febrero y agosto de 1557; además, a finales de abril de 1558 Juan Manrique de Lara fue nombrado lugarteniente en el reino de Nápoles.

Miscellany, XXVIII, Camden 4ª serie, vol. 29 (1984), pp. 302-334.

¹²⁶ Toledano, muy cercano a Ruy Gómez de Silva, López de Padilla fue consejero de Estado y Contador Mayor de Castilla (L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, pp. 37 y 41). Enviado a Valladolid en marzo de 1556, bregó con los consejeros de la regencia, poco afectos a su "partido". Murió el 3 de marzo de 1561. Datos biográficos en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. II, p. 210.

¹²⁷ Virrey de Sicilia en esos momentos, ocuparía asiento en Consejo de Estado de la regencia, en Castilla, en julio de 1557 (véase infra nota 167).

¹²⁸ La participación de Pedro Fernández de Bobadilla en Consejo de Estado hay que situarla en la década de los setenta; véase el capítulo "Período de transición...".

¹²⁹ Las biografías de este condottiero, que sirvió durante largos años al emperador con sus galeras y murió en 1560, ni siquiera reflejan su entrada en el Consejo de Estado de Felipe II: J. GARCIA MERCADAL, Juan Andrea Doria: Condottiero y Almirante del Emperador Carlos V (1466-1560), Madrid 1944; CAPELLONI, Lorenzo, Vite di Andrea Doria, Génova 1863); E. PETIT, Andre Doria, un amiral condottiere au XVI siecle (1466-1560), Paris 1887.

¹³⁰ J. de VANDERNESSE, op. cit. p. 29.

(hasta la llegada del virrey, el Duque de Alcalá) y Gómez Suárez de Figueroa, conde de Feria, estuvo de embajador en Londres desde enero de 1558 a mayo de 1559. La lista de consejeros se completó con tres nuevos nombramientos, que tampoco permanecieron para henchir los huecos: el regente Figueroa, tras una temporada en Inglaterra, fue despachado a Valladolid en el verano de 1558, acompañado del también consejero y arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza¹³¹; Francavilla, consejero de Estado desde 1558¹³², partió en junio de 1559 hacia Aragón y Francisco de Vargas Mexía recibió la notificación al tiempo que era electo embajador ante el Emperador, en agosto de 1559¹³³.

De manera que el núcleo de consejeros a la vera de Felipe II siempre se mantuvo mucho más reducido de lo que pudiera parecer, e integrado casi exclusivamente por personajes hispanos, entre los cuales Ruy Gómez de Silva aparecía en posición preeminente¹³⁴. Con las difíciles circunstancias que vivía Felipe II en Flandes, su nivel de actividad fue muy acusado¹³⁵, pero no solo como consejeros de Estado, sino también formando Consejo de Guerra en el que se examinaba, en especial, la

¹³¹ Sobre los pasos siguientes de estos dos consejeros se hallará sobrada información en este capítulo y el siguiente del presente trabajo.

¹³² Diego Hurtado de Mendoza, II Conde y I Príncipe de Melito, Duque de Francavilla, casó su hija, Ana de Mendoza con Ruy Gómez de Silva, privado de Felipe II. Fue virrey de Aragón hasta 1556 y, tras una breve estancia en la Corte de Valladolid, partió hacia Bruselas donde fue nombrado primer presidente del Consejo de Italia y consejero de Estado, todo ello gracias posiblemente a la influencia de su yerno (AGS. E, leg. 514, n° 63). Regresó a la península ibérica en 1559, meses antes de que lo hiciera el monarca. Virrey de Cataluña entre 1564 y 1571, desde entonces permaneció en la Corte hasta su muerte, el 19 de marzo de 1578.

¹³³ El mismo Vargas comunicaba estas circunstancias en carta a doña Juana de 25 de agosto de 1559: "Haviéndome su Mag. nombrado por su Embajador al Emperador, y dándome después al salir de Gante título de su Consejo de Estado (de que ya vra. Alteza terná noticia)..." y prosigue informando del cambio de planes ante la muerte repentina de Juan de Figueroa, embajador en Roma, plaza a la que era enviado (AGS. E, leg. 518, n° 32). Fue Granvela quien recomendó a Vargas ante el rey como sustituto de Figueroa (carta a Felipe II, 14 de agosto de 1559; WEISS, op. cit. V, p. 635).

¹³⁴ En la relación del embajador Badoero de 1557 el Consejo aparecía compuesto por 6 miembros: Ruy Gómez, Feria, Mendoza, Granvela, Toledo y Lara (ALBERI, op. cit. VIII, pp. 240-247, con una detallada opinión sobre cada consejero). En esta información parece basarse el florentino G. M. CECCHI, "Compendio di più ritratti delle cose della Magna, Fiandra, Spagna e Regno di Napoli", a cura di K. EISENBICHLER, Archivio Storico Italiano, (1993) 151(2), pp. 449-517. p. 513, para dar noticia del Consejo de Estado de Felipe II, con errores de datación por parte del editor literario.

¹³⁵ Ibidem. Sobre la posición de Ruy Gómez, J. M. BOYDEN, op. cit. p. 61.

información procedente de la regencia peninsular¹³⁶. En estos menesteres participaba cada vez con mayor peso, aun sin título ninguno, Francisco de Eraso¹³⁷. En ello se vislumbra ya el esquema que habría de funcionar durante la época de esplendor del "partido ebolista" con la Corte de regreso a Castilla: Ruy Gómez de Silva al frente de los negocios de Estado y su estrecho aliado, Eraso, dirigiendo el gobierno de los asuntos militares.

Pero, en tanto alcanzaba su pleno triunfo cortesano, Ruy Gómez debía contender con sus principales enemigos en la Corte de Flandes¹³⁸. El hecho de contar con la abierta simpatía o acercamiento interesado de la mayor parte de los consejeros hispanos¹³⁹, facilitaba a Ruy Gómez la lucha con un peligroso contrincante, Perrenot de Granvela, estadista de gran talla que había sido el ministro más poderoso del Emperador en sus últimos años, y que además estaba en su propio terreno¹⁴⁰. Pero ni siquiera con el apoyo de la presencia del

¹³⁶ Véase la carta de Felipe II a doña Juana, fechada el 2 de febrero de 1557, sobre un memorial enviado por el Conde de Alcaudete "...el qual se ha visto en el Consejo de Guerra y ha parescido embiarle con lo demás a V. Al. para que mande sobre todo lo que fuere servido" (AGS. E, leg. 514, n° 17). Más ejemplos del funcionamiento del Consejo de Guerra en AGS. E, leg. 516, n° 29, etc.

¹³⁷ En un billete fechado los primeros meses de 1557 eran Francisco de Eraso y Bernardino de Mendoza los que discutían asuntos de Berbería, incluyendo la fortificación de Melilla (AGS. E, leg. 133, n° 150), pero más elocuente es el memorial de 4 de febrero de 1558, con letra de Eraso, titulado "Lo que queda por resolver de lo de la guerra", en la que el secretario aportaba su propia opinión sobre los asuntos y el monarca decidía al margen (AGS. E, leg. 516, n° 63); un documento similar, "Consulta de guerra que su Mag. tuvo en Gante, 6 de agosto de 1559" en AGS. E, leg. 518, n° 31.

¹³⁸ Las rivalidades de la Corte de Bruselas, con el trasfondo de dos Consejos de Estado en activo (el de Flandes y "español") han sido estudiados por M. VAN DURME, op. cit. pp. 199-221.

¹³⁹ Así, Gutierre López de Padilla estaba muy cercano al portugués, mientras que, según la relación del embajador veneciano Badoero, de 1557, Bernardino de Mendoza mantenía relaciones interesadas con Ruy Gómez: "per se, per li figliuoli e per li parenti quasi faccia servizio al signor Ruy Gómez, sebbene e di natura alterisimo e molto invidioso...", alabando a continuación sus dotes militares; el Conde de Feria, "ed essendo tanto superiore al signor Ruy Gómez, non ha fatto mai segno d'invidiare il ben suo, anzi tra loro due e cosi buona intelligenza, ch'egli comporta vederlo prima adoperato nel secreto..." y concluía "e amato da S.M. sopra ciascuno dopo il signor Ruy Gómez, in assenza del quale faceva l'ufficio principale, operando discretamente e dando soddisfazione in tutto cio che gli era possibile"; respecto a Antonio de Toledo, "E amato de sua Majestá regia per la purita dell'animo e per essere nella coversazione dilettevole, ed amorevole verso le cose sue, e per non aver mai fatto segno d'invidiare la grandezza e favori ch'ella ha fatto e fa al signor Ruy Gomez..." (ALBERI, op. cit. VIII, p. 245-248).

¹⁴⁰ Mucho le perjudicó a Granvela no contar con el apoyo de los consejeros hispanos; de hecho, solo Juan Manrique de Lara y el regente Figueroa parecen estar próximos al obispo de Arras estos años (VAN DURME, op. cit. p. 208).

Duque de Alba, quien tras su llegada a Bruselas conectó bien con el prelado borgoñón al tiempo que manifestaba sus primeras desavenencias con Ruy Gómez¹⁴¹, fue capaz Granvela de neutralizar el ascendiente del favorito luso. "Rey" Gómez, como era calificado por el embajador veneciano, pudo así influir en las discusiones del Consejo de Estado no solo sobre temas relacionados con la regencia ibérica¹⁴² -escenario en el que, como veremos en las páginas siguientes, preparaba con esmero su regreso- sino también sobre las directrices que debían guiar las relaciones exteriores de la Monarquía. En este sentido, Granvela, se manifestaba absolutamente en contra de continuar las conversaciones de paz iniciadas el año anterior con los franceses, que habían logrado firmar una alianza en octubre de 1555 con el Papa Paulo IV -caracterizado por su hostilidad hacia Carlos V-, para expulsar a las tropas imperiales de la península itálica. Ruy Gómez apoyó la opinión de Felipe II, favorable al entendimiento, que se plasmaría finalmente en la tregua de Vaucelles, firmada a principios de febrero de 1556¹⁴³.

La noticia del acuerdo, tras algunas cautelas por como se entendía que quedaba en el texto la situación de las Indias, fue muy celebrada en la Corte de Valladolid, pues se suponía que debía facilitar el inmediato retorno del rey¹⁴⁴. La lista de problemas que requerían su presencia era ciertamente grave -la jura de los Fueros de la Corona de Aragón¹⁴⁵, la recuperación de Bugía y empresas de Africa y la gravísima

¹⁴¹ Una descripción del comienzo de las disputas entre el Duque de Alba y Ruy Gómez de Silva en L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 216; el cronista señala como chispa que encendió la discordia la concesión del ducado de Bari.

¹⁴² Testimonios documentales de reuniones del Consejo de Estado sobre temas hispanos en AGS. E, leg. 512, n° 139 (la creación del sistema de Factorías; Felipe II a Juana, 4 de noviembre de 1556), la empresa de Bugía (Felipe a Juana, 27 de julio y 29 de diciembre de 1556; AGS. E, leg. 511, n° 195 y leg. 513, n° 184); los movimientos de los hugonotes en la frontera pirenaica (enero 1559, Felipe II anotó al margen de una carta de Juana, "este capítulo será menester ver y platicar en Consejo de Estado para hazerme relación del", AGS. E, leg. 137, nums. 147 a 149), etc.

¹⁴³ Ya dimos cuenta del inicio de las conversaciones y de la reacción de los ministros de la Regencia (supra, nota 88). Sobre este tema, F. BRAUDEL, El Mediterráneo..., II, pp. 384 y ss.; M. VAN DURME, op. cit. pp. 195-199 y M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un Imperio..., pp. 210-229.

¹⁴⁴ Carta de la princesa a Felipe de 26 de marzo de 1556 (AGS. E, leg. 109, nums. 83-86; copia en leg. 112, nums. 74-80).

¹⁴⁵ La situación en Aragón, desde la partida del rey en 1554, se había vuelto explosiva debido a varios factores: una actuación demasiado dura del virrey, Duque de Francavilla -que tuvo que abandonar el puesto en el verano de 1556-, combinada con la sensación de sumisión a Castilla, encarnada en la figura de la regente, y el hecho de

penuria de la hacienda, sin olvidar la abrumadora lejanía de la fuente original de la *gracia* real-, y el Consejo de Estado envió un emisario para representarlos al soberano y suplicar su pronto regreso¹⁴⁶. Sin embargo, Paulo IV no se había resignado a aceptar la tregua de Vaucelles, y sus constantes ataques a los intereses y protegidos de la Monarquía Católica acabaron por plantear de nuevo la guerra en la península itálica -no sin serios problemas de conciencia por parte del rey¹⁴⁷- hecho que truncaría las esperanzas de los ministros de la regencia.

1.3.3. El enfrentamiento Bruselas-Valladolid, un conflicto faccional

La decisión de Felipe de permanecer en Flandes supuso el estallido de una larga crisis en el gobierno de la regencia, que solo se cerraría con el retorno del monarca. La opinión de la Corte de Valladolid quedó reflejada en una consulta del Consejo de Estado, en la que manifestaba al monarca no tener en cuenta las acciones del Pontífice, que en poco afectaban a su reputación, y ocuparse de las

que Felipe no tomara posesión personalmente del reino. A lo largo de los tres años siguientes, para dilucidar quien tenía derecho a gobernar y nombrar virrey, se sucedieron los conflictos entre las autoridades del reino, el monarca y la princesa, que reclamaba de su hermano tales prerrogativas en tanto no se produjera su regreso. En este tema, Juana encontró un apoyo adecuado en el Consejo de Estado, como se infiere de las cartas al monarca de 26 de marzo de 1556 (sobre los nuevos poderes que habían de darse al virrey, AGS. E, leg. 112, n° 81), 30 de abril de 1556 (acerca de la conflictiva actuación de Francavilla, se reunieron el Consejo de Estado y Aragón, AGS. E, leg. 113, n° 34), 4 de marzo de 1557 (AGS. E, leg. 119, carpeta 7, n° 19), etc.

¹⁴⁶ Juana a Felipe II, 13 de junio de 1556, transmitiendo el deseo de todos los organismos de la administración del pronto retorno del rey, y anunciando el envío por parte de los Consejos de Estado y Guerra de Fadrique Enríquez, con la lista de problemas que requerían la presencia del monarca (AGS. E, leg. 114, n° 80; CDCV. IV, doc. DCCXVIII; las cartas de Enríquez en AGS. E, leg. 112, n° 115-122). L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 47, nos informa del envío de Fadrique Enríquez, de parte del Consejo de Estado, y del licenciado Birviesca de Muñatones, a cargo del Consejo Real. El Consejo de Estado en Bruselas (presidido por el rey, asistieron la reina María de Hungría, Ruy Gómez, Granvela, Juan Manrique y Bernardino de Mendoza), cuando discutió el 30 de julio de 1556 la situación financiera de la Monarquía, apuntaba sobre Castilla "Paresce por las relaciones que ha días que embiaron los de la hacienda y las últimas que agora ha traído don Fadrique, que no ha venido a otra cosa, ... (señalando que por todos los conceptos habían salido de España hacia Flandes 11 millones de ducados desde 1551; AGS. E, leg. 513, n° 113). Algunas pinceladas del malestar existente en Castilla durante estos años en J. A. MARAVALL, La oposición política bajo los Austrias, Barcelona 1972, pp. 59 y ss.

¹⁴⁷ Es por lo que mandó reunir en Castilla una *junta* de teólogos y otra de juristas para dar su opinión, que revisada por el Consejo de Estado fue resumida por el doctor Velasco y enviada a Bruselas (Juana a Felipe II, 21 de noviembre de 1556, AGS. E, leg. 112, nums. 226-229; AGS. E, leg. 114, n° 216, 14 de diciembre; la lista de personajes consultados en ibidem, n° 257).

cosas realmente importantes como el bien de sus reinos peninsulares¹⁴⁸. Por el contrario, el entorno de Felipe II, dominado por los "ebolistas", secundaba la política del soberano, para lo que precisaba del concurso de sus posesiones ibéricas con el fin de sostener financieramente el esfuerzo bélico; pero los mecanismos hacendísticos de la regencia estaban dominados por Vázquez de Molina que, debido tanto al estado de postración del Reino como a la salvaguarda de sus posiciones políticas, no apoyaba como era menester los proyectos de su soberano.

Felipe II intentó combatir esta resistencia a través de una doble vía: alejando de la Corte castellana a aquellos elementos que más reticentes eran a sus propósitos, y enviando a Valladolid a hombres de su confianza, que hiciesen posible el cumplimiento de sus órdenes. Como es lógico, ambas medidas afectaron de forma especial a la composición de los Consejos de Estado y Guerra, que durante los tres años siguientes conocieron una época de mucho movimiento. A los fallecimientos del Marqués de Cortes en marzo de 1556, Antonio de Fonseca, en enero de 1557 y Antonio de Rojas en junio, hubo que sumar ese mismo año la retirada del Marqués de Mondéjar así como el intento de expulsión de Valdés, que no llegaría a cuajar. Por el contrario, nuevos consejeros vinieron a ocupar las vacantes desde Flandes: Gutierre López de Padilla en marzo de 1556, Ruy Gómez, entre marzo y julio de 1557 y nuevamente dos meses antes de la vuelta del rey; en 1558 llegaron el regente Figueroa y el arzobispo Carranza -bien es cierto que en situación sospechosa- y, ya al final del período, poco antes del retorno del rey, el Duque de Francavilla; además, desde su puesto de virrey de Sicilia fue destinado a Castilla Juan de Vega, nombrado presidente de Castilla y consejero de Estado en abril de 1557.

Es decir, todos los personajes que entraron en el alto organismo provinieron del exterior, y no hubo lugar a buscarlos entre los ministros que permanecían en la Corte castellana, a excepción de la oportunidad que se ofreció al cardenal Silíceo, arzobispo de Toledo, para asistir a las sesiones del Consejo de Estado -con el único objeto de ablandar su postura de apoyo al Papa en el tema de la revocación de

¹⁴⁸ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, pp. 105-106, transcribe una consulta del Consejo de Estado de este tenor, apostillando "poca había (reputación) en este parecer, menos piedad y mucho deseo de descanso".

la Cuarta y Bula de Cruzada¹⁴⁹- y que es muy posible que no se materializara debido a la animadversión que el prelado sabía que encontraría en el Consejo¹⁵⁰. El motivo no fue otro que la escasa confianza del monarca en aquellos que integraban el círculo de gobierno de la princesa Juana, los grandes patronos del Emperador y sus clientes, en unos momentos en que estaba necesitado del máximo apoyo que pudiera recibir de sus reinos hispánicos.

De este modo, el Consejo de Estado -del que se siguió sirviendo Juana para discutir las principales cuestiones de gobierno- se convirtió en el escenario de las tensiones surgidas entre los antiguos servidores del Emperador y aquellos que buscaban su posición política a la sombra de Ruy Gómez, esto es, los criados del joven rey. Aunque estaban de acuerdo en la necesidad inaplazable del regreso del monarca, e incluso compartían puntos de vista referentes a los intereses generales del Reino (la guarda de las fronteras, atención al norte de Africa, las arcas vacías de la hacienda), los segundos siempre antepusieron la obediencia al monarca por encima de estas consideraciones -fidelidad que, por supuesto, procuraban rentabilizar desprestigiando a sus enemigos políticos-, mientras que los primeros acogían con sumo recelo todo aquello que no se contemplase desde la óptica y los intereses de Castilla, cuya administración procuraban controlar.

En este contexto, Juana intentó cumplir en lo posible con las demandas de su hermano, si bien en último extremo se decantó

¹⁴⁹ En carta de 27 de julio de 1556, Felipe II indicaba a Juana que "...será bien que entretanto que ay estubiere (Silíceo en Valladolid) le mandeys dar parte de los negocios destado, y que sea llamado a ellos, por que habemos entendido que tiene sentimiento de que no se haya hecho hasta aquí, y por ventura en esto podría ser que se acomodasen mejor estas cosas, a lo menos será mayor nuestra justificación para con su Santidad y con el dicho Cardenal y con todos" (AGS. E, leg. 512, n° 180). La animadversión de Paulo IV hacia Felipe II le había llevado a revocar tales bulas así como reclamar los frutos de las sedes obispaes vacantes; el tema era muy delicado pues, como señalaba el rey, estaba en juego una sustanciosa fuente de ingresos además de su "autoridad y reputación(...)y por la confusión que se mete entre nuestros súbditos y vassallos" (carta a Juana de 17 de julio de 1556, AGS. E, leg. 114, n° 186). Debido a su importancia, el asunto fue repetidamente tratado en Consejo de Estado: Juana a Felipe II, 22 de enero (AGS. E, leg. 112, n° 42), 1 de octubre (*ibidem*, nums. 173-175 en ésta el Consejo se extendía acerca de la "...reformación de las cosas de la Yglesia y los abusos que ay en ella"), 15 de octubre (*ibidem*, nums. 1-10).

¹⁵⁰ No hemos encontrado rastro de la intervención de Silíceo en Consejo de Estado, pero resulta muy significativa una opinión suya vertida en carta al rey de primero de julio de 1556 (véase *supra*, nota 100).

claramente por defender los intereses de los territorios bajo su mando, aun a riesgo de enfrentarse con Felipe II y con los personajes por él enviados. Es por lo que, a nuestro juicio, su relación con Ruy Gómez se limitó durante estos años a sus círculos personales y, en especial, a sus afinidades religiosas, ya que los intentos de extrapolar su buena sintonía a las acciones concretas de gobierno se quedaron más en intenciones que en realidades: como gobernante, la princesa pretendió utilizar a Ruy Gómez, uno de los hombres que más podían influir en su hermano, para hacerle llegar la aguda problemática a la que se enfrentaba en Valladolid; mientras que el portugués, a su vez, empleaba las divergencias entre las prioridades del rey en Europa y las de la Corte castellana para colocar a sus partidarios en los puestos clave, con el fin último de controlar los mecanismos del gobierno de la regencia.

El primer paso de la estrategia del "partido ebolista" fue el control de los resortes hacendísticos castellanos. Ya hemos comentado el ascenso administrativo de Francisco de Eraso en este ámbito durante los primeros meses de 1556. Por las mismas fechas llegaba a Valladolid Gutierre López de Padilla, cliente de Ruy Gómez, que además de entrar en Consejo de Estado comenzó a dirigir el Consejo de Hacienda, sustituyendo en esta labor a Juan Vázquez de Molina¹⁵¹. Su posición resultaba muy comprometida ya que, como hemos visto, la princesa Juana se apoyaba en Vázquez de Molina para la gestión diaria del gobierno y la interpretación de la política exterior de la Monarquía, actitud muy criticada por Padilla, que sentía profundamente el aislamiento al que se veía sometido¹⁵². Muestra de su postura fue el comentario que hizo a

¹⁵¹ C. J. CARLOS MORALES, "Grupos de poder en el Consejo de Hacienda de Castilla, 1551-1566", Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI, J. MARTÍNEZ MILLÁN, ed. Madrid 1992, p. 118.

¹⁵² Respecto a su aislamiento, en cuestiones hacendísticas sus únicos apoyos de consideración eran el doctor Velasco (ausente entre enero y agosto de 1559) y fernán López del Campo, mientras que en Consejo de Estado contó con el Marqués de Mondéjar hasta su retirada y con Vega durante el año que sirvió antes de morir. Su estado de ánimo lo explicitaba en carta a Ruy Gómez de seis de febrero de 1558: "Yo estoy tan desesperado que mal me haga Dios si querría ser nacido ni acabo de rresolverme conmigo para escribir al rey ni a hombre de los que allí ay" y más adelante exigía medidas duras con el gobierno de la regencia, ante los rumores de una nueva gira de Ruy Gómez: "Por amor de Dios que Su Mag. no se contente con enviar a V. S. sino con enviar quien tome cada día residencia a lo que hacemos todos los que le servimos, y que responda a lo que

Ruy Gómez, acerca de las dudosas condiciones de la paz que había alcanzado el Duque de Alba en Italia, que dio fin a la campaña en esa península: "Su Alteza se regocijó tanto con esta nueva que a su Alteza y a Juan Vázquez y a otros de sus sabios les pareció necesario yr a dezir el tedeum laudamus y hazer grandes procesiones por la paz, ansi que an hecho paz con el Papa sin tener mandamiento del rrey. No me dijeron nada hasta tenerlo hordenado y hecho"¹⁵³. Pero sus problemas no se circunscribían a Castilla: a pesar de que su categoría institucional se vio robustecida desde Bruselas con el nombramiento de Contador Mayor a principios de febrero de 1557 (en compañía de Ruy Gómez y Bernardino de Mendoza, en lo que constituyó un nuevo avance del "partido ebolista"¹⁵⁴), en ocasiones había de sufrir la falta de entendimiento con la Corte del rey, donde no se terminaban de entender las verdaderas condiciones con las que tenían que bregar sus enviados¹⁵⁵.

La posición de Padilla fue reforzada precisamente por Ruy Gómez entre marzo y julio de 1557, con el objetivo primordial de recaudar todo el dinero que fuera posible para afrontar la campaña de verano contra los franceses, que terminó con la victoria de San Quintín el 6 de agosto. Respaldado por el apoyo del Consejo de Estado de la regencia -que ante un desafío de tal calibre a la reputación del rey había consultado favorablemente su intención de levantar ejército¹⁵⁶-

de sus Consejos le escribieren con mucha autoridad y diligencia" (CODOIN, vol. 97, p. 347-348); además, el 4 de enero comentaba a Mélito como "al rey suplico me de licencia para irle a servir si tiene guerra; suplico a V. S. muy de veras que me ayude en ello, que allá para algo seré bueno, que antes fui capitán que Contador" (*ibidem*, p. 336).

¹⁵³ 22 de noviembre de 1557 (AGS. E, leg. 119, n° 491, carpeta 24). Los comentarios de Padilla no concuerdan con la actitud que detectamos en Vázquez de Molina, quien afirmaba en carta a Carlos V de 18 de noviembre: "...y de esto no se tiene más claridad, que si no hay otra cosa encubierta, no parecen buenos los medios con que se ha hecho (la paz con el Papa). Y viendo S. Alteza que el cardenal lo escribe, y con parecer de los del Consejo de Estado, se ordenó que repicasen las campanas y se hiciesen otro día procesiones" (MY. I, pp. 215-16).

¹⁵⁴ C. J. CARLOS MORALES, "Grupos de poder...", p. 121.

¹⁵⁵ Así, en carta a Ruy Gómez de 15 de marzo de 1558, tras enumerar las intensas gestiones hacendísticas que se realizaban para satisfacer las necesidades del rey, añadía "el doctor Velasco handa muy ocupado porque acá nos damos prisa en todas las cosas de las que se puede haber algún dinero (...) habemos mucho miedo a los señores de allá que teneis por necedad lo que acá decimos" (CODOIN, vol. 97, pp. 351-356).

¹⁵⁶ En carta a Felipe II de 3 de marzo de 1557, Juana mostraba el parecer favorable del Consejo de Estado a las medidas tomadas por el rey, y quedaba a la espera del enviado de Felipe (Ruy Gómez) mientras se discutía la forma de allegar dinero (AGS. E, leg. 121, n° 48). Felipe II respondía a su hermana el 13 de abril: "mucho contentamiento nos ha dado que habiéndose allá platicado en Consejo destado, haya

Felipe II solicitó ayuda económica a todos los estamentos castellanos de poder (nobleza, prelados, villas¹⁵⁷), cuya recaudación encargó al Conde de Mélito. La mayor resistencia se la encontró Ruy Gómez en Fernando de Valdés, que se excusó de contribuir con un préstamo de 150.000 ducados alegando que su arzobispado no poseía tal cantidad de dinero. El noble portugués acudió entonces a Yuste en busca de apoyo y no perdió la oportunidad de atacar y desprestigiar a su adversario político¹⁵⁸. Si bien finalmente se negoció una cifra de compromiso, Felipe II -que a los pocos meses de subir al trono mostró su enfrentamiento con el Inquisidor General, poniéndole en entredicho en el Consejo de Estado¹⁵⁹- había ya aprovechado el primer pretexto para indicar a la princesa que arreglara su salida de la Corte camino de Sevilla¹⁶⁰. A lo largo de los meses siguientes las continuas dilaciones de Valdés para cumplir diferentes órdenes en este sentido -pues, en definitiva, suponía su acta de defunción política-, colmaron la paciencia del soberano, y el cinco de junio de 1558 decretó su exclusión

parecido bien la determinación que tomé de formar ejército..." (AGS. E, leg. 514, n° 22).

¹⁵⁷ En AGS. E, leg. 127 (I y II) se encuentran las cartas del rey, refrendadas por Eraso, personalizadas para cada destinatario, solicitando contribuciones económicas porque "...siendo esta la primera jornada en que nos hallamos, e yéndonos tanto en ella, ya podeis juzgar y considerar quanto importa que se haga cumplidamente" (fechadas a 18 de abril de 1557).

¹⁵⁸ El asunto puede seguirse a través de la correspondencia entre los principales personajes, contenida en AGS. E, leg. 119, y publicada por J. L. G. NOVALIN, op. cit. II, pp. 167-178. En resumen, Ruy Gómez se preocupó de informar detalladamente en Yuste de la actitud del arzobispo, por lo que Carlos V presionó con gran energía a Valdés, escribiendo asimismo a Juana. El momento más crítico se alcanzó a finales de mayo, con la visita del contador Ochoa al Inquisidor General, retirado de la Corte. En carta de 28 de mayo a Felipe II, Ruy Gómez envenenaba adecuadamente el tema: "Y porque de las razones que de una parte a otra se passaron se haze relación a V. Md. por el dicho Hernando de Ochoa, no diré yo más de que aviendo hecho el dicho Arçobispo todos los juramentos que Hernando de Ochoa dize en su relación para que se le creyese que no tenía dinero, entraron aquí de Sevilla para el dicho Arçobispo seys cargas de moneda. V. Md. será servido de mandar declarar a la señora princesa si se deve ejecutar lo que el rey manda o hazer otra mostración más moderada" (AGS. E, leg. 119, n° 411, carpeta 24; NOVALIN II, p. 172, nota 1).

¹⁵⁹ Juana a Felipe II, 13 de septiembre de 1556: "al arzobispo de Sevilla se le dio la carta que V. Al. le scribió a instancia del Cabildo de Sevilla para que el Inquisidor que ally tiene no fuese su provisor, y se le leyó en Consejo destado donde se halló presente el dicho Arzobispo lo que V. Al. me scribió cerca dello..." (AGS. E, leg. 112, nums. 164-166).

¹⁶⁰ Felipe II a Juana, 10 de junio de 1557 (AGS. GM, leg. 65, n° 13; reproducida en J. MARTINEZ MILLAN, "Grupos de poder en la Corte...", p. 169, nota 160). La expulsión se justificó por el matrimonio, suponemos irregular, de un sobrino del arzobispo, que estaba siendo investigado por el Consejo Real. Es posible que esta fuera la medida de fuerza a la que hacía velada alusión Ruy Gómez en sus cartas, para el caso de que Valdés no aceptara auxiliar al monarca.

del Consejo de Estado si no acataba el ultimatum que se le había dado y abandonaba inmediatamente Valladolid¹⁶¹. Sin embargo, tan solo ocho días más tarde anulaba la orden anterior y permitía la vuelta del arzobispo¹⁶². Tan radical cambio de opinión se debió a la llegada a Bruselas de las primeras noticias acerca del foco de herejía detectado en Valladolid, que alarmaron profundamente al monarca, dispuesto a impedir por todos los medios la difusión por Castilla de los movimientos heréticos cuya existencia y consecuencias había tenido ocasión de comprobar en sus viajes por Europa. El temor de Felipe II, que condicionaría su política de gobierno durante la próxima década, sería hábilmente explotado por el arzobispo para mantenerse en la Corte¹⁶³.

Además de sus intentos de apartar a Valdés y sus intensas operaciones en el ámbito hacendístico, Ruy Gómez hizo presente su influencia en Consejo de Estado, desde donde aceleró el envío de ayuda a Felipe II¹⁶⁴, intervino en las relaciones con Portugal en un momento

¹⁶¹ Felipe II a Juana (AGS. E, leg. 129, nums. 179-183). La retirada de Valdés fue repetidamente tratada en Consejo de Estado: en carta de 23 de marzo de 1558, Juana comentaba a Felipe II la negativa del arzobispo a acompañar el cadáver de Juana "la Loca" a Granada para ser enterrado, apuntando como Valdés había señalado que "...todos deseaban echarle de aquí" respuesta que, referida por Molina en Consejo de Estado, suscitó unánime repulsa de sus miembros, que exigieron su partida inmediata (NOVALIN II, pp. 184-185). Asimismo, Carranza refería una sesión del Consejo de Estado en el mismo sentido, con fuertes ataques de Juan de Vega a Valdés (J. I. TELLECHEA IDIGORAS, Fray Bartolomé de Carranza: documentos históricos (Archivo Documental Español, vol. XVIII, p. 9).

¹⁶² Felipe II a Juana, 13 de junio de 1558 (AGS. E, leg. 516, n° 48). En carta de 3 de mayo a su hija, Carlos suplicaba que "demás de mandar al Arzobispo de Sevilla que por agora no haga ausencia dessa Corte, pues estando en ella se podrá proveer y prevenir" (AGS. E, leg. 128, n° 361; MY. I, p. 293). De este modo, el 14 de julio Vázquez de Molina comunicaba a Carlos la intención de la princesa de "juntar al Arzobispo de Sevilla y a los del Consejo destado para que en su presencia se mirase y platicasse si havia más que proveer en esto destos luteranos" (AGS. E, leg. 128, n° 294) y el día 22 del mismo le informaba de la reunión del Consejo de Estado, con dos del Consejo de Inquisición, presente Valdés, que expuso las actuaciones realizadas hasta el momento (ibidem, n° 299; MY. II, pp. 456-7).

¹⁶³ J. MARTINEZ MILLAN, "Grupos de poder...", pp. 170-172, citando la bibliografía oportuna.

¹⁶⁴ En esos momentos el Consejo era ya una fracción de la composición original: con el Marqués de Cortes y Antonio de Fonseca fallecidos, Antonio de Rojas recién casado (y a punto de expirar), Juan de Vega nombrado presidente de Castilla (si bien no tomaría posesión hasta julio), Valdés retirado de la Corte por el acoso que sufría y el Marqués de Mondéjar en su casa por aparente indisposición, el 30 de abril de 1557 eran Ruy Gómez, García de Toledo y Padilla los que rubricaban una consulta, informando al rey del envío de una armada con 1.600 hombres y una primera remesa de dinero (AGS. E, leg. 121, n° 231). Carecemos de noticias de Molina en ese momento.

muy delicado debido a la muerte del monarca Juan III¹⁶⁵ y dirigió las negociaciones con el Duque de Vendome, eterno aspirante a la corona navarra, que ofreció su apoyo para realizar una entrada en Francia a través de la frontera pirenaica¹⁶⁶.

Cuando, en el mes de julio, Ruy Gómez abandonaba la península, dejaba atrás una situación muy favorable a sus intereses en el gobierno castellano, si bien aún tuvo que lidiar con los últimos embates del grupo opositor, consciente de su pérdida de influencia. En este sentido, uno de sus movimientos en Valladolid había sido apoyar el nombramiento de Juan de Vega como presidente de Castilla¹⁶⁷, pero con

¹⁶⁵ El rey luso murió el 11 de junio. El sucesor era Sebastián, hijo de Juana, que por tanto tenía derechos a la Regencia y actuó con rapidez para asegurar su posición en Lisboa. Sin embargo, en un primer momento Carlos abortó tales intentos, apoyando en sus pretensiones a su hermana Catalina, viuda del monarca portugués, por lo que retuvo en Yuste a Juan de Mendoza, embajador ordinario que estaba de camino (carta a la princesa de 24 de junio de 1557, donde indicaba a su hija que "el conde de Melito y los del Consejo de Estado" estudiaran las nuevas condiciones de la embajada y redactaran si fuera necesario documentos diferentes para Mendoza, AGS. E, leg. 119, n° 45), y además modificó la misión de un enviado especial de su hija Juana. Con posterioridad, Carlos cambiaría de opinión y animó a la princesa a exigir sus derechos. Sobre este tema, M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un imperio en transición..., pp. 319-321 y A. DANVILA Y BURGÜERO, Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo, Madrid 1900, pp. 64-73.

¹⁶⁶ El Duque, Antonio de Borbón, estaba casado con una nieta del último rey de Navarra, Juana Albret, y tenía una fuerte implantación militar en sus estados fronterizos. Oscilaba entre Francia y Castilla, según las circunstancias, y en esta ocasión ofreció su ayuda al gobierno de la regencia. Ya en carta de dos de febrero, Carlos sugería a su hija tal posibilidad, en respuesta a una consulta del Consejo de Guerra en este sentido (AGS. E, leg. 121, carpeta 12, n° 2). Más adelante, el duque envió un emisario con propuestas concretas, que Juana hizo estudiar en Consejo de Estado: carta a Felipe II de 21 de abril: "...ordené que le oyesen y tractasen dello el conde de Melito, don García de Toledo y Gutierre López de Padilla, y que comunicado con el marqués de Mondéjar, que por estar mal dispuesto no se halló en Consejo, me dieren su parecer" (AGS. E, leg. 119, carpeta 7, n° 26). La información se envió al rey, que respondió avisando a Ruy Gómez para que convenciera a Carlos tomara el negocio a su cargo (Gómez a Molina, 13 de mayo de 1557, AGS. E, leg. 120, n° 65; existe otra copia en leg. 124, n° 128, mal datado en 1558). Así, Carlos recibió en Yuste las últimas condiciones de Vandome, presente Ruy Gómez, que se las llevó a Valladolid para ser estudiadas nuevamente por el Consejo de Estado, que observó demasiadas dificultades en el tema y aprovechó para solicitar el regreso del rey (Carlos a Juana, 5 de julio, convocando a Ruy Gómez; AGS. E, leg. 119, n° 48, CDCV. IV, doc. DCCLVIII; Juana a Felipe II, 25 de julio, informando del parecer del Consejo, AGS. E, leg. 120, n° 170, CDCV. IV, doc. DCCLXI; parecer del Consejo de Estado "...en que se hallaron el dicho conde (de Melito), el marqués de Mondéjar, don García de Toledo, Gutierre López de Padilla y Juan Vázquez", AGS. E, leg. 120, n° 174). El asunto se acabaría abandonando, tras estudiarlo repetidamente en Consejo de Estado, ante la falta de respuesta de Vandome, la victoria de San Quintín y las sospechas de su complicidad con el rey de Francia: Molina a Carlos, 28 de septiembre (AGS. E, leg. 119, n° 218), 5 de octubre (*ibidem*, n° 282), Carlos a Felipe II, 22 de septiembre (AGS. E, leg. 128, n° 321; CDCV. IV, doc. DCCLXXII), Carlos a la princesa, 25 de enero de 1558 (AGS. E, leg. 128, n° 351; CDCV. IV, doc. DCCLXXXIX), etc. Acerca de este tema, T. DOMÍNGUEZ AREVALO, Conde de Rodezno, Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla, Pamplona 1944.

¹⁶⁷ En sustitución del fallecido Antonio de Fonseca. El título en AGS. EMR. QC, leg. 30. En carta de 18 de abril Felipe II comunicaba a su hermana la elección, indicando que "si viniere en aceptarlo mandareys que entre en Consejo de Estado"; barruntaba Felipe que su decisión podría traer problemas al añadir "y por si acaso se

ello agravió profundamente a un personaje que tampoco le era ajeno, el Marqués de Mondéjar, quien se creía el candidato con más méritos para el puesto¹⁶⁸. Solo el hecho de conocer la noticia provocó su alejamiento por varias semanas y desde la toma de posesión de Vega (en julio) hasta final de año, aunque permaneció en la Corte -hospedado en casa de Gutierre López de Padilla que intercedía por él ante Ruy Gómez¹⁶⁹-, intervino poco en los negocios¹⁷⁰. No obtuvo el marqués satisfacción, lo que unido al tardío conocimiento de la muerte de su hermano, Bernardino de Mendoza (a consecuencia de las heridas recibidas en San Quintín) y el fallecimiento de su esposa a principios de septiembre¹⁷¹, terminaron por decidir su retiro durante los dos próximos años en su casa de

excusase se terná esto secreto". La intervención de Eboli la deja clara el propio monarca al añadir de su mano "y supplico a V. Al. no hable a Juan de Vega hasta que se lo diga Ruy Gómez, por lo que él dirá a V. Al." (AGS. GM, leg. 65, n° 11). La minuta de la carta a Vega notificándole el nombramiento en *ibidem*, n° 12. En realidad, parece que antes de que llegara la orden del monarca Juan de Vega ya entraba en Consejo de Estado aunque fuera como asesor en su calidad de reciente virrey de Sicilia y antiguo embajador en Roma, como se infiere de la carta que éste envió a Granvela, fechada a 23 de abril (BPRM. Ms. 2289, n° 134). Murió en diciembre de 1558. Datos biográficos en Marqués del SALTILLO, Juan de Vega, embajador de Carlos V en Roma (1543-1547), Madrid 1946.

¹⁶⁸ La causa de la retirada de Mondéjar es señalada por L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 169: "Por la ausencia del Obispo de Pamplona entró en su Presidencia de Castilla, por voluntad del Emperador, Juan de Vega, Señor de Grajal, que había sido Virrey de Sicilia...Encaminó su elección el Príncipe de Eboli, y quedó el marqués de Mondéjar por habérsele antepuesto siendo Presidente de Indias, que se retiró a su Estado". La misma opinión, incluyendo la mano de Gómez, en BNM. Mss. 3315, "Historia de la Casa de Mondéjar", p. 310.

¹⁶⁹ Carta de Padilla a Ruy Gómez, 22 de noviembre de 1557: "El marqués de Mondéjar está todavía en mi casa y se va muriendo a mi parecer. No sabe la muerte de don Bernardino ni de don Yñigo su sobrino. El conde (de Tendilla) su hijo está también en casa (...). No les he osado dezir a ninguno dellos que tengo cartas de Vra. Sa. porque ellos están muy deseosos que Vra. Sa. les rresponda lo quel rrey quiere hazer, aora sea bueno aora sea malo. El marqués está un santo (...). El conde es hombre de servicio tanto como no lo ay en este rreyno, y aun como quantos Su Mag. tiene en su Consejo; estas no son cosas de suplicación, él verá lo que más conviene al buen despacho de sus negocios y a su servicio. La flaqueza del marqués y la tristeza es cosa para quebrar el corazón a quantos bien le quieren" (AGS. E, leg. 119, carpeta 24, n° 491).

¹⁷⁰ No resulta difícil seguir el grado de aplicación del marqués a sus tareas, a través de su función de señalar las cédulas tocantes a Guerra. En su ausencia, el encargado era García de Toledo, que la cumplió entre mediados de abril y mediados de junio de 1557 (primera falta de Mondéjar; véase además *supra*, notas 164 y 166), la segunda quincena de julio (toma de posesión de Vega) y luego de forma continuada desde el 15 de agosto (datos tomados de AGS. GM. LR. 23 y 24). El 4 de septiembre Mondéjar se disculpaba ante el rey por su inactividad (AGS. E, leg. 121, n° 233). En estos meses, solo hemos detectado su participación en las discusiones acerca de los planes del Conde de Alcaudete (vide *infra*, nota 189).

¹⁷¹ La noticia de la muerte repentina de la marquesa la obtenemos de una carta de Diego de Ayala a Granvela, de 21 de septiembre de 1557 (BNM. Ms. 7.916, n° 156).

Mondéjar¹⁷².

Parece que el marqués achacaba su caída en desgracia a una espinosa cuestión que había conmovido los cimientos del gobierno de la regencia desde septiembre del año anterior. Nos referimos a la distribución de fondos llegados de las Indias a sus propietarios, por parte de los oficiales de la Casa de Contratación, a pesar de una cédula real que ordenaba su secuestro para satisfacer las necesidades financieras del monarca¹⁷³. A los ojos de Felipe II y de su padre se trató casi de una traición, pues dejó al rey sin dinero justamente cuando se iniciaba la campaña contra los franceses. El hecho de que Juana, a la cabeza de sus ministros, excusara el acto y no mostrara excesivo celo en investigarlo y castigarlo, no hizo sino incrementar las sospechas del soberano sobre el gobierno de la regencia en general y los oficiales relacionados con negocios del Nuevo Mundo en particular. Mondéjar estaba seguro de que se utilizaba su responsabilidad como presidente de Indias para difamarle ante Felipe II por este tema¹⁷⁴ -lo que habría provocado su exclusión de la presidencia de Castilla, al tiempo que se producían ciertas modificaciones en la jurisdicción del Consejo de Indias¹⁷⁵-, pero no culpó de su infortunio a Ruy Gómez, a

¹⁷² En carta a Ruy Gómez de 24 de enero de 1558, Padilla señalaba: "el marqués de Mondéjar es partido de esta Corte para su casa, no le pude detener más; desde que supo la muerte de Don Bernardino bajó la cabeza a todo. Si el rey no le manda volver, perderá el mejor servidor y más cuerdo que tenía en este reino" (CODOIN, vol. 97, pp. 342-346). La noticia de la llegada a sus tierras la daba el Conde de Tendilla en carta al rey, señalando que se encontraba bien y rodeado de sus nietos (AGS. GM. leg. 68, n° 108). Posiblemente de cara a la galería, Mondéjar adoptó la postura tan típica de aprecio de la vida retirada en el campo, en contraposición a la superficial y traidora de la Corte, según comentario de Pedro Verdugo en misiva de octubre de 1558: "hallé al señor marqués tan contento de aquella vida y olvidado de la Corte que ningún partido ha de aceptar, y aunque sus servidores perdamos mucho pero no dexamos de entender ques loable opinión y la más sana para la conciencia" (*ibídem*, n° 84).

¹⁷³ Para este tema M. J. RODRIGUEZ SALGADO, op. cit. pp. 312-319 y C. J. CARLOS MORALES, "Grupos de poder..." p. 123, apuntando las posibles motivaciones de los ministros de la regencia.

¹⁷⁴ En carta al rey de 30 de junio de 1557, desde Valladolid, después de lamentarse de lo sucedido en la Casa de Contratación, aseguraba que ni él ni el Consejo de Indias habían tenido ninguna culpa, como demostraban las investigaciones realizadas, y concluía "supplico a V. Mag. que no permita que se haga conmigo lo que nunca se hizo con ministro suyo, que es desfavorecerme y infamarme sin causa, y si algunas personas an intentado ponerme culpas que no he tenido me mande V. Mag. dar aviso dello para que yo informe de lo que pasa" (AGS. E, leg. 121, n° 214).

¹⁷⁵ Tal fue el nombramiento, por parte de la Contaduría Mayor de Hacienda, de dos nuevos oficiales de la Casa de Contratación, Sancho de Paz y Antonio de Eguino, que sustituyeron a Francisco Tello y Francisco Duarte, sospechosos de la desobediencia al rey en el organismo sevillano. Hasta el momento, tales nombramientos los había realizado el Consejo de Indias, que no llevó bien la pérdida de jurisdicción, cuyos primeros

quien siguió considerando como su valedor¹⁷⁶. De todas formas está claro que, tras incidentes de este tipo, el monarca prefería en la presidencia a alguien absolutamente entregado a los intereses que le eran prioritarios -defendidos en ese momento por los partidarios del Conde de Mélito- y que en este aspecto el marqués no era de completa confianza, pues mantenía estrechos lazos con ministros de la regencia poco afectos a los nuevos aires que soplaban en la Monarquía de Felipe II, especialmente Vázquez de Molina. De hecho, fue el secretario el encargado de mantenerle informado de los negocios en su retiro, a través de un constante intercambio epistolar¹⁷⁷.

De modo que Vega se estrenó en su nuevo cargo de presidente de Castilla, accediendo simultáneamente al Consejo de Estado¹⁷⁸. En una de las primeras sesiones en que participó, tuvo oportunidad de sumarse al resto de los consejeros en súplica unánime al rey para que regresara a Castilla tras la victoria sobre los franceses en San Quintín¹⁷⁹. Era ésta, como hemos visto, una aspiración común a los seguidores de Ruy Gómez de Silva y a sus opositores en el gobierno de la regencia, tanto por motivos de intereses generales de los reinos como por el hecho de que todos deseaban tener cerca la figura del soberano para disfrutar de

movimientos se iniciaron en mayo de 1555 con la orden dada a Mondéjar (véase supra, nota 98). Una visión completa del tema en C. J. CARLOS MORALES, política y finanzas..., pp. 296-300, y la posición en concreto del Consejo de Indias en E. SCHAFER, op. cit. I, pp. 102-108.

¹⁷⁶ De este modo, en nota hológrafa al soberano de 31 de junio de 1557 indicaba que, como Ruy Gómez era el mensajero que llevaría sus cartas, había hablado largamente con él para obtener merced y descarga del rey (AGS. E, leg. 121, n° 216). Un mes después, el 31 de julio, alababa las gestiones hacendísticas de Gómez en Castilla ("sin duda creo que otro ninguno fuera bastante para que Vra. Mag. fuera tan bien servido") (*ibidem*, n° 234); y ya en su retiro esperaba ansiosamente noticias de su patrón (véase supra, nota 169).

¹⁷⁷ Cartas de Mondéjar a Vázquez de Molina el 24 de julio, 14 de agosto y 2 y 10 de octubre de 1558 (AGS. E, leg. 135, nums. 110, 111, 121 y 122).

¹⁷⁸ Véase supra, nota 167.

¹⁷⁹ Recomendaba el Consejo al monarca la firma de una paz favorable o, en caso contrario, la delegación de la dirección de la guerra en manos de sus capitanes -incluso ofrecía dinero de las Indias si fuera preciso para acabar la contienda y sugería la necesidad de realizar una entrada en Francia por los Pirineos- a fin de posibilitar el regreso del monarca a Castilla; este parecer del Consejo de Estado fue comunicado por Juana en cartas de 13 de diciembre al rey (AGS. E, leg. 120, n° 25) y a su padre (AGS. E, leg. 119, n° 99, carpeta 7); una versión del mismo en L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, pp. 191-192. Carlos aceptó los argumentos, pero en su respuesta de 26 de diciembre se negó a presionar a Felipe para que tomara una decisión en ese sentido (AGS. E, leg. 119, n° 102, carpeta 5; CDCV. IV, doc. DCCLXXXIV). Para la respuesta de Felipe, vide infra, nota 183).

la gracia real¹⁸⁰. Tras obtener el deseado triunfo militar el Conde de Melito, en contra del Duque de Alba, defendía ya en Bruselas un posible acuerdo con Francia que posibilitara el regreso solicitado por los ministros de Valladolid¹⁸¹; sin embargo, el seis de enero de 1558 se produjo un giro en la guerra que hizo imposible por el momento el ansiado retorno, como a su pesar no dejaron de comprender los consejeros de Estado de la regencia¹⁸²: Enrique II se apoderó de Calais, último bastión inglés en el continente, lo que obligó a Felipe II, todavía rey de Inglaterra, a organizar una nueva campaña contra los franceses¹⁸³. Así que en Castilla se reunieron nuevamente los Consejos de Estado y Hacienda a fin de buscar fondos para el soberano¹⁸⁴; pero sus necesidades en el escenario septentrional coincidieron con el punto crítico de una de las más caras prioridades del gobierno de la península: la situación política y militar de las plazas castellanas en el norte de Africa¹⁸⁵.

¹⁸⁰ El ambiente de la Corte en estos momentos lo resume López de Padilla en carta a Ruy Gómez de 22 de noviembre: "ninguna otra cosa ay en este rreyno que sea nueva, sino es estar todos en la mayor expectación que nunca tuvieron en ver que es lo que su Mag. determina de hazer de sí al salir desta guerra" (AGS. E, leg. 119, n° 491, carpeta 24).

¹⁸¹ La reunión del Consejo de Estado de principios de 1558 sobre la continuación de la guerra con Francia, apoyada por Alba, y la pacificación y regreso a Castilla, defendida por Ruy Gómez de Silva, constituye una muestra clásica del enfrentamiento entre ambos personajes (referencias en J. M. BOYDEN, op. cit. pp. 104-105).

¹⁸² Juan Vázquez de Molina a Carlos, enero 1558, (AGS. E, leg. 128, n° 255). Padilla a Ruy Gómez, 15 de marzo de 1558, donde, además de excusar ningún comentario acerca del retorno del rey debido a la pérdida de la ciudad, añadía "A mis compañeros del Consejo de Estado alborotó tanto esta toma de Calais, y la armada que dicen que el rey de Francia trae por la mar y la poca seguridad que se estima que puede haber con Inglaterra para el tránsito de este dinero...", refiriéndose a las dificultades para el envío de 800.000 ducados (CODAIN, vol. 97, pp. 351-356).

¹⁸³ Sobre la campaña y sus consecuencias. M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un imperio en transición..., pp. 270-276. Felipe II agradecía la consulta del Consejo de Estado (véase supra nota 179) en carta a la princesa de 5 de junio pero debía continuar la guerra para alcanzar una paz ventajosa, si bien ya se habían producido los primeros contactos con los franceses en este sentido (AGS. E, leg. 129, n° 179).

¹⁸⁴ AGS. E, leg. 129, n° 266, información de 10 de febrero de 1558; asimismo, Juana detalla las gestiones realizadas "...assy en el Consejo destado como de hazienda sobre lo que V. Mag. scrive y los mandé a todos juntar en mi presencia...", en carta a su hermano de 30 de marzo (AGS. E, leg. 130, nums. 163-167). Por cierto, que el mérito de esta movilización se lo atribuyó Padilla, como escribía a Ruy Gómez el 6 de febrero: "La señora Princesa es vuelta hoy de Cigales; yo le he estrechado que mande a todos estos sus ministros que se junten y busquen forma como el rey sea socorrido de dineros, en tan gran necesidad como por pecados de todos se ofrece..." (CODAIN, vol. 97, pp. 347-348).

¹⁸⁵ Se abrió un amplio debate sobre la conveniencia de mantener estas costosas plazas o bien abandonarlas (M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un imperio en transición..., pp. 376-413). El tema de las relaciones castellanas con el norte de Africa ha sido objeto de abundante bibliografía: una buena guía sobre la misma, M. GARCIA ARENAL, Repertorio bibliográfico de las relaciones entre la península ibérica y el norte de Africa (siglos XV y XVI), Madrid 1989. Sobre los enclaves africanos véase, aunque referido a un período

La caída de Bugía en diciembre de 1555 había supuesto un duro golpe y a lo largo del año siguiente Juana -con el consentimiento del rey¹⁸⁶-, acometió con éxito una campaña de recaudación de numerario destinada a financiar su recuperación. Pero, después de un asedio fallido a Orán, a finales de 1557 se presentó en la Corte el Conde de Alcaudete, capitán general de la ciudad, con nuevos proyectos para la zona. Sus planes, que incluían una acción ofensiva contra Argel, sede de los corsarios otomanos, no fueron aceptados por Felipe II, que deseaba concentrar los recursos en su guerra contra Francia. A pesar de ello, en los primeros meses de 1558 Juana puso en marcha la campaña, desafiando abiertamente las órdenes de su hermano. Al tener conocimiento de lo que estaba sucediendo, el monarca mandó suspender inmediatamente los preparativos, con lo que se abrió un paréntesis para discutir el tema nuevamente en Consejo de Guerra, que finalmente aprobó la continuación de la campaña¹⁸⁷. La decisión no fue unánime: a la cabeza de los partidarios de la acción se hallaba Vázquez de Molina¹⁸⁸, mientras

anterior, R. GUTIERREZ CRUZ, La presencia española en el norte de Africa: el sistema de presidios en la época de los Reyes Católicos (1497-1516), tesis doctoral en microficha, Málaga 1995. Además de los trabajos sobre periodos concretos que iremos citando en su momento, son de suma utilidad los siguientes estudios generales A. C. HESS, The forgotten frontier: a history of the sixteenth-century ibero-african frontier, Chicago 1978; M. GARCIA ARENAL Y M. A. DE BUNES IBARRA, Los españoles y el norte de Africa, siglos XV-XVIII, Madrid 1992; M. A. DE BUNES IBARRA, La imagen de los musulmanes y del norte de Africa en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad, Madrid 1989. Sobre los años que nos ocupan en este capítulo véase, como introducción a la situación política de la zona, C. de la VERONNE, "Política de España, de Marruecos y de los turcos en los reinos de Fez y Tremecén a mediados del siglo XVI", Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos, 3 (1954), pp. 87-95.

¹⁸⁶ La postura de Felipe II respecto a la empresa de Bugía puede seguirse en las cartas de 29 de diciembre de 1555, 28 de enero y primero de marzo de 1556 (AGS. E, leg. 512, nums. 24, 34-37 y 148).

¹⁸⁷ En carta de 14 de mayo, Juana informaba a Felipe II de la reunión del Consejo: "a algunos pareció que se debía cumplir y executar lo que así V. Mag. manda, y a otros que todavía se debía passar adelante con lo que stava acordado, y yr el dicho conde a Berbería"; los argumentos de los segundos se basaban en que "todo está en diferente orden de lo que a V. Mag. se presupone y tenía entendido" y que los hombres iban sin paga ante la esperanza del botín. Por todo ello, y a la imposibilidad que había expuesto López de Padilla de conseguir dinero para cumplir las órdenes del rey, "se a resuelto y determinado en este segundo parecer de que el conde passe a Berbería y así se ha scrito mandándoselo que lo haga con brevedad y diligencia" (AGS. E, leg. 129, n° 107; copia en leg. 130, nums. 178 a 182). La documentación sobre los preparativos de la campaña puede consultarse en AGS. E, leg. 484.

¹⁸⁸ Carta al rey de primero de mayo de 1558: "y como en esta coyuntura ha llegado la orden que V. Mag. es servido que se tenga en esto de Orán, no se ha tomado resolución en lo que convernía hacerse, que cierto se perdería gran coyuntura en special stando tan adelante los gastos y jornada del conde..." (AGS. E, leg. 129, n° 174).

que Juan de Vega se opuso frontalmente a desobedecer a Felipe II¹⁸⁹. Las consecuencias fueron la derrota de Mostagacem, con la destrucción del cuerpo expedicionario y la muerte del Conde de Alcaudete¹⁹⁰.

Aparentemente Felipe II asumió la desobediencia, aceptando los argumentos de la princesa cuando el ataque estaba en marcha¹⁹¹ y recibiendo después con resignación las noticias del desastre¹⁹². Pero ya había tomado medidas respecto al gobierno de la regencia¹⁹³. En primer

¹⁸⁹ En realidad, siempre se había mostrado favorable a la empresa, pero no aceptaba la desobediencia al rey por lo que se apresuró a enviar al soberano su voto particular en Consejo de Guerra (carta de 5 de mayo, AGS. E, leg. 130, nums. 40-41). El Marqués de Mondéjar, si bien retirado en esos momentos, había dejado muy clara su postura negativa a la acción en las primeras discusiones de los planes, durante los últimos meses de 1557, debido a la necesidad de no dispersar los recursos que tanto precisaba Felipe II en el norte (L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 143). Por último, López de Padilla siempre había declarado su escepticismo, e incluso aprovechaba la ocasión para atacar a sus enemigos insinuando que los planes de Alcaudete eran aprobados por el Consejo debido a su amistad con ciertos consejeros, pero no por ser lo que más convenía al servicio del Rey (carta a Ruy Gómez, 4 de enero de 1558, CODOIN, vol. 97, pp. 335-337); el 24 de enero reiteraba su postura negativa (*ibidem*, pp. 342-346), pero ya el 15 de marzo Juan de Vega había logrado convencerle de la necesidad de la campaña (*ibidem*, pp. 351-356), si bien su voto final estaría en la línea de aquel del presidente de Castilla por las mismas razones.

¹⁹⁰ Una visión general de la actividad del conde en Africa en P. RUFF, La domination espagnole a Oran sous le gouvernement du Comte d'Alcaudete, 1534-1558, Paris 1900, y en concreto pp. 144-164 para la batalla de Mostagacem.

¹⁹¹ Así, en carta a Juana de 6 de septiembre de 1558, comentaba "En lo que toca a lo de Orán, visto en el punto que estaban las provisiones que haviades mandado hazer quando llegó mi última resolución y determinación y las causas que ovo para ello que fueron muy suficientes, así por los avisos que se tovieron de la dicha armada como por los gastos que estaban hechos y lo poco que era menester para su execución, lo que se pretendía me pareció muy bien pensado y considerado" (AGS. E, leg. 129, nums. 119 a 124).

¹⁹² El resultado de la expedición se lo comunicó la princesa a Felipe II, en carta cerrada el 30 de octubre; al margen, el rey anotó "Lo que me ha pesado y encargarles el quidado de aquella plaza" (AGS. E, leg. 130, nº 217).

¹⁹³ M. J. RODRIGUEZ-SALGADO aborda la remodelación del gobierno de la regencia del verano de 1558 en Un Imperio..., pp. 427-428, cometiendo diversas imprecisiones: da a entender que el Marqués de Mondéjar seguía en Valladolid, siendo presionado para abandonar el cargo de presidente de Indias recibiendo a cambio el de Contador Mayor, vacante por la muerte de su hermano; la realidad es que estaba retirado en su casa desde hacía medio año, que hasta los primeros meses de 1559 se había intentado su vuelta en todos los empleos que disfrutaba (como afirmaba Juan de Vega en carta al rey de 15 de septiembre de 1558: "el marqués de Mondéjar según tenemos aviso aquí está ya bueno de sus indisposiciones, y la bejez no le estorba para poder trabajar porque la tiene verde y buena: esto de las Indias está desamparado con su ausencia, y también en lo demás del Estado y de la Guerra...", AGS. E, leg. 130, nº 146), incluyendo efectivamente el ofrecimiento de la Contaduría Mayor de Castilla, que no aceptó (referencias C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., p. 110), a pesar de lo cual excusó su regreso y en carta de 26 de abril de 1559, ante la necesidad de cubrir la presidencia de Indias, indicaba a Felipe II que podía disponer de ella según conviniera a su servicio (AGS. E, leg. 137, nº 317). Por lo que se refiere a Valdés, como hemos visto (véase pp. 71 y 72) fue precisamente en esta época cuando el monarca cambió de opinión respecto a su estancia en la Corte, y las instrucciones de Carranza no se referían a la expulsión del arzobispo de Sevilla. Respecto a la sustitución del mayordomo de Juana, véase infra nota

lugar, ordenó la sustitución de García de Toledo como mayordomo mayor de Juana¹⁹⁴, nombrando en su lugar a Fernando Ruiz de Castro, conde de Lemos y marqués de Sarria, si bien el escogido dilataría su ocupación efectiva del cargo¹⁹⁵. No ocurrió lo mismo con los personajes enviados por el monarca: ante la expectación de los ministros de Valladolid, a primero de agosto desembarcaban en Laredo el recién nombrado arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza, el regente Juan de Figueroa y Diego de Acevedo, tesorero general de la Corona de Aragón y mayordomo del rey¹⁹⁶.

195.

Acerca del abandono del gobierno por parte de Juana, es cierto que debió tantear a su padre, pero desde luego sin mucha convicción: en carta de 8 de agosto había suplicado permiso para visitarle con el príncipe Carlos, quedándose éste después con su abuelo "...y yo me volvería, (al gobierno) harto contra mi voluntad" (AGS. E, leg. 128, nums. 393; MY. II, pp. 465-469); tras la respuesta de Carlos, el 17 del mismo mes, la princesa recogía velas: ("De dejar el gobierno no trataré, como vuestra Magestad me manda, mas sepa V. mag. que es el mayor trabajo del mundo tenelle", AGS. E, leg. 128, nums. 396-7; MY. II, pp. 476-479). Por último, Felipe no intentó crear un comité de supervisión en la labor de gobierno de Juana -formado por Juan Vázquez, Juan de Vega y Gutierre López de Padilla-, a los que habría que mostrar todas las cartas y documentos, confusión que procede de una mala interpretación de la carta de la princesa; el monarca se estaba refiriendo al tratamiento de un negocio concreto cuyos papeles, con la oposición de la gobernadora, fueron enseñados al triunvirato comentado: "...solo es bien que sepa V. Mag. que lo que mi hermano describió en lo de las cartas mandava que lo comunicase con Juan de Vega y Gutierre López y Juan Vázquez, y a mí parecíame que era mejor que no se supiese porque apretarían más el negocio y así fue. Elo querido decir a V. Mag. porque no piense que lo que mi hermano me scribe he de tratar con nadie, sino mandándomelo él." (*ibidem*).

¹⁹⁴ No fue éste el único síntoma de la desgracia de García de Toledo, pues se corrió el rumor -que luego resultaría infundado- de que iba a ser sustituido como ayo de don Carlos (AGS. E, leg. 137, n° 259).

¹⁹⁵ Respecto al nuevo mayordomo de Juana, Fernando Ruiz de Castro, Marqués de Sarria y Conde de Lemos (confundido por RODRIGUEZ-SALGADO con Juan Manrique de Lara), no es que la princesa rechazara su nombramiento, como afirma la citada autora, sino que más bien fue el propio marqués, que permanecía en Flandes con Felipe II y debería haber regresado con Carranza y Figueroa, el que mostró un escasísimo interés en aparecer por Valladolid, como se refleja en los comentarios de la regente en carta a su padre de 8 de agosto: "...y aunque yo e de quedar sola sin Don García y sin aver venido el marqués de Sarria, passarlo he porque veo lo que va en esso" y más adelante "Yo querria saber lo que mi hermano escribe a V. Mag. del marqués de Sarria, porque a mí no me dice sino que le ha dicho que vendrá en esta armada, que no sabe si lo hará, porque no hay quien le pueda echar dallí, y así fue pues se quedó" (AGS. E, leg. 128, n° 393). Todavía ocho meses más tarde demoraba el cumplimiento de su misión, como le comentaba Vázquez de Molina a Felipe II en carta de 3 de marzo de 1559: "El marqués de Sarria nunca acaba de venir, y aunque él scribe que ha stado malo y que por el rezio tiempo que ha hecho no se ha podido poner en camino, y que luego verná, quieren dezir las gentes que se detiene esperando que V. Mag. le mande dar los consejos, pues haviéndolos tenido don García parece que su pretensión sería justa". El gallego Marqués de Sarria había sido embajador en Roma en una difícil coyuntura, entre julio de 1555 y agosto de 1556 (E. GONZALEZ LOPEZ, *La Galicia de los Austrias*, La Coruña 1980, I, pp. 105-107).

¹⁹⁶ El interés que suscitó la llegada de estos personajes, incluso desde el momento en que no era más que un rumor, puede seguirse a través de las cartas de Vázquez de Molina a Yuste: el 5 de julio comentaba las noticias traídas por un pariente de Ruy Gómez sobre los diversos nombramientos, el 8 de agosto informaba ya del desembarco, y el 17 de la entrada en Valladolid (AGS. E, leg. 128, nums. 288, 310 y 313; MY. II, pp. 447-49, 462-64 y 474-75).

Las instrucciones que traían consigo conmocionaron al conjunto del gobierno: mientras Acevedo dejaba el cargo de tesorero -que pasaba al Conde de Chinchón- y aceptaba el virreinato del Perú¹⁹⁷, Carranza y Figueroa eran recibidos a los pocos días en Consejo de Estado¹⁹⁸; pero Valdés, en plena dinámica de restauración política gracias a la caza de herejes en Castilla, pronto se negaría a asistir al Consejo por cuestiones de precedencia con el arzobispo de Toledo; además, como ordenaba Felipe II, Figueroa entró en Consejo Real (donde entablaría un pleito de las mismas características con el licenciado Vaca de Castro), en la Cámara (junto con Briviesca de Muñatones, quedando excluidos con gran sentimiento por su parte el licenciado Otálora y el doctor Velasco) y en Consejo de Hacienda, exigiendo asimismo la entrada en Consejo de Guerra¹⁹⁹.

Carranza estaba muy relacionado con Ruy Gómez²⁰⁰, pero la

¹⁹⁷ Las condiciones del cambio las comunicaba Vázquez de Molina a Carlos, el 5 de julio de 1558 (AGS. E, leg. 128, n° 288; MY. II, pp. 447-49), pero a Acevedo no le dio tiempo a partir hacia América, pues murió a finales de octubre (Felipe II a doña Juana, 4 de diciembre, AGS. E, leg. 516, n° 86). En diciembre, el gobernador de Aragón felicitaba ya al Conde de Chinchón por su nuevo cargo (copia de la carta en BNM. Ms. 784, fol. 68v.).

¹⁹⁸ Vázquez de Molina a Carlos, 17 de agosto de 1558: "...y ayer martes se juntaron los del Consejo destado y los dichos arzobispo y Regente y mostraron sus instrucciones y se començó luego a ver y platicar en lo que traen a cargo" (AGS. E, leg. 128, n° 313; MY. II, pp. 474-75). Figueroa venía con una cédula para darle entrada en los Consejos de Estado, Hacienda, Real y de la Cámara, con una comisión especial a fin de allegar fondos para el rey (véase C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., p. 113, nota 254, con las referencias documentales oportunas), mientras que las instrucciones de Carranza eran más generales; se referían a la recogida del regente Figueroa en Inglaterra, la entrevista con Juana y el Consejo de Estado para comentarles la situación en Europa y la imposibilidad del regreso del monarca, terminando con la visita a Yuste para informar a Carlos y preguntarle su opinión acerca del nombramiento de su hermana, María de Hungría, como gobernadora de los Países Bajos tras la partida de Felipe (AGS. PR, leg. 26, n° 166; MY. II, pp. 426-435).

¹⁹⁹ Vázquez de Molina, en carta al rey de 5 de septiembre de 1558, informa de estas cuestiones: "También, como V. Mag. no scrivió a su Alteza que el Regente entrasse en Consejo de Guerra, dudasse si entraría en él sin que V. Mag. lo mandasse, y haviendo informado la Reyna y el Arzobispo de Toledo que allá el Regente entrava en Consejo de Guerra, y que siendo del Consejo destado lo era de la guerra, y assy su Alteza mandó que entrasse", y más adelante, "El Arçobispo de Sevilla no ha ydo al Consejo destado, aunque ha sido llamado, porque pretende que no le ha de preceder el de Toledo" (AGS. E, leg. 130, n° 205). Sobre la Cámara, J. MARTINEZ MILLAN y C. J. CARLOS MORALES, "La administración de la gracia real: los miembros de la Cámara de Castilla (1543-1575), Instituciones y Elites de Poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, p. 35.

²⁰⁰ J. I. TELLECHEA IDIGORAS, Fray Bartolomé Carranza y el Cardenal Pole: un navarro en la restauración católica de Inglaterra (1554-1558), Pamplona 1977, pp. 254-255, explica ciertas maniobras dilatorias de Ruy Gómez poco antes de la detención, intentando aplazarla.

trama que urdieron entre el confesor del rey, fray Bernardo de Fresneda y Valdés, desembocó en su detención en agosto de 1559²⁰¹. Del año que permaneció en libertad, entró en Consejo de Estado solo durante las primeras semanas, dedicando el resto del tiempo a una visita pastoral a su arzobispado de Toledo²⁰². Por su parte, Figueroa había sufrido los ataques de Eraso y Ruy Gómez desde 1554 si bien mantuvo su posición gracias al apoyo de Granvela. En el momento en que se decidió su marcha se hallaba en Inglaterra²⁰³, y si atendemos a las noticias que trajo a Castilla un pariente de Ruy Gómez proveniente de Flandes, en la Corte de Felipe II se esperaba que habría de ocuparse de la presidencia de la Chancillería de Valladolid, mientras que Vázquez de Molina opinaba que su destino era la del Consejo de Ordenes, vacante por el fallecimiento del Marqués de Cortes²⁰⁴. Cualquiera de las dos combinaciones cuadraría con la posible intención del Conde de Mélito y Francisco de Eraso de impedir su aparición en Bruselas para alejar del rey a un incómodo competidor, relegándolo a un puesto de segunda fila dentro de la administración de la regencia. Pero es seguro que no entraba en sus cálculos la fuerza con la que desembarcó en Laredo, pues llegó incluso a desplazar a uno de sus más valiosos colaboradores, el doctor Velasco, que se convirtió así en la última víctima de la distancia y falta de entendimiento entre ambas Cortes.

²⁰¹ Para este episodio, véase H. PIZARRO LLORENTE, "El control de la conciencia regia. El confesor real fray Bernardo de Fresneda", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 149-188 con la bibliografía oportuna.

²⁰² La participación en Consejo de Estado de Carranza la atestiguan los miembros del mismo, como Vázquez de Molina en el momento de su entrada (véase supra, nota 199); además, ya en el contexto del célebre proceso a Carranza, la pregunta número 77 del interrogatorio de abonos, celebrado en junio de 1562, se refería a si el testigo tenía conocimiento de la participación del acusado en Consejo de Estado "para tratar del remedio que era necesario ponerse contra los hereges que se habían descubierto en Sevilla y en este pueblo" (J. I. TELLECHEA IDIGORAS, Fray Bartolomé de Carranza: documentos históricos, Madrid: ADE, 1966, III, p. 36). García de Toledo contestó afirmativamente, pero no recordaba si se habían tratado cosas de religión, sino materias de Estado y uno o dos asuntos de Indias (ibidem, p. 194). A mediados de septiembre, Carranza partió hacia Yuste, donde llegó a tiempo de asistir a Carlos en sus últimos momentos, y posteriormente marchó hacia su Obispado, donde estuvo realizando una visita pastoral hasta el momento de su detención, el 22 de agosto de 1559, en Torrelaguna.

²⁰³ Véanse las instrucciones a Carranza (supra, nota 198). Asimismo, AGS. CC. Lib. Ced. 127, fols. 42v-43v, cédula al presidente del Consejo Real informando de la marcha de Figueroa, de su entrada en Consejo de Estado, Real y de la Cámara, añadiendo "Y porque por nuestro mandado el dho Regente se ha detenido en Ynglaterra...".

²⁰⁴ Vázquez de Molina a Carlos, 5 de julio de 1558 (AGS. E, leg. 128, n° 288; MY. II, pp. 447-49).

La explicación de los poderes de Figueroa hay que buscarla en la necesidad que tenía Felipe II de colocar en el gobierno de la regencia hombres que defendieran sus intereses, lo que implicaba una visión de los problemas europeos a los que se enfrentaba, superando las estrechas miras castellanas²⁰⁵. Figueroa cumplía tales requisitos y en todo caso, no siendo un incondicional de Ruy Gómez la única apuesta política que le quedaba era desarrollar una intensa labor en defensa de los intereses reales, esperando que sus servicios fueran adecuadamente recompensados cuando Felipe II volviera a la península. Pero su actitud habría de chocar con la princesa quien no le concedió la influencia que cabría esperar de sus nombramientos²⁰⁶. Por otro lado, el principal perjudicado por la presencia de Figueroa, el doctor Velasco, no permaneció mucho tiempo desencantado, ya que fue despachado en enero de 1559 a Flandes de parte de los Consejos de Estado y Castilla, para representar al monarca la absoluta imposibilidad de acudir en su auxilio con más dinero y el parecer de los consejeros de Estado respecto a las condiciones de la paz que se estaba discutiendo con los franceses, cuya consecución era prioritaria para el gobierno de la regencia²⁰⁷. Sin duda era uno de los hombres que mejor podían ser escuchados por Felipe II a través de Ruy Gómez²⁰⁸, y además su permanencia durante siete meses en la proximidad de la fuente de la gracia real le compensaría de los agravios anteriores.

El afán de Figueroa, un letrado, por entrar en Consejo de

²⁰⁵ Claramente lo especificaba Felipe II en la cédula real donde anunciaba su presencia; "...me ha parecido embiar al Regente Figueroa del mi Consejo destado que stá tan informado del stado en que está lo de acá y lo de Italia..., y continuaba recomendando a la princesa que atendiera sus consejos (AGS. E, leg. 516, n° 45).

²⁰⁶ Padilla al rey, 16 de enero de 1559: "su Alteza no da mucha autoridad a Figueroa, de lo qual él no huelga mucho..." (AGS. E, leg. 137, n° 283).

²⁰⁷ Felipe II había pedido la opinión del Consejo de Estado de la regencia acerca de las espinosas discusiones con franceses e ingleses (Felipe a doña Juana, 4 de diciembre de 1558, AGS. E, leg. 516, n° 86; la contestación de la princesa, el 14 de enero de 1559, en AGS. E, leg. 137, nums. 184-185); el parecer del Consejo (AGS. E, leg. 8334, n° 186) lo llevó a Bruselas el doctor Velasco, como medida de refuerzo de la postura del gobierno (sobre este viaje, véanse las referencias oportunas en C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., p. 109; la consulta del Consejo ha sido comentada por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, Un imperio..., pp. 468-469).

²⁰⁸ Calaron en Felipe II las noticias que le trajo su consejero, como le escribía a Granvela en carta de 12 de febrero: "...yo os digo que estoy de todo punto imposibilitado a sostener la guerra, y que ya tengo gastado un millón y doscientos mil ducados (...) y d'España membrian al doctor de Lasco (Velasco) a desengañarme de que no me pueden embiar más" (WEISS, Papiers d'Etat..., V, p. 453).

Guerra, nos induce a realizar un análisis sobre la utilización que se estaba haciendo de este organismo. Desde la abdicación de Carlos V habían accedido todos los consejeros de Estado, incluidos los que fueron llegando desde el exterior, a excepción de los eclesiásticos (Antonio de Fonseca, Valdés y Carranza), con Francisco de Ledesma como secretario. La ausencia del Marqués de Mondéjar dejó solo al frente de los negocios a Vázquez de Molina. Como en años anteriores, se dedicaba a tramitar asuntos de rutina -referidos a la administración²⁰⁹ y justicia militares²¹⁰- pero, a diferencia de otras épocas, en su seno se discutieron asimismo cuestiones como la política naval de la Monarquía²¹¹ (si bien seguía funcionando una *junta* específica para el tema²¹²) y todo aquello que tuviera relación con las plazas del norte de Africa²¹³. Este último aspecto, que más adelante fue tratado comunmente en Consejo de Guerra, en esta época todavía resultaba una práctica excepcional, por lo que la discusión que tuvo lugar en dicho organismo sobre la campaña del Conde de Alcaudete cobra un significado peculiar, que bien pudiera interpretarse como la exclusión de Valdés de los asuntos de Estado, al no permitirse intervenir en materia de Guerra a ningún prelado.

²⁰⁹ Ejemplos de búsqueda de fuentes de financiación en cartas de Juana a Felipe de 23 de agosto de 1556 (AGS. E, leg. 112, nums. 128-137), un memorial en el mismo sentido en 1559 (AGS. E, leg. 138, n° 152); además, conflictos con autoridades locales en Cataluña (17 de noviembre de 1556, AGS. E, leg. 109, n° 208) o de jurisdicción con el Consejo Real (11 de febrero de 1556, AGS. E, leg. 112, n° 48); retirada de soldados de la frontera pirenaica tras la firma de la tregua con Francia (28 de mayo de 1556, AGS. E, leg. 112, n° 111; CDCV IV, doc. DCCXVI), vigilancia de la frontera catalana (22 de julio de 1558, AGS. E, leg. 128, n° 299) etc. Véanse además los borradores de consultas del Consejo, de septiembre de 1556, en AGS. GM, leg. 64, nums. 456-7 y 465.

²¹⁰ Con la asesoría del doctor Velasco: ejemplos en AGS. GM, leg. 62, n° 132 (20 de octubre de 1556); AGS. E, leg. 112, n° 65 (3 de marzo); AGS. E, leg. 129, n° 159 (1 de abril de 1558), etc.

²¹¹ El 30 de abril de 1556 la princesa respondía a Felipe II, acerca de la orden de reunir las galeras de España bajo el mando de Doria, con una consulta del Consejo de Guerra que se explayaba sobre la superioridad marítima, la falta de nuevas embarcaciones y la necesidad de que las existentes patrullaran la costa de Africa (AGS. E, leg. 112, nums. 95-103).

²¹² AGS. E, leg. 126, n° 224, información de 1557: "Haviéndose juntado las personas que suelen a tratar de lo de las galeras...".

²¹³ Juana a Felipe II, 28 de julio de 1556 (AGS. E, leg. 112, n° 126); el rey a la princesa, febrero 1557 (AGS. E, leg. 514, n° 20); además, fue en Consejo de Guerra donde se discutieron los planes del Conde de Alcaudete, como señalaba éste último en carta a la princesa de noviembre de 1557 (AGS. E, leg. 119, n° 428; véase asimismo *supra*, nota 187), la princesa al rey el 5 de enero de 1558 (AGS. E, leg. 129, n° 25), 25 de enero (AGS. E, leg. 130, n° 152), 5 de febrero (AGS. E, leg. 516, n° 11), etc.

1.3.4. La caída de Juan Vázquez de Molina

La muerte de Carlos V en Yuste, el 20 de septiembre de 1558, privó a Vázquez de Molina de uno de sus más firmes apoyos pues nunca había perdido su confianza²¹⁴. A lo largo de los meses siguientes, la acumulación de problemas entre el gobierno de la Regencia y la Corte de Bruselas, atizados por la intensa labor desarrollada a la vera de Felipe II por Ruy Gómez y Eraso -con la ayuda eficaz del doctor Velasco, que se reunió con ellos los primeros días de febrero-, hicieron declinar rápidamente la influencia del secretario, que era perfectamente consciente de su situación: "...y a mi me han tractado como ausente porque somos los hijos de la madrastra, y aun creo que nos deven tener por delinquentes, pues tan olvidados estamos"²¹⁵.

Si Vázquez de Molina tenía puestas algunas esperanzas de reconstrucción de su espacio político con el retorno del rey, no tardaría en desengañarse. Efectivamente, tras la firma del tratado de paz con Enrique II en Cateau-Cambresis, en los primeros días de abril de 1559 -cuya copia fue rápidamente enviada a Valladolid y estudiada por el Consejo de Estado²¹⁶-, y después de vivirse los últimos momentos de

²¹⁴ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, pp. 104-105, nos informa de la estrecha relación de Carlos V con su secretario, manifestada a su llegada a Valladolid. Esta impresión era corroborada por Gutierre López de Padilla, en cartas a Ruy Gómez de 22 de noviembre de 1557: "...con Juan Vázquez son todos sus negocios (...) de aquella navegación del Emperador el piloto es Juan Vázquez..." (AGS. E, leg. 119, n° 491), y 4 de enero de 1558, comunicándole la orden del Emperador, leída en Consejo de Estado: "Juan Vázquez por su parte, y Don García, de parte de la Princesa, deben mirar cuerdamente y con mucho cuidado los negocios del Reino" (CODOIN, vol. 97, pp. 135-137).

²¹⁵ Borrador de carta a Eraso, 1 de marzo de 1559 (AGS. E, leg. 138, n° 238). Y había añadido, si bien después lo tachó: "La princesa me ha dicho que se maravilla de la crueldad que se usa conmigo". La desesperación del secretario provenía de no haber recibido una encomienda más ventajosa que la que ya disfrutaba, que se otorgó al embajador Juan de Figueroa. Dos días después escribía una carta al rey quejándose por el mismo negocio, si bien en un tono bastante más mesurado (AGS. E, leg. 137, n° 259). Para asegurarse su pretensión Molina había solicitado la intervención de Eraso y Pedro de Hoyo, agradeciéndoles a ambos las gestiones realizadas en cartas de 9 de febrero (*ibidem*, nums. 253 y 254), cuando todavía no se había resuelto el negocio. Es evidente que muy poca fuerza hacían ya estos dos personajes por defender los intereses de su antiguo patrón.

²¹⁶ Juana a Felipe II, 16 de mayo de 1559 (AGS. E, leg. 137, nums. 196-197). Los Consejos de Estado y Hacienda se reunieron para conseguir dinero con el que costear el viaje: en carta de 17 de diciembre de 1558, Juana escribía como ambos organismos habían estudiado la confiscación del metal precioso que venía en la flota de Indias para los mercaderes, recomendando no se tomase una cantidad superior a 500.000 ducados (AGS. E, leg. 130, n° 248); a este respecto, Padilla escribió al rey el 16 de enero, justificando su voto favorable y el de Juan de Vega en la angustiosa necesidad del reino, aunque poniéndose en último extremo a las órdenes del rey (AGS. E, leg. 137, n° 283).

tensión entre el gobierno de la regencia y Felipe II debido a los problemas con Inglaterra y Escocia²¹⁷, el monarca decidió que su vuelta era ya realmente inaplazable. Pero su llegada estuvo precedida de una serie de medidas que denotan el triunfo completo del "partido ebolista".

En primer lugar, diversos personajes adelantaron su regreso a la Corte castellana, con el fin de concluir determinados negocios: en junio partió el Duque de Francavilla quien, previo paso por Aragón y Cataluña para restablecer la autoridad del monarca, debía ser recibido en el Consejo de Estado de la regencia²¹⁸. Unas semanas más tarde eran Ruy Gómez y el doctor Velasco los que se presentaban en Valladolid; según las instrucciones que portaban, la princesa debía poner en marcha los mecanismos de gobierno necesarios para tratar los problemas más graves que tenía planteados el reino en diferentes ámbitos, a fin de que el monarca pudiera tomar decisiones rápidas en el momento de su regreso²¹⁹. Particular importancia revestía la defensa peninsular, ordenando para ello discutir en Consejo de Guerra la situación de las galeras de España, la fortificación de las fronteras, el estado de la artillería y casas de municiones, la falta de armamento en el reino y la construcción de navíos, etc.

Mayor trascendencia tuvieron los nombramientos que se publicaron para la ocasión: Figueroa no vio recompensados sus esfuerzos en el servicio real y fue apartado de los círculos de poder, al recibir

Nuevamente el 22 de abril de 1559 informaba de una reunión de los dos organismos para allegar dinero (*ibídem*, n° 139)

²¹⁷ Felipe planteó una posible demora, debido a las siniestras intenciones que, según sus consejeros, tenía Enrique II acerca de Escocia y en último extremo sobre Inglaterra. Resulta ya conocida la reacción de los consejeros de Estado de la regencia al memorial anónimo tocante a este tema que les envió el rey para su estudio: les provocó la risa, y excusaron ningún comentario acerca del mismo (carta de la princesa a Felipe II, 14 de julio de 1559, AGS. E, leg. 137, n° 227, con nota hológrafa del rey de muy difícil lectura, que ha sido citada por F. BRAUDEL, *El Mediterráneo...*, II, p. 422; G. PARKER, *España y la rebelión de Flandes*, Madrid 1989, p. 275, n.19 y M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un Imperio...*, p. 512, n.11, con la transcripción más completa y, a nuestro juicio, correcta).

²¹⁸ AGS. E, leg. 519, n° 16, minuta de carta de Felipe II a doña Juana, Bruselas 26 de junio de 1559. Sobre el viaje de Francavilla a Aragón, M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, *Un Imperio...*, pp. 438-439.

²¹⁹ Las instrucciones para ambos, firmadas en Gante el 23 de julio de 1559, AGS. PR, leg. 26, n° 169 (original acompañado de minuta y borradores de diferentes párrafos). El contenido hacendístico de esta jornada, que mereció unos mandamientos aparte, ha sido comentado por C. J. CARLOS MORALES, *Política y finanzas...*, pp. 111-112.

la presidencia de Ordenes; al mismo tiempo se cubrían las presidencias de las Chancillerías de Valladolid y Granada y diversos obispados. Pero, sobre todo, fue la orden para la reorganización de ciertas secretarías, firmada por el rey el 15 de agosto, lo que terminó definitivamente con la posición de Molina:

"La orden que quiero que se guarde en algunos negocios llegado yo a España es esta que se sigue,

Que por quanto Joan Vázquez que tiene título de secretario del estado despaña por sus indisposiciones no puede entender siempre en estos despachos que en su nombre quando él no pudiere hazerlos, los haga Erasso y porque sté para esto más informado de los negocios se hallará presente siempre quando yo mandare juntar el Consejo destado

Y porque importa a mi servicio que el dicho Erasso que tiene la quenta y razón de la hazienda esté en el consejo de la guerra y que en lo que allí se tractare de cosas della tenga voto y parecer, se hará así, pero Francisco de Ledesma hará en este Consejo el officio de secretario como hasta aquí lo ha hecho en lugar de Joan Vázquez que tiene título dello.

Y los despachos de la hazienda hará Erasso según se contiene en el título que tiene della aunque dependan de la resolución que se hoviére tomado en el de la guerra y en lo de la Cámara de que también Joan Vázquez tiene título, quando por sus indisposiciones no pudiere entender en ello lo hará en su nombre Erasso en las cosas que yo solo hoviére de tratar como es lo de mercedes y también en la provisión de officios de Justicia y estará a esto presente aunque Joan Vázquez lo esté y el Presidente del Consejo en las provisiones de officios de Justicia, y en lo demás que toca a expedientes ordinarios de negocios de cámara en lugar de Joan Vázquez entenderán en ellos Erasso y Hoyo, estando entrambos juntamente presentes por quitar confusiones y que no se mezclen los despachos, sino que en presencia de entrambos se vean las peticiones y las repartan los de la Cámara como les pareciere y les quede noticia y les quede noticia de lo que cada uno lleva y ha de despachar.

Quando Joan Vázquez no pudiere hallarse presente a las consultas de la Orden de Santiago e Inquisición estará Erasso en su lugar, mas en lo de la Inquisición hallándose presente Joan Vázquez no lo estará Erasso, y todos los despachos de que Joan Vázquez tiene título se harán y despacharán en su casa como hasta aquí, y porques mi voluntad que esta orden se guarde por

todos y lo mando assí, firmo esta de mi mano..."²²⁰.

A pesar de que el monarca había rebajado las pretensiones iniciales de Eraso²²¹, la orden suponía el cumplimiento de la promesa que le hiciera a cambio de sus valiosos servicios en los años críticos de la transferencia del poder²²², e implicaba la ocupación del espacio político de Juan Vázquez de Molina. De este modo, Francisco de Eraso había de sustituir a su antiguo protector, cuando éste se hallare indispuerto, en la secretaría de Estado de España²²³, en las consultas de Ordenes e Inquisición²²⁴ y en el despacho de los asuntos de la Cámara; se le daba entrada asimismo en el Consejo de Guerra como experto en

²²⁰ Eraso redactó un borrador en julio, por orden del rey y es de suponer que recogiendo el contenido de conversaciones previas entre ambos (BUS. Ms. 2657, n° 3); el monarca escribió de su mano la versión final que aquí reproducimos, con algunas modificaciones (*ibidem*, nums. 4-6), que tratamos en las notas siguientes. Existe una copia sacada en secretaría en *ibidem*, n° 7, y otra en RAH. Ms. 9/5.528, fol. 161 ("Libro de las cosas curiosas", de Antonio de Cereceda).

²²¹ En el borrador de julio, al secretario se le fue la mano en su ambición, así que Felipe II modificó la redacción del documento aligerando un tanto sus pretensiones, como le confió a Ruy Gómez (véase nota siguiente). Por ejemplo, suprimió el párrafo en el que Eraso se aseguraba los oficios que disfrutaba hasta el momento (aduciendo que el papel se refería solo a las secretarías); eliminó asimismo todo lo referente a las Indias, donde Eraso reclamaba la secretaría del Consejo, si bien la obtuvo nueve días después (E. SCHÄFER, op. cit. I, p. 115); no consideró necesario incluir la cita acerca de la recepción de los documentos de los Consejos, estando el rey fuera de la Corte, labor que realizaba Molina y a la que se apuntaba Eraso. Para otras modificaciones, véanse las notas 223 a 225.

²²² Así lo reconocía Felipe II en carta a Ruy Gómez de 21 de agosto de 1559, que transcribimos íntegra: "Buena carga he llevado hasta partir, y el tiempo se ha detenido harto, pero en fin me embarco oy, que haze bueno dios queriendo, a él plega de darme buen viaje. Y assi ésta no servirá sino para embiaros una horden que me ha parecido hazer de como quiero que ay se traten los negocios para que la deys a entender a Juan Vázquez con una carta mía que va para él sobrello. Vos aveys visto de la manera que el Emperador tratava a Erasso y como yo le offrescí y prometí de hazerle lo mesmo con él, y assi lo pongo en esta instrucción y aún no tanto. Pues vos sabeys como ésto passa, dádselo assi a entender a Juan Vázquez, y hazed de manera que llegado yo no aya embaraço, sino que tengan entendido que esta es mi voluntad y no puedo decir más, de Medelburg..." (copia en AGS. E, leg. 137, n° 195).

²²³ En este punto las diferencias entre la propuesta de Eraso y la decisión final del rey son apreciables: el secretario se refería a la sustitución de Molina en el Consejo de Estado en sentido amplio, abarcando tanto las funciones de secretario como las de consejero, y sin especificar si se trataba de la secretaría de España (¿con la intención de reunificar en su persona ambas secretarías, existentes desde tres años atrás?); Felipe II detalló claramente que solo le concernía la secretaría de Molina, autorizándole la entrada en Consejo de Estado en función de sus tareas como secretario, pero sin determinar si tenía todos los derechos -voz y voto- como un consejero más; en este sentido, es dudoso que se le hubiera impuesto la limitación como consejero de guerra (véase *infra* nota 225) si lo fuera plenamente de Estado.

²²⁴ Tampoco en el tema de la Inquisición cubrió Eraso sus expectativas, pues aspiraba a entrar aún estando presente Vázquez de Molina, posibilidad ésta que le vetó el rey.

Hacienda²²⁵, y continuaba por último como secretario de Hacienda.

Felipe II se había mostrado preocupado por la reacción de Juan Vázquez de Molina. El mismo Eraso, tras la firma de las disposiciones, se apresuró a escribirle afirmando que, a pesar de ello, seguía bajo su protección²²⁶. Fuera sincera propuesta o hipocresía pura, Vázquez de Molina sabía que había llegado su postrera hora política, y decidió no presentar batalla. Tenía muy recientes los ejemplos de Carlos V, a quien había servido durante la mayor parte de su carrera, y de su estrecho colaborador desde finales de la década de los cuarenta, el Marqués de Mondéjar, así que solicitó el retiro al rey, que tras varias licencias temporales²²⁷ se lo terminó concediendo de forma definitiva en el verano de 1562²²⁸. Habiendo tomado la determinación prefirió, acertadamente, conservar sus relaciones con Francisco de Eraso, pues no era difícil adivinar que se convertiría en gran patrón cortesano durante los años siguientes. De este modo, pretendía asegurarse la protección de sus clientes en Madrid -en especial su sobrino, Vázquez de Salazar-, además de contar con un poderoso interlocutor cerca del monarca, que todavía habría de permitirle demostrar influencia y poder ante sus paisanos en su retiro de Ubeda²²⁹. El otrora poderoso patrón cortesano

²²⁵ En este apartado, al menos sobre el papel, no obtuvo Eraso todas sus pretensiones: en el primer borrador que preparó se le daba entrada en Consejo de Guerra con voz y voto en todos los temas, al igual que el resto de los consejeros; sin embargo, el rey habría de limitar su intervención a las reuniones del organismo que tratasen asuntos de hacienda. Eraso se quejó amargamente por el recorte en sus atribuciones ("...se debería declarar que tenga voto en lo de la guerra como está en la memoria que V. Mag. me mandó hazer...", acudiendo a los ejemplos de Cobos y Pedro de Zuazola, precedentes de sus aspiraciones (BUS. Ms. 2657, n° 170).

²²⁶ AGS. E, leg. 141, nums. 128 y 137.

²²⁷ Así, en el verano de 1560: "Juan Vázquez de Molina también tiene liçençia para irse a reposar a su casa, por haverla pedido con grandissima instancia y aún negándosele dos vezes", Julián de Mazuelo a Granvela, Toledo, 7 de septiembre de 1560 (BPRM, Ms. 2249, fols. 77-79). Más adelante, el 19 de abril de 1561, en carta al duque de Alba, Gonzalo Pérez le informaba de que "Juan Vázquez me dice que se va de aquí a ocho o diez días a su casa" (ACA, c. 47, n° 128; GP. II, p. 462).

²²⁸ Vázquez de Molina a Eraso, Ubeda, 22 de agosto de 1562: "y lo primero será que su Mag. me a respondido conforme a lo que yo deseava, que será con su buena gracia quedarme en mi casa, porque ny yo tengo salud ny edad para otra cosa" (AGS. E, leg. 144, n° 269).

²²⁹ Tales motivaciones aparecen muy claras en las cartas que le envió a Eraso desde Ubeda el 22 de agosto de 1562 (véase nota precedente, añadiendo: "en lo que toca a Juan Vázquez-de Salazar, (el sobrino de Molina) beso las manos a v.m. por lo que dize que le ayudará..."), 8 de noviembre de 1563 (agradece una merced hecha a su sobrino, y pide que le siga protegiendo, *ibídem*, n° 267), el 18 de enero de 1564 (*ibídem*, n° 266), 7 de febrero de 1564 (intercediendo por intereses locales de Ubeda, *ibídem*, n° 264), 6

se había convertido así en un *broker* periférico.

De modo que, cuando Felipe II desembarcó en Laredo a finales de agosto de 1559, liberando a su hermana Juana de la pesada carga de la gobernación de los Reinos, a pesar de la resistencia del Duque de Alba políticamente todo estaba ya inclinado en favor de Ruy Gómez, Eraso y sus partidarios, que disfrutarían de la confianza del rey durante los próximos años.

de mayo de 1564 (*ibidem*, nº 265), 2 de junio (*ibidem*, nº 263), dos cartas el 25 de julio de 1564 (pidiendo que se agilize el pago de una renta de la que disfruta, *ibidem*, nº 261-262), 6 de enero de 1565 (AGS. E, leg. 147, nº 157) y 25 de febrero de 1565 (agradeciendo una gestión monetaria e interesándose por la visita que en esos momentos sufría Eraso, *ibidem*, nº 204).

2.- ESPLENDOR Y DECLIVE DEL "PARTIDO EBOLISTA" (1560-1566)

Con el regreso del rey a Castilla el "partido ebolista" terminó de completar su dominio en la Corte y en los organismos centrales de gobierno que, durante sus años de esplendor, continuaron con la misma inconsistencia institucional que les caracterizaba desde la época del Emperador. En nuestro ámbito de estudio, el predominio de las relaciones personales aparecen claras: mientras los asuntos de Estado se situaron bajo el control de Ruy Gómez de Silva, los de la Guerra fueron manejados por Francisco de Eraso.

Así, durante el primer lustro de Felipe II en Castilla¹ la Corte atravesó un período de sosiego político; pero algo estaba cambiando, como se puso de manifiesto en las medidas adoptadas en torno a 1565 -en relación con los problemas religiosos suscitados en Europa y la conclusión del Concilio de Trento- que supusieron el alumbramiento del nuevo espíritu que pretendía implantar la Monarquía, y que tuvieron asimismo su reflejo en la situación de la Corte, con la escalada de una nueva facción de ideología intransigente.

¹ Años que conformaron el modo de vida de Felipe II en Castilla, caracterizado por el continuo movimiento entre los diferentes sitios reales del centro de la península, periplos que, en momentos de crisis de privanzas o de vacío de poder, tuvieron indudables efectos políticos debido a la división de los consejeros; sobre este aspecto, M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, "The Court of Philip II of Spain", Princes, patronage and the nobility: the Court at the beginning of the modern age, c. 1450-1650, ASCH, R. G. y BIRKE, A. M., eds. Oxford 1991, pp. 205-244 (ep. Cap. 2. "The king away from Court"); además unas breves líneas nos acercan a los circuitos utilizados por el Rey Prudente y las obras realizadas para su mejora, A. BUSTAMANTE GARCIA, "Caminos y palacios. Felipe II entre la capital y el Escorial", Madrid en el contexto de lo hispánico desde la época de los descubrimientos, Madrid 1994, I, pp. 23-29.

2.1. Las aspiraciones frustradas del Duque de Alba

El 26 de septiembre de 1560, un año después del regreso de Felipe II a Castilla, Sebastian de l'Aubespine, obispo de Limoges y embajador francés ante el Rey Católico, describía la situación política de la Corte en un memorial dirigido al cardenal de Lorena². Según el diplomático, el Duque de Alba, muy unido en Flandes al cardenal Granvela, había pretendido desde su llegada convertirse en el principal consejero del monarca, pero se había encontrado el espacio ya ocupado. Cerca del rey el personaje más favorecido era Ruy Gómez de Silva, recientemente titulado Príncipe de Eboli, que tras soportar una intensa campaña de ataques por el influjo que había llegado a adquirir sobre la persona regia, había decidido retirarse públicamente de los negocios pretextando enfermedad; sin embargo, todas las noches departía dos o tres horas con el soberano, interviniendo especialmente en temas de hacienda y ejerciendo el verdadero poder desde la sombra mientras permitía que su rival, el Duque de Alba, se desgastara en los mil asuntos cotidianos de gobierno, sometido a las envidias y palabrerías que no faltan en ninguna Corte. Ruy Gómez -proseguía L'Aubespine- encontraba su apoyo fundamental en la Casa de Mendoza, rival de los Toledo, a través de su suegro el Duque de Francavilla y el Marqués de Mondéjar, presidente del Consejo Real³, pero su influjo era tal que

² L. PARIS, ed., Negociations, lettres et pieces diverses relatives au regne de Francois II, tirees du portefeuille de Sebastien de l'Aubespine, Paris 1841, pp. 558-563. En este memorial se recogen las conclusiones del embajador, tras realizar sus pesquisas, de los movimientos que habían tenido lugar en la Corte los meses anteriores, y de los cuales había informado en cartas de 3 de julio -en la que se refería a la retirada de Alba, especificando únicamente que había obtenido licencia para visitar su casa, permaneciendo junto a Felipe II Antonio de Toledo, Duque de Sessa y el Conde de Feria-, y 24 del mismo mes, donde aludía a la estrecha relación de Eboli con la reina Isabel de Valois ("Depeches de Sebastian de l'Aubespine, Ambassadeur de France en Espagne sous Philippe II", Revue d'histoire diplomatique, II (1899), pp. 590 y 594-595). El embajador veneciano alude asimismo a la retirada de Alba, relatando minuciosamente el incidente con Eraso, en carta de 11 de septiembre de 1560 (CSP-V, VIII, pp. 256-258). Posteriormente, en su relación de enero de 1563, se refiere al tema: "...al principio della mia andata in Spagna, conoscendo l'invidia concetta in quei grandi contro di lui per esser forestiero del regno di Portogallo e non molto altamente nato, giudiziosamente cesse, e stette lungo tempo lontano dalla corte..." (E. ALBERI, op. cit. V, pp. 68-69).

³ El marqués solo regresó oficialmente a la Corte, desde su retiro iniciado en enero de 1558, tras comunicarle el rey su nombramiento como presidente del Consejo de Castilla (borrador de la misiva en AGS. E, leg. 138, n° 237). De este modo, dos años después obtuvo Mondéjar cumplida satisfacción a sus pretensiones: el título, fechado en Toledo el 19 de diciembre de 1559, en AGS. EMR. QC, leg. 32, n° 750. Tomó posesión el día 22 del mismo mes.

inclusive había conseguido atraerse al confesor real, Bernardo de Fresneda, y al mayordomo mayor de la reina, el Conde de Alba de Liste, cuñado del Duque de Alba. El aislamiento y desgracia del duque no tenían fin: Francisco de Eraso, muy favorecido por los Mendoza, realizaba una eficiente labor saboteando en lo posible, desde su puesto de secretario de Estado, el trabajo de Alba. Un incidente entre ambos en la antecámara del rey no había contribuido a mejorar el ánimo del duque por lo que, tras una discusión a finales de junio en Consejo de Estado con el Duque de Sessa, recién llegado del gobierno de Milán y muy cercano a Ruy Gómez, y sintiéndose desautorizado por Felipe II, el severo aristócrata pidió licencia al rey para retirarse a su casa, donde aun permanecía en el momento de redactar la memoria. Tan solo seis días después de la retirada de Alba -concluía el embajador-, Ruy Gómez se recuperaba oficialmente de su enfermedad y se reintegraba plenamente a los negocios públicos, monopolizando junto con Eraso el despacho de los asuntos oficiales que, sin embargo, con este sistema sufrían gran retraso.

El informe del diplomático francés nos resume los intensos movimientos que tuvieron lugar en la Corte hispana entre 1559 y 1560, centrados en la rivalidad entre el Duque de Alba y Ruy Gómez de Silva, y su resultado final, el triunfo en toda línea del "partido ebolista". Sitúa el embajador parte de las disputas en el Consejo de Estado, organismo que reflejó la situación casi de inmediato, pero se hace necesario un análisis más pormenorizado de lo sucedido en éste ámbito pues el desenlace habría de condicionar en gran medida el lustro siguiente.

El regreso de Felipe II había traído consigo la unión entre aquellos consejeros que habían servido a la regencia en asuntos de Estado y Guerra y parte de los que permanecieron con el monarca y en importantes misiones diplomáticas⁴, pero los problemas comenzaron desde

⁴ La relación enviada por el embajador veneciano Tiépolo a su gobierno el 22 de diciembre de 1559 pretende proporcionar una referencia exacta de los consejeros de Estado de Felipe II en ese momento, de forma similar a como lo haría en su relación de enero de 1563. De este modo, distingue a grandes rasgos entre aquellos que provenían de Flandes y los que habían trabajado en Castilla, indicando si se hallaban en la Corte. Respecto a los primeros, mientras que el Conde de Feria y Granvela seguían en Flandes y Francisco de Mendoza (debe referirse a Vargas Mexía) ejercía su embajada en Roma, el Duque de Alba y Juan Manrique permanecían retirados en su casa, en tanto que Eboli estaba enfermo en Madrid; así que suponemos la única presencia de Antonio de Toledo y el Duque de Francavilla (a quien atribuye la presidencia del Consejo de Justicia, denominación corriente del Consejo de Castilla, cuando lo era del de Italia; más que una

el primer momento: la ausencia del Conde de Feria (que abandonó Flandes en marzo de 1560⁵) y de Juan Manrique de Lara (en sus tierras hasta la celebración de la boda real⁶) se vio agravada por la virulenta reacción del Duque de Alba ante la posición de Ruy Gómez. En efecto, retirado en sus posesiones desde su regreso, Alba se negaría a aparecer por la Corte hasta que su enemigo hubiera abandonado la posición de preeminencia junto al soberano. Muy pronto se hizo patente que, con la excepción de Gutierre López de Padilla -el personaje más cercano a Ruy Gómez- Felipe II no contaba con los consejeros de Estado que habían servido en la regencia para cubrir las ausencias, ya que se abstuvo de reunir el Consejo con un mínimo de asiduidad.

Resulta evidente que la actitud de Felipe II era fruto de la resistencia que había encontrado en Castilla por parte de estos consejeros durante su ausencia. En estas circunstancias, la discusión de las materias diplomáticas en la Corte sufrió un parón muy acusado y para su reactivación Felipe II precisó del concurso del más veterano y experto de sus consejeros en estas lides, el Duque de Alba⁷. Es por lo que, muy posiblemente en connivencia con el monarca, el Príncipe de

errata, puede ser un problema de denominación original o incluso de traducción al inglés, pues en carta de 25 de junio de 1560 informa de como se había ordenado al Consejo de Justicia tratar ciertos asuntos de Milán, CSP-V, VIII, p. 229). Por lo que toca a los que habían servido a las órdenes de la regente, menciona a Fernando de Valdés, García de Toledo, Gutierre López de Padilla, Juan de Figueroa, Luis de Avila, Juan Vázquez de Molina y Gonzalo Pérez; todos ellos debían permanecer en la Corte, pues solo en el caso del arzobispo Carranza alude a su prisión acusado de herejía (CSP-V, VIII, p. 140). En todo caso, falta la mención del Marqués de Mondéjar, consejero de Estado y Guerra y recién nombrado presidente del Consejo de Castilla.

⁵ Sobre la estancia del Conde de Feria en Flandes tras la partida de Felipe II, y su ostentoso y lento viaje de regreso (que finalizó en el mes de mayo, con una parada intermedia en la Corte francesa, véase *infra*, nota 26), A. J. LOOMIE, *The spanish elizabethans: the english exiles at the court of Philip II* (New York, 1963), pp. 97-98.

⁶ En carta a Granvela de 18 de diciembre de 1560 describía Juan Manrique de Lara su llegada a Castilla, aquejado de grave enfermedad, permaneciendo en su casa hasta finales de enero de 1560, y como incluso había solicitado licencia para no asistir a los esponsales de Felipe II, permiso denegado por el monarca (BPRM. Ms. 2249, n° 107).

⁷ La necesidad que tenía Felipe II de la opinión de Alba se refleja en las constantes consultas que le realizaba cuando el experimentado aristócrata se hallaba retirado en sus tierras; véanse las cartas del duque a Felipe II: desde Alba el 13 de octubre de 1559 (en compañía de Antonio de Toledo, AGS. E, leg. 139, n° 3); Coria, 14 de diciembre (*ibidem*, n° 155); Alba, 3 y 19 de agosto de 1560 (*ibidem*, nums. 120 y 123) y desde Huéscar en 1563 (AGS. E, leg. 143, n° 3, 4, 6, 8, 13; EDA I, pp. 556-572). El 18 de junio de 1565, estando el duque en la conferencia de Bayona, acudía de nuevo a su caletre (AGS. E, leg. 145, n° 72).

Eboli terminaría por alegar enfermedad para alejarse temporalmente de los negocios públicos, si bien mantuvo intacta su influencia gracias a su estrecha relación con el rey, que le aseguraba el disfrute de la gracia⁸.

En todo caso, el mérito de la reaparición de Alba los primeros días de enero de 1560⁹ hay que atribuirlo a la celebración de los esponsales del rey con Isabel de Valois, que tuvieron lugar en Guadalajara a finales del mismo mes¹⁰. Tan fausto acontecimiento terminó por concentrar en la Corte a los principales personajes del Reino. Pero ni siquiera la reunión del Consejo de Estado en pleno -integrando a los consejeros de la regencia y los que habían retornado con el rey-, había de procurar en un principio un despacho más ágil de los negocios a pesar de los intentos del Duque de Alba¹¹ y de las esperanzas de Granvela¹². Gonzalo Pérez achacaba esta lentitud precisamente al número de consejeros, demasiado amplio como para que sus sesiones resultaran operativas¹³. Con todo, hacia el mes de mayo el Consejo recuperó un

⁸ La carta enviada por Tiépolo el 16 de febrero resulta harto elocuente explicando estos acontecimientos (CSP-V, VIII, p. 150). Sobre la enfermedad de Ruy Gómez, J. M. BOYDEN, op. cit. pp. 111 y ss.

⁹ La noticia la proporciona Tiépolo en carta de 7 de enero (CSP-V, VIII, p. 146).

¹⁰ La boda se celebró el 29 de enero. Los fastos en la ciudad se prolongaron varios días, partiendo después la real pareja hacia Toledo (pasando por Alcalá y Madrid), donde entró el 12 de febrero. Diez días más tarde juraba don Carlos en la catedral toledana como príncipe heredero de Castilla (para estos acontecimientos, véase A. G. de AMEZUA Y MAYO, Isabel de Valois, reina de España (1546-1568), Madrid 1949, I, pp. 121-143).

¹¹ De hecho, constan los esfuerzos de Alba para insuflar vida al Consejo de Estado, al menos durante los primeros tiempos: así por ejemplo, intentó que las instrucciones al Conde de Tendilla, que habría de ser enviado a Roma, fueran vistas por el conjunto del Consejo, paso que el monarca no consideró imprescindible (Alba al rey, con anotación hológrafa del mismo, 16 de marzo de 1560; AGS. E, leg. 139, n° 248). En la misma fecha Gonzalo Pérez informaba a Felipe II de la petición del Duque para que otros vieran con él los documentos sobre Inglaterra, recomendación que sí aceptó esta vez el soberano (ibidem, n° 48; GP. II, p. 456).

¹² Granvela a Gonzalo Pérez, 20 de marzo de 1560: "Ya estarán ay todos aquellos señores juntos, y se havran enhilado los negocios, por donde espero que las resoluciones yrán más seguidas..." (AGS. E, leg. 520, n° 98).

¹³ Ciertos autores (P. D. LAGOMARSINO, Court factions and the formulation of spanish policy towards the netherlands (1559-67), Tesis doctoral inédita, leída en 1973 en la University of Cambridge, p. 33, y J. M. BOYDEN, op. cit. p. 108) se han basado en la carta que Gonzalo Pérez envió a Granvela el 16 de abril de 1560 para explicar la falta de actividad del Consejo de Estado en base al excesivo número de sus miembros. En efecto, según Pérez desde la reunión de los 16 (?) consejeros en Toledo tras la boda

cierto nivel de actividad presidido en ocasiones por el mismo monarca y con el Duque de Alba en posición preeminente. De este modo, Alba hizo valer su influencia en asuntos de política militar, a veces en abierta confrontación con sus enemigos políticos¹⁴, e incluso es probable que Felipe II intentara pergeñar una fórmula para ponerle al frente de los negocios de Estado y Guerra¹⁵. Pero esta situación no habría de durar: la invisible pero no por ello menos evidente ascendencia de Ruy Gómez¹⁶, unida al recelo que hacia su figura mostraban el resto de los consejeros, resultaría demasiado pesada para su orgulloso temperamento. El pulso se resolvió a finales de junio, con la retirada de Alba durante cuatro meses al tiempo que Ruy Gómez se recuperaba oficialmente de su enfermedad y se reintegraba a los asuntos de gobierno. El predominio del

real (y no desde el mes de noviembre, como afirman los citados autores; véase la opinión de Granvela citada en la nota anterior), lo que ocurrió entre febrero y marzo, el Consejo de Estado únicamente se había reunido en dos ocasiones, si bien precisamente el número de consejeros quizá fuera la causa de las dilaciones (BPRM. Ms. 2291, nums. 103-104); una de ellas pudo ser la sesión mencionada por L'Aubespine, en carta de 23 de febrero de 1560, en la que Felipe II estudió con su Consejo durante más de tres horas el problema entre Francia y Escocia (L. PARIS, op. cit. pp. 271-281). Hemos puesto un interrogante a la cifra señalada por Pérez, pues parece una exageración calculada del secretario: 16 era en efecto el número total de consejeros de Estado (véase *supra* nota 4), pero es preciso tener en cuenta que Granvela, Feria y Vargas Mexía estaban ausentes y Carranza en prisión. Con todo, 12 consejeros seguían siendo muchos así que no es extraño que Granvela, a pesar de lo manifestado en sus cartas previas (véase de nuevo la nota anterior) en su contestación de 29 de abril apuntara: "Buenos andarán los negocios y las resoluciones dellos con tantos consejeros, no me maravillo de que no se puedan juntar más veces, pero maravillome mucho de que ahun dos solas se huviesen podido juntar todos" (AGS. E, leg. 520, n° 99).

¹⁴ En carta de 8 de junio, Tiépolo informa de la batalla que se había planteado en la Corte por el nombramiento de general de las galeras: mientras el Duque de Alba y Antonio de Toledo apoyaban a García de Toledo, marqués de Villafranca, por otro lado Ruy Gómez, Francavilla, Mondéjar y Gutierre López de Padilla defendían para el puesto a Juan de Mendoza, hijo del difunto consejero de Estado Bernardino de Mendoza; Juan Manrique de Lara se mostraba indeciso (CSP-V, VIII, p. 218). El nombrado fue García de Toledo.

¹⁵ En carta a Granvela de 9 de diciembre de 1560 el Duque de Alba comentaba: "Su Maj. dixo aquí no se que forma de encomendarme los negocios de Estado y Guerra, a lo que estos señores (...) no les paresció bien (...) y hablaron algunos a su Maj. en ello y así se está la republica, ellos haziendo el oficio por mi..." (BPRM. Ms. 2249, n° 86).

¹⁶ Los síntomas de la presencia de Ruy Gómez fueron múltiples. Aparte de los episodios comentados en su memoria de septiembre, el mismo embajador galo relataba, en carta de 5 de marzo, el enfrentamiento entre el duque y el Marqués de Mondéjar por conseguir para sus primogénitos el encargo de partir hacia Roma para prestar obediencia al nuevo Papa, Pío IV. Como señalamos en *supra*, nota 11, el elegido fue el Conde de Tendilla, heredero de la Casa de Mondéjar (L. PARIS, op. cit. pp. 290-295). Otra muestra la constituyó el envío de Antonio de Toledo a Francia a principios de septiembre, que el duque no había considerado necesario en contra de la opinión del resto de los consejeros (BPRM. Ms. 2291, n° 229). El gran aliado de Alba, Granvela, se hacía eco de esta situación en carta a Gonzalo Pérez de 20 de marzo de 1560, "...ahunque no puede dexar de hazer harto daño a los negocios, passan todo por la misma mano que suele, y plega Dios no nos cueste algún día caro el engaño que en ello se recibe, él lo remedie todo y no consienta que a la bondad del señor Juan Vázquez se haga agravio" (AGS. E, leg. 520, n° 98).

"partido ebolista" se consolidó a través de la formación de un poderoso núcleo de apoyo al noble portugués dentro de la familia real, gracias a sus estrechas relaciones con Isabel de Valois¹⁷.

2.2. El triunfo del "ebolismo"

De este modo, a partir de mediados de 1560, con su poder ya reafirmado, pudo la elite dominante orquestar y poner en práctica el urgente programa de reformas que habría de realizar el monarca en los principales ámbitos de la administración de la Monarquía, apuntadas en el viaje previo de Ruy Gómez y Velasco y necesarias para atender la aguda problemática de los reinos que dejara cinco años antes. Posiblemente los mayores esfuerzos se dedicaron al remedio de la hacienda con un proyecto que, pergeñado por Gómez y López de Padilla, dio como resultado el plan de saneamiento firmado el 14 de noviembre de 1560¹⁸. Pero el ámbito de acción fue más amplio: en el plano militar incluyó la inspección de las fortalezas del norte de Africa, la administración militar territorial así como el estado de armamento de los reinos¹⁹.

2.2.1. Ruy Gómez y el Consejo de Estado

Resulta muy significativo que la reincorporación del Príncipe de Eboli a los negocios, días después de la marcha de Alba,

¹⁷ La reina mostró desde los primeros momentos intensa amistad con Ana de Mendoza, esposa de Ruy Gómez de Silva; Isabel de Valois se atrajo asimismo a doña Juana, al príncipe don Carlos y a Juan de Austria (J. MARTINEZ MILLAN, "Grupos de poder en la Corte...", pp. 146-147).

¹⁸ C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., pp. 114-118.

¹⁹ En 1560 se pusieron en marcha *visitas* a Orán (documentación en AGS. GM, leg. 70, nums. 1-53), Melilla (AGS. GM, leg. 71, nums. 133-145) y los proveedores de Málaga (AGS. GM, leg. 70, n° 55; leg. 71, n° 130). Asimismo, en AGS. GM, leg. 70, nums. 108 y 111 encontramos las órdenes para averiguar el estado de las casas de municiones de Cartagena y Burgos. Por otro lado, se tomaron medidas para la fortificación inmediata de diversas plazas ("relación de lo que su Mag. ha ordenado por sus cartas dadas en el Pardo a tres de julio de 1560", AGS. GM, leg. 70, n° 73).

coincidiera con los inicios de una forma de actuación²⁰: tal fue la sustracción de la discusión de los problemas al pleno del Consejo, formando en cambio pequeños grupos separados que terminaron por estabilizar una versión del organismo caracterizada por su reducida composición y no menos exigua influencia en el gobierno²¹. A partir de entonces solo fueron convocados, además del propio Eboli, Juan Manrique de Lara, el Conde de Feria, Antonio de Toledo, Gutierre López de Padilla (fallecido el 3 de marzo de 1561²²) y el Duque de Alba tras su desgano y escéptico regreso en el mes de octubre²³, con la entrada esporádica de Bernardo de Fresneda, obispo de Cuenca y confesor real²⁴. Felipe II no consideró necesaria la presencia de la mayor parte de los consejeros de la regencia por las mismas razones que habían inutilizado el Consejo de Estado durante el primer semestre de su estancia en Castilla, con la diferencia de que ahora contaba con el núcleo de asesores que le habían

²⁰ Un ejemplo nos lo proporciona el Conde de Feria en carta a Granvela de 7 de septiembre de 1560, mostrando incluso su desacuerdo con esta forma de proceder: "Su Maj (...) nos a mandado a tres de nosotros que tratemos de ella (la paz entre Inglaterra y Francia) de ocho días a esta parte. Yo ando encaminando que se meta en Consejo pleno y que allí se platique ..." (BPRM. Ms. 2291, n° 203). De forma adicional, las noticias que disponemos de algunos consejeros durante estos meses indican su falta de actividad: Feria estuvo fuera de la Corte entre octubre y noviembre de 1560 (BPRM. Ms. 2249, n° 1), el mismo lapso de tiempo que el Duque de Francavilla empleó en tomar los baños en Granada (*ibídem*, n° 61), en tanto que Antonio de Toledo era enviado a Francia los meses de septiembre y octubre y Padilla caía gravemente enfermo a finales de año.

²¹ La relación de aquellos que no eran convocados, aún disfrutando del prestigioso título de consejero de Estado, nos la proporciona el embajador Tiépolo en su relación de enero de 1563, distinguiendo entre aquellos que estaban fuera de la Corte y los que permanecían en ella: Granvela, que seguía en Flandes; Vargas Mexía, embajador en Roma; Luis de Avila, enviado asimismo a Roma; Carranza, que estaba en prisión acusado de herejía y Juan Vázquez de Molina, retirado en su casa. Por otro lado, entre los que se encontraban en la Corte, Fernando de Valdés, el Marqués de Mondéjar, el regente Figueroa, el Duque de Francavilla y don García de Toledo estaban muy ocupados en sus respectivos cargos, así que el diplomático veneciano concluía asegurando que "...il consiglio ordinario finalmente si viene a ristringere in cinque soli, che sono: il duca d'Alva, il sig. Ruy Gómez, il conte di Feria, Don Antonio di Toledo e Don Giovanni Manrique, ai quali, quando si tratta alcuna cosa che abbia rispetto a religione o coscienza, si aggiunge qualche teologo, e massimamente il confesore del re ultimamente fatto vescovo di Cuenca..." (E. ALBERI, op. cit. V, pp. 67-68).

²² AGS. CJH, leg 47, nums. 191-200. La enfermedad le mantuvo retirado de los negocios desde principios de año (CSP-V, VIII, p. 294).

²³ El mismo Alba relata las circunstancias de su retorno a la Corte en cartas a Granvela de 20 de octubre (BPRM. Ms. 2291, n° 271), 19 de noviembre y 9 de diciembre de 1560 (BPRM. Ms. 2249, nums. 39 y 86). Es en esta última donde resulta más expresivo: "...vine hasta aquí pensando combenir lo que su Mag. me avía enviado a mandar en siete o ocho días: ace dos meses o tres que estoy aquí y por uno que se resuelve salen diez de nuebo...".

²⁴ Sobre este personaje, véase H. PIZARRO LLORENTE, H, "El control de la conciencia regia...".

servido en Flandes de forma más regular desde 1556. El grupo escogido se distinguía por reunir el mayor cúmulo de experiencia en asuntos exteriores, en tanto que su presencia era nula en los distintos órganos de administración del regio patrimonio -a excepción, claro está, de Ruy Gómez, contador mayor de Castilla-, si bien monopolizaban los principales oficios palatinos²⁵, hecho que justificaba su presencia continua a la vera del monarca.

No cabe duda de que Felipe confiaba en las capacidades de cada uno de los consejeros que formaron la reducida versión del organismo, ya que a ellos acudió para realizar importantes misiones diplomáticas²⁶, pero no trasladó esta certidumbre al Consejo de Estado como organismo colegiado. Dejó de asistir en persona a las sesiones, circunstancia que quizá alentó el desinterés y bajo nivel de concurrencia de sus miembros²⁷. La misma actitud de Eboli en el Consejo, que nos apunta Tiépolo, resulta muy elocuente: "non ha voluto ritornar ai negoci come in Fiandra, dove ognuno solea far capo a lui, e quanto sia possibile li ha fugitti, e si e spese volte fatto pregare d'andare in consiglio; dove quando pur vi e andato, ha fatto poco contrasto, quasi agli altri riportandosi..."²⁸. La razón de este comportamiento, y en último extremo de la atrofia del Consejo de Estado, hay que buscarla en el hecho de que Eboli, como privado del rey, no podía apoyar el funcionamiento de un foro que pudiera suponer una alternativa a su

²⁵ Alba era mayordomo mayor de Felipe II, Antonio de Toledo caballero mayor, Juan Manrique de Lara mayordomo, y a partir de agosto de 1562 mayordomo mayor de Isabel de Valois y el Conde de Feria capitán de la Guardia Española, mientras que Ruy Gómez disfrutaba el oficio de primer sumiller de corps. Respecto a los cargos en la administración, es preciso señalar que Juan Manrique de Lara continuaba como capitán general de la artillería, pero parece que dedicó escasa atención al puesto, cuyo desempeño requería constantes giras por los reinos, delegando en sus tenientes.

²⁶ Especialmente en Francia, principal preocupación exterior de Felipe II. De este modo, el Conde de Feria realizó diversas gestiones acerca del problema con Escocia, a su vuelta de Flandes en abril de 1560 (mencionadas en carta de Perrenot a Felipe II de 29 del mismo; AGS. E, leg. K 1493, n° 62; ADE-NF, I pp. 273-280). Antonio de Toledo fue enviado a principios de septiembre de 1560 para intentar disuadir a la Corte francesa de la celebración de un concilio particular para dirimir las diferencias entre católicos y hugonotes, en lugar de acudir a Trento (instrucciones en *ibidem*, n° 88; ADE-NF, pp. 358-363). Por último, Juan Manrique de Lara, despachado en enero de 1561 para presentar el pésame de Felipe II por la muerte de Francisco II, insistió en el mismo tema (instrucciones en AGS. E, leg. K 1495, n°6; ADE-NF, pp. 11-17).

²⁷ Vide *infra* nota 29.

²⁸ E. ALBERI, op. cit. V, p. 69.

influencia. Y máxime tratándose del único organismo de gobierno (además del Consejo de Guerra, pero de éste ya se encargaba Eraso) en el que tenía asiento el Duque de Alba y que sin duda podría servir a su enemigo para extender su influencia, gracias a su experiencia y talento en estos negocios.

En otras palabras, Ruy Gómez había conseguido un Consejo de Estado restringido y manejable, cuya operatividad e influencia en el gobierno habría de resultar muy escasa²⁹. En adelante, perdida la relevancia política que había alcanzado en Castilla durante las regencias, su actividad se centraría en la discusión de las líneas directrices a seguir en el escenario europeo, ya se tratara de estados pertenecientes al Rey Católico ya a príncipes extranjeros³⁰. En realidad, era el campo que mejor conocían los consejeros, todos ellos con reconocida experiencia a sus espaldas en estos menesteres. A pesar de ello, el Consejo se vio dominado por sus dos figuras principales, cada una desde el espacio que les había asignado el monarca: en el escaparate exterior el Duque de Alba, que mientras permanecía en la Corte ejercía en cierto modo como representante de Felipe II, recibiendo a los embajadores y negociando con ellos todo tipo de cuestiones³¹, al margen del Consejo de Estado pero auxiliado por el secretario de Estado para asuntos de fuera de España, Gonzalo Pérez³²; sin embargo, a la vera de Felipe II se mantenía Ruy Gómez de Silva, cuyo acceso al rey le

²⁹ Nuevamente recurrimos a Tiepolo, que afirmaba en su relación, acerca del funcionamiento del Consejo: "ma che neglignentemente le trattino, in gran parte si puo comprender da quello che ho narrato, poiche di quei pochi consiglieri che sono, alcuni spesse volte si ritrovano lontani, altri quasi sempre, benche presenti, fuggono di voler il carico e l'impaccio; al che si aggiunge, che non vi attendendo il re, e non avendo principal carico alcuno degli altri, appena si ritrova chi prenda cura di intendere e proponere quel che si ha da consigliare" y proseguía lamentando la ausencia del rey, que restaba operatividad al Consejo, y la división existente entre Alba y Eboli (E. ALBERI, op. cit. V, p. 70).

³⁰ Buen ejemplo es la "memoria de algunos negocios de estado" (h. 1565; AGS. E. leg. 146, n° 168).

³¹ Las funciones que en materia diplomática ejercía el Duque de Alba pueden observarse en la documentación de la época (por ejemplo, ADE-NF, passim), y las señala asimismo el embajador veneciano Giovanni Soranzo, en su relación de 1565: "S. M. rimette l'ambasciatore ordinariamente al duca d'Alva, e non essendo lui in corte, a Ruy Gómez" (L. FIRPO, Relazioni di ambasciatori veneti al senato, Torino 1981, VIII, p. 438).

³² Respecto a la actividad de Gonzalo Pérez durante estos años, en AGS. E. Libro 72, se conserva el registro de las cartas reales con destino a Milán, Génova y Venecia refrendadas por el secretario entre 1560 y 1565.

permitía mayor margen de maniobra a la hora de intentar imponer sus tesis en la toma final de decisiones, ejercicio exclusivo del monarca.

En este sentido, resulta difícil determinar el grado real de influencia que cada uno de estos dos grandes patronos tuvieron en el ánimo del monarca para decidir la política que se debía seguir³³. Pero se intuye que los consejos de Ruy Gómez eran más tenidos en cuenta por Felipe II en la coordinación de los diferentes intereses de los reinos que componían la Monarquía (en los estados italianos, donde quedó desmontada la red tejida por Alba en la década anterior³⁴, y especialmente en Flandes, colaborando activamente con la nobleza local en la caída del cardenal Granvela³⁵), mientras que Alba tuvo que ver con el carácter patrimonialista e intransigente que paulatinamente iba adoptando el rey. No de otra manera se explican las vacilantes posturas adoptadas en aquella época: en el caso de Francia³⁶, convulsionada por los problemas religiosos internos, Felipe II mantuvo una actitud de activa presión diplomática en contra de la facción protestante, y solo en el verano de 1562, con el estallido abierto del conflicto entre católicos y hugonotes, se decidió a enviar los tercios a través de la frontera pirenaica³⁷. El Consejo de Estado estaba ciertamente en esta

³³ Véase un planteamiento general de la política exterior de Felipe II en M. RIVERO RODRIGUEZ, "La Corte y el mundo..." (en prensa); para estos años, además, G. MATTINGLY, La diplomacia del Renacimiento, Madrid 1970, caps. XX y XXI.

³⁴ Véase una presentación general en M. RIVERO RODRIGUEZ, "Felipe II y los potentados de Italia", Bulletin de l'Institut historique belge de Rome, LXIII (1993), p. 350-1.

³⁵ La situación en Flandes comenzó a ir mal desde el mismo momento de la partida de Felipe II en 1559. La nobleza no aceptó de buen grado la posición preeminente de Granvela en el gobierno de Margarita de Parma, postura en la que fueron apoyados por Ruy Gómez y Eraso. Hitos del enfrentamiento lo constituyeron la retirada de los Tercios españoles, tenidos por extranjeros (materializada en enero de 1561) y el plan de reorganización de los obispos; para este tema, véase G. PARKER, España y la rebelión..., cap. 1.

³⁶ Para las relaciones entre el Francia y la Monarquía Católica durante estos años, disponemos de varias obras que alcanzan hasta la muerte de Carlos IX en 1574, P. CHAMPION, Charles IX, la France et le controle de l'Espagne, 2 vols. Paris 1939; J. de la CROZE, Les Guises les Valois et Philippe II, 2 vols. Paris 1866. Pero, especialmente, N. M. SUTHERLAND, The massacre of St. Bartolomew and the european conflict, 1559-1572, Edinburgh 1973. Sobre las fuentes publicadas, Archivo Documental Español, tomos 1-12: Negociaciones con Francia (Madrid 1950-60, en adelante ADE-NF.).

³⁷ Quizá la mayor preocupación del monarca en política europea fuera la rápida degradación del gobierno en Francia: tras la muerte de Enrique II en julio de 1559 y de su sucesor, Francisco II, en diciembre del año siguiente, la dirección de la Monarquía quedó en manos de Catalina de Medicis, madre del niño Carlos IX. La ambigua política de

línea³⁸; pero el Duque de Alba, quien a lo largo de su carrera había sido testigo directo de los interminables conflictos con Francia, iba más allá y era partidario de sacar el máximo partido posible a la situación³⁹. Por contra, consta la postura amistosa de Ruy Gómez con la Corte francesa, intentando acercar posiciones con la española⁴⁰.

En lo que toca a las relaciones con Inglaterra⁴¹, se

la regente en relación con los hugonotes (empeñada en la celebración de un concilio francés, en oposición al de Trento), prácticamente sumió el reino en una confrontación religiosa, seguida con alarma creciente por Felipe II. Sobre las guerras de religión en Francia, que se alargaron durante la segunda mitad del siglo, véanse como estudios generales M. P. HOLT, *The french wars of religion*, Cambridge 1995; De Lamar JENSEN, "French diplomacy and the wars of religion", *Sixteenth century journal*, V, 2 (october 1974), pp. 23-46. Iremos citando además en cada momento la bibliografía específica sobre esta materia correspondiente a las sucesivas etapas.

³⁸ Así, el 25 de septiembre de 1561, el Consejo recomendaba una postura muy firme con Catalina de Medicis, advirtiéndole que si ella no procedía al castigo de los herejes debía hacerlo el Rey Católico "pues este negocio ya no es particular de Francia sino general" (AGS. E, leg. K 1495, n° 71; ADE-NF II, p. 436); más consultas respecto a diversos asuntos de Francia, el 12 de noviembre de 1561, en AGS. E, leg. K 1495, n° 89; ADE-NF III, pp. 73-74. Adalides de esta postura en el Consejo eran el Duque de Alba y Juan Manrique de Lara (véase nota siguiente).

³⁹ Alba no mostró ninguna inclinación a entenderse con el que había sido enemigo secular de la Monarquía hispana, y su principal consejo consistía en mantenerse fuertes para sacar la mayor tajada posible de la situación cuando fuera posible (opinión que puede resumirse en una frase muy expresiva "...y son muy buenos negocios quando se asegura lo propio, y corren los dados por el tablero a lo que la fortuna podría descubrir", Alba al rey, 19 de agosto de 1560; AGS. E, leg. 139, n° 123). Parece que Juan Manrique de Lara apoyaba al duque en este tema, recomendando al rey mostrase signos de preparación militar para alentar a los católicos franceses (AGS. E, leg. K 1495, n° 110; ADE-NF III, pp. 218-220). Según el embajador francés Saint-Sulpice, ambos procuraban envenenar las relaciones de Felipe II con la Corte gala (E. CABIE, ed. *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, Seigneur de Saint-Sulpice de 1562 a 1565, et mission de ce diplomate dans le meme pays en 1566*, Albi 1903, p. 281). Desde Flandes, Granvela sustentaba las tesis de su aliado, el Duque de Alba: "Con Francia no se puede tomar resolución cierta (...) es menester tenerlos baxos si queremos vivir en paz con ellos, que sus insolencias quando una vez toman la mano son insufribles" (carta a Gonzalo Pérez, 7 de enero de 1561; AGS. E, leg. 520, n° 113).

⁴⁰ Al menos tal era la impresión que transmitía el embajador francés Saint-Sulpice: carta a Catalina de Medicis de 27 de agosto de 1563 (E. CABIE, op. cit. p. 152) y memoria a la misma de 11 de mayo de 1564 (*ibidem*, p. 262).

⁴¹ Acerca de las relaciones entre la Monarquía Hispánica e Inglaterra durante el reinado de Felipe II, disponemos de algunos trabajos sobre la primera mitad del período: J. E. STRAUKAMP, *Anglo-spanish relations, 1558-1563*, Tesis doctoral inédita leída en la University of London en 1966; M. FERNANDEZ ALVAREZ, *Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra*, Madrid 1951; T. GONZALEZ, *Apuntamientos sobre la historia del rey don Felipe II de España por lo tocante a sus relaciones con la Reina Isabel de Inglaterra, desde el año 1558 hasta el año 1576*, Madrid 1832; G. M. BELL, "John Man, the last Elizabethan resident ambassador in Spain", *Sixteenth Century Journal*, VII, 2 (october 1976), pp. 75-93. Respecto a las fuentes publicadas para su estudio, en CODDIN vols. 89, 90, 91 y 92 se halla la correspondencia de los embajadores que lo fueron en Londres, desde 1558 hasta 1584, en tanto que los resúmenes de la correspondencia de los embajadores ingleses en Madrid se hallarán en *Calendar of State Papers. Foreign series of the reign of Elisabeth I*, vols. 5 al 12 para los años que nos ocupan; también se publicó diversa documentación (normalmente extractada y en inglés) en A. S. HUME, *Calendar of letters*

ignoraron las vivas sugerencias del último embajador, el Conde de Feria -muy cercano a Eboli-, que defendía el enfrentamiento con Isabel I de cuya herejía y perversas intenciones nadie podía dudar, y se atendieron los consejos del Duque de Alba quien, con una visión patrimonialista, consideraba imprescindible el entendimiento con los ingleses⁴².

2.2.2. Francisco de Eraso y el Consejo de Guerra

Durante la época que nos ocupa, de relativa paz en la Cristiandad, el Consejo de Estado como tal apenas se implicó en asuntos militares. Dado que el Consejo de Guerra seguía formado íntegramente por consejeros de Estado (entraran en el Consejo o usaran el título solo para prestigiar su curriculum vitae, como fue el caso de Figueroa y Luis de Avila⁴³), su funcionamiento se vio básicamente afectado por la misma actitud apática que mostraban el grueso de sus componentes en tal organismo. Pero ahora este desinterés, una muestra más del predominio de las relaciones personales en el gobierno, no se debía al trabajo en la sombra de Ruy Gómez, sino a la presencia omnipresente de Francisco de Eraso. Solo uno de los excluidos del Consejo de Estado, Figueroa, tuvo una reacción muy diferente. Resentido políticamente por la influencia alcanzada por su enemigo Eraso, el regente utilizó su asiento en el Consejo de Guerra para ampliar sus actividades. Con este fin, su formación de letrado le sirvió para monopolizar una de las funciones del Consejo, la administración de justicia, lo que consiguió tras eliminar

and state papers relating to english affairs preserved in, or originally belonging to, the Archives of Simancas, Londres 1899, 4 vols.

⁴² El duque consideraba catastróficas las hostilidades con los ingleses debido a la delicada coyuntura que se vivía en Francia y en Flandes. Triunfó esta postura hasta que las diferencias religiosas y políticas se hicieron insoslayables.

⁴³ Disponemos de muy escasa información sobre la composición del Consejo de Guerra en estos años. La actividad de Figueroa aparece relacionada con los asuntos judiciales (véase *infra* nota 44), mientras que Padilla entró hasta su muerte en los consejos de Estado y Guerra. Respecto a Luis de Avila, el 17 de abril de 1562 Felipe II le escribía desde Valsain sobre la necesidad de socorro a las galeras de Orán, por lo que es de suponer que permanecía en Madrid ocupándose de asuntos militares (RAH. A 51, fol. 96v.; cit. A. G. AMEZUA Y MAYO, II, p. 49); en todo caso, partió hacia Roma en septiembre del mismo año y no regresaría hasta finales de 1563 (A. GONZALEZ PALENCIA, *Don Luis de Avila...*, p. 137).

como asesor legal del mismo al doctor Martín de Velasco, quien ejercía tal cometido desde las instrucciones de 1554⁴⁴.

Razones no le faltaban a Figueroa para sentirse amenazado por Francisco de Eraso. Además de la preeminencia alcanzada en asuntos de Hacienda, Cámara, Indias, Cruzada y Ordenes, el secretario intervenía de forma determinante en el Consejo de Guerra. Como vimos en el capítulo anterior, en el momento del regreso a Castilla Felipe II le había ordenado sustituir a Juan Vázquez de Molina en la secretaría de Estado para España, aunque en principio fuera solo en caso de enfermedad. Consciente de que había terminado su influencia, Molina no tardó en desaparecer de la escena, dejando a Eraso en pleno uso de la secretaría. Pero en realidad, con la reunificación de la Corte esta secretaría de Estado, concebida para servir a la regencia, se solapaba en gran medida con la de la Guerra, que fue asumida interinamente, en 1560, por Juan Vázquez de Salazar, sobrino y principal heredero de Juan Vázquez de Molina en la Corte⁴⁵.

Este difícil acoplamiento tuvo un doble efecto: por un lado, la intervención de Eraso en Consejo de Estado carecía de sentido, pues en el alto organismo no se discutían las materias que hubieran justificado su entrada como secretario de Estado para España, resultando suficiente en consecuencia la presencia de Gonzalo Pérez; claro que al poderoso secretario no le tuvo que importar en demasía esta circunstancia pues, como hemos visto, por encima del disminuido Consejo de Estado se situaba la figura de Ruy Gómez, con quien mantenía excelentes relaciones y a través del que podía manejar sin problemas los

⁴⁴ "...Figueroa dixo un día en Toledo que pues él yva a aquel Consejo y era letrado que él sería el asesor y se excusase Velasco, como se hizo", Juan Delgado al Rey, con respuesta a 10 de julio de 1578, donde hace un recorrido sobre los distintos asesores que había tenido el Consejo (AGS. GM, leg. 88, n° 212). Para situarnos, la Corte se halló en Toledo hasta finales de 1560, cuando se trasladó a Madrid.

⁴⁵ Francisco de Ledesma refrendó cédulas hasta el siete de septiembre de 1559, y posteriormente los meses de mayo y junio de 1560. El titular de la secretaría de Guerra, Juan Vázquez de Molina, retomó esta ocupación desde el 21 de septiembre (cuando comenzó a firmar Felipe II) hasta el 28 de agosto de 1560; el uno de septiembre ya es su sobrino, Juan Vázquez de Salazar, que había recibido título de secretario unos días antes, el 22 de agosto de 1560, quien refrenda las cédulas, función que ejercería sin interrupción durante toda la década (datos tomados de AGS. GM. LR. 25 y 26). En diciembre de 1567 obtuvo en propiedad la secretaría de Guerra, que desempeñaría hasta enero de 1571. Pasó entonces a ocupar la secretaría de Estado y Cámara de Castilla (vacante por fallecimiento de Francisco de Eraso) hasta su muerte (expediente en AGS. EMR. QC, leg. 30, nums. 551-571).

asuntos de su interés en el ámbito europeo, especialmente en Flandes. Además, el ajuste de las secretarías le abrió las puertas de un campo nuevo: Eraso, que no había obtenido del rey la posición que deseaba en Consejo de Guerra (pues se autorizaba su presencia únicamente como experto en hacienda⁴⁶), encontró de todos modos una vía para satisfacer sus aspiraciones en este ámbito. Hizo valer su posición preeminente en el gobierno para convertir el cargo de secretario de Estado para España en una plataforma perfecta desde la cual controlar el Consejo de Guerra y a través del mismo la administración militar, consultando personalmente con el rey las principales cuestiones⁴⁷, refrendando aquellos documentos de su interés -los más significativos⁴⁸- y, en suma, relegando a Juan Vázquez de Salazar a un segundo plano, ocupado en la tramitación ordinaria de los asuntos⁴⁹.

Pero no bastaba con anular la figura del secretario. Amparándose en la escasa aplicación que hacia sus deberes debieron

⁴⁶ Véase supra p. 88, nota 225.

⁴⁷ Carecemos casi por completo de la documentación generada por la relación entre el monarca y Eraso acerca de los asuntos de guerra, si es que existieron tales papeles, pero se pueden presentar varios ejemplos: el billete del secretario al rey, de 1565, donde se trata la expedición para limpiar de franceses la Florida, asuntos judiciales del alcalde Salazar, etc (AGS. E, leg. 120, n° 17); otra misiva de Eraso al monarca de 1567, acerca de una carta de Doria, "...la havemos visto en Consejo de Guerra y a parescido..." (AGS. E, leg. 149, n° 233) o la carta del secretario al Duque de Alba de 18 de abril de 1567, sobre el aprovisionamiento de las armadas en Málaga "...aviéndose platicado sobreello por el Consejo de Guerra paresce..." (copia en ibidem, n° 127).

⁴⁸ Una muestra de los despachos militares que refrendó Eraso, y que hubieran debido corresponder al secretario de la Guerra, en BNM. Ms. 781, copias de cédulas entre 1562 y 1570: títulos de capitán de Sancho de Avila (fol. 6v, julio 1563), Juan de Valdés (fol. 7, enero 1563), Bernardino de Mendoza (ibidem), proveedor general de un armada de sesenta navíos (fols. 125r-126r), asientos de galeras, etc. Encontramos asimismo al secretario refrendando documentos propios de Estado, como el nombramiento de capitán general de la mar a García de Toledo (fol. 27v, 10 de febrero de 1564), virrey de Navarra al Duque de Medinaceli (16 de abril de 1567, fol. 114r) o el mismo título de capitán general de Flandes para el Duque de Alba (21 abril 1567, fol. 118r).

⁴⁹ La documentación de guerra generada por la secretaría dirigida por Vázquez de Salazar se conserva en AGS. GM, legs. 70 a 72, íntegros, y parte de los legs. 73 y 74, además de los libros de registro de cédulas y provisiones AGS. GM. LR. 25 a 28 y parte tanto del 29 como de SHM, vol. 2. A pesar del bajo nivel de actividad del Consejo, es evidente que se trata de muy escaso fruto para la década en que ejerció el oficio. No se encuentran, por ejemplo, las relaciones de asuntos al monarca resultantes de los Consejos de Guerra que se celebraban (señalar únicamente las minutas localizadas en AGS. GM, leg. 71, nums. 242 a 248), aunque es muy posible, dado que Eraso consultaba con el rey a boca, que no existiera la costumbre de presentarlas por escrito, orden ésta que se dio a principios de los años setenta (véase supra, p. 134, nota 53). De todos modos, es probable que gran parte de los papeles de Vázquez de Salazar hayan tenido un destino diferente (y hasta el momento ignoto para nosotros).

mostrar los consejeros de Guerra, Eraso trabajó por suprimir cualquier vestigio de control formal de éstos sobre la maquinaria administrativa castrense: el resultado fue la cédula de 22 de mayo de 1560 por la que se eximía de la obligación, establecida en las ordenanzas de las Guardas y practicada sucesivamente por Cobos, el Duque de Alba, el Marqués de Mondéjar y García de Toledo, de que todas las provisiones tocantes a guerra fueran señaladas por un consejero de Guerra⁵⁰.

Además de sus menguadas funciones administrativas y jurisdiccionales el Consejo de Guerra, como órgano consultivo en política militar, solo parecía mostrarse activo en los momentos álgidos de las campañas mediterráneas⁵¹, para decaer de forma considerable en épocas de tranquilidad⁵². Pero, al margen del Consejo, algunos de sus miembros se imbricaron en una fórmula de gobierno practicada por Felipe cuando ejercía la regencia en Castilla, que retomaba ahora en su nueva etapa ya como rey y que, en fin, habría de conocer su consolidación durante la década siguiente bajo nuevas premisas: la reunión de juntas para el estudio y discusión de cuestiones específicas. Así por ejemplo, el 15 de septiembre de 1561 se nombraba al prior Antonio de Toledo, regente Figueroa, doctor Velasco y regentes Polo y Barahona para dirimir un pleito sobre mercancía incautada a un navío francés⁵³, mientras que

⁵⁰ AGS. GM. LR. 25, fol. 139v, cédula real "para que se asienten las cédulas y lo demás tocante a guerra que está despachado y se despachare adelante sin señal". En realidad, la orden supuso la ratificación oficial de un hecho consumado, pues desde el 4 de enero García de Toledo, que había asumido esta función tras la retirada de Mondéjar, había dejado de señalar las provisiones.

⁵¹ Así, el 7 de junio de 1560, recién llegadas a la Corte las noticias del desastre de Trípoli, el embajador L'Aubespine informaba a su rey como "...j'ay trouve tout le Conseil de Guerre prest a s'assambler, incontinent que mon audience seroit finie" ("Depeches de Sebastian...", p. 586). Por su parte, Tiépolo comunicaba el 2 de junio que el rey había permanecido todo el día estudiando la situación con el Duque de Alba, Juan Manrique, Antonio de Toledo y Gutierre López de Padilla (CSP-V, VIII, p. 213).

⁵² Como nos advierte Tiépolo, en enero de 1563: "...del consiglio di Spagna di Guerra, si perche ora la spagna in pace non tiene negozio di momento..." (E. ALBERI, op. cit. V, p. 65). Año y medio más tarde, en carta de 9 de junio de 1564, el embajador inglés Challoner nos transmite entre líneas idéntica sensación al informar de que el Consejo de Guerra se reunía de ordinario un solo día a la semana, el martes, para despachar los asuntos (CSP-FS, E I, 1564-65, p. 152).

⁵³ AGS. GM. LR. 26; más información sobre este asunto en *ibidem*, cédulas de 2 de junio y 9 de julio de 1562. Este litigio todavía coleaba en 1576, cuando por cédula de 24 de julio se ordenaba a Rodrigo Vazquez que se juntara con el Prior Antonio de Toledo y el licenciado Fuenmayor para terminar de ver los papeles (AGS. GM. LR. 31, fol. 50).

la vista de la visita a los Proveedores de Málaga se encomendaba en 1562 a una junta formada por García de Toledo, regente Figueroa, Luis de Avila y Francisco de Eraso⁵⁴. Además, seguía en funcionamiento la *Junta de Galeras*⁵⁵ y tenemos noticia de la actividad de una *Junta de Milicias*⁵⁶.

2.3. La caída del Príncipe de Eboli

Esta situación de predominio del "partido ebolista" comenzó a cambiar a partir del viaje real para celebrar Cortes de la Corona de Aragón, que tuvo lugar entre agosto de 1563 y mayo de 1564⁵⁷. Los Consejos de Estado y Guerra acompañaron al monarca y, dado el escaso trabajo que tenían que despachar, Felipe II no consideró necesario dejar una representación en Madrid para atenderlo⁵⁸. Pero ambos organismos registraron notables ausencias: Juan Manrique de Lara, mayordomo mayor de Isabel de Valois, permaneció junto a la reina en Castilla⁵⁹, mientras que el Conde de Feria se había retirado a sus tierras desde principios de 1563, según parece con el fin de enderezar el estado de su hacienda,

⁵⁴ AGS. GM, leg. 74, n° 65 (s.d.) y copia, fechada el 14 de noviembre de 1562, en *ibidem*, LR. 26.

⁵⁵ AGS. GM, leg. 72, n° 38, octubre 1567: "Las cédulas que se despacharon por Consejo de Galeras...".

⁵⁶ Donde se trataba de la gente levantada por las ciudades, y cuyo secretario era Vázquez de Salazar (memorial sobre este tema, con anotación hológrafa de Eraso indicando "...que se ha de ver en Consejo de Milicia", sin data, en AGS. GM, leg. 71, n° 238). A este respecto, L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, pp. 556-7, nos informa de los pasos dados por Felipe II para el establecimiento de una milicia de 40.000 hombres "para defensa de España por el recelo del levantamiento de los moriscos del Reino de Granada", proyecto que suspendió al enterarse de que el Príncipe Carlos podría estar maquinando obtener el control de las tropas para destronarle.

⁵⁷ En Monzón las Cortes se cerraron en enero de 1564, partiendo luego Felipe II hacia Barcelona. En la ciudad condal clausuró las Cortes catalanas y recibió a sus sobrinos los archiduques Ernesto y Rodolfo (hijos de Maximiliano y su hermana María). En abril hacía su entrada en Valencia, para emprender poco después regreso a Castilla.

⁵⁸ Véase *infra* notas 62 y 63.

⁵⁹ A. G. de AMEZUA Y MAYO, op. cit. II, pp. 51-54.

y no reaparecería hasta bien avanzado 1565⁶⁰; por último, el Duque de Alba, completamente amargado por su escasa influencia, aprovechó el viaje real para girar inspección a sus dominios en Huéscar, cerca de Murcia⁶¹. Así, durante esta jornada solo Ruy Gómez, Antonio de Toledo y Bernardo de Fresneda, con Gonzalo Pérez al frente de la secretaría, actuaron en el Consejo de Estado⁶², mientras que para formar Consejo de Guerra a Gómez y Toledo se sumaban el regente Figueroa y Eraso, con Vázquez de Salazar a cargo del papeleo⁶³.

En estas circunstancias, todavía a lo largo del periplo real Ruy Gómez y Eraso hicieron valer su predominio cerca de Felipe II de forma ostensible. Probablemente el símbolo más espectacular de su triunfo lo constituyó el abandono del gobierno de Flandes por parte del cardenal Granvela, que tuvo lugar el 14 de marzo de 1564, pero el éxito traía en sí mismo el germen de la desgracia para el partido "ebolista". La dirección de las provincias quedó en manos de la nobleza más encumbrada, y a finales de año era ya evidente el desplome de la autoridad de la Monarquía en los Países Bajos así como de la credibilidad de la política defendida por Ruy Gómez y Eraso en este espacio⁶⁴. De forma paralela, a lo largo de los meses siguientes se multiplicaron los indicios de que la marea estaba cambiando de signo.

⁶⁰ Ya en 1560 manifestaba el conde su intención de retirarse de la Corte, a pesar de su innegable ambición política (carta a Granvela de 7 de septiembre de 1560 en BPRM. Ms. 2291, nums. 203-206), decisión que tomó finalmente a principios de 1563, como nos informa Tiépolo en su relación de enero de ese año ("...e ritirato a casa per i molti debiti che si ritrova avere"; E. ALBERI, op. cit. V, p. 69). Tras la vuelta de Felipe II de Monzón le escribía desde sus estados, alegrándose de su retorno y comunicando que todavía permanecería un tiempo apartado (AGS. E, leg. 144, n° 316; cit. M. FERNANDEZ ALVAREZ, Tres embajadores..., p. 53).

⁶¹ W. S. MALTBY, op. cit. pp. 153-154.

⁶² Acerca de la actividad del Consejo de Estado, en noviembre de 1563 discutía una posible boda entre el príncipe don Carlos y María Estuardo, así como la situación del Príncipe de Orange y los castillos de Marco Antonio Colonna (AGS. E, leg. 144, n° 81), mientras que en Barcelona, ya en 1564, se trataba del nombramiento de embajadores (*ibidem*, n° 170).

⁶³ Respecto al Consejo de Guerra, el día de navidad de 1563 ordenaba Felipe II desde Monzón que ciertas diligencias judiciales se vieran en Madrid por los alcaldes de Casa y Corte, ya que "...por hallarnos en estos reynos donde el dicho Consejo (de Guerra) reside con nuestra real persona..." se sufriría gran retraso si hubiera que enviarlas a la ciudad aragonesa (AGS. GM. LR. 25, fol. 409r); el 24 de febrero, en Barcelona, mandaba el rey se viesen en este Consejo ciertas peticiones del embajador inglés, referentes al embargo de navios ingleses en Guipúzcoa (AGS. GM, leg. 71, n° 42).

⁶⁴ P. D. LAGOMARSINO, op. cit. pp. 86 ss.

Eraso sufría los primeros embates de una visita, que había sido ordenada en enero de 1563 para los organismos hacendísticos, pero que después de la jornada a Monzón comenzaría a dar muestras de su carácter político, al tiempo que se hacía patente el fracaso del plan del "partido ebolista" para recomponer la hacienda real⁶⁵. Además, algunos de los más firmes apoyos en la Corte del Príncipe de Eboli desaparecían del escenario: en enero de 1564 el Marqués de Mondéjar obtenía licencia del rey para abandonar la presidencia de Castilla y la Corte, siendo nombrado para tan alto cargo el regente Figueroa⁶⁶, que una vez asentado en el mismo mostró un interés muy personal en la visita a Eraso; seis meses más tarde era el Duque de Francavilla quien dejaba atrás el ambiente cortesano para ocupar el virreinato de Cataluña. El mismo Ruy Gómez fue elegido en agosto de 1564, tras la muerte de García de Toledo, ayo del príncipe don Carlos, puesto codiciado, pero muy ingrato debido a las más que dudosas condiciones mentales del heredero⁶⁷.

En realidad, el "partido ebolista" no era el más indicado para desarrollar las nuevas ideas que Felipe II comenzaba a impulsar para definir el carácter de su Monarquía. Al menos desde 1562 se habían sucedido las tensiones entre el Rey Católico y Pío IV, que ocupaba el solio pontificio, debido a la creciente necesidad del Rey Católico de implantar en sus reinos una ideología intransigente, acorde con sus intereses. Motivos de discordia fueron la aplicación de los acuerdos emanados del Concilio de Trento, proceso estrechamente controlado por

⁶⁵ Según el embajador francés, la visita fue ordenada por Felipe II al tiempo que convocaba las Cortes castellanas, en cumplimiento de la promesa que hiciera en la última sesión de las mismas (carta de Saint-Sulpice a Catalina de Medicis, 31 de enero de 1563; E. CABIE, op. cit. p. 112). Acerca del desarrollo de la investigación sobre Eraso, C. J. CARLOS MORALES, "El poder de los secretarios...", pp. 140-145, y sobre el fracaso del plan hacendístico del "partido ebolista", C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., p. 129.

⁶⁶ Señalaba el licenciado Vaca de Castro al rey, en carta de 31 de enero de 1564: "La provisión que V. Mag. a hecho en el regente Figueroa para el cargo de Presidente del Consejo Real a sido acertada, y el marqués muestra estar contento de que V. Mag. le aya dado licencia para yrse a su casa, y héchole en ella merced. Dize que se partirá dentro de quatro días" (AGS. E, leg. 144, n° 290). Respecto a la merced concedida por el Monarca, es L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 354 quien nos informa como "...por su vexeiz retirado le dio Don Felipe II 30.000 ducados de ayuda de costa y 6.000 de renta, y aumentando su estado en la provincia de Almoguera y villa de Fuentenueva, en el reino de Granada y el cortijo de Alboarza. Falleció en el año de 1566 a los 78 de edad".

⁶⁷ L. P. GACHARD, Don Carlos..., pp. 127-128, aporta la base documental de este nombramiento.

el rey, así como la reforma de las ordenes religiosas, que el Rey Prudente intentaba realizar desde una óptica hispana⁶⁸. Todo ello preludiaba el confesionalismo de la época de Espinosa.

La disminución de la influencia del Príncipe de Eboli se manifestó claramente con su exclusión de la comitiva que en junio de 1565 habría de mantener una entrevista con la Corte francesa, en Bayona, misión dirigida por el Duque de Alba⁶⁹; la humillación fue terrible, no solo por suponer el reconocimiento explícito de que habían fracasado sus ideas respecto a las relaciones con la Monarquía vecina -impresión que Alba se apresuró a explotar-, sino por el hecho de que había sido el principal defensor del encuentro⁷⁰. Pero además la constante atención al príncipe don Carlos contribuyó a mantenerle físicamente alejado del rey⁷¹, imposibilitando así el ejercicio de su influencia en el ánimo del monarca, con lo que se fueron diluyendo su protagonismo y relevancia en la Corte⁷².

⁶⁸ Una buena síntesis de la situación en J. MARTINEZ MILLAN, "En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de Espinosa", La Corte de Felipe II (J. MARTINEZ MILLAN, ed., Madrid 1994, pp. 200-209).

⁶⁹ Para este episodio, A. G. de AMEZUA Y MAYO, Isabel de Valois..., II, cap. XIII. El Consejo de Estado, en sesión celebrada el 23 de noviembre de 1564, había recomendado la celebración del encuentro tomando las debidas precauciones (AGS. E. leg. K 1505, n° 22; ADE-NF. VI, pp. 493-496); en ello tuvo que ver probablemente la mano de Eboli, principal defensor de la reunión.

⁷⁰ Desde Huéscar, el 22 de diciembre de 1563, Alba resaltaba el fracaso de la política seguida con Francia: "Todos los remedios que de cuatro años a esta parte se han aplicado a esto han sido para entretener que no cayese de golpe esta máquina y diese tiempo y lugar a V. M. para ponerse en orden, de manera que ellos vieses la razón que tenían de temer salir un punto de la voluntad de V. M..." (AGS. E, leg. 143, n° 4; EDA. I, p. 565) y, por tanto, aconsejaba un cambio de política para tratar de obligar a la regente a cortar el mal de raíz, realizando las reformas oportunas en el gobierno. Más explícito sobre la postura de Alba era el diplomático galo Saint-Sulpice, que en notas de noviembre de 1566 afirmaba como "Le duc d'Albe a fait toutes les menees qu'il a pu pour rendre Evoly suspect a son maitre pour les affaires France; et a ce propos Evoly a dit au roi que s'il fut alle a Bayonne la chretiente serait en repos, et qu'il connaissait le duc miex que lui" (E. CABIE, op. cit. p. 433).

⁷¹ Acerca de las consecuencias sobre la posición de Ruy Gómez, valga como ejemplo el billete de Gonzalo Pérez al rey de 25 de junio de 1565, en el que informaba de la ausencia de Gómez del Consejo de Estado por hallarse atendiendo al príncipe, y esperaba órdenes de Felipe II para enviarle una documentación para recabar su opinión; el monarca contestó afirmativamente (AGS. E, leg. 146, n° 48; GP. II, p. 510).

⁷² Casi se ha convertido en un tópico presentar como uno de los hitos de la pérdida de influencia de Ruy Gómez su exclusión del Consejo de Estado, basándose en un billete de Gonzalo Pérez al rey de 4 de octubre de 1565 en el que informa de la opinión del Duque de Alba y Antonio de Toledo sobre ciertas cartas de Flandes, quedando significativamente excluidos los partidarios de Gómez (AGS. E, leg. 146, n° 108; GP. II,

2.3.1. La ampliación de los Consejos de Estado y Guerra

La quiebra en el entorno político del monarca tuvo un efecto inmediato sobre el Consejo de Estado. Si bien en principio ninguna facción ocupó de forma clara el espacio dejado por el "partido ebolista", cuando lo hizo el Duque de Alba, defensor de la intransigencia, la gravedad de los acontecimientos en Flandes impelió al monarca a buscar una base más amplia para asesorarse. Así que, en los tres años que transcurrieron entre el final de la jornada real a la Corona de Aragón y la partida del duque hacia el norte, el Consejo de Estado habría de conocer una actividad inusitada.

Para afrontar los nuevos problemas, el rey contaba con el reducido grupo que le había servido desde 1560, pero habían desaparecido de la escena la mayor parte de los diferentes personajes que en la Corte se honraban con el título de consejeros de Estado y Guerra, herencia de la regencia de Juana, aunque hiciera varios años que no fueran convocados de forma regular. Ya dimos cuenta de las retiradas del Marqués de Mondéjar y el Duque de Francavilla, así como de la muerte de García de Toledo; además, en abril de 1565 moría el regente Figueroa y Valdés abandonaba sus cargos unos meses más tarde. Felipe II inició por tanto una fase de ampliación, que habría de renovar sustancialmente la base de los Consejos. Resulta significativo que se abriera, desde el regreso de la jornada aragonesa, con la entrada del heredero de la Corona, don Carlos⁷³, seguido meses más tarde por don Juan de Austria⁷⁴.

pp. 564-565). El mismo profesor LAGOMARSINO (op. cit. p. 187) muestra sus dudas de que se tratara de una reunión formal del Consejo, aunque la acepta como tal por la actitud que detecta en Gonzalo Pérez. A nuestro juicio, no es que fuera excluido del Consejo de Estado, sino de la versión más íntima del mismo, pasando temporalmente a ser tratado como del grupo más amplio de consejeros; de hecho, siguió siendo consultado allí donde estuviere: en billete hológrafo de Felipe II a Gonzalo Pérez, fechado probablemente en octubre, le ordenaba "...que mañana mostreis a Ruy Gómez (...) los papeles que oy se han visto aquí para que él también pueda pensar sobre ello..." (AGS. E, leg. 146, n° 90; GP. II, p. 581). En todo caso, el resultado fue, en efecto, la exclusión temporal de Eboli del círculo de confianza.

⁷³ El debut del príncipe es relatado por el embajador inglés, Challoner, en carta a Isabel I de 18 de junio de 1564 (CSP-FS. E I, 1564-65, p. 160); véase asimismo L. P. GACHARD, *Don Carlos...*, p. 127. Sobre la relación posterior del heredero con los Consejos de Estado y Guerra, en mayo de 1567 el embajador francés Fourquevaux comentaba que sus sesiones se celebraban en la cámara de don Carlos (DF. I, p. 220); pero, en todo caso, nunca participó en la deliberación de las materias más graves: valgan como ejemplos de la situación dos billetes hológrafos de Felipe II, datables en los primeros meses de 1567, disponiendo el estudio de cierta documentación de Flandes. Así, mientras en el primero leemos "...embío las demás para que se vean con el Príncipe en Consejo de

En ambos casos se trató en realidad de una cuestión formativa, pues la intención del monarca era la introducción de los dos jóvenes en las tareas de gobierno, y no hay que atribuir a la casualidad el hecho de que pocas semanas después fuera nombrado consejero de Estado Luis Quijada, a cuyo cargo había estado la crianza de don Juan y que, había ejercido como su mayordomo mayor desde la muerte de García de Toledo en el mes de enero⁷⁵. Además, Juan de la Cerda, IV Duque de Medinaceli, juró como consejero tras su regreso del virreinato de Sicilia a finales de 1565; muy cercano a Eboli, no permaneció en la Corte el tiempo suficiente para apoyarle en su declive, pues en abril de 1567 fue nombrado virrey de Navarra⁷⁶. Por último, Diego de Espinosa, presidente

Estado" (AGS. E, leg. 532, doc. 1º), en el segundo anotaba "...todo lo podreis comunicar con los que he dicho y hazerse lo que pareciere. El príncipe no me parece que combiene que entienda nada desto" (*ibidem*, s. n.).

⁷⁴ La historia del hermano del rey, hijo bastardo de Carlos V, resulta muy conocida. Criado de incógnito en casa del mayordomo del Emperador Luis Quijada, fue reconocido por Felipe II si bien nunca le concedió el tratamiento de Alteza. Entró en los Consejos de Estado y Guerra en 1565 (ejemplos de su intervención en esta época en BL. Add. 28.262, fols. 308v., 310 y 347). Capitán general de la mar en 1568, al frente del ejército del rey en las Alpujarras un año más tarde y general de la Liga contra el turco en 1571, cuando obtuvo su éxito militar más sonado. Excepto una breve visita a la Corte a comienzos de 1575, se mantuvo en Italia y el Mediterráneo hasta 1576, ocupado en la lucha contra el infiel (con victorias como la toma de Túnez en 1573) y llegando a asumir el mando general de las posesiones de Felipe II en aquella península. De este periodo datan sus sinuosas relaciones con el Papado y con Antonio Pérez, ocupando el centro de oscuros intereses políticos. Elegido Gobernador de Flandes en 1576, murió en el cargo el 1 de octubre de 1578. El mejor trabajo sobre el vencedor de Lepanto es, sin duda, P. O. de TÖRNE, Don Juan d'Autriche et les projets de conquête de l'Angleterre: etude historique sur dix annees du seizieme siecle, 1568-1578, Helsingfors 1915, 2 vols. Además, resulta de interés por sus ricos apéndices documentales B. PORREÑO, Historia del serenísimo señor Don Juan de Austria, Madrid 1899.

⁷⁵ El nombramiento de Quijada lo relata Gonzalo Pérez en carta a Juan Vázquez de Molina de 26 de agosto de 1564: "...y a Luis Quijada hizo del Consejo destado, y le dio la mejor encomienda que vacó por Don Juan Pimentel" (AGS. E, leg. 144, n.º 366; transcrita con algunas variaciones por L. P. GACHARD, Don Carlos..., p. 136, n. 29). Luis Méndez Quijada, señor de Villagarcía, había seguido al Emperador en todas sus campañas, en principio como soldado, obteniendo más tarde el oficio de mayordomo. A comienzos de los años cincuenta Carlos V le confiara la crianza de su hijo ilegítimo, Juan de Austria. Mientras cumplía esta misión en Villagarcía, fue llamado para asistir al Emperador en su retiro, permaneciendo en Yuste hasta la muerte de Carlos V. En 1559 Felipe II le nombró ayo de don Juan de Austria y caballero mayor del príncipe don Carlos. Consejero de Estado en 1564, en mayo de 1568 alcanzó la presidencia de Indias (AGS. EMR. QC, leg. 32), que ejerció muy poco tiempo: al estallar la rebelión morisca ese mismo año, Felipe II dispuso su presencia a la vera de su antaño pupilo, Don Juan, que estaba al frente del ejército real. Murió el 25 de febrero de 1570 tras el asalto al castillo de Serón. Noticias sobre Quijada en C. PEREZ PICON, "Don Luis Méndez Quijada, Presidente del Real Consejo de Indias", en El Consejo de las Indias en el siglo XVI (D. RAMOS, ed. Valladolid 1970) pp. 89-108.

⁷⁶ Juan de la Cerda y Silva, Duque de Medinaceli y Marqués de Cogolludo, había sustituido en el virreinato de Sicilia a Juan de Vega en 1557, ocupando el cargo hasta 1565. La relación con Eboli la resaltaba el embajador francés en carta de 20 de septiembre: "Il est proche allie de Ruy Gommès qui le favorize de ce qu'il peult" (DF. II, p. 268). Virrey de Navarra entre 1567 y 1570 (copia del título, fechado el 16 de abril de 1567, en BNM. Ms. 781, fol. 114), en septiembre de este último año fue

del Consejo de Castilla desde agosto de 1565, accedería poco después al Consejo de Estado, un paso más en su fulgurante vuelo hacia los más altos escalones del poder, subido en las alas de la firme voluntad de Felipe II de implantar en sus reinos el confesionalismo⁷⁷.

En un primer momento la renovación tuvo la única virtud, amén de constatar la incapacidad del heredero, de dividir el Consejo en dos secciones bien diferenciadas⁷⁸: Felipe II siguió apoyándose fundamentalmente en el núcleo más antiguo de consejeros con la única adición de Espinosa⁷⁹, donde la voz del Duque de Alba se escuchaba cada vez con mayor fuerza (especialmente en asuntos eclesiásticos, dado el proceso que, como hemos comentado, estaba poniendo en marcha el monarca⁸⁰), al tiempo que la intervención de Eboli y sus partidarios se

convocado a la Corte para notificarle el nombramiento de gobernador de los Países Bajos en lugar del Duque de Alba (DF. II, p. 268). Estuvo entretenido entre la Corte y su casa hasta su embarcación, hacia mediados de 1571. Enfrentado duramente con Alba, a ambos los sustituyó Requesens, regresando a finales de 1572 a la Corte, donde participó en sesiones de los Consejos de Estado y Guerra hasta su muerte en agosto de 1575.

⁷⁷ Acerca de la figura de Espinosa, nos remitimos a los trabajos del profesor MARTINEZ MILLAN, "Un curioso manuscrito: el libro de gobierno del Cardenal Diego de Espinosa (1512?-1572)", *Hispania*, LIII/1, num. 183 (1993), pp. 299-344; IDEM, "En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de Espinosa", *La Corte de Felipe II* (J. MARTINEZ MILLAN, ed., Madrid 1994, pp. 189-228).

⁷⁸ Esta división, que exponemos a continuación, fue ya señalada por el embajador veneciano Antonio Tiepolo, en su relación de 1567: distinguía entre el grupo formado por el Duque de Alba, Ruy Gómez, Juan Manrique, Conde de Feria, Antonio de Toledo y el Duque de Medinaceli (a los que se unió coyunturalmente el Duque de Francavilla, llegado desde su puesto de virrey de Cataluña), los cuales consultaban las materias más graves; además existía un segundo conjunto formado por Luis de Avila, Bernardo de Fresneda, el príncipe don Carlos y Juan de Austria, a los que se acudía solo en escasas ocasiones (A. ALBERI, op. cit. pp. 147-148); en esta relación, el embajador omite a Luis Quijada y a Diego de Espinosa.

⁷⁹ Acerca de la actividad de este reducida versión del Consejo de Estado, AGS. E, leg. 146, n° 93, Felipe II a Gonzalo Pérez ("La carta de Madama podrían ver los tres (...) las cartas de Inglaterra podrán ver los tres..."); *ibidem*, n° 150, respuesta hológrafa del rey a un billete de Gonzalo Pérez de marzo de 1565; *ibidem*, n° 153, Gonzalo Pérez al rey, 24 de marzo de 1565 ("Han estado juntos hasta ahora el duque y el Prior y Ruy Gómez, y platicado sobre los puntos que V. Mag. mandó..."; relación de lo platicado en *ibidem*, n° 151). El 22 de mayo Pérez enviaba una información al rey para que lo viesen "el duque y los del Consejo de Estado" (*ibidem*, n° 163; GP. II, p. 496). El Conde de Feria había estado retirado desde principios de 1563; la primera noticia de su aparición en la respuesta del rey a un billete de Gonzalo Pérez de 21 de junio de 1565: "Ya han visto esta carta (del duque de Florencia) el conde de Feria y el Prior, que están aquí" AGS. E, leg. 146, n° 47; GP. II, p. 507); se mantuvo escaso tiempo con Felipe II, pasando a desarrollar su labor en Madrid (AGS. E, leg. 146, n° 136; GP. II, p. 584; Gonzalo Pérez al rey, 25 de octubre de 1565). La presencia de Juan Manrique de Lara resulta sumamente irregular, al parecer ocupado en el servicio a la reina.

⁸⁰ Era miembro, junto con Juan Manrique, el doctor Velasco y el doctor Gallo, de la *junta* instituida para estudiar determinadas dificultades surgidas en la celebración de los concilios provinciales para implantar la doctrina de Trento; la

difuminaba progresivamente⁸¹. Pero, además, en la sede del gobierno, Madrid, coexistía otra versión del Consejo donde el monarca ordenaba discutir asimismo diversos asuntos, ordinariamente de menor entidad⁸². El punto de conexión entre ambas fracciones del organismo lo constituía la secretaría, dirigida por un revalorizado Gonzalo Pérez, a quien la caída del "ebolismo" había permitido asimismo aumentar de forma considerable su confianza con el monarca⁸³.

Precisamente la muerte del experimentado secretario, acaecida el 12 de abril de 1566, abrió una turbulenta lucha por el control de la secretaría vacante. Ambos aspirantes, si bien compartían un origen común en la esfera del fallecido, habrían de encontrar su apoyo en facciones antagónicas: Gabriel de Zayas era el candidato del Duque de Alba, mientras que Antonio Pérez, hijo ilegítimo de Gonzalo Pérez y preparado por éste, acudió a Ruy Gómez, y luego a Diego de Espinosa, para alcanzar su meta. En ello no hacía sino seguir la senda marcada por su padre, que antes de morir se había enemistado profundamente con el Duque de Alba⁸⁴. Felipe II no adoptó una decisión

importancia de la posición del duque puede observarse en el billete de Gonzalo Pérez al rey de 13 de agosto de 1565: "El Duque Dalva es ydo allá, y assí no se podrá hazer la junta sobre lo del Concilio Provincial y cossas que dependen del. V. Mag. mandará en ello lo que será servido, porque solos Velasco y Gallo no se resolverán", (AGS. E, leg. 146, n° 76; GP. II, p. 526; más información en *ibídem*, n° 82).

⁸¹ Véanse *supra* notas 71 y 72.

⁸² Véase *supra* nota 78. Como ejemplo de su actividad, Felipe II, desde Aranjuez, en respuesta a un billete de Gonzalo Pérez de 22 de junio de 1565, señalaba como cierta correspondencia italiana la había mostrado a Antonio de Toledo y Conde de Feria (que residían con su persona en ese momento), "...y será bien que las vean los del Consejo que estuvieren ahí" (AGS. E, leg. 146, n° 171; GP. II, p. 506). En la contestación, fechada tres días más tarde, Pérez apuntaba como "De los del Consejo Destado no han quedado aquí más de Don Luis Dávila y el Obispo de Cuenca (...) y pues están Luis Quixada y Ruy Gómez de Silva con su Alteza (Príncipe Carlos)..." (AGS. E, leg. 146, n° 48; GP. II, p. 510). Es preciso señalar que en estas fechas el Duque de Alba y Juan Manrique de Lara se hallaban en la conferencia de Bayona.

⁸³ Buen ejemplo de ello son los billetes del secretario al monarca y viceversa, localizados en AGS. E, leg. 146, nums. 38-179 (publicados la mayor parte en GP. II, *passim*).

⁸⁴ El enfrentamiento entre el Duque de Alba y Gonzalo Pérez es de orígenes oscuros y ha sido causa de cierta polémica: en tanto Marañón opinaba que nunca habían estado muy unidos, González Palencia pensaba exactamente lo contrario. El profesor LAGOMARSINO, op. cit. pp. 226-229, resume las posturas y aporta la base documental para tratar de establecer las bases del rompimiento: pudo deberse a la negativa del Duque de Alba a apoyar, en agosto de 1564, el nombramiento cardenalicio para el secretario, postura que se repetiría cuando, a finales de 1565, Gonzalo Pérez acudió de nuevo al aristócrata para asegurarse la sucesión de su oficio en favor de su hijo, Antonio Pérez.

inmediata, quedando la secretaría interinamente atendida por los dos personajes, si bien ni tan siquiera ostentaban el título de secretario real, paso previo imprescindible para acceder a la categoría de secretario de Estado.

2.3.2. Flandes y la marcha del Duque de Alba

La aceleración de los acontecimientos en Flandes abrió un nuevo período en la actividad del Consejo de Estado, de la cual nos ha dado cumplida cuenta el profesor Lagomarsino en su excelente trabajo⁸⁵. La necesidad de tomar decisiones de largo alcance (en especial la posibilidad del envío de un ejército para imponer orden y la conveniencia o no de la presencia del monarca al frente del mismo⁸⁶), propició la reunión frecuente del Consejo pleno, congregando a todos los miembros del organismo a fin de contrastar al máximo las diferentes alternativas planteadas. Es evidente que primaron las opiniones del Duque de Alba, apoyado ahora por Juan Manrique de Lara, pero también lo es que el Consejo de Estado adquirió, de forma coyuntural, una relevancia como no había conocido desde los tiempos de la regencia de la princesa Juana.

El Consejo de Guerra no fue ajeno al ambiente de crisis que se vivió en la Corte del Rey Prudente en 1566. La sombra de Eraso sobre los asuntos militares disminuía al mismo ritmo que desaparecía su influencia en el gobierno, gracias a los ataques de sus enemigos. La señal más evidente fue la entrada de un nuevo consejero, Francisco de Ibarra⁸⁷, el primero que lo hacía desde los comienzos del reinado de

⁸⁵ Op. cit. pp. 240-264.

⁸⁶ En este sentido, las reuniones más conocidas fueron la celebrada el 21 de septiembre (tras la cual parece que el rey se convenció de la necesidad de la intervención armada) y sobre todo la que tuvo lugar el 29 de octubre para discutir la presencia del monarca en Flandes: en tanto que Eboli y sus partidarios (el Conde de Feria, Fresneda, Antonio Pérez) se oponían firmemente, el Duque de Alba consideraba que era la única solución posible, y solo admitía como alternativa el envío previo de un ejército al frente de un experimentado general con el fin de preparar la situación (*ibidem*).

⁸⁷ Miembro de una familia que se distinguió en el servicio a la Corona (hermano de Esteban, que alcanzaría la secretaría de Guerra, y de Pedro, contador del ejército de Piamonte y Milán con el emperador). En 1541 sustituyó interinamente a su hermano en Milán, ejerciendo el puesto hasta 1556, cuando tuvo que devolverle el oficio (copia del

Felipe II careciendo de cualquier tipo de relación formal con el Consejo de Estado. Comisario y proveedor general de los ejércitos y armadas del rey, muy vinculado al Duque de Alba, fue apresuradamente traído desde Italia con el fin de disponer de sus valiosos conocimientos técnicos en cualquier eventualidad que surgiese⁸⁸. En el mes de mayo empezó a intervenir en Consejo de Guerra⁸⁹, y cuatro meses más tarde, el 21 de septiembre, era convocado al Consejo de Estado, junto con Eraso y Juan Vázquez de Salazar, para aportar su experto juicio en materia logística respecto a una ya más que posible expedición militar a Flandes⁹⁰.

título en BL. Add. 28.435, f. 158b; véase además AGS. CC. Lib. Ced. 127, fol. 107v-108r; BPRM. Ms. 2324, fols. 92 y 141; BPRM. Ms. 2288, fols. 115 y 160), habiendo sido ya nombrado comisario general del rey en Piamonte y Lombardía (1555; copia del título en BL. Add. 28.435, fol. 143b). En estos cargos fraguó su excelente reputación en materia logística, base del funcionamiento de los ejércitos, lo cual le sirvió para consolidar su relación con el Duque de Alba. En 1560 se hallaba en la Corte, siguiendo un pleito que le había puesto su propio hermano sobre el oficio de Milán (BPRM. Ms. 2249, n° 78). El 7 de agosto de 1562 recibió los títulos de Comisario y Proveedor General "...de los nuestros ejércitos que mandaremos hazer y juntar en estos dhos nuestros reinos" (existen copias en AGS. E, leg. 142, y AGS. GM, leg. 73, n° 94; la instrucción para el cargo en *ibidem*, n° 96), así como de proveedor general de las armadas a levantar por la monarquía hispana. En 1566, cuando se hallaba en Italia, fue convocado urgentemente a la Corte para aportar sus valiosos conocimientos a la organización de la expedición que se preparaba hacia Flandes, y desde el mes de mayo comenzó a entrar en Consejo de Guerra. Acompañó al Duque de Alba a Flandes, de donde volvió a finales de 1570, tras mantener ciertas diferencias con el duque (RAH, Ms. A-67, fols. 187 y 280). Tras un breve paso por la Corte (AGS. GM, leg. 76, n° 126) participó en la jornada de Lepanto en 1571. Desde 1572 se estableció definitivamente en Madrid, interviniendo de forma muy activa en el Consejo de Guerra hasta su muerte en 1580.

⁸⁸ En carta de 30 de abril de 1566 el embajador francés proporcionaba a Catalina de Medicis la noticia de la urgente convocatoria de Francisco de Ibarra, al que se esperaba en la Corte de un momento a otro y causada, según sus fuentes, "...pour dresser quelque grand embarquement, car il n'y a homme en Espagne que luy pour telz affaires" (M. J. C. DOUAIS, ed., Depeches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne (1565-1572), Paris 1896 -en adelante DF.- I, p. 84).

⁸⁹ El mismo Ibarra relata la circunstancia en carta al Duque de Alburquerque de 10 de junio de 1566: "Yo he començado a entrar en Consejo y a husar de mi oficio pero no a tomar salario..." (AGS. E, leg. 148, n° 178); reclamó repetidamente sus emolumentos como proveedor general, a contar desde el mes de mayo que había comenzado a servir (AGS. GM, leg. 72, n° 259), pero no sería hasta el 28 de abril del año siguiente, camino ya de Flandes, cuando se le asignaron 1.200 ducados anuales con efectos de primero de enero de 1567 (BNM. Ms. 781, fol. 119v-120r), a los que se añadieron, por cédula de 29 de junio, otros doscientos para pagar los oficiales que fueran menester para mantener la maquinaria burocrática del cargo (AGS. GM. LR. 31, fol. 115). Con todo, a comienzos de los años setenta pediría aclaraciones sobre las facultades de sus oficios (AGS. GM, leg. 73, n° 93).

⁹⁰ Carta de Fourquevaux de 21 de septiembre: "Led jour furent mandez Erasso, Juhan Vasque d'Ysalazar, secreteres d'estat et Francisco Divarra, pour estre lendemain au Bosc tenir conseil..." (DF. I, p. 133). Acerca de la reunión del Consejo de Estado, tras la cual Felipe II decidió la intervención armada en Flandes, favorecida por las noticias que llegaban sobre la inactividad de los turcos y la llegada de una bien surtida flota de Indias -si bien permanecía la duda sobre su propia marcha-, véase P. D. LAGOMARSINO, op. cit. pp. 247-250.

En efecto, una vez aceptada por el rey la opinión del Duque de Alba, el envío de un ejército a fin de preparar el terreno antes de su propia marcha, solo quedaba decidir quien habría de comandarlo. Tras rechazar el puesto los Duques de Parma y Saboya, Alba, muy a su pesar, tuvo que asumirlo a finales de noviembre, con el apoyo entusiástico de Eboli y sus partidarios que de este modo eliminaban de la escena a su competidor. Pero, a pesar de ello, el "partido ebolista" no recuperaría la posición que antaño ocupara en la Corte. Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla e Inquisidor General, que incluso llegó a actuar como intermediario en un remedo de reconciliación entre Alba y Ruy Gómez⁹¹, surgió entre ambas facciones acaparando la confianza del monarca de forma asombrosa.

A principios de mayo de 1567 el Duque de Alba, precedido en unas semanas por Francisco de Ibarra⁹², se embarcaba rumbo a Italia, punto de partida desde el cual habría de inaugurar el "camino español" hacia Flandes⁹³. Tras sí dejaba una situación que, para cortesanos como el Conde de Chinchón, no admitía dudas, por lo que se apresuraba a informar a sus allegados fuera de la Corte advirtiéndoles de la forma en que debían ganarse la voluntad de Diego de Espinosa pues "...la hora de agora es el hombre de toda España de quien el rey haze más confiança y con quien más negocios trata, assy de España como de fuera della"⁹⁴.

⁹¹ "Le president du Conseil Royal a reconsiliez les duc et Ruy Gommès, n'a guere de jours; lesquels sieurs sont a present bon amy, ou ilz en font le semblants", informe de Fourquevaux al rey, 24 de marzo de 1567 (DF. I, p. 196).

⁹² L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 496: "Mandó a Francisco de Ibarra fuese a Italia, con dos galeras a llevar el dinero que libró para la provisión de los aprestos...".

⁹³ El problema de Flandes lo trataremos más extensamente, con la bibliografía y documentación correspondiente, en el epígrafe nº 4 de la segunda parte cuando, en pleno conflicto bélico que comenzaba a absorber los recursos de la Monarquía, el "partido papista" ligó su ascenso cortesano en gran medida a don Juan de Austria y el desarrollo de los acontecimientos en ese escenario.

⁹⁴ Carta al Duque de Alburquerque, gobernador de Milán, 15 de diciembre de 1566; antes le prevenía que tuviera "...la mesma cuenta con el Presidente que tenía con Figueroa, y por su mano (de Espinosa) reciba el rey todas las cartas que V. Ilma. le escriviere fuera de la vía ordinaria..." (AGS. E, leg. 148, nº 181).

SEGUNDA PARTE

Confesionalismo y gobierno

(1567-1579)

La necesidad que tuvieron los Príncipes de consolidar las respectivas creencias en sus reinos tras la Dieta de Augsburgo de 1555 (donde se consagró la fórmula "Cuius regio, eius religio"), les llevó a fortalecer las estructuras eclesiásticas y a ejercer un control mucho más riguroso sobre la sociedad, cuya homogeneización según el credo oficial se consideró imprescindible a fin de impedir su contaminación por parte de las religiones tenidas por heréticas. El cumplimiento de este objetivo exigió amplias transformaciones en el gobierno, lo que traslucía la concomitancia existente en la época entre religión y política. Así, se impuso la consolidación de organismos que, integrados por técnicos, pudieran gestionar de forma adecuada la transmisión del poder central y de la nueva ideología a los diferentes estamentos que integraban los reinos¹. Por otro lado, el confesionalismo hizo aparición asimismo en el marco de las relaciones entre los diferentes componentes de la Cristiandad, al lado de las tradicionales motivaciones dinásticas o patrimoniales. En este sentido, el mundo católico asistió a los intentos de liderazgo del Papado por imponer su visión de la política europea, no siempre coincidente con los intereses de la Monarquía de Felipe II.

En efecto, el catolicismo fue la confesión cuya defensa en el conjunto de la cristiandad e implantación y consolidación en sus reinos sirvió a la Monarquía hispana para justificar su política³. Felipe II confió esta tarea a un letrado, Diego de Espinosa, que durante breves años acumuló para ello inmenso poder basándose en gran medida en los letrados. Con sus reformas en el gobierno, dejó planteadas las bases

¹ Véase H. SCHILLING, "The reformation and the rise of the early modern state", Luther and the modern state in Germany, J. D. TRACY ed., Kirsville 1986, pp. 21-30. Analiza el autor el impacto del confesionalismo sobre el surgimiento de los "Estados territoriales" (modernos), en tres vertientes: la administración burocratizada y el surgimiento de las instituciones, la ampliación de las actividades del "Estado" y la posición de los dirigentes y las Cortes.

² Una síntesis del proceso de revisión del fenómeno de la Reforma en la introducción de R. Po-chia HSIA, Social discipline in the reformation central Europe, 1550-1750, London 1989.

³ Para las repercusiones del confesionalismo en la Monarquía hispana, J. MARTINEZ MILLAN, cap. introductorio, La Corte de Felipe II, pp. 22-24.

para la separación entre un ámbito jurisdiccional, encarnado en los Consejos -ocupados por los técnicos, eran a la vez tribunales de justicia y órganos consultivos y de gestión en sus materias respectivas- y, por encima de éste, un espacio donde se discutían las directrices que habían de guiar la política de la Monarquía. De este modo, las relaciones extra institucionales siguieron conformando la base del gobierno, pero ahora bajo premisas diferentes debido a la necesaria articulación entre ambos niveles. Dentro del mismo proceso, Espinosa defendió celosamente la posición de Felipe II frente a los intentos de hegemonía de Pío V en el ámbito de la Cristiandad.

Estos dos aspectos, gobierno interior y situación exterior, definieron el legado de Espinosa, perceptible durante los años inmediatos que siguieron a su muerte. Da cuenta de la importancia que habían adquirido las relaciones con Roma ya en la etapa del cardenal -según la dicotomía entre Confesionalismo y Patrimonialismo- el hecho de que tras su desaparición llegaran a convertirse en la base del juego faccional en la Corte. Los secretarios Antonio Pérez y Mateo Vázquez encabezaron sendos "partidos", filopontificio y castellanista, apoyados en la estela del sistema de *juntas*, que se planteó como la fórmula necesaria para complementar, de forma ejecutiva, la labor de los Consejos.

3.- LA PRIVANZA DE UN LETRADO (1567-1572): EL CARDENAL DIEGO DE ESPINOSA

"...el Cardenal Espinosa, aquel que privó un rato dos, o tres años como relámpago. Relámpago en lo que resplandecía en todas partes, en lo que offuscó las gentes, y ministerios de todos, en lo que passó presto"⁴. El comentario de Antonio Pérez, observador tan cualificado del fenómeno de la adquisición y conservación del favor real, nos transmite la impresión coetánea de lo que fue el período de gobierno del cardenal Espinosa: rapidez en la ascensión, amplitud en el dominio y vertiginosa caída. El grado del poder que llegó a acumular fue prontamente percibido por los embajadores acreditados ante Felipe II, que tenían la necesidad ineludible de establecer en cada momento la situación exacta del escenario cortesano con el fin de negociar de la mejor forma posible los intereses que defendían; así, para el diplomático francés, Espinosa "faict et diffiaict ce qui luy plaist", mientras que el representante de Su Señoría afirmaba que el monarca "...ha posto tutto il governo nelle mani"⁵.

El origen de este poder, al parecer desmesurado, se encontraba en una coyuntura muy determinada que el letrado de Martín Muñoz de las Posadas supo aprovechar. La caída del "ebolismo" y la marcha del Duque de Alba coincidieron con la implantación en la Monarquía hispana de la doctrina surgida del concilio de Trento, esto es, la transformación entera del gobierno en un proceso globalizado bajo el término *confesionalismo*. Para llevar a cabo tan ingente tarea Felipe II dejó en manos de su fiel servidor el control de la mayor parte de los resortes de la administración de la Monarquía. Consciente de que tal

⁴ A. PEREZ, Segundas cartas de Antonio Pérez, con los aphorismos dellas sacadas por el curioso que sacó los de las primeras, Paris 1603, p. 70.

⁵ La expresión de Fourquevaux en carta a Catalina de Medicis, 4 de septiembre de 1570 (DF. II, p. 261). Encontramos en su correspondencia manifestaciones similares el 23 de diciembre de 1568 (...ministre principal ced Sr. Roy comme il est", *ibidem*, p. 30), 28 de febrero de 1569 (cuando se refiere a la "excessive autorite que son maistre luy donne de toutes chozes sanz reservation d'une seulle", atribuyéndolo a la necesidad de dejar a un personaje fuerte en el gobierno en su ausencia; *ibidem*, p. 55); 20 de noviembre de 1569 ("...rien ne s'y peult faire sans luy", *ibidem*, p. 149). La afirmación del embajador veneciano Segismundo Cavalli, en su relación de febrero de 1571, se refería a la reacción de Felipe II al encontrar en su Corte a alguien libre de las parcialidades, de las que estaba ya muy cansado; antes había advertido que Espinosa tenía "...tanto gran favore che e cosa strana" (ALBERI, op. cit. V, p. 180).

empresa solo era posible a través de la creación de una red clientelar en sus diferentes escalones, que la rapidez de su ascenso cortesano le había impedido construir, Espinosa acudió de forma fundamental a los letrados para llenar el vacío. Así, los años que disfrutó de la *gracia* del monarca se caracterizaron por la preeminencia alcanzada por estos especialistas en leyes, perfectos conocedores de las estructuras burocráticas del gobierno y de la administración de justicia que, bajo la batuta del *privado*, pusieron las bases para consolidar los Consejos como órganos de gobierno y, con ello, separar la acción política del ejercicio jurisdiccional.

Sin embargo, el nuevo protagonismo de los letrados no fue bien recibido por la rancia nobleza castellana, que veía como el gobierno quedaba en manos de aquellos a quienes consideraban inferiores por su calidad, amenazando sus propias posiciones políticas⁶. La relaciones de Espinosa con la aristocracia fueron siempre difíciles, y solo en casos muy puntuales se entendió estrechamente con alguno de sus miembros, afinidades que buscaban el mutuo beneficio. Así, mientras en fuera de la Corte Espinosa se vinculaba con personajes como los Duques de Alba y Alburquerque (gobernadores respectivamente de Flandes y Milán) o Juan de Zúñiga (embajador en Roma), en la misma el ejemplo más evidente fue Antonio de la Cueva, pariente lejano de los Duques de Alburquerque y gracias a la intervención del cardenal primer Marqués de Ladrada. A cambio del engrandecimiento de su casa, Espinosa obtuvo en el marqués un leal servidor, al que colocó como mayordomo mayor de la nueva reina, Ana de Austria⁷. Pero estas excepciones no hacían sino alimentar la animosidad del conjunto de la nobleza, que reclamaba su

⁶ Sobre el ascenso de los letrados y el sentimiento que levantó en la aristocracia, véase la breve pero elocuente introducción de I. EZQUERRA REVILLA, "El ascenso de los letrados eclesiásticos: el Presidente del Consejo de Castilla Antonio Muriño de Pazos", La corte de Felipe II, ed. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 271-274.

⁷ El embajador Fourquevaux, en carta de 4 de septiembre de 1570, se refiere a Ladrada como "...parent du Cardinal de Sigence" (DF. II, p. 261). Un mes más tarde, en misiva al monarca francés de 11 de octubre, ampliaba noticias sobre el marqués: "...est declare mayord'home mayor de la nouvelle Royne d'Espagne, une sienne terre qu'on appelle Ladrada, erigee en marquisat et a luy une commanderie de l'ordre de St. Jacques de cinq. mil escuz de rente. Le Roy Catholique l'a voullu ainsi et le Cardinal de Sigence le favorice encore qu'il en desplaie aux grands de Castille" (*ibidem*, II, p. 280). Datos sobre Ladrada, descendiente de un hijo segundón de Beltrán de la Cueva, II, Duque de Alburquerque, en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. II, p. 449; además, parte de su correspondencia durante estos años se encuentra en BL. Add. 28354.

protagonismo en los asuntos de Estado y Guerra a través de los Consejos respectivos, desde los que mantuvo una postura muy crítica contra la persona y actuación del cardenal⁸.

La relación de Espinosa con los Consejos de Estado y Guerra estuvo pues marcada, en palabras de Antonio Pérez referidas a la composición del primero, "...por la enfermedad natural a aquella profession, que era letrado, contra el estado noble"⁹. El nuevo privado tenía entrada en el Consejo de Estado pero su condición religiosa le impedía el acceso al de Guerra, a pesar de lo cual deslindó perfectamente el carácter de ambos organismos. Mientras el de Guerra, con una administración que atender y cabeza de una jurisdicción específica en el ámbito castrense, entraba de lleno en sus planes generales de reforma del gobierno, el Consejo de Estado, como cuerpo esencialmente político, podía suponer una amenaza clara a su posición.

3.1. El Consejo de Estado y el control de un letrado

Espinosa se encontró con dos fuertes escollos en su relación con el Consejo de Estado. Por un lado, su inexperiencia en temas de política exterior, materia en la que entraremos más adelante; pero además tenía el obstáculo añadido de no disfrutar de oficio en la Casa Real, por lo que muy raramente acompañó al monarca en sus periplos constantes como era la circunstancia de algunos consejeros (especialmente Ruy Gómez, el Duque de Feria y Antonio de Toledo) quienes, de este modo, formaban Consejo cabe al soberano.

Con estas premisas, Espinosa puso en marcha un conjunto de medidas dirigidas a reducir la influencia de la nobleza, aumentando al tiempo el papel de los técnicos. En primer lugar, procedió a la renovación del aparato administrativo: el 8 de diciembre de 1567 la

⁸ Muy expresivo resulta el embajador Cavalli cuando afirmaba de Espinosa: "E vero che con questa sua suprema autorita vien odiato estremamente dagli altri consiglieri, ed egli, con il proceder che tiene, essendo alquanto borioso, accresce in loro la mala volonta" (A. ALBERI, op. cit. V. p. 180).

⁹ A. PEREZ, Segundas cartas..., p. 70.

secretaría de Estado de asuntos de fuera de España, que venía siendo desempeñada interinamente desde la muerte de Gonzalo Pérez por Gabriel de Zayas y Antonio Pérez, se desdoblaba para cubrir las expectativas de ambos aspirantes siguiendo un criterio geográfico: Zayas era nombrado secretario de Estado para asuntos del Norte¹⁰, mientras que Pérez obtenía la secretaría de Estado para negocios tocantes a Italia¹¹. La partición no fue arbitraria, pues Gabriel de Zayas se situaba en la órbita del Duque de Alba (quien desde Flandes ejercía su dominio en aquella zona) y Antonio Pérez actuaba bajo la sombra del Príncipe de Eboli, que siempre había mostrado especial interés en consolidar sus relaciones con los distintos componentes políticos de la península itálica, y particularmente con Roma. Pero sobre el trabajo de ambos habría de ejercer estrecha supervisión el cardenal¹². Asimismo, cuando su poder comenzó a tambalearse colocó a Antonio Gracián como secretario

¹⁰ El título en AGS. CG. leg. 1, y las instrucciones en AHN. E, leg. 3028, n° 1 (pubs. por J. A. ESCUDERO, Los secretarios..., III, pp. 645-646 y 757-760, comentadas en I, p. 137-138). El clérigo Gabriel de Zayas entró muy joven al servicio de Gonzalo Pérez, formando parte de su oficina cuando el secretario acompañó al príncipe en diversos viajes (Monzón en 1552, Inglaterra en 1554, Flandes en 1556). Muy ligado al Duque de Alba y a Mateo Vázquez, enfrentado a su colega Antonio Pérez, continuó como secretario de Estado hasta 1579, cuando pasó a desempeñar la secretaría del Consejo de Italia, cargo en el que murió en 1592. Noticias sobre este personaje en P. RODRIGUEZ, "Gabriel de Zayas. Notas biográficas", Espacio, tiempo y forma, serie IV, 4 (1991), pp. 57-70.

¹¹ Secretario de Estado desde diciembre de 1567 (El título en AGS. CG. leg. 1; pub. por J. A. ESCUDERO, Los secretarios..., III, pp. 646-648 y comentario en I, pp. 137-138), emergió como gran protagonista en la Corte hispana en los años setenta como elemento central del "partido papista". Su carrera política terminó en julio de 1579, cuando fue arrestado debido a sus turbios manejos, instrumentalizados por sus opositores políticos encabezados por el secretario Mateo Vázquez. Su huida hacia Aragón en abril de 1590 encendería la mecha para el estallido de las alteraciones en ese reino. Refugiado en Francia, desarrolló gran actividad literaria hasta su muerte, acaecida en París el 3 de noviembre de 1611. La carrera del más famoso de los secretarios de Felipe II tiene su mejor estudio en G. MARAÑÓN, Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época), Madrid 1947, 2 vols. Complementaria a la obra de MARAÑÓN, con nueva documentación, J. I. TELLECHEA IDIGORAS, "Antonio Pérez, a través de la documentación de la Nunciatura de Madrid, Anthologica Annua, n° 5 (1957), pp. 653-682; aporta asimismo datos muy interesantes G. UNGERER, La defensa de Antonio Pérez contra los cargos que se le imputaron en el proceso de visita (1584), Zaragoza 1980. Disponemos de una aproximación a las obras de Pérez, realizada por M. SANTOS LOPEZ, Filosofía y política en la obra de Antonio Pérez, secretario de Felipe II, Madrid 1988 (tesis doctoral leída en la Universidad Complutense). Parte de la documentación generada en su relación diaria con Felipe II en el despacho de los asuntos de gobierno se conserva en IVDJ. Envío 60, caja 80 y BL. Add. 28.262, y se hallarán asimismo interesantes datos biográficos en las encuestas que se realizaron con ocasión de la visita al Consejo de Italia, localizadas en AGS. CC. V, leg. 2797.

¹² De este modo, Antonio Pérez llegó a declarar a Felipe II que se consideraba "...hechura y criatura" del cardenal (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 24) quien, a su vez, le controlaba muy de cerca en el manejo de los asuntos de Estado (por ejemplo ibidem, nums. 51 a 53, 77). De igual modo sucedía con Gabriel de Zayas (véase el billete de éste último a Juan Delgado de 1571, AGS. GM, leg. 75, n° 139).

en el entorno itinerante del monarca para intentar controlar las versiones del Consejo que se celebraban fuera de Madrid.

Además de remodelar la estructura administrativa del Consejo de Estado, Espinosa procuró mantener controlada la operatividad del organismo, cuyas sesiones en Madrid celebraba en su casa¹³, a través de un férreo seguimiento de su componentes, que dio como resultado una acusada disminución de los mismos. De este modo, si aunque Espinosa se encontró con un Consejo de Estado muy numeroso cuando accedió al mismo, durante el período más floreciente de su privanza -que puede situarse entre 1568 y 1570- dicho organismo apenas contó con consejeros¹⁴: a las partidas del Duque de Alba hacia Flandes y el Duque de Medinaceli para Navarra, hubo que sumar el 19 de enero de 1568 el arresto del príncipe Carlos -inevitable colofón a sus desvaríos¹⁵-, mientras que un año después la sublevación de los moriscos de Granada apartaba de la Corte a Juan de Austria (que llevaba unos meses ausente estrenando su cargo de capitán general de la mar) y a Luis Quijada (quien habría de morir en tierras andaluzas); además Juan Manrique de Lara, ausente de los negocios desde los últimos meses de 1568 por una grave enfermedad, en el verano de 1569, una vez recuperado, marchaba hacia Navarra para fortificar el reino en su calidad de capitán general de la artillería¹⁶,

¹³ Véase infra, notas 65 y 68.

¹⁴ A comienzos de 1570 Antonio Pérez consultó al rey quien habría de entrar en Consejo de Estado para ver ciertos asuntos de Italia. La contestación hológrafa de Felipe II nos proporciona preciosa información acerca del dominio de Espinosa sobre el Consejo, su composición y el papel de dos personajes clave en muy diferentes situaciones: la patente decadencia de Francisco de Eraso -a quien restaban pocos meses de vida-, y la estrella ascendente de Velasco, cuyo nombre empezaba a sonar en el Consejo: "...los que se han de juntar a ello y que el Cardenal lo deve de aver ordenado así que son los que se juntan a Consejo de Estado, que son con el Cardenal, el Duque (de Feria) y el Prior (Antonio de Toledo) y Ruy Gómez y el Obispo de Cuenca (Bernardo de Fresneda) y también para estas cosas se podría juntar Velasco y por solo lo de los avisos de Argel pues es cosa dependiente de Guerra se podrá juntar también Eraso y pero no para lo demás" (IVDJ. Envío 60, caja 80, nº 51).

¹⁵ Acerca de la detención, materializada por Felipe II al frente del Consejo de Estado, L. P. GACHARD, Don Carlos..., cap. XII.

¹⁶ Sobre la enfermedad de Juan Manrique, véanse las cartas de Felipe II a Francés de Alava de 7 de enero de 1569 y Gabriel de Zayas al mismo de 12 de enero, 21 de marzo y 15 de abril (pubs. en P. RODRIGUEZ y J. RODRIGUEZ, Don Francés de Alava y Beamonte: correspondencia inédita de Felipe II con su embajador en París (1564-1570), San Sebastián 1991, pp. 289, 291, 319 y 325). Acerca de su marcha a Navarra y de su actividad en aquel reino, es el embajador Fourquevaux quien nos proporciona noticias en cartas de 6 de julio, 19 de agosto y 17 de septiembre de 1569 (DF. II, pp. 86, 110, 117).

falleciendo un año después. Por el contrario, a partir de finales de 1570 el Consejo aumentó de forma considerable¹⁷: a Espinosa, Ruy Gómez, el Duque de Feria, Antonio de Toledo y Fresneda se unieron el doctor Velasco (en principio de forma esporádica, mas aumentaría su protagonismo al mismo ritmo que se apagaba la estrella del cardenal¹⁸), Juan de Austria y el Duque de Medinaceli (quienes pararon unos meses en la Corte antes de alcanzar sus nuevos destinos en el Mediterráneo y Flandes) y dos Grandes de España muy cercanos a Ruy Gómez: el Duque de Francavilla después de su retorno del virreinato de Cataluña en marzo de 1571¹⁹, y el Duque de Sessa, que veía premiada su intervención en Granada al jurar como consejero de Estado y Guerra el 15 de enero de 1571²⁰.

En realidad, los designios de Espinosa respecto a los

¹⁷ Durante este período disponemos de dos relaciones del Consejo de Estado proporcionadas por diplomáticos venecianos: la de Segismundo Cavalli de febrero de 1571 (Alba y Luis de Avila fuera de la Corte, Espinosa, Ruy Gómez, el Duque de Feria, Antonio de Toledo, el Duque de Sessa, Fresneda, el doctor Velasco) y la de Antonio Tiepolo de 1572 (Espinosa, Alba, Ruy Gómez, Antonio de Toledo, los Duques de Medinaceli, Francavilla y Sessa), ALBERI, op. cit. V, pp. 180 ss.

¹⁸ Desde finales de la década de los sesenta el doctor Martín de Velasco comenzó a ser llamado a Consejo de Estado únicamente en ocasiones muy determinadas: véase por ejemplo supra nota 14 así como el billete de Antonio Pérez al rey por las mismas fechas: "Al doctor Velasco he dicho que llamen también hoy a Consejo, pues se ha de tratar de la misma materia que el otro día..." (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 344). Ello concuerda con la afirmación del embajador Cavalli (febrero de 1571): "Si serve anco spessissimo il re dei consigli del dottor Velasco, massime quando occorre trattar in jure, e far scritture d'importanza..." (ALBERI, p. 182). CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, p. 127, afirma que tenía gran experiencia en asuntos de Flandes e Italia y, en todo caso, desde finales de 1570 su presencia en el Consejo fue continua, llegando en los años siguientes a ocupar lugares de privilegio a la vera del monarca (buen ejemplo de ello son los billetes cruzados con el secretario Gabriel de Zayas en 1571, AGS. E, leg. 153, num. 64 a 82).

¹⁹ De nuevo es el embajador francés Fourquevaux quien nos da la noticia, en marzo de 1571: "Le duc de Franqueville, pere de la princesse d'Evolvy, est en ceste Court revoque de sa charge de Visroy de Cathelogne pour la hayne que les Cathelans luy portoient. Mais il est de longtemps president du Conseil d'Itallie" (DF. II, p. 343).

²⁰ Gonzalo Fernández de Córdoba, III Duque de Sessa, había sido gobernador de Milán entre 1558 y 1560; en 1564 fue puesto al frente de las galeras de Levante. Al terminar su mandato, y cuando se hallaba "...en su casa libre de negocios, aunque no de pretensiones" (L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, pp. 681), fue enviado a Granada, bajo las órdenes de Juan de Austria para sofocar la rebelión morisca. Muy cercano a Ruy Gómez y después a Antonio Pérez, a su regreso de tierras andaluzas "Tomose juramento al duque de Sessa por del Consejo de Estado y Guerra" (AGS. GM, leg. 73, n° 63, relación de lo tratado en Consejo de Estado a 15 de enero de 1571). Elegido como lugarteniente general de Juan de Austria en sustitución de Requesens (DF. II, p. 431), abandonó la Corte camino de Nápoles a mediados de 1572 (sobre su marcha, IVDJ. Envío 60, caja 80, num. 294 y 307; AGS. GM, leg. 77, n° 148; leg. 78, n° 222). Regresó en 1578, muriendo el 3 de diciembre del mismo año (datos biográficos en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. I, p. 359).

componentes del Consejo se vieron favorecidos por el hecho de que los consejeros de Estado pertenecientes a la nobleza -la mayoría- eran ajenos a la política confesionalista que deseaba implantar Felipe II. El resultado fue la incapacidad de la nobleza de organizar una oposición seria al cardenal desde el Consejo, ya se trataran temas como la penuria hacendística²¹, la guerra de Granada²², la estrategia militar o la política exterior, cuestión ésta que continuó acaparando las sesiones del organismo²³. Sin embargo, este proceso afectó por igual al Consejo de Guerra que, tras la marcha de Francisco de Ibarra con el Duque de Alba, se componía íntegramente de consejeros de Estado²⁴. Pero el Consejo de Guerra, al contrario que el de Estado, tenía unas funciones jurisdiccionales que atender y un conjunto de obligaciones burocráticas que solo en ese ámbito se podían despachar, por lo que hubiera resultado incongruente con la política desarrollada por el cardenal en el gobierno de la Monarquía no ocuparse del correcto funcionamiento de tan importante parcela de la administración. A ello se aplicó, pero la guerra de Granada, iniciada en la Navidad de 1568, le obligó a elaborar una estrategia en dos tiempos, pues no era aconsejable realizar cambios en puestos clave de cara a la organización de la campaña.

²¹ Dos ejemplos: en 1569 el monarca ordenaba al Consejo de Estado estudiar nuevas fórmulas que había ideado el Consejo de Hacienda para el incremento de las rentas reales, que se encontraban consumidas (minuta en AGS. E, leg. 98, n° 19), mientras que el 9 de diciembre de 1570 el contador Garnica informaba en Consejo sobre las rentas reales en Granada (AGS. GM, leg. 73, n° 63). Acerca del dominio de Espinosa sobre la hacienda de la Monarquía en esta época, C. J. de CARLOS MORALES, Política y finanzas..., pp. 130-147.

²² Como veremos en el epígrafe siguiente.

²³ Si bien desconocemos el destino del grueso de las consultas del Consejo de Estado durante el reinado de Felipe II, los ejemplos que se conservan demuestran este aserto; además de la documentación citada más adelante referida a cuestiones concretas, véase AGS. E, leg. 159, n° 82 (tras carpeta 45): consulta del Consejo, anotada al margen por el rey, sobre cartas del virrey de Nápoles, gobernador de Milán, Juan de Zúñiga, etc. e ibidem, n° 99, relación al monarca de asuntos de Estado; también sobre Italia, consulta del Consejo el 16 de abril de 1570, en Córdoba (AGS. E, leg. 1229, nums. 26 y 32). Por lo que toca a Portugal, AGS. E, leg. 387, n° 21 (parecer del Consejo a 12 de agosto de 1570), leg. 388, nums. 86 (fragmento de minuta de consulta del consejo, febrero 1571), 141 (consulta de 16 de octubre de 1571 sobre puntos propuestos por Juan de Borja) y 208 (abril 1570, respuesta a un emisario portugués).

²⁴ Como ya comentamos en el capítulo anterior, desconocemos el destino de los papeles de Juan Vázquez de Salazar, entre ellos las consultas del Consejo de Guerra; sin embargo, podemos aportar dos ejemplos pertenecientes a esta época: AGS. GM, leg. 72, n° 25 (8 de octubre de 1567) y leg. 73, n° 117.

3.2. El Consejo de Guerra: renovación administrativa e impulso jurisdiccional

Al igual que había sucedido en el Consejo de Estado, al principio Espinosa modificó la situación de interinidad que vivía la secretaría de Guerra. El mismo día que Pérez y Zayas eran nombrados secretarios de Estado, 8 de diciembre de 1567, Juan Vázquez de Salazar recibía en propiedad la secretaría de la Guerra²⁵, y comenzaba a actuar bajo la estrecha supervisión del cardenal. En este sentido, Francisco de Eraso siguió ostentando hasta su muerte la secretaría de Estado de España, cargo que, en conjunción con la preeminencia alcanzada en la administración, le había servido para intervenir en los asuntos de la Guerra. Sin embargo, su caída en desgracia, marcada por la visita a la que fue sometido, repercutió en el manejo de los negocios. Espinosa heredó de Eraso no solo su privilegiada situación sobre el ministerio militar (a través de un cercano colaborador, el nuevo secretario titular Juan Vázquez de Salazar²⁶) sino también el papel de coordinador de los asuntos de la guerra y los de hacienda, tan íntimamente ligados²⁷.

La influencia de Espinosa en los asuntos de Guerra se extendió a las juntas que se celebraban en este ámbito. Si bien no intervino en persona en las de carácter puramente técnico²⁸, impulsó personalmente el funcionamiento de comisiones que debían tratar aspectos

²⁵ AGS. EMR. QC, leg. 30, nums. 551-571.

²⁶ Valga como ejemplo el apunte hológrafo de Felipe II a una consulta del Consejo de Indias de 18 de julio de 1570: "...y al cardenal y a Juan Vázquez decid también que en el primer Consejo de Guerra se trate de lo que en esto conviene..." (AGS. E, leg. 152, n° 84).

²⁷ Los ejemplos de ello son múltiples, pero es representativo el apunte hológrafo de Felipe II a un billete de Delgado a comienzos de 1571: "Ese pliego dad al Cardenal y le acordad de mi parte lo del dinero para la fortificación de Pamplona y le decid lo que importa y le mostrad los avisos de Navarra para que tanto mejor lo vea el que conviene aquello..." (AGS. GM, leg. 75, n° 147).

²⁸ Como era el caso de las juntas que se convocaban para el estudio de fortificaciones (en mayo de 1571, acerca de Pamplona y Sicilia, con el ingeniero Fratin como experto; AG. VIII, p. 33), para redactar el título e instrucciones del capitán general de la artillería en el mismo año (con el Prior Antonio de Toledo, Juan de Austria y Luis de Requesens, AGS. GM. leg. 75, n° 118), o para estudiar la situación defensiva de Orán (primeros días de 1572, con Antonio de Toledo, Ruy Gómez y el Duque de Sessa, AGS. GM, leg. 76, n° 111).

militares relacionados con el resto del gobierno, en especial referentes a administración interior o hacendística²⁹. Tal fue el caso de la más consolidada, la *Junta de Galeras* que, formada por Ruy Gómez, el prior Antonio de Toledo, doctor Velasco y el propio cardenal, no podía celebrarse sin la presencia de éste último³⁰.

De este modo, cuando estalló el conflicto en Granada³¹, Espinosa, apoyado por el rey -deseoso de implantar el confesionalismo a toda costa-, pudo utilizar todos los poderes con los que había sido investido (presidente del Consejo de Castilla e Inquisidor General) frente a los consejeros de Estado y Guerra, que dispusieron de muy escasa influencia a pesar de su afán en consultar al rey soluciones militares y políticas a la grave crisis planteada³²; y, especialmente, contra Iñigo López de Mendoza, III Marqués de Mondéjar y capitán general de Granada, cuando visitó la Corte semanas antes del levantamiento para

²⁹ Así, tenemos noticia como se trató en diversas juntas que se tuvieron en su posada de renovar las armerías de los reinos, de los acostamientos y de las lanzas con que tenía que servir la nobleza (AGS. GM, leg. 78, n° 184).

³⁰ La composición nos la proporciona Juan Delgado en billete de comienzos de 1571 (AGS. GM, leg. 77, n° 86). Respecto a la posición de Espinosa, el 5 de abril de 1571 Gracián anotaba en su diario: "Mandome (el rey)...que porque no podía haber junta de galeras durante la ausencia del Cardenal, los negocios ligeros que ocurriesen, como ventajas y otras cosas de esta traza, los remitiese por ahora al secretario y no al Cardenal" (AG. VIII, p. 22). Véase además IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 103, Antonio Pérez al rey, febrero 1571 ("Esta tarde se han tornado a juntar con el cardenal a lo de Galeras..."), y más adelante, el 22 de febrero de 1572, Juan Delgado comunicaba a un destinatario desconocido (probablemente el mismo Gracián): "Para Consejo de Galeras ay algunas cosas y vm. terná otras. Convernaya hablar al sr. Cardenal para que quando fuere servido vm. lo haga..." (AGS. E, leg. 154, n° 105). Más noticias sobre esta junta durante el período de Espinosa en AGS. GM, leg. 75, nums. 149, etc.

³¹ Acerca de la sublevación de los moriscos existen dos obras clásicas, escritas por testigos directos de los acontecimientos: D. HURTADO DE MENDOZA, Guerra de Granada hecha por el rey D. Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes (Cádiz, 1990; ed. fac. de la ed. de Barcelona, 1842) y L. de MARMOL CARVAJAL, Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada (Málaga, 1991).

³² Véase la consulta del Consejo de Guerra de 22 de febrero de 1569 sobre la gente que se habría de levantar para Granada (9.000 infantes y 900 caballos), la recomendación del envío del Duque de Sessa así como diversos nombramientos en AGS. GM, leg. 72, nums. 222-223; en *ibidem*, n° 292 otra consulta del Consejo, acompañada de contestación hológrafa del monarca, acerca de la provisión de dinero, gente y avituallamiento. Además, en AGS. GM, leg. 73, n° 63 se encuentran las relaciones de los Consejos de Estado y Guerra que, sobre el tema morisco, se celebraron entre noviembre de 1570 y enero de 1571. Por su parte, el embajador Fourquevaux apuntaba, en carta de 31 de octubre de 1569, como "...lesd.seigneurs du Conseil ne travaillent a aultre chose que aux provisions de lad. guerre (de Granada)" (DF. II, p. 129).

intentar suavizar la legislación sobre los moriscos³³. Y al confirmarse los temores de Mondéjar, el cardenal puso en marcha toda su influencia para dirigir la guerra, tanto en la Corte como sobre el abrupto terreno de las Alpujarras, a través de un amplio juego clientelar.

Así, inspiró el nombramiento de Juan de Austria como capitán general del ejército, asistido por Luis Quijada y el Duque de Sessa³⁴. Estos se encontraron en el sur de la península con la red tejida por el cardenal, quien combinó el envío de representantes del gobierno central para supervisar las huestes levantadas³⁵, con la movilización en base a

³³ El cronista L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 552 relata los movimientos del marqués: "El Presidente Espinosa le respondió con acuerdo volviese a Granada luego, y asistiese lo que le tocaba. El Consejo de Guerra, dueño propio, abonaba lo que el Marqués decía bien, como soldado y experto en la administración de su provincia...". Más adelante describe los intentos del Consejo de Estado por dilatar en el tiempo la aplicación de la opresiva legislación sobre los moriscos: "acudió el Consejo de Estado, y consultó bien se executase en cada un año uno de los capítulos de la premática; mas el cardenal, desestimador y resolutivo en lo que no era de su profesión, asistido del rey para tener por las leyes más sujetos a los súbditos que por las armas, apretó el pueblo y le llevó a la rebelión y guerra peligrosa..." (*ibidem*). El mismo marqués describió sus acciones en la guerra en un memorial de descargo que envió al rey a finales de 1570 (pub. por A. MOREL FATIO, *L'Espagne au XVI et au XVII siecle, documents historiques et litteraires*, Heilbronn 1878, pp. 1-56. Además, J. FORADADA, "La insurrección de los moriscos en las Alpujarras y el Marqués de Mondéjar", *Revista Contemporánea*, año VI, t. XX (noviembre-diciembre 1880), pp. 268-272, presenta asimismo fragmentos de un documento de Mondéjar, conservado en AHN, con argumentos exculpatorios. Véanse además las cédulas reales de 24 de junio (AGS. GM. LR. 28, fol. 357v.) y 13 de diciembre de 1568 (*ibidem*, LR. 29, fol. 22v.), concediendo licencias al marqués para ausentarse de su puesto en Granada y dirigirse a la Corte.

³⁴ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. I, p. 681 nos informa de la misión de un enviado de Mondéjar a la Corte, Alonso de Granada Venegas, el cual, como última solución al problema, propuso la partida inmediata del rey "...porque con su presencia se allanaría todo, pasarían los desórdenes, cesarían las quejas, temerían los moros y tendrían seguridad los que deseaban quietud (...). Pareció poca autoridad el ir el Rey al Cardenal Espinosa y a los de su bando, y no merecerlo las culpas de los herejes en tiempo tan ocupado para él. Enviase a su hermano de padre D. Juan de Austria para emplearle y conformar los ánimos y los consejos de guerra (...) nombrolo el rey por Capitán General...".

³⁵ A las pocas semanas de iniciadas las hostilidades, el 28 de febrero de 1569, ya se nombraba a Luis Bocanegra de Beamonte veedor del campo del Marqués de los Vélez, pues "...aunque la dicha gente es embiada por las dichas ciudades y villas y se paga y se provee por ellas, conviene a nuestro servicio y buen recaudo de la hacienda que en ello se huviere de gastar y buen gobierno de la dicha gente que aya en el dicho campo una persona de confianza que sea Veedor de ella..." (AGS. GM. LR. 29, fol. 35r.). Sin embargo, la intervención del gobierno central en la administración de las huestes en Granada comenzó realmente con el nombramiento de Juan de Austria como capitán general, a mediados de marzo: el 27 de abril se nombraba veedor general de la gente de Guerra de Granada a Sancho de Córdoba (AGS. GM. LR. 29, fol. 55r-56v.); el 28 de junio era Francisco de Salablanca quien recibía título de contador del sueldo (*ibidem*, fol. 71r-72r.); el 23 de octubre Francisco Guillamar era nombrado pagador del ejército (*ibidem*, fol. 116) y el 4 de noviembre Francisco de Villalobos obtenía el cargo de comisario de muestras (AGS. GM, leg. 108, n° 117); de este modo, en carta de 5 de mayo al cardenal Espinosa, Diego Hurtado de Mendoza apuntaba "Las provisiones que hasta ahora se han hecho han abajado muchos inconvenientes, porque el tomar el señor Don Juan y tener Comisario general y aposentador Mayor y barrachelos de campaña, y otros oficios, que excusan robos y desórdenes, era muy necesario..." (IVDJ, Envío I; pub. en A. GONZALEZ

lazos clientelares de los poderes locales responsables de las tropas, ya fueran nobles (caso del Marqués de los Vélez, Adelantado de Murcia, quien desde los inicios había levantado ejército, o Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, que alcanzó la costa al mando de las galeras), pertenecientes a la administración real (Pedro Deza, presidente de la Audiencia) o municipal (regidores y corregidores). Estas vías de comunicación le permitieron el reclutamiento de hombres de armas así como los habituallamientos necesarios en las distintas villas y ciudades andaluzas³⁶. El dominio de Espinosa se vería favorecido por las rencillas existentes entre las diferentes casas nobiliarias³⁷.

El conflicto no quedaría sofocado hasta mediados de 1570, incluyendo una visita del rey a Córdoba y Sevilla en el primer semestre de ese año. Pero el costo que supuso la guerra para la Corona, acrecentado por las enormes irregularidades cometidas en su administración, asestaron un duro golpe contra la posición del cardenal a quien se consideraba el responsable último de todo lo sucedido. A partir de entonces comenzó a declinar el poder de Espinosa, más vulnerable ante sus enemigos, aquéllos a quienes había apartado del gobierno capitaneados por los más encumbrados representantes de la nobleza³⁸. Pero el cardenal se hallaba inmerso en el proceso de reformas derivadas de la implantación del confesionalismo, cuya continuación podría servirle además para reforzar su posición.

Así, la administración de la justicia en el ámbito castrense

PALENCIA y E. MELE, Vida y obras de Don Diego Hurtado de Mendoza, Madrid 1941-43, 3 vols. III, p. 446.

³⁶ Para las diversas órdenes emitidas desde la Corte, referidas a levantamiento de compañías, alojamiento de las mismas, etc. véase AGS. GM. LR. 29 passim. Además, muestra de la intervención de Espinosa es la orden que transmitió a los comendadores de Ordenes y a la joven nobleza de la Corte para que acudieran a servir a la guerra (de la que da noticia Fourquevaux en carta de 6 de enero de 1569; DF. II, p. 42).

³⁷ A. GONZALEZ PALENCIA y E. MELE, Vida y obras..., transcribe una carta de Diego Hurtado de Mendoza, en la que describe el laberinto en que se había convertido el conflicto.

³⁸ Como afirmaba Antonio Pérez: "Que uno de los mayores privados que tuvo don Felipe II fue el Cardenal Espinosa, y con tales (bajos golpes cortesanos) le derribaron en dos años los maestros de aquella corte y ciencia del humor de Reyes" (A. PEREZ, Relaciones y cartas, A. ALVAR EZQUERRA, ed. Madrid 1988, II, p. 80).

se convirtió en una prioridad, y aquí se puede fijar el comienzo del auténtico desarrollo del Consejo de Guerra, que trajo consigo el consiguiente aparato burocrático. De este modo, el 13 de octubre de 1570 se facultaba al licenciado Salazar, alcalde de Casa y Corte -aquel a quien Cabrera de Córdoba calificara de "riguroso y ejecutivo"³⁹ - y que servía como asesor legal del Consejo de Guerra desde la muerte del regente Figueroa, para sustanciar los procesos, tanto civiles como criminales, y dejarlos preparados para su determinación en el Consejo de Guerra⁴⁰; esta medida estuvo seguida de otras, ya fuera la asignación de un fiscal al Consejo⁴¹, el nombramiento de un receptor de las condenaciones hechas por el Consejo para gastos de justicia⁴² o la nueva capacidad del asesor del Consejo para ordenar la ejecución de los castigos a los escribanos del crimen⁴³.

Una materia que requería asimismo la presencia de letrado era el estudio de las visitas realizadas a las diferentes instancias militares, que Espinosa multiplicó con el fin de vigilar el funcionamiento de las mismas. El examen de la documentación generada no se confió propiamente al Consejo de Guerra, sino a una junta específica formada por consejeros de aquel organismo y en la cual el alcalde Salazar recibió la ayuda de un nuevo letrado, Rodrigo Vázquez de Arce, al que esperaba una larga y exitosa carrera en la administración de la

³⁹ Op. cit. II, p. 168. Cómo sería el personaje que, cuando en 1574 no se encontraron pruebas para condenar a un hombre sospechoso de intentar asesinar a Requesens en Flandes, Felipe II sugirió traerlo secretamente en un navío, pues "...el alcalde Salazar le haría confessar la verdad" (AGS. E, leg. 561, n° 102).

⁴⁰ AGS. GM. LR. 29, fol. 265v. Sobre su intervención anterior, véanse las cédulas de 15 de junio (*ibidem*, LR. 27, fol. 371v.) y 6 de diciembre de 1568 (*ibidem*, LR. 29, fol. 22r); noticias de sus actuaciones posteriores en AGS. GM. leg. 75, n° 153; leg. 77, nums. 78, 168 (donde Delgado aseguraba al rey, en 1572, que "ningund negocio tocante a justicia se ofresce en Consejo de Guerra que no se comunique con el Alcalde Salazar que es asesor del..."), 182, etc. Permaneció en activo hasta agosto de 1575; durante el mes siguiente cayó enfermo y ya no se recuperaría hasta su muerte (que debió ocurrir poco después), por lo que desde el mismo mes de septiembre fue sustituido en sus funciones en el Consejo de Guerra por Rodrigo Vázquez de Arce (referencias oportunas en el capítulo siguiente).

⁴¹ Cédula de 13 de agosto de 1572 (SHM, vol. 3, fol. 157), por la que se confirmaba como fiscal al licenciado Morales, que servía el puesto desde la orden citada en la nota anterior, de octubre de 1570.

⁴² Nombramiento que recayó, en agosto de 1571, en el contador Juan de Portillo (véanse las cuentas que se le tomaron, donde se hallaran abundantes noticias de los oficiales del Consejo, en AGS. CMC, 2° época, leg. 465).

⁴³ Cédula de 12 de febrero de 1573 (SHM, vol. 3, fol. 388).

Monarquía⁴⁴.

Por otro lado, ya antes de la finalización del conflicto de Granada se planteó el relevo en la secretaría de la Guerra⁴⁵: se barajaban los nombres de Juan de Soto (el albista secretario de Juan de Austria, que no perdía ocasión para recomendarlo con el fin de alejar de sí tan incómodo personaje⁴⁶), Andrés de Alva (a la sazón contador de la armada) y Juan Delgado, protegido de Espinosa. La muerte de Francisco de Eraso en septiembre de 1570 precipitó los acontecimientos: Juan Vázquez de Salazar fue promocionado a la secretaría de la Cámara de Castilla, vacante por el óbito de Eraso, mientras que la secretaría de la Guerra era ocupada por el candidato que disponía de patrón más poderoso en la Corte, por lo que desde los inicios de 1571 comenzó a ejercer en el oficio Juan Delgado⁴⁷.

⁴⁴ Juan Delgado al rey, 10 de julio de 1578: "Después se introduxo el alcalde Salazar, y porque ubiese más que un letrado para las visitas se acordó que entrase en ellas Rodrigo Vázquez" (AGS. GM, leg. 88, n° 212). Un ejemplo práctico en AGS. GM, leg. 77, nums. 153 y 198: inspección de un fuerte examinada por Juan de Ayala, Francisco de Ibarra, alcalde Salazar y Rodrigo Vázquez.

⁴⁵ Así, en una "relación de puntos para tratar en Consejo" de 10 de enero de 1570, leemos: "Lo del secretario: Soto con dos o tres oficiales, Andrés de Alva, Delgado en caso que aya de ser secretario" (AGS. GM, leg. 73, n° 70).

⁴⁶ Juan de Soto Cisneros había recibido título de secretario de Juan de Austria, para asistirle en su cargo de capitán general de las tropas en Granada, el 15 de septiembre de 1569 (AGS. GM. LR. 29, fol. 100r-101r; véase un memorial de sus servicios en AZ. C. 128, n° 66, y una reseña de su vida en H. PIZARRO LLORENTE, "La visita al reino de Nápoles de 1559: el enfrentamiento entre Gaspar de Quiroga y Juan de Soto", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996, pp. 557-576). Hechura del Duque de Alba, cuando don Juan consideró terminada su misión no deseaba llevarse consigo a tan incómodo personaje, recomendándolo vivamente en sus cartas para el puesto de secretario de la Guerra: véanse, por ejemplo, las dirigidas a Ruy Gómez de 30 de septiembre de 1570 (donde, tras destacar las virtudes del interesado, apostillaba "Aquí entra lo del oficio de secretario de la guerra") y a Felipe II de 5 de noviembre (CODOIN. vol. 28, pp. 136-139). Tuvo sin embargo que llevarlo consigo en su misión al frente de las fuerzas de la Liga (M. RIVERO, "La Liga Santa...", p. 21).

⁴⁷ Empezó a refrendar el 20 de enero de 1571 (AGS. GM. LR. 29, fol. 304v.), si bien no recibiría título del oficio hasta el 6 de marzo (AGS. EMR. QC, leg. 26). Su relación con los papeles de guerra venía de atrás: ya en 1551 servía en estos menesteres, en la oficina de Francisco de Ledesma (AGS. E, leg. 87, n° 108; leg. 308, n° 59), historial que se resaltaba cuando, el 1 de enero de 1553, era nombrado contador de la razón de la artillería (copia en AGS. GM, leg. 156, n° 49). Simultaneó el cargo con su puesto de contino en la Casa Real (AGS. GM. LR. 26, 20 de abril de 1561) y su trabajo en la oficina del secretario de la Guerra (así, el 28 de febrero de 1557 se otorgaron 200 ducados de ayuda de costa a él y a Hernando Delgadillo "...por lo que han servido y sirven en los despachos que se mandan hazer en el nuestro Consejo de la Guerra..."; AGS. GM. LR. 23, fol. 121r). Su carrera se interrumpió en 1565 cuando solicitó -y le fue concedida- licencia para abandonar la Corte durante dos años, permiso renovado el 21 de junio de 1566 (AGS. GM. LR. 27, fol. 151r), curiosamente unos días antes de recibir título de secretario (el 11 de julio; AGS. EMR. QC, leg. 26). Su

El cambio en la titularidad de la secretaría de la Guerra no fue la única modificación auspiciada por Espinosa en el entorno cortesano referente a Estado y Guerra. Simultáneamente, Antonio Gracián era nombrado secretario real y destinado por el cardenal al servicio personal de Felipe II para controlar la creciente correspondencia que debía manejar el monarca⁴⁸. El joven humanista no tardó en convertirse en persona de confianza del soberano, asistiendo como secretario a los Consejos de Estado y Guerra que se celebraban cuando el rey se hallaba fuera de Madrid y actuando de enlace con los secretarios de ambas materias⁴⁹. Además de cubrir una necesidad funcional, con esta medida Espinosa se prevenía contra una situación concreta. A través de Gracián contaba con información más precisa sobre el entorno del rey, espacio

regreso a la Corte coincidió con el ascenso de Espinosa, que lo incorporó rápidamente a su equipo de colaboradores con dos nuevos nombramientos, herencia del recién fallecido Pedro del Hoyo ("Cargo de tomar la razón de las cosas tocantes a Hacienda", 9 de noviembre de 1568, y contador de penas de Cámara), que le dieron acceso asimismo al Consejo de Hacienda (sobre sus actividades hacendísticas, C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., pp. 144). Desempeñó la secretaría de la Guerra hasta su muerte, en octubre de 1585, si bien los últimos tiempos fue auxiliado y sustituido en parte por su hijo Agustín con vistas a traspasarle el oficio, objetivo que no se vio cumplido.

⁴⁸ Antonio Gracian, hijo de Diego Gracián y Alderete (secretario e intérprete de lenguas de Carlos V y Felipe II) recibió título de secretario a primero de enero de 1571, presentándose ante Felipe II en el Escorial el mismo día -en sus propias palabras: "mandome que le comenzase a servir en el remitir los memoriales y despachar los correos que allí vinieron"-; la intervención de Espinosa en la ordenación del entorno burocrático de Felipe II la deja clara el propio Gracián al comentar "A 15 (de enero) poco más o menos, comencé por orden del Cardenal a remitir lo de la Cámara al secretario Juan Vázquez y lo de Guerra a Delgado", y dos semanas después "A 31, se me advirtió, por billete del secretario Mateo Vázquez, que el Cardenal había consultado con su Majestad la remisión de los memoriales a Su Majestad, que se me diesen a mí; y se resolvió que yo los remitiese a quien tocasen, como los demás que su Majestad me enviase". Estas noticias proceden de un diario que mantuvo Gracián referente a sus actividades a la vera de Felipe II, que abarca casi hasta su muerte en Madrid el 6 de abril de 1576 (localizado en BL. Add. 28355 y en la colección conservada en la biblioteca Municipal de Besançon y pub. por G. de ANDRES, "Diurnal de Antonio Gracián, secretario de Felipe II", Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial (nº V -años 1572 y 1573-, 1962, pp. 7-127; y nº VIII -años 1571 y 1574-, 1965, pp. 5-63; citado en adelante AG. Se completa con el registro de las cartas del secretario, ubicado en BL. Eg. 2047).

⁴⁹ AG. passim; además, se encuentra correspondencia de Gracián con Juan Delgado en AGS. GM, leg. 75, nums. 99 a 107 (julio 1571); leg. 77, nums. 5, 111, 112; leg. 80, nums. 73, 75 a 79, 158, 180, 182 (1575); AGS. E, leg. 160, carpeta 58; IVDJ. Envío 56, caja 74 (1573 a 1575) y envío 87, caja 122, carpeta 11; con Gabriel de Zayas en AGS. E, leg. 153, nums. 39 a 60 (agosto 1571); leg. 155, nums. 49 a 69 (verano 1573) y leg. 160, carpeta 58. En carta a Zayas de 9 de agosto de 1571, Gracián nos proporciona una descripción completa, en clave de humor, sobre la forma que tenía Felipe II de despachar los negocios por aquellos días: "Su Mag. no tiene tiempo para oyr la resolución que se toma en los Consejos que ay cada tarde, hasta después de cenar y entonces ordena lo que se ha de escrevir a cada ministro, vase el pobre Gracián a cenar y con el trabajo del día y hambre que lleva no perdona ni las havas (...) subo después repleto y boto en escrevir essas cosas que vm. ve semidormido sin poder advertir a lo que haze..." (AGS. E, leg. 153, nº 54).

dominado por la nobleza y que con las primeras grietas en su privanza comenzaba a recuperar la importancia perdida⁵⁰.

Juan Delgado mostró desde el primer momento gran actividad en su nuevo oficio⁵¹, cuyos entresijos conocía bien gracias a la experiencia acumulada, pero siempre bajo la directa supervisión de Espinosa⁵², quien reguló los procedimientos del Consejo⁵³. Muestra del celo del nuevo secretario fue la pretensión de incluir en su esfera de actuación los papeles militares referentes a Flandes, en detrimento del secretario de Estado Gabriel de Zayas, objetivo que vio cumplido momentáneamente⁵⁴. En la misma línea hay que considerar sus quejas

⁵⁰ Así, el 18 de julio de 1571 Gracián anotaba en su diario como el rey "...me mandó llamar y me dio que concertase con los de su Consejo que eran el Prior, Ruy Gómez y Duque de Feria y doctor Velasco, que cada día, a una hora señalada se hallasen para ver negocios en un aposento que para ello señaló, cuya llave me mandó dar, dándome algunos papeles que se vieron aquel día, como fueron de Portugal sobre la armada para la carrera de Indias, y venida de la reina..." (AG. VIII, p. 43). Véase un ejemplo práctico de la situación creada en *infra* nota 92.

⁵¹ Los papeles del secretario Delgado (relaciones de asuntos del Consejo, correspondencia recibida en la secretaría, minutas de cartas, cédulas reales, etc.) se conservan en AGS. GM, legs. 75 a 184 (si bien se intercalan varios de Antonio de Eraso); AGS. GM. LR. 29 a 40 y SHM, vols. 3 a 7. Esta abundancia contrasta con la escasez de la época de Vázquez de Salazar. La diferencia se explica no solo por el hecho de que la mayor parte de la documentación de Delgado se halle localizada (lo que no ocurre con su antecesor); también es preciso tener en cuenta el desarrollo jurisdiccional y burocrático del Consejo de Guerra y el aumento de la administración militar territorial, así como el mayor nivel de actividad del propio Juan Delgado, que vivió los primeros años sin un gran patrón que dominase el gobierno e interfiriese en su esfera.

⁵² De este modo, el 21 de julio de 1571 Gracián escribía a Delgado para saber la opinión de Espinosa sobre aprovisionamiento de una armada y la persona que habría de dirigirla (AGS. GM, leg. 75, n° 102); dos días más tarde se repetiría la petición a Delgado "...comunicándolo primero con el sr. Cardenal..." (*ibidem*, n° 106; la respuesta de Delgado a Felipe II en AGS. GM, leg. 76, n° 128; más ejemplos en AGS. GM, leg. 75, nums. 147, 151, 153, 154, 166; AGS. GM, leg. 76, nums. 111, 114, 115, 120, 123; AGS. GM, leg. 77, n° 155, 192, 195. Ello no obsta para que en determinadas ocasiones, referidas siempre a cuestiones menudas, Espinosa se remitiera al Consejo de Guerra para su consulta (AGS. GM, leg. 76, n° 114).

⁵³ Así, con la instrucción en temas de artillería se dispuso que "...las consultas que se nos hizieren desto y otra qualquier cosa que en el dicho Consejo paresciere que se nos debe consultar, mandamos que de aquí adelante, entretanto que se da otra orden en ello, se haga por scripto haviéndose visto primero en el dicho Consejo para que se vea si están conforme a lo que allíhavía parescido..."; este párrafo fue recordado al rey por Juan Delgado, para justificar que "...en las cosas de la guerra no se podrá guardar aquella orden...", por problemas de tiempo, como veremos en el capítulo siguiente (AGS. GM, leg. 78, n° 203).

⁵⁴ A 29 de marzo anotaba Gracián en su diario: "escribí a Su majestad un billete sobre el remitir lo de la guerra de Flandes a Zayas" (AG. VIII, p. 21); la contestación del monarca la asentaba el 1 de abril: "Enviome su Mag. a mandar por su billete que lo general de la guerra de los estados de Flandes lo remitiese a Delgado; pero algunas cosas sobre que se hubiese se escribir al Duque, remitiese a Zayas..." (*ibidem*). Todavía coleaba el asunto en julio, cuando Gracián volvió a tratar el asunto con Felipe II (*ibidem*, p. 44). El secretario Delgado siempre se sintió muy cercano a los asuntos de

acerca de la dedicación de diferentes elementos del Consejo como fue el caso del relator⁵⁵ o, de mayor calado todavía, su diatriba formulada a mediados de 1571 sobre la acumulación de los asuntos debido al escaso afán de los consejeros⁵⁶. En efecto, si bien cuando comenzara a ejercer el oficio el número de consejeros de Guerra se había incrementado de forma notable (Juan de Austria, Antonio de Toledo, Ruy Gómez, Duques de Feria, Medinaceli, Sessa y Francavilla e incluso observamos la esporádica participación tanto del comendador mayor de Castilla Luis de Requesens como de Francisco de Ibarra, regresados respectivamente de Granada y de Flandes⁵⁷), la realidad fue que, por lo general, aquellos que no acompañaban al monarca tampoco permanecían en Madrid para atender a tan rutinarios menesteres, o si lo hacían era de forma muy

Flandes: en junio de 1572 remitía a Zayas un extenso parecer sobre la conflictiva situación en aquellas provincias (IVDJ. Envío 56, caja 74, carpeta 1, fol. 11).

⁵⁵ Denunció Delgado ante Felipe II la escasa entrega a su trabajo del licenciado Vergara, que servía el oficio de relator en el Consejo de Guerra, proponiendo como medida disciplinaria (tras deliberación en el Consejo) entregar la mitad de su salario a un nuevo oficial que habría de ayudarle en sus tareas "...y que si fuese tan remiso como lo pasado se le dará todo a este de aquí adelante" (AGS. GM, leg. 76, n° 129; cit. I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 706). El rey aceptó la propuesta pero el licenciado no debió mejorar su rendimiento, pues el 29 de junio de 1572 se ordenaba el pago de su salario de relator correspondiente al año anterior (SHM, vol. 4, fol. 262), cargo en el que ya había sido sustituido por el licenciado Ruy Pérez (véase *infra* p. 155, nota 23).

⁵⁶ En AGS. GM, leg. 76, n° 127 bis se halla una incompleta misiva de Juan Delgado al rey dando cuenta no solo de los retrasos acumulados que padecían los asuntos rutinarios del Consejo de Guerra (fronteras, fortificaciones, cartas de los diferentes oficiales reales, memoriales de soldados y particulares), sino también de los males que aquejaban al desempeño de otro de sus oficios, el de contador de penas de Cámara. Este billete se complementa con *ibidem*, n° 127, de fecha posterior, donde insiste en el mismo tema; por otro lado, ambos se hallan incorrectamente datados en 1572 pues su fecha verdadera, a finales de mayo o principios de junio de 1571, se infiere de la acotación hológrafa de Felipe II posponiendo la resolución de los problemas: "por esto será mejor que pasadas las cosas que ahora urgen como son el despachar a mi hermano (Juan de Austria, que abandonó la Corte camino de Barcelona a principios de junio de 1571) y a las galeras y al duque de Medinaceli (que esperaba para embarcarse hacia Flandes para relevar al Duque de Alba) y otras tales me bolvais a acordar esto para que entonces yo ordene se trate dello y se de la orden que más convenga en ello y de aquí allá id vos pensando lo que convendría...". Como el mismo Delgado advierte en los docs. citados don Juan de Austria se hallaba en esos momentos en la Corte participando en sesiones del Consejo de Guerra. El primer escrito fue citado por I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 701.

⁵⁷ Durante los primeros meses de 1571 Requesens participó en la resolución de diversas consultas de partes (AGS. GM, leg. 76, n° 122 y leg. 77, nums. 269-273) así como en varias juntas para ver asuntos concretos: en febrero de 1571, con el Duque de Sessa, Juan Delgado y Antonio Pérez (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 102), y meses más tarde intervenía en otra para estudiar el título e instrucciones del nuevo capitán general de la artillería (AGS. GM, leg. 75, n° 118); está documentada asimismo su participación en la Junta de Galeras (IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 100 y 327). Sobre Francisco de Ibarra, AGS. GM, leg. 76, n° 126.

irregular⁵⁸. Tan precaria situación terminó por quedar bloqueada en la primavera de 1572⁵⁹ pues, tras las paídas hacia el Mediterráneo en el verano de 1571 de Luis de Requesens, don Juan de Austria y Francisco de Ibarra, hubo que lamentar la muerte del Duque de Feria en el mes de septiembre y, ya en 1572, marchaba el Duque de Sessa hacia Italia, en tanto que el Duque de Medinaceli embarcaba por fin rumbo a Flandes.

Fue entonces cuando surtieron efecto las denuncias de Delgado: al poco regresó de Italia Francisco de Ibarra, retomando su participación en Consejo de Guerra⁶⁰ y, a mediados de 1572, Felipe II ordenaba la entrada de dos nuevos consejeros, sin conexión con el Consejo de Estado⁶¹: Juan de Ayala⁶² y Francés de Alava, quien tras el

⁵⁸ De este modo, el secretario Delgado daba cuenta de reuniones del Consejo - celebradas en Madrid-, en las que solo participaba el prior, o bien el Duque de Sessa y Ruy Gómez (AGS. GM, leg. 75, n° 120), Sessa y Francavilla (AGS. GM, leg. 75, nums. 134, 143, 144), Sessa y Medinaceli (AGS. GM, leg. 75, n° 151; leg. 76, n° 121) o Medinaceli y Francavilla (AGS. GM, leg. 76, n° 122) e incluso llegaba a afirmar "...porque aquí no ay ningund consejero y ay (con el rey) esta el duque de Feria y Ruy Gómez dicen que fue ayer V. Mag. siendo servido lo mandará ver" (AGS. GM, leg. 75, n° 122). Poco después se produciría parecida situación de vacío, en un momento en que se hallaba don Juan de Austria en Madrid por unos días, circunstancia que impelió a Delgado a preguntar a Felipe II si su hermano habría de entrar en los Consejos de Guerra para tratar ciertos temas del norte de Africa (AGS. GM, leg. 76, n° 126; véase la exclusión del mismo personaje del Consejo de Estado por estas fechas en negocios de Inglaterra, *infra*, nota 75). Para los muy restringidos Consejos de Guerra que se celebraban a la vera del monarca hallándose éste fuera de la Corte, AG. *passim*.

⁵⁹ La relación de 1573 del embajador veneciano Leonardo Dona nos describe, en términos muy negativos, la situación del Consejo de Guerra durante los años que permaneció en España (ALBERI VI, pp. 373-374). Formado únicamente por consejeros de Estado y la entrada ocasional de algún militar, no participaba de los secretos de Estado, tenía poco trabajo ("pochissime faccende") y era dirigido, en caso de hallarse en la Corte, por Juan de Austria. Es evidente que el diplomático describió la situación anterior a los cambios introducidos por Espinosa a mediados de 1572, que si llegó a ver no alcanzó a valorar en su justa medida.

⁶⁰ La noticia la proporciona E. GARIBAY, "Memorias", Memorial Histórico Español, tomo VII (Madrid 1854), p. 329.

⁶¹ Juan Delgado al rey: "El Cardenal me a dicho que V. Mag. es servido que sirvan en el Consejo de Guerra don Francés de Alava y don Juan de Ayala, y que yo avisase a V. Mag. para que fuese servido mandar cuando y como comenzarán a entrar en los que se hizieren y a hazer el juramento" (s. d., pero datable en 1572; AGS. GM. leg. 77, n° 74; cit. I. A. A. THOMPSON, "The armada..." p. 703).

⁶² Juan de Ayala, toledano descendiente del condestable Ruy López Dávalos, había servido al emperador con eficacia, reuniendo una amplia experiencia diplomática con misiones en Polonia, Venecia, Inglaterra y Roma. En diciembre de 1553 se hallaba en Bruselas y Eraso se lo recomendaba al príncipe Felipe para sustituir interinamente a Juan Zapata de Cárdenas como veedor general de las Guardas (AGS. E, leg. 90, n° 147), título provisional que recibió finalmente a primero de octubre de 1557 (AGS. CC, lib. ced. 127, fol. 137v). En mayo de 1558 era enviado a Alemania a tomar la muestra de un contingente de caballería (AGS. E, leg. 517, n° 65). En 1570 se le nombró ayo y mayordomo mayor de los hijos de Maximiliano II y María, Alberto y Wenceslao, durante el tiempo que duró su estancia en Castilla (J. ROCO DE CAMPOFRIO, España en Flandes: trece

reciente regreso de su embajada en París había sido nombrado capitán general de la artillería⁶³. Ambos personajes tenían en común la proximidad al Duque de Alba y su amplia experiencia diplomática, esto es, significativamente el campo reservado al Consejo de Estado y en el cual Espinosa tenía manifiestas carencias⁶⁴.

3.3. Las relaciones con la Cristiandad

En materias que no eran propias de letrados, como las relaciones con otros componentes de la Cristiandad, el poderoso cardenal tuvo un papel comprometido. Por su formación y origen social, adolecía de la experiencia necesaria para situar correctamente en cada momento los intereses de su monarca en el contexto europeo y desconocía asimismo los sutiles mecanismos diplomáticos imprescindibles para dirigir negociaciones de alto nivel, por no hablar del planteamiento de la alta estrategia militar, elemento fundamental en estos negocios. Sin embargo, por su posición de preeminencia en la Corte era la persona encargada de tratar con los embajadores acreditados ante Felipe II, mientras que en Consejo de Estado habría de entrar a discutir este tipo de cuestiones. Durante su privanza dos hechos fundamentales marcaron el período: en el

años de gobierno del Archiduque Alberto (1595-1608), Madrid 1973, p. 6). Desde 1571 entró en Consejo de Guerra; participó en la jornada de Portugal, y cuando Felipe II abandonó el reino luso quedó como consejero militar y mayordomo mayor del Archiduque Alberto (AGS. GM, leg. 167, n° 30). Fue comendador de Aguilarejo de la Orden de Santiago, encomienda que cambió por la más productiva de Veas en 1559 (AGS. E, leg. 517, n° 233). Murió a principios de los años noventa. Noticias biográficas en A. LÓPEZ DE HARO, op. cit. I, p. 114.

⁶³ Nacido en Vitoria en 1519, de hidalga familia vasca, emprendió desde muy joven la carrera militar al servicio de Carlos V: en Alemania, luego en Italia (Siena en 1552), y otra vez a las órdenes directas del Emperador hasta su abdicación en 1556; pasó luego a servir bajo las banderas de Felipe II, participando en la batalla de San Quintín. Volvió a Castilla en mayo de 1560. Muy vinculado al Duque de Alba, entre 1562 y 1563 fue enviado a Francia con misiones diplomáticas puntuales. Desde 1564 hasta 1572 fue el embajador oficial de Felipe II en París. Meses después de su regreso a la Corte hispana (enero de 1572), con fecha de 17 de mayo de 1572, recibía título de capitán general de la artillería, cargo vacante por la muerte de Juan Manrique de Lara el año anterior. Al poco se le dio entrada en Consejo de Guerra, en el que participó de forma muy intensa hasta su muerte en 1586. Una documentada biografía del personaje, donde se hallarán las referencias pertinentes, en P. RODRIGUEZ y J. RODRIGUEZ, Don Francés de Alava y Beaumont: correspondencia inédita de Felipe II con su embajador en París (1564-1570), San Sebastián 1991.

⁶⁴ Como señalaba el embajador Cavalli, Espinosa "...non e molto pratico de negozi di stato, essendo poco tempo che li trata" (A. ALBERI, op. cit. V, p. 180).

norte, la rebelión de Flandes, que a su vez condicionó las relaciones con Inglaterra y Francia; y en el Mediterráneo la Liga formada para luchar contra el turco, impulsada por el Papa. Con estas condiciones, que podrían haberle obligado a depender por completo del Consejo de Estado, Espinosa optó por una táctica muy conveniente a sus intereses: además de procurar, como hemos visto, que el Consejo no fuera muy concurrido, estableció estrechos vínculos de colaboración -por separado y según la zona geopolítica a tratar- con el Duque de Alba y su círculo (Granvela y Juan de Zúñiga) y con Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Eboli. Tal actitud, a la postre, habría de introducir no pocas ambigüedades en sus posiciones políticas, acentuadas por el hecho de que los primeros síntomas de su pérdida de influencia en la Corte se manifestaron en el ámbito de la política exterior.

La relación entre Espinosa y el Duque de Alba estuvo condicionada desde un principio por la empresa de Flandes. La rápida ascensión del cardenal coincidió con los preparativos de la marcha del duque. A la vista de los comportamientos de Alba a lo largo de su carrera es fácil colegir que, de haber permanecido en la Corte, su reacción ante la escalada del letrado hubiera sido feroz⁶⁵; sin embargo, tras la experiencia vivida en Italia en la década anterior, Alba no estaba dispuesto a dejar en la Corte una situación que hiciera peligrar la fluida provisión de fondos desde Madrid, imprescindibles para el cumplimiento de su misión. En el momento de su partida ya era evidente que el cardenal controlaba los resortes hacendísticos de la Monarquía, y la continua correspondencia entre el aristócrata y el letrado nos muestra que funcionó la interesada inteligencia entre ambos⁶⁶. Por su parte, Espinosa, si bien mantuvo en la Corte buenas relaciones con Ruy Gómez al cual, a los ojos de los observadores, parecía firmemente

⁶⁵ El 14 de febrero de 1571, cuando se presumía próximo el regreso del Duque de Alba, el embajador francés especulaba sobre la colisión entre ambos personajes, ya que Espinosa dirigía de hecho las materias de Estado: "Et fauldra mais qu'il (Alba) soit icy qu'il aille courtizer led. Cardinal, lequel tient le plus de jours les conseilz en son logis..." (DF. II, p. 323).

⁶⁶ La correspondencia que envió el Duque de Alba al cardenal Espinosa durante su estancia en Flandes se encuentra en BL. Add. 28.385 y ha sido publicada en EDA. II, passim.

vinculado en contraposición al duque⁶⁷, en realidad su mentalidad se acercaba más a las actitudes de fuerza defendidas por Alba en este tema⁶⁸. Pero la colaboración a distancia no se ciñó al reestablecimiento de la autoridad real en Flandes, pues se extendió a la formulación de la política de la Monarquía Católica en el norte de Europa. Situado en el centro mismo del escenario geográfico, Alba, con su talento y experiencia en estos negocios, tan apreciados por Felipe II, se convirtió en el inspirador de la estrategia diplomática en esa zona, cometido en el que fue plenamente apoyado en la Corte por el cardenal Espinosa.

Por lo que toca a las relaciones con Francia, el Duque de Alba tenía en Francés de Alava, embajador de Felipe II acreditado en París, un valioso colaborador, dedicado a informar de la enorme inestabilidad existente en el vecino reino causada por las tensiones religiosas. Ello resultaba de suma utilidad dado que la cercanía del ejército de Flandes convirtió al duque en apoyo potencial de los católicos franceses, pero éste tenía muy escasa confianza en los movimientos de los monarcas galos. Además, en la Corte hispana el diplomático Fourquevaux, embajador de Catalina de Medicis y su hijo Carlos IX, negociaba fundamentalmente con Espinosa y Ruy Gómez⁶⁹ quien, siguiendo la trayectoria iniciada en el período anterior, era considerado muy proclive al acercamiento entre ambas monarquías,

⁶⁷ La conexión entre el Príncipe de Eboli y Diego de Espinosa ha sido resaltada por los principales cronistas; en este sentido, quizá haya sido L. CABRERA DE CORDOBA quien más ha insistido en prolongar estos lazos incluso hasta la misión del Duque de Alba en Flandes (I, pp. 494 y 629): "...como el Cardenal Espinosa y Ruy Gómez de Silva, émulo del Duque", "...y de la emulación del Cardenal Espinosa y de Ruy Gómez de Silva, contentos con las victorias (de Alba) descontentos de su triunfo...". A la luz de la documentación conservada, no parece que Espinosa tuviera realmente una actitud en este sentido, aunque es posible que en la Corte, de cara a Ruy Gómez, manifestara estas preferencias.

⁶⁸ Así, cuando Alba terminó con la resistencia inicial en Flandes, en carta a Espinosa de 29 de junio de 1569 se congratulaba de la victoria, demostrándose que el apoyo del cardenal al empleo de la fuerza había sido la postura correcta: "...y se lo acordará el Consejo que se tuvo en su posada, días después de tomada resolución en mi venida, sobre si se curaría este enfermo con salmo o con hierro, y como ha salido la resolución que allí v.s.i. tomó..." (EDA. II, p. 218).

⁶⁹ DF. II, *passim*. Véase una consulta del Consejo de Estado, sobre cierta respuesta que habría de darse a Fourquevaux en abril de 1570, en AGS. E, leg. 388, n° 204.

posición compartida en apariencia por el cardenal⁷⁰. Así la impresión del representante galo acerca de la afinidad entre los dos personajes era muy clara: "qui sont deux testes et ung chapperon"⁷¹, y obtuvo de la pareja todo el apoyo necesario para retirar de su misión a Francés de Alava, quien se había vuelto sumamente molesto para los monarcas franceses⁷².

Respecto a Inglaterra, la misma presencia de Alba en Flandes al frente de un poderoso ejército había contribuido a enrarecer de forma muy acusada las relaciones con Isabel I, que hasta el momento se habían mantenido dentro de la normalidad a pesar de las diferencias religiosas⁷³. Los permanentes enfrentamientos sacaron a relucir con virulencia las ya conocidas posturas entre los ministros de Felipe II: la línea confesional, encabezada por el Duque de Feria y partidaria de la intervención en Inglaterra para restaurar el catolicismo y, por otro lado, el Duque de Alba quien, desde Flandes, defendía una política continuista, claramente patrimonialista, en pos del entendimiento con la soberana para no agravar la posición de la Monarquía en los Países Bajos. En este pulso continuo, en principio Alba obtuvo en Espinosa un eficaz defensor en la Corte de sus planteamientos. De este modo, cuando

⁷⁰ Los ejemplos que encontramos en la correspondencia de Fourquevaux para demostrar estos asertos son múltiples: el 23 de diciembre de 1568 aseguraba a Catalina de Medicis que Espinosa hacía lo posible por asegurar la amistad entre la dos Monarquías (DF. II, p. 30), mientras que, unos meses después reiteraba sus argumentos: "...est le plus affectionne de toulz a la conservation et duree de l'amour et paix tant necessaire entre leurs Majestez" (*ibidem*, p. 315).

⁷¹ Carta de Fourquevaux de 7 de septiembre de 1571 (DF. II, p. 376).

⁷² *ibidem*; informaba Fourquevaux como había visitado a Ruy Gómez y Espinosa, quien "...a truve le meilleur du monde que led. Francés soit revoqué".

⁷³ La presencia de Alba en Flandes elevó considerablemente la tensión, y se sucedieron los incidentes: a la expulsión del poco afortunado diplomático John Man - último embajador residente inglés en la Corte hispana durante muchos años-, siguió el secuestro en los puertos ingleses de una remesa de dinero destinada a los Países Bajos que, a su vez, abrió una guerra comercial con la paralización del lucrativo tráfico entre las islas y el continente. Los problemas internos de Isabel I, amenazada por levantamientos nobiliarios, no hicieron sino agudizar las sospechas hacia el ya mal visto Guerau de Spes, embajador español, que fue finalmente invitado a abandonar Inglaterra. Para el estudio de las relaciones entre las dos Monarquías en este periodo, me remito fundamentalmente a J. RETAMAL FAVEREAU, Diplomacia anglo-española durante la Contrarreforma, Santiago de Chile, 1981 y a P. O. de TÖRNE, Don Juan d'Autriche et les projets.... Además, en relación con el problema específico de Flandes, véase C. WILSON, Queen Elizabeth and the revolt of the Netherlands, The Hague 1979 y la documentación publicada por Barón de KERVYN DE LETTENHOVE, Relations politiques des Pays-Bas et d'Angleterre sous le regne du Philippe II, Bruxelles 1886-1900, 11 vols. (5 a 7 para la época de Espinosa).

en el verano de 1570 el Consejo de Estado discutía las proposiciones de ciertos emisarios irlandeses, el cardenal imponía sus tesis y el organismo se remitía al Duque de Alba "...como a ministro suyo tan principal que tiene los negocios de aquellas partes en mano"⁷⁴. Pero cuando Espinosa comenzó a perder posiciones cambiaron las tornas. Menos de un año más tarde, en abril de 1571, la visita de un emisario inglés nos muestra los primeros indicios de mudanza en la Corte⁷⁵, que habrían de confirmarse en el estío cuando Felipe II, con el apoyo vehemente del Duque de Feria⁷⁶, se planteó seriamente la solución armada para el problema inglés aprovechando el complot de Ridolfi, sustentado por el

⁷⁴ El 4 de julio de 1570 se reunía el Consejo de Estado en Madrid (formado por Espinosa, Fresneda y Velasco) para estudiar las proposiciones de unos señores irlandeses y de un curioso personaje recién llegado a la península, Tomás Stuckley; los consejeros rechazaron la posibilidad de intervención y se remitieron al Duque de Alba (AGS. E, leg. 152, n° 258). Este parecer sería revisado y aprobado por la versión del Consejo que permanecía en el Escorial al rey (Feria y Antonio de Toledo; *ibidem*, n° 264), consulta a su vez vuelta a estudiar por los consejeros que se hallaban en Madrid (*ibidem*, n° 267); más actividad sobre este tema el 5 de enero de 1571 (Espinosa, Fresneda, Feria y Ruy Gómez; *ibidem*, n° 268). En realidad, ya en las instrucciones que recibió Spes para ejercer su embajada se le señaló que siguiera las indicaciones de Alba en los negocios de Inglaterra, por estar muy relacionados con los de Flandes, orden que repitió el monarca por carta al diplomático de 30 de junio (AGS. E, leg. 822, n° 122). Sobre Stuckley véase D. A. BINCHY, "An irish ambassador at the spanish Court, 1569-1574", *Studies*, n° 10 (1921) pp. 353-374; n° 11 (1922) pp. 199-214; n° 12 (1923) pp. 83-105, 461-480; n° 13 (1924) pp. 115-128; n° 14 (1925) pp. 102-119.

⁷⁵ Isabel I envió a Henry Cobham a la Corte hispana con ciertas proposiciones. La política a seguir con el emisario fue discutida en Madrid entre el cardenal Espinosa y el doctor Velasco, y sus pareceres fueron revisados en Aranjuez, donde posaba Felipe II, por el Duque de Feria y el Prior Antonio de Toledo (véase la documentación en AGS. E, leg. 823, nums. 56, 61, 69 a 73; resulta significativa la exclusión de Juan de Austria en el tratamiento de este tema, aun hallándose asimismo en el Real Sitio y entrando en otras sesiones del Consejo atinentes a Italia (AG. VIII, p. 33) en tanto que Ruy Gómez estuvo retirado en Pastrana los meses de abril a junio, DF. II, p. 363). En líneas generales, Feria y Toledo se mostraron mucho más duros con el diplomático ("...viene a amenazar y poner miedo") y le negaron los detalles habituales en estas circunstancias (un regalo, audiencia de despedida) recomendados por Espinosa y Velasco, más contemporizadores e irresolutos. Como se infiere de las anotaciones hológrafas del rey, éste siguió los consejos de los nobles, en lugar de los letrados.

⁷⁶ El Duque de Feria se empleó a fondo en apoyar la línea dura, denostando la política contemporizadora del Duque de Alba practicada hasta entonces: véase el billete de 10 de mayo a Gabriel de Zayas ("Yo temo que lo que hacemos para escusar la guerra nos la meterá en casa", AGS. E, leg. 823, n° 53) y los que despachó al mismo secretario durante el verano de 1571 aludiendo, entre otros temas de Estado, a la cuestión inglesa (AGS. E, leg. 153, n° 93-104); especialmente en n° 100, recordaba como "...en los negocios de Ynglaterra todavía si vm. rrecorre mis papeles y los pareceres q. e dado desde aora catorze años has aora, no hallará un feu pas q. aya dado, como dizen en Francia, y yo daré testimonio provado de hartas cosas q. se an herrado contra mi opinión..."; y tres días más tarde "Su Mag. está harto ardiente con este negocio de Ynglaterra y tiene razón, que si se acierta será la cosa del mundo de mayor autoridad y utilidad para él. Y de otra manera siempre an de estar los Países Baxos colgados de un hilo muy delgado...", *ibidem*, n° 102.

Papado⁷⁷. Sin embargo, la férrea oposición del Duque de Alba a las órdenes recibidas para que apoyara la revuelta de los católicos de la isla, abortaría todos los intentos en este sentido⁷⁸.

El Duque de Feria se había distinguido, desde su etapa de embajador en Londres, por la animosidad hacia Isabel I, pero su apoyo al plan de Ridolfi patrocinado desde Roma se enmarcaba ahora en un contexto diferente caracterizado por un nuevo esquema de relaciones con el Papado. Pío V se hallaba embarcado en un movimiento de lucha contra los enemigos de la fe católica, del que formaba parte la intervención en los asuntos ingleses (incluyendo la excomunión de Isabel I) utilizando para ello los inmensos recursos del Rey Católico. Pero el proyecto más ambicioso fue, sin duda, la formación de la Liga para combatir el poder de los turcos, cuya flota suponía un constante azote

⁷⁷ El florentino Ridolfi montó una conspiración para derribar a Isabel I, apoyándose en el Duque de Norfolk y María Estuardo. A comienzos de 1571 visitó Roma, obteniendo el apoyo entusiástico de Pío V y en julio se presentaba en Madrid para explicar sus proyectos a Felipe II. El Consejo de Estado discutió los planes de Ridolfi el 7 de julio (AGS. E, leg. 823, n° 150 a 158): el Duque de Feria defendió ardorosamente el apoyo al complot para entronizar a María Estuardo ("La descocia verdadera sucesora y cumplirá lo de la religión y amistad"), y poco importaba el enfrentamiento abierto con Inglaterra pues no habría problema en pasar un ejército de 6.000 hombres desde Flandes; Antoniode Toledo, por su parte, daba por aceptada la idea y se limitaba a realizar sugerencias logísticas concretas, en tanto que el más reticente al proyecto parecía ser Ruy Gómez. La postura de los letrados, Espinosa y Velasco, consistió en amoldarse al deseo de Felipe II y procurar no contrariarlo, argumentando generalidades (Espinosa llegó a señalar que se escribiera al Duque de Alba para "...que entienda que su Maj. lo quiere de veras"). En efecto, Felipe II había esperado la llegada de Ridolfi con impaciencia (AGS. E, leg. 823, n° 97, Gabriel de Zayas a Guerau de Spes, 28 de abril de 1571) y rápidamente hizo suyas las propuestas, añadiendo además para su estudio en Consejo de Estado la oferta de un marino inglés, que brindaba el uso de 15 navíos de guerra para la causa caólica siempre que fueran pagados por el monarca hispano (AGS. E, leg. 824, n° 30 y leg. 826, nums. 38 y 89-90). En ello pudo influir la relativa tranquilidad en el resto de los escenarios europeos así como la hartura psicológica del soberano, afectado por las continuas humillaciones que tenía que soportar de los ingleses, tras comprobar además el poco efecto de la excomunión de la reina y los levantamientos internos que había enfrentado. Pero además ya no contaba la opinión de Alba, opuesto al proyecto (véase nota siguiente) y tampoco Espinosa, cuya posición en la Corte empezaba a resquebrajarse, estaba dispuesto a arriesgarse defendiendo las ideas de su aliado en el norte. Como es sabido, Ridolfi fue detenido y el Embajador español, Guerau de Spes, expulsado de Inglaterra (sobre este episodio, J. RETAMAL FAVEREAU, op. cit. pp. 199-213).

⁷⁸ El Duque de Alba recibió a Ridolfi en Bruselas, cuando el italiano marchaba hacia Roma, y escuchó de sus labios todo el plan. Se mostró absolutamente escéptico de que pudiera alcanzarse el éxito y espantado por las consecuencias del fracaso, como argumentó en larga carta a Felipe II de 7 de abril (copia en AGS. E, leg. 823, nums. 115 a 119) y más concisamente a Juan de Zúñiga al día siguiente (ADA, c. 71, n° 3; EDA. II, pp. 559-560). Es preciso señalar la hipótesis de W. S. MALTBY, op. cit. p. 245, que apunta la posibilidad de que Felipe II nunca tuviera intención realmente de llevar a cabo la invasión, sino de "mantener su prestigio ante los católicos ingleses", aunque no concuerda con la pasión que detectaron en el monarca sus principales ministros (como llegó a escribir el doctor Velasco el 28 de julio "extraña cosa es quan de veras su Mag. está en lo de Ingalaterra, y quan poco le ha resfriado el aviso de que la Reyna tenga entendido...", AGS. E, leg. 153, n° 64).

para los intereses de las potencias cristianas en el Mediterráneo. La misma idea de Liga suponía reconocer la supremacía del Papado por lo que un primer intento en 1566 no había encontrado eco en la Corte hispana, inmersa en los primeros pasos de la confesionalización dirigidos por Espinosa⁷⁹. Retomado el plan meses después, a principios de 1570 Pío V intensificó sus gestiones a fin de obtener el apoyo hispano, incluyendo el envío de un emisario personal, Luis de Torres, que alcanzó la Corte en Córdoba en el mes de abril⁸⁰.

Tras una primera entrevista con Felipe II, el monarca le instó, por medio de Antonio Pérez -secretario de Estado para asuntos de Italia, que se mostraba ya muy solícito con los asuntos de Roma y que además contaba con la amistad que mantuviera su padre, Gonzalo Pérez, con el enviado-, a que informase de su misión a los diferentes consejeros de Estado⁸¹. Como es lógico, comenzó por el ministro más influyente, el cardenal Espinosa, quien le transmitió el sentir de sus compañeros del Consejo -en realidad, el único que se opuso frontalmente

⁷⁹ Acerca del tema de la Liga, nos remitimos a M. RIVERO RODRIGUEZ, "El servicio a dos cortes: Marco Antonio Colonna, Almirante Pontificio y vasallo de la Monarquía", La Corte de Felipe II pp. 305-378 e IDEM, "La Liga Santa y la paz de Italia (1566-1576)", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996.

⁸⁰ La misión de Torres ha sido descrita pormenorizadamente por L. SERRANO, La Liga de Lepanto, Madrid 1918, I, cap. II; véase además el análisis del impacto que tuvo sobre la Corte hispana realizado por J. MARTINEZ MILLAN, "Alessandro Farnese, la Corte di Madrid e la Monarquía Cattolica", ponencia mecanografiada presentada a I Farneses: Corti, Guerra e Nobilita in antigo Regime (Piacenza, noviembre 1994), especialmente apartado a) del segundo capítulo ("La Santa Liga y los orígenes del Partido Papista, 1571-1573"). La correspondencia del emisario ha sido publicada por A. DRAGONETTI DE TORRES, La Lega di Lepanto nel carteggio diplomatico inedito de Don Luys de Torres, nunzio straordinario di S. Pío V a Filippo II, Torino 1931.

⁸¹ Así, en carta de 24 de abril de 1570 Torres afirmaba que Pérez "...ha fatto miracoli, e con la diligenza ha mostrato affezione infinita al servizio di S. Santita, e ogni di possono venir delle ocassioni, dove potra servire ed e attivissimo a farlo; ha in Roma un suo negozio d'una spedizione, nel qual desidera esser da V. S. Ill.ma favorito" (A. DRAGONETTI, op. cit. p. 122). Ya al comienzo de su misión había tenido Torres noticia de la buena disposición del secretario, que se había apresurado a ponerse a su servicio (*ibidem*, p. 100). Sobre la amistad de Gonzalo Pérez con Torres, véase la carta del primero a Granvela de 5 de septiembre de 1560 (BPRM. Ms. 2291, n° 229); este vínculo y la actitud de Pérez quedan certificadas en el billete que el secretario dirigió a Felipe II donde daba cuenta de la visita que había girado a Torres, quien solicitara su intervención para obtener una entrevista con el monarca para tratar de su misión; en contestación al margen, el rey difirió el encuentro a la llegada a Sevilla, remitiéndole mientras tanto a Espinosa y el resto de los consejeros de Estado (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 281).

fue el doctor Velasco⁸²- acerca de las pretensiones de un pontífice que, hasta el momento, no se había distinguido en su apoyo al primer monarca de la Cristiandad⁸³. A pesar de ello, Espinosa se presentó como ferviente paladín del proyecto⁸⁴, en la línea del Príncipe de Eboli (con quien según las apariencias se entendía especialmente en el tratamiento de los asuntos italianos⁸⁵), pero parece que pronto tuvo serias disensiones con Luis de Torres⁸⁶. De este modo, en el largo y confuso camino que siguió la configuración de la Liga la postura de Espinosa se cubre de ambigüedad, apoyando en apariencia la idea pero manteniendo abiertas vías de comunicación con sus detractores, que estaban encabezados por los personajes que eran sus aliados en otros ámbitos, esto es, el Duque de Alba, Granvela y Juan de Zúñiga⁸⁷.

En todo caso, la pérdida de influencia de Espinosa comenzó

⁸² Para la entrevista de Torres con Velasco, el único consejero de Estado que parecía mostrarse reacio ante la misión del nuncio, A. DRAGONETTI, op. cit. pp. 156-157.

⁸³ Torres informó de sus pasos al cardenal Alessandrino en dos cartas fechadas el 24 de abril (A. DRAGONETTI, op. cit. pp. 97-115 y 119-123); así, detallaba sus contactos con los consejeros de Estado -Espinosa, Ruy Gómez, Duque de Feria, Antonio de Toledo, Fresneda- y otros personajes de importancia como Gaspar de Quiroga. Resulta muy significativo que, en esta primera ronda de entrevistas, únicamente describiera en profundidad su encuentro con el cardenal quien le transmitió la opinión del Consejo de Estado (pp. 119-120), coincidente con la que L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, pp. 50-51 nos ha hecho llegar del alto organismo: reprochaba la indiferencia del Papa ante los problemas en Flandes y las Alpujarras, los continuos conflictos de jurisdicción en Nápoles y Milán, la no concesión del subsidio del Clero, y concluía "Ahora le quería cargar de nueva guerra y tan apartada, acabando de sacar la sangre de sus pueblos, conjurándole por su fe, virtud, religión, llamando de testigos a Dios y a los hombres de como le pedía no tardase en tomar armas tan justas, sin considerar de donde había de sacar el dinero para tantos gastos...".

⁸⁴ En la primera entrevista que tuvo con Torres, este afirmaba que Espinosa "...mi fece un mondo di giustificazioni d'alcun'ombra, che di lui avrebe potuta tener S.Santita, mostrandomi che per il servizio suo e della Sede Apostolica era in piu d'una occasione tenuto sospetto da qualcheduno..." (A. DRAGONETTI, op. cit. p. 119; expresiones similares en p. 156). Por su parte, L. SERRANO, La Liga..., I, p. 52, asegura que Espinosa patrocinaba la empresa.

⁸⁵ Hasta finales de 1571 fueron frecuentes las reuniones de ambos para examinar documentación de procedencia italiana (IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 198, 201, 276; BL. Add. 28.262, fols. 27, 29, 33, 39, 318, 355; LD. I, p. 176) y Espinosa llegó incluso a suspender Consejos de Estado por hallarse Ruy Gómez ausente de Madrid (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 194; BL. Add. 28.262, fol. 608).

⁸⁶ En IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 296, se localiza un billete de Antonio Pérez al rey en el cual le informa de la petición urgente de una entrevista que le ha hecho Luis de Torres, como amigo, para comunicarle en gran secreto algo que ha ocurrido entre él y Espinosa. En su contestación Felipe II, asumiendo que debía tratarse de una fuerte queja sobre el cardenal, prefirió mantenerse al margen.

⁸⁷ Nos remitimos a M. RIVERO RODRIGUEZ, "La Liga Santa...", para el complicado entramado de la Liga y la postura de Espinosa.

a ser patente pues, si bien en Consejo de Estado se discutieron todos los pasos que se habrían de dar en el tema⁸⁸, circunstancia que motivó que cada consejero por separado se convirtiera en el objetivo⁸⁹ tanto de Torres como posteriormente de Leonardo Dona (el nuevo embajador veneciano⁹⁰), y siendo Espinosa el encargado de tratar oficialmente con ambos diplomáticos en nombre del monarca⁹¹, parece que no por ello se halló siempre en los circuitos donde se tomaron algunas de las decisiones más importantes⁹².

El resultado más visible de la Liga fue la victoria de Lepanto en octubre del año siguiente con las galeras cristianas bajo el mando de Juan de Austria. Sin embargo, el siempre tambaleante proyecto

⁸⁸ En carta de marzo de 1571, Dona informaba como don Juan de Austria le había asegurado que el rey hacía "continuamente congregar i consigli per la deffinition di quello che bisogna" (LD. I, p. 226). Véase además el billete de Antonio Pérez al Rey (IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 143-144) en el que da cuenta de una reunión del Consejo de Estado para discutir si era conveniente firmar la Liga a pesar de que en ese momento no se reunían las condiciones materiales precisas para ello. El Duque de Feria y el Prior Antonio de Toledo se mostraban a favor, mientras Velasco y Ruy Gómez preferían esperar por cuestiones tácticas y de imagen.

⁸⁹ Luis de Torres utilizó la entrevista personal con los consejeros de Estado como herramienta básica para encauzar sus negociaciones en la Corte, comenzando siempre por Espinosa (A. DRAGONETTI, op. cit. pp. 112, 156, 158-159; en ésta última el nuncio extraordinario informaba de como el cardenal, y posteriormente el resto del Consejo cada uno por separado, le habían confirmado que el rey entraría en la Liga siempre y cuando el Papa prorrogara el subsidio de galeras, la cruzada y el excusado). Dona acudió a la misma vía, como refiere en su correspondencia (LD. I, pp. 80-84, 93, 118-119, 163-164, 227, 236).

⁹⁰ Las maniobras del embajador pueden seguirse en su correspondencia, M. BRUNETTI, Correspondenza da Madrid di Leonardo Dona, 1570-1573, Venecia 1963. 2 vols. (en adelante LD.).

⁹¹ Así, fue Espinosa el encargado de comunicar al embajador veneciano que Felipe II aceptaba entrar a discutir las condiciones de la Liga (LD. I, p. 28); además, cuando Dona solicitó urgentemente una entrevista con el monarca para tratar sobre la junta de las armadas -la unión de las escuadras hispana, veneciana y pontificia para defender Chipre, sin esperar a la normalización de la Liga- y ante una aparente indisposición de Felipe II, se le ordenó "...ritrovarsi con l'illustrissimo cardinale, facendo esser ancora presente il detto Perez, che tanto saria como se parlassemo con la Maesta sua" (LD. I, p. 48).

⁹² El papel de Espinosa no siempre fue muy airoso: por carta de 7 de julio Leonardo Dona informaba de la entrevista que había tenido con el cardenal, en la cual se le había comunicado la negativa de Felipe II a autorizar la junta por motivos logísticos (LD. I, pp. 53-54), mientras que 6 días después (*ibidem*, pp. 59-60) Espinosa le había convocado para hacerle saber que, sin embargo de lo dicho, el monarca le había enviado un correo desde El Escorial para notificarle su aprobación a la junta de las armadas. Esto es, la decisión final se había gestado en el entorno del monarca, fuera de Madrid, espacio no controlado por Espinosa pero sí por Ruy Gómez, defensor del proyecto que se habría de llevar a cabo bajo el mando de Colonna, que no era bien visto por el círculo de Zúñiga y Granvela (para estas maniobras, M. RIVERO, "La Liga Santa...").

de Pío V quedaría definitivamente clausurado tras la muerte del Pontífice por su sucesor, Gregorio XIII⁹³ (abril de 1573) ante el escaso interés demostrado por Felipe II en su pervivencia. En efecto, para entonces la Monarquía había enfrentado una serie de acontecimientos, tanto en el seno del gobierno como en la dirección de sus territorios, que habrían de resultar determinantes durante los próximos años. El hecho externo de mayor relevancia fue, sin duda, la reanudación de las hostilidades en Flandes en abril de 1572, con el levantamiento contra el Duque de Alba. Las consecuencias políticas de la desafortunada gestión de Alba llegaron pronto a la Corte, afectando a sus principales valedores: parece que fue la causa que terminó con la ya muy debilitada posición del cardenal. A lo largo de 1572 resulta manifiesto su alejamiento de los negocios de Estado, en beneficio de Ruy Gómez y Velasco⁹⁴, si bien retuvo hasta el final parte de su inmensa influencia en la administración del reino, incluida la militar⁹⁵. Finalmente Espinosa no pudo resistir su caída en desgracia y falleció al poco, el 5 de septiembre de 1572⁹⁶.

⁹³ Sobre la acción política de este nuevo pontífice, véase L. KARTTUNEN, Gregoire XIII comme politicien et souverain, Helsinki 1911 y A. FERNANDEZ COLLADO, Gregorio XIII y Felipe II en la Nunciatura de Felipe Segá (1577-1581): aspectos político, jurisdiccional y de reforma, Toledo 1991.

⁹⁴ Particularmente en papeles de Italia, que Felipe II ordenaba examinar al doctor Velasco y a Ruy Gómez (IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 97, 247 y 313; AGS. GM, leg. 78, n° 215), cuando solo unos meses antes eran Espinosa y Gómez los encargados (supra, nota 85). En este sentido, resulta sintomático el billete de Antonio Pérez al rey, fechado en 1572, en el que comenta la selección que debe hacer Felipe II en cierta documentación de Estado "...para que mande los que se verán con el Cardenal y lo que no se avrá de ver" (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 82).

⁹⁵ En 1572 Felipe II ordenaba se juntasen Ruy Gómez, Antonio de Toledo, Francisco de Ibarra y el doctor Velasco, "porque el cardenal quedará conmigo", para estudiar ciertas cartas enviadas por Vespasiano Gonzaga sobre apercebimientos militares a realizar en la frontera con Francia, y que las conclusiones fueran presentadas "...al cardenal y despues a my" (AGS. GM, leg. 78, n° 223; consulta de la junta en ibídem, n° 222).

⁹⁶ Afirma L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, p. 125: "Consultando sobre los despachos de Flandes, el Rey le habló tan asperamente sobre el afinar una verdad, que le mató brevemente..."; y añade más adelante, certificando que la degradación de la posición de Espinosa no fue cosa de un momento: "También le acabaron de sacar de la gracia de Don Felipe al Cardenal queexas de los grandes y desabrimientos con ellos por falta de cortesía en oír y despachar sus peticiones; porque como estaba ya al cabo de su fortuna y se disminuía su grandeza, usaba della destempladamente".

4. - EL LEGADO DE ESPINOSA (1573-1579): EL PLANTEAMIENTO DEL SISTEMA DE JUNTAS Y LA CONTIENDA ENTRE "PAPISTAS" Y "CASTELLANISTAS"

4.1. El contexto faccional, entre Juntas y secretarios

Los años que siguieron a la muerte de Diego de Espinosa estuvieron marcados por la impronta del *confesionalismo*. Por un lado, los organismos de gobierno habían recibido un claro impulso en su entidad, atribuyéndoles jurisdicción, lo que a su vez llevó al aumento del número de consejeros (técnicos, ya fueran letrados o militares) y un creciente aparato administrativo para enfrentar las nuevas obligaciones. El esfuerzo careció de continuidad inmediata pero, en la medida en que relanzó el asentamiento de los Consejos como tribunales de justicia y espacios de tratamiento de asuntos generales, se hizo patente la necesidad de crear un sistema que permitiera dar una respuesta ágil y efectiva a los numerosos problemas particulares de toda índole que surgían en la dirección de los reinos. Las *juntas* aparecieron así como el medio apropiado para mantener en marcha el gobierno de la Monarquía bajo las nuevas circunstancias, *juntas* que estaban formadas a su vez por los personajes que henchían las plantillas de los Consejos y eran atendidas por secretarios. Este proceso ponía las bases para la separación entre poder político (*juntas*) y ejercicio jurisdiccional (Consejos) en el gobierno de la Monarquía, pero se trataba de un primer estadio. La mixtura aún existente entre ambos conceptos tuvo su mejor reflejo en el poder adquirido por los secretarios gracias al sistema de *juntas*, en un contexto faccional directamente influido por la posición de la Monarquía respecto al Papado, heredada de la época de Espinosa.

De este modo, la reunión de una serie de personajes con un secretario para estudiar cuestiones técnicas específicas empezó a convertirse en procedimiento normalizado a través del que fluyeron las materias de gobierno, menudas o graves. En este esquema los secretarios se convirtieron en pieza clave¹: eran los primeros en conocer la

¹ El papel de los secretarios en la administración de Felipe II nos lo explicita L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, pp. 452-453: "...distribuyó los negocios por sus secretarios con diversas materias, y favoreció la suficiencia dellos y virtud examinada, para que fuesen dignos por ellas de comunicarle por escrito y a boca; entrando a su acatamiento a consultar y negociar por sí mismos, dándoles mano en el expediente, de manera que pendía dellos éste y de sus Consejos". Mucho más crítico era

información confidencial, impagable recurso cortesano; recibían el encargo de convocar a los personajes precisos para su discusión (aportando en muchas ocasiones sugerencias sobre la composición final) y actuaban no solo como escribanos en las *juntas* resultantes (lo que les convertía en transmisores de la información al monarca, perfecta ocasión no pocas veces aprovechada para deslizar sus propias opiniones) sino que los más superaron en el plano formal su función estrictamente burocrática y llegaron a disfrutar en las *juntas* de un derecho que les era negado en los Consejos: voz y voto².

Con estas condiciones, no resulta casual que los dos personajes más relevantes durante estos años, Mateo Vázquez y Antonio Pérez, tuvieran título de secretario real. Ambos aprovecharon el vacío político surgido tras la temprana muerte de los patronos que se beneficiaron de la caída de Espinosa - Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Eboli, el 29 de julio de 1573³, y el doctor Martín de Velasco a

un aristócrata, hacia 1574, refiriéndose al tratamiento de los asuntos de Estado: "...y luego entró en la manera de procederse en las cosas de Estado, pareciéndole que era de grandísimo trabajo para Vuestra Magestad, y para temer mucho en ellas, comunicándose y consultándose de la manera que se haze por medio de los secretarios..." (pub. en C. RIBA GARCIA, Correspondencia privada..., p. 39). La posición de estos oficiales del rey aparece clara en el documento publicado por A. ALVAR EZQUERRA, "Unas <reglas generales para remitir memoriales> del siglo XVI", Cuadernos de historia contemporánea, n° 18 (1995), Editorial Complutense, pp. 47-71. Una visión general de los secretarios, aun con notables carencias, en J. A. ESCUDERO, Los Secretarios de Estado ...

2 Este punto nos lo ilustra perfectamente un billete de Antonio de Eraso, cuya temprana muerte malogró una gran carrera en la administración, a Mateo Vázquez, cuando el primero se ocupaba de pergeñar la cédula real que habría de ordenar la creación de una *junta* de Indias: "En lo que toca a mi, no entiendo que será menester poner ninguna cosa yendo la cédula como va, pues está claro y creo sin ninguna dubda que su Mag. no se deservirá que yo tenga allí parescer, y que se me pida como se a hecho conmigo en otras juntas de negocios de mucha importancia en presencia del duque de Alva y de otros muy grandes ministros suyos, ni parescería justo hacer conmigo novedad, tiniendo todos los secretarios de su Mag. que oy entran en juntas, boto y parescer a ellas, no habiendo servido mas que yo. Y assí suplico a v.m. que encamine que en tiempo de rescibir merced no se me haga agravio"; la respuesta de Felipe II, con la mediación de Vázquez, satisfizo las aspiraciones de Eraso (AGS. GM, leg. 154, n° 151, 15 de septiembre de 1583).

3 Tras la muerte de Espinosa, quedaron Velasco y Ruy Gómez como los principales consejeros de Estado: véase, por ejemplo, el tratamiento que recibió en la Corte el malestar portugués por la firma del tratado de Nimega entre el Duque de Alba e Isabel de Inglaterra (AGS. E, leg. 388, nums. 150, 167, 168 y 171). Sobre el óbito de Ruy Gómez, resulta revelador de la implacable dinámica cortesana el comentario de Antonio Gracián a Gabriel de Zayas pocos días después del fallecimiento, el 7 de agosto, minimizando la importancia del finado: "Pregunte v.m. a Corita que mención o memoria halló aquí de Ruy Gómez a dos o tres días muerto, y essa misma ay agora y havrá de aquí a cient años. Ello para en lo que es" (AGS. E, leg. 153, n° 59). El doctor Velasco fue el encargado de recoger y guardar los papeles del Príncipe de Eboli (AG. I, p. 116).

comienzos de septiembre⁴- para construir sus propias formaciones clientelares, en base a la situación política que dejara el cardenal.

En efecto, la conflictiva relación de la Monarquía con Roma suscitada a raíz de la implantación del *confesionalismo*, influyó directamente en el contexto faccional de la década de los setenta. El interés de Gregorio XIII por encontrar apoyos en la Corte hispana le hizo acudir a los herederos políticos de Ruy Gómez de Silva. Antonio Pérez, secretario de Estado para asuntos de Italia, fue la baza utilizada por el Pontífice para influir en el ánimo del Rey Prudente y mantenerse informado de la situación. Con este aval, Pérez trabajó por atraerse a los consejeros que entraron a finales de 1573⁵ y, en especial, a don Juan de Austria. Tras dos años de ambigüedad cortesana -durante los cuales los asuntos de Estado y Guerra estuvieron en manos del Conde de Chinchón y el prior Antonio de Toledo⁶- hacia 1576, con la llegada de don Juan a Flandes y el nombramiento de consejeros afines⁷, triunfó Antonio Pérez a la cabeza del "partido papista".

Enfrente se situaban aquellos que defendían una orientación patrimonialista de la política de la Monarquía, cuyas cabezas más

⁴ En varias ocasiones se refirió Felipe II tras la muerte de Ruy Gómez a la sobrecarga de trabajo del doctor Velasco: "Porque mañana será un día ocupado para Velasco..." (aplazaba una junta, IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 43; véase además *ibidem*, n° 36); "Velasco anda agora tan ocupado que si le cargo más no hará lo uno ni lo otro" (AGS. GM, leg. 77, n° 183). La posición de Velasco ya fue señalada por A. W. LOVETT, "A new governor for the Netherlands: the appointment of Don Luis de Requesens, Comendador Mayor de Castilla", *European Studies Review*, n° 2, 1971, p. 97, pero para comprender su grado de intervención en muy diferentes negocios, incluyendo Estado y Guerra, deben consultarse sus billetes al rey en BL. Add. 28.359, fols. 84 a 113; a Gabriel de Zayas en AGS. E, leg. 153, nums. 64 a 82, a Juan Delgado en AGS. GM, leg. 78, nums. 247 a 249 y 256; leg. 77, n° 156 y a diversos personajes en IVDJ. Envío 56, caja 74 y BL. Add. 28.262, fol. 69 (Antonio Pérez al rey).

⁵ El II Conde de Chinchón, Marqués de Aguilar, Gaspar de Quiroga, Diego de Covarrubias y Andrés Ponce de León. De todos ellos se dará cuenta oportuna en el apartado de los asuntos de Estado.

⁶ La afirmación del embajador veneciano Lorenzo Priuli en 1576 ("Due sono ora i domestici, il prior Don Antonio e il conte di Chinchon, i quali accompagnano sempre a SM, essendo uno maggiordomo e l'altro cavallerizzo maggiore; ma non pero il se tratta familiarmente con loro le cose sue di stato..."; ALBERI, XIII, p. 254), se ve ampliamente corroborada por la documentación: IVDJ. Envío 56, caja 74 (Juan Delgado a Antonio Gracián, 26 de noviembre de 1573); IVDJ. Envío 87, caja 122, nums. 126, 129, 130, 133, 134, 136, 139, 140; AGS. GM, leg. 80, n° 281, etc.

⁷ Como fueron, entre 1576 y 1578, los marqueses de Los Vélez y Almazán, a los que hubo que sumar el regreso del Duque de Sessa. Estos cubrieron las primeras bajas en el Consejo (Duque de Medinaceli, Conde de Chinchón y Andrés Ponce de León); a este respecto, reiteramos la llamada al capítulo referente a los negocios de Estado.

visibles eran Mateo Vázquez de Leza a nivel general⁸ y el Duque de Alba y Juan Delgado en materias de Estado y Guerra. Pero este grupo, que podemos denominar "partido castellanista", no se caracterizaba por la uniformidad. Vázquez fue el heredero de Espinosa en el gobierno de la Monarquía, tras superar los recelos de sus colegas en el oficio de secretario que estaban mejor situados (en especial Antonio Gracián y Gabriel de Zayas, quienes percibieron el ascenso de Vázquez como una clara amenaza⁹), y pronto se hizo con el control del entorno burocrático el monarca¹⁰. Sin embargo, no reunía ninguna de las características necesarias para entrar en cualquiera de los dos Consejos y, en este sentido, se trató probablemente del único patrón cortesano de la época de Felipe II que no ocupó asiento en el Consejo de Estado. Este hecho le privaba de un apoyo que, si no había resultado básico para otros patronos, en el caso de Vázquez no hizo más que agravar la escasez de sus recursos en este ámbito, feudo de su principal enemigo. Es cierto que estableció estrechos lazos faccionales con el II Conde de Chinchón¹¹; pero, en todo caso, el conde murió tempranamente, en 1576, y resulta revelador de la escasa relevancia de los consejeros no

⁸ Sobre Mateo Vázquez, véase el estudio de A. W. LOVETT, Philip II and Mateo Vázquez de Leza: the government of Spain, 1572-1592, Geneve 1977, así como el estudio que sobre la segunda mitad del reinado de Felipe II elabora en estos momentos el profesor Martínez Millán.

⁹ La reacción de Antonio Gracián ante el ascenso de Mateo Vázquez puede seguirse en los billetes a Gabriel de Zayas de 24 de julio de 1573 (AGS. E, leg. 155, n° 49) y especialmente ibidem, n° 169, en el que escribía: "En esta diré como M. (Vázquez) tornó esta tarde; su Maj. estaba con la terciana, mandole tornar mañana. A lo que él me dize en la primera vista concluirá y se tornará ay. Dixole en mi presencia don Diego de Córdoba con gran risita que sería si os paresciesse tan bien esto que os quedássedes por acá con nosotros. No le respondió mas que reyrse (...). V.m. no dexe de exprimir lo que pudiere y avisarme siempre, porque si ha de ser de verás se vaya tragando poco a poco y no ahogue de golpe, y si sale en blanco sepa yo de quien me tengo de guardar". Gabriel de Zayas tampoco fiaba de Mateo Vázquez, como éste mismo comunicaba al Monarca el 3 de mayo de 1574 (IVDJ. Envío 51, caja 67, n° 28): "No van de mi letra porque Çayas no lo conozca q. sospecho es el que mas mira en mi assist. al servicio de V. Mag., y al que mas ha procurado deshacer con algunos la estimacion della. Como si se me diese a mi algo por todos ellos, sino por solo el servicio de Dios y de V. Mag., q. es lo q. aqui me tiene, sin ningún género de ambición y assi quando le veo y a los demás secretarios acaso, les trato sin dar a entender cuydado del q. ellos tienen de mi, y no me pasa por pensamiento tener enemistades con ellos ni con nadie".

¹⁰ Hacia 1577 Vázquez ya había consolidado su presencia en el entorno del monarca, y comenzaba a ayudar a éste en la redacción de las respuestas a las consultas de Consejos y oficiales, práctica después muy común pero que en principio el propio Felipe II tuvo que indicar a Delgado: "Por no traer buenos los ojos hize oy a Matheo Vázquez, que estaba aquí, os scriviese esas respuestas, a que he añadido yo después lo que vereis" (AGS. GM, leg. 82, n° 112).

¹¹ Sobre la relación entre el noble y el secretario, véase mi trabajo "La nobleza cortesana...".

vinculados a Pérez¹² que su líder natural fuera a partir de entonces el Duque de Alba, figura de enorme prestigio pero cuya caída en desgracia ante Felipe II era manifiesta, quedando muy reducida su influencia política.

La relación entre Mateo Vázquez y el anciano aristócrata apenas rebasó en algún momento los límites de la estricta cortesía¹³. La visión que ambos tenían de los problemas de la Monarquía estaba guiada por parámetros diferentes, y solo la reacción ante un enemigo común, Pérez, pudo concitar sus fuerzas en determinadas ocasiones para conjurar el peligro. De modo que, si bien gracias a su privilegiada posición Vázquez se atrajo a unos cuantos partidarios del duque (de manera especial Francisco de Ibarra¹⁴ y el secretario Gabriel de Zayas¹⁵), su presencia en la deliberación de las grandes líneas de los asuntos de Estado y Guerra fue siempre tangencial. No hay que atribuir a la casualidad el hecho de que el triunfo de Mateo Vázquez sobre Antonio Pérez, materializado en el arresto del segundo en julio de 1579, coincidiera con una acusada reducción del número de consejeros de Estado, sin establecer distinciones entre los seguidores de Pérez y sus contrarios.

¹² Que eran, entre los consejeros de Estado y Guerra, el Prior Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar y el Duque de Francavilla; respecto a los consejeros de Guerra, Francés de Alava y Francisco de Ibarra se habían vinculado al duque en el curso de sus carreras militares. Por lo que toca a los secretarios, Gabriel de Zayas consolidó una fuerte relación con el aristócrata, que se manifestó especialmente durante la estancia del Duque de Alba en Flandes (EDA, II, passim). La opinión que el duque tenía de Gabriel de Zayas se la comunicaba a este último el secretario de Alba en carta de 24 de octubre de 1577: "...ninguno de quantos conocía llegavan con mucho donde v.m. en este ministerio y que pasava a Gonçalo Perez, su amo" (AGS. E, leg. 159, n° 162).

¹³ En alguna ocasión acudió el Duque de Alba al secretario para que defendiera sus intereses ante el monarca (por ejemplo, el 23 de octubre de 1576 o a primero de octubre de 1577; EDA. III, pp. 618 y 633) pero sin la cercanía y el calor que observáramos en el duque en ocasiones semejantes. Por su parte, Vázquez mantenía las distancias, especialmente en los momentos más bajos de Alba, como se refleja en el billete que dirigió al rey el 9 de enero de 1579, público ya el arresto del noble (BL. Add. 28.263, fol. 210; pub. por C. RIBA GARCIA, Correspondencia privada..., p. 195).

¹⁴ La manifestación más evidente de su relación la constituye el billete de Ibarra a Vázquez, de 14 de marzo de 1578, en el que le agradece de forma muy expresiva el haber intervenido para procurar su salida de prisión, donde permanecía por causas que ignoramos (IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 306).

¹⁵ Buenos ejemplos de su relación, superados los recelos iniciales de Zayas (supra, nota 9), se hallarán en los billetes enviados por Vázquez a Zayas, entre 1577 y 1579, localizados en AGS. E, leg. 160, carpeta 24; asimismo, en BL. Add. 28.363, fols. 206 a 231 se encuentra otra serie de correspondencia entre ambos en 1588.

Tampoco Vázquez tuvo en principio mucha ascendencia sobre la administración de los asuntos militares, manejada por Juan Delgado tras la muerte del cardenal Espinosa. Es cierto que, a medida que el ambicioso Antonio Pérez tendía a invadir y controlar su círculo de actuación¹⁶, el secretario de la Guerra se aproximó a Vázquez y los personajes que le eran cercanos¹⁷, pero siempre pretendió conservar un cierto nivel de autonomía. En todo caso, Delgado nunca consiguió ser un gran patrón y si pudo mantener su situación durante varios años fue gracias al equilibrio existente en la contienda faccional entre "castellanistas" y "papistas". Cuando esta quedó resuelta con el arresto de Pérez, al secretario personal del monarca no le costó mucho esfuerzo terminar con las aspiraciones de su colega utilizando para ello los servicios de un joven prometedor, Antonio de Eraso, como veremos en el capítulo siguiente.

Es en este contexto faccional donde hay que enmarcar la actuación de los diferentes personajes, ya fuera en los Consejos de Estado y Guerra, cuya plantilla integraban de manera formal o, especialmente, en las variadas *juntas* que se consolidaron en mayor o menor grado en ambos espacios para el tratamiento de problemas específicos. Pues solo el análisis del juego de las elites de poder en la raíz donde se nutrían, la *gracia* real -encauzada por los diferentes patronos a los ámbitos político-administrativos del gobierno-, en constante interacción con las necesidades y coyunturas planteadas a la Monarquía, nos puede proporcionar las coordenadas correctas para aproximarnos a la verdadera naturaleza del gobierno felipino y comprender en consecuencia sus procesos internos y las acciones a través

¹⁶ Por ejemplo, el 11 de junio de 1577 Francisco de Ibarra informaba al rey que Gabriel de Zayas y Juan Delgado se habían quejado fuertemente al Duque de Alba porque su hijo, el prior Hernando de Toledo, a la sazón virrey de Cataluña, había enviado importantes avisos por la vía de Antonio Pérez, en lugar de los otros dos secretarios (AZ. Carpeta 139, n° 82). Tampoco fue infrecuente que Felipe II remitiera los billetes de Juan Delgado a Antonio Pérez, para que éste opinara sobre los mismos (BL. Add. 28.262, fols. 654, etc.).

¹⁷ Así, en octubre de 1577 Delgado agradecía en extremo a Mateo Vázquez las advertencias para que se guardara de cierto individuo que le quería mal (AGS. GM, leg. 82, n° 154; además leg. 81, nums. 144 y 145). Señales claras de la inclinación, en su propio ámbito, hacia Vázquez fueron su cercanía hacia los individuos ligados al archisecretario, como Rodrigo Vázquez de Arce (véase *supra*, nota 21) o Hernando de Vega (*infra*, nota 38). Véanse además parte de los billetes que Juan Delgado envió a Mateo Vázquez entre 1574 y 1582, en IVDJ. Envío 87, caja 122, nums. 144 a 180 y AGS. GM, leg. 81, nums. 148, 149, 150 y 180.

de las cuales se concretó, como se pretende en los próximos apartados a propósito de los asuntos de Estado y Guerra.

4.2. El gobierno de la guerra

4.2.1. La posición de Juan Delgado

En el momento de su nombramiento como secretario del Consejo de Guerra apadrinado por Diego de Espinosa, Juan Delgado se había encontrado con un organismo atrofiado en su funcionamiento y muy limitado en su plantilla, pues daba entrada únicamente a los consejeros de Estado presentes en Madrid y que tenían a bien dedicar alguna porción de su tiempo a las rutinarias y escasamente interesantes tareas del Consejo¹⁸. Pero el nuevo secretario llegó con ánimo de mudanza, en servicio del monarca, su patrón y, a la postre, sus propios intereses, en lo que constituye una muestra más de la importancia de las relaciones extra institucionales. Fruto de su afán fue la reincorporación al gobierno de Francisco de Ibarra (el primer consejero del reinado de Felipe II que lo era solamente de Guerra) así como la designación, poco antes de la muerte de Espinosa, de Juan de Ayala y Francés de Alava. La permanencia de estos últimos a lo largo de todo el ciclo, unida a la presencia de los nuevos consejeros de Estado, excusó el nombramiento de consejeros de Guerra, ya que no parece que pueda considerarse como tal a Vespasiano Gonzaga¹⁹. Por lo que respecta a los asuntos judiciales,

¹⁸ A los consejeros de Estado que participaban más o menos asiduamente en asuntos de Guerra habría que añadir la presencia de Lus Dávila, Marqués de Mirabel y comendador mayor de Alcántara, fallecido en todo caso en los comienzos del período; detectamos su presencia únicamente en una reunión del Consejo en los primeros meses de 1573 (AGS. GM, leg. 78, n° 216).

¹⁹ Como podría inferirse de la relación de 1576 del embajador veneciano Lorenzo Priuli (ALBERI, op. cit. XIII, pp. 254-255), que se refiere a la composición del Consejo de Guerra en los siguientes términos: "e al mio tempo sono stati due per l'ordinario, don Francesco d'Alava, capitano dell'artigleria, e don Francesco d'Ibarra, e alcuna volta Vespasiano Gonzaga". Un breve recorrido por la trayectoria de Vespasiano Gonzaga, Príncipe de Sabioneda y Duque de Trayeto, nos proporciona el sentido exacto de las palabras de Priuli. Había comenzado a servir en tiempos del Emperador y posteriormente lo hizo bajo el mando del Duque de Alba en Italia. En el verano de 1570 giraba inspección a la costa del reino de Murcia (AGS. GM, leg. 177, nums. 29 a 32) y a comienzos del año siguiente fue enviado a Navarra (que se encontraba sin virrey por

cuyo volumen siguió creciendo de forma considerable²⁰, el alcalde Salazar continuó en ello hasta que una grave enfermedad propició su retirada en septiembre de 1575. A partir de entonces fue sustituido en tales menesteres por Rodrigo Vázquez de Arce, que a su conocimiento de los asuntos militares gracias a su participación en la *Junta de Visitas* unía sus buenas conexiones políticas con el grupo de Mateo Vázquez²¹.

la ausencia del Duque de Medinaceli) para revisar las fortificaciones de Pamplona (LD. I, pp. 240-241), realizando un gran trabajo en recompensa del cual el 8 de junio de 1571 se le facultó para ejercer interinamente como capitán general del reino (SHM, vol. 4, fol. 15v.), y un poco más tarde se le despachó título de virrey (DF. II, p. 422, febrero 1572). A finales de 1574, cuando todavía se encontraba en Navarra, y temiéndose el ataque de la flota turca tras la caída de la Goleta, se le encomendó el examen de las fortalezas de Orán y Melilla (AGS. GM, leg. 78, nums. 75, 76, 82; instrucción en 296); tras un breve paso por la Corte, donde aportó sus conocimientos en la *Junta de Fortificaciones* (véase *infra*, nota 60) cumplió su misión entre diciembre de 1574 y enero de 1575 (véase parte de su correspondencia africana en AGS. GM, leg. 78, nums. 8 a 16). Entre febrero y marzo de 1575 participó en sesiones del Consejo de Guerra para decidir el futuro de aquellas plazas (a este respecto, véase AGS. GM, leg. 80, nums. 144, 151, 157, 158 y 162 -en esta última el Consejo de Guerra era incluso contrario a una nueva intervención de Vespasiano, si bien lo impuso el rey-; *ibidem*, leg. 79, nums. 122 y 123). Poco después fue nombrado Virrey de Valencia (documentación referente a este cargo en RAH. Ms. A-49, fols. 370 a 375) y, a tenor de la documentación, no volvió a participar en el Consejo por lo que su intervención fue una más entre la de tantos expertos que eran convocados al mismo. Por otro lado, la omisión que Priuli hace de Juan de Ayala parece corresponderse con cierto abstencionismo de este consejero, corroborado por los billetes cruzados entre Juan Delgado y el Rey en noviembre de 1573 (IVDJ. Envío 56, caja 74) cuando el monarca reprochaba al secretario haber olvidado consultar con Ayala ciertas ordenanzas de las Guardas de Castilla.

20

El 5 de junio de 1575, Juan Delgado informaba al monarca de como "...en el Consejo de Guerra (...) pocas semanas ay que no se halle (el Alcalde Salazar) uno o dos días en Consejo a tratar destos negocios por aver ocurrido y ocurrir tantos..." (AGS. GM, leg. 80, n° 193).

21

Sobre la enfermedad de Salazar, AGS. GM, leg. 80, nums. 242 y 247; en éste último documento, de septiembre de 1575, Juan Delgado, ante la premura de un asunto urgente de justicia que no admitía dilación, proponía de nuevo la presencia de Rodrigo Vázquez (desde que lo intentara sin éxito en enero de 1574, IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 131, parece que había logrado su presencia en asuntos concretos al menos desde abril de 1575, AGS. GM, leg. 82, n° 86). Sin embargo, pocos días más tarde, el 19 del mismo mes (AGS. GM, leg. 80, n° 254), el secretario transmitía al monarca la deliberación del Consejo de Guerra acerca del inexcusable nombramiento en firme de un nuevo asesor del Consejo en sustitución de Salazar ("está muy malo y en caso que biva tardará en conbalescercer"), que además debía dedicarse en exclusiva a estos negocios para que no sufrieran retraso y ser alcalde de Casa y Corte, por su conexión con las cárceles reales. En su respuesta, Felipe II desestimaba ambas condiciones sugeridas por el Consejo: "En lo que agora se ofreciere de priesa para que sea menester letrado entienda Rodrigo Vázquez. En lo demás visto se fuere el Alcalde Salazar veremos lo que en ello convendrá"; es decir, se ordenaba la entrada de un consejero Real (no alcalde de Casa y Corte) y muy ocupado ya en otros ámbitos. Al poco, Rodrigo Vázquez había consolidado su presencia en el Consejo de Guerra (*ibidem*, n° 291, 20 de diciembre de 1575: "...está siempre a la determinación de las cosas de justicia"), situación que perduró hasta la muerte del presidente Covarrubias y el nombramiento de Antonio de Pazos para el cargo. En efecto, el gallego Pazos procuró impedir la ausencia del Consejo de Castilla de sus miembros, sobretodo si era para ocuparse en menesteres diferentes, decisión que provocó vivas protestas del Consejo de Guerra que se veía privado del asesor para temas de justicia (AGS. GM, leg. 88, n° 212, julio 1578). Sobre Rodrigo Vázquez, véase el trabajo de I. EZQUERRA REVILLA, *La distribución de la gracia real durante la anexión de Portugal: Rodrigo Vázquez de Arce (1578-1583)*", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996, pp. 261-279.

El esfuerzo organizativo que exigió una empresa de cierta envergadura -la armada de Pero Menéndez de Avilés, destinada al socorro de Flandes²²-, coadyuvó a los propósitos del secretario. De este modo, en un determinado momento pudo recordar de forma interesada al monarca que, desde su llegada, el Consejo había aumentado perceptiblemente su ritmo de trabajo, con tres días a la semana establecidos para su reunión (lunes, miércoles y viernes), asuntos extraordinarios aparte, cuando diez años antes lo hacía una sola jornada²³. Además procuró agilizar en lo posible los procedimientos para el despacho de los negocios, evitando las normas establecidas, si bien algún consejero vió en ello demasiado ansia de autonomía del secretario²⁴. Tal actitud de recelo se enmarca en lo que constituyó una de las características más acusadas de la plantilla del Consejo de Guerra por estos años, que en ocasiones muy concretas llegó a dificultar su normal funcionamiento: las profundas diferencias personales existentes entre los consejeros²⁵.

²² Sobre esta empresa, que consumió ingentes cantidades de recursos a lo largo de 1574 y quedó truncada con la muerte de Avilés en septiembre de ese mismo año, véase M. PI CORRALES, España y las potencias nórdicas: "la otra invencible", Madrid 1983.

²³ La relación de Juan Delgado al Rey, el 29 de diciembre de 1574, en AGS. GM, leg. 78, n° 111 (véase además *ibidem*, n° 85). En carta de 9 de junio de 1564 el embajador inglés Challoner informaba a su reina que el Consejo de Guerra se reunía de ordinario un solo día a la semana, el martes, para despachar los asuntos (CSP-FS, E. I, 1564-65, p. 152). Corroboraba lo dicho el argumento utilizado por el licenciado Ruy Pérez, relator del Consejo, para pedir una ayuda de costa: "...dize que los relatores que han servido en el Consejo de la Guerra en tiempo que se juntavan a el muy pocas vezes se les ha hecho siempre y dado ayudas de costa (...) y él a que sirve casi dos años y en este tiempo el dicho Consejo se a tenido casi cada día ordinariamente mañana y tarde..." (AGS. GM, leg. 81, n° 395; sin fecha, pero datable en 1574, dado que en 1575 Pérez llevaba 3 años sirviendo en el Consejo (AGS. GM, leg. 80, n° 266).

²⁴ Felipe II había ordenado que los pareceres del Consejo de Guerra se pusieran por escrito y volvieran a presentarse en el Consejo (véase *supra*, p. 134, nota 53) lo cual, en la práctica diaria, propiciaba de hecho gran retraso en el despacho. Delgado comenzó a saltarse la norma con la aprobación del monarca (AGS. GM, leg. 78, n° 203). Sin embargo, esta medida no fue bien acogida por algunos consejeros como Francisco de Ibarra, que consideraba que debía seguirse el procedimiento implantado en el resto de los Consejos: "Y por lo que toca a su servicio y de la misma manera de que combenya que los despachos que salen del Consejo de Estado y del de la Guerra los señalen alguno de los propios consejeros, como se haze en todos los otros tribunales, porque de no hazerse esto se siguen muchos ynconvenientes, tanto que se echan de ver y de la misma manera las consultas que se hazen a V. Md., porque no se observa en esto hultimo la horden que V. Md. tiene dada, ny los secretarios mostraron olgarse della" (Ibarra al rey, febrero 1576, IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 182).

²⁵ En junio de 1573 Antonio Pérez informaba al rey de las broncas en Consejo entre Alava e Ibarra por un lado ("...se expusieron en mucha cólera, de suerte que fue menester tener cuidado de que no se descomidiesen entre si") y Alava y Delgado por otro ("...también se atravesó don Francés con Delgado sobre preeminencias de su officio"), interviniendo en ambos casos Ruy Gómez como mediador, quien apuntaba "...puede alguna vez ser de inconveniente y aun de ordinario que se trataen los negocios de V. Mag. con aquella manera de disputa y porfía" (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 22). En efecto, Francés de Alava mantenía una encendida pugna con Juan Delgado quien no veía bien que el capitán

Con todo, la revitalización del Consejo de Guerra no fue la única vía utilizada por Juan Delgado para cimentar su posición en la Corte. Evidentemente, el secretario de la Guerra no era el experto militar al que Felipe II recurría para consultar las principales cuestiones que se presentasen. En este sentido, tras el óbito del doctor Velasco y el nombramiento de los nuevos consejeros de Estado y Guerra, quedaron el prior Antonio de Toledo y el Conde de Chinchón, desde su privilegiada posición a la vera del monarca, como las más altas instancias de consulta en el gobierno de la guerra, supervisando la información que remitía el Consejo de Guerra o las diferentes *juntas* especializadas. Sin embargo, ambos cortesanos, caballerizo mayor el uno y mayordomo y tesorero general de la Corona de Aragón el otro, no se movían entre los bastidores de la administración, ni controlaban los canales empleados por los oficiales del rey para procurar el funcionamiento engrasado de los negocios relacionados con el ministerio militar, especialmente en materia hacendística, castellana y de Indias.

Este papel correspondió a Juan Delgado, quien hizo notar rápidamente su presencia en la administración de la monarquía pues de una u otra forma casi todos los organismos del gobierno terminaban por verse involucrados en temas militares. Así, contactaba con el presidente del Consejo de Indias (que se empeñaba en levantar gente en Castilla sin consultar previamente con el Consejo de Guerra²⁶), con el vicecanciller del Consejo de Aragón, para tratar de los diferentes aspectos defensivos de los territorios de aquella Corona (especialmente fronteras e

general de la artillería entrara en Consejo de Guerra, alegando que debía dedicarse a recorrer continuamente los reinos inspeccionando el estado de la artillería (véase P. RODRIGUEZ y J. RODRIGUEZ, op. cit. pp. 66-71, además del largo memorial de Alava al rey exponiendo los problemas en IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 113); tampoco se libraba de la crítica del resto de los consejeros como el Conde de Chinchón (*ibidem*) y Francisco de Ibarra (AGS. E, leg. 156, n° 25). Este, por su parte, además de enfrentarse con Alava lo hacía asimismo con Delgado, denunciando ante Mateo Vázquez presuntos manejos del secretario en nombramientos de cargos de la administración militar (IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 374).

²⁶

Fue este un tema que Delgado presentaba periódicamente ante el monarca que invariablemente le ordenaba hablar con el presidente de Indias, conversaciones que al parecer no tenían mucho éxito (AGS. GM, leg. 76, n° 111; leg. 78, nums. 122 y 180; leg. 79, n° 129). Encontramos además comunicaciones referentes a temas diversos en AGS. GM, leg. 78, n° 227, leg. 89, n° 230.

islas²⁷), con los presidentes de Castilla²⁸, Ordenes²⁹ e Italia³⁰ e incluso con el Consejo de Estado, manteniendo una fluida relación con Gabriel de Zayas y no siendo infrecuente su entrada en el alto organismo para informar de asuntos concretos³¹.

Pero, sin duda, el campo donde intervino con más intensidad, aunque con discutible éxito, fue en el hacendístico debido a algunos de sus oficios: desde la época de Espinosa era contador de penas de cámara, tenía el cargo de *tomar la razón* y entraba en Consejo de Hacienda. La imprescindible coordinación al máximo nivel entre ambas esferas, la militar y la financiera, había sido ejercida sucesivamente desde las primeras regencias de Felipe por Francisco de los Cobos, Juan Vázquez de Molina, Francisco de Eraso y Diego de Espinosa, esto es, los principales patronos de la Corte en cada momento, que eran los que tenían la capacidad política de asignar los recursos a las empresas castrenses y decidir los nombramientos correspondientes a la difusa línea divisoria entre Guerra y Hacienda, evitando conflictos de jurisdicción. Tras la muerte de su patrón, Delgado no tardó mucho Delgado en lamentar la falta de una persona que evitara desavenencias³²

²⁷ AGS. GM, leg. 78, nums. 42, 206, 265; leg. 80, nums. 103, 108, 125, 257, 259, 264, 266, 270, 288; leg. 81, nums. 169 y 350; leg. 82, nums. 87, 88 y 96; leg. 83, n° 112; IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 155.

²⁸ Por ejemplo, para el nombramiento de corregidores "de capa y espada" (AGS. GM, leg. 77, n° 195; leg. 82, n° 119); la instalación de una fábrica de salitre en la cual, según Delgado, el Consejo Real no se tomaba el suficiente interés (AGS. GM, leg. 88, n° 141); la construcción de un puente en Cádiz (AGS. GM, leg. 81, n° 366) o para estudiar las circunstancias de la muerte de un capitán (AGS. GM, leg. 77, n° 108).

²⁹ En noviembre de 1576 para revisar algunos aspectos de una *visita* en curso a la Orden de Alcántara (AGS. GM, leg. 81, n° 346). Véase además la documentación citada en *infra* nota 64.

³⁰ Así, para que dejara el Consejo de conceder entretenimientos a los militares que aparecían en la Corte procedentes de Italia, pues se llenaba el Real Sitio de soldadesca (AGS. GM, leg. 88, nums. 122 y 224, febrero 1578).

³¹ Por ejemplo, para informar de ciertas demandas de Pero Menéndez referentes a la armada que levantaba (AGS. GM, leg. 78, nums. 128 y 166); la seguridad de las armadas de Indias y ciertas peticiones de hombres del alcaide de una fortaleza (*ibidem*, n° 164); avisos de la frontera con Francia vistos en Consejo de Guerra (*ibidem*, n° 207), el envío de refuerzos a Palermo (*ibidem*, nums. 72 y 73), y la defensa de las plazas africanas (*ibidem*, nums. 74 y 78), el sueldo de la caballería en Cataluña (AGS. GM, leg. 82, n° 55), contactos con el norte de Africa (AGS. GM, leg. 82, n° 202; leg. 83, n° 113; leg. 88, nums. 8 y 119), galeras (BL. Add. 28.262, fols. 108 y 287), etc.

³² A comienzos de 1573 Juan Delgado informaba a Felipe II del choque suscitado con Hernando de Ochoa, teniente de la Contaduría Mayor, que se negaba a asentar en los Libros del Sueldo el nombramiento efectuado por el Consejo de Guerra de

y facilitara la provisión del numerario suficiente, al menos para cubrir las necesidades defensivas de la Monarquía³³.

La respuesta de Felipe II ante la situación creada fue, al menos en apariencia, apoyar la posición de Juan Delgado. Así, en el tema de los nombramientos Delgado obtuvo algunos éxitos iniciales en asuntos gestados en la época de Espinosa, como lo fue asignar al Consejo de Guerra, mediante cédula real de 2 de diciembre de 1573, la capacidad de nombrar contadores militares en detrimento de la Contaduría Mayor de Hacienda³⁴. Respecto al segundo problema, el monarca utilizó al secretario como punto de conexión entre ambos campos, ordenándole solicitar las sumas requeridas ya fuera en Consejo de Hacienda, a solas con su presidente o con el personaje más influyente en estas materias el teniente de la contaduría Francisco de Garnica, aun a sabiendas de que la coyuntura financiera no permitía acudir a todo lo que era menester³⁵. La documentación nos muestra que Delgado no cejó en el empeño, pero que pronto asumió su escasa influencia en los mecanismos hacendísticos del gobierno³⁶, consecuencia directa de su falta de sintonía con las facciones que los controlaban. Careciendo del esencial vínculo personal, propuso al rey una solución institucional para

un contador en cierta fortaleza, alegando correspondía a los contadores mayores o en su defecto a los tenientes de la Contaduría. Destacaba el secretario como en tiempos de Espinosa había tramitado Ochoa muchos cargos parecidos sin la menor protesta: "...y nunca habló en ello porque le dixerá (Espinosa) resolutamente lo que havia de hazer y agora que le paresce que no queda quien le vaya a la mano a salido con pretensión que no le toca" (AGS. GM, leg. 77, n° 155).

³³ Sobre las quejas de Juan Delgado por la falta de dinero, véase infra nota 35.

³⁴ AGS. GM, leg. 78, n° 199; cit. I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., p. 71.

³⁵ Son abundantes las acotaciones de Felipe II a los billetes de Juan Delgado cada vez que éste daba noticia de la falta de numerario y de sus gestiones ante el Consejo, ordenándole intervenir ante el organismo o su presidente para conseguir dinero: AGS. GM, leg. 77, n° 135; leg. 78, nums. 58, 85, 110, 111, 135, 220, 237, 253, 260, 265; leg. 79, n° 127; leg. 80, nums. 110, 114, 120, 121, 187, 189, 191, 197, 209, 215, 220. Sobre los contactos con Garnica, AGS. GM, leg. 79, n° 116; leg. 80, nums. 106, 239; leg. 81, nums. 169, 183, 200, 347, 382, 385 y 399; leg. 84, n° 60; leg. 85, n° 134; leg. 88, n° 166. Felipe II también ordenó intervenir a Delgado ante la *junta de las consignaciones*, creada para reasignar -algunas a objetivos militares- las desembarazadas tras el decreto de suspensión de septiembre de 1575 (AGS. GM, leg. 81, n° 191).

³⁶ El 22 de enero de 1575 confesaba a Felipe II: "...y aunque hago lo que puedo en el Consejo de Hacienda como scrivi a V. Mag. oy, requiere más fuerça que mi solicitud" (AGS. GM, leg. 80, n° 120).

enderezar la situación: la presencia de uno o varios consejeros de Estado y Guerra en el Consejo de Hacienda, o viceversa, que se encargaran de hacer presentes las necesidades y velar por su cumplimiento³⁷. Ante la negativa del monarca y la persistencia de las dificultades, Delgado optó por amoldarse al sistema imperante y solicitar "...algunas juntas de personas de guerra y hacienda, para que de una vez se compusiese", procedimiento mejor visto por Felipe II³⁸.

4.2.2. Las juntas de guerra

La expresión del secretario nos descubre que, para entonces, ya había comprendido que la vía más directa para influir en la administración de la Monarquía no era, aun reconociendo su importancia innegable, no era el hecho de estar al frente de la secretaría del Consejo de Guerra ni su presencia continua en diversos ámbitos del gobierno de la Monarquía. La nueva dimensión adquirida por las juntas constituyó una inmejorable oportunidad para afianzar la posición de las personas que asistían a todas y cada una de las que se celebraban, controlaban los papeles y daban cuenta al rey de su actividad, aportando sus propias ideas y sugiriendo en ocasiones la composición de las mismas; nos referimos a los secretarios.

Así, mientras el Consejo de Guerra, como hemos visto, conoció ciertamente una fase de consolidación, manifestada en un

³⁷ Lo propuso al menos en dos ocasiones: el 29 de diciembre de 1574 señalaba "...y es plática ordinaria en el Consejo de Hacienda que había de aver allí algunos del Estado y Guerra o del de Hacienda en los dichos, para que segund las posibilidades así se use de los gastos. Supplico a V. Mag. lo mande considerar y que no se vaya con presupuesto de que a V. Mag. faciliten en Consejo de Hacienda la provision y después en esta confianza se esté y venga el daño irreparable" (AGS. GM, leg. 78, n° 111); en esta ocasión no recibió respuesta del monarca, pero cuando lo volvió a plantear un tiempo después Felipe II anotó "Lo que aquí decís pues vos asistís en el Consejo y el otro (no era necesario)" (AGS. GM, leg. 80, n° 110). Todavía el 23 de enero de 1578 Antonio Pérez recordaba este tema al rey, apuntando que el Duque de Alba y el Marqués de Aguilar podrían estar apoyando para ello a Francisco de Garnica, si bien Felipe II volvió a posponer la cuestión (BL. Add. 28.262, fol. 293v.).

³⁸ AGS. GM, leg. 88, n° 283, septiembre 1578. Sobre la reunión de este tipo de juntas, véase *infra*, nota 66. Solo al final del período, con el nombramiento en junio de 1579 de Hernando de Vega para la presidencia del Consejo de Hacienda, personaje muy ligado a Mateo Vázquez que revitalizó en cierta medida la actividad del organismo - incluyendo la previsión y tramitación de gastos militares-, manifestaría Delgado su esperanza de que estos asuntos habrían de discurrir por mejores derroteros (AGS. GM, leg. 89, n° 104).

considerable aumento de su actividad respecto a épocas pasadas, ello no impidió que, paralelamente, sus miembros se implicaran de forma muy acusada en el sistema de *juntas*, con el fin de atender a problemas determinados que requerían mayor especialización, además de rapidez y secreto en el despacho. Como el mismo monarca señalaba, por mano de Mateo Vázquez, a Juan Delgado, "Lo que digo que se entienda en el Consejo de Guerra ha de ser en lo general y ordinario, y no quando se offreciere alguna cosa particular, que no sea menester que se sepa. Y esto es para vos solo"³⁹. En líneas generales, la posición del Consejo de Guerra respecto a las *juntas* que trataban asuntos que podían ser de su competencia, estaba en relación directa con el adecuado reparto entre sus miembros de parcelas de influencia en dichas *juntas* (cada uno, por supuesto, dentro de su especialidad), así como con el grado de intromisión de elementos ajenos al Consejo, pertenecientes a otros organismos de la administración.

En el ámbito de la Guerra, y ya fuera reuniendo únicamente a miembros del Consejo o bien integrando a éstos con otros personajes del resto del gobierno de la Monarquía, se detecta el funcionamiento de diferentes tipos de *juntas*⁴⁰. Consolidada hasta el punto de ejercer jurisdicción en su materia estaba la *Junta de Galeras*; pero, sin llegar a su grado de estabilidad, asistimos además al nacimiento de determinadas *juntas* cuya existencia vino avalada por la gestión cotidiana, como fueron la *Junta de Indias*, *Junta de Visitas*, *Junta de*

³⁹ Billeto de 12 de febrero de 1578, sobre las quejas del Consejo de Guerra por la actuación de la *Junta de Indias* (AGS. GM, leg. 88, n° 125; cit. I. A. A. THOMPSON, "The armada..." p. 720). El secreto a la hora de convocar una *junta* era asimismo resaltado por Antonio Pérez, cuando se planteó el estudio de cierta documentación referente a Argel: (el rey) "...mandará lo que será servido, y si lo será que se trate desto en Consejo o en junta particular por lo del secreto"; Felipe II se inclinó por la *junta* (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 48).

⁴⁰ Una primera aproximación a las *juntas* militares durante la última parte del reinado de Felipe II en I. A. A. THOMPSON, "The armada...", pp. 719-721. La única relación que hemos hallado de las *juntas* de Guerra existentes en la Corte durante estos años es un documento de Juan Delgado de comienzos de 1575, que detalla las que se reunían en ese preciso momento, pero sin distinguir entre los diferentes grados de estabilidad: "Las personas que su Mag. a mandado se junten a casos particulares y quales para cada uno: para lo de galeras, el sr. Don Juan en su posada, marqués de Aguilar, Conde de Chinchón, Francisco de Ibarra, Contador Garnica, Antonio Pérez y yo, y para el breve despacho del sr. Don Juan se hallase ally el Presidente Obando; Para lo de la fabrica de naos y plantíos, el Prior, Conde de Chinchón, Don Juan de Ayala, Fuenmayor, Rodrigo Vázquez, Villafañe; Para lo de Almagro, el Marqués de Aguilar, Francisco de Ibarra, don Francés, don Juan de Ayala, Rodrigo Vázquez y Salazar y últimamente uno de Ordenes y el Presidente dellas nombro a Don Lope; para las visitas de las fronteras, Francisco de Ibarra y don Francés o qualquier dellos y Rodrigo Vázquez y Salazar" (AGS. GM, leg. 81, n° 378; el subrayado es nuestro).

Fortificaciones y la Junta de Milicias. Estas cinco llegaron a conformar un *sistema de juntas* muy activo para el tratamiento de porciones del espacio castrense, de contenido muy definido pero sin limitación temporal en su funcionamiento. Por contra, el escalón inferior del sistema lo constituyeron las efímeras *juntas* reunidas para el estudio de problemas específicos, cuya vida venía dada por el tiempo que se tardaba en su resolución.

En la *Junta de Galeras*, cuya existencia se constata a lo largo del reinado⁴¹, se discutían todos los asuntos relacionados con el funcionamiento de las armadas de Felipe II a excepción de las de Indias, que eran objeto de una *junta* diferente. La transición entre la época de Espinosa y el nuevo período nos la desvela Antonio Pérez en un billete a Felipe II, fechado a 27 de diciembre de 1573: "...yo he querido scrivir a V. Mag. para advertirle que los que se solían juntar sobre cosas de galeras eran el cardenal, Ruy Gómez, el prior, Velasco y Garnica (...) y de los que he dicho son muertos todos sino el prior que está ausente y Garnica (...) y sin los prelados, como diz Garnica, quedan del Estado acá el Príncipe de Mérito y el Marqués de Aguilar y Andrés Ponce. V. Mag. nombrará los que fuere servido"⁴². A pesar de que en este momento Felipe II difirió la recomposición de la *junta* poco después, ante una nueva solicitud de Juan Delgado, indicaba quien debía entrar en la misma: el indispensable experto en temas hacendísticos, Francisco de Garnica, el prior Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar, el Conde de Chinchón y Francisco de Ibarra, con Antonio Pérez y Juan Delgado como secretarios⁴³. Además, la *junta* era presidida, en caso de hallarse en la

⁴¹ Nos remitimos a los capítulos anteriores de nuestro trabajo.

⁴² BL. Add. 28.262, fol. 102.

⁴³ Juan Delgado proponía la reunión del Prior Antonio de Toledo, Garnica, Antonio Pérez y él mismo, a pesar de la ausencia del Conde de Chinchón, para tratar un asunto de galeras, a lo cual respondió Felipe II: "...y parece muy bien que luego se trate destas cosas no embargante la ausencia del conde de Chinchon, y si el marqués de Aguilar pudiere será bien se junte a ello porque se baya introduciendo en estas cosas, y también se junte Francisco de Ibarra pues tendrá platica dellas, con los demás que aquí decís" (AGS. GM, leg. 78, n° 261). Quedó así configurada la composición, como nos confirma Juan Delgado en billetes al rey de octubre de 1574 (AGS. GM, leg. 78, n° 75) y junio de 1575 (AGS. GM, leg. 80, n° 194). Más noticias de su actividad para 1574 en AGS. GM, leg. 78, nums. 91, 93, 146 y 175; 1575 en AGS. GM, leg. 80, n° 114; 1576, AGS. GM, leg. 81, n° 250; para 1577 en AGS. GM, leg. 82, nums. 68, 100; AGS. E, leg. 159, nums. 90, 91 y 119 y AGS. E, leg. 175, nums. 29 a 31; en 1578, AGS. GM, leg. 88, nums. 129, 136, 140, 167, 176, 177, 185, 187, 193, 205, 206, 208, 211, 213, 243, 272, 279, 283, 316, 325, 326, 334; para 1579, AGS. GM, leg. 89, nums. 15, 16, 22, 24, 235.

Corte, por Juan de Austria (que ostentaba el título de capitán general de la mar), celebrándose en su casa⁴⁴. Más adelante únicamente habría de entrar el Marqués de los Vélez⁴⁵, en tanto que Felipe II no consideró oportuna la presencia de dos Grandes tras su reaparición en la Corte procedentes de misiones en el exterior: en 1574 el Duque de Alba, llegado de Flandes en desgracia de su rey⁴⁶, y en 1578 el Duque de Sessa (personaje muy vinculado a Antonio Pérez) tras su regreso de Italia⁴⁷.

En la década de 1570, tras varios lustros de andadura, la *Junta de Galeras* llegó a consolidar su existencia con la definición de un cierto ámbito de actuación a base de una dialéctica más o menos permanente con la jurisdicción del Consejo de Guerra⁴⁸. De este modo, la *junta* se reunía una vez a la semana (los sábados) y despachaba tanto asuntos de expediente -incluyendo las peticiones de particulares- como todo lo relativo a asientos, nombramientos, aprovisionamiento, e incluso movimientos estratégicos de las armadas⁴⁹. Claro que, a la par que apuntalaba su existencia, participaba en la misma medida en el sistema

⁴⁴ Sobre el papel de Juan de Austria en la *Junta de Galeras*, véase AGS. GM, leg. 80, nums. 110, 114, 134, 138, 157 y 167; AGS. E, leg. 157, n° 1; toda esta documentación entre enero y abril de 1575, hallándose en la Corte don Juan, cuya presencia provocó dudas en el Consejo de Guerra sobre el tratamiento que habría de recibir, pues se entendía que en Italia se le consideraba Alteza (AGS. GM, leg. 80, n° 108).

⁴⁵ Constatamos su presencia en febrero de 1577 (BL. Add. 28.262, fol. 233v.) y asimismo en septiembre de 1578 (AGS. GM, leg. 88, n° 279) en tanto que al mes siguiente se hallaba en cama y no podía asistir (*ibidem*, n° 326).

⁴⁶ En octubre de 1574 Juan Delgado preguntaba al monarca si se habría de llamar al Duque de Alba ("...que tiene tanta práctica de todo") a la *Junta de Galeras*, negándose a ello Felipe II (AGS. GM, leg. 78, n° 75).

⁴⁷ El 8 de julio de 1578, la *Junta* -compuesta en ese momento por el Prior Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar, Francisco de Ibarra y Francisco de Garnica- solicitaba la entrada del Duque de Sessa, aunque debido a su mala salud la *Junta* habría de celebrarse en su casa; Felipe II negó tal posibilidad, si bien ordenó que se requiriera su parecer en los asuntos que le pudieran ser más conocidos (AGS. GM, leg. 88, n° 208). En todo caso, pocas oportunidades hubo pues el Duque murió meses más tarde, el 3 de diciembre del mismo año.

⁴⁸ Como sucedió en noviembre de 1574 cuando Delgado preguntó al rey si las conclusiones de la *Junta* que estudiaba el asiento de las galeras de España con el Duque de Medina Sidonia habrían de verse en Consejo de Guerra o en *Junta de Galeras*, inclinándose el rey por la segunda; o en noviembre de 1578, al consultar Delgado el parecer del Consejo de Guerra sobre la licencia solicitada por Alvaro de Bazán, a lo que respondió: "Páreceme que dixe que se viese esto en la junta de galeras, digo lo que en ello convendría, y así se me avise lo que en ello pareciere" (AGS. GM, leg. 88, n° 325).

⁴⁹ Para el funcionamiento de la *junta*, véase el billete de Juan Delgado al rey de octubre de 1578 (AGS. GM, leg. 88, n° 305) y sobre sus competencias la documentación citada en *supra* nota 43.

con la aparición a su vez de *juntas* más reducidas para examinar problemas concretos⁵⁰.

De determinados aspectos de las armadas de Indias se fueron ocupando *juntas* puntuales⁵¹, hasta que la revisión en profundidad del sistema defensivo de las flotas que conectaban el viejo y el nuevo mundo propició, a partir de mediados de 1575, cierta consolidación de un grupo especial para el tratamiento de todas las cuestiones relacionadas con este tema⁵². La estructura de su composición era sencilla, aunque variaran los nombres: con Juan Delgado como secretario se reunían consejeros de Guerra (en un momento u otro intervinieron Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar, Conde de Chinchón, y Francisco de Ibarra), consejeros de Indias (el presidente Juan de Ovando, licenciados Francisco Botello Maldonado, Gómez de Santillán, Otálora, Gamboa y

⁵⁰ Así, el estudio del asiento para llevar las galeras de España, propuesto por el Duque de Medina Sidonia, fue encomendado a mediados de 1574 a una *junta* formada por el Prior Antonio de Toledo, Francisco de Garnica y el Tesorero General Juan Fernández de Espinosa (AGS. GM, leg. 78, nums. 58, 59, 77, 91; leg. 80, n° 109).

⁵¹ En septiembre de 1574, Delgado informaba de una *junta* en casa del presidente de Indias para estudiar la prisión de un oficial de la armada culpado de la muerte de un alférez (AGS. GM, leg. 78, n° 62), mientras que en mayo de 1575 lo hacía sobre la reunión de una *junta* formada por Juan de Ovando, Francisco de Garnica, Gabriel de Zayas y él mismo para estudiar el refuerzo de una armada de Indias (AGS. GM, leg. 80, n° 183).

⁵² El 22 de octubre de 1577, Juan Delgado resumía para Felipe II la actividad que había generado el estudio del problema defensivo de las flotas de Indias (AGS. GM, leg. 82, n° 168): el asunto se inició con la reunión de una *junta* el 31 de julio de 1575 (Ovando, licenciados Castro y Botello Maldonado, Antonio de Toledo y Francisco de Ibarra) que a su vez planteó una serie de cuestiones para cuya discusión se volvió a convocar el 25 de agosto una nueva *junta*, más amplia que la primera (Antonio de Toledo, Marqués de Aguilar, Conde de Chinchón, Garnica, Ovando, Licenciados Castro, Botello Maldonado, Gamboa y Santillán). Las conclusiones fueron enviadas, para que emitieran su opinión técnica, a destacados militares que se hallaban fuera de la Corte (Juan de Austria, García de Toledo, Marqués de Santa Cruz), todo lo cual fue revisado de nuevo en *junta* formada el 14 de junio de 1576 (Antonio de Toledo, Marqués de Aguilar, Francisco de Ibarra, Garnica, Licenciados Gamboa y Santillán), resolviendo Felipe II que se necesitaban nuevos pareceres, esta vez de los expertos residentes en América. De forma paralela, los mismos personajes trataron aspectos diferentes de la navegación de Indias: a finales de 1576 Antonio Pérez reunía a Juan Andrea Doria, Ibarra, Gamboa, y Delgado para estudiar varios temas (entre otros, la utilidad de las saetías para la navegación de Indias; Delgado remitió al rey la información de esta *junta* mucho más tarde, el 14 de febrero de 1577, AGS. GM, leg. 82, n° 58), cuya conclusión, tras la realización de determinadas pruebas, se trató en *juntas* de 21 de octubre y 3 de noviembre de 1577 y enero y febrero de 1578 (Antonio de Toledo, Ibarra, Garnica, Licenciados Otálora y Santillana; el envío de la consulta de la primera lo anunciaba Delgado en la misiva que abre la presente nota, hallándose el original en AGS. GM, leg. 82, n° 169; la documentación de la de noviembre en *ibidem*, n° 176, resumen de los puntos a tratar, y n° 179, conclusiones; las reuniones de 1578 en AGS. GM, leg. 88, nums. 116 y 137). Asimismo, el 7 de junio de 1576 Juan Delgado informaba a Mateo Vázquez de la reunión de ambos tipos de consejeros para examinar ciertos avisos sobre navíos piratas (IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 148; relación de lo tratado en AGS. GM, leg. 82, n° 41) y dos semanas más tarde daba cuenta a Francisco de Ibarra de una nueva convocatoria de esta *junta* (*ibidem*, n° 236).

Castro) más el inevitable experto hacendístico (Francisco de Garnica) y la colaboración externa y ocasional de algún asesor, como fue el caso de Juan Andrea Doria. Tal profusión de personal ajeno al Consejo de Guerra suscitó en ocasiones ciertos recelos de este organismo⁵³ pero, si bien no puede hablarse de una *Junta* permanente hasta el regreso de la Corte a Portugal (con la aparición de la *Junta de Puertorrico*) hasta el ocaso de la década de 1570 la reunión de sus integrantes constituyó una fórmula viable para ver problemas concretos⁵⁴.

La *Junta de Visitas* había conocido su impulso definitivo en los últimos tiempos del cardenal Espinosa, con la incorporación de Rodrigo Vázquez de Arce⁵⁵. Ocupada en estudiar los papeles de las inspecciones que se realizaban a determinadas instancias militares (especialmente enclaves fronterizos), sus conclusiones debían ser después revisadas y confirmadas por el Consejo de Guerra⁵⁶. Estaba compuesta, además del mismo Rodrigo Vázquez, por el alcalde Salazar, Francés de Alava y Francisco de Ibarra⁵⁷. La retirada de Salazar (septiembre 1575), las ausencias de Alava (ocupado en viajes continuos para inspeccionar la artillería) y la frágil salud de Ibarra propiciaron

⁵³ Así, en febrero de 1578, cuando la "...Junta de Yndias" consultó memoriales de artillería y municiones, los del Consejo de Guerra "...dixeron que también convenía se entendiese en el Consejo de guerra lo que se distribuye y da de las casas de artillería y municiones, no embargante que se hubiese resuelto en juntas particulares" (AGS. GM, leg. 88, n° 125).

⁵⁴ De este modo, los personajes convocados desde principios de 1578 (véase *supra*, nota 52) se reunieron cada vez que se suscitaba un tema de estudio en este ámbito: el 13 de abril de 1578 (AGS. GM, leg. 88, n° 169); el 10 de noviembre de 1578 el rey ordenó se juntasen Antonio de Toledo, Francés de Alava, Gamboa y Santillán para examinar la información sobre las minas de cobre de la Habana, material necesario para la artillería (AGS. GM, leg. 88, n° 322; más información en *ibidem*, nums. 323 y 328). Asimismo, en consulta respondida el 12 de julio de 1579, Delgado informaba: "Los del Consejo de Yndias me dixeron que V. Mag. mandava que se juntasen los del Consejo de Guerra que se avían juntado con algunos de Yndias, a ver lo que tocava...", inquiriendo a Felipe II, ante las indisposiciones del Prior Antonio de Toledo y Francisco de Ibarra, que consejeros de Guerra se habrían de juntar con Garnica, Gamboa y Santillan para estudiar algunos puntos referentes a una flotilla de Indias. El monarca prefirió no introducir novedades, ordenando que Santillan y Garnica visitasen a Ibarra en su casa para discutir el problema (AGS. GM, leg. 89, n° 118).

⁵⁵ Véase *supra*, nota 21.

⁵⁶ En marzo de 1576 Delgado daba cuenta al monarca de la conclusión del estudio por parte de la *Junta de las visitas* de Menorca, Fuenterrabía y San Sebastián, "Y después, conforme a lo que se ha hecho siempre, se aguardó a que viniesen los del Consejo de Guerra que estaban con V. Mag. y en el se hizo relación de todo ello y de los cargos que contra los condenados resultaban" (AGS. GM, leg. 81, n° 212).

⁵⁷ Véase *supra* nota 40.

la entrada de Juan de Ayala a partir de marzo de 1576⁵⁸. De todos modos, al final del período se produjo un cambio cualitativo importante, pues la junta pasó a estar compuesta enteramente por letrados excusándose la presencia de los consejeros de Guerra⁵⁹.

El mantenimiento y construcción de fortalezas en los puntos estratégicos ibéricos y africanos más importantes para la Monarquía eran materia de la *Junta de Fortificaciones*, formada originalmente por el Duque de Alba, prior Antonio de Toledo y Francés de Alava, a los que había que añadir el concurso de expertos ingenieros⁶⁰. Ello no obstaba para que el Consejo de Guerra como tal tratara frecuentemente estos asuntos (situación que procuró alguna queja de los especialistas⁶¹) o que a lo largo de los años siguientes se fueran sumando de forma irregular el Duque de Francavilla, los marqueses de Aguilar, Los Vélez y Almazán y Francisco de Ibarra, si bien el núcleo inicial continuó siendo la espina dorsal de la junta⁶². Por último, ya desde comienzos

⁵⁸ Juan de Ayala fue propuesto por Delgado tras comprobarse que era imposible la asistencia del Duque de Francavilla, el primer candidato aprobado por Felipe II en diciembre de 1575 (AGS. GM, leg. 80, n° 282; leg. 81, n° 209). Más noticias de su actividad en 1574, en AGS. GM, leg. 78, nums. 109, 122, 148, 185 (solicitando Delgado se liberase a Rodrigo Vázquez de otros trabajos en el Consejo Real para dedicarle más tiempo a la Junta); 1576, AGS. GM, leg. 81, nums. 144, 194, 212, 331, 333 y 351; para 1577, AGS. GM, leg. 82, nums. 137 (resaltando el secretario que la junta se reunía dos veces por semana), 256; en 1578, AGS. GM, leg. 88, nums. 122, 154 y 283 e IVDJ, Envío 87, caja 122, n° 151 (Juan Delgado a Mateo Vázquez, julio 1576). En AGS. GM, leg. 80, n° 266 se puede consultar una relación de las visitas estudiadas hasta octubre de 1575.

⁵⁹ En junio de 1580 el presidente del Consejo Real escribía a Felipe II sobre la forma que habría de seguirse, a la hora de imponer las penas, "...en lo de las visitas de Guerra que van viendo y determinando los licenciados Ximénez Ortiz y Ribadeneira con el alcalde Alvar García" (AGS. GM, leg. 107, n° 29).

⁶⁰ En enero de 1575 era el mismo Consejo de Guerra el que remitía un asunto de la fortificación del puerto de Valencia a estas tres personas (Juan Delgado a Antonio Gracián, IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 137), los mismos a los que el monarca había enviado para su estudio las cartas del virrey de aquel reino sobre el tema (AGS. GM, leg. 78, n° 22, 14 de diciembre 1574) y que estaban viendo ya las fortificaciones de Navarra y Cartagena (Juan Delgado al Rey, 10 de enero de 1575, AGS. GM, leg. 80, n° 105) tras haber estudiado unos meses antes las trazas de Fuenterrabía y San Sebastián acompañados de Vespasiano Gonzaga y el ingeniero Fratin (24 de noviembre 1574, AGS. E, leg. 156, n° 27; AGS. GM, leg. 78, nums. 99, 100, 102) así como las de Cádiz y Gibraltar (AGS. GM, leg. 89, n° 370).

⁶¹ Así, en julio de 1575, habiéndose visto en Consejo de Guerra diversos aspectos de la fortificación de Cartagena, Francisco de Ibarra escribía al rey "...algunos de los que oy sean allado en aquel Consejo no están tan informados destas materias como sería necesario" (AZ. Carpeta 139, n° 9).

⁶² Noticias sobre la actividad de la junta en 1575 en AGS. GM, leg. 80, nums. 105, 167, 190, 285; en 1576, AGS. GM, leg. 81, nums. 236, 329, 331, 339, 342 a 344; IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 160; en 1577, AGS. GM, leg. 82, nums. 70, 83, 88, 114; IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 116; en 1578 en AGS. GM, leg. 88, nums. 186, 255, 302.

del reinado se reunía una *junta* especial para tratar del establecimiento de una milicia en el reino. Durante estos años estuvo formada, entre otros, por el prior Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar y Andrés Ponce de León pero, si atendemos a las protestas del Consejo de Guerra, no parece que su funcionamiento fuera el más adecuado⁶³.

Al margen de las *juntas* consolidadas en mayor o menor grado, la necesidad de estudiar problemas puntuales dio lugar, en el ejercicio diario del poder, a una pléyade de reuniones diversas, de marcado carácter técnico y transitorio, cuyo único requisito de convocatoria era un billete del rey a Juan Delgado o incluso el camino inverso, esto es, una solicitud del secretario al monarca. Probablemente, las más recurrentes fueron aquellas que reunían a consejeros de Guerra con miembros de otros consejos, ya fuera para resolver conflictos de competencias entre las diferentes jurisdicciones o simplemente examinar cuestiones que pudieran afectar a diversos ámbitos, *modus operandi*, por otro lado, vigente desde los tiempos del Emperador: así ocurrió con el Consejo de Ordenes⁶⁴ o el Consejo de Castilla⁶⁵. Además, el siempre acuciante problema de allegar fondos tanto para mantener el sistema defensivo de la Monarquía como para financiar las empresas mediterráneas terminó por agrupar, cuando ya no bastó la solicitud de Juan Delgado, a los miembros más significados de ambas materias⁶⁶.

⁶³ En diciembre de 1575, Juan Delgado transmitía al rey la queja del Consejo de Guerra acerca del funcionamiento de la *junta de milicias*, que no se reunía el mínimo imprescindible para cumplir con su cometido, por lo que suplicaba que el Consejo de Guerra asumiera sus funciones. La respuesta de Felipe II fue ordenar se vieran determinados aspectos en el Consejo de Estado mientras buscaba una solución (AGS. GM, leg. 80, n° 286). Más noticias de esta *junta* en AGS. GM, leg. 78, nums. 100 y 184.

⁶⁴ En 1575 se suscitó un conflicto entre el gobernador de Almagro y un capitán que levantaba gente en la ciudad, que Felipe II ordenó se viese entre varios consejeros de Guerra y uno del Consejo de Ordenes (para seguir el problema, AGS. GM, leg. 80, nums. 196, 240, 241, 244, 245, 247; véase además *supra* nota 29).

⁶⁵ Sobre problemas de jurisdicción entre el Consejo de Guerra y el Consejo de Castilla, que procuraron la reunión de *juntas* específicas, véase: AGS. GM, leg. 77, n° 196; acerca de este tema, véase además IVDJ. Envío 87, caja 122, nums. 131 y 134; AGS. GM, leg. 82, n° 138; leg. 88, nums. 207 y 211; leg. 89, nums. 76 y 77; leg. 90, n° 119. Sin necesidad de la existencia de conflicto, los consejeros de Guerra también podían reunirse con miembros del Consejo Real para examinar más a fondo determinadas causas judiciales (AGS. GM. LR. 31, fol. 50r.; LR. 32, fols. 53r-54r; 117r), problemas de aposentamiento de soldados en Pamplona (AGS. GM, leg. 83, nums. 24 y 25) o la exportación fraudulenta de armas de Vizcaya y Guipúzcoa (AGS. GM, leg. 89, n° 160).

⁶⁶ Así, en noviembre de 1572 se juntaron el doctor Velasco, Francisco de Garnica y Juan Delgado "...para hazer la quenta del dinero que podría ser menester yr proveyendo" para la campaña marítima de don Juan Austria en 1573 (IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 106-107). Además, desde mediados de la década parece ser frecuente la reunión

Por lo que se refiere a otro tipo de problemas, un breve recorrido, que no pretende ser exhaustivo, sobre las *juntas* que se reunieron nos proporciona un muestrario de los temas que más preocuparon en el ámbito del gobierno militar y al mismo tiempo nos representa la diversidad de los campos cubiertos. De este modo, la situación en el norte de Africa, con el trasfondo de la amenaza de la flota turca, procuró la formación periódica de *juntas* para el análisis de la situación⁶⁷, como sucedió con un asunto muy relacionado, la rendición de los últimos focos de moriscos en Granada⁶⁸. Siguiendo en el ámbito del Mediterráneo, los nombramientos a realizar en Cerdeña reunieron, a comienzos de 1575, una *junta* con nombres muy conocidos, encabezada por Juan de Austria⁶⁹, mientras que los asuntos militares más ordinarios de la Corona de Aragón podían resolverse entre el prior Antonio de Toledo y el vicescanciller del Consejo de Aragón⁷⁰. Las materias relacionadas con territorios fronterizos eran cuidadosamente analizados por *juntas* reunidas al efecto⁷¹. A lo largo de todo el período revistió gran importancia el análisis de diversos aspectos relacionados con la

entre el prior Antonio de Toledo, Francisco de Ibarra y Francisco Garnica para estudiar vías de financiación ante urgencias militares (AGS. GM, leg. 88, nums. 114, 309, 316; AGS. E, leg. 159, n° 381).

⁶⁷ A finales de 1572 ya se reunían Ibarra y Alava para estudiar ciertos memoriales (AGS. GM, leg. 77, nums. 137 y 180) y a mediados del año siguiente Felipe II ordenaba a Antonio Pérez se juntasen Antonio de Toledo, doctor Velasco, Alava e Ibarra con Delgado y Pérez como secretarios (IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 22, 36, 46, 48). Mención aparte merece la misión del capitán Cabreta en 1577, que traía ofertas de paz del norte de Africa para cuya discusión, y la repercusión en las relaciones con Portugal, se juntaron el Duque de Alba, Marqués de los Vélez, Ibarra, Delgado y Antonio Pérez (AGS. GM, leg. 82, nums. 77, 81, 82, 83, 85 y 86; IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 257); pocomás tarde se juntaron el prior, Pérez, Ibarra y Delgado para evaluar la ayuda que podría prestarse a don Sebastián para su expedición a Africa (AGS. E, leg. 159, nums. 200 a 219).

⁶⁸ En 1573 se reunían con este fin el prior Antonio de Toledo, Rodrigo Vázquez, Francisco de Garnica y Francisco Gutiérrez de Cuellar. Se trató en realidad de la reunión de la *junta de población* con el prior Antonio de Toledo (orden de Felipe II en AGS. GM, leg. 78, n° 213 y noticia de su actividad en *ibidem*, leg. 77, n° 172).

⁶⁹ Al hermano del rey se unían el Duque de Alba, Conde de Chinchón y el prior Antonio de Toledo (AGS. GM, leg. 80, nums. 140 y 142; IVDJ. Envío 56, caja 74, Delgado al rey, 14 de abril; IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 138).

⁷⁰ Por ejemplo, AGS. GM, leg. 82, nums. 119 y 121.

⁷¹ Así sucedió en marzo de 1578, cuando se juntaron el Duque de Alba, Antonio de Toledo, el Marqués de Aguilar, Rodrigo Vázquez y Francisco de Garnica para estudiar ciertos memoriales de unas villas guipuzcoanas (AGS. GM, leg. 84, n° 62); cuatro meses más tarde eran Alba, Toledo y Vázquez los que veían unos documentos sobre aquella frontera (AGS. GM, leg. 88, n° 195).

construcción de navíos⁷² y, para finalizar este corto sumario, indicar la existencia de la *Junta Militar de Portugal*, que preparó la vertiente bélica de la unión de las coronas⁷³.

El gobierno de los asuntos militares se articuló pues sobre una base triple: por un lado, un revitalizado Consejo de Guerra, que desde la época de Espinosa comenzara a consolidar su carácter de guardian de la jurisdicción delegada del monarca especialmente en temas de justicia, y ocupado así en el despacho de la creciente marea de temas generales y de trámite; por otro, los mismos consejeros integraron un sistema de *juntas*, de marcado carácter técnico, que llegaría a abarcar un amplio espectro de materias específicas; ambos pilares, por último, conformaron la estructura sobre la cual el secretario Juan Delgado consolidó su espacio en la administración, apareciendo de este modo como el auténtico motor de la gobernación castrense. Sin embargo, el universo del secretario de la Guerra, a pesar de sus esfuerzos, era eminentemente técnico, no político, y en consecuencia cuando la materia se consideraba de suma gravedad la cuestión pasaba a estudiarse en un círculo superior: el Consejo de Estado.

⁷² Con este fin se reunieron en diciembre de 1574 el Conde de Chinchón, Juan de Ayala, Fuenmayor, Rodrigo Vázquez y Villafañe (AGS. GM, leg. 78, nums. 107 y 113; véase además *supra* nota 40), composición que era retomada en parte varios años más tarde, entre marzo y abril de 1577 (Antonio de Toledo, Rodrigo Vázquez, Fuenmayor y Juan de Ayala; AGS. GM, leg. 78, n° 19). Puede considerarse el antecedente de la *junta de fábricas de navíos*, formalmente constituida en 1604 (I. A. A. THOMPSON "The Armada...", p. 721).

⁷³ A este respecto, véase mi trabajo "La Junta Militar de Portugal, 1578-1580", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996.

4.3. Los asuntos de Estado: Flandes y sus repercusiones

En este período, los negocios de Estado de la Monarquía giran en torno al acontecimiento más grave y traumático que tuvo que afrontar el Rey Prudente, esto es, la segunda rebelión de sus Estados de Flandes, Holanda y Zelanda⁷⁴. Pero durante un tiempo esto no estuvo tan claro. El levantamiento en abril de 1572 contra el gobierno del Duque de Alba, iniciado por los "mendigos del mar" y rápidamente aprovechado por el príncipe de Orange, pareció estar controlado por el genio militar del Duque hasta el verano del año siguiente. Asimismo, Alba suscribió un acuerdo sobre libre comercio con Isabel I (Nimega, 30 de abril de 1573) que cerraba, al menos en teoría, un período turbulento entre ambas monarquías, en tanto que la eliminación del poder hugonote alejaba de momento las posibilidades de intervención francesa⁷⁵. Con este panorama en el norte, la atención y los recursos de la Corte se dirigían hacia el Mediterráneo, donde el hermano del rey, don Juan de Austria, se medía contra el expansionismo otomano.

⁷⁴ Desde el punto de vista hispano disponemos de una aproximación de conjunto al problema de Flandes en G. PARKER, España y la rebelión Del mismo autor es la obra básica sobre los aspectos militares de la cuestión, IDEM, El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659, Madrid 1976, y resulta asimismo de sumo interés la recopilación de sus artículos sobre el tema en IDEM, España y los Países Bajos, 1559-1659. Diez estudios, Madrid 1986. Por su parte, A. W. LOVETT, ha publicado diversos artículos sobre la materia, el más general de los cuales -y, a mi juicio, bastante confuso- es "Some spanish attitudes to the Netherlands", Tijdschrift voor Geschiedenis, LXXXV, 1973, mientras que el resto los iremos citando en su contexto específico; mayor valor tiene, del mismo autor, el capítulo dedicado a los asuntos de Flandes de su Philip II and Mateo Vázquez.... Por otro lado y respecto a las fuentes publicadas para su estudio, gran parte de la documentación relacionada con el tratamiento de la cuestión de los Países Bajos se recoge en la obra monumental a la que han acudido los especialistas desde el siglo pasado, L. P. GACHARD, Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas (1558-1577), Bruselas, 1848-1879, 5 vols. (continuados por Joseph LEFEVRE en 1940-1953); sin embargo, el hecho de que la mayoría de los documentos se encuentren resumidos y en francés hace aconsejable acudir a las fuentes, como hemos procurado hacer en la medida de nuestras posibilidades; de este modo, solo en el caso de transcripciones completas o de papeles cuyos originales no nos ha sido posible consultar, proporcionamos la referencia de GACHARD. Se han publicado además colecciones documentales muy determinadas en diversos volúmenes del CODOIN y en N-CODOIN, vols. I a III (correspondencia de Requesens). Por último la obra de M. VAN DURME, Les Archives Generales de Simancas et l'histoire de la Belgique (IX-XIX siècles), Bruselas, 1964-68, 3 vols. resulta un útil complemento de los propios catálogos del Archivo a la hora de enfrentarse a la ingente masa de documentación. No es nuestro objetivo profundizar en el problema desde la óptica interna de los Países Bajos, pero se hallará un buen resumen de la situación en J. ISRAEL, The Dutch republic: its rise, greatness, and fall (1477-1806), Oxford 1995, pp. 169-230.

⁷⁵ A este respecto, véase N. M. SUTHERLAND, "The massacre of St. Bartholomew and the problem of Spain", The massacre of St. Bartholomew. Reappraisals and documents, A. SOMAN, ed., La Haya 1974.

El fracaso de la política militar del Duque de Alba cristalizó en el largo y costoso sitio de Harlem (diciembre 1572-julio 1573), al que siguió un motin de los soldados españoles, y tuvo su respuesta en la Corte. A pesar de la alegría de Felipe II cuando le fue comunicada la caída de la ciudad⁷⁶, había decidido ya la sustitución del duque (y de su nunca confirmado sucesor, el Duque de Medinaceli) por el comendador mayor de Castilla, Luis de Requesens, a la sazón ocupado en el gobierno de Milán⁷⁷. Las esperanzas malogradas que el monarca pusiera en el mejor de sus generales procuraron no solo su desgracia, sino además la apertura en la Corte durante los años siguientes de una profunda discusión sobre la política a seguir respecto a los Estados de Flandes, directamente enraizada en las distintas facciones cortesanas y cuyas ramificaciones repercutieron en la relación de Felipe II con las potencias europeas y en las prioridades sobre la asignación de recursos.

Con la mira puesta en el resto de las posesiones del Rey Católico, complejo mosaico en el cual podía cundir el ejemplo de lo que aconteciere en Flandes, la disyuntiva se planteó entre los que, abanderados por el Duque de Alba, eran partidarios de realizar el menor número posible de concesiones y tener el acero presto para terminar con las insolencias; y aquéllos, simpatizantes con la facción "papista", que consideraban mejor política contemporizar y atender las demandas de los naturales, pues la coyuntura no permitía acudir a la fuerza para normalizar la situación. Un sumario de las discusiones en el Consejo de Estado sobre el tema en 1576, cuando se trataba el nombramiento de don Juan de Austria, nos resume cuales eran estas posiciones:

"Unos dicen que es peor perder los Estados del todo para el exemplo y consecuencia de los otros Reynos, que retenerlos como quiera que se pudiere, salvando la religión y obediencia de V. Mag. porque se podrá así mejor yr con el tiempo recobrando lo demás. Y que esto hizo el rey de Francia y ha sido aprobado por

⁷⁶ Antonio Gracián a Gabriel de Zayas, 25 de julio, comunicándole como le había leído a un enfermo Felipe II la noticia de la toma de Harlem: "oyolo con tanto contentamiento y con tan buen semblante..." (AGS. E, leg. 155, n° 52).

⁷⁷ El mandato de Requesens en Milán ha sido estudiado por J. M. MARCH, op. cit. Disponemos de más bibliografía sobre su estancia en Flandes: F. BARADO FONT, Don Luis de Requesens y la política española de los Países Bajos, Madrid, 1906 y los artículos de A. W. LOVETT, "A new governor for the Netherlands: the appointment of Don Luis de Requesens, Comendador Mayor de Castilla", European Studies Review, n° 2, 1971, pp. 89-103; IDEM, "The governorship of Don Luis de Requesens, 1573-1576", European Studies Review, II, 1972, pp. 198-199.

su Santidad. Otros que es mejor perderse todo para la reputación y para el exemplo de otros Estados, que no conceder a estos lo que piden por esta forma. Y añaden la poca seguridad que aurá que con esto se ayan de contentar viendo que por aquel camino salen con lo que quieren"⁷⁸.

Pero, como decimos, esta situación fue el puto final de un proceso que se inició con la profunda renovación cortesana que tuvo lugar tras la muerte del cardenal Espinosa.

4.3.1. El gobierno de Requesens y la ambigüedad cortesana.

Una semana antes de que, con el ánimo muy decaído, Requesens hiciera su entrada en Bruselas, Felipe II renovaba en profundidad el Consejo de Estado, pues tras el fallecimiento del doctor Velasco⁷⁹ solo quedaban el prior Antonio de Toledo⁸⁰, el inoperante Duque de Francavilla⁸¹ y los secretarios Antonio Pérez y Gabriel de Zayas. Así, a principios de noviembre de 1573, el rey Prudente daba entrada en el

⁷⁸ AGS. E, leg. 569, n° 223 (transcrita por B. PORREÑO, op. cit. p. 418).

⁷⁹ La relación entre la muerte de Velasco y la renovación del Consejo la resaltaba Requesens en carta a Andrés Ponce de León de 4 de diciembre de 1573, al felicitarle por su nombramiento como consejero de Estado: "V.m. tiene muy gran razón de haber sentido tanto la muerte de Velasco, que cierto era muy buen amigo, y en verdad que yo la sentí muy tiernamente, pero ya me voy consolando pues ha sido causa que echase toda esa carga sobre v.m." (CODOLIN, vol. 102, p. 418).

⁸⁰ Su posición de caballero mayor le mantenía a la vera del monarca, y en momentos de vacío político su influencia no era desdeñable. Ejemplos de esta situación en AG. *passim*; AGS. E, leg. 155. nums. 60, 68; AGS. GM, leg. 77, nums. 6, 73, 105, 107 a 133 y 184; leg. 78, nums. 219, 237, 242, 244, 250, 251, 252, 260; leg. 89, n° 249; IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 20, 24, 25, 34; IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 123; IVDJ. Envío 56, caja 74 (billetes entre Delgado y Gracián); AGS. E, leg. 825, nums. 88 y 89.

⁸¹ Ejemplo elocuente del escaso influjo del Duque de Francavilla es la anotación hológrafa de Felipe II a un billete de Antonio Pérez sobre el examen de ciertos papeles de Juan de Austria, referentes a la empresa de Argel: "Y no creo que sea inconveniente se lean en presencia del de Francavilla pues no es tomar resolución sino ver lo que mi hermano apunta...", eso sí, ordenando a continuación la exclusión del Duque cuando se hubieren de discutir medidas concretas (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 43). Es de resaltar en este sentido la mala relación que mantuvo con su yerno los últimos años de vida de éste: L. I. ALVAREZ DE TOLEDO, Duquesa de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán, General de la Invencible, Cádiz 1994. 2 vols. I, p. 46, citando documentación del Archivo de su Casa: "Va muy adelante el no hablarse nadie de aquella casa (Francavilla) y la de Ruy Gómez".

alto organismo a una serie de personajes, tanto nobles como letrados⁸². Los primeros se caracterizaron por haber permanecido hasta el momento en la Corte, cerca del rey gracias a sus oficios en la Casa Real, pero sin implicarse en las luchas faccionales: el cazador mayor Luis Fernández Manrique, IV Marqués de Aguilar⁸³ y el mayordomo (que actuaba interinamente como mayordomo mayor en ausencia del Duque de Alba) Pedro Fernández de Cabrera y Bobadilla, II Conde de Chinchón⁸⁴. Los letrados eclesiásticos fueron aquéllos que, habiendo sido nombrados a finales de 1572 para los cargos más importantes que dejara vacantes Espinosa, terminaron por acceder un año después al Consejo de Estado: el obispo de Cuenca -desde 1577 arzobispo de Toledo- Gaspar de Quiroga como Inquisidor General⁸⁵ y el obispo de Segovia Diego de Covarrubias, presidente del Consejo de Castilla⁸⁶. El tercero de los letrados y el único seglar, Andrés Ponce de León, había llegado desde Milán

⁸² El único rastro documental directo que hemos encontrado se halla en un billete de Antonio Pérez al rey, sin fecha pero datable los últimos meses de 1573, y que refiere parte de las nuevas entradas: "Ayer se juntó el Consejo de Estado y después de aver jurado los tres nuevos y concertado los días ordinarios para Consejo, que fueron lunes y jueves..." (BL. Add. 28.262, fol. 580).

⁸³ Sexto Conde de Castañeda, cazador mayor del rey, había servido junto a Felipe II desde su viaje a Inglaterra en 1554. Caballero de la Orden de Santiago, comendador de Socuéllamos, los embajadores destacan su escasa preparación y su vinculación al Duque de Alba. Murió el 23 de octubre de 1585. Noticias biográficas en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. I, p. 179.

⁸⁴ Sobre la carrera del II Conde de Chinchón, tesorero general de la Corona de Aragón en 1558 (lo que le dio entrada en los Consejos de Aragón e Italia) y muy vinculado a Mateo Vázquez desde 1574, véase S. FERNANDEZ CONTI, "La nobleza cortesana...

⁸⁵ En su longeva existencia, Gaspar de Quiroga y Vela acumuló cargos y honores desde sus comienzos como colegial del Mayor de la Santa Cruz de Valladolid: oidor de la Real Chancillería de Valladolid, visitador de Nápoles, consejero de Castilla, Inquisidor general, presidente del Consejo de Italia. Muy cercano a Antonio Pérez, tras la caída del secretario se acercó a la facción de Mateo Vázquez y el III Conde de Chinchón. Murió en 1594. A la espera de la tesis doctoral que sobre este personaje realiza Henar PIZARRO LLORENTE, puede consultarse M. BOYD, Cardinal Quiroga, Inquisidor General of Spain, Iowa 1954.

⁸⁶ Diego de Covarrubias y Leyva, obispo de Segovia, de quien CABRERA DE CORDOBA afirma "sus estudios y letras los mayores de Europa", había sido auditor de la Real Chancillería de Granada y tomado parte en el Concilio de Trento, del que guardó un estrecho vínculo con el Papa Gregorio XIII. Tomó posesión de la presidencia de Castilla poco después de la muerte de Espinosa pero, al decir de CABRERA, solo cuando el rey le aseguró que no iba a acumular el poder de su predecesor ya que no habría de ejercer los cargos de Inquisidor General (que pasó a Gaspar de Quiroga), "... ni del Consejo de Estado, como lo fue después" (op. cit. II, pp. 127-128). Esto es, el enorme dominio practicado por Espinosa tuvo repercusiones directas sobre la posición de sus sucesores en los diferentes cargos pues Covarrubias, como presidente de Castilla, no comenzó a entrar en Consejo de Estado desde su toma de posesión, sino cuando Felipe II decidió ampliar la base del Consejo, un año después. Murió el 27 de septiembre de 1577.

calurosamente recomendado por Luis de Requesens⁸⁷. A estos se unió pocas semanas después alguien que traía noticias y experiencias de primera mano del lugar del conflicto, el Duque de Medinaceli.

Los primeros papeles que sobre Flandes estudiaron los nuevos consejeros eran desalentadores, y las cartas del comendador mayor no contribuyeron a despejar el ambiente. En estas condiciones, la visión de la mayoría de los recién llegados sobre tan espinosa cuestión no tardó en definirse y, tras ciertos titubeos iniciales⁸⁸, comenzó a fraguarse la necesidad de realizar determinadas concesiones con el fin de lograr la pacificación de la zona⁸⁹. Sin embargo, y en este aspecto insistió el Conde de Chinchón, "...con estas gracias ha de yr la provisión del dinero, porque si se mostrase flaqueza en lo de las armas, se creería que V. Mag. concedía las gracias por mas no poder y no las ternían en lo que merescen".

El hecho de que a lo largo de 1574, y buena parte de 1575, Felipe II siguiera la línea de actuación defendida por Chinchón, tuvo mucho que ver con la ambigüedad existente en la Corte en términos faccionales. Con Vázquez y Pérez trabajando todavía en la sombra para consolidar sus respectivas posiciones, el Conde de Chinchón y el prior

87

El licenciado Andrés Ponce de León fue gran canciller de Milán entre 1565 y 1572. Persona de confianza de Luis de Requesens mientras coincidieron ambos en aquel ducado, el comendador mayor escribiría una carta de recomendación cuando Ponce fue llamado a la Corte (BL. Add. 28.391, n° 234) y poco después le felicitaría por su nombramiento como consejero de Estado en noviembre de 1573 (CODOLIN, vol. 102, p. 418, carta de 3 de diciembre). Para entonces había recibido título de consejero de Castilla (el 26 de febrero, AGS. EMR. QC, leg. 7, n° 518). Participó asimismo en la junta de presidentes pero no tuvo tiempo material de desarrollar una extensa labor, pues murió en noviembre de 1575. Las escasas noticias biográficas de este personaje proceden de J. M. MARCH, El Comendador Mayor de Castilla don Luis de Requesens en el gobierno de Milán, Madrid 1943, p. 149.

88

Véase la consulta del Consejo de Estado de enero de 1574, tras examinar las cartas del comendador mayor y del Duque de Alba, en AGS. E, leg. 561, n° 52. En síntesis, todavía podía percibirse la defensa de la fuerza en los planteamientos del Consejo, que pedía el despacho de una gran cantidad de dinero, el levantamiento de una armada (proponía para ello el nombre de Pero Menéndez de Avilés), el envío de españoles de refresco y la reorganización de los tercios, ocupar el puesto de veedor general, etc.

89

A este respecto, véanse las consultas del Consejo de Estado, reunido el 19 y el 20 de febrero de 1574 (AGS. E, leg. 561, nums. 14 y 25). Se detallan las opiniones de los asistentes: Andrés Ponce de León, Quiroga, Covarrubias, Duques de Francavilla y Medinaceli, Antonio de Toledo y el Conde de Chinchón, consultado aparte; otra versión del parecer de éste último entregado a Vázquez dos días más tarde, en IVDJ. Envío 67, caja 92, fol. 246 (comentado por A. W. LOVETT, Philip II and Mateo Vázquez..., p. 49).

Antonio de Toledo, se convirtieron durante estos meses en los consejeros más próximos al monarca en asuntos de Estado y Guerra⁹⁰. Pero Toledo, de por sí menos influyente que el conde, se hallaba además lastrado por su estrecha relación con Alba, encarnación de la intransigencia contra los sublevados y cuya gestión en Flandes estaba siendo seriamente cuestionada, hasta el punto de constituirse una *junta* especial para examinarla⁹¹. El duque no apareció en Castilla hasta bien entrado el año⁹², aunque se había encargado de transmitir sus consejos al comendador mayor en Bruselas y asimismo de enviarlos a la Corte⁹³.

Por el contrario, la veloz ascensión de don Pedro de Cabrera y Bobadilla, II Conde de Chinchón, fue poderoso reclamo para Vázquez, quien fortaleció de forma no menos rápida los vínculos que les unían, pues con ello se aseguraba una ayuda eficaz para combatir la creciente influencia de Pérez tanto en los asuntos italianos como, especialmente, en las materias de Estado. La autoridad reconocida a Chinchón en este ámbito, que avala la previsión de Vázquez, queda testimoniada en el hecho de que fuera su ambigua postura ante el problema de Flandes, a medio camino entre la severidad de Alba y las voces más abiertas de la Corte, la que habría de ponerse en práctica. Pero, de cara al conflicto faccional, esta relación rindió poco más a corto plazo. Chinchón tenía talla política propia y lengua carrera en la Corte como para reconocer a Vázquez una superioridad que el archisecretario estaba todavía por alcanzar y, en todo caso, el conde desapareció de la escena en 1576, cuando comenzó la parte más virulenta del enfrentamiento entre ambos

⁹⁰ Véase supra nota 6.

⁹¹ Véanse las referencias oportunas en A. W. LOVETT, Philip II and Mateo Vázquez..., pp. 51-52.

⁹² AG. II, p. 61, 11 de agosto de 1574: "A 11 llegó aquí el Duque de Alba; a él y a los dos (Antonio de Toledo y el Conde de Chinchón) se leyó despachos de Flandes y consulta sobre la ida de Pedro Menéndez". Su llegada completó la primera fase de la composición del Consejo, como señalaba Gaztelu en carta a Juan de Zúñiga, hacia el verano de 1574: "Hartos consejeros de Estado se van juntando. El otro día concurrieron en Consejo el Duque de Alba y el Prior don Antonio y el Presidente del Consejo y el Inquisidor General y el Duque de Francavila, el Conde de Chinchón y Andrés Ponce de León y el Marqués de Aguilar. Si viniera el señor Don Juan y el Duque de Sessa fueran más, y también me olvidava que está aquí y assiste el Duque de Medinaceli. Y creo que por mucho que discurran tendrán trabajo en remediar el que ay..." (AMAE. Santa Sede, leg. 4, fol. 201)

⁹³ Véase la carta del Duque de Alba a Requesens el 1 de enero de 1574 (EDA, III, pp. 572-574).

secretarios. La inversión de Vázquez solo daría fruto por entero con el heredero de don Pedro, el más conocido III Conde de Chinchón, cuyo protagonismo se extendió hasta el final del reinado.

De modo que, aun reconociendo las enormes dificultades financieras de la Corona, que a casi todos hacían patente la imposibilidad del mantenimiento prolongado de la vía armada y la necesidad evidente de buscar otros medios para terminar con la revuelta⁹⁴ (que se tradujo en la adopción de una primera serie de tímidas medidas de gracia, la más señalada de las cuales fue la promulgación en el mes de marzo de un perdón general a la postre muy difuminado⁹⁵), Felipe II todavía consideraba que era posible negociar desde una postura de fuerza. Muestra clara de ello fue el retraso del decreto de bancarrota con el subsiguiente envío de las últimas reservas de dinero, así como la costosa preparación de una potente armada en Laredo, al mando de Pero Menéndez de Avilés, para acudir en auxilio del comendador mayor⁹⁶.

A finales de 1574 las cosas empezaron a cambiar. En noviembre, la Corte se conmocionó con las noticias de la caída de Túnez y La Goleta a manos de los turcos, lo que abrió un debate sobre la conveniencia de que Felipe II viajara a Italia⁹⁷; al mismo tiempo, Requesens se veía en comprometida situación por la disolución de la

⁹⁴ Sobre la situación financiera de la Monarquía véase el trabajo de CARLOS MORALES, "Política y finanzas...", pp. 147 ss. La información que durante estos meses recibió Requesens del secretario de Estado Gabriel de Zayas, insistía en el esfuerzo que suponía el envío de numerario para sostener su ejército, pero advertía que la situación no se podría mantener mucho tiempo. Así, el 24 de marzo apuntaba, "Y como el principal (remedio) consista en el dinero, ha mandado (Felipe II) que se haga extremo esfuerzo en sacallo debaxo de tierra para que V. Exc. sea proveydo (...) y cierto se ve harto claro que es impossible poderse llevar adelante muchos días el excesivo gasto que ay se haze, y que si las Gracias no obran, conviene tomar algún medio o medios con los rebeldes, pues en fin el hombre enfermo se dexa muchas vezes cortar un brazo porque no se le pudra todo el cuerpo, y la prudencia nos enseña que la honrra de los Príncipes consiste en accomodar sus cosas y conservar sus gentes..." (AGS. E, leg. 561, n° 69). Parecidos términos encontramos en cartas de 12 de julio, 19 de agosto y 23 de octubre (AGS. E, leg. 561, nums. 89, 102 y 123).

⁹⁵ L. P. GACHARD, op. cit. III, pp. 485-520 recoge la documentación relacionada con el perdón general.

⁹⁶ Véase supra, nota 22.

⁹⁷ Una consulta del Consejo de Estado sobre este tema, el 21 de enero de 1575, en B. PORREÑO, op. cit. pp. 384 a 388. La opinión de los consejeros consultados (Duques de Alba, Francavilla y Medinaceli, presidente Covarrubias, Andrés Ponce, prior Don Antonio, Quiroga, Conde de Chinchón y don Juan de Austria), fue negativa.

armada de Avilés (que le privó de una ayuda preciosa) y diversos reveses militares, todo lo cual le llevaría al poco a explorar la posibilidad de abrir conversaciones con los rebeldes. Consciente de sus limitaciones, Felipe II buscó con ahínco la paz tanto en el norte como en el Mediterráneo, ya fuera con la Sublime Puerta⁹⁸ (gestiones que le colocaron en delicada situación ante el Papado⁹⁹), o con el "Xarife" marroquí¹⁰⁰. Pero mientras llegaban los primeros resultados de su ofensiva diplomática debía establecer unas prioridades básicas para administrar sus cada vez más escasos recursos¹⁰¹, por lo que adquirió mayor importancia la interconexión entre los acontecimientos de ambos escenarios¹⁰², hecho del que fue perfectamente consciente don Juan de Austria¹⁰³. En líneas generales, las prevenciones navales contra la

⁹⁸ Sobre los pasos que dieron en pos de la tregua Felipe II, con el tesoro vacío, y un sultán que miraba hacia Persia, véase F. BRAUDEL, El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo..., II, cap. V; además, A. C. HESS, The forgotten frontier... pp. 94 a 99; y del mismo autor, "The battle of Lepanto and its place in Mediterranean history", Past and Present, n° 57 (1972), pp. 53-73, esp. 65 a 67 (hay trad. española en Poder y Sociedad en la España de los Austrias, ed. J. H. ELLIOTT, Barcelona 1982). Resulta también muy útil M. A. de BUNES IBARRA y E. GARCIA HERNAN, "La muerte de don Sebastián de Portugal y el mundo mediterráneo de finales del siglo XVI", Hispania, LIV/2, num. 187 (1994), pp. 447-465.

⁹⁹ Así, informaba Antonio Pérez a Felipe II: "El Papa estava mal en la tregua y amenaza si se haze con las Gracias, y el nuncio ha de hablar a V. Mag. sobre ello, y parescele a Don Juan que se le muestre un poco de seguridad pero que antes de oyrle V. Mag. vea sus cartas..."; a lo que respondió el monarca: "Y lo del Papa es de consideración y mañana podré yo ver las cartas..." (BL. Add. 28.262, fol. 629).

¹⁰⁰ Los tratos entre Felipe II y los monarcas marroquíes los detalla L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, pp. 344-348, 542-543. Además, D. CABANELAS RODRIGUEZ ha publicado diversos trabajos sobre la materia: "El problema de Larache en tiempos de Felipe II", Miscelánea de estudios árabes y hebraicos, IX (1960), fasc. 1, pp. 19-53; "El Duque de Medina Sidonia y las relaciones entre Marruecos y España en tiempos de Felipe II", Miscelánea de estudios árabes y hebraicos, XXIII (1974), fasc. 1, pp. 7-27; "Pedro Venegas de Córdoba, embajador de Felipe II en Marruecos", Miscelánea de estudios árabes y hebraicos, XXII (1973), fasc. 1, pp. 129-144. Por último, resulta muy jugosa sobre este tema la documentación citada en mi trabajo "La Junta Militar de Portugal" (en prensa).

¹⁰¹ En este sentido, entresacamos como paradigmática de la situación una frase muy expresiva de puño y letra de Felipe II, en junio de 1576, sobre las fortificaciones de Berbería: "...que yo mucho querría que se excusasen todos los gastos que no fueren muy forzosos para tener después para los que lo fuesen y no verme en lo que siempre nos vemos...", BL. Add. 28.262, fol. 154.

¹⁰² A este respecto, resultan de sumo interés a nivel general las reflexiones de G. PARKER, "La elaboración de la gran estrategia en la Corte de Felipe II", comunicación fotocopiada presentada al I Seminario de Historia Moderna, La Monarquía y los Virreinos, dir. J. H. ELLIOTT, Santander: UIMP, julio 1991; y concretamente sobre el problema que nos ocupa pp. 9 y 23-24, donde apunta la prioridad que, en último extremo, tuvo siempre Italia sobre Flandes.

¹⁰³ El 22 de febrero de 1577, recién firmado el Edicto Perpetuo, don Juan de Austria se quejaba ante Felipe II de la falta de noticias de los ministros de Italia, a pesar de que habían recibido cumplido aviso de su llegada a Flandes, apuntando el daño

armada turca, en tanto existió algún temor sobre su actividad, no se sacrificaron para mantener los gastos militares en Flandes¹⁰⁴, lo cual no obstó para que, haciendo oídos sordos al clamor de los consejeros afectos al Duque de Alba, Felipe II desatendiera el refuerzo de los presidios del norte de Africa¹⁰⁵.

Respecto a Flandes, el ánimo del monarca comenzó a ser receptivo a las sugerencias que, sobre la pacificación de los Estados, hacía tiempo que le entregaba su guardasellos, Joachim Hopperus¹⁰⁶. La

que se ofrecía de esta descoordinación: "...y conviene a V. Mag. que estando lo de aquí en tan peligroso estado y tratándose de concierto sería muy bien que yo tuviese cada día aviso de lo que pasava y se ofrecía en Italia, pues importaba mucho para aventajar acá el servicio de V. Mag. entender lo que allá se esperaba al año que viene, y hiziera harto al caso que las nuevas que de ayer acá he entendido de que no haurá armada por aver el persiano roto la guerra al Turco hubiera venido antes, como pudiera siendo ya vieja porque los Estados tenían gran esperanza en que de Italia no me podría venir el socorro que pensavan, así por causa de la dicha armada como porque la reyna de Inglaterra tenía tramado lo de Nápoles, de manera que avía bien que hacer allá..." (AGS. E, leg. 573, n° 148). Una de las condiciones que había puesto don Juan antes de su viaje a Flandes era mantener su cargo de capitán general de la mar, y seguir recibiendo los avisos referentes a tal materia, especialmente de Italia, presupuesto que no se cumplía (véase su carta a Felipe II de 10 de enero de 1577, AGS. E, leg. 574, n° 100).

¹⁰⁴ Como apuntó Felipe II en un billete a Antonio Pérez, en 1577 "...y en este caso, visto que de acá no sería posible proveer lo que sería menester y que si se hiziese sería faltar a lo de la armada del Turco y a todo lo demás..." (BL. Add. 28.262, fol. 236).

¹⁰⁵ Especialmente Orán y Melilla, cuyo destino se discutió tras la caída de Túnez y la visita de inspección de Vespasiano Gonzaga (véase *supra*, nota 19). El Duque de Alba y sus partidarios abogaron firmemente en los Consejos de Estado y Guerra durante los años siguientes por su refuerzo, como medio de evitar males mayores a las costas peninsulares. Sin embargo, el "partido papista", con Pérez y el Marqués de los Vélez a la cabeza, obstaculizaron cualquier intento en este sentido. Los billetes entre Felipe II y el secretario de Estado resultan muy significativos, obviando los improbables esfuerzos del secretario Juan Delgado. Así, en 1575 escribía el monarca: "Amelo consultado Delgado con que pareció a todos (el Consejo de Estado) que se debía de hazer luego (fortificar la laguna de Melilla) y como yo ando recatado en esto de los fuertes y veo que ay en Italia poca gente para traerse acá..." (BL. Add. 28.262, fol. 89); un año más tarde el tema se discutió varias veces (*ibidem*, fols. 154, 174, 482 -en éste apuntaba Pérez, en julio de 1576, "Que yo ni Escobedo ni por estas no nos parece bien meterse a V. Mag. en fortificar a Berbería más que sus Estados"); a finales de 1578 Pérez, más suelto ya en sus expresiones, resultaba mucho más explícito: "Y ternía por mejor que no se juntasen los dos Consejos (Estado y Guerra) para esto, sino que se tratase en el de Estado solo pues ya el de guerra ha dado su parescer. Y creo ha de parar en fortificar lo que se pudiere las plazas que V. Mag. tiene en Berbería, y en procurar que el Rey de Portugal fortifique las suyas, y pasar adelante con la Tregua (con el Turco) y hazer algun officio con el de Fez es bueno. Y el Marqués (de Los Vélez) me habló ayer sobre esta materia largo, riéndose de los que proponen remedios que no se pueden executar...", a lo que Felipe II respondía que "...es menester que se procure y trate de lo posible y no de lo imposible", *ibidem*, fol. 558v.

¹⁰⁶ El titular del oficio de guardasellos en la Corte de Felipe II, Joachim Hopperus, era un jurista flamenco, que abandonó el mundo de la universidad para dedicarse a la política. En 1566 fue llamado a la Corte, donde no destacó especialmente hasta el segundo levantamiento del Príncipe de Orange. A partir de ese momento participó en los asuntos de Flandes asesorando al doctor Velasco, especialmente en el tema de la redacción del primer perdón general y comenzando a emitir abundantes memoriales sobre la pacificación de Flandes (por ejemplo, el Consejo de Estado estudiaba uno de ellos el

señal más evidente del nuevo rumbo que estaban tomando los negocios fue la orden de reunión, a mediados de diciembre, de una *junta* especial para estudiar detenidamente varias propuestas de Hopperus que habían sido leídas previamente en Consejo de Estado¹⁰⁷. Estaba compuesta por cuatro miembros del Consejo (Gaspar de Quiroga, Marqués de Aguilar, Conde de Chinchón y Andrés Ponce de León, con Gabriel de Zayas de secretario¹⁰⁸) y, si la estructura desde el punto de vista funcional resulta muy clara (dos letrados y dos nobles, que permitía afrontar problemas no solo políticos y militares sino asimismo de índole jurídica¹⁰⁹), no lo era tanto desde la óptica faccional por cuanto aun no se habían definido los distintos grupos políticos procedentes de la desintegración de la situación previa. Limitado su propósito inicial al estudio del proyecto del jurista flamenco, su vida se prolongaría hasta el final del período con variaciones significativas en su carácter y composición, al socaire de los acontecimientos. Con ello se sustrajo al Consejo de Estado, que solo habría de intervenir en cuestiones generales, la deliberación específica y diaria sobre los asuntos de Flandes.

Se discutieron un amplio elenco de medidas que, en opinión de la *junta* y en gran parte contra el parecer del Duque de Alba¹¹⁰, debían aplicarse de forma inmediata en los quince estados no rebelados, y que vinieron en denominarse "verdaderos remedios" mediante los cuales se habría de procurar el contentamiento de los Estados y la creación de un clima propicio para que Holanda y Zelanda volvieran a la obediencia

28 de febrero de 1573, AGS. E, leg. 559, n° 80). Murió de improviso el 15 de diciembre de 1576. Noticias biográficas en la introducción de A. WAUTERS, ed., Memoires de Viglius et d'Hopperus sur le commencement des troubles des Pays-Bas, Bruselas 1858 ("Collection de memoires relatifs a l'histoire de Belgique", vol. II), pp. 222-228.

¹⁰⁷ En AGS. E, leg. 559, n° 78 se conserva una memoria del guardasellos "sobre la pacificación de los estados baxos", leído en Consejo Secreto el 3 de noviembre de 1574 y enviado a Requesens en cartas de 29 de noviembre y 4 de diciembre. Asimismo, en AGS. E, leg. 2842 (sin numerar) encontramos "Recuerdo que dio Hopperus a su Mag. en Madrid a 14 de noviembre 1574 sobre el remedio de las cosas de Flandes. Leyose en Consejo lunes a 15 del dicho. Embiose al Comendador Mayor en cifra".

¹⁰⁸ El primer intervalo de sesiones tuvo lugar entre el 13 y el 30 de diciembre de 1574, con la celebración de 7 reuniones (AGS. E, leg. 568, n° 49).

¹⁰⁹ Por ejemplo, el 1 de junio de 1575 Felipe II ordenaba se juntasen Quiroga y Andrés Ponce, como letrados para examinar ciertos documentos jurídicos de Flandes (AGS. E, leg. 559, n° 86; la respuesta de Zayas habiéndose reunido ambos consejeros en ibidem, n° 87).

¹¹⁰ La opinión del Duque de Alba puede seguirse en AGS. E, leg. 568, nums. 70 y 71.

del monarca. El resumen de la filosofía que los impregnaba era el regreso al gobierno de los tiempos del Emperador. Además del nombramiento de un gobernador de la Sangre y la retirada de soldados extranjeros, se recogían aspectos referidos al gobierno, tanto de la Monarquía (con la formación de un Consejo de Flandes a la vera del rey¹¹¹) como de los Estados (completando plantillas de los Consejos con naturales, alusión a los oficios de Bravante, restitución de privilegios no litigiosos, supresión del "Consejo de Troubles"); asimismo se mencionaban cuestiones hacendísticas (supresión de la décima, sobreseimiento del empréstito, administración de la hacienda por nativos) y militares (retirar de la ciudadela de Amberes a Sancho Dávila, revisión de las defensas fronterizas, investigaciones sobre los excesos de la soldadesca). Por último, se tomaban en cuenta las posibles vías para lograr el concierto, ya fuera con la aparición en persona del rey (que no se consideraba oportuna), la aplicación de un perdón general más eficaz que el primero, o acudiendo a la mediación de los quince Estados no rebelados, si bien se consideraba más resolutoria la intervención del Emperador¹¹².

Todavía no se había decidido Felipe II a aplicar las recomendaciones de la *junta*, cuando llegó a la Corte la información acerca de los primeros movimientos de Requesens para contactar con los rebeldes¹¹³. Ante la situación planteada, en enero de 1575 el monarca volvió a convocar la *junta* para su estudio y considerar si las nuevas circunstancias aconsejaban una variación en las medidas consultadas semanas atrás. En principio, la conclusión fue clara si bien el Duque

¹¹¹ El Consejo no aparecería de forma efectiva hasta las Ordenanzas de 1588; a este respecto, véase J. M. RABASCO VALDES, El Real y Supremo Consejo de Flandes y Borgoña (1419-1702), Granada 1980, y de interés más específico para nuestro estudio, la publicación por separado de uno de los capítulos del trabajo anterior, IDEM, "Una etapa del Consejo de Flandes y de Borgoña: del <Ministerio Colateral> a las Ordenanzas de 1588", Anuario de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Granada, n° 6 (1979), pp. 59-81.

¹¹² Los puntos contenidos en los "verdaderos remedios", con algunas variaciones según el curso de los acontecimientos, pueden consultarse en la multitud de memoriales elaborados por Hopperus (AGS. E, leg. 2842) y en la revisión a que eran sometidos periódicamente, de forma total o parcial, por la *Junta de Flandes*: AGS. E, leg. 568, nums. 47, 49, 66, 69.

¹¹³ La carta de Requesens de 12 de diciembre de 1574, leída en Consejo de Estado el 14 de enero de 1575, resumía "...lo que hasta aquel día se avía ydo platicando entre las personas que tratavan de los medios que se podrían tomar para el concierto y reduction de los rebeldes" (AGS. E, leg. 559, n° 104). Las instrucciones para los intermediarios ante Orange las cursó el comendador mayor el 30 de noviembre.

de Alba, requerido aparte, manifestó su absoluto desacuerdo con una postura que le parecía un desatino¹¹⁴: reconociéndose ya abiertamente que la fuerza poco había conseguido ("antes estragado mucho las voluntades del pays"), la falta de hombres y de dinero, así como la imposibilidad de enviar armada, la única postura razonable era la negociación, dejando mano libre al comendador mayor "hasta donde viere convenir", siempre y cuando quedaran a salvo las dos únicas cuestiones intocables, esto es, la autoridad del monarca y la fe católica. Y para ello había que ejecutar lo acordado a la mayor brevedad, "porque demás de las causas que hasta aquí movían a esto, concurre agora otra, que es de creer que los dos estados de Holanda y Zelanda no vernan a la platica de que se trata si los xv no se lo aconsejan, y no se lo aconsejaren estando descontentos como lo estarán, no se les concediendo lo que pretenden"¹¹⁵.

Asimismo, a partir de este momento hubo una variación significativa en el carácter de la *junta*, al ordenar Felipe II la comunicación de los puntos con Joachim Hopperus. En efecto, el guardasellos, tras dar su opinión, pidió ser informado de todo lo que se fuere tratando sobre el tema¹¹⁶ y de hecho en adelante, por indicación expresa de Felipe II¹¹⁷, empezó a colaborar con los cuatro consejeros en

¹¹⁴ AGS. E, leg. 568, n° 32: "Advertimentos del Duque de Alba cerca de lo que se va tratando" (31 enero 1575). Véase además *ibidem*, nums. 34 y 37.

¹¹⁵ Las consultas de la *junta*, o bien las relaciones de Hopperus, el 23, 27 y 30 de enero de 1575, en AGS. E, leg. 568, nums. 33, 38 y 48 y leg. 157, n° 155; el 1, 4 y 13 de febrero (leg. 568, nums. 31, 34 y 64; en la del día 1 Quiroga cargaba las tintas: "...ordenó que se advirtiese de su parte a su Mag. que tiene en esto muy cargada su Real Conciencia, porque el que no socorre a su próximo (Requesens) puesto en extrema necesidad, pudiéndolo hazer pecca mortalmente, porque es contra charidad"); en marzo (AGS. E, leg. 157, nums. 150 y 190); en abril (nums. 163 y 166; durante este mes el Inquisidor General, ausente de la Corte, envió su parecer por carta, AGS. E, leg. 568, nums. 54 y 55); julio (AGS. E, leg. 157, nums. 235 y 236); septiembre (AGS. E, leg. 568, nums. 35, 53, 56 y 57; leg. 566, n° 113). Véase además un parecer de la *Junta*, sin fecha, sobre los "verdaderos remedios", en AGS. E, leg. 568, n° 69.

¹¹⁶ AGS. E, leg. 568, n° 30, "Los puntos que se preguntaron a Hopperus y lo que él respondió a cada uno dellos", a 29 de enero de 1575.

¹¹⁷ Así, el 22 de abril de 1575 Hopperus informaba al rey: "El secretario Cayas me ha dicho oy que si tengo que comunicar algo con las dichas quatro personas, V. Mag. ha mandado que se señale día y hora...", a lo cual apostillaba Zayas que "...siempre que v. Mag. manda que comunique con los 4 muestra estimarlo en mucho" (AGS. E, leg. 157, n° 175). A primero de junio en unos apuntes de Zayas sobre las órdenes del rey leemos: "que se tenga la junta con él (Hopperus) cuando quisiere" y mes y medio más tarde, el 20 de julio, mandaba asimismo Felipe II a Hopperus, "...que por la mañana se tenga la junta con los quatro a la hora que os avisará Cayas y que se continuen las que mas fueran menester hasta que se acabe de apuntar lo que os pareciere convenir" (AGS. E, leg. 157, n° 220).

el estudio de la información llegada de Flandes, terminando por entrar en la *junta* al cabo de los meses como un miembro más y suplantando incluso al secretario Gabriel de Zayas con su costumbre de remitir al soberano por escrito la relación de los asuntos tratados¹¹⁸. Contra lo que pudiera pensarse, ello no constituyó una muestra de confianza en el flamenco. En realidad, Felipe II y sus consejeros más próximos recelaban muy considerablemente del jurista, sospechoso de mantener correspondencia con los notables de aquellos Estados y transmitir información sensible de la Corte española¹¹⁹, pero decidieron aprovechar la coyuntura en su propio beneficio¹²⁰. El resultado fue el desdoblamiento de la *junta* en dos versiones: una "oficial", que incluía la presencia de Hopperus y cuya única finalidad era discutir las materias en la forma y en el fondo que se pretendía hacer llegar a los Países Bajos, y otra más reducida donde, en contacto directo con el entorno inmediato del rey, tenía lugar el verdadero tratamiento de los negocios.

Pero tampoco fue este el momento escogido para la aplicación

¹¹⁸ A este respecto, el 27 de septiembre de 1575 Gabriel de Zayas escribía a Felipe II en los siguientes términos: "Yo creo que Hopperus hará esta relación más larga y más bien entendida, pero todavía la embío yo también por lo cumplir lo que v. Mag. me scrivió y embió a mandar. Que el tomar yo solo el assumpto como V. Mag. lo apuntaba pareció al Obispo y al Marqués que no convenía, sino dexar a Hopperus que hiziesse en consulta como suele, y que yo por acá escribiesse también a V. Mag" (AGS. E, leg. 568, n° 53).

¹¹⁹ Véase, por ejemplo, el parecer de la *Junta* de 13 de febrero de 1575, donde se comentaba sobre el Guardasellos: "...no ay dubda sino que en él (un memorial presentado por Hopperus) ha manifestado más que nunca la poncoña que tiene en el pecho..." (AGS. E, leg. 568, n° 31; términos muy parecidos encontramos el 20 de junio, AGS. E, leg. 559, n° 87). En julio Gabriel de Zayas apuntaba al rey sobre el flamenco "...por estar los negocios tan enconados y que no tenga achaque de scrivir algo que dañe, será bien oyrle V. Mag. lo más presto que pudiere" (AGS. E, leg. 157, n° 221). Por su parte, Gaspar de Quiroga, ante cierto aspecto conflictivo de las negociaciones de Requesens, sugería que "...esto no ha de venir a noticia de Hopperus ny consentir que el correo lleve carta suya" (AGS. E, leg. 568, n° 36). Pero la desconfianza no se manifestaba solo en la Corte: cuando en junio de 1576 el Consejo de Guerra de Flandes envió a Juan de Olaegui a Madrid para referir la crítica situación que se estaba viviendo, le ordenaron disimular ante el "...Presidente Hopperus, si os hablare, sin darle cuenta de ninguna cosa de las de por acá, como que no las entendiessedes, ni huviessedes echado de ver en ellas" (AGS. E, leg. 568, n° 97). Véase además, por último, las prevenciones que don Juan pidió se hiciesen con los papeles de Hopperus a la muerte de éste (2 de febrero de 1577, AGS. E, leg. 573, n° 153).

¹²⁰ Como apuntaba la *junta* el 13 de febrero, acerca del envío de los "verdaderos remedios": "Demás de la conveniencia del negocio, les ha parecido que se deve abbreviar y embiar resolución, porque como Hopperus ha concebido buenas esperanças de las comunicaciones que con el se han tenido, dévelas haber dado a los de Flandes, y es de creer que agora escribirá lo contrario y no hara buenos officios" (AGS. E, leg. 568, n° 31).

de los "verdaderos remedios"¹²¹. Parece que el mismo Requesens tenía muy pocas esperanzas sobre el éxito de las negociaciones, y paralelamente a las mismas fue tomando las medidas militares oportunas para una nueva campaña¹²². Sin embargo, a esas alturas los pensamientos de Felipe II se hallaban muy alejados de los de su gobernador. Estaba deseando alcanzar un compromiso que impidiese la continuación de una guerra que ya no podía sufragar pero, dado que en invierno las operaciones militares eran casi impracticables, circunstancia que le concedía unos meses de margen, decidió consentir las conversaciones esperando que, en último extremo, todavía podrían evitarle realizar las concesiones que supondrían los "verdaderos remedios". Su postura durante los meses que duró la negociación es muy significativa. Mientras su gobernador actuaba, el Rey Prudente se situó a la expectativa, sin establecer comunicación oficial¹²³ a pesar de que ciertos puntos suscitaron claramente su malestar y el de la junta¹²⁴. En estas condiciones, las señales enviadas desde la Corte supusieron la continuación del doble juego practicado a lo largo del año anterior pues, mientras por un lado se transmitían

¹²¹ El 19 de junio de 1575 la junta consultaba al rey: "En este papel se ponen las gracias que al principio de enero pareció al Inquisidor General, Marqués de Aguilar, Conde de Chinchón y Andrés Ponce que su Mag. debía conceder a los XV estados de los payses baxos no rebellados, y lo que agora ha parecido a los dichos (...) cerca de cada uno de los dichos articulos por no se haver aun executado" (AGS. E, leg. 559, nums. 84 a 87).

¹²² A. W. LOVETT, "The Governorship...", pp. 196-197 expone la posición de Requesens en base a la correspondencia con su hermano, Juan de Zúñiga, conservada en IVDJ. Añadir las noticias que, sobre los preparativos militares, el mismo comendador mayor enviaba al monarca en cartas de 7, 8 y 23 de abril (AGS. E, leg. 562, nums. 26 a 31, 41). Mucho más explícito se mostraba en carta a Gabriel de Zayas de 23 de abril, comentando los remedios propuestos por Hopperus: "...que lo que yo entiendo que convendría es, si para ello se pudiese juntar dinero, hacer muy apretadamente a estos la guerra por mar y por tierra, sin perdonar la vida a hombre de quantos se tomassen peleando, y en el mismo tiempo admitir a misericordia a quantos la viniesen a pedir dexando las armas, que este es el camino que yo llevé quando su Mag. me mandó entrar la última vez en el Alpuxarra, con que fue Dios servido que aquello se allanase" (*ibidem*, nº 54).

¹²³ Las quejas de Requesens por no recibir carta del rey, a pesar de la copiosa correspondencia que le enviaba con la marcha de los asuntos, las transmitía a Gabriel de Zayas, como vemos por ejemplo en cartas de 8 de abril y 29 de junio (AGS. E, leg. 562, nums. 53 y 111). A. W. LOVETT, "The Governorship...", p. 197, nos proporciona la explicación de Requesens a esta situación, en carta a su hermano de 21 de marzo: al guardar silencio, Felipe II hacía aparecer a su gobernador como el único responsable de lo que sucediera en la mesa de negociaciones.

¹²⁴ Véase la consulta de la junta de 24 de marzo, en la que mostraba su asombro por el hecho de que Requesens no hubiera comunicado con la Corte antes de llegar a un acuerdo sobre la restitución de los bienes confiscados y la separación del coronel Mondragón del castillo de Gante (AGS. E, leg. 562, nº 19). A sugerencia de Andrés Ponce de León (muy próximo a Requesens) el monarca ordenó no desautorizarle públicamente para no perjudicar el proceso negociador, y dejar que lo arreglara como pudiera "...que de acá se le ayudará con el Perdón y otras Gracias".

gestos de buena voluntad (en especial a través de Hopperus), por otro se alentaban las amenazas belicistas para el caso de que no se alcanzara un medio, de acuerdo con las peticiones del comendador mayor, intentando hacer ostentación de una fuerza de la que se carecía¹²⁵.

La ficción terminó, y con ella las esperanzas de Felipe II, al romperse las negociaciones en el mes de julio de 1575, debido al insalvable escollo religioso. Como era previsible, el efecto fue doble y encontrado, según el escenario: mientras el comendador mayor lanzaba inmediatamente una nueva campaña sobre las posiciones rebeldes, en la Corte se enfrentaron ya sin ningún tipo de atenuante a la imposibilidad manifiesta de sostener financieramente el esfuerzo bélico. Tras confirmar las primeras informaciones acerca de la falta de actividad de la flota turca¹²⁶, acuciado por su ministros encargados de la hacienda e influido por el constante trasiego de los billetes de Hopperus que en su aspecto fundamental, la necesidad de reconducir la situación hacia posiciones dialogantes y pacifistas con la aplicación de los "verdaderos remedios", eran apoyados por los miembros de la *junta*¹²⁷, Felipe II

¹²⁵ La *junta*, sin la presencia de Hopperus, recomendaba estudiar el auxilio que se podría enviar a Flandes, atendiendo a las demandas de Requesens así como por la necesidad de no transmitir sensación de debilidad ("...y de otra suerte se terná en poco porque se atribuyrá a necesidad y no a gracia y liberalidad") (AGS. E, leg. 568, n° 69). El 19 de junio, una consulta de la *junta* se terminaba de forma significativa: "Todas las cosas que se apuntan en este capítulo son harto graves, y después de haverse platicado en ellas parece que si no se effectua el concierto con los rebeldes se deve hazer el mayor esfuerzo que se pudiere por mar y por tierra para acabar aquello de una vez", a lo cual contestó al rey de mano de Gracián, "Tienen mucha razón en esto si hubiese forma para poderse hazer" (AGS. E, leg. 559, n° 84).

¹²⁶ Todavía a principios de junio, ante los comentarios de Juan Delgado sobre la posibilidad cada vez más evidente de que la flota del turco no apareciera en la campaña de 1575, anotaba Felipe II: "...mas hasta agora yo no he visto tanta certinidad de que no venga la armada del turco que se pueda hacer fundamento dello..." (AGS. GM, leg. 80, n° 193). Sin embargo, ya el 11 de agosto, tras nuevos avisos, el rey denegaba la petición del Consejo de Guerra de realizar un apercebimiento general de Andalucía para enfrentarse a la armada del sultán, autorizando solo prevenciones menores: "...y quando se entendiere cosa que obligase a mas que esto, lo que dudo que sea este año estando el tiempo tan adelante, a tiempo pienso que seremos para ordenar lo que conviniere" (AGS. GM, leg. 81, n° 294; véase además *ibídem*, nums. 291 y 292).

¹²⁷ Ante la rotura de las negociaciones de Requesens la *junta* recomendaba que Felipe II pusiera en práctica de inmediato las medidas acordadas, esto es, elegir una persona adecuada para llevar los "verdaderos remedios" a Flandes, pensando asimismo en la persona de la Sangre que habría de ser nombrada gobernador (copia de carta de Hopperus al Rey, 30 de agosto de 1575, AGS. E, leg. 157, n° 214). Así, poco después se ordenaba una minuta de carta para el comendador mayor con la resolución del monarca, donde se apuntaba que Felipe II no había contestado nunca a las cartas de Requesens sobre las negociaciones "...por razón de que he estado muchos meses tratando y considerando los verdaderos medios, de la firme, estable y general pacificación dessos mis buenos payeses..."; al margen, se explicaba el sentido del párrafo, intentando disimular lo que era obvio: "Esta narrativa se ha puesto en la forma que va (...) para mostrar que no se ha tomado esta resolución con ocasión del rompimiento del tratado con

decidió poner en marcha los mecanismos de la suspensión de pagos en el mes de septiembre¹²⁸. Es conocida la reacción del comendador mayor, que comprendió las funestas consecuencias sobre su posición, pues se impedía el envío de las gruesas cantidades de dinero que eran imprescindibles para sustentar su ejército¹²⁹. Con gran parte de sus tropas amotinadas y sintiéndose abandonado por la Corte¹³⁰, sumido en profunda depresión -el mismo Felipe II habría de afirmar que "...sintió el decreto, que creo fue de manera que le mató"¹³¹-, Luis de Requesens fallecía en Bruselas el 5 de marzo de 1576, abriendo un período de enorme inestabilidad en los Países Bajos.

4.3.2. Flandes sin Gobernador: el ascenso de Antonio Pérez

La muerte de Requesens fue el último eslabón que permitió a Antonio Pérez crear las condiciones necesarias para consolidar definitivamente su posición en la Corte, al socaire del triunfo de las tesis pacifistas y el consiguiente nombramiento como nuevo gobernador de un personaje que le era muy cercano, don Juan de Austria¹³². Pero las bases de este movimiento se preparaban hacía meses. En realidad, la sustitución del comendador mayor se discutía desde tiempo atrás y el

los rebeldes, sino del propio motu de V. Mag...(AGS. E, leg. 157, n° 211).

¹²⁸ A este respecto, nos remitimos al trabajo de C. J. CARLOS MORALES...

¹²⁹ G. PARKER, España y la rebelión..., p. 167, transcribe la carta de Requesens a su hermano, Juan de Zúñiga, el 12 de noviembre de 1575 con la valoración del decreto, documento que ya había sido citado por A. W. LOVETT, "The Governorship...", p. 198, n. 29. Meses más tarde, en abril de 1576, cuando se trataba de convencer a don Juan para que partiera a Flandes, Antonio Pérez habría de juzgar muy negativamente esta carta de Requesens, "...por el qual credito en que el Comendador Mayor puso lo de Flandes con lo que scribió quando lo del decreto acá y a su hermano y a otros ministros, que se havían perdido los Estados o puestose en peligro grande dello con aver rompido el crédito..."; en su respuesta hológrafa Felipe II confirmaba la impresión: "No ay duda sino que había hecho daño lo que el Comendador Mayor dereputó y sintió el decreto, que creo fue de manera que le mató", BL. Add. 28.262, fol. 137v.

¹³⁰ Y eso que la muerte le ahorró la lectura de la carta de Gabriel de Zayas, fechada a 26 de febrero de 1576, en la cual le informaba de la actitud de Felipe II al mostrarle una carta suya: "...y quanto al decreto encoge los hombros diziendo que su nescesidad había llegado a términos que no se pudo escusar", AGS. E, leg. 569, n° 48.

¹³¹ Véase supra nota 129.

¹³² Un buen análisis de las relaciones entre don Juan y Antonio Pérez en G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 249-251.

problema se había agudizado tras la publicación del decreto de bancarrota. En el mes de febrero el Consejo de Estado analizaba los diferentes candidatos disponibles que cumplían el requisito fundamental de pertenecer a la Sangre¹³³, y la figura de don Juan de Austria polarizó las posturas: rechazado por los partidarios de la línea dura, tenazmente defendido por sus contrarios ("...los consejeros del grupo de Antonio Pérez y los que obedecían al Vaticano" señala Marañón¹³⁴). Sin embargo, cuando el proceso adquirió tintes de urgencia con la llegada de las noticias sobre el fallecimiento de Requesens¹³⁵, el "partido papista" se había visto reforzado de forma considerable con la presencia del Marqués de los Vélez¹³⁶ quien, tanto en el Consejo de Estado como en la *Junta de Flandes* entró a sustituir a Andrés Ponce de León, fallecido en noviembre de 1575 y cuya visión de los "verdaderos remedios" se había vuelto muy crítica¹³⁷.

¹³³ Véanse las consultas del Consejo de Estado entre el 20 y el 22 de febrero, con la discusión de quien habría de ser el nuevo gobernador de la Sangre: el Duque de Alba, el prior Antonio de Toledo y el Marqués de Aguilar apoyaban la candidatura del Archiduque Alberto; Quiroga, Covarrubias y el Conde de Chinchón a don Juan de Austria (AGS. E, leg. 569, n° 228). Un mes más tarde, el 28 de marzo, a los pocos días de conocerse las noticias sobre la muerte de Requesens, se trataba ya en Consejo como quedaría el gobierno de Italia en caso de que el Vencedor de Lepanto fuese a Flandes (AGS. E, leg. 568, n° 125). Véase además un análisis de la situación, con los condicionantes de la marcha de don Juan a Flandes, en AGS. E, leg. 570, n° 141.

¹³⁴ Op. cit. I, p. 259; señala aquí el autor los factores que pesaban en el ánimo de Felipe II en contra de la elección de su hermano: su carácter guerrero, la libertad que se le daría y sus sueños respecto a María Estuardo e Inglaterra.

¹³⁵ La reacción que provocó en la Corte la llegada de las noticias sobre la muerte de Requesens puede seguirse en el billete de Mateo Vázquez a Felipe II, de 16 de marzo, remitiendo el parecer de Chinchón y el prior Antonio de Toledo; en suma, requerían éstos la inmediata reunión del Consejo de Estado, al cual se debía llamar a Hopperus, y se proponían los puntos a discutir: la situación del gobierno de Flandes y si, como estaba decidido, convenía enviar un gobernador de la Sangre bien provisto de dinero (BL. Add. 28.366, fol. 84).

¹³⁶ A mediados de 1574 Pedro Fajardo, hijo mayor del II Marqués de los Vélez (quien se distinguiera en Túnez con Carlos V y en la guerra de las Alpujarras pocos años antes), que se hallaba en Alemania donde había sido despachado como embajador extraordinario ante el Emperador, tuvo noticia de la muerte de su padre, suceso que le convertía en el III titular del marquesado (AGS. E, leg. 561, nums. 89 y 102). Se presentó en la Corte en los primeros meses de 1576 y se le dio entrada en los Consejos de Estado y Guerra así como título de mayordomo mayor de la reina Ana de Austria. Casado con una hija de Luis de Requesens, se compenetró especialmente con Antonio Pérez. Fue el principal afectado por la caída del secretario, retirándose a sus estados en enero de 1579 donde habría de fallecer a las pocas semanas. Noticias sobre este personaje en G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 149-152 (que lo confunde con su padre, Luis Fajardo); A. LOPEZ DE HARO, op. cit. II, p. 344.

¹³⁷ Véase la carta que dirigió a Gabriel de Zayas el 31 de marzo de 1575, donde tras admitir su apoyo previo al paquete de medidas de gracia, concluía: "...no es posible que esto no tenga más hondas raíces, como creo que las ay en aquellas gentes, contra Dios y contra el Rey, de adonde vengo a pensar que todo lo que se les huviera concedido fuera perdido y de ningún efeto y de lo que es clemencia de su Mag. hecho en

La decisión final recayó en la persona de don Juan de Austria, el candidato de Antonio Pérez, y Felipe II le escribió el 8 de abril comunicándole la noticia¹³⁸. El secretario de Estado, cada vez más arropado en la Corte, había jugado bien sus cartas, que fueron fundamentalmente dos. En primer lugar, la muy delicada situación del Vencedor de Lepanto en Italia. Tras la disolución de la Santa Liga los principales ministros de aquella península, contrarios a las aspiraciones políticas pontificias, dominaron el escenario e impusieron sus criterios en los conflictos planteados (guerra de Génova, jurisdicciones, el Gran Ducado de Toscana¹³⁹). De este modo, la presencia y actitud de don Juan, elemento clave de la estrategia papal, quedó en entredicho, todo lo cual redundó en la falta de influencia real de Pérez en la marcha de los asuntos italianos. Asimismo, en la Corte, aunque en las sesiones del Consejo de Estado se discutieran los principales temas concernientes a aquellos territorios¹⁴⁰, no fue infrecuente que para determinados asuntos se ordenase la reunión de éste organismo con el Consejo de Italia¹⁴¹, práctica que le era poco grata a Antonio Pérez pues el segundo, tempranamente infiltrado por elementos cercanos a Mateo Vázquez, no le era muy afín¹⁴². Pérez trabajó para superar esta

esta coyuntura avían de sacar ellos argumentos de flaqueza y atrevimiento a mayor desvergüenza y a pedir más y más hasta pedillo todo y negallo todo..." (AGS. E, leg. 568, n° 52; L. P. GACHARD, Correspondance..., III, pp. 287-8 proporciona el texto completo en castellano y francés).

¹³⁸ Una minuta de esta carta, anotada por el rey, en AGS. E, leg. 570, n° 133. El comienzo resulta muy significativo: "Aviendo considerado quan de poco provecho ha sido para el remedio de las cosas de Flandes el camino de la guerra y fuerza que hasta aquí se ha llevado...".

¹³⁹ Para este tema, nos remitimos al esclarecedor trabajo de M. RIVERO RODRIGUEZ, "La Liga Santa...".

¹⁴⁰ Una muestra, sobre el conflicto de Génova, las aspiraciones del Duque de Florencia, etc, en AGS. E, leg. 159, nums. 307 a 326.

¹⁴¹ La reunión de ambos Consejos era una práctica muy corriente, que detectamos desde los inicios del período que nos ocupa, en 1571 (BL. Add. 28.262, fol. 36) y los ejemplos de su actuación son numerosos: fols. 433, 187, 203, 597, 231, 234, 228; BL. Add. 28.360, fol. 30; AGS. E, leg. 1246, n° 60; AGS. E, leg. 159, n° 357. Por último, en AGS. E, leg. 1244, n° 127, encontramos la opinión de Pérez sobre esta forma de actuación, en carta al Marqués de Ayamonte de septiembre de 1576: "En lo que toca a las cosas del Cardenal Borromeo, entiendo que el sr. Don Juan a hablado a su Mag. sobre ellas, y yo también le referí lo qe V. Exc. me escribe y su Mag. se ha resuelto en scribir a Roma sobre este particular (...). resolución que ha salido de su mismo pecho, por no andar aguardando a las que se toman en estas grandes juntas que nunca se acaban...".

¹⁴² Para la situación del Consejo de Italia durante estos años véase M. RIVERO RODRIGUEZ, El Consejo de Italia y el gobierno..., pp. 104 y ss.

situación, en especial a través del intento de obtener la secretaría del Consejo de Italia, como veremos, pero mientras tanto llegó a la conclusión de que don Juan de Austria había dejado de ser útil por aquellos pagos. De manera que no dudó en utilizar la crítica situación provocada por el enfrentamiento entre el vencedor de Lepanto y los ministros hispanos (de forma especial con el Marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles¹⁴³ y con el cardenal Granvela¹⁴⁴), para insinuar su salida de aquella península como la única solución posible en un momento en que el peligro turco no parecía inmediato¹⁴⁵.

Además estaba presente el problema de Inglaterra. Hasta finales de los años sesenta en las relaciones entre Isabel I y Felipe II habían prevalecido los intereses dinásticos sobre los confesionales, pero desde el inicio del conflicto armado en Flandes y la llegada del Duque de Alba las tensiones se habían agudizado, hasta el punto de llegar a la retirada de embajadores. Las posturas en la Corte hispana seguían estando muy definidas¹⁴⁶: el Duque de Alba defendía como

¹⁴³ Para este tema, véase la correspondencia de don Juan y Escobedo publicada en CODIN, vol. 28. Son numerosos, además, los billetes de Antonio Pérez al rey tratando la cuestión, pero especialmente sabroso resulta uno, de 23 de abril de 1576, en el cual el secretario de Estado, para convencer a Felipe II del punto de degradación que había alcanzado la situación, argumentaba el miedo que tenía por su vida el secretario de don Juan ("...que vive Escobedo con miedo de veneno y prevenido que mire donde come y bebe..."), precisamente quien habría de sucumbir a sus maquinaciones menos de dos años después (BL. Add. 28.262, fol. 129v.).

¹⁴⁴ Sobre las quejas de Granvela, véanse las notas de Felipe II en IVDJ, Envío 60, caja 80, n° 168.

¹⁴⁵ En BL. Add. 28.262, fol. 121v. se halla un billete de Pérez al rey en el cual comenta las diferencias entre don Juan y el Marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles, con la conclusión de que la solución óptima sería alejar de Italia al hermano de Felipe II.

¹⁴⁶ De la estancia del embajador Cobham en 1575 nos queda documentado un episodio que ilustra perfectamente las distintas actitudes existentes en la Corte española hacia Inglaterra. El Inquisidor General Gaspar de Quiroga, que mantenía una postura muy crítica hacia Inglaterra (véase la carta a Felipe II desde Cuenca, el 5 de abril de 1575, en AGS. E, leg. 568, n° 55), redactó un escrito en términos muy duros sobre la persecución en España contra los herejes que hubieran cometido delitos contra la fe Católica fuera de ella. El Duque de Alba, primer defensor del entendimiento entre ambas Cortes, fracasó en su intento de convencer a Quiroga para que lo modificase, así que el mismo Felipe II tuvo que intervenir para que el Inquisidor general moderase el tono del documento; véase el billete del Duque de Alba a Gabriel de Zayas en AGS. E, leg. 829, n° 76, y de Felipe II a Quiroga en *ibidem*, n° 77, donde apunta: "Va tanto en este negocio de Inglaterra (...) que no puedo dexar de bolveros a encargar mucho (...) que mireis mucho como cosa que tanto importa si se podrían moderar las palabras de aquel papel...". La embajada de Cobham cristalizó en un acuerdo con el Duque de Alba sobre la tolerancia de mercaderes extranjeros, cuya importancia ha sido debidamente resaltada, con un fundamentado estudio, por C. GOMEZ-CENTURION JIMENEZ, Felipe II, la empresa de Inglaterra y el comercio septentrional (1566-1609), Madrid 1988, pp. 71-76.

necesario el entendimiento entre ambas monarquías, y en consecuencia desde su puesto de gobernador en Flandes llegó a un acuerdo para abrir el comercio en abril de 1573, y no había cambiado su criterio en Castilla, antes al contrario, pues terminó por apoyar a la reina hereje como la menos mala de los posibles intermediarios¹⁴⁷; pero el tratado alcanzado por el duque nunca había gustado a Felipe II ni a la mayor parte de su Consejo de Estado¹⁴⁸, que se hacían escasas ilusiones sobre la amistad inglesa aunque comprendían que se imponía la disimulación en tanto persistieran las alteraciones en Flandes; incluso el comendador mayor, que en principio siguiera los consejos de Alba, había acabado por desesperarse y poco antes de morir denunciaba "la desvergüenza de la reyna de inglaterra y de sus ministros en querer tomar descubiertamente la protección de los rebeldes de V. Mag." sin disimular su deseo de "castigar a esta muger" en cuanto fuera posible¹⁴⁹. En este sentido, el proyecto de intervención armada en Inglaterra se había planteado seriamente en la Corte española al menos desde el fallido complot de Ridolfi en 1571, y se había mantenido latente gracias a la actividad del nuncio Ormaneto¹⁵⁰.

¹⁴⁷ Muy ilustrativa resulta la consulta del Consejo de Estado con lo platicado el 1 y 2 de febrero de 1577, a propósito de la embajada de John Smith. El Duque de Alba, con quien se conformaron el prior Antonio de Toledo y el Duque de Francavilla, aducía "que por lo pasado fue de opinion que V. Mag. no acceptase tercero entre V. Md. y sus vassallos, pero que el estado de los negocios obliga a mudanza, y aviendo de tomar alguno tiene por e menos malo a la Reyna de Inglaterra que al Imperio, y por muy peor a los propios vassallos...", argumentando a continuación que la reina hereje no entraría en temas de religión por temor a que en su propio reino se suscitaran conflictos de esta naturaleza. De opinión contraria fueron el Marqués de Aguilar, el presidente Covarrubias y Gaspar de Quiroga, mientras que el Marqués de los Vélez parecía aceptar los argumentos de Alba, si bien apoyó el dar largas al enviado inglés, como propuso Quiroga (AGS. E, leg. 830, n° 110).

¹⁴⁸ Véase la consulta del Consejo de Estado, de 1574, titulada "Lo que se ha tratado en Consejo destado acerca de las cosas que vinieron ultimamente de Flandes" (AGS. E, leg. 2842, s.n.). El apartado referido a Inglaterra apuntaba la ayuda manifiesta que otorgaban a los rebeldes a pesar del acuerdo, la no devolución de los bienes confiscados y la falta del beneplácito para el uso de algún puerto inglés en caso de grave necesidad de la flota del Rey Católico, y concluía: "De manera que tratado el negocio con verdad, se ve claramente lo que su Mag. siempre ha dicho quando se tratava del dicho acordio del año pasado, que nunca le contentó, como tampoco satisfizo a los mas principales ministros, de acá y de allá...", si bien recomendaban temporizar debido a los problemas en los Países Bajos. El tratado de Nimega había suscitado a su vez fuerte malestar en Portugal (véase *supra*, nota 3).

¹⁴⁹ Véanse las copias de capítulos de carta de Requesens de último de febrero de 1576 en AGS. GM, leg. 80, nums. 201 y 202.

¹⁵⁰ A este respecto véase, además de las obras de Törne y de Karttunen (quien clarifica las relaciones de Gregorio XIII con las potencias de la Europa nórdica y oriental), el artículo de A. M. VOCI, "L'impresa d'Inghilterra nei dispacci del nunzio a Madrid Nicolo Ormaneto (1572-1577)", *Anuario dell'Istituto Storico Italiano per l'Eta Moderna e Contemporanea*, 35-36 (1983-1984), pp. 337-425; basándose en la misma

En el momento en que se discutía el nombre del sucesor del fallecido Requesens, Gregorio XIII llevaba unos meses intentando reactivar el tema de Inglaterra en la Corte del Rey Católico; a su vez, Isabel I, cuya relación con los rebeldes oscilaba según su situación militar y diplomática¹⁵¹, despachó a Madrid dos emisarios en un corto espacio de tiempo (Henry Cobham a finales de 1575 y John Smith en febrero de 1576), para expresar la buena voluntad inglesa y sus deseos de intercambiar embajadores y normalizar las relaciones¹⁵². Muy poco fiaba Felipe II de tales declaraciones. Con todo, aunque afectado por la perniciosa actitud de la reina Tudor en Flandes -que le llevó en alguna ocasión a manifestar la posibilidad de adoptar medidas de fuerza-¹⁵³, Felipe II mostró gran renuencia por dar el paso definitivo, pues seguir la política confesional preconizada por el Sumo Pontífice acarrearía graves alteraciones en el continente que en modo alguno podía sufragar¹⁵⁴. Pero ello no era óbice para utilizar las circunstancias en su propio beneficio.

En concreto, el 22 de marzo de 1576 se recibía en Madrid una carta de don Juan de Zúñiga, con un informe sobre la materia a partir de las propuestas de ciertos individuos católicos ingleses e irlandeses,

documentación que los anteriores, se beneficia además del caudal bibliográfico publicado desde principios de siglo.

¹⁵¹ C. WILSON, op. cit. pp. 33-39, nos muestra los movimientos de Orange en Inglaterra durante estos meses (llegó a enviar una embajada a finales de 1575 para ofrecerle la soberanía de Holanda y Zelanda) y la oscilante posición de Isabel I, siempre con el ojo puesto en Francia y España.

¹⁵² Véase la documentación sobre la visita de Cobham, incluyendo las consultas del Consejo de Estado, en AGS. E, leg. 829, nums. 52 a 114 y AGS. GM, leg. 80, n° 206 (además de supra, nota 146); respecto a John Smith, AGS. E, leg. 830, nums. 89 a 118; AGS. GM. LR. 33, fol. 157.

¹⁵³ Así, en junio de 1576 anotaba al margen de un billete de Juan Delgado que "...si en Inglaterra se desvergonçasen convendría embargar acá todos los navíos que ay de aquel Reyno", ordenando transmitiera la idea a Gabriel de Zayas para su estudio (AGS. GM, leg. 80, n° 199). Al secretario de Estado, muy próximo al Duque de Alba, no le gustó nada la idea "pues dessean occasion y esta tomarían por colorada" (ibidem, n° 200).

¹⁵⁴ En realidad, consta que la empresa de Inglaterra se analizó meticulosamente en los círculos más cerrados de la Corte hispana con ocasión del nombramiento de don Juan de Austria para Flandes; a este respecto, véanse los documentos hológrafos de Antonio Pérez, de 1576, en AGS. E, leg. 570, nums. 127, 128 y 141, con los diversos aspectos a tener en cuenta, así como el comentario del rey en 1577, manifestando la imposibilidad de la empresa debido especialmente a Francia "Yo la verdad no dexo de temer que lo de Flandes les ha de dar mucho que pensar a franceses, y aun si se emprendiese lo que mi hermano pretende creo que saltarían luego y esto creo que es lo que ay mas que myrar en aquel negocio" (BL. Add. 28.262, fol. 547).

que había sido discutido en el Vaticano¹⁵⁵. El documento fue entregado para su estudio a Quiroga, quien compartía con Pérez la actitud beligerante hacia Inglaterra. El nombre de don Juan no se asociaba directamente al mando de la empresa, pero se resaltaba la conveniencia de su presencia en Flandes por si los herejes de aquellos Estados quisieren ayudar a los isleños, apuntando incluso su matrimonio con María Estuardo. De este modo, no le debió resultar difícil a Pérez argumentar ante el monarca que su hermano en Bruselas sería un medio excelente para convencer a la persistente diplomacia pontificia de su buena voluntad respecto al negocio de Inglaterra; y que, caso de consumarse la elección, la operación era un señuelo imprescindible para dar el paso siguiente, esto es, persuadir para que asumiera el cargo a un don Juan ávido de gloria, pero del cual se conocía ya su reticencia a marchar hacia Flandes.

Como hemos visto, las maniobras de Antonio Pérez dieron el fruto calculado con el despacho del nombramiento de don Juan y el secretario de Estado sacó de inmediato pingües beneficios políticos de la situación. Por un lado, una vez más aparecía en Roma como el sólido defensor de sus intereses en Madrid, pues en el mismo mes de abril el Sumo Pontífice solicitaba formalmente la presencia de don Juan en Flandes¹⁵⁶. Pero no era ésta, a pesar de su importancia, la finalidad última de Pérez. Comprendía que el control de los asuntos relacionados con el más grave escollo que hubo de afrontar la Monarquía durante aquellos años, Flandes, habría de proporcionarle por fin el dominio que los negocios de Italia y Roma, ocupados por ministros afectos al "partido castellanista", le habían negado, apuntalando así de forma definitiva su posición en la Corte. Basaba esta aspiración en su estrecha relación con el hermano del rey y con el secretario de éste, Juan de Escobedo, y no quedó defraudado. Desde un principio supo explotar sabiamente el canal de comunicación que suponía este vínculo, pues don Juan de Austria, como se temía, mostró muy escaso interés en

¹⁵⁵ A este respecto, P. O de TÖRNE, II, pp. 81 a 84; la carta de Zúñiga se transcribe en pp. 215-219.

¹⁵⁶ A. M. VOCI, op. cit. p. 369.

aceptar el puesto¹⁵⁷. El nuevo gobernador electo demoró varias semanas la respuesta, generando grave tensión en la Corte porque se entendía que la aguda problemática que se vivía en el norte no admitía dilación¹⁵⁸. Y cuando finalmente se decidió a confirmar por escrito que obedecería al rey, el 27 de mayo, lo hizo con mención expresa a los dos aspectos que más interesaban a Pérez: la empresa de Inglaterra, a su entender la única forma de pacificar Flandes, y las vías de comunicación con la Corte¹⁵⁹. En este sentido, don Juan descargó plenamente su confianza en Pérez, convirtiéndole en su interlocutor en Madrid en detrimento expreso de la persona que debería controlar los papeles de Flandes, el secretario de Estado Gabriel de Zayas, perteneciente a la facción "castellanista"¹⁶⁰.

Por otro lado, durante aquellos meses Antonio Pérez encontró en el ámbito interno un colaborador inestimable para la consecución de sus propósitos en Joachim Hopperus. Desde la publicación del decreto de bancarrota Felipe II tenía decidido el envío de los "verdaderos remedios" para intentar solucionar los problemas de aquellos Estados.

¹⁵⁷ La más conocida de las cartas de las cartas de Antonio Pérez a Escobedo se localiza en AGS. E, leg. 570, n° 149 (duplicada en n° 138; reproducida parcialmente en B. PORREÑO, op. cit. pp. 415-417; resumida en L. P. GACHARD, Correspondance..., IV, p. 41 y comentada en P. O. de TÖRNE, op. cit. II, pp. 15-17). Se trata de un borrador, al cual el monarca añadió de su propia mano párrafos muy sustanciosos tendentes a tocar la fibra sensible de su hermano con alusiones al padre de ambos. La carta se completa con otras dos mucho más breves que contenían recomendaciones finales (*ibidem*, nums. 139 y 140). La situación quedó clara; así, el 14 de junio de 1576 el rey, por mano de Mateo Vázquez, escribía a Delgado: "Dese la memoria que decís a Antonio Pérez por lo que se hubiere de scribir a mi hermano..." (AGS. GM, leg. 81, n° 268).

¹⁵⁸ Véanse las comunicaciones entre Antonio Pérez y el monarca durante estas semanas, en IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 219, 223, 225, 227; BL. Add. 28.262, fol. 129. G. PARKER, España y la rebelión... p. 172, transcribe asimismo un jugoso billete de Felipe II a Antonio Pérez, localizado en IVDJ. Envío 36.

¹⁵⁹ El original de la carta de don Juan se halla en AGS. E, leg. 569, n° 210. Tras una larga argumentación sobre los motivos que convertían el puesto en altamente indeseable, acataba las órdenes y anunciaba el inmediato envío de Escobedo a la Corte; sobre la empresa de Inglaterra señalaba que "...corre en Roma y en todas partes que V. Mag. y su Santidad, entendiendo esto (la solución en Flandes pasaba por extirpar la herejía de Inglaterra) tratan y han tratado de que yo puedo ser para ello el mejor sugeto que ay"; sobre el canal de comunicación véase infra nota siguiente.

¹⁶⁰ Era esta una capacidad que ya había planteado don Juan en su carta de 27 de mayo: "La correspondencia que abré de tener en el trato de los negocios deseo que sea con quien yo entienda que puede ayudarme a servir. V. Mag. me de licencia para tener esta libertad..." (véase nota anterior). Más explícito fue en una memoria que Escobedo presentó al rey en julio, en la cual señalaba que evitaría apoyarse en el Duque de Alba y sus partidarios (especialmente Gabriel de Zayas), enviando siempre sus cartas a Antonio Pérez (AGS. E, leg. 569, n° 230; comentada por P. O. de TÖRNE, op. cit. II, p. 32). Este traslado de responsabilidades ha sido señalado por J. A. ESCUDERO, Los secretarios..., I, pp. 150-151, aun sin advertir el verdadero alcance de la medida.

El Marqués del Havre y Hopperus fueron los escogidos para transmitirlos a Requesens¹⁶¹, pero el viaje se dilató pues todavía no terminaba de aceptar Felipe II el alcance de las medidas propuestas por el segundo¹⁶². Sin embargo, las noticias de la muerte de Requesens dieron un vuelco a la situación: primero porque lo más conveniente era que el nuevo gobernador hubiese tomado posesión del cargo para el momento de su aplicación (y don Juan no se dio mucha prisa en aceptar el puesto y luego en ocuparlo); pero además, el monarca había suspendido el viaje de Hopperus, porque necesitaba con premura demostrar el cambio de política a los vasallos levantiscos¹⁶³. Al situar al guardasellos como dueño aparente de los negocios de los Países Bajos, éste, de motu proprio, debía transmitir a sus contactos en Bruselas la buena disposición de la Corte española¹⁶⁴. Ello implicaba, claro está, atender de forma inmediata ciertas propuestas en el ámbito externo y en el doméstico como lo fueron la confirmación del Consejo de Estado de Flandes a la cabeza del gobierno para llenar el vacío de poder¹⁶⁵, y la adecuada escenificación en la *Junta de Flandes* para la discusión de los asuntos¹⁶⁶.

¹⁶¹ El 29 de enero de 1576 Gabriel de Zayas informaba a Requesens sobre la próxima partida de Hopperus, "De que el dicho Hopperus ha mostrado grandissima satisfacción porque está persuadido de que lleva los verdaderos remedios en la manga y que ha de obrar con el soplo como saludador, fundándose en lo que de allí le han ydo escribiendo sus correspondientes..." (AGS. E, leg. 569, n° 48).

¹⁶² En carta a Requesens de 14 de marzo, sin conocer aun su muerte, Felipe II achacaba el retraso de la partida del Marqués de Havre y Hopperus a las "...dificultades que han ydo nasciendo del propio despacho que Hopperus yva ordenando, de tal substancia y consideración que me tienen todavía perplexo" (AGS. E, leg. 569, n° 70).

¹⁶³ AGS. E, leg. 568, nums. 10 (copia en 21) y 29.

¹⁶⁴ L. P. GACHARD, Correspondance..., IV, pp. 194-195 señala una carta de Hopperus al Consejo de Estado de Flandes, de junio de 1576, en la que garantiza el interés de Felipe II por arreglar de la mejor forma posible los problemas de aquellas provincias.

¹⁶⁵ Decisión muy criticada, como señala L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, pp. 316: "Tenía el ánimo del rey inclinado a la paz Hoppero después que del alcanzó el hacer aquella fineza que se ha visto de dexarles el gobierno en su mano para su ruina". En realidad, Felipe II no fiaba demasiado de su Consejo de Estado en aquellas provincias, como señalaba en carta a Quiroga de 24 de abril a propósito de la aplicación de parte de los "verdaderos remedios" ("...que los executarían de buena gana y a su modo los que agora gobiernan"; AGS. E, leg. 568, n° 27).

¹⁶⁶ Véase AGS. E, leg. 568, n° 22, "Relación y parescer de lo que trataron los marqueses de Aguilar y de los Vélez..." (a 20 de abril de 1576), donde, tras la revisión de todo lo tratado hasta el momento en la *junta*, se planteaba la estrategia a seguir con Hopperus ("...y quedan prevenidos de como se han de aver con el cuando se junten"), la posición del Guardasellos ("...y Hopperus no terná de que se resentir, pues se queda y

De este modo, la *Junta de Flandes*, reuniéndose en casa de Gaspar de Quiroga y con Hopperus en posición sobresaliente¹⁶⁷, entró en una fase de gran actividad espoleada por la gravedad de las noticias que llegaban y que hacían temer un levantamiento general contra la autoridad del rey¹⁶⁸. La intención de Felipe II sobre la función que debía cumplir quedó clara cuando ordenó la entrada, mientras estuviera en la Corte, del Barón de Rassenghien, miembro del Consejo de Estado de Flandes y enviado por aquel organismo para transmitir sus peticiones¹⁶⁹. Así, la junta recomendaba insistentemente los puntos que las autoridades

todo ha de yr por su mano y vee que con la mudança de lo de allí y haver tanto tiempo que él propuso lo que estava apuntado, entenderá que es fuerza que la aya en lo demás") así como la respuesta que se debía dar a la pretensión del flamenco de enviar de inmediato los "verdaderos remedios" a través del Marqués del Havre. Es de reseñar que el Conde de Chinchón se hallaba en esos momentos con el monarca, en el Escorial, conformándose con el parecer de los marqueses, y que Gaspar de Quiroga visitaba por esos días su Iglesia, pero Felipe II le envió prontamente el documento con su propia opinión y le ordenaba su regreso a la mayor brevedad para contar con su presencia en tan necesaria coyuntura (24 de abril, AGS. E, leg. 568, n° 27). La respuesta de Quiroga 4 días después, más intransigente que la de sus compañeros de *junta*, en AGS. E, leg. 160, n° 50.

¹⁶⁷ Se conservan las relaciones que Hopperus remitía al rey de las reuniones de la *junta* los días 1, 9, 26 y 28 de mayo (AGS. E, leg. 158, nums. 169, 167, 170 -copia incompleta en leg. 568, n° 9-, y 173); el 4, 13, 20, 28 y 31 de agosto (AGS. E, leg. 158, nums. 186 a 188, 192, 194, 196, 197); el 1, 13, 15, 22, 24, 25, 28 de septiembre (AGS. E, leg. 158, nums. 198, 200, 207, 211, 214, 215); el 8 y 14 de octubre (AGS. E, leg. 158, nums. 223, 224); 8 y 18 de noviembre (AGS. E, leg. 158, 219, 222). Véase además un parecer de Gaspar de Quiroga en AGS. E, leg. 569, n° 190.

¹⁶⁸ La correspondencia enviada a la Corte durante estos meses por los diferentes personajes españoles que allí permanecían (consejeros como Jerónimo de Roda, los jefes militares Sancho Dávila o Alonso de Vargas, etc.) se puede consultar en AGS. E, legs. 566 a 569, y su lectura realmente transmite la imagen de una situación al borde del levantamiento general contra los españoles. La chispa saltó cuando una parte amotinada del ejército español tomó y saqueó Aalst el 25 de julio, lo que originó una furiosa reacción de la población y del Consejo de Estado, que autorizó la matanza de los amotinados y el reclutamiento de tropas para combatirlos.

¹⁶⁹ El barón llegó a mediados de septiembre con el encargo de transmitir al rey, de parte del Consejo de Estado de Flandes, la ineludible necesidad de retirar los soldados extranjeros (AGS. E, leg. 566, n° 112). El día 19 Felipe II, tras recibirle en audiencia, ordenó a Hopperus su incorporación a la *junta*: "...y también será bien que en este entretanto os junteys vos y él con los dos que soleys y Cayas a platicar y mirar lo que en todo convendrá" (AGS. E, leg. 158, n° 205). Sus intervenciones en la *junta* iban en la misma línea que las del guardasellos; así, el 22 de septiembre apuntaba que "...todo se podría remediar con un gobernador de la Sangre, con sacar los extranjeros, con bolver el gobierno al estado en que estava antes de la yda de los dos últimos nuevos gobernadores, con hazer la pacificación con los rebeldes de Holanda y Zelanda, salva la Religión Católica Romana y autoridad de V. Mag. y con dexar juntos los Estados Generales debaxo de la misma condición". Es preciso señalar como los dos miembros españoles de la *junta*, Aguilar y Quiroga, excusaron en ésta y en otras ocasiones dar su opinión, alegando que la gravedad del asunto requería meditación, pero lo más probable es que necesitaran instrucciones del monarca (AGS. E, leg. 158, n° 207). Más intervenciones del barón en *ibidem*, nums. 207, 211, 214, 218 (22, 24, 25 y 30 de septiembre). Estuvo en la Corte hasta principios de noviembre, cuando volvió a Flandes portando los papeles oficiales para el gobierno de Don Juan.

católicas de aquellos Estados más deseaban oír: "(sin pensar que se pueda remediar por fuerza de armas) se tome el camino de la pacificación y torne a la plática con los rebeldes sin tocar en la religión ni en la autoridad de su Mag. con que parece se contentan, juntando de la misma manera los Estados Generales (según todos lo desean) para ver como se podrá pagar y licenciar la gente de Guerra y restaurar las Vandas de Ordenanza y venir a la verdadera Pacificación, en especial por los verdaderos remedios que su Maj. ha escrito diversas vezes que les embiará"¹⁷⁰. Y la conclusión siempre era la misma: el nuevo gobernador de la Sangre, don Juan de Austria, debía partir inmediatamente desde Italia a ocupar su puesto, convenientemente pertrechado con los "verdaderos remedios".

Sin embargo, contraviniendo las órdenes expresas del monarca, y precedido de su secretario Escobedo¹⁷¹, don Juan se presentó en la Corte a finales de agosto, deseoso de entrevistarse con su hermano antes de partir hacia el norte. Su presencia y la redacción de las instrucciones para el gobierno de Flandes centraron el debate sobre el alcance de las medidas de gracia que podría aplicar el nuevo gobernador. El 28 de septiembre la *junta* las resumía en 5 puntos (el más conflictivo de los cuales era sacar a los soldados extranjeros¹⁷²) que pueden seguirse en las normas finalmente firmadas por Felipe II¹⁷³. Tras dos

¹⁷⁰ "Relación de lo que se ha ydo tratando por los Marqueses de Aguilar y Vélez, Conde de Chinchón y Hopperus y de lo que se apuntó en Aranjuez a 26 de mayo de 1576" (AGS. E, leg. 568, n° 8; copia en leg. 158, n° 171).

¹⁷¹ El secretario de don Juan llegó cargado de memoriales para entregar al rey, acerca de todos los aspectos del nuevo cargo de su amo; véase una relación de los mismos en AGS. E, leg. 569, n° 141. P. O. de TÖRNE, op. cit. II, pp. 27-31 se ocupa minuciosamente de este viaje.

¹⁷² Cuales eran: 1) que el despacho de don Juan de Austria no obligaba al monarca a escoger siempre un gobernador de la Sangre "...pues puede suceder por muchos medios que no sea possible embiar persona de la sangre"; 2) que la única forma de reducir las provincias de Holanda y Zelanda era el perdón general, con la única excepción del Príncipe de Orange, si bien su caso sería revisable más adelante; 3) "que todo lo de los Payeses Baxos se gobierne en la forma y manera como se solía en tiempo del Emperador"; 4) forma y oportunidad de reunir a los Estados y 5) la propuesta sacar los soldados extranjeros, especialmente los españoles, único punto en el cual los miembros de la *junta* quisieron exponer su parecer por separado. Así, Quiroga aceptaba la salida solo cuando el país estuviera pacificado por completo, incluidas Holanza y Zelanda. El Marqués de Aguilar insistía en que debían quedar algunos españoles incluso en tiempo de paz, mezclados con los soldados de aquellas tierras. Por su parte, Rassenghien, y con mayor fuerza, Hopperus, insistieron en la salida de los Tercios, como mal menor (AGS. E, leg. 158, n° 218).

¹⁷³ La documentación sobre las instrucciones de don Juan en AGS. E, leg. 569, nums. 3 a 14.

meses de estancia en la Corte, embaucado al parecer con la promesa de su augusto hermano de que podría emprender la empresa de Inglaterra en cuanto lo permitieran las condiciones en Flandes¹⁷⁴, don Juan emprendió viaje, en secreto y disfrazado, hacia su destino.

4.3.3. Don Juan de Austria en Flandes: el triunfo del "partido papista"

Antonio Pérez comenzó a controlar, como había sido expreso deseo de don Juan, toda la documentación proveniente de Flandes, circunstancia que le convirtió de inmediato en secretario de la junta desplazando en estas funciones a Gabriel de Zayas¹⁷⁵. Ello trajo consigo una remodelación de la Junta, pues a partir de entonces únicamente los miembros más próximos a Pérez, el Marqués de los Vélez y Quiroga, accedieron a la información reservada proveniente de los Países Bajos. Sin duda, el personaje más cercano al secretario de Estado era el primero de ellos, copartícipe en las más íntimas deliberaciones¹⁷⁶; Gaspar de Quiroga, por su lado, compartía con el secretario actitudes belicistas respecto a Inglaterra, pero la situación del arzobispado de Toledo, vacante tras la muerte de Bartolomé de Carranza en mayo de 1576, hizo que empezara a mostrar gran afición a Antonio Pérez¹⁷⁷, cuyas excelentes relaciones con la nunciatura eran bien conocidas. No

¹⁷⁴ Escobedo, que partió después de su amo, llevó consigo amplias consideraciones de Felipe II acerca de la realización de la empresa, que se hallan en forma de carta a don Juan de noviembre de 1576 en AGS. E, leg. 570, n° 88 2° (donde leemos "no se firmó pero tomó Escobedo los puntos della").

¹⁷⁵ Véanse los billetes de Antonio Pérez al rey, dando cuenta de la actividad de la junta, en IVDJ. Envío 60, caja 80, nums. 61, 63, 64, 66 a 68, 71; BL. Add. 28.262, fols. 220v, 225 y 228. La posición secundaria de Gabriel de Zayas aparece manifiesta en el billete que le dirigió a Pérez el 9 de septiembre de 1577, pidiéndole cierta información sobre Flandes que precisaba para redactar un escrito, y del cual entresacamos diversas frases muy elocuentes: "yo desto no se mas que lo publico", "dígame v.m. la intención de su Mag.", "Esto no se yo porque no me hallé presente..." (AGS. E, leg. 2843; existe una copia, fechada a 9 de diciembre, en AGS. E, leg. 573, n° 13).

¹⁷⁶ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, p. 206: "Allí, con el Duque de Alba y el Marqués de los Vélez, del Consejo de Estado, y el Secretario Antonio Pérez, estos dos amigos entre sí y privados del Rey, se confería lo que se habría de hacer". Ejemplos concretos de la situación en BL. Add. 28.262, fol. 225v, 250, 254, 276, etc.

¹⁷⁷ Muy significativo resulta el comentario de Antonio Pérez a Felipe II, sobre Quiroga, en un billete de febrero de 1577: "...ando estos días muy su privado de campo y de poblado, hasta traerme en su coche a mi posada y aprovecharé desta privanza que agora me corre para irle empeñando y prendando en la inteligencia destos negocios" (BL. Add. 28.262, fol. 225v.).

desaprovechó Pérez la ocasión para apoyar la candidatura del anciano Inquisidor General a tan alto puesto¹⁷⁸, quedando así inaugurado un fructífero período de colaboración entre ambos que tuvo su primer reflejo en la suavización de la postura de Quiroga para con los vasallos levantiscos del norte¹⁷⁹.

Al hundimiento de la oposición al "partido papista" contribuyó de manera especial el fallecimiento del influyente Conde de Chinchón en agosto de 1576, a quien sus enemigos habían intentado sin éxito alejar de la Corte¹⁸⁰ y cuya intransigencia se había exacerbado con la disminución de la autoridad de la Monarquía en Flandes¹⁸¹. El mismo Duque de Alba, personificación de la línea dura respecto a los Países Bajos, se convirtió en el símbolo más elocuente de la confianza que había llegado a adquirir Pérez en su fuerza, pues los comentarios que comenzó a emitir ante el monarca sobre su persona y sus partidarios (a quienes denominaba genéricamente "los Toledos") rezumaban desprecio¹⁸²

¹⁷⁸ La relación entre Quiroga y Pérez la analiza G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 119-127, que señala efectivamente la posible influencia del secretario en la elección de don Gaspar para tan alta prelatura en septiembre de 1577. Un billete de Antonio Pérez al rey, de 27 de abril de 1577, confirma esta idea: el nuncio le había comentado al secretario "...de como avía hecho una espianata (que así dixo) para lo de Quiroga, solicitando lo de las Iglesias y particularmente lo de la de Toledo por aver 19 años que está sin prelado, y aprovando grandemente la provisión de Quiroga..." (BL. Add. 28.262, fol. 270).

¹⁷⁹ En los primeros días de 1577 apuntaba Pérez la conversión del Inquisidor General: "Y vino a decir, aunque ayudado, que lo que combenía era acabar por concierto como se pudiese y presto. Es buenísimo Quiroga fácil de llevar y a ratos duro de mudar" (BL. Add. 28.262, fol. 220v.). Poco después el secretario insistía en el tema: "Y digo a V. Mag. que fue cosa extraña lo que Quiroga encareció la nesciedad del concierto lo mejor que se pudiere, la imposibilidad de entrar en guerra y los grandes peligros que correría todo lo de acá y de Italia, diziendo que aun era de temer que no se cansasen estos reinos de verse desangrados por cosa tan perdida" (*ibidem*, fol. 239).

¹⁸⁰ Sobre el intento de que fuera nombrado virrey de Nápoles en 1575, véase AHN. E, leg. 2010, consulta de 6 de marzo; cit. en mi trabajo "La nobleza cortesana...", p. 238. Pocos meses después su gran enemigo, Gaspar de Quiroga, sugería en Consejo de Estado su candidatura como embajador extraordinario en Alemania, y remataba Pérez tras informar al rey: "...que no le pareciera amistad, con quanto ay entre los dos" (BL. Add. 28.262, fol. 80).

¹⁸¹ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, pp. 316-320 resume la situación en la Corte en estos meses críticos y, tras vilipendiar la artera actitud de Hopperus, alude a la intervención en el Consejo de Estado de los dos principales personajes que defendieron la línea dura: el Conde de Chinchón ("los herejes se endurecen con blandura y se ablandan con aspereza, fuego, armas...") y el Duque de Alba.

¹⁸² Por ejemplo, poco después de firmado el Edicto Perpetuo Pérez advertía a Felipe II de las maniobras de "los Toledos" sobre la pretendida llegada de graves noticias de Flandes: "Y dizen que yo avía tenido una carta del sr. Don Juan (...) y que yo la avía dado a V. Mag. o embiado. Y a V. Mag. de tal disgusto no se le había quedado color en el rostro. Y de aquí le devía al cabrón (Alba) de venir la lozanía con que andava, que diz que muestra andar privado"; a lo que anotó el monarca: "Bien creo que

y, en ocasiones, rayaban en la acusación de traición¹⁸³. En estas condiciones, no resultó difícil obviar la presencia del Marqués de Aguilar, pobre representante de los "castellanistas" por cuanto su caletre nunca se tuvo en alta consideración en los mentideros cortesanos. Además, la temprana y sorpresiva muerte de Joachim Hopperus en el mes de diciembre, si bien malogró un canal de comunicación con Flandes, no constituyó una pérdida irreparable pues los objetivos por los que había abogado los últimos años de su vida, y que tan bien se ajustaran a los propósitos de Antonio Pérez, habían sido ya alcanzados.

Efectivamente, la fuerza de los acontecimientos y un tesoro exhausto aguzaron la receptividad de Felipe II ante los planteamientos pacifistas del "partido papista". Ello permitió a sus integrantes atemperar puntuales actitudes maximalistas adoptadas por el monarca¹⁸⁴,

se esfuerza el de Alva a lo que decís, porque me habla más vezes que suele sin llamarle yo ni pasarme por pensamiento, y algunas vezes y son las más en cosas que se podrán excusar a my parecer, como fue anoche lo del Deanazgo de Coria (...). Quando estava firmando lo de Italia entró aquí el Duque y en acabando pegó conmigo y todo fue alabanzas del Concierto y que yo estava sin el en ruin estado y con el en muy bueno. Dixe que aun no savia mas que el estar hecho y nada de la forma y que así no había que responderse mas que esto porque no me quise meter en más pláticas con él" (BL. Add. 28.262, fols. 603-604; más ejemplos en *ibidem*, fol. 137v.).

¹⁸³ En billete de 8 de mayo de 1577, acerca de la expedición a Irlanda de Stuckley, quien pidiera el apoyo de Sebastián I y Felipe II, comentaba Pérez: "También es de consideración que el rey de Portugal quizá avisará a la reyna de todo, y plegue a Dios que no aya la inteligencia que yo sospecho sobre aquello, y para mas, entre la Reyna y el Rey de Portugal y el duque de Alba, que aunque en cosas particulares los juicios temerarios son de scrupulo pienso que es mayor no sospecharlo todo en negocios grandes y de estado", a lo que respondió el rey: "Bien se puede considerar y sospechar todo esto o buena parte dello..." (BL. Add. 28.262, fol. 276v.).

¹⁸⁴ El mismo día que don Juan firmaba el Edicto Perpetuo, el 12 de febrero de 1577, el rey se mostraba hondamente pesimista sobre la posibilidad de alcanzar un concierto con los Estados y anotaba al margen de un billete de Pérez que si éstos quisiesen la guerra a pesar de los esfuerzos de su hermano, la única posibilidad sería que éste "...metiese tantos alemanes de pie y de a caballo, juntamente con los españoles que allí ay, pues no se les pueden dar otros, que destruyesen la tierra y se pagasen del saco della, y así se concertase con ellos. Y así verán los dos si se advertirá a mi hermano que quando hubiese de ser no avía de ser en carta suya sino en alguna otra forma. Y aunque esto es bien contra mi voluntad menos mal son conservar los estados destruydos que no perderlos no destruydos. Todo se mire..." (BL. Add. 28.262, fol. 236). En su respuesta al día siguiente (*ibidem*, fol. 239), Pérez refería como Vélez y Quiroga habían estudiado la propuesta y recomendado alcanzar el concierto como fuera, ya que resultaba imposible hablar de formar ejército porque "...para tratar de esto es menester tener la bolsa llena y el dinero a punto"; sobre la posibilidad de reclutar alemanes y pagarlos con el producto de los botines, apuntaban la repercusión europea, pues Alemania se volvería contra Felipe II y las distintas potencias se lanzarían a obtener su parte de los Estados, "que por todo esto es menester tomar de aquellos Estados lo que agora se pudiere y passar por muchas cosas". En su respuesta al margen, Felipe II insistía en la posibilidad bélica si los Estados quisiesen el rompimiento ("...y harta justificación se habrá hecho con ellos y con Dios y con el mundo"), si bien dejaba la puerta abierta hasta la llegada de nuevos correos, que trajeron en efecto la noticia de la firma del Edicto Perpetuo.

debidas al tono alarmista de las noticias que le enviaba don Juan sobre el proceso de acercamiento a los representantes de los Estados¹⁸⁵. Con todo, la firma del Edicto Perpetuo, seguida de la retirada de los Tercios españoles, alejó momentaneamente los fantasmas de la guerra y permitió a don Juan entrar en Bruselas y jurar su cargo de gobernador¹⁸⁶. Pero el proceso tuvo un alto costo personal para el hermano del rey, que desde el mismo momento en que alcanzó el concierto consideró cumplida su misión y por tanto empezó a solicitar insistentemente su relevo¹⁸⁷.

Era esta una posibilidad que Antonio Pérez no podía permitir¹⁸⁸. Por entonces ya disfrutaba de las mieles de su privanza, éxito que actuó de reclamo para procurarle relaciones como la de la Princesa de Eboli (instalada en Madrid desde mediados de 1576), con quien habría de compartir los más turbios manejos¹⁸⁹. Pero la presencia en la Corte del hermano del monarca no solamente haría peligrar su control sobre los asuntos de Flandes, sino que su mismo dominio cortesano, tan duramente trabajado, quedaría amenazado por el que en esos momentos era el único heredero adulto de la Corona acompañado

¹⁸⁵ Don Juan había llegado a Luxemburgo en un momento crítico, al tiempo que las tropas españolas arrasaban Amberes (3 de noviembre de 1576), lo que aceleró el acuerdo entre los Estados Generales y Orange ("Pacificación de Gante"), ratificado el 9 de enero por la Unión de Bruselas, que exigía, entre otras cosas, la inmediata retirada de las huestes extranjeras. Don Juan tuvo que negociar con unos representantes hostiles, pero entre los que reinaba la confusión; véanse sus cartas de 10 de enero (fueron dos, recibidas en la Corte el 29), 16, 19, 21 y 22 de enero (arribadas el 6 de febrero), en las cuales llegaba a asegurar que "Han llegado ya las cosas a tales términos y pasado tan adelante el desatino destos desventurados que no se deve tratar con V. Mag. sino del caso de la rotura..." y pedía el inmediato envío de tropas desde Italia; a pesar de lo cual aseguraba seguir trabajando en pos de la paz (AGS. E, leg. 574, nums. 41 a 43, 48, 64, 65 y 97).

¹⁸⁶ En cartas de 17 y 22 de febrero don Juan daba cuenta a Felipe II de los últimos pasos dados en la consecución del concierto (AGS. E, leg. 573, n° 148 y leg. 574, n° 78) y el 9 de mayo su entrada en Bruselas y comienzo de tareas de gobernador (AGS. E, leg. 574, n° 74).

¹⁸⁷ Véase infra nota 192 para la primera insinuación de don Juan. En su correspondencia posterior, hasta que de nuevo volvió a coger las armas, las referencias se convierten casi en rutinarias por lo repetidas.

¹⁸⁸ Para este tema, véase la documentación localizada en la Biblioteca Real de la Haya (jugosos billetes entre Felipe II, Antonio Pérez y Escobedo), que fue utilizada, y transcrita en parte, por F. MIGNET, Antonio Pérez y Felipe II (utilizamos la ed. de Madrid 1983), pp. 37-43. G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 264-265 y II, p. 556 se ocupó asimismo de esta fuente, con un análisis sobre su autenticidad.

¹⁸⁹ Sobre las relaciones entre la viuda del Príncipe de Eboli y el secretario de Estado, véase G. MARAÑÓN, op. cit. I, caps. VIII y IX. Una biografía de Ana de Mendoza en G. MUÑOZ, Vida de la Princesa de Eboli, Madrid 1877; véase además la documentación publicada en CODOIN, vol. 56.

además de un secretario, Escobedo, que apuntaba al menos ambición similar a la suya propia. Don Juan de Austria todavía confiaba en su aliado, hasta el punto de recomendarle vivamente al monarca para ocupar la jugosa secretaría del Consejo de Italia, vacante por la muerte los últimos días de 1576 de Diego de Vargas¹⁹⁰. Sin embargo, con el doble juego que caracterizó sus relaciones con don Juan, al mismo tiempo que alentaba sus aspiraciones en ese sentido¹⁹¹ Pérez se preocupaba en impedir las, desplegando para ello todos sus recursos cortesanos ante el monarca. El más directo, claro está, era convencer a un suspicaz Felipe II de las aviesas intenciones de don Juan. De este modo la primera, y confusa, insinuación del gobernador provocó un elocuente comentario de Antonio Pérez: "Yo voy descubriendo la oscuridad de las palabras de la carta del sr. Don Juan y es querer dexar aquello y venirse aca (...). Deven querer venir a lo de aquí por aquellas tracas, paresciéndoles que aquello es pequeño campo para correr mucho", que obtuvo la reacción esperada de Felipe II: "Bueno sería esto y sería desbaratar todo lo hecho y no es aquello tan pequeño campo que no fuese mucho menor el de aca si tal hiciesen."¹⁹².

Los acontecimientos inmediatos demostraron el éxito de las intrigas de Pérez por lo que toca a la permanencia de don Juan en su puesto, pero también la independencia de criterio del hermano del rey, quien decidió forzar la situación ante la evidente incomprensión que sus

¹⁹⁰ Se conservan dos originales hológrafos de esta recomendación, despachados por vías diferentes el 21 de enero, en AGS. E, leg. 573, n° 154 y leg. 574, n° 66. Insistía en su recomendación el 17 de febrero (*ibidem*, n° 79). Don Juan basaba su argumentación en la necesidad funcional de que los asuntos de Italia referentes a Estado, Gracia y Justicia corrieran por una sola mano, además por supuesto de la capacitación de Pérez para el puesto.

¹⁹¹ Véase la documentación transcrita y comentada por G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 283-284.

¹⁹² BL. Add. 28.262, fol. 599. Antonio Pérez aludía a la carta hológrafa de don Juan a Felipe II, fechada el 23 de febrero (y recibida a 6 de marzo) en la cual, tras congratularse del éxito obtenido con el concierto, suplicaba "...de nuevo lo que en esotros, porque se quanto importa a su servicio y a mi honor, pues esto me deve ser creydo no solo como apasionado por estas dos cosas, sino también como presente a las que trato porque desto consistirá el establecimiento dellos a satisfacción de V.Mag. y el dar yo la cuenta de mi que he procurado en todas mis cosas..."; en este párrafo se refería el Vencedor de Lepanto a cartas anteriores, todavía no leídas por el monarca, que apuntó al margen "Ojo, no entiendo esto ni lo de aquí adelante y así será menester bolberla a ver después de los despachos, que se entenderán mejor..." (AGS. E, leg. 574, n° 77), duda que suscitó la respuesta de Pérez que transcribimos en el texto. Efectivamente, el mismo día 6 de marzo llegó la correspondencia de don Juan, cerrada el 17 de febrero y en la cual pedía expresamente su relevo (*ibidem*, n° 78).

planteamientos encontraban en la Corte. Su correspondencia, desde la primavera de 1577, incidía en la progresiva degradación de la autoridad del monarca en Flandes y la actitud rebelde de los Estados Generales, subyugados por el Príncipe de Orange, así como las amenazas que se cernían sobre su seguridad personal¹⁹³. Tomó incluso la iniciativa de despachar correo a Italia para solicitar el regreso de las tropas, petición que el Marqués de Ayamonte, gobernador de Milán, desatendió muy sentidamente hasta recibir orden directa del monarca¹⁹⁴. Previendo esta negativa, estudiaba medidas más duras, y a principios de julio enviaba a Madrid a su secretario, Juan de Escobedo, para informar de su próximo encierro en el castillo de Namur, hecho que consumó el día 25¹⁹⁵. A pesar de sus justificaciones ante los representantes de los Estados, con quienes no dejó de comunicarse, don Juan pretendía mostrar a la Corte el callejón sin salida en que se había convertido la situación política en los Países Bajos, e intentaba forzar la solución armada como la única posible.

El primer efecto que la acción de don Juan causó en los círculos de poder de la Corte del Rey Católico fue el contrario del buscado. El "partido papista", único depositario de la información más confidencial, volvió a defender con éxito las posiciones conciliadoras ante un Felipe II todavía preso de los condicionantes externos a la hora de dictar su política. Así, don Juan se quejaba de no recibir noticias de sus apoyos en la Corte¹⁹⁶, pero cuando pocos días más tarde le llegaba correo del Marqués de los Vélez, Antonio Pérez y Juan de Escobedo, se

¹⁹³ Véanse sus cartas al rey de 21 de junio (recibidas en la Corte a 18 de julio), 22, 23 y 24 de junio (recibidas a 28 de julio), en AGS. E, leg. 572, nums. 92 a 96.

¹⁹⁴ En carta de 24 de junio, don Juan anunciaba a su hermano esta gestión (AGS. E, leg. 572, n° 95). La contestación negativa del Marqués de Ayamonte, fechada a 14 de julio (AGS. E, leg. 574, n° 138), mereció una dura respuesta del gobernador de Flandes (*ibidem*, n° 139).

¹⁹⁵ La intención de ocupar Namur, con la excusa de ir a cumplimentar a la reina de Navarra (la reina Margot), y el envío de Escobedo están contenidas en la carta de don Juan de 9 de julio (recibida a 30 del mismo); 4 días más tarde reiteraba su propósito, a pesar de que se dudaba de la presencia de la citada reina, y por fin los días 28 y 30 (recibidas a 20 de agosto) confirmaba la consumación del proyecto y pedía la inmediata reanudación de las hostilidades en Flandes (AGS. E, leg. 572, n° 91 y leg. 574, nums. 15 a 19 y 137).

¹⁹⁶ En carta a Antonio Pérez y Escobedo de 25 de agosto, don Juan lamentaba amargamente la falta de noticias de sus amigos (AGS. E, leg. 572, n° 124).

encontró con que "...me declaran que su real voluntad es que esto se entretenga sin llegar a rotura con los Estados"¹⁹⁷. Sintiéndose abandonado a su suerte, el vencedor de Lepanto decidió dejar Namur y concluir sus conversaciones con los representantes de los Estados, que aprestaban refuerzos militares para neutralizarle¹⁹⁸. El 21 de septiembre de 1577 firmaba un acuerdo con los Estados Generales, que suponía un eclipse total de la autoridad de la Monarquía en Flandes¹⁹⁹

Sin embargo, en la Corte había tenido lugar un giro espectacular. En tan solo cuatro días -entre el 28 y el 31 de agosto- Felipe II pasaba de prohibir taxativamente el regreso de los Tercios a Flandes a firmar la orden para su partida²⁰⁰. ¿Cuál fue la causa de este cambio de actitud? Sabemos que en este breve lapso de tiempo, a pesar de la explicación que daría Felipe II a su hermano, no llegaron nuevas cartas de don Juan con datos cuya gravedad pudiera haber provocado la decisión, aunque es posible que se recibieran algunos avisos traídos por comerciantes²⁰¹. También que ésta se tomó en secreto, sin contar con el

¹⁹⁷ Don Juan a Felipe II, 28 de agosto (recibida a 14 de septiembre), AGS. E, leg. 573, n° 157.

¹⁹⁸ Véase la carta que escribió al monarca el 5 de septiembre (recibida a 3 de octubre), donde realiza un recorrido sobre los acontecimientos de las últimas semanas y relata en clave dramática el efecto de la postura de la Corte sobre sus consejeros (AGS. E, leg. 574, n° 111).

¹⁹⁹ Por este acuerdo don Juan debía repatriar sus tropas y entregar el control de las ciudades que le eran fieles, así como retirarse a Luxemburgo y solicitar su salida de Flandes. En AGS. E, leg. 573, n° 179 se halla la lacónica misiva de don Juan a los Estados Generales, aceptando el acuerdo, y en leg. 574, n° 131 una relación de todos los documentos que, sobre este tema, envió a Felipe II el 27 de septiembre.

²⁰⁰ El 27 de agosto de 1577 en un largo documento titulado "Lo que su Mag. ha resuelto en las cosas de Flandes", tras comprender los movimientos de su hermano todavía ordenaba de forma taxativa "...que se excuse de venir a la rotura y guerra abierta contra ellos y de volver a meter en aquellos Payeses la gente extranjera, por la prueba grande que se tiene de lo poco que ha aprovechado todo lo pasado..."; además, alegaba que costaría demasiado dinero y que existían evidentes peligros de intervenciones extrañas, por todo lo cual don Juan de Austria debía estudiar la fórmula de reasumir pacíficamente su cargo de gobernador, tocando a continuación el tema de Inglaterra (AGS. E, leg. 571, n° 53). Este papel fue enviado en forma de carta a Juan de Austria (*ibidem*, n° 56), y el día 28 Felipe II despachó correo a Milán para prohibir una vez más el regreso de las tropas; pero 3 días más tarde, el 31 de agosto, anulaba esta orden y firmaba la autorización para la vuelta de los Tercios a Flandes (a este respecto, véase G. PARKER, España y la rebelión..., p. 291, nota 16).

²⁰¹ Don Juan fue avisado del cambio de su suerte muy tardíamente, por cartas de 11 de septiembre (AGS. E, leg. 571, nums. 87 y 88), lo que hizo que el gobernador tuviera las primeras noticias del Marqués de Ayamonte, como apuntaba en misiva de 3 de octubre (AGS. E, leg. 572, n° 110). En la carta de 11 de septiembre, el Rey Prudente argumentaba que "estando hecho el despacho que va con esta llegó aviso de mercaderes de lo de Anvers y de lo demás sucedido después de vuestra yda a Namur, y tras aquello vuestras cartas de 2, 3, 4 y 17 del pasado con aviso mas particular de todo ello, que

Consejo de Estado, cuyo papel en Madrid se redujo a refrendarla (con diferentes grados de entusiasmo) en la primera ocasión que se le presentó, unos días después²⁰², pues los mentideros cortesanos habían difundido de forma casi instantánea el contenido del correo despachado a Milán²⁰³.

La lógica del contexto nos señala que los únicos personajes que debieron estar al tanto del proceso de maduración de esta decisión fueron el Marqués de los Vélez, Antonio Pérez y, quizá, Gaspar de Quiroga (éste desde Madrid) precisamente aquellos que postulaban las ideas contrarias, y que se hallaban con el monarca en El Escorial. Pero no pudieron luchar contra la conjunción de elementos que se presentaron ante Felipe II los últimos días de agosto: lo avanzado de la estación sin que se hubiera producido la aparición de la amenaza turca confirmaba el acuerdo alcanzado con la Sublime Puerta, lo que permitía operar con las fuerzas de Italia; al mismo tiempo, atracaba en Sevilla la flota americana con un sustancioso tesoro para la Corona y Felipe II alcanzaba el Medio General con los banqueros y el Encabezamiento General con el

me han dado harta pena y cuydado ver que las cosas se ayan alterado tanto del camino que llevaban y el aprieto en que quedava vuestra persona; y luego entendiendo esto, aunque como vereis por el despacho que estava hecho había mandado que la gente española no bolbiese a los estados, me resolví luego de embiar orden al Marqués de Ayamonte que hiciese encaminar a los estados toda la infantería española..."; es decir, en cuanto al curso de los acontecimientos en Flandes la única razón que pudo influir en la decisión del rey fue el conocimiento de la pérdida de Amberes, por avisos de mercaderes (si estos llegaron antes del 31 de agosto), pues las cartas de don Juan de la primera quincena de agosto, esgrimidas asimismo por el monarca, sabemos que no se recibieron en la Corte hasta el 3 de septiembre (AGS. E, leg. 574, nums. 115 a 120).

²⁰² Que fue cuando, el 5 de septiembre, estudiaron las cartas de don Juan de principios de agosto (AGS. E, leg. 2843; existe una copia, si bien fechada 10 días más tarde, en AGS. E, leg. 571, n° 103). Los cinco consejeros consultados fueron el Duque de Alba, el Marqués de Aguilar, el presidente Covarrubias, Gaspar de Quiroga y el prior Antonio de Toledo. Al margen de esta consulta de Gabriel de Zayas, Felipe II comunicó oficialmente al Consejo la medida tomada días atrás, señalando además que "...pareciéndome que no podía dexar de ser esta muy buena prevención para lo que podía suceder, lo qual será bien que digais en Consejo porque mejor puedan sobre esto venir a los particulares de lo que convernía proveer en todo, y en esto se entienda luego mañana..."). En AGS. E, 2843 (copia en AGS. E, leg. 573, n° 15) se encuentran asimismo las Consultas del Consejo de 7 de septiembre (con la resolución del rey a día 9) y 11 del mismo mes, con las prevenciones concretas a realizar, tanto en el aspecto logístico como en el diplomático.

²⁰³ En la consulta del Consejo de Estado de 7 de septiembre, Gabriel de Zayas informaba al monarca de como "...ha más de seys días que se dize por toda la Corte la orden que V. Mag. ha embiado cerca de la yda de la gente de Italia al sr. Don Juan" (AGS. E, leg. 2843).

reino, lo que liberaba el crédito real²⁰⁴. Todo ello creaba las condiciones necesarias para que, en el margen de la consulta del avisado Consejo de Estado que recomendaba el uso de la fuerza, anotara Felipe II: "...es necesario atender muy de veras al remedio de aquello y con mucha determinación de que se atage tanto mal o los mysmos estados quando a lo ultimo fuese menester llegar a esto, y para poderlo hazer con mas determynación y justificación havrá sido conveniente ver también si se podía reducir aquella gente por el medio de la blandura porque no quedase esto por provar, y en teniendo aviso de lo que pasava mandé despachar al marqués de Ayamonte dos correos con orden que haga luego encamynar a Flandes toda la infantería española y la caballería que bino de allí..."²⁰⁵.

La decisión de Felipe II implicaba la ruptura de hostilidades en Flandes tras casi dos años de obligada búsqueda de la paz. De este modo los partidarios de la pacificación, que integraban el "partido papista", se veían en apariencia desbordados por los hechos. Pero la inmediata evolución del escenario europeo permitió matizar la magnitud de las medidas adoptadas con la virtud añadida de suscitar cierto consenso entre las facciones por lo que toca al planteamiento general, si bien las diferencias habrían de surgir con la puesta en práctica, en especial respecto a las labores de mediación²⁰⁶. De este modo, cuando al cabo de tres meses las tropas se pusieron de nuevo bajo el mando de don Juan, en la Corte se había alcanzado una conclusión que, una vez más, aparece formalizada en la respuesta del rey a una consulta

²⁰⁴ Véase el trabajo de C. J. CARLOS MORALES, "Política y finanzas...", pp. 160 y ss.

²⁰⁵ Véase supra nota 202.

²⁰⁶ Así, el Duque de Alba atemperó considerablemente las posiciones que mantuviera en septiembre (véase supra nota 202) cuando pedía sangre y fuego para reducir a los rebeldes; ahora defendía un término medio, esto es, entre la blandura y la dureza ("...que según esto su Mag. debe proceder en esta guerra no con ánimo de castigo ni venganza, sino con intención de la reducción de los estados, el que está dicho. Si pudiese ser, con la sombra de las armas, y quando esto no se pudiesse, no usar dellas mas que hasta en aquella parte que bastase para hacerles venir a la razón") contentándose con la vuelta a los tiempos del Emperador, asegurada la Fe católica y la obediencia real (parecer de 29 de noviembre, AGS. E, leg. 575, n° 4; copia en leg. 2843). Más duro era Quiroga aun cuando coincidía en lo fundamental, pero recelaba considerablemente del Emperador; el Marqués de Aguilar prefería como mediador al Papa, en lugar de Rodolfo II (AGS. E, leg. 2843); por su parte, el Marqués de Almazán, más previsora, aportaba dos pareceres diferentes según quisiera el rey dureza o blandura y en todo caso aceptaba la mediación del Imperio (AGS. E, leg. 575, nums. 3 y 9); por último, el Marqués de los Vélez marcó la pauta a seguir, como veremos.

del Consejo de Estado de 29 de noviembre, en la cual el alto organismo discurría sobre los términos en que habría de actuar don Juan de Austria: Felipe II ordenaba escribir a su hermano que debía hacer la guerra, pero "...no ser la yntencion de su Mag. en ella la venganza, ni ruyna de aquellos Estados, sino la reduction dellos y que las cosas se buelvan al estado en que estavan en tiempos del Emperador..."; además se debía persistir en la negociación con los Estados -enviando para ello un nuevo representante del rey, Selles- y, como solicitaba insistentemente don Juan, hacer oficios con el Papa, el rey de Francia y especialmente con el Emperador²⁰⁷.

No era baladí la preocupación de Felipe II y sus ministros por la actitud de las potencias europeas. Para empezar, en el mismo mes de septiembre Francia había concluido un período de convulsiones internas con la firma del tratado de Bergerac. En este sentido, la inestabilidad provocada por los movimientos que el Duque de Alencon (futuro Duque de Anjou) inició poco después de la coronación de Enrique III (1574), habían procurado una cierta confianza en la Corte hispana sobre las posibilidades reales que tenía el Rey Cristianísimo de intervenir en los dominios del Rey Católico²⁰⁸. Pero, con el reino galo pacificado, era preciso tener muy en cuenta la hostilidad demostrada por ciertos sectores de la Corte francesa²⁰⁹, con el peligro añadido de no

²⁰⁷ AGS. E, leg. 2843, 29 de noviembre de 1577; la respuesta de Felipe II, a 3 de diciembre,

²⁰⁸ El Duque de Alencon había escapado de la Corte en septiembre de 1575, provocando gran inestabilidad en el reino al unirse a los protestantes. Enrique III y Catalina de Medicis accedieron finalmente a sus demandas mediante el Edicto de Pacificación (mayo de 1576), que a su vez levantó la guerra entre los católicos. No es extraño, por tanto, que el 9 de junio Antonio Pérez comentara al rey, a propósito del licenciamiento de unos alemanes que servían en Italia, asunto tratado en Consejo de Estado, "...y pareció que no viniendo la armada del Turco, ni moviéndose cosa ninguna por los franceses, no pueden ser menester para ninguna cosa...", a lo que respondió Felipe II, "...y no creo que habrá porque detenerse por lo de Francia (...) y si algo a de aver no ha de ser sino entrar los herejes que salen de Francia en Flandes y aun esto espero que no ha de ser, pero de Italia no temo nada de Francia, mas todavía se puede prevenir esto" (BL. Add. 28.262, fol. 161). Sobre los movimientos del Duque de Alencon, nos remitimos al estudio de M. P. HOLT, The Duke of Anjou and the politique struggle during the wars of religion, Cambridge 1986, caps. 3 y 4.

²⁰⁹ En carta de 6 de octubre de 1577 (recibida a 29), don Juan de Austria escribía a su hermano "...El Rey de Francia ha hecho la paz con sus rebeldes, y se ha entendido que tiene fin de acudir aquí..." (AGS. E, leg. 573, n° 20). El agente Diego Maldonado escribía a Pérez por estas mismas fechas transmitiendo la buena voluntad del Rey Cristianísimo, pero que quizá se viera obligado a romper guerra para no perder autoridad (AGS. E, leg. 573, nums. 67 a 72, 78 a 81). Para estos movimientos, véase De Lamar JENSEN, Diplomacy and dogmatism. Bernardino de Mendoza and the french Catholic League, Harvard 1964, pp. 30-41.

disponer coyunturalmente de embajador en París²¹⁰. En este punto, se tomó en consideración el razonamiento del Duque de Alba: Enrique III y Catalina de Medicis deseaban la guerra y para ello fomentaban las intenciones que tenía el Duque de Alençon de apoyar a los rebeldes flamencos, pero solo actuarían a solicitud de los Estados; y estos acudirían a tal vía en caso de que la actitud del Rey Católico fuera tan intransigente que no les dejara otra salida. La conclusión era obvia: había que evitar maximalismos en la política flamenca. Además, no merecía la pena hacer grandes preparativos militares para prevenir la agresión francesa, pues la carencia de medios los convertirían en un fiasco y los galos se percatarían de ello²¹¹.

Por su parte, don Juan hizo sus propios oficios en tierras francas, en especial a través del católico Duque de Guisa, quien le ayudó a reclutar tropas²¹². En un principio el apoyo del noble francés, hermano del cardenal de Lorena, no fue mal visto en la Corte del Rey Católico, incluso cuando en el mes de abril propuso la realización de la empresa de Inglaterra en una operación conjunta hispano-francesa²¹³. Sin embargo, Antonio Pérez habría de utilizar esta relación para atacar a don Juan, en base a una supuesta Liga secreta entre ambos para satisfacer sus ambiciones personales. Sea como fuere, tras unos meses de incertidumbre el peligro galo quedó momentáneamente difuminado y Enrique III incluso llegó a insinuar su posible papel mediador en

²¹⁰ A este respecto, véase el largo parecer que Francés de Alava, antiguo embajador en aquel reino, emitió el 20 de septiembre a requerimiento del rey, sobre la persona que podría sustituir a Diego de Zúñiga, que se hallaba en Madrid en esos momentos y se temía renunciase a volver (AGS. E, leg. 159, carpeta 50, n° 233).

²¹¹ Memorial del Duque de Alba, opinando sobre cartas de don Juan leídas en Consejo de Estado a 6 de octubre (AGS. E, leg. 575, n° 1).

²¹² Sobre la relación de don Juan con el Duque de Guisa, véase P. O. de TÖRNE, "Philippe II et Henri de Guise, le debut de leurs relations (1578)", Revue historique, 167 (1931), pp. 323-324 y De Lamar JENSEN, op. cit. pp. 48-52.

²¹³ La actividad en este sentido del Duque de Guisa está documentada (véase nota anterior). Por las mismas fechas, el 29 de abril, Felipe II comunicaba a su hermano la propuesta del Embajador francés acerca de la necesidad de que los reyes de Francia y España se aliasen para luchar contra la herejía, incluida Isabel I (AGS. E, leg. 575, n° 100).

Flandes²¹⁴.

Tampoco del Imperio faltaron motivos de inquietud durante estos meses, a pesar de los lazos familiares que unían ambas Monarquías²¹⁵. Desde el comienzo del conflicto en Flandes la rama austriaca de los Habsburgo había intentado mediar activamente entre los contendientes debido a que las hostilidades, desarrolladas en sus fronteras, desestabilizaban política y económicamente la zona. Hubo luces y sombras en el proceso, como lo fue entre las primeras la intervención para la firma del Edicto Perpetuo²¹⁶, pero en alguna ocasión acudieron asimismo a la amenaza velada para presionar a Felipe II con el fin de que reconsiderase el curso del proceso²¹⁷. Es muy posible que haya que incluir en esta línea de actuación la presencia del Archiduque Matías, hermano del Emperador Rodolfo. El nombramiento de un gobernador para Flandes perteneciente a la familia del Emperador (cumpliendo así el requisito de la Sangre) había sido defendida sin éxito por el Duque de Alba desde tiempo atrás. Pero los Estados Generales actuaron por su cuenta: determinados elementos católicos opuestos a Orange habían ofrecido el cargo a Matías en el crítico final de 1576²¹⁸, y volvieron a insistir en agosto del año siguiente, al considerar motivo suficiente para recusar a don Juan su encierro en Namur.

²¹⁴ En enero de 1578 Enrique III envió a la Corte española a un secretario, para inquirir de Felipe II cual habría de ser la postura de la Corte francesa en caso de que los Estados le pidiesen mediar en el conflicto (AGS. E, leg. 569, nº 16, carta del monarca a don Juan de 14 de enero informando del tema).

²¹⁵ Sobre la relación entre Felipe II y el Imperio, se ha publicado la correspondencia con sus embajadores en Alemania, entre 1556 y 1576, en CODON, vols. 98, 101, 103, 110, 111 y 112; además, la correspondencia inversa, entre el Emperador y sus representantes en Madrid, ha sido estudiada por S. HERRNLEBEN, "Zur korrespondenz kaiser Maximilians II. Mit seinen gesandten in Spanien (1564-1576)", Wiener Beiträge zur Geschichte der Neuzeit (1992) 19, pp. 95-108.

²¹⁶ En AGS. E, leg. 570, nº 3 se halla la "Relación de la negociación que los Comisarios del Emperador hicieron en Flandes desde los 18 de diciembre del año de 76 hasta los 15 del mes de enero siguiente".

²¹⁷ En junio de 1576 el Marqués de Almazán era advertido en Viena de que si no se arreglaban las cosas en Flandes (y se concedía el socorro solicitado para luchar contra el turco en los Balcanes), el Emperador, los electores y los príncipes del Imperio estudiarían la posibilidad de no dejar reclutar más hombres en sus Estados (AGS. E, leg. 675, nº 91; CODON, vol. 112, p. 387). El Marqués de los Vélez y el Conde de Chinchón estudiaron la situación, denegando el auxilio pero advirtiéndole que la negativa a sacar soldados supondría la pérdida de Flandes (BL. Add. 28.359, fol. 223).

²¹⁸ Véase la carta de don Juan de 16 de enero de 1577, "...y tienen llamado al Archiduque Mathias..." (AGS. E, leg. 574, nº 97). Para las andanzas de Matías, G. PARKER, España y la rebelión..., pp. 181-183.

En esta ocasión el joven Archiduque aceptó el puesto y aunque el Emperador se apresuró a avisar a don Juan de la huida de su hermano, el Vencedor de Lepanto no pudo dejar de expresar sus sospechas sobre la probable complicidad de Rodolfo II en la jugada²¹⁹. La opinión de Felipe II no distaba mucho de la de su hermano²²⁰, y era evidente que no podía aceptar la imposición de un gobernador. Pero, con todo, tuvo que templar los ánimos y desautorizar a don Juan²²¹. Como sugirió el Marqués de los Vélez, Felipe II ordenó escribir al Emperador que no dudaba del desconocimiento de Rodolfo II acerca de los movimientos de Matías, y que tendrían muy en cuenta la candidatura de los Archiduques Ernesto o Fernando para el puesto de gobernador; asimismo, se debía aceptar la mediación nuevamente ofertada por los parientes austriacos²²². En suma, el "partido papista" no deseaba romper con el Imperio e insistía en el uso de una vía diplomática que permitía además mostrar buena disposición ante los Estados²²³. De este modo, a lo largo de los meses siguientes el Marqués de los Vélez y Antonio Pérez se preocuparon en allanar el camino²²⁴, y las conversaciones comenzaron en Colonia a

²¹⁹ En carta de 18 de octubre avisaba don Juan de las gestiones que había hecho con el Emperador ante la nueva situación que se avecinaba, así como la llegada a última hora de un correo de Viena por el cual Rodolfo II le informaba de la huida de Matías (AGS. E, leg. 573, n° 6). Ampliaba la información dos días después, del tenor siguiente: "Y aunque las pláticas deste negocio eran de tan atrás como V. Mag. habrá entendido por mis cartas, todavía no puedo negar que no me haya escandalizado tan extraña resolución y no se que quiero hacer della porque por una parte parece que la obligación que el Emperador tiene a V. Mag. ni ser quien es, suffre que se crea que el motivo de su hermano aya sido con su voluntad, y sabiduría, por otra no dexa de causar sospecha ver que aviendo el sabido lo que los Estados tratavan con el Archiduque, y que el hombre que le ha sacado avia estado otra vez en aquella Corte con la misma intención que agora se ha declarado, no solo no les aya ydo a la mano, pero tampoco avisado dello a V. Mag." (AGS. E, leg. 572, n° 117).

²²⁰ El 19 de enero de 1578 escribía el rey: "Y porque yo creo que todos han de insistir en lo del govieno de Mathias, que no conviene, y quizá por esto fue su ida con consejo de todos, creo sería bien en lo que se escribe a Alemania y a de llevar Ramiro (...) que se bayan desde luego desviando esto y dándoles a entender las causas que ay para no hazerse..." (AGS. E, leg. 572, n° 1).

²²¹ Así, cuando el Embajador Imperial Kevenmuller expresó sus quejas ante Felipe II por la actitud de don Juan en el caso de Matías, el rey le contestó que "...no lo creya ni era posible que mi hermano dixese tal cosa, sino que el inglés lo devió de inventar..." (billete a Antonio Pérez, BL. Add. 28.262, fol. 650).

²²² El parecer del Marqués de los Vélez respecto a Flandes, fechado el 8 de noviembre de 1577, en AGS. E, leg. 575, n° 7.

²²³ Felipe II a Pérez?, 3 de diciembre de 1577 (AGS. E, leg. 2843). En abril se envió a Ramiro Núñez a hacer los oficios pertinentes con el Emperador y electores.

²²⁴ En la primavera, el Emperador solicitaba la "deliberación de las cosas en que no se pudieren concertar" los enviados. El Consejo de Estado, que consideraba al Emperador joven, inexperto y manejado por sus ministros -y por tanto poco de fiar-

partir de mayo de 1579 pero, con Alejandro Farnesio en acción y muy diferente situación en la Corte , a la postre tampoco obtuvieron ningún resultado²²⁵.

El cuadro del norte de Europa se completaba con Inglaterra, cuya oscilante actitud hacia el problema de Flandes ya comentamos páginas atrás. La reanudación de las hostilidades apartó de nuevo las aspiraciones de don Juan de Austria quien, muy a su pesar, comprendía la situación y dentro de las medidas diplomáticas que juzgaba indispensables llegó a recomendar el envío de un embajador a Londres²²⁶, acción que él mismo puso en práctica para acercar posiciones²²⁷. Isabel I estaba en similar disposición y en enero de 1578 se presentaba ante Felipe II un nuevo emisario inglés, Thomas Wilks, con la misión de solicitar el intercambio de embajadores, asegurar la libertad de comercio y, en supremo gesto de buena voluntad, ofrecerse como mediadora con los rebeldes²²⁸. Sostenía la reina que las acusaciones de apoyo a los

recomendó, debido a la necesidad provocada por la penuria financiera, acceder a sus deseos (AGS. E, leg. 2844, nums. 14 y 20). El rey aceptó finalmente el medio del Emperador; "Vistos todos estos papeles y pareceres que me haveys enviado, y entendido acá con el Marqués de los Vélez sobre esta materia me parece que por las razones y consideraciones que aquí se dizen, no puede dexar de combenir admitir la plática que el Emperador propone del concierto, con las reservaciones y advertimentos necesarios, y que el medio de los electores eclesiásticos es el mejor y en que puede aver menos embaracos..." (billete a Zayas en AGS. E, leg. 571, n° 46; en *ibidem*, nums. 43 y 44 se hallan el parecer de Los Vélez y del Consejo de Estado). La elección de los emisarios también causó controversia pues, según Pérez, los Toledos defendían para ello a Pacheco (carta a don Juan de 22 de julio en AGS. E, leg. 575, n° 133). Elegido el Duque de Terranova, en agosto de 1578 Pérez se quejaba de las maniobras dilatorias para su despacho que en Consejo de Estado del Duque de Alba y Gabriel de Zayas (BL. Add. 28.262, fol. 634).

²²⁵ Véase parte de la documentación de esta reunión, incluyendo las instrucciones de los enviados de Felipe II (Juan de Borja y el Duque de Terranova) en AGS. E, leg. 2844.

²²⁶ Lo hizo en carta de 6 de diciembre (recibida a 21), donde leemos que "...si hubiese ally una persona de autoridad por V. Mag. con crédito y dinero, no solamente importaría mucho para que los rebeldes no fuesen ayudados, sino también para animar a los catholicos y mantenerlos propicios (...) que también me dice el dicho Paulo que la Reyna holgaría de embiar embaxador que residiese cerca de V. Mag. Bien me acuerdo que tratándose desto en Consejo de Estado se ponía dificultad en lo de ser herege, y advierto a V. Mag. que lo que aquí digo se ha de entender en caso que todavía quisiera disimular con la dicha Reyna, porque me parece de mucho inconveniente que las cosas de ally corran como hasta aquí" (AGS. E, leg. 574, n° 6).

²²⁷ En AGS. E, leg. 574, n° 33 se halla la "Copia de la instrucción que dio Don Juan a Mos. de Gate, gentilhombre de boca de su Mag. para yr a la reina de Inglaterra"; una versión francesa de este documento, fechado en Luxemburgo el 28 de octubre de 1577, lo publica KERVYN DE LETTENHOVE, op. cit, X, pp. 52-58.

²²⁸ La documentación de este episodio en AGS. E, leg. 831, nums. 32 a 43.

vasallos levantiscos eran una calumnia de sus enemigos, como demostraban las activas labores de mediación realizadas con los sublevados, además del hecho innegable de no haber aprovechado la situación para apoderarse de algún enclave estratégico. No es que Felipe II ni sus ministros creyeran a la reina inglesa, antes al contrario²²⁹, pero se imponía contemporizar a pesar de la insistencia papal en adoptar alguna medida (que se traduciría en una fallida expedición a Irlanda en 1579²³⁰). Así que los esfuerzos ingleses por normalizar la situación se vieron de momento coronados por el éxito. Se tomó la decisión, consultada por el Consejo de Estado, de levantar el embargo que existía contra bienes ingleses desde 1569²³¹, y en los primeros meses de 1578 se nombró a Bernardino de Mendoza como embajador en Londres²³². Con don Juan de Austria de nuevo en campaña y don Sebastián a punto de embarcar en su última expedición, en el mes de junio Felipe II consideraba necesario repetir las instrucciones a Mendoza -a pesar de su cumplimiento escrupuloso- respecto a la actitud que debía guardar ante la reina: "...procedereys con la Reyna y sus ministros con la blandura y buen término que hasta aquí lo haveys hecho, pues por todos respectos es este el camino que por agora se deve llevar"²³³.

En resumen, a finales de 1577 la delicada situación europea indujo a Felipe II, con cierto consenso faccional, a atemperar las medidas de fuerza que habría de emprender en Flandes, y en todo caso a complementarlas con una batería de acciones diplomáticas para intentar mantener bajo control sus posibles repercusiones en el continente²³⁴.

²²⁹ Revelador resulta el documento hológrafo de Felipe II, en el que comenta la primera audiencia de Wilks, en AGS. E, leg. 831, n° 34 (CODOIN, vol. 91, p. 178).

²³⁰ Sobre esta expedición, véase J. MARTIN, "La preparation de l'armada. Gregoire XIII et l'Irlande", Revue d'histoire diplomatique (23), 1909. pp. 161-182.

²³¹ A este respecto, AGS. GM. leg. 80, nums. 203 a 205, 207 y 208.

²³² Véanse los borradores de las instrucciones que recibió en AGS. E, leg. 831, nums. 50 y 59 (enero 1578), y un memorial sobre el estado de los asuntos de Flandes que al nuevo embajador envió don Juan de Austria (14 de marzo) en ibidem, n° 24.

²³³ Minuta de carta de Felipe II a Bernardino de Mendoza, 13 de junio de 1578, en AGS. E, leg. 831, n° 189. Sobre la actividad de don Bernardino en Londres, De Lamar JENSEN, op. cit. caps. 1° y 2°.

²³⁴ En AGS. E, leg. 575, n° 70 se halla una "Relación de los officios que su Mag. ha hecho con el Emperador, Príncipes de Alemania y con el Rey de Francia".

Para llevar a efecto su política con los estados Generales, el Rey Católico se basó en una carta que éstos le enviaron el 8 de septiembre, por la cual le aseguraban el respeto a la fe católica y la obediencia real siempre y cuando volviera el gobierno de los tiempos del Emperador. Este documento le sirvió para negar la validez tanto del Edicto Perpetuo como del acuerdo alcanzado por don Juan el 21 de septiembre y, a sugerencia del Marqués de los Vélez y con el fin de aceptar formalmente sus términos y aclarar el objetivo de los preparativos militares, envió a Flandes durante los últimos días del año a Mos. de Selles²³⁵.

Con todo, era ya demasiado tarde para evitar el enfrentamiento bélico. El 10 de diciembre los Estados declararon a don Juan enemigo de la patria, y el 20 del mes siguiente juraron a Matías como nuevo gobernador, quedando el Príncipe de Orange como hombre fuerte del gobierno. No resulta extraño que este hecho originara una fuerte reacción en el Consejo de Estado. Reunido el 3 de febrero, consultó al rey tras grandes alabanzas a don Juan de Austria el inmediato aplastamiento por la fuerza de tamaña sublevación a la autoridad legítima del monarca; además, en el Consejo se sentaban dos recientes embajadores en Alemania, los Marqueses de Los Vélez y Almazán²³⁶, y éste

²³⁵ La comisión para Selles se cerró el 20 de diciembre (AGS. E, leg. 573, n° 10; copia de la instrucción en *ibidem*, n° 12 y papeles sobre su misión en AGS. E, leg. 2843) y en ella leemos: "Y que juntamente les declare que el fin con que havemos mandado tornar las armas es para con ellas y la asistencia de nuestros buenos vassallos y estados (que aunque oprimidos y engañados entendemos que los buenos son la mayor parte de los Estados) reduzir lo demás a la obediencia de Dios y nuestra como en tiempo del Emperador". Don Juan fue informado por carta de 18 de diciembre (AGS. E, leg. 575, n° 44). La reacción de los servidores reales ante esta maniobra puede seguirse en la carta que el enviado de don Juan en París, Vaux, despachó el 22 de enero a su amo, tras haber pasado Selles por la capital francesa camino de Flandes: "...de manera que a los rebeldes se ha de hacer merced de los officios de los fieles (...). Dice el Arzobispo de Toledo que si ellos aceptan lo que su Mag. les ofrece, que infide sacerdotis su Mag. a de hacer mercedes a muchos de ellos; me espanto como no dixo también que a nosotros nos havían de ahorcar" (AGS. E, leg. 574, n° 24).

²³⁶ La carrera de Francisco Hurtado de Mendoza, IV Conde de Monteagudo y desde comienzos de 1576 I Marqués de Almazán (AGS. E, leg. 569, n° 74), puede seguirse en una carta que él mismo escribió el 26 de noviembre de 1588 (AZ. Carpeta 148, n° 91). Comenzó a servir en 1566, con diez meses en el concilio de Salamanca y dos años y medio en Sevilla, tras lo cual fue nombrado embajador en Alemania, oficio que ocupó durante 7 años. En 1577 regresó y "Tuvome su Mag. en esta Corte en sus consejos de Estado y Guerra desde que vine de Alemania dos años menos dos meses, sin salario, entretenimiento ni ayuda de costa..."; durante este lapso de tiempo se entendió estrechamente con Antonio Pérez, y la caída del secretario significó asimismo su alejamiento de la Corte. En enero de 1579 fue escogido como Capitán General de Guipúzcoa (AGS. GM, leg. 89, n° 1; el título en AGS. GM. LR. 34, II, fol. 91), cuando estaba viva la polémica entre la separación de este puesto y el virreinato de Navarra, cargo que finalmente ocuparía a finales de año (sobre su marcha, que procuró dilatar en lo posible, véanse los billetes de Juan Delgado al rey de mayo de 1579 en AGS. GM, leg. 89, nums. 73 y 74 y BL. Add. 28.353 fols. 119 y 120). Volvió a la corte en 1588, reincorporándose a los Consejos de Estado y Guerra además de obtener la presidencia del Consejo de Ordenes, ejerciendo

último incluso insinuó posibles veleidades heréticas de Matías²³⁷.

Don Juan coincidía, sin conocerla, con la opinión del Consejo. El auténtico representante del rey (acompañado ahora por un antiguo compañero de juegos y armas, vinculado en esos momentos al "partido papista", Alejandro Farnesio, Príncipe de Parma²³⁸), se puso en campaña y el 31 de enero de 1578 batió a los rebeldes en Glemboux. Pero si esperaba que la victoria le proporcionara apoyo decidido de su hermano para explotarla, debió quedar defraudado. El parecer de los consejeros no pasó de un arrebatado dictado por las circunstancias del momento, y la formulación de la política en Flandes siguió en manos del "partido papista", cuyas actitudes contemporizadoras se veían favorecidas por la crónica escasez de numerario y que además no tardaría

tales puestos hasta su muerte, el 18 de diciembre de 1591.

²³⁷ El Consejo se reunió agrupando a Gaspar de Quiroga y los Marqueses de Aguilar y Almazán (la relación de Zayas en AGS. E, leg. 570, nº 2); el Duque de Alba y el Prior Antonio de Toledo dieron su parecer aparte (*ibidem*, nº 1) y, aunque eran asimismo de opinión que resultaba impensable la permanencia de Matías, el duque no dejó pasar la ocasión sin advertir que, si se le hubiera hecho caso cuando el recomendó el nombramiento de Fernando para el cargo, las circunstancias serían muy diferentes. Esta sesión del Consejo fue referida el mismo día por Antonio Pérez al rey, en lo que constituye un depurado ejemplo de la forma de actuar del secretario, aprovechando su canal de comunicación con el monarca para deslizar sus propias ideas y atacar a sus enemigos (BL. Add. 28.262, fol. 290): tras describir la conclusión de los consejeros, apostillaba que habían adoptado la actitud correcta "...porque como V. Mg. decía estotra noche, será a propósito mostrarse fuerte en aquello porque tengan por mejor a Ferdinando o a otro", añadiendo que sería conveniente anunciar que el rey estaría dispuesto a sustituir a don Juan y darles otro gobernador de la Sangre, "...porque yo bien creo que si se desengañan de que el sr. Don Juan no ha de quedar no apretaran tanto en lo de Mathias"; a continuación se ocupaba del Duque de Alba, objetivo de sus venablos por la advertencia que hiciera en Consejo "...y aquí fue, y en lo de Mathias, donde él cargó la mano en lo de las dilaciones, y que por las que avía avido en estas cosas estava todo en tal estado, y llegó a decir que él veyá que no era menester sino que uno quisiese tomar un Estado, que no hallaría resistencia ni defensa. Y diciendo el Duque a Cayas que desto no tenía que escribir nada, dixo Quiroga que como no, que aquello era lo más importante y lo que avía de escrevir con letras de oro", a lo que respondió el rey, sin disimular su enojo "En falta se hallará el Duque quando vea lo que se ha hecho en lo de Mathias, que ha sido lo que se podía, y lo mismo que él decía anoche y que no se ha remediado con aquello...". Por otro lado, la afirmación de Almazán respecto de las tendencias religiosas del Emperador le debió llegar al embajador imperial, quien expresó su queja formal ante Felipe II, a lo que contestó el monarca: "...a lo del de Almacan, que siempre le había visto hablar muy bien del Emperador, como es la verdad" (billete a Antonio Pérez, en BL. Add. 28.262, fol. 650).

²³⁸ Sobre Farnesio, véase la excelente obra de Leon van der ESSEN, Alexandre Farnese, prince de Parme, Gouverneur general des Pays-Bas, Bruxelles 1933-37, 5 vols. Además, parte de su correspondencia durante estos años ha sido publicada por L. P. GACHARD, Correspondance d'Alexandre Farnèse, prince de Parme, gouverneur général des pays-Bas, avec Philippe II, dans les années 1578, 1579, 1580 et 1581; Bruxelles 1853. Acerca de la vinculación de su carrera a las rivalidades en la Corte del Rey Católico, J. MARTINEZ MILLAN, "Alessandro Farnese, la Corte di Madrid e la Monarchia Cattolica", ponencia mecanografiada presentada a I Farneses: Corti, Guerra e Nobilita in antico Regime (Piacenza, noviembre 1994).

en verse reforzado con la presencia del Duque de Sessa²³⁹: como quiera que la actitud de los Estados imposibilitaba la paz, había que hacer la guerra de la forma menos gravosa posible para la Corona, con lo que se evitaba asimismo la acumulación de poder en manos de un príncipe poco fiable²⁴⁰. El resultado fueron las instrucciones para mantener un conflicto de baja intensidad, con un ejército muy menguado, evitando sitios prolongados o grandes batallas. Ni siquiera la entrada del Duque de Anjou desde Francia, recibido en Mons en el mes de julio²⁴¹, procuró una respuesta visible desde la Corte hispana²⁴² -que no tardaría en verse inmersa en la crisis portuguesa-, aun cuando este hecho provocara a su vez una mayor ingerencia de Isabel I, temerosa de la presencia francesa.

Disconforme con esta línea de actuación, don Juan protestó vehementemente ante su hermano para que definiera su postura en uno u otro sentido²⁴³, paz o guerra, gestiones que incluyeron el viaje a Madrid en Semana Santa de un representante del gobernador²⁴⁴. Pero el bastardo

²³⁹ En carta a don Juan de 22 de julio 1578, Pérez le comunicaba que "el Duque de Sessa llegó aquí un día destos pasados. Va de ordinario a los Consejos en silla, y aunque los Toledos le hacen grandes caricias por ganarle, está muy firme en la amistad de Vélez, de que yo no me huelgo poco y de ver entre ellos tanta amistad y conformidad porque son entrambos muy amigos de V. Al." (AGS. E, leg. 575, n° 133).

²⁴⁰ Política que esbozaba Felipe II en su carta de felicitación a don Juan por la victoria de Glembox, el 8 de marzo: la escasez de recursos obligaba a hacer economías y, aunque sería deseable acabar con el problema de un solo golpe, las consecuencias funestas de un posible fracaso desaconsejaban esta opción (AGS. E, leg. 575, n° 48). Los mismos argumentos en carta de 6 de marzo (respuesta a las suyas de 18 y 20 de febrero; AGS. E, leg. 575, n° 51).

²⁴¹ Alençon, que recibió el título de Duque de Anjou, entró en Mons el 10 de julio, llamado por los Estados para apoyarle en su lucha contra don Juan; véase M. P. HOLT, The Duke of Anjou..., caps. 5 y 6.

²⁴² En AGS. E, leg. 575, n° 191 se halla la consulta del Consejo de Estado de 6 de octubre de 1578, tras haber estudiado las cartas de don Juan hasta el 20 de septiembre. Quiroga, Alba, el prior y Almazán recomendaran realizar apercebimientos, sin romper con los franceses. El 10 de octubre Felipe II escribía a su hermano que no merecía la pena tomar medidas adicionales contra los franceses, porque el estado de la hacienda no lo permitía, además de la proximidad del invierno que impediría nuevas campañas (AGS. E, leg. 575, n° 192).

²⁴³ Véanse sus cartas al rey de 25 de febrero, 14 y 16 de marzo (AGS. E, leg. 573, nums. 124 a 131).

²⁴⁴ Gaspar de Robles, Barón de Villy, partió de Flandes en el mes de marzo para transmitir a la Corte la ineficacia de la política seguida por el rey, dado que los Estados aparecían claramente subyugados por Orange. Tras pasar la Semana Santa en Madrid, donde asistió a reuniones del Consejo de Estado para discutir sobre su misión fue convocado a El Escorial, para entrevistarse con Felipe II. No tuvo éxito. En las instrucciones que finalmente recibió en la Corte, en mayo, para regresar al Norte, leemos: "También direis a mi hermano que lo que en este negocio importa es durar en ello, porque viendo los Estados que la manera de la guerra que se emprende en ellos es

real tenía la batalla perdida en la Corte. Antonio Pérez controlaba un aspecto básico, la relación de don Juan con su hermano, para lo cual no dudó en combinar las señales de amistad al primero con el doble juego y las más bajas intrigas, como la manipulación de documentación sensible²⁴⁵ o, incluso, el asesinato. Muestra elocuente de la situación fue la carta enviada por Pérez para felicitar al gobernador de Flandes por su éxito en Glembox, que tuvo que ser utilizada con el mismo propósito por el hombre de confianza de don Juan, Escobedo, cuya aparente enfermedad se debía en realidad a los efectos del tercer envenenamiento que sufriera a manos del secretario de Estado con el consentimiento de Felipe II²⁴⁶.

La muerte de Escobedo, ocurrida el 31 de marzo, ha hecho correr ríos de tinta sobre las motivaciones últimas que tuvieron Felipe II y Antonio Pérez para eliminarle²⁴⁷. En todo caso, certificó el aislamiento en la Corte de don Juan de Austria pero también el grado de influencia que Antonio Pérez había alcanzado en el ánimo del rey, que con el mismo suceso inició su ocaso. Las consecuencias en Flandes fueron pronto visibles. En el verano don Juan estaba ya al límite de sus fuerzas, como testimonió en la Corte Alonso de Sotomayor, quien logró una cierta respuesta de Felipe II que llevó aparejada la consiguiente reacción de Antonio Pérez²⁴⁸. Pero era demasiado tarde. Uno de los

tal que se pueda mantener, y durar en ella mucho tiempo, se desanimaran. Y el pueblo que ha sido tan engañado irá cayendo viendo la larga guerra que se le apareja" (AGS. E, leg. 575, n° 64; más información sobre esta jornada en *ibidem*, nums. 108 y 133; leg. 573, n° 123).

²⁴⁵ Los manejos de Antonio Pérez con las cartas de don Juan, Felipe II y Escobedo son comentadas por diversos autores; véase una buena exposición en G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 285-286.

²⁴⁶ Carta de 25 de febrero de 1578, donde leemos que "...por averse sentido Escobedo oy indispuesto, aunque hemos comido juntos y estar en la cama, me ha rogado que yo scriva...". (AGS. E, leg. 575, n° 47). Sobre los intentos de envenenamiento, G. MARAÑÓN, op. cit. I, p. 413.

²⁴⁷ Véase, entre otros, VALENTE, A., "Un dramma politico alla Corte di Filippo II", *Nuova rivista Storica*, (1924) fasc. III, pp. 264-303; y fasc. IV-V, pp. 416-442.

²⁴⁸ El 12 de agosto Alonso de Sotomayor, enviado de don Juan, fue recibido por Felipe II en El Escorial, como señalaba de su propia mano a Antonio Pérez: "Acabo agora de ver a Don Alonso de Sotomayor desde las X a las XI, que me ha hecho relación de lo de allá, y bien apretada por cierto, y con su mesura parece que lo aprieta aun más. Y los remedios que da son bien dificultosos, plega a Dios no sean imposibles. En lo que agora dice que consiste lo de allí por lo de las vituallas es en acetarse y cumplirse este cambio de los ---, y encarecelo tanto que no se lo que me diga sobrello, sino que será bien que le pregunteis todo lo que ay en esto, y entendido bien lo trateis con Garnica muy en particular, y se myre entre vos y él lo que convendrá. Y según lo que

últimos actos de don Juan fue, contraviniendo todos los avisos de la Corte, plantear batalla contra los Estados en Rymenam, el 1 de septiembre, con resultados poco satisfactorios, tanto para sus tropas como para su estado de ánimo.

Para entonces don Juan todavía no tenía noticia oficial de los hechos trascendentales ocurridos el 4 de agosto en las llanuras de Alcazarquivir. Solo varios días después de conocer este suceso, autorizaba Felipe II el envío de información a su hermano, a través de carta despachada por Antonio Pérez el 19 de agosto -cuando se confirmaba en la Corte hispana la muerte de don Sebastián- y en la cual el secretario añadía en posdata preparada al efecto la noticia del evento capital que abría la carrera por la sucesión en el trono luso²⁴⁹. Pero

dice y encarece, si es posible cumplirse. Creo que será fuerza hazerlo y plega a Dios que sea a tiempo, según encarece Don Alonso el trabajo, y por cierto que lo dice de manera que parece que no es --- . Y así quedo con harta pena y cuydado dello. Antes de hablarme me mostró esas dos cartas y también la de mi hermano. Es apretada. Espero en Dios que ha de ayudar su causa. Preguntome Don Alonso si trataría algo con los del Consejo y quienes y traya cartas y que no avía dado sino las dos que a vos os avía parecido. Yo le dixe que en llegando yo ay las podría dar a los demás y que para entonces le avisaría lo que sería bien les dixese" (BL. Add. 28.262, fol. 642). La reacción de Pérez, que se conserva en *ibidem*, fol. 632, tras mostrar su pesar por la situación de don Juan, insistía en la política a seguir: "1º, el estado en que quedava el señor don Juan; 2º, el cumplimiento deste ultimo asiento; 3º, y que se vea lo que ha de hazer el señor don Juan según el estado en que se hallan las cosas; 4º, y que es necesario tomar en aquello de Flandes expediente; 5º, y que el de la guerra, aunque aya mucho dinero, no puede serlo ni acabarse de conquistar por ella, y que según esto es el medio forzoso y mejor acomodarse con el tiempo y tomar lo que se pudiere, y muy conveniente valernos del medio del Emperador y de los medianeros que han de tratar del concierto y que de esto se de gran priesa; 6º, pero porque esto se haga con un poco de mas autoridad, se mantenga al señor don Juan con aquel exercito acosta de algun mas dinero, con la mayor reputacion que se pudiere, pero que todo sea a fin de concertarse. Y yo digo, señor, si no lo he dicho, que esto entiendo que es lo que conviene... ", a lo que respondía Felipe II, en la línea que ya hemos visto en otras ocasiones: "No ay duda sino que lo mejor sería el acomodarnos quedando salvo lo de la religión, pero aun esto tiene dificultades porque estando tan superiores no han de querer venir en cosa porque se pueda pasar y por esto no ay duda sino que convendría armarnos y apercivrnos y levantar gente y para esto saveis el dinero que es menester, y después quando bien sucediese todo el que sería menester para despedirlos, que creo que sería imposible, y es fuerza para en qualquier caso hazer este esfuerzo, tratad con Garnica...".

²⁴⁹ En la carta de Antonio Pérez a don Juan primero se informaba de la prisión de don Sebastián y luego, en posdata, se daba cuenta de la llegada del último correo con noticias de su muerte (AGS. E, leg. 575, nº 78). El contenido de esta misiva estuvo estrechamente controlado por el monarca: por un lado, la orden para escribir a don Juan la dio Felipe II el 16 de agosto como respuesta a la consulta de Antonio Pérez sobre la posibilidad de comunicar al gobernador de Flandes las noticias de Portugal, y el rey había aprovechado para transmitir a su hermano la conveniencia de no poner su persona en peligro como hiciera el malogrado soberano: "...lo que me parece es que vos escribais con el a mi hermano el suceso así sucintamente y diciendole que aun no se savia lo cierto del aunque por los últimos avisos se entendía que hera bivo y aconsejando lo que él debería de hazer que es no aventurar nada como el Rey lo ha hecho..." (BL. Add. 28.262, fol. 301v.); sin embargo, pocas horas antes de confirmarse la muerte del soberano luso, el Rey Prudente volvió a escribir a su secretario "...y porque he pensado después que afirmábades mucho en la carta a mi hermano ser bibo el rey, y podría ser que alguno escribiese lo contrario, y en fin se ha de saber después, me parece que no afirmeis tanto el ser bibo, sino que digais que hay algunos avisos dello y otros de lo

los acontecimientos subsiguientes, que marcarían la caída de aquellos a quienes había considerado sus aliados en la Corte, el "partido papista", iban a escapar ya a los ojos de don Juan, que fueron cerrados por última vez el 1 de octubre de 1578.

4.4. La desintegración del "partido papista"

Felipe II recibió el primer aviso de la derrota de Alcazarquivir, en El Escorial, el 12 de agosto de 1578. Con ello se inauguraba un período de crisis cuyo desenlace abría de tener repercusiones profundas en las dos décadas restantes del gobierno del Rey Prudente²⁵⁰. Pero además, la documentación nos permite conocer las reacciones iniciales que este acontecimiento fundamental suscitó tanto en el soberano como en sus principales ministros, proporcionándonos una imagen nítida de la estructura de poder existente en esos momentos, condicionada por las fuertes tensiones cortesanas, así como de las líneas maestras que habrían de guiar el futuro del gobierno de la Monarquía Católica.

La noticia daba por segura la muerte de don Sebastián y el monarca escribió de inmediato y con el máximo secreto un largo billete a Antonio Pérez, su persona de confianza en asuntos de Estado, que se hallaba en Madrid en esos momentos²⁵¹. En las líneas del rey, las

contrario, y que hasta ahora no se sabía cosa cierta. Y si estuviere ya escrita la carta, podreislo poner en posdata" (BL. Add. 28.262, fol. 638). La nuevas sobre don Sebastián terminaron por aclarar el contenido del añadido.

²⁵⁰ Para el tema de la incorporación de Portugal a la monarquía de Felipe II véase, entre la numerosa bibliografía existente, A. DANVILA Y BURGUERO, Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo, Madrid 1900, donde encontramos un relato pormenorizado de los hechos; y F. J. BOUZA ALVAREZ, Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico. 2 vols. Madrid 1987, tesis doctoral leída en la Universidad Complutense de Madrid, con un análisis más amplio, tanto en el tiempo como en lo referente a los diversos aspectos de la crisis sucesoria.

²⁵¹ El billete del monarca, que se halla en BL. Add. 28.262, fol. 643, (transcrito en parte, así como la subsiguiente respuesta de Pérez en H. de CASTRIES, Les sources inédites de l'histoire du Maroc. Première serie, Dynastie Saadiennes, Paris 1918, I, p. 304) comenzaba con noticias de Flandes traídas por Alonso de Sotomayor; después leemos: "Savé que he tenido un aviso secreto por la vía que os diré después de

protocolarias expresiones de pésame por la pérdida del sobrino apenas ocultaban el tremendo desasosiego producido por las posibilidades que se abrían con el suceso. Felipe II necesitaba trazar un plan de actuación y para ello era imprescindible contar con servidores que, a su vez, dispusieran de adecuadas relaciones en Portugal y conocieran la situación de aquel reino. La figura del noble luso Cristóbal de Moura, quien acompañara a la madre de don Sebastián, doña Juana, en su regreso a Castilla en 1554, salía de este modo a primer plano²⁵². El mismo día 12 por la tarde, por orden del rey, Antonio Pérez se encargó de localizarlo y comunicarle la nueva, ante la cual Moura realizó una primera valoración de las posibilidades que tenía Felipe II de ocupar el trono vacante. En la misiva donde relataba esta gestión, el secretario de Estado apuntaba con quien convendría comunicar el negocio

que avía sucedido lo que se temía del Rey de Portugal y que se avía perdido él y la gente y muerto él y la más della. Y si con algo se puede aguar esto es con que dicen que también murió Moluch, que si fuese verdad sería bueno. Agora combiene luego atender a lo que en esto conbenga y si ay no ha llegado la nueba vos no digais nada dello. Y lo primero que combendría sería que, en sabiéndose, viniese aquí don Christobal, que creo que es el que más luz podría dar, y quizá combendría que fuese él allá, como lo creo. Por esto me parece que le escribiesedes vos un villete(...) y le pidais que él llegue luego a veros, que es cosa de mi servicio lo que le quereis. Y benido si se save ay la nueva no sera menester decirselo, y si no se save decirle el aviso que yo he tenido conforme a lo que he dicho, y que lo calle hasta que venga el cierto, que este no es sino de un marinero, y lo que me ha pesado dello, que no es menester encarecerlo pues se ve la causa que ay para ello. Y que por la confianca que yo hago del y saver que lo puedo hazer se lo he querido comunicar luego. Y que si ay no ha llegado la nueva que me escriba luego lo que le parece se debe hazer de my parte en caso que fuese verdad. Y que os de la carta para que me la embieis con el desta noche. Y que en caso que hubiese ya venido ay la nueba cierta, que será lo mejor que se venga aquí a la mañana antes de comer para decirme su parecer y que aquí veamos lo que combendrá que se haga. Y por si conbinriere que baya, que dexe ay comencado a prevenir lo que para su camino fuere menester, con secreto y disimulación. Y que no de a entender aquí a nadie que biene llamado de my, sino que siendo entendido el caso (que por esto es bien que no benga hasta que aya llegado ay la nueva) ha venido aquí a darme quenta del, o otra causa que a él le parezca mejor, porque hasta que lo platiquemos y veamos lo que combendrá y se debería hazer, yo no querría descubrirme ni mostrarme parte en el negocio. Aquí yo no he dicho nada ni veo rumor dello. No se si lo saben y lo disimulan como yo. En fin, vos lo haced todo esto como se que lo sabreis hazer y me avisad también de lo que os pareciere en todo, y si será bien tratarlo con el marqués o con quien después, que agora creo que es mejor no lo entienda nadie hasta entender bien lo que ay en el negocio. Y porque podría ser que los agentes de Madama o de su marido quixiesen despachar a Italia o Flandes a hazerles saver el caso como teniéndolos por pretendores, o el Nuncio al Papa o otro si, no se si será bien entretenerlos, y esto no havería de ser ay sino en Caragoza o Barcelona y Fuenterrabía y Irún, y de manera que no se entendiere que sería diligencia mía. Myradlo o tratadlo de vuestro con don Christobal. Y pareciendo necesario lo de Fuenterrabía y Irún se podría hazer por vía de García de Arce como cosa suya, con secreto y disimulación para que no dexasen pasar por allí a nadie, pero de manera que no se escandalicen en Francia dello pensando que es rompimiento. Y lo de Caragóca o Barcelona myrad como se podría encaminar, si sería por vía de correo mayor, aunque más secreto querría, o como, que a my no se me ofrece agora sino que en ninguna manera se haga ruydo. Y según la necesidad que hubiere dello así mirad y hazed lo que en ello más convenga y en todo. Martes antes de comer."

-por supuesto, el Marqués de los Vélez y Gaspar de Quiroga-, al tiempo que ponía en guardia a Felipe II contra el Duque de Alba, cuyas posesiones fronterizas con Portugal le convertían en sospechoso de connivencia con elementos del vecino reino²⁵³.

En su contestación a Pérez el 13 de agosto, Felipe II confesaba haber pasado la noche en vela, dándole vueltas al asunto²⁵⁴. Fruto del insomnio real fue la conciencia clara de la oposición que habría de encontrar su candidatura entre las potencias de la cristiandad, incluido el Papado, lo que le urgía a actuar con presteza para asegurar sus derechos a ocupar el trono luso. Con todo, y antes de cerrar la carta a su secretario, llegó un nuevo correo desde Cádiz que

253

"En lo de Portugal no puede dexarse de sentir, pero quando bien sea verdad buenas cosas trae consigo. A don Christobal hize buscar luego en recibiendo el despacho de V.Mag., pero no paresció hasta las VIII y media. a esta hora bino. No ha tenido ningún aviso desta nueva, con esto yo le dixi el que V. Mag. avía tenido y el cuydado grande en que le tenía y lo demás que V. Mag. me escribió para decirle. Avemos platicado en el negocio. Dize, después de sentir lo que es razón tal desgracia, que en llegando la nueva deve V. Mag. embiar luego a Portugal a hazer demostración del sentimiento deste suceso, que él estará dispuesto para partir quiriendo V. Mag. que él vaya. Y ninguno mejor a mi parescer, por todo. Item que él entiende que a V. Mag. le está muy bien aquel reino y al reino tal rey, y que el derecho de V. Mag. es muy bueno, porque si es hijo de hembra, la Duquesa de Braganca, aunque hija de varón, es hembra y tiene en sí el defecto de hembra. Que la de Parma por aver muerto viviendo el Rey pierde su derecho. Que todo esto es para después del Cardenal Infante, porque él es el que de llano entra en el reyno, si no es de inconveniente ser clérigo. Y yo añado que puede ser conveniente que el Cardenal entre agora, para ir disponiendo mientras él dura las cosas para el negocio de V. Mag. Discurre sobre tres puntos que V. Mag. havería de hazer con los portugueses, y parescenme sustanciales y que la esperanza dellos dispondrá mucho la gente. Para todo tengo por conveniente el yr don Christobal luego en llegando la nueva y a él por muy cuerdo e inteligente. Dize que no será lo peor averse acabado tanta gente de los nobles, porque faltarán cabecas y los más dificultosos de ganar.

No he dado quenta desto a Vélez ni a nadie, ni la daré hasta que V. Mag. lo mande. Pero con quien se podría comunicar a my juicio es con Quiroga y Vélez, que no creo que es para más. Y ojo a mi parescer al secreto y recato de los Toledos de qualquier diligencia y resolución que V. Mag. hiciere en este negocio, aunque combenga saber su parescer, porque son vezinos de lo de allá y no los tengo por amigos..." (BL. Add. 28.262, fols. 633v. a 635).

254

Ibidem. Anotaba el rey: "He dormido de manera esta noche que agora que es antes de comer me estoy cayendo de sueño y así creo que se ve en las razones y en la letra deste papel, que cierto algunas palabras he scrito durmyendo (...).Y visto todo lo que aquí decía y lo que scrive don Crhistobal parece mas dificultoso el negocio. Y aunque lo del Cardenal podría combenir en cierta manera, quanto más se dilatare lo de aca creo que se imposibilita mas el negocio, porque ha de aver mucha mas contradiccion que no si asi de prisa se asentase agora, porque a de aver muchos contradictores, asi Francia como Inglaterra, y quizá el Papa y los de Italia y Florencia, porque no creo que nadie holgaría dello sino que le pesaría mucho y lo procuraran estorbar. Y así entiendo que la brevedad sería el todo, pero las formas es lo que conviene myrarse. Y así por esto es necesaria la venida de Don Christobal...". Y al final del billete: "Acabando esto vino un correo de Cádiz con el mismo aviso, con una información que embia el Corregidor de 4 testigos que confirman la rota (...) y uno creo que dice que estaba preso el Rey. Y creo que todos y el hijo del Duque de Braganca quedaban presos. No os la embió porque lo habré de embiar ay esta noche por lo que combendría proveer para algunas cosas en las cosas de acá, que en Cádiz están con harto miedo. Y creo que aún ay no se debe saber porque el correo ha venido aquí derecho. Y así despacho esta con un peón que llegará a tiempo y creo bien será decirlo al Marqués y platicar con él".

ponía en duda la muerte del rey, contingencia que era confirmada por otro emisario horas más tarde²⁵⁵. El cambio en la situación enfrió de forma considerable el ánimo del monarca, y le impulsó a ordenar las primeras medidas militares para la defensa de las costas peninsulares y plazas portuguesas en Africa²⁵⁶. Acuciado por las noticias que llegaban, el Rey Prudente decidió dos días más tarde adelantar su salida de El Escorial para, desde Madrid (donde entró el domingo 17 de agosto) disponer de mejores condiciones para articular una respuesta a la crisis planteada²⁵⁷.

El óbito de don Sebastián no se confirmó oficialmente hasta el 19 de agosto. Mientras tanto, en aquellos días de incertidumbre los ministros maniobraron para tomar posiciones. Ante la probabilidad de que don Sebastián estuviera vivo, aunque preso, Cristóbal de Moura reculó en sus planteamientos iniciales y con ello levantó las sospechas de Antonio Pérez²⁵⁸ y del Marqués de los Vélez, que lo consideraba cercano

²⁵⁵ "Ay os scrivo lo que havreys visto y lo que avía venido de Cádiz, y esta tarde ha venido correo y carta del Duque de Medina Sidonia que certifica el negocio, y así me parece que se ha de tener por cierta la rota, y embía una carta de un fator del rey de Portugal en que la confiesa y dice que el alcaide de Tetuán la escribe al de Ceuta y que dice que el rey estaba preso, de manera que en esto es en lo que ay duda (y si es verdad no habría tanta prisa en lo demás) y por esto si don Crhistobal no es partido avisadle luego que no parta hasta que entendamos más desto y veamos lo que será bien, y si tal fuese verdad la prisión. Hize mostrar al Duque lo de Cádiz y hanse apuntado algunas provisiones, aunque buena parte dellas añadí yo, y son así para asegurar lo de acá como las plaças de africa de Portugal y hanse embiado a hazer los despachos a Delgado" (BL. Add. 28.262, fol. 285). L. I. ALVAREZ DE TOLEDO, op. cit. pp. 118-119 analiza las misiones de estos dos correos con fuentes del archivo de la Casa de Medina Sidonia, si bien desconoce la llegada del aviso secreto el día anterior.

²⁵⁶ Ya dimos cuenta de las primeras disposiciones de Felipe II en este sentido en nuestro trabajo "La Junta Militar...".

²⁵⁷ Así, el viernes 15 de agosto escribía Felipe II a Pérez sobre la llegada de avisos de Gibraltar acerca de la actividad de los moros, y añadía: "No va bien aquello, y así aunque yo me pensava entretener hasta el lunes, he acordado de irme mañana para estar ay el domingo, donde será menester tratar de todo, y de lo de Flandes luego, que esto también me da priesa. No se como se ha de poder acudir a tantas cosas juntas, pues a una aun no se puede. Dios ayude a su causa, que bien es menester. Oy no tuve papel vuestro, creó que devió ser por averme escrito ayer con el de Don Christobal. Y porque yo iré mañana a comer a la Torre...", mandaba a don Cristóbal de Moura que fuera a verle allí (BL. Add. 28.262, fol. 640); copia de los billetes entre el rey y el noble luso en BNM. Ms. 1.045.

²⁵⁸ Así, el día 13, tras recibir la carta enviada por el rey, respondía Pérez: "Esta noche a las IX llegó el peón ay con el despacho de V. Mag. con cubierta de Santoyo. Luego pedí a Don Christobal que nos viesemos con la misma excusa. Vino y dixe la nueva que avía venido por el Corregidor de Cádiz y lo demás que a V. Mag. se le offrece sobre el caso. Y discurremos sobre lo del Cardenal Infante, pero parescele que no se puede tratar de más que de negociación mientras él bibiere. Y si el Rey de Portugal es bivo, aunque preso, mucho menos, sino de visitas y otros officios, pero que él partirá mañana para ser ay estotro a comer, y pues avrá llegado la nueba con la información que V. Mag. embiará esta noche, podrá partir sin embaraco ni decir que es

al Duque de Alba²⁵⁹; el Marqués incluso sugirió ponerle un espía para controlar su gestión en Portugal y, en cualquier caso, el envío de alguien de más influencia, como el Duque de Osuna, con quien se tomó la libertad de comentar la situación²⁶⁰. Con todo, al mostrar el rey su apoyo decidido a don Cristóbal, Pérez decidió explotar sus buenas relaciones con el noble luso hasta tal punto que, cuando éste abandonó la Corte camino de Lisboa -en el mismo momento en que la situación se clarificó con la verificación de la muerte de don Sebastián- el

llamado (...). Pero con todo esto veré a Vélez luego a la mañana y veré lo que dize pero no le parecerá otra cosa, pero señor muy portugués me parece a mi Don Christóbal" (BL. Add. 28.262, fol. 636).

²⁵⁹ El 14 de agosto Pérez comunicaba al monarca que Vélez "...dize que si hiviera en que escoger portugueses para lo que don Christobal ha de hazer en Portugal, quizá escogiera otro, porque dize que ha entendido que don Christóbal, y aun su padre, han sido criados del Duque de Braganca, y le tiene por muy amigo de los Toledos, y no sabe si converná que estos sepan lo secreto del animo de V. Mag. en este negocio, pero que bien a ser fuerza valerse de don Christobal y hacer en lo que fuere confianca del (...). Que además de don Christobal le parecería que se embiase alguna persona y aun mas que uno, hombres cuerdos y disimulados, que calasen lo que allá pasa y aun lo que negociase don Christobal y avisase de secreto a V. Mag. Para esto dezía que tendría por bueno a don Lope de Avellaneda, que dize que es hombre sagaz y disimulado y que fuese luego, porque le parece que en este negocio son menester espías. Quanto al punto principal ha comencado a discernir y veole inclinado a que si el rey de Portugal es muerto, no se deve perder tiempo y no le alteran nada los contraditores que puede aver.

En caso que el Rey de Portugal no fuese muerto sino preso, parescele al Marqués que ay mas dificultad, y que Portugal se ha de rebover, y que el no piensa que jamás rescataran al Rey, antes teme de su vida (**aquí anotó Felipe II:** Yo creo que es vivo, pues el alcaide de tetuán lo scribió así al de Ceuta, pero entendido lo que hubiere se verá lo que convendrá".)

El aver movido el de Alva de suyo la otra plática deve aver sido artificio y paresciéndole que no puede dexar de darse en ella luego y desea no ser excluydo del trato. Y así me parescería con licencia, que V. Mag. no puede excluyrle del negocio, pero aunque V. Mag. mande que se haga junta particular, no convendrya que allí se tratase lo muy particular ni se descubriese el ánimo de V. Mag., sino que este quedase para V. Mag. a solas (**el Rey:** Bien me parece lo que aquí decís y así se hará conforme a ello. Oy me hablaba en ello caliente, quizá es por pensar que es bibo el rey y bien será quemar estos papeles que tratan esta materia de Portugal, que no es para ellos). Por su parte, Felipe II apuntaba la vía del Duque de Osuna, cuya hermana estaba casada con noble portugués, para mandar a alguien a Portugal (BL. Add. 28.262, fol. 659).

²⁶⁰ El 15 de agosto Pérez escribía a Felipe II como Vélez insistía en mandar a alguien más aparte de Moura "...y comuniquete lo que V. mag. me escribió de lo del Duque de Osuna, y parescele muy buena la color y que podrá muy bien yr el don Lope de Avellaneda embiado por el Duque, su hermano. Y sabiendo el Marqués que el Duque se yva oy le paresció hablarle y le comunicó en confianca de que quizá convernía valerse de su medio para embiar alguna persona a Portugal para entender las cosas de allá con secreto y disimulación, y debaxo de color de visita de su hermana, y él lo ha admitido con mucha voluntad. Añade el Marqués a la traca de V. mag. que podría ser conveniente aun la persona del Duque quando las cosas lo pidiesen para yr por allá con la misma color de la hermana, que es punto de consideración (**el Rey:** Y fue bien tener hecha esta prevención con el Duque de Osuna...). Dixome don Christobal esta tarde que el Prior don Antonio le dixo esta mañana, hablando en su yda a Portugal, que era conveniente, pero que no veyá él para que lo fuese más que para los officios de cumpliendo (**Felipe II:** También me parece esto, que el duque está un poco más detenido, principalmente en que no se hagan demostraciones dello, pero esto siempre me lo ha parecido, como aveis visto). (BL. Add. 28.262, fol. 300).

secretario de Estado se convirtió en el canal secreto utilizado por Felipe II para comunicarse con el enviado, en detrimento una vez más de Gabriel de Zayas²⁶¹.

El control de la información confidencial formaba parte de la estrategia que durante aquellas jornadas diseñaron los elementos más prominentes del "partido papista", quienes comprendieron de inmediato que oponerse al ferviente deseo del rey equivalía a un suicidio político. Esta actitud traía consigo renunciar, al menos en apariencia, a sus privilegiadas relaciones con el Papado pues, como apuntara Felipe II, el Vaticano se habría de resistir con todas sus fuerzas a la unión de las Coronas. Pero la elección entre el rey y el Papa no dejaba resquicio para la duda así que, aprovechando su situación dominante, decidieron apoyar el proyecto desde el primer momento con el fin de mantener bajo control su tratamiento en la Corte -como señalaba Pérez, "...aunque V. Mag. mande hacer junta particular, (donde habría de entrar Alba) no convendría que allí se tratase lo muy particular..."- y, de paso, sacar el máximo rendimiento posible en el enfrentamiento contra sus adversarios políticos.

En realidad, el Duque de Alba les proporcionó facilidades para dirimir la contienda cortesana, al mostrarse muy tibio con la desaparición de don Sebastián. Es conocida la opinión que, según Pérez, expresó el duque en el momento de entender las primeras noticias sobre el desastre de Alcazarquivir²⁶². Pero un billete del secretario dirigido a Felipe II, datable a finales de año, nos ilustra la situación con nitidez, aunque sea preciso realizar una labor de abstracción de la evidente carga ofensiva que contiene:

²⁶¹ A. DANVILA Y BURGUEO, op. cit. cap. XV, describe el doble canal utilizado por Felipe II para contactar con Moura: el oficial, a cargo de Gabriel de Zayas, secretario de Estado para asuntos del norte; y el secreto, a través de Antonio Pérez, por el cual el monarca transmitía los mensajes más confidenciales.

²⁶² Según el secretario, cuando llegó a El Escorial la noticia de la derrota de Alcazarquivir, Felipe II le mandó leer el despacho al Marqués de los Vélez y al Duque de Alba, los únicos miembros del Consejo de Estado que se hallaban en el Real Sitio. El primero, como Pérez, mostró su alegría por las posibilidades que se abrían ante el monarca, en tanto que el segundo expresó su pesar porque la unión de las Coronas impediría escapar de la ira de Felipe II, en caso de enojo del soberano (Relaciones y cartas, A. ALVAR EZQUERRA, ed. Madrid 1988, II, pp. 29-30). Evidentemente, y según la documentación que hemos visto, la puesta en escena se la inventó Pérez pues, de los tres protagonistas, el único que se hallaba realmente en El Escorial en esos momentos era el Duque de Alba; pero las actitudes que describe, a tenor de lo leído, sí eran auténticas.

"Salgo agora de Consejo y me vengo aquí, a casa de Vélez, el qual está mejor. Algo quento: a lo primero (...); a lo segundo, Quiroga sale espantado y haciéndose cruces de la pasión que ha visto en los Toledos en esto de Portugal, que cierto digo verdad que viene espantado. No quieren venir en que se haga el officio por don Christobal. Quiroga firme. Iten Alva y que se acompase el concierto?, Quiroga que no, que al tiempo el consejo.

Iten Alva que si sería bueno que la justicia se tratase por comisarios de una parte a otra; Quiroga que no, pues está clara y que se remite a lo dicho (...).

Preguntó el Duque que si se decía en Portugal que no ay justicia; Quiroga ay veremos, pero las armas en la mano. Tornó Alva, es menester mirar mucho que justifiquemos ante el mundo nuestra causa. Dixo Quiroga justifiquemos la razón y justicia con nosotros y Dios, que el mundo lo aprobará"²⁶³.

El resultado fue visible durante los meses siguientes, pues el Duque de Alba quedó efectivamente apartado del tratamiento más cerrado del negocio de Portugal, y su experiencia se aprovechó únicamente para la discusión de asuntos técnicos militares²⁶⁴. Además, con su escaso entusiasmo ante el más caro proyecto de Felipe II, Alba se colocó en una situación política vulnerable en extremo y en la primera ocasión que se presentó -el irregular matrimonio del heredero de la Casa de Alba, Fadrique- fue presa de las intrigas de sus enemigos. A principios de enero de 1579 era expulsado de la Corte, cuando estaba

²⁶³ BL. Add. 28.262, fol. 561; respondió el rey: "Buenas son estotras cosas de oy, todavía venid a la mañana a decirmelas mas en particular". En *ibidem*, fol. 555, encontramos más información de Pérez sobre la materia: "Buelvo a v. Mag. la carta del Cardenal, de que me queda copia, y a fe que es buena, y portuguesada, plegue a Dios no sea Toledana. Mañana se verá algo, que aquel hombre anda muy apasionado, y esto descubre mucho en todo. Las cartas verá Quiroga, que bien será. Del averlas detenido Cayas todo, digo algo se puede sospechar. El Presidente me dixo oy que Alva le avía nombrado a Pacheco para la comisión de Portugal, de manera que pues haze gente para ello develo dessear"; y en *ibidem*, fol. 556, nuevo billete con ataques contra el Duque de Alba: "Porque V. mag. me mandó que le escribiese esta tarde lo que hubiese del Consejo, hago estos renglones. Y porque Cayas ha escrito ally todo lo que se ha tratado, no cansaré a V. Mag., pero bien ay que mirar en aquella materia. Y los Toledos buelven a que se de tiempo al negocio. Quiroga dize que enlo del otro día es del parecer de entonces. El Prior dixo que tenía por simplicissima aquella carta del Cardenal; Quiroga que no sino por muy artificiosa y enderecada a lo que ha dicho antes. Lo de don Christobal no lo pasa Alva, como trata a sus regalados como el diablo", que obtuvo la siguiente respuesta del Rey: "Gran priesa se dio Cayas a venir a consultarme lo que se avía tratado y entrello lo del cardenal de Burgos. Creo quisiera lo resolviera luego, mas yo no quise sino pensar en ello"; el subrayado es nuestro.

²⁶⁴ Véase mi artículo "La junta militar...", para la participación de Alba en cuestiones africanas durante estos meses.

ya muy enfermo su fiel Antonio de Toledo, que murió el 15 de marzo²⁶⁵.

Antonio Pérez había terminado con su gran adversario en el ámbito de los asuntos de Estado pero, políticamente, fue una victoria póstuma. El secretario de Estado tenía un contrincante mucho más poderoso en Mateo Vázquez, enemistad originada en el mismo instante de la muerte de Espinosa con las perspectivas que se abrieron ante ambos secretarios. La contienda, soterrada en un principio, pública más tarde, comenzó a decantarse en contra de Pérez al mismo tiempo que era desterrado el Duque de Alba, pues el "partido papista" inició su desintegración de forma visible a partir de las últimas semanas de 1578. A la desaparición natural del Duque de Sessa el 3 de diciembre siguieron, durante el mes de enero de 1579, no solo el nombramiento de capitán general de Guipúzcoa para el Marqués de Almazán (aunque se resistiera con todas sus energías a abandonar la Corte) sino, lo que era más grave, la retirada a sus estados del Marqués de los Vélez, quien arrostraba larga y penosa enfermedad, falleciendo en el camino. La entrada en el disminuido Consejo de Estado por estas fechas de fray Diego de Chaves, individuo muy cercano al "partido castellanista", no se debió al deseo de cubrir estas bajas sino a su recientemente adquirida condición de confesor real²⁶⁶. A partir de entonces, en asuntos de Estado Pérez contó con la única amistad de Gaspar de Quiroga, que poco pudo hacer para evitar el desenlace, que solo se demoró seis meses con su arresto y el de la Princesa de Eboli.

Los motivos por los cuales el "partido papista" comenzó a ser realmente vulnerable a los venablos de Mateo Vázquez son complejos y de procedencia diversa, pero tres circunstancias parecen claras. La primera, que si el ascenso de Antonio Pérez y su grupo estuvo ligado a la suerte de don Juan de Austria, su debilidad estuvo asimismo condicionada por las circunstancias de la desaparición del Vencedor de

²⁶⁵ Alba fue confinado en el castillo de Uceda durante un año entero, hasta que Felipe II decidió recuperarlo para dirigir la campaña de Portugal. Sobre este episodio, si bien no percibe la verdadera dimensión de la desgracia del duque, en W. S. MALTBY, op. cit. pp. 332-334.

²⁶⁶ Sobre este personaje, miembro del "partido castellanista" y que habría de jugar papel destacado durante la estancia de la Corte en Portugal y los años inmediatamente posteriores, véase C. J. de CARLOS MORALES, "La participación en el gobierno a través de la conciencia regia. Fray Diego de Chaves, O. P., confesor de Felipe II" (en prensa).

Lepanto y su entorno. En segundo lugar, su fragilidad se manifestó primero, como es lógico, en aquellos ámbitos de la administración donde Vázquez era más fuerte, alcanzando solo al final el Consejo de Estado. Y por último, la secuencia terminal del conflicto sigue un hilo conductor, que no es otro que la crisis portuguesa, pues su desarrollo condicionó directamente la forma y oportunidad de las decisiones de Felipe II concernientes al destino de su secretario de Estado.

El más característico espacio de enfrentamiento, tanto por el hecho de abrirse en el tiempo en que, tras una etapa de indefinición, ambos secretarios emergieron como firmes patronos cortesanos, como por abarcar todo el período sin llegar a resolverse, fue la provisión de la secretaría del Consejo de Italia, vacante por la muerte de Diego de Vargas en los últimos días de 1576. Ya vimos las recomendaciones de don Juan de Austria a favor de Antonio Pérez pero, a pesar de encontrarse éste en su mejor momento político, Felipe II no se decidió a darle el oficio. Como comentamos asimismo páginas atrás, en el Consejo de Italia Mateo Vázquez contaba con sólidos apoyos y amplio margen de maniobra, lo que le permitió reactivar en 1578 una visita en curso a aquel organismo, proceso coincidente en el tiempo con otras iniciativas similares en diferentes ámbitos, como el hacendístico y de Cruzada²⁶⁷, que testimonian la actividad emergente del archisecretario. En concreto, en el Consejo de Italia el secretario de Estado topó con la oposición frontal de un joven aristócrata, que acababa de heredar de su padre no solo el título de tesorero general de la Corona de Aragón, sino además una intensa relación con Mateo Vázquez: Diego de Cabrera y Bobadilla, III Conde de Chinchón²⁶⁸. La lucha fue enconada, con alternativas diversas dependiendo de la evolución cortesana²⁶⁹, y hasta el último

²⁶⁷ En el caso de la hacienda, las pesquisas se dirigieron contra Francisco de Garnica y el Marqués de Auñón (véase C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., pp. 170 y ss. y su trabajo "La junta de presidentes"). Para las visitas de Cruzada, véase el estudio que sobre las mismas prepara H. PIZARRO LLORENTE.

²⁶⁸ Sobre este protagonista de la segunda mitad del reinado del Rey Prudente, véase mi estudio "La nobleza cortesana...".

²⁶⁹ Véase, como botón de muestra y ejemplo al mismo tiempo de la extensión de la lucha cortesana a zonas periféricas, una carta de Juan Pérez a Antonio Pérez, fechada en Colibre el 31 de octubre de 1578: "Ayer llegó un correo despachado por Cayas, con quien se ha entendido que su Mag. mandava encargar a v.m. los negocios de Italia que hazía el secretario Vargas, de que havemos recibido los criados de v.m. el contentamiento que es razón, pues ha de ser para tanto acrecentamiento de la muy ilustre persona de v.m. (texto en cifra) y como estos parciales de Cayas, que a lo que me han dicho, y personas que me dizen que han tratado dello con ellos, han sentido mucho esta

momento mantuvo engañado el rey a su secretario²⁷⁰.

Si las vicisitudes por las que atravesó el conflicto por la secretaría de Italia constituyen un buen barómetro para medir la presión de la situación cortesana, determinados acontecimientos relacionados con don Juan de Austria influyeron de forma relevante en el curso de los acontecimientos. La muerte del secretario Escobedo fue el punto más alto de la influencia de Antonio Pérez, pero la sangre vertida en un callejón de Madrid cristalizó en un precioso filón para Mateo Vázquez, que le permitió realizar una activa campaña en el entorno del rey contra Pérez, canalizando las protestas de la familia y amigos del finado. Por otro lado, los últimos actos de don Juan y su desaparición física fueron motivos de grave preocupación para Pérez. Marañón apunta la presencia en Madrid de Alonso de Sotomayor, quien aclaró las supuestas maniobras con los Guisa denunciadas por Pérez, como una de las causas que propiciaron el inicio de la desconfianza de Felipe II hacia su secretario²⁷¹. Pero también, de mayor importancia, el envío a la Corte de los papeles de don Juan, que llegaron a principios de 1579 y que habrían puesto al descubierto el doble juego practicado por el secretario de Estado con el Vencedor de Lepanto²⁷².

Existían otros puntos oscuros en el comportamiento de Antonio Pérez, como la filtración de información sensible del gobierno, ya fuera a los rebeldes de Flandes (circunstancia que hizo afirmar al hermano del monarca, en carta de 19 de enero de 1577 "...las muchas inteligencias que estos tienen en todas partes, y particularmente de lo

nueva porque tenían por seguro, y aun diz que dizen que tal agravio no hará su mag. a Cayas. Conmigo no osan venir en estas pláticas, porque les henchiría las medidas" (AGS. E, leg. 335, n° 497).

²⁷⁰ Para este episodio así como las visicitudes del tratamiento de los asuntos italianos en la Corte durante estos años, véase M. RIVERO RODRIGUEZ, El Consejo de Italia..., pp. 106-115. La descripción de este proceso que, basándose en documentación inédita de BL., nos proporciona J. A. ESCUDERO, op. cit. I, pp. 140-149, resulta deficiente debido a su erróneo enfoque que le impide realizar un análisis adecuado.

²⁷¹ G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 273-274. Ignoramos si Sotomayor realizó un viaje a Madrid los primeros meses de 1578, como afirma el autor; pero lo cierto es que se presentó desde Flandes en agosto del mismo año, poco antes de morir don Juan, y departió largamente con el soberano (véase supra nota 251).

²⁷² G. MARAÑÓN, op. cit. I, p. 281.

que V. Mag. provee y manda aun en su cámara..."²⁷³), o a su compiche en los más variados manejos, Ana de Mendoza, Princesa de Eboli. Los negocios que ambos mantenían se convirtieron en fuente preferente para el comadreo de la Corte, añadiendo mayor debilidad a la posición del secretario de Estado.

En este contexto, a comienzos de 1579 Felipe II tenía ya motivos sobrados para desconfiar de Antonio Pérez, sospechas que eran convenientemente atizadas por Mateo Vázquez. Además, por las mismas fechas se empezaban a concretar los obstáculos para colmar sus aspiraciones de ceñir la Corona portuguesa -en forma de un tribunal para juzgar las aspiraciones de los candidatos al trono- lo que a su vez le indujo a impulsar los primeros preparativos militares contando para ello con una junta de especialistas²⁷⁴ y, poco más tarde, a la formación de una junta específica para tratar los aspectos políticos y jurídicos de la cuestión sucesoria²⁷⁵. La participación marginal de Pérez en estos tráfigos da cuenta de su declive: solo entró en la primera junta durante sus primeros compases, permaneciendo apartado del segundo ámbito de tratamiento de la cuestión. Con todo, la importancia que le confería la comunicación secreta con Lisboa todavía le reservó cierto protagonismo en la materia.

A finales de marzo las disposiciones militares ordenadas por Felipe II se hallaban muy avanzadas, y el monarca dio muestras de su impaciencia. Pensaba que acaso sería bueno utilizar las fuerzas reunidas para hacer valer sus derechos, pues se aproximaba el verano, la mejor

²⁷³ AGS. E, leg. 574, n° 65. Sobre los tratos secretos de Pérez con Flandes, véase G. MARAÑÓN, op. cit. I, cap. XI.

²⁷⁴ Véase nuestro trabajo "La Junta militar...".

²⁷⁵ E. BUCETA, "Relación de la junta convocada por Felipe II el 24 de febrero de 1579 para tratar de su pretensión a la Corona de Portugal", Boletín de la Real Academia de la Historia, t. XCVIII, cuaderno 2 (1931), pp. 655-664, transcribe la consulta a partir de un manuscrito de la BNM, así como el pasaje de L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, p. 526 que alude a su creación. Estaba formada por el Inquisidor General y arzobispo de Toledo Gaspar de Quiroga, el presidente del Consejo de Castilla Antonio Mauriño de Pazos, el presidente de Ordenes Antonio de Padilla, el confesor real fray Diego de Chaves y fray Hernando del Castillo, los Marqueses de Almazán y Aguilar del Consejo de Estado, y los licenciados Molina, Francisco Hernández de Liébana, Fuenmayor, Rodrigo Vázquez de Arce y Juan Tomás del Consejo de Castilla, entrando al final el embajador en Portugal Juan de Silva, Conde de Portalegre. A. DANVILA Y BURGUERO, op. cit. p. 421 sitúa su comienzo en el mes de marzo. La documentación generada por esta junta puede consultarse en AGS. E, leg. 400, 401 y 409.

época para operar con el ejército, y de lo contrario habría que tener las tropas acuarteladas durante el invierno con el alto coste que ello suponía. Consultó a sus ministros y embajadores sobre la cuestión pero, en todo caso, en estas circunstancias tomó una medida política de largo alcance. El 28 de marzo reclamaba de forma perentoria la presencia en Madrid de un viejo servidor de la Monarquía, el cardenal Antonio Perrenot de Granvela, que a la sazón se hallaba en Roma. La primera explicación de este paso era bien simple. Felipe II necesitaba una figura de prestigio para dirigir el gobierno cuando él mismo abandonara Castilla para tomar posesión de su nuevo reino, fuera ese mismo año o el siguiente.

Pero una lectura más amplia de la convocatoria nos presenta una doble intencionalidad en los actos del Rey Prudente. Granvela se había enfrentado de manera muy seria con don Juan de Austria en Italia, y por extensión con el "partido papista" en la Corte. La carta de aviso fue refrendada por Antonio Pérez, a quien le debió temblar el pulso a la hora de estampar su firma pues comprendía las implicaciones que el hecho habría de tener sobre su propia posición²⁷⁶. Además, debía hacer frente a una visita que habían pedido sus enemigos, con color de inspeccionar a varios secretarios, pero con el fin último de incluir en ella a Pérez, y encomendada a Tomás Salazar, Comisario General de Cruzada²⁷⁷. A la postre, no solo Pérez se vería afectado por este proceso pues también algún secretario mal visto por Mateo Vázquez, como Juan Delgado, habría de sufrir sus consecuencias. El secretario de Estado, perfectamente consciente de su situación, intentó abandonar la Corte, movimiento que impidió el rey²⁷⁸. Empero, en su agonía política todavía procuró estorbar los movimientos de sus enemigos, como el paso por la península ibérica de Juan de Idiáquez, que llegaba de Venecia y solicitaba visitar la Corte y su casa antes de tomar posesión de su

²⁷⁶ G. MARAÑÓN op. cit. I, pp. 465-466 se ocupa de este episodio, "...que era el adiós definitivo a sus más caras ilusiones".

²⁷⁷ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, pp. 449-450: "...pidieron visita general de los Secretarios para comprehendelle en ella y averiguar contra él, y cometiose a D. Tomás Salazar, del Consejo de Inquisición y Comisario General de la Cruzada...".

²⁷⁸ G. MARAÑÓN, op. cit. I, pp. 466-469.

nuevo puesto, la embajada en París²⁷⁹.

En los postreros días del mes de mayo Felipe II, tras llamar a consultas en Aranjuez a Cristóbal de Moura, decidía su estrategia para encarar la última etapa del pleito de la sucesión. Ello incluía combinar las intensas gestiones diplomáticas con la amenaza de la fuerza para el caso, cada vez más probable, de que fuese necesaria la intervención militar. Pero el Rey Prudente no solo precisaba determinar sus movimientos tocantes al reino luso y a las potencias de la Cristiandad. Resultaba perentorio, ante una salida de la Corte de Castilla que se presumía ya más o menos inminente, dejar atrás un gobierno estable y sin las tensiones que habían crispado la Corte durante los últimos meses, continuando el proceso iniciado con la convocatoria de Granvela. Así, fue el momento escogido para cubrir las vacantes que había dejado Juan de Ovando al morir en 1575, nombramientos que recayeron en individuos afectos a Mateo Vázquez: en el mes de mayo se comunicaba a Hernando de Vega que habría de desempeñar la presidencia del Consejo de Hacienda²⁸⁰ y a Antonio de Padilla la del Consejo de Indias²⁸¹; a su vez, el Conde de Barajas, Francisco Zapata de Cisneros, ocupó la presidencia del Consejo de Ordenes, libre por la promoción de Padilla.

A partir de ese momento el arresto de Antonio Pérez era ya, simplemente, una cuestión de oportunidad, como dejaba entrever Felipe II desde El Escorial el 3 de julio, ante los insistentes requerimientos

²⁷⁹ Como señala L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. II, p. 539: "Había mandado con instancia al Cardenal Perrenot de Granvela venir a España a servir de Presidente del Consejo de Italia, y llegó a Génova al tiempo que Don Juan de Idiáquez a Sarrabal para ir por embajador a Francia en lugar de Juan de Vargas Mexía, y recibió orden del Rey por carta de veinte de mayo de partirse sin venir a España como tenía intento, para dar cuenta a Su Mag. del estado de las cosas de su embajada de Venecia y visitar su casa en San Sebastián. El Secretario Antonio Pérez, poco su amigo, sospechoso del favor del rey y de la visita que se le hacía, y por lo que él entendía, pronosticando lo que fue, procuró que Don Juan no viniese a Madrid por medio del embajador de Génova, don Pedro de Mendoza y de Juan Andrea Doria, diciendo convenía luego reforzar aquella embajada con su prudencia y valor, importantes en París para reducir al Rey a no ayudar a sus rebeldes de Flandes ni al duque de Alencon su hermano para ello, ni declararse en favor de los que en Portugal intentasen contra el Rey Católico, impidiéndole la sucesión en aquella Corona. Fu el Cardenal grande amigo de Alonso de Idiáquez, padre de Don Juan, cuando reinando el Emperador Carlos V eran de su Consejo de Estado, y asegúrole tendría Don Filipe por bien el verle...".

²⁸⁰ Formalmente vacante desde la muerte de Juan de Ovando aunque Antonio de Padilla presidiera oficiosamente entre 1577 y 1579 (véase el trabajo de C. J. DE CARLOS MORALES ...).

²⁸¹ E. SCHÄFER, op. cit. I, p. 352.

de Mateo Vázquez: "...que en llegando a Madrid, que espero será presto, pues me dicen que mi sobrino está mejor, se compondrá todo muy bien con el buen oficio que vos habeis hecho en ello..."²⁸². Pero todavía habría de demorarse casi un mes el Rey Prudente en poner en práctica su decisión, que fue el tiempo que tardó el cardenal Granvela en alcanzar la Corte. El mismo día que el anciano ministro entraba en la capital del reino, 29 de julio, eran detenidos Antonio Pérez y la Princesa de Eboli, y con ambos hechos se cerraba una etapa del gobierno de la Monarquía de Felipe II.

Las semanas siguientes al arresto de Antonio Pérez, Felipe II culminó la remodelación del gobierno que iniciara en el mes de mayo. La provisión de la secretaría del Consejo de Italia, que tantas discordias suscitara, le sirvió al Rey Prudente como base del cambio. En los primeros días de septiembre Gabriel de Zayas era informado por su mentor, Mateo Vázquez, del nuevo oficio que ejercería en adelante, para el que recibió título e instrucciones el 20 de octubre²⁸³. Pero Zayas, parece que a disgusto²⁸⁴, tuvo que dejar la secretaría de Estado para asuntos del Norte en manos de un personaje de larga experiencia

282

Y continuaba ordenando a Mateo Vázquez que aguantara la situación "...y procurad huir las ocasiones de toparos, como entiendo que lo hareis". El billete de Mateo Vázquez al cual contestaba el monarca no tenía desperdicio; comenzaba "Es tan capital la enemistad que da a entender Antonio Pérez me tiene, y tantas las muestras que dello haze, que en Madrid y aquí es todo corrillos dello. Y ay algunos tan desalumbados que dizen que el proceder así Antonio Pérez procede de que V. Mag. lo quiere, cosa que el aun imaginarlo offende..." (IVDJ. Envío 15, caja 27 bis, nº 12).

283

El 11 de septiembre informaba Mateo Vázquez a Gabriel de Zayas: "Aquí va el título y sea muy enhorabuena. V.m. verá a sr. doctor Francisco Hernández y los del consejo de Italia por la cortesía devida y concertará el día del juramento, que podrá ser el primero del Consejo y tendrá v.m.a puntos los papeles de estado para yr embiando a Don Juan de Idiaquez los que fuere pidiendo, porque desde luego quiere su Mag. que entre en todo. Aseme offrecido que abrá menester a lo menos a los principios a Castillo y quizá le estaría bien quedarse en lo de Estado para adelante. Y tanto mas me persuado a esto porque la voluntad de su Mag. es que después de Idiaquez, de v.m. a Gante el primer lugar de los oficiales y le haga particular acogimento y tratamiento(...). Francisco de Idiaquez se a de haver con v.m. como Gaytan con Vargas quando estava sano y quando enfermo, o absente. En fin, señor, por la instrucción que a su tiempo se embiará, verá v.m. lo que se ha de hazer, y agora manda su Mag. que v.m. entre en el officio en conformidad de lo dicho, y que con toda brevedad embie v.m. los apuntamientos que se le offrecieren para la instrucción" (AGS. E, leg. 160, carpeta 24, nº 223).

284

Véase el comentario de Felipe II a Moura, el 10 de noviembre de 1579: "...me dizen que anda de mal humor de haber dexado lo del stado, y en verdad que no tiene razón, parece que está ya cansado para aquell y falto de vista y estotro oficio de Italia es honrrado y más descansado, y creo que lo deseava él más devía de ser juntar los dos y esto no convenia en ninguna manera del mundo y no se si fue esto algun principio de las cossas de Antonio Perez..." (cit. A. DANVILA Y BURGUERO, op. cit. p. 505).

diplomática pero neófito en la Corte, don Juan de Idiáquez²⁸⁵, que asumió al tiempo la secretaría de Antonio Pérez²⁸⁶ y una plaza en el Consejo de Guerra²⁸⁷.

Para entonces, a pesar del refuerzo de Idiáquez -que, en definitiva, no era ni mucho menos un técnico en la materia- el Consejo de Guerra se había visto también afectado en su actividad por la reducción del número de consejeros, debida a la desintegración del "partido papista": desaparecieron, por supuesto, aquellos que entraban en Consejo de Estado pero, entre los que lo eran solamente de Guerra, Francisco de Ibarra comenzaba asimismo a tener serios problemas de salud, que le impedían el desarrollo normal de sus funciones²⁸⁸. Por el contrario, el secretario del Consejo, Juan Delgado, se vio beneficiado por la coyuntura política gracias a la caída de Antonio Pérez y la desgracia de Francisco de Garnica²⁸⁹, a pesar de verse incluido en la visita general contra secretarios, montada para hundir a Pérez. Más adelante habría de sufrir sus embates pero, de momento, la inspección

²⁸⁵ Juan de Idiáquez era hijo de Alonso de Idiáquez, uno de los principales secretarios de Carlos V, muerto en 1547. En 1573 fue elegido por Felipe II como enviado especial a Génova, sumida en profunda crisis interna, donde se distinguió por su gestión. Quedó como embajador ordinario hasta 1578, cuando fue nombrado representante del Rey Católico ante la república de Venecia. Pocos meses después era elegido para la embajada en París pero, cuando se hallaba en su casa antes de partir a Francia, fue llamado a la Corte a instancias de Granvela. Recibió título de consejero de Guerra y secretario de Estado, cargo que ejerció hasta 1587, pasando entonces a consejero de Estado. Miembro de la *Junta de Noche*, fue uno de los principales ministros de la última etapa del reinado, muy vinculado a Cristóbal de Moura. Al morir Felipe II, perdió su posición política, y recibió título de presidente del Consejo de Ordenes. Murió en 1614. Sobre este personaje disponemos de la obra de F. PEREZ-MINGUEZ, D. Juan de Idiáquez, embajador y consejero de Felipe II, San Sebastián 1934.

²⁸⁶ Para este cambio en la secretaría de Estado, véase la documentación citada por J. A. ESCUDERO, Los secretarios de Estado..., I, pp. 161-162. Antonio Pérez siguió despachando desde su casa asuntos rutinarios (G. MARAÑON, op. cit, I, pp. 484 y ss.)

²⁸⁷ A este respecto, en AGS. GM, leg. 466, n° 300 se halla un billete de Mateo Vázquez, dirigido posiblemente a Juan Delgado, donde leemos: "Su Mag. tiene por bien recibir por su consejero de la guerra al señor don Juan de Idiáquez, y que v.m. se venga luego al aposento del señor don Juan de Ayala, y se le tome juramento, que aquí está esperando para ello el señor don Juan de Idiáquez...".

²⁸⁸ Véase nuestro artículo "La junta militar..." para la enfermedad de Ibarra y la menguada dimensión del Consejo de Guerra en este tiempo.

²⁸⁹ Al día siguiente del arresto de Pérez, Felipe II ordenaba la presencia de Juan Delgado en El Escorial (AGS. GM, leg. 89, n° 150), donde se mantuvo consultando "a boca" con el monarca durante las semanas siguientes (*ibidem*, nums. 152, 159, 160, 178; AGS. GM, leg. 90, n° 117). Ya en Madrid, en diciembre, continuaba con esta forma de proceder (AGS. GM, leg. 89, n° 240; aquí, ante la petición que realizó Delgado de fijar para los lunes "antes o después de la Misa" un tiempo para el despacho personal, respondía el monarca, "Así lo podreis hazer esto de aquí adelante...").

se centró en el secretario de Estado y, con Felipe II absorbido por los preparativos diplomáticos y militares de la próxima campaña portuguesa, Delgado rentabilizó su veteranía en los tráfigos administrativos castrenses, en estrecha conexión con el campo hacendístico²⁹⁰. Además, debido quizá a la inexperiencia inicial de Juan de Idiáquez en los recovecos del gobierno central, Delgado tendió a invadir la esfera del secretario de Estado²⁹¹.

La elección de Idiáquez como secretario único del Consejo de Estado (hecho que cerraba un período de división de 12 años), cuando estaba nombrado embajador en París, se debió sin duda a la influencia del cardenal Granvela, quien desde su misma llegada a El Escorial a principios de agosto comenzó a ponerse al día en los asuntos de Estado²⁹², pues sus competencias sobrepasaron con mucho el cargo oficial que recibió a las pocas semanas, presidente del Consejo de Italia²⁹³. Granvela asumió así la dirección del gobierno al tiempo que se preparaba la campaña de Portugal, pero el éxito más importante del reinado de Felipe II habría de suponer también su desplazamiento del poder y el de los "castellanistas", pues el nuevo gobierno de la Monarquía culminó su configuración en el primer lustro de la década siguiente.

²⁹⁰ Así, a finales de 1579 Delgado se juntaba con Fernández de Espinosa y Francisco de Garnica para ver las "relaciones de hacienda" y se especificaba que "se ha hecho lo de los años 80 y 81" (AGS. GM, leg. 89, n° 230). En la misma línea, a principios de enero de 1580 Delgado recordaba al rey como "V. Mag. me mandó acordase siempre las provisiones de Flandes e Italia y fuese dando quenta a V. Mag. de lo que se hazía..." (AGS. GM, leg. 94, n° 13). En fechas posteriores siguió informado al monarca de sus gestiones ante Hernando de Vega, presidente de Hacienda, para que cubriera las necesidades militares (*ibidem*, n° 45).

²⁹¹ Puede percibirse el tipo de relación entre Juan Delgado, que se mantuvo con el rey en El Escorial hasta bien entrado el mes de octubre de 1579, y Juan de Idiáquez, en los billetes que el primero dirigió al secretario de Estado, localizados en AGS. E, leg. 160. Poco más tarde, a mediados de enero de 1580 recomendaba a Felipe II que unos papeles de Italia fueran vistos por el Marqués de Aguilar y Juan de Ayala, añadiendo al final a Francisco de Ibarra (AGS. GM, leg. 94, n° 16); otro ejemplo de la implicación de Juan Delgado en temas italianos, en agosto de 1580 en *ibidem*, n° 157; y en el mismo mes, sobre la expedición a Irlanda organizada por el Papado en *ibidem*, nums. 158 y 159. Con todo, ya en 1581 detectamos la reunión en junta de Delgado, Idiáquez y Zayas (éste último seguramente por su experiencia en estos negocios, obtenida en su puesto anterior) para tratar sobre la situación en Irlanda (13 de enero, AGS. GM, leg. 109, n° 4) y expediciones a la costa africana (19 de julio, *ibidem*, leg. 109, nums. 163 y 164).

²⁹² Así, el 8 de agosto de 1579 escribía Granvela a Zayas, cuando éste todavía ejercía la secretaría de Estado: "Como hay tantos papeles que ver por tomar información de lo que ha passado estos dos, o tres meses, sin la qual información mal se puede hablar de los negocios, forcoso es que yo trauaje en verlos, y procuro de hacerlo con la mayor diligencia que yo puedo..." (AGS. E, leg. 160, carpeta de Granvela).

²⁹³ Véase AGS. E, leg. 160, n° 194, Mateo Vázquez a Gabriel de Zayas, 22 de septiembre de 1579, con detalles diversos acerca del título.

TERCERA PARTE

Poder político y ejercicio jurisdiccional

(1580-1598)

Las reformas en el gobierno que pusiera en marcha Espinosa bajo la férula del confesionalismo, culminaron en el último tercio del reinado de Felipe II. El primer lustro de la década de los ochenta, caracterizado por el movimiento continuo de la Corte, preparó el terreno al imponer la separación física entre el monarca y los organismos de la administración. El nuevo orden cuajó desde 1584, con la configuración de una cúpula de poder político que superó el panorama de la década anterior y cuyos integrantes, en *Privanza* compartida, controlaron las diferentes parcelas de la dirección de los reinos. De forma paralela, los Consejos y *juntas* más estabilizadas recibieron un refuerzo en su jurisdicción así como en sus estructuras y plantillas con el fin de enfrentar la tareas asignadas, relacionadas con la gestión de asuntos generales y la administración de justicia. Se trataba, en definitiva, de la escisión entre poder político y jurisdiccional.

No fue ajena a este proceso la dimensión de los problemas que debió encarar la Monarquía hispana en el último tramo del Quinientos. La extensión del conflicto en Europa obligó a realizar un esfuerzo sin precedentes en todos los órdenes, incluido el acercamiento a Roma, y también a contar con personajes, pertenecientes a la nobleza, cuya preparación y mentalidad les permitiera enfrentarse a los mismos. El "partido castellanista" disfrutó de sus años de esplendor en la jornada portuguesa pero, encabezado por un secretario y formado por técnicos (letrados, oficiales y militares), quedó entonces relegado de los puestos de dirección política y confinado en el nivel de ejercicio jurisdiccional.

Entre los personajes que se repartieron la confianza del monarca no hubo, en sentido estricto, contienda faccional. Sentados en la misma *junta* de carácter político, compartían una visión global del destino de la Monarquía y se mostraron respetuosos en términos generales con sus respectivas áreas de influencia. El equilibrio se alimentaba por el servicio a un rey ya mayor y, tras la muerte de don Juan de Austria, carente de un heredero adulto sobre el que forjar ambiciones políticas. Este hecho solo cambiaría los últimos años, cuando el Príncipe Felipe y las figuras a él asociadas, pasaron a primer plano.

La repercusión de todo lo expuesto en los asuntos de Estado y Guerra fue, como es obvio, de muy diferente signo, porque eran exponentes de las líneas divergentes que seguía el gobierno de la Monarquía. Tanto el Consejo de Estado como las *juntas* específicas que se celebraban en este ámbito, de carácter político por excelencia, siguieron sumidos en la indefinición jurisdiccional, con escaso aparato administrativo a su servicio y su influencia real bajo la pesada carga de los favoritos de turno. En este aspecto, compartieron sumisión con los asuntos de la Guerra, pues los mismos personajes ejercieron su dominio sobre los negocios de Estado y Guerra. Pero el Consejo de Guerra y las *juntas* más estabilizadas, por el contrario, culminaron en su desarrollo como cabezas de la administración militar en sus diferentes facetas; en concreto, este proceso diferenció al Consejo de Guerra respecto del Consejo de Estado, hasta el punto de llegar a una situación que resultaba impensable desde la década de 1530: el hecho de que nuevos consejeros de Estado, pertenecientes a la nobleza, no entraran en el de Guerra.

5. - LA CORTE ITINERANTE (1580-1585): CAMINO DE UNA NUEVA FORMA DE GOBIERNO

5.1. La jornada portuguesa

El 4 de marzo de 1580 Felipe II abandonaba Madrid para reunirse con su ejército¹, que culminaba su preparación en Extremadura al mando del recuperado Duque de Alba². El rey dejó en la capital al cardenal Granvela al frente de los diferentes organismos del gobierno, pues en su comitiva solo incluyó un exiguo grupo de ministros, entre los que destacaron la mayor parte de los consejeros de Estado y de Guerra. Además del mismo cardenal, solo faltaron aquellos que tenían serios problemas, ya fueran de carácter político (caso de Gaspar de Quiroga, retirado en la diócesis toledana durante años), o de salud (como el moribundo Francisco de Ibarra). De este modo, al vecino reino marcharon fray Diego de Chaves, el Duque de Alba y el Marqués de Aguilar como consejeros de Estado, y los dos últimos más Francés de Alava, Juan de Ayala y Juan de Idiáquez por el de Guerra. Este último ejercía además de secretario de Estado y, con Juan Delgado en la secretaría de Guerra, completaron la comitiva.

Es indudable que la presencia de ambos organismos a la vera del monarca en principio resultaba necesaria dadas las características del negocio en curso, pero la estancia del Rey Prudente en Portugal no fue el ambiente propicio para su desarrollo. Surgieron nuevas exigencias que, si en un principio se derivaron de las condiciones inherentes a una Corte itinerante, separada de las unidades administrativas del gobierno, con Felipe II, ya rey de Portugal, se ampliaron por la coexistencia con los vasallos portugueses, cuya integración bajo la Corona del Rey Prudente añadió nuevos problemas que solucionar y aspiraciones personales que satisfacer. Y la respuesta ante la situación fue insistir en un planteamiento cuya eficacia se había demostrado durante la década

¹ Sobre el periplo luso, véase C. RIBA GARCIA, "El viaje de Felipe II a Portugal (1580-83)", Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín, Madrid 1930, 2 vols. II, pp. 177-213, a partir de documentación conservada en BL.

² Sobre los aspectos militares de la incorporación de Portugal a la Corona de Felipe II, véase J. SUAREZ INCLAN, Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II, 2 vols. Madrid 1897-98.

anterior, las *juntas*. Con las mismas era posible ejercer el gobierno ejecutivo a la vera del soberano, en tanto los organismos de gobierno permanecían en Madrid o, en el caso de los Consejos de Estado y Guerra, en Portugal pero con sus miembros dedicados casi por completo a mantener activo el sistema de *juntas*. Así, la prolongada estancia en Badajoz (entre mayo y diciembre de 1580) sirvió de preparación para lo que habría de ser el escenario de gobierno en Portugal, tanto en lo que se refiere al tratamiento de los negocios suscitados en Portugal como para la revisión y aprobación de los que se generaban en la capital castellana.

De este modo, en el entorno más inmediato del monarca se situaron personajes clave por cuyas manos pasaban las cuestiones principales de todas las materias. Los llamados a ocupar estos lugares de privilegio fueron aquéllos que habían salido airoso de la aguda crisis que culminara el enfrentamiento faccional entre "papistas" y "castellanistas" durante los últimos meses de 1579, y en primer término los que más experiencia habían reunido en el manejo de papeles. Nos referimos, fundamentalmente, a Mateo Vázquez (con sus clientes como Rodrigo Vázquez y el Conde de Chinchón) y en el ámbito que nos interesa Juan Delgado; entre ambos secretarios observaremos una contienda sorda pero continua. Solo en un segundo momento comenzarían a cobrar protagonismo las figuras recién llegadas a la Corte, ya fuera en sentido literal, como Juan de Idiáquez, o figurado, caso de Cristóbal de Moura y Antonio de Eraso.

Los asuntos de Estado se sustraieron en principio a esta dinámica, pues quedaron en manos de Granvela, en Madrid. El cardenal borgoñón tenía su propia visión sobre los enemigos exteriores de la monarquía, y le preocupaba sobremanera la situación en Flandes, amenazada por la actuación del Duque de Anjou. Desconfiaba además profundamente de Francia e Inglaterra, que apoyaban más o menos abiertamente las aspiraciones del prior de Crato, y la primera había incluso llegado a mandar una escuadra para ocupar las Azores en 1581. Granvela controlaba gran parte de la correspondencia diplomática desde Madrid y la reenviaba oportunamente anotada a la Corte, donde estaba

asistido por su fiel servidor, Juan de Idiáquez³. La falta de la documentación de este último nos impide realizar una valoración sobre la actividad del Consejo de Estado en esta época; con todo, la escasa entidad del Marqués de Aguilar, la inexperiencia de Chaves en política exterior así como los achaques del Duque de Alba, nos inducen a pensar que debió ser escasa, favoreciendo el dominio a distancia de Granvela, pero también el naciente protagonismo de Juan de Idiáquez.

La posición de Idiáquez durante sus primeros meses como secretario de Estado se había visto claramente influida por Juan Delgado. Esta situación se mantuvo durante la primera parte de la jornada lusa, y constituyó el punto culminante de la larga carrera del secretario de la Guerra. Delgado no debió la posición que alcanzó en Portugal al Consejo de Guerra a pesar de que, desde el asentamiento de la Corte en Lisboa, este organismo mantuvo en apariencia un cierto nivel de funcionamiento⁴; seguía contando además con Rodrigo Vázquez como asesor en temas de justicia⁵, si bien el anciano Duque de Alba dejó de asistir de ordinario a las sesiones y era consultado aparte⁶. Con todo, en tierras lusas el Consejo no llegó nunca a alcanzar el nivel de operatividad de la década anterior, lo que unido al hecho de que, en materia de guerra, muy poco se resolviera en Madrid⁷, dio como resultado el estancamiento temporal del desarrollo institucional que vivía este organismo. El problema se agudizó al final del período, cuando surgieron graves diferencias entre los dos únicos consejeros que asistían al Consejo de forma continuada, el Marqués de Aguilar y Francés de Alava⁸.

³ Véase parte de esta correspondencia en AGS. E, leg. 2.855 (sin foliar).

⁴ AGS. GM, legs. 109, 129, 135 y 138 passim.

⁵ Ejemplos de la intervención de este letrado en AGS. GM, leg. 109, n° 94; IVDJ. Envío 45, caja 58, n° 40, etc.

⁶ Muestras de ello en AGS. GM, leg. 109, nums. 182, 333, 349, 360; leg. 129, n° 167; leg. 135, nums. 130, 163, 191, etc.

⁷ Así, el 8 de enero de 1583, Juan Vázquez de Salazar escribía desde Madrid que no podía cumplirse la orden que se había dado en la Corte para ver en Madrid cierto asunto en la *Junta de Milicias*, ya que solo quedaban como miembros el Marqués de Aguilar (que se hallaba en Lisboa) y el licenciado Villafañe, en Madrid (AGS. GM, leg. 124, n° 338).

⁸ Delgado a Felipe II, respondido a 8 de diciembre de 1582: "...y el de Aguilar en esto ni en otras cosas no quiere hablar por lo que dixe a V. Mag. que pasó con don Francés, y aun a querido dexar de yr al Consejo y yo le he persuadido que no le conviene dar que dezir ni que notar..." (AGS. GM, leg. 135, n° 201).

Mayor importancia revistió para el secretario el sistema de *juntas* que se estableció primero en Badajoz y luego en Portugal, basado en un restringido número de personajes. Pero el carácter universal (por cuanto entendía en todas las materias) de este círculo no solo favoreció a Delgado. Antonio de Eraso, secretario del Consejo de Indias desde la muerte de su padre en 1570⁹, contó con la protección de Mateo Vázquez para imbricarse en el tratamiento de los negocios, proceso visible desde los primeros meses de 1582 al recibir la orden de abrir todo el correo que, en materia de Indias, fuera dirigido al rey en persona¹⁰. Síntoma evidente de la mudanza que se estaba produciendo fue el cambio de actitud de Eraso hacia Delgado, a quien comenzó a corregir ante el monarca en asuntos que les eran comunes¹¹. En este sentido, Eraso participó con Delgado en varias *juntas* para el estudio de problemas diversos, como la reformación de la Casa de Contratación de Sevilla¹²,

⁹ Antonio de Eraso era hijo natural del poderoso secretario Francisco de Eraso, situación que le permitió seguir desde la juventud la estela de la Corte, como recordaría en 1583 en un curioso billete al rey en el que aludía a las estancias en la casa de su padre, en el bosque de Segovia, cuando Felipe II se hallaba en el cercano Palacio de Valsaín (AGS. GM, leg. 155, n° 8). Sirvió en la oficina de su progenitor (una mención, en julio de 1563, en AGS. E, leg. 8.338), recibiendo en 1568 el título de secretario Real, que le permitió ocupar dos años más tarde la secretaría del Consejo de Indias, cargo que había pertenecido a su padre. En la década de los setenta se vinculó a Mateo Vázquez, relación que dio sus frutos durante la estancia de la Corte en Portugal. Es el propio Antonio de Eraso quien nos informa de la amplitud de su presencia en la administración, a través de un inventario de sus papeles realizado presumiblemente antes de acceder a la secretaría del Consejo de Guerra (a finales de 1585, tras la muerte de Delgado): tras un largo listado de documentos diversos, concluía afirmando que tenía en su poder "...copias de todas las consultas que se vieron en la Junta de Santo Domingo y lo que en ella pareció y la resolución que V. Mg. tomó, y están juntamente con ellas traslados de todos los papeles que acusan. Y son de Indias, hacienda, cámara, cruzada, Contadurías Mayor de hacienda y de cuentas y de los presidentes del Consejo Real y de hacienda. Idem todas las consultas originales que el consejo real a hecho a V. Mg. en este tiempo y copias de las respuestas.", y un poco más adelante "Tengo todos los papeles tocantes a esta horden que se ha dado tocante a la Princesa de Eboli y a su stado y hazienda y la correspondencia con Pedro Palomino..." (AGS. GM, leg. 173, n° 401). En efecto, al menos parte de los documentos a los que alude Eraso se hallan en AGS. GM, legs. 154, 155, 169 y 173. Pero su carrera quedó cortada abruptamente, pues murió en febrero de 1586.

¹⁰ Copia de carta de Antonio de Eraso al licenciado Gasca, Lisboa 26 de marzo de 1582: el rey "...embíome a mandar que todos los pliegos que fuessen para él, o de cosas de su servicio, los abriese y viese lo que avía y le avisase dello, lo qual en cumplimiento de su mandado hize, apuntando solo lo que tocava a corsarios y rrescates y galeras" (AGS. GM, leg. 124, n° 338).

¹¹ Véanse ejemplos, entre enero y marzo de 1582, en AGS. GM, leg. 138, nums. 6, 10, 23 y 78; en el primer billete al rey, comenzaba Eraso de forma muy elocuente "y aunque Delgado lo mira todo con mucho cuidado y no pierde punto en la diligencia, y puede V. Mag. estar descuidado de lo que le tocara, parece que estando V. Mag. servido, importaría a su servicio advertirle con alguna ocasión...".

¹² La orden para la reunión de esta *junta* la dio Felipe II el 30 de diciembre de 1581, siendo los convocados Delgado, Eraso, Rodrigo Vázquez y el Doctor Villafañe (AGS. GM, leg. 109, n° 475; más actividad de esta comisión en *ibidem*, leg. 138, nums. 14, 16, 45, 65 y 74).

las necesidades defensivas de la monarquía¹³, la exportación de la sal portuguesa hacia Flandes¹⁴ o una *junta* especial para tratar temas portugueses¹⁵. Pero, sin duda, el roce más intenso entre ambos, y donde Delgado recibió los ataques más duros, se dio en temas hacendísticos y de Indias.

Con la Corona portuguesa Felipe II heredó los problemas lusos más acuciantes, y entre ellos sobresalía la navegación atlántica. La seguridad de las flotas de Indias castellana y portuguesa se convirtió en una prioridad para el gobierno, especialmente en la época del año que era necesario organizar con éxito su llegada¹⁶. Así, ya desde finales de 1580 se reunió una *junta* dirigida por el Marqués de Santa Cruz¹⁷, cuyas conclusiones fueron enviadas al Consejo de Indias en Madrid, y las consultas de éste de nuevo revisadas por la *junta* situada a la vera del monarca, formada por Juan Núñez de Illescas, el Marqués de Santa Cruz, el Duque de Medina Sidonia y Juan Delgado¹⁸. Felipe II

¹³ El 22 de abril de 1582, Felipe II informaba a Eraso, ante las dificultades que encontraban unas naos del Duque de Medina Sidonia con refuerzos, que "...he scritto a Delgado que se haga una Junta por todos, con el Duque de Alba y Pedro de Coba, y se platique de todas las cosas a que es menester acudir de allá y deste reino, y se mire y se trate en todo lo que más convenga y se me avise lo que paresciere" (AGS. GM, leg. 138, n° 41). La consulta de Delgado dos días más tarde, apuntando la participación en la *junta* del Duque de Alba, Francés de Alava, Juan Núñez, Antonio de Eraso y él mismo, en AGS. GM, leg. 135, n° 55.

¹⁴ Para estudiar esta materia se juntaron el 2 de enero de 1582 el Duque de Alba, el prior don Hernando de Toledo, Cristóbal de Moura, Juan Delgado, Juan Núñez de Illescas, Juan de Isunza y Alvarez. El rey contestó: "Paresceme que lo más seguro es que no se trate agora desto ni se entienda" (AGS. GM, leg. 135, n° 1). A este respecto, véase F. J. BOUZA ALVAREZ, "Portugal en la política flamenca de Felipe II: sal, pimienta y rebelión en los Países Bajos", *Hispania*, LII/2, num. 181 (1992) pp. 689-702.

¹⁵ El 15 de octubre de 1582 Delgado escribía al rey que "...esta tarde abré de estar en la junta de Portugal y a las quatro yr a la de Santo Domingo" (AGS. GM, leg. 135, n° 166); otra mención, en noviembre, en AGS. GM, leg. 132, n° 24.

¹⁶ Recordemos la existencia de dos flotas estables: la de *Tierra Firme* salía de la península entre marzo y mayo, y tras parar en Cartagena de Indias y Panamá, invernaba en Cartagena, regresando a Europa en el verano. La flota de *Nueva España* zarpaba en julio, llegando al Caribe y costa mexicana en septiembre; invernaba en Veracruz, y volvía por la Habana, para llegar a Andalucía en el estío, a veces en compañía de la anterior (véase P. CHAUNU, *Seville et l'Amerique aux XVI et XVII siecles*, Paris 1977, pp. 232-233). Se comprende entonces el interés del gobierno por proteger cada año el regreso de las flotas, cargadas de tesoros.

¹⁷ Tenemos un parecer de esta *junta*, reunida el 26 de noviembre de 1580, en AGS. GM, leg. 108, n° 13. Los reunidos fueron el Marqués de Santa Cruz, Diego López, Luis César (proveedor de Portugal), Luis Tristán de Riega y Mezquita, y recomendaron levantar una armada de 12 navíos.

¹⁸ Véase AGS. GM, leg. 108, n° 14 (Juan Delgado a Mateo Vázquez, 23 de diciembre) y consultas de la *junta* en febrero y marzo en AGS. GM, leg. 118, nums. 311 a 317 y 323 a 326).

tomó su decisión sobre este tema para 1581 a finales de marzo¹⁹ pero a partir de entonces quedó un núcleo formado por Delgado, Núñez y Antonio de Eraso para tratar los problemas de las Indias en general y las armadas en particular²⁰. A este trío se podían unir de forma puntual los nombres que fueran pertinentes en cada momento (incluidos los de nación portuguesa aunque siempre controlados por los castellanos²¹). Así, Felipe II especificaba la composición de la *junta* cuando, a comienzos de 1582, volvió a plantearse el tema de la protección de la flota para ese año²², y lo hizo de nuevo para la de 1583. Esta *junta* reducida

¹⁹ Véase la carta de Antonio de Eraso al licenciado Gasca de Salazar, consejero de Indias que se hallaba en Madrid, el 3 de abril de 1581 (AGS. GM, leg. 112, n° 226).

²⁰ Por ejemplo, acerca de la división de la armada de Indias (AGS. GM, leg. 109, nums. 226 y 227, 274, 283, septiembre a octubre de 1581); el uso de ciertas urcas (enero-febrero 1582, leg. 138, nums. 5 a 7, 13); alcaides para La Habana y Puertorrico (marzo 1582, leg. 124, nums. 372, 373, 382, 383; leg. 138, n° 28); bastimentos para la armada de Diego Flores para el Brasil (abril 1582, leg. 138, n° 33). Más ejemplos en leg. 125, nums. 399, 401, 403; leg. 138, nums. 48, 157, 158, 162, 162, 167 (autorizando Felipe II la entrada del confesor, Chaves), 228, 238 a 234; leg. 126, n° 321, etc.

²¹ Así, el 20 de octubre de 1581 el rey ordenaba a Antonio de Eraso que para ver cuestiones de la armada del Brasil "Myrese oy (por Delgado, Eraso y Núñez) si sería bien juntarse con algunos deste Reyno para platicarlo y entenderlo mejor y ver lo que combendrá. Y pareciendo esto podrían verlo Pedro de Alcacoba y Miguel de Moura si estoviesse aquí y Luis César que creo que es el que tiene más noticia..." (AGS. GM, leg. 118, n° 327). Tras la respuesta de Eraso, Felipe II ordenaba al día siguiente la presencia de Miguel de Moura y Cristóbal de Moura (leg. 109, n° 299). Las consultas de la *junta*, el 23 y 27 de octubre, en *ibidem*, nums. 452 y 453.

²² "...un día de estos tengo de ordenar que se junten algunas personas sobre estas cosas que conviene, aunque es verdad que la dilación es de mucho inconveniente (...) Y porque la junta que digo convendrá que sea de castellanos y portugueses, será bueno que antes della os junteis los tres a tratar de lo que en ella se deve tratar destas cosas, y como, porque podría ser que hubiese inconveniente de tratarse allí todo. Hase de tratar de lo que toca a este reyno si viniesen a el y de la Tercera y del Brasil y isla de la Madera y yslas de las indias o partes dellas. Han dicho avisos antes de agora que querían ir de Francia, y de las venidas de las armadas de Nueva España y Tierra Firme, que aquí se trata y de las naos de las indias que se esperan y aun de las que van de aquí para allá. Que a todas estas cosas es menester acudir. De todo advertid luego a Delgado y Juan Núñez para que vayan pensando, y aun de todo eso será bien pedir parecer al Marqués de Santa Cruz..." (AGS. GM, leg. 124, n° 380); Felipe II respondía así a una consulta de Eraso, el 13 de marzo de 1582, informando de la reunión con Delgado y Núñez para tratar de la seguridad de las flotas. La Junta recomendaba pedir pareceres sobre este negocio (que se hallan, junto con una consulta de la Junta de 28 de marzo, en *ibidem*, n° 374). El 15 de marzo Eraso transmitía al rey el parecer de la *junta* sobre comunicar con portugueses estas materias: "En quanto a la junta que se ha de hazer, Delgado y Juan Núñez están advertidos de todo lo que V. Mag. es servido que se trate en ella, y haviéndose platicado en lo que allí se propondrá en lo que toca a las Indias, a parescido que en ninguna manera conviene que por los deste reino se entienda que las flotas traen flaqueza, ni el cuidado que dan los avisos que se tienen de Francia...", a lo que respondió el Rey Prudente, "Así es muy bien y así se haga y con gran disimulación y a la mañana hazed la junta" (AGS. GM, leg. 138, n° 23).

²³ El 20 de septiembre de 1582 ordenó Felipe II "Que se trate luego de lo que combenga para el armada de la primavera por lo que conviene que este a punto muy temprano para lo que se pueda ofrescer y que el viernes en la tarde si no ay ocupacion, y si la ay el savado en la tarde, se junten los de la margen con el duque..." (AGS. GM, leg. 135, n° 159); los convocados eran, además del Duque de Alba, el Marqués de Santa

continuó funcionando como tal hasta abril de 1582, cuando el rey decidió fusionarla con otra dedicada a materia financiera, que venía en denominarse *Junta de Santo Domingo*.

En efecto, desde la salida de la Corte de Castilla Juan Delgado participaba, fundamentalmente con Juan Núñez de Illescas y Rodrigo Vázquez, en una *junta* especial para temas hacendísticos que de manera ocasional, cuando se trataban negocios comunes, se reunía con ministros relacionados con Indias²⁴. Con todo, la muerte de Juan Núñez propició una maniobra de Mateo Vázquez para situar a su protegido, Antonio de Eraso, en temas hacendísticos. El movimiento consistió en la unión de ambas *juntas*, de Indias y Hacienda, en una sola en la que Antonio de Eraso quedaba como encargado único de los papeles, en detrimento de Juan Delgado²⁵. La nueva *junta*, que tomó el nombre que había adoptado la original de hacienda, Santo Domingo, por reunirse en el monasterio donde moraba fray Diego de Chaves, controló a partir de entonces los documentos llegados de Madrid relativos a "Indias, hacienda, cámara, cruzada, contadurías mayor de hacienda y de cuentas

Cruz, Cristóbal de Moura ("...para las cosas que aquí fuere menester prevenir"), Francés de Alava ("...para las cosas del artillería"), Juan de Idiáquez ("...por lo de Italia") y Antonio de Eraso ("...por lo de Indias"). Un parecer de esta *junta*, el 16 de octubre, en AGS. GM, leg. 135, n° 167.

²⁴ Así sucedió el 21 de septiembre de 1581, cuando en la *junta* se reunieron Chaves, Villafañe, Rodrigo Vázquez, Delgado y Eraso para ver temas de arbitrios de Indias (AGS. GM, leg. 109, n° 389).

²⁵ El 20 de abril de 1582 Mateo Vázquez escribía a Delgado que debía pasar los papeles de la *junta* a Eraso, aunque siguiera como integrante de la misma (AGS. GM, leg. 126, n° 323). En realidad, Delgado "...por no andar de mucha salud en la cabeza", se servía ya de un oficial de confianza para presentar la documentación en la *junta*, como se excusaba ante el monarca el mismo día que recibió el billete de Vázquez (*ibidem*, n° 322); asimismo, Delgado envió el papel de Vázquez a Eraso, con una parquedad que delata su estado de ánimo (*ibidem*, n° 326), y que contrasta con la contestación que recibió de Eraso, en la que éste pedía su magisterio en las materias que le eran nuevas y, por supuesto, se ponía a su servicio (*ibidem*, n° 325). Con todo, la orden definitiva para el funcionamiento de la *junta* no la transmitió Vázquez a Eraso hasta el 21 de mayo, con el consiguiente agradecimiento de éste último (*ibidem*, nums. 328 y 329). Por otro lado, la muy tardía respuesta que recibió Delgado a su protesta ante el monarca (un mes justo, de 20 de abril a 20 de mayo), nos transmite las disposiciones tomadas, de puño y letra de Felipe II: "haviendo sucedido la muerte de Juan Núñez he ydo mirando más en la orden que sería bien dar para las cosas que por acá me pareciere se vena de Hazienda, Indias, y otras, y me he resuelto en reduzillo todo a una junta, que se podrá tener en Santo Domingo, por estar ally Fray Diego de Chaves, para podelle comunicar los puntos que fuere menester según la qualidad de los negocios que se offrescieren, y que en la *junta* se hallen Villafañe, Rodrigo Vázquez y vos y Antonio de Eraso como secretario..." (original en BL. Add. 28.358, fol. 54; copia en AGS. GM, leg. 126, n° 322; el subrayado es nuestro).

y de los presidentes del consejo real y de hacienda"²⁶.

Vázquez había ejecutado su plan en el momento adecuado, pues se comenzaba a hablar ya del regreso de la Corte a Castilla y era necesario tomar posiciones. Pero no era el único en hacerlo. Para mayor desgracia de Juan Delgado, Juan de Idiáquez y Cristóbal de Moura trabajaban en la misma línea y desde meses atrás se detecta su actuación a la vera del monarca en la discusión de los negocios, conjuntamente o por separado²⁷. Pero fue la enfermedad y muerte del último consejero que quedaba en Portugal con gran experiencia en asuntos relacionados con otras potencias la que dio el impulso final a su escalada en el gobierno: el Duque de Alba cayó gravemente enfermo en el otoño de 1582 y falleció el 12 de diciembre del mismo año²⁸. Además, pocas semanas antes, el 21 de noviembre, había muerto el príncipe don Diego, heredero de la Corona, hecho que retrasó durante varios meses la vuelta por la necesidad de jurar en Portugal al nuevo sucesor, don Felipe.

5.2. Interludio castellano

El 27 de marzo de 1583 Felipe II entraba en Madrid, recibido por el cardenal Granvela. Tras su larga ausencia, el monarca inició un recorrido por los reales sitios que le eran tan caros, pero debía enfrentar también el atrasado acumulado en los asuntos de gobierno²⁹. En este sentido, Granvela pareció recuperar la influencia perdida los años anteriores, pero este hecho ya no se correspondía con la realidad política. La estancia en Portugal había sido muy fructífera para

²⁶ Véase supra nota 9. La actividad de esta junta ha sido reseñada por C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., pp. 181 y ss., I. EZQUERRA REVILLA, "la distribución...". Solo anotar que encontramos amplia documentación sobre la misma en AGS. GM, legs. 89, 109, 122, 127 a 129, 135, 137, 138.

²⁷ Desde el establecimiento de la Corte en Portugal fueron aumentando las menciones de Idiáquez actuando a la vera del monarca: AGS. GM, leg. 109, nums. 93, 140, 148. Ejemplos de actuación conjunta de ambos personajes en el estudio de problemas en AGS. GM, leg. 135, n° 211; leg. 154, n° 266.

²⁸ Rastros de la enfermedad de Alba en AGS. GM, leg. 135, n° 194; acerca de su muerte, W. S. MALTBY, op. cit. p. 364.

²⁹ Señala L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 15, "...volvió a Madrid a su despacho ordinario, porque el atrasado en su ausencia y aumentado con el nuevo reino de Portugal pedían perpetua asistencia".

determinados personajes quienes, tras un período inicial de reasentamiento en Castilla, configuraron a partir de mediados de 1584 una cúpula estable de poder, conectada a través de figuras escogidas con los organismos de la administración, los Consejos, en los que se vislumbraba un claro proceso de institucionalización.

Entre los ministros que regresaron de Portugal con más pujanza solo uno, el secretario Juan de Idiáquez, formaba parte de los Consejos de Estado y Guerra. Pero Juan de Zúñiga y Requesens³⁰ -quien había desembarcado en Barcelona en diciembre procedente del virreinato de Nápoles- esperaba en su Cataluña natal la vuelta a Castilla de Felipe II. Desde su puesto en Italia, el noble catalán se había mantenido informado de la situación de la Corte, estrechando lazos con el Conde de Chinchón y Mateo Vázquez (lo que incluyó obstaculizar la labor de Granvela³¹), sin olvidar tampoco tender puentes hacia Idiáquez³². Aunque Granvela consiguió retrasar la aparición de Zúñiga en la Corte durante casi dos años, en abril de 1583 el comendador mayor se presentaba por fin ante Felipe II, calurosamente recibido por Vázquez³³. Con todo, el espacio de acción de Zúñiga, los asuntos de Estado y Guerra -en cuyos Consejos recibió asiento de inmediato-, le procuraban una mayor relación con el secretario de Estado.

En un principio Zúñiga, y especialmente Idiáquez, debieron atenerse al dominio de Granvela en asuntos de Estado, control facilitado

³⁰ Hermano de Luis de Requesens de quien heredó la encomienda mayor de Castilla, Zúñiga era además Príncipe de Pietraprecia; fue embajador en Roma y virrey de Nápoles. Entró en los Consejos de Estado y Guerra desde 1583, y fue nombrado asimismo ayo del príncipe Felipe (futuro Felipe III). Murió en 1586.

³¹ Para los movimientos de Juan de Zúñiga durante estos meses, véase Cartas y avisos dirigidos a Don Juan de Zúñiga, virrey de Nápoles, en 1581, Madrid 1887.

³² Véase, por ejemplo, la carta de Zúñiga a Idiáquez de mayo de 1582, donde el primero agradecía el envío de información cortesana "...y cierto estas y otras resoluciones es muy conviniente que se sepan aquí por carta de ministros antes que las escriba Mario Moro o el machino o otros tales, que estos saben lo que se ha resuelto en Consejo y con scrivir alguna verdad añaden muchas veces otras mentiras" (AZ. Carpeta 69, n° 252).

³³ Así daba la bienvenida Mateo Vázquez a Juan de Zúñiga, desde el Pardo, el 13 de abril de 1583: "Balthasar López me dixo la memoria que V. Exc. havia tenido de mi, que la estimé mucho, y así agora la carta de V. exc. a quien holgara yo de besar las manos en la Torre, y decir lo que havia en mi de contentamiento de la buena venida de V. Exc. a Hespaña y la voluntad que siempre he conocido en su Mag. para todas las cosas que han tocado a V. Exc., que ha sido como se ha sabido muy bien merecer" (IVDJ. Envío 95, caja 137, n° 57).

por la situación del organismo. Con Gaspar de Quiroga todavía retirado gran parte del tiempo en su diócesis toledana, como consejeros en activo solo quedaban fray Diego de Chaves (muy vinculado a Mateo Vázquez) y el Marqués de Aguilar. Este, marginado de los círculos decisorios, se quejaba de su suerte y pretendía basar su posición en el único recurso que le quedaba, la antigüedad³⁴. De este modo, Idiáquez se sometía a las opiniones del cardenal respecto a la política exterior de la monarquía pero, a medida que los consejos del borgoñón dejaron de ser tenidos en cuenta en los principales negocios de esta naturaleza, el secretario de Estado empezó a mantener una postura más independiente. En este sentido, la situación era alentadora. Por fin se había culminado la conquista de las Azores, incluida la derrota de una escuadra francesa enviada como apoyo³⁵. En Francia, la muerte del Duque de Anjou propició la formación de la Liga Católica, bajo el liderazgo del Duque de Guisa y apoyada por los jesuitas, para evitar el acceso al trono del protestante Enrique de Navarra³⁶; en la Corte hispana, Granvela e Idiáquez apoyaban una ruptura abierta de hostilidades, en tanto que otras voces se inclinaban por la intervención indirecta, como finalmente aprobó Felipe II³⁷ y puso en práctica con el tratado firmado con los dirigentes de la Liga Católica (Joinville, diciembre 1584). Por otro lado, en Flandes mejoraban ostensiblemente las armas de Felipe II, con el inicio de la ofensiva del Príncipe de Parma tras el regreso de las tropas apoyado por una adecuada financiación. Sin embargo, Isabel de Inglaterra miraba recelosa los éxitos de los Tercios en las Tierras Bajas, y el mismo embajador hispano, Bernardino de Mendoza, fue expulsado en enero de 1584 acusado de conspirar contra la reina.

³⁴ Véase *infra*, nota 39.

³⁵ Para esta campaña, que supuso el punto culminante de la trayectoria del Marqués de Santa Cruz, véase C. FERNANDEZ DURO, La conquista de las Azores en 1583, Madrid 1866. Sobre la importancia de estas islas, F. J. SERPA, "Hispanic strategic enterprise in the Atlantic: the campaign for the Azores in the sixteenth century", Boletim do Instituto Historico de Ilha Terceira, IXLV, num. 2 (1987), pp. 1365-1382.

³⁶ Nos remitimos a M. GREENGRASS, France in the age of Henri IV. The struggle for stability, London 1984, pp. 26-29. Sobre la actitud de los jesuitas, A. L. MARTIN, Henry III and the jesuit politicians, Geneve 1973, *passim*.

³⁷ Una exposición de las posturas en Consejo de Estado en la carta del embajador francés de 29 de febrero de 1584 (A. MOUSSET, op. cit. pp. 25-31). El 21 de abril, el diplomático informaba de la decisión del monarca de no seguir los consejos de Granvela, favoreciendo en cambio al Duque de Montmorency para potenciar la intervención indirecta (*ibidem*, p. 57).

La actividad de Zúñiga e Idiáquez en asuntos militares revistió asimismo características especiales derivadas de su posición. Durante los primeros meses su participación en Consejo de Guerra (que había dejado en Portugal a Juan de Ayala³⁸) fue mínima, debido a su presencia continua en el entorno dinámico del monarca. En estas condiciones, el Consejo atravesó una seria crisis en su funcionamiento debido a la rivalidad, que vimos iniciarse en Lisboa, entre los dos miembros que, en Madrid, entraban de forma regular, el Marqués de Aguilar y don Francés de Alava³⁹; además, prosiguió con sus labores de asesor legal Rodrigo Vázquez de Arce⁴⁰ en tanto que Juan Delgado ejercía la secretaría. Pero la situación del secretario de la Guerra se complicaba a ojos vista. La presencia del secretario de Estado en el reducido séquito del monarca le permitió iniciar, desde el otoño de 1583, una práctica que en un principio y debido a la novedad el propio Felipe II debía indicar al viejo secretario de la Guerra: "Todo lo que vimos ayer he dado a Juan de Idiáquez y díxele lo que me parece

³⁸ Una carta desde Lisboa, en agosto de 1588, en BL. Add. 28.348, fol. 284. La composición del Consejo durante este período la refiere el embajador veneciano, Matteo Zane: "Consiglieri di guerra sogliano esser quelli che ritornano da ambascierie, come don Francesco d'Alava, generale del l'artiglieria, che e stato ambasciatori in francia, e don Gio. Idiaguez, che lo e stato in Venezia; oltre che in questo consiglio intervengano i medesimi consiglieri di stato. Secretario e don Gio. Delgado, in buona opinione del re perche prende in se molte colpe a sovellamento de S.M." (ALBERI, op. cit. XIII, p. 360).

³⁹ El 15 de mayo escribía Juan Delgado al monarca: "Y aunque en el Consejo aquí ay pocos, abienense mal que para resolberse las materias abría cada uno de dezir su parescer. Y esto causa la poca conformidad que ay entre ellos, que va cresziendo más cada día, como dixé a V. Mag. en Lisboa. Y habiéndose tratado en Consejo lo de la gente que avía de yr la jornada y lo de la presión del teniente de don Francés, subcedió después de salido don Francés hablarme muy largo el marqués de Aguilar, diziendo que va al Consejo muy contra su voluntad y asy parece porque en algunas cosas no quiere hablar, diziendo que siendo el mas antiguo del Consejo de Estado no se le da autoridad para ordenar lo que ally se deve hazer, y otras muchas cosas a este propósito. De lo que yo le dixé que yo esta vez avía dado quenta a V. Mag. Y que entrando ally otros tenían boto yqual y que asi no devía hazer ninguna demostración y replicando mucho a ello le dixé que yo no hablaría más en ello a V. Mag., que él me podría scrivir un billete de lo que pretendía (...), y que siendo servido es necesario mirar en el remedio...", a lo que respondió Felipe II: "Hasta agora no ha venido el billete que aquí decís y es así lo mejor. Y yo boy mirando todo esto y creo daré en esa forma conque cese mucho dello. Y quizá todo como os diré algún día plaziendo a Dios y entretanto que yo llevo procurad que se haga todo bien y no les junteis sino con lo que no se pueda escusar" (AGS. GM, leg. 154, n° 293; citada y transcrita en parte, en inglés, por I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 711). Con todo, el 26 de junio Delgado volvía a informar de un roce entre ambos consejeros, a propósito de un asunto de justicia (*ibidem*, n° 316), que Felipe II resolvió dejándolo en manos de Rodrigo Vázquez.

⁴⁰ Ejemplos en AGS. GM, leg. 154, nums 316, 338, 339, 364, 434; IVDJ. Envío 55, caja 72, carpeta 8, n° 142.

sobrello, para que lo scriva..."⁴¹; esto es, Idiáquez se colocaba como intermediario de los negocios militares entre el soberano y el secretario de la Guerra.

Y si Juan de Idiáquez sustraía a Delgado el contacto personal con el soberano, o lo que es lo mismo, gran parte de la capacidad de maniobra en los entresijos del gobierno, en el nivel de organización administrativa el viejo secretario encajaba asimismo las estocadas provenientes de Mateo Vázquez con el concurso de Antonio de Eraso. El secretario del Consejo de Indias había sido la revelación de la jornada portuguesa -aunque le hubiera salido cara al bolsillo⁴²- gracias al apoyo de Mateo Vázquez, respaldo que continuó con el regreso a Castilla. Así, el 28 de abril de 1583 Vázquez le indicaba que debía seleccionar los organismos a los cuales enviar la correspondencia (filtro de información que abría una importante puerta de influencia)⁴³, y poco después comenzaba a animarle a emitir su propia opinión en los negocios consultados⁴⁴. Eraso, por su parte, proseguía con su costumbre de poner en evidencia a Juan Delgado ante el rey a la menor ocasión, por asuntos de gestión ordinaria en materias comunes a sus ministerios⁴⁵. En estas condiciones el secretario de la Guerra, sobre quien pesaba además una visita desde la caída de Antonio Pérez, comenzó a pensar en la retirada. Al poco del regreso de la Corte solicitó y

⁴¹ Respuesta del rey a un billete de Juan Delgado (AGS. GM, leg. 154, n° 404); parecidos términos en *ibidem*, nums 407, 422. Véase además leg. 147, n° 17; leg. 154, nums. 384, 404, 423.

⁴² El secretario salió de Lisboa empeñado en 2.000 ducados, tras haber gastado más de 8.000 (AGS. GM, leg. 143, n° 53).

⁴³ Ese día escribía Vázquez a Eraso que "...de aquí adelante creo que sería ganar tiempo avisar v.m. siempre donde se hubieren tratado los negocios de las cartas que vinieren a manos de v.m." (AGS. GM, leg. 169, n° 308); repetía el aviso el 5 de mayo (*ibidem*, n° 403), a lo que respondía Eraso el 16 de mayo "En las cartas que enviaré de aquí adelante a v.m. advertiré como lo manda en que consejos y juntas se a de ver y ya lo empecé a hazer con el passado...", añadiendo "el calor de aquí es grande y las juntas son temprano, no faltará alguna modorra" (*ibidem*, n° 401).

⁴⁴ El 15 de mayo, desde Aranjuez, escribía Vázquez a su protegido, "Su Mag. quiere saber lo que parecerá a v.m. que será bien responder a los dos capítulos primeros de la consulta que aquí va, pues save v.m. lo que ha passado" (AGS. GM, leg. 153, n° 126; parecidos términos en *ibidem*, nums. 234 a 236). El 5 de junio Vázquez alagaba a Eraso: "Muy buena maña se da v.m. en todo esto y los demás negocios, de que estoy muy contento, viendo a nuestro amo tan satisfecho dello como es razón" (*ibidem*, n° 142).

⁴⁵ Véase el billete de Eraso al rey, el 13 de mayo de 1584, en BUS. Ms. 2657, n° 140.

obtuvo la presencia de su hijo Agustín⁴⁶ entre los oficiales de su oficina, con el objetivo de ayudarle en el trabajo y adquirir la formación necesaria para una eventual sucesión en el cargo⁴⁷.

Juan Delgado se vio desplazado asimismo por Idiáquez y Eraso en las dos juntas más importantes que, en el ámbito de la guerra, se reorganizaron tras la vuelta de Portugal⁴⁸. Por lo que toca a las Indias, en agosto de 1583 Felipe II decidía la formalización de una junta para temas generales (formada por consejeros de Indias, Castilla y Hacienda)⁴⁹, pero el tratamiento de los asuntos militares de aquella zona debió aguardar mejor ocasión para ponerse en marcha, que fue cuando, dos meses más tarde, en octubre, se recibía una carta del gobernador de Puertorrico que avisaba de la presencia de corsarios en

⁴⁶ Agustín Delgado comenzó a servir como soldado en la guerra de las Alpujarras. Se halló presente en las campañas del Mediterráneo y tuvo varios cargos en el reino de Nápoles ("soldado, capitán y gobernador"). En la invasión de Portugal fue capitán, al frente de los arcabuceros pagados por Palencia. Desde 1583 ayudó a su padre en la secretaría de la Guerra, y le sustituyó en parte durante sus retiradas y en la jornada de Monzón. Participó asimismo en la campaña de Aragón de 1591 y en 1598 le encontramos con el cargo de establecer la milicia general en la ciudad de Granada (AGS. GM, leg. 527, n° 160). Véanse unas relaciones completas de sus servicios en sendos memoriales, uno elaborado en mayo de 1596 para solicitar la plaza de veedor general de las Galeras de España e Italia (que no obtuvo; AGS. GM, leg. 466, n° 252); el segundo para pedir merced en junio de 1597 (AGS. GM, leg. 499, n° 100).

⁴⁷ El mismo Juan Delgado agradecía la merced a Felipe II en billete de 9 de octubre de 1583 (AGS. GM, leg. 154, n° 387), justificando la tardanza por el deseo de hacerlo en persona. En efecto, ya en una misiva que recibió Delgado desde Lisboa en julio, leemos: "Mucho me he holgado de la venida ay del señor don Agustín y que su Mag. aya ya dado licencia para que le comience a servir. Ha sido muy acertado que comience a trabajar y a descargar a v.m. pues no tiene mas de ese hijo y ha trabajado para él y así se podrá vivir con descanso..." (AGS. GM, leg. 147, n° 39). Parecidos términos en *ibidem*, n° 247 y en AGS. GM, leg. 148, n° 37 ("Doyle el parabien de que el sr. Agustín entre en los consejos de Guerra y Hacienda y muy presto le pienso dar de que tenga el título de todo"). Véanse muestras de la actividad de Agustín durante estos meses en AGS. GM, leg. 162, nums. 1 a 4 y leg. 164, n° 3.

⁴⁸ Otras juntas que vimos funcionando la década anterior parece que languidecieron en su actividad; tal fue el caso de la *Junta de Milicias*, pues el 12 de mayo de 1584 escribía Mateo Vázquez al rey que "El Conde de Barajas dize que convendrá nombrar V. Mag. más personas para la junta de milicia, por no aver agora en Madrid más que el Marqués de Aguilar y Juan Vázquez" a lo que respondió el monarca, "Esto me acordareis y sabreis lo que parecera" (AZ. Carpeta 147, fol. 9).

⁴⁹ Que eran Rodrigo Vázquez, el licenciado Gasca, Francisco de Garnica, Agustín Alvarez y Antonio de Eraso (Mateo Vázquez a Eraso, 18 de agosto de 1583, AGS. GM, leg. 154, n° 234). Esta junta recibió desde el primer momento una amplia base institucional, pues las visicitudes para su alumbramiento incluyeron una cédula real, que especificaba los días de reunión (miércoles de dos a cuatro de la tarde, y domingos y fiestas por la tarde) así como la obligación que tenían los consejeros de señalar las consultas. La junta comenzó a reunirse el 25 de septiembre, estudiando el tema de los azogues. Para este proceso, véanse los billetes cruzados entre Mateo Vázquez y Antonio de Eraso en AGS. GM, leg. 154, nums. 108, 115, 116, 121, 148, 150, 151, 153, 161, 169, 231, 233, 234. Esta junta es la que E. SCHÄFER, op. cit. I, pp. 168-169 denomina "Junta de la Contaduría Mayor".

sus aguas⁵⁰. Para su estudio, Felipe II ordenó de nuevo la reunión de un consejero de Guerra (Francés de Alava) con el presidente interino del Consejo de Indias (Gasca de Salazar), y los secretarios de ambos organismos (Juan Delgado y Antonio de Eraso). Este mandato se situaba en la trayectoria iniciada en la década anterior y adaptada en Portugal a los parámetros imperantes en aquel reino, por la que determinados personajes de ambos consejos eran citados para el estudio de problemas concretos. Sin embargo, en esta ocasión la *junta* adquirió cierto grado de permanencia a medida que se presentaron más asuntos sobre su mesa⁵¹, evolución que la llevó a ser conocida transitoriamente, en el período que nos ocupa, como "Juncta donde se tractan las cosas de Santo Domingo"⁵², aunque ya en 1586 había fijado su denominación, "...la que llaman de Puerto Rico, que es Consejo de Guerra de las Indias"⁵³. Así, un año después de su recomposición, en octubre de 1584, su plantilla se había incrementado de forma notable con la presencia de Hernando de Vega (desde su nombramiento como presidente de Indias en junio de ese año), Juan de Idiáquez y el doctor Santillán, con Eraso como figura

⁵⁰ En AGS. GM, leg. 157, n° 114 se halla la carta del gobernador, enviada por Antonio de Eraso al rey el 15 de octubre con la siguiente nota: "Esto es negocio de mucha consideración y conviene mirar luego en el por personas de los consejos de Indias y Guerra...", a lo que contestó Felipe II por mano de Mateo Vázquez, "Podranse juntar a verlo don Francés y Delgado por lo de la Guerra y Gasca y vos y assí lo concertareis de mi parte. Ya me ha consultado el Consejo sobre ello y les aviso de la junta que aquí digo"; E. SCHÄFER, op. cit. I. p. 170 se ocupa de la creación de esta *junta*, a partir de la consulta del Consejo de Indias citada por Felipe II, que se conserva en AGI. El 23 de octubre Eraso escribía a Francés de Alava para concertar la reunión (AGS. GM, leg. 154, n° 132). Sobre la *Junta de Puertorrico*, véase L. A. PINELO, "Real Junta de Guerra de Indias. Su origen, forma y jurisdicción" (manuscrito de 1659, en AGI. Audiencia de Lima, leg. 476, pp. 18-19; pub. por HANKE, L. en Revista Chilena de Historia y Geografía, num. 91, julio-diciembre 1937; y el estudio más moderno y completo de J. C. DOMINGUEZ NAFRIA, "La Junta de Guerra de Indias", Temas de historia militar: ponencias del II Congreso de Historia Militar (Zaragoza 1988), pp. 80-115.

⁵¹ Como señala A. L. PINELO, op. cit. p. 201: "El principio que la Junta de Indias tuvo, fue averse formado otra temporal para fortificación de la isla y ciudad de s. Juan de Puerto rico en la qual con algunos del Consejo de Indias, entraron otros del de guerra por pedirlo assi las materias que se avían de tratar. Resolvieronse en ella las propuestas de Puerto rico y luego las de diferentes puertos, como fueron el de la Havana, el de Cartagena, el de s. Juan de Ulua, el de S. Domingo...".

⁵² Se hallarán noticias de esta *junta*, entre diciembre de 1583 y junio de 1584, en BUS. Ms. 2.657, nums. 15, 121, 126, 127, 133, 201, 203, 220; AGS. GM, leg. 173, nums. 212, 408, 415, 417 ("...lo llevé el lunes a la juncta donde se abla en las cosas de Puerto Rico y Santo Domingo, y estando presentes don Francés de Alava, el licenciado Gasca y don Juan de Idiáquez..."), 420, 421, 423, 495 (con la presencia de Rodrigo Vázquez y Francisco de Garnica); más referencias en este período en AGS. GM, leg. 169, nums. 309 y 466.

⁵³ Carta de Hernando de Vega a Mateo Vázquez, 24 de febrero de 1586, en AZ. Carpeta 137, n° 57.

destacada⁵⁴.

Seguía en funcionamiento además la *Junta de Galeras* donde, con Delgado a cargo de los papeles, compartían asiento el Marqués de Aguilar, el comendador mayor Juan de Zúñiga, Francisco de Garnica, el Tesorero Juan Fernández de Espinosa⁵⁵, y el que hasta junio de 1584 fue presidente de Hacienda, Hernando de Vega. Su actividad se centró en los inicios de 1584 en la vieja discusión sobre las galeras "...si es mejor traerlas por administración o dallas por asiento"⁵⁶. Por la misma época el Consejo de Guerra, formado por el Marqués de Aguilar, Juan de Zúñiga, Francés de Alava y Juan de Idiáquez discutía como habría de emitirse el título e instrucciones de capitán general de la mar para Juan Andrea Doria⁵⁷, aprovechando para discurrir sobre la defensa marítima en general⁵⁸ y, asimismo, reorganizaba ciertos aspectos de la infantería⁵⁹.

La mayor actividad del Consejo de Guerra, tras la crisis atravesada a mediados de 1583, así como la consolidación de las *juntas* que hemos apuntado, fueron procesos que se fundaban en la necesidad de

⁵⁴ El 26 de octubre de 1584 escribía Eraso a Hernando de Vega, que accedía a la *junta* en su calidad de recién nombrado presidente del Consejo de Indias: "Yo ya dixé a V. Sa. de la manera que nos asentavamos todos en esta Juncta, y el lado que tenía don Francés y que lugar, y agora no parece que aya por que hazer novedad, pues V. sa. tomando el suyo de la cabecera le a de tomar junto a sí en el lado derecho, y tras él se sentava don Juan de Idiáquez y luego el secretario Delgado, y a la mano izquierda frontera de la pared tenía el primer lugar el señor licenciado Gasca y luego yo, pero agora a de intervenir el señor doctor Santillán que averá de estar en medio..." (AGS. GM, leg. 173, n° 522).

⁵⁵ Sobre este personaje, véase C. J. CARLOS MORALES, "Finanzas y relaciones clientelares en la Corte de Felipe II: Juan Fernández de Espinosa, ministro y banquero del rey", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996, pp...

⁵⁶ Véase la consulta de la *junta* de 4 de febrero de 1584 (AGS. GM, leg. 175, nums. 87 y 88; borrador en AGS. GM, leg. 173, nums. 452 a 454; I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., cap. 6 se ocupa de la administración de las galeras, y en concreto pp. 215-216 para las reuniones que aquí citamos); más actividad de la *Junta de Galeras* en este período en AGS. GM, leg. 175, nums. 63, 92, 129, 137, 138.

⁵⁷ AGS. GM, leg. 175, n° 66.

⁵⁸ Actividad observada por el embajador francés: A. MOUSSET, Depeches diplomatiques de M. de Longlee, resident de France en Espagne 1582-1590 (Paris 1912), pp. 14-15 y 18, donde leemos "Ce pendant le conseil de guerre est occupe a la reformation des gallaires et de toutes les affaires de la mer et a faire nouveau reglement pour le faict de la guerre en general".

⁵⁹ AGS. GM. LR. 42, fol. 1: "Orden que su Mag. manda se guarde y tenga en la election de soldados y personas particulares que pretenden servir en las compañías de infantería", 15 de enero de 1584.

preparar la jornada de Monzón pero, en realidad, se trataban de los primeros indicios que anunciaban la culminación del viraje en la concepción del sistema. La impresión de que Felipe II necesitaba descargarse del peso agobiante de los asuntos de gobierno era perceptible incluso para el embajador francés pero, a despecho de la información recogida por el diplomático, el soberano no optó por potenciar el Consejo de Estado para ayudarle ni llamar (en este momento) a su sobrino, el Archiduque Alberto⁶⁰. Desde los inicios de 1584 Felipe II tendió efectivamente a aligerarse de la carga de la dirección cotidiana de la monarquía, de forma paulatina pero sostenida, en los personajes que le eran más próximos. Así, Mateo Vázquez imponía su dominio en Hacienda, Ordenes, Indias y asuntos eclesiásticos; pero el archisecretario se hallaba muy cercano además al Conde de Barajas, presidente del Consejo de Castilla, y al Conde de Chinchón, que ejercía su influencia en asuntos de Italia y Aragón⁶¹. Por el contrario, no tenía Vázquez la misma relación con Cristóbal de Moura, que manejaba los temas portugueses, y con Juan de Idiáquez, al frente de los asuntos militares. En materia de Estado, hacia el mes de mayo Granvela era apartado ya de forma ostensible de gran parte de sus responsabilidades políticas⁶², en beneficio de Idiáquez y Juan de Zúñiga.

Estos ministros comenzaron a controlar la documentación emitida por los organismos (consejos y juntas) que actuaban en el ámbito que les era propio⁶³ y que tuvieron a su vez significativas

⁶⁰ En carta al rey francés de 30 de junio, Longlee afirmaba: "... a donee argument a beaucoup de juges que le dict roy seroit force de ce descharger d'affayres, d'appeler le cardinal qui est en Portugal et fere cinq ou six des plus grands d'Hespaigne du Conseil d'Estat pour prende le maniemment des affayres, et que le dict cardinal seroist chef du dict conseil; mail cèst chose que demeure ainsi, sans passer plus avant" (A. MOUSSET, op. cit. p. 88).

⁶¹ Véase nuestro trabajo "La nobleza cortesana...", p. 244.

⁶² M. VAN DURME, op. cit. pp. 365-366.

⁶³ Forma de actuar que resultaba ya patente para los observadores en el verano, pues el 29 de julio el embajador francés daba cuenta de la misma: "Il (Felipe II) est a Saint-Laurens-le-Real, avec un secretaire d'estat et quelques autres ministres, auxquels ceulx de tous ces conseilz de deça (Madrid) adresient les affayres de leurs charges pour les communiquer a sa Majeste Catholique..." (A. MOUSSET, p. 104). Una visión interna del sistema nos la proporciona Mateo Vázquez un mes más tarde, en carta al Conde de Barajas de 20 de agosto: "Su Mag. ha visto la consulta que aquí va, y por si V. Il. se sirviere de que se excuse junta, por estarse oy viendo por todos los papeles que ha traído el ordinario, dire aquí mi parecer, y Paredes podrá luego saber los de los señores Conde de Chinchón y don Juan de Idiáquez, de cada uno de por sí, y dezir V. Il. el suyo, y ir la respuesta con este ordinario de Portugal que passará por Madrid" (AZ. Carpeta 147, fol. 260; se acompaña de los pareceres de los 4 ministros).

modificaciones acordes con la nueva situación. En el mes de junio de 1584 Hernando de Vega pasó a la presidencia del Consejo de Indias y Rodrigo Vázquez fue nombrado presidente del Consejo de Hacienda, en sustitución del anterior; a partir de entonces, al tiempo que empezó a entrar en *Junta de Galeras*, declinó sus funciones de asesor legal del Consejo de Guerra en el consejero de Castilla Jiménez Ortiz⁶⁴, traspaso que nos ha procurado una relación precisa sobre las tareas del oficio, en la línea de consolidación jurisdiccional en la que se hallaba inmerso el Consejo⁶⁵. Por las mismas fechas Juan Delgado, con salud quebrada⁶⁶ y su visita a punto de dilucidarse⁶⁷, insistía en su retirada y a principios de septiembre recibió una licencia de dos meses⁶⁸; con todo,

⁶⁴ La carrera en estos menesteres del licenciado Agustín Jiménez Ortiz la encontramos resumida en una petición de su viuda, que originó una consulta del Consejo el 16 de junio de 1598: "...sirvió en el Consejo de Guerra desde el año 1584 hasta el 94 que murió" (minuta en AGS. GM, leg. 526, n° 114; original en leg. 527, n° 109). El 26 de octubre de 1584 encontramos ya señales de su actividad en Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 167, n° 26). Los tres últimos años de su vida, como decano que era del Consejo de Castilla, sirvió el cargo de presidente pues tras la retirada del Conde de Barajas "el Rey, escarmentado, suspendió años el darle sucesor" (L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 474 y IV, p. 128).

⁶⁵ "Lo que toca al asesor del Consejo de Guerra", 2 de septiembre de 1584, fue elaborado (y anotado de su propia mano) por Rodrigo Vázquez, a fin de transmitir a su sucesor de la forma más clara posible sus nuevas tareas (AGS. GM, leg. 173, n° 395). Poco antes, el 24 de julio, se nombraban dos alguaciles (Juan Velázquez y San Juan) para servir en el Consejo en relación con asuntos de justicia, con 12.500 maravedíes de salario al año (AGS. GM, leg. 212, n° 177).

⁶⁶ Noticias de la frágil salud de Delgado en AGS. GM, leg. 163, nums. 110 y 121.

⁶⁷ El 18 de agosto de 1584, en carta a Juan de Idiáquez, Delgado comentaba el estado de la visita: "...últimamente me embió a decir que su Mag. decía que se acabase la visita. Yo e respondido a mis cargos, y hecho aquí y fuera de aquí donde a combenido tales descargos que se entenderá por ellos la maldad de los que han querido calumniar mi limpieza y verdad, y lo tiene y se ha entregado ya todo al Comisario General. Solo falta una respuesta de Orán (...) con la qual en lo que toca a mi, no me quedará que hazer, sino quando su Mag. fuere servido nombrar jueces y que se sentencie, y para la sentencia no será necesario estar yo presente" (AGS. GM, leg. 165, n° 189). Unos meses antes, el 16 de mayo, anotaba Mateo Vázquez al margen de un billete de Eraso: "...y ya parece que sería razón dar fin a visitas que tanto ha que duran y tanto dan que dezir" (AGS. GM, leg. 169, n° 396) y el 16 de junio aludía de nuevo a estos procesos "grandes cosas nos dicen por aca de cargos de secretarios y que no se habla palabra de v.m. ni de mi" (AGS. GM, leg. 163, n° 189). No hemos hallado la documentación de esta inspección, y las referencias son mínimas: en diciembre de 1583 una carta de Andrés de Alva nos informa que en la visita de Delgado entendía el alcalde Valdivia (AGS. GM, leg. 152, n° 75); en 1596 un oficial de Delgado, que aspiraba al puesto de solicitador, alegó como mérito no habérsele encontrado cargo "...en la visita que se tomó al secretario Delgado y sus oficiales" (AGS. GM, leg. 466, n° 68); además, I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", p. 712 cita un documento de BL. que alude a la visita como finalizada en septiembre de 1583, aunque ya hemos comprobado que es fecha demasiado temprana.

⁶⁸ Delgado estuvo ausente desde principios de septiembre hasta la primera semana de noviembre. A este respecto, véanse las cartas de Delgado a Antonio de Eraso, una el 26 de agosto sobre las recomendaciones que había recibido de los médicos (AGS. GM, leg. 165, n° 188) y otra el 3 de septiembre, agradeciendo las gestiones para la licencia que ya había sido concedida (AGS. GM, leg. 166, n° 217). Mateo Vázquez se congratulaba del permiso de Delgado: "Delgado tiene gran razón de yr contento y

a pesar de sus deseos, no fue sustituido por su hijo Agustín -miembro de su oficina y que como tal se distinguía en el manejo de papeles, pero que carecía del título de secretario- sino por Gabriel de Zayas⁶⁹. Fue durante esta suplencia cuando el Consejo de Guerra inició una práctica que nos presenta un síntoma claro de su institucionalización: los consejeros empezaron a rubricar las consultas y a señalar las cédulas emitidas por la vía del Consejo⁷⁰, trámite éste último abandonado desde 1560, en la época de Francisco de Eraso⁷¹.

Es precisamente el contraste entre la carrera del gran secretario madrileño y la de su hijo lo que nos permite constatar los profundos cambios que había sufrido el gobierno felipino en los 25 años que les separaban. Antonio de Eraso, como hiciera su padre con Ruy Gómez de Silva, adivinó las próximas mudanzas y comenzó a cultivar nuevas y más provechosas relaciones políticas. De esta época data el fortalecimiento de sus vínculos con la persona que controlaba los

tuviera la mayor si fuera la licencia de más que los dos meses, por su edad y lo que importa tener tiempo para ocupar lo del alma..." (billete a Hernando de Vega en AZ, carpeta 140, n° 33).

69 El doctor Villafañe escribía el 18 de septiembre a Agustín Delgado: "Por la última del secretario Delgado e entendido como su Mag. le avia dado licencia para yr a Palenzia por dos meses y que la partida sería luego, y vm. quedava en su lugar durante su ausencia..." (AGS. GM, leg. 166, n° 55). De esta época (11 de mayo) data una interesante relación de los derechos que cobraba el secretario de la guerra, sacada por un oficial de la secretaría por orden de Delgado, a todas luces con la intención de preparar la sucesión en el oficio (IVDJ. Envío 95, caja 137, n° 94). Con todo, el 13 de septiembre Agustín Delgado se quejaba a Idiáquez de las atribuciones recibidas: "Con la carta que v.m. escribió a mi padre y la copia de la que bino para mi cerca de la orden que su Mag. es servido se tenga en el exercicio deste officio le despaché luego correo en diligencia, y aunque no he tenido respuesta ni orden suya de lo que devo hazer y fuera justo que la aguardara pareciendome que no lo es que por esta causa se entretenga lo que toca al servicio de su Mag. me he rresuelto de cumplir y obedecer lo que se me manda y aunque es cosa que nunca ha hecho ninguno de mi calidad y que en los otros tribunales donde se señalan los despachos y consultas en que concurren tanta gravedad de personas, lo hazen los officiales de los mismos exercicios y aun ay algunos en que no lo hazen los officiales más antiguos. Pero he querido vencer en mi porfía y que quiebre sobre mi reputación a trueque de que no me notten de ynobidiente" (*ibidem*, n° 295). Efectivamente, el secretario encargado de refrendar cédulas y provisiones de Guerra durante estos meses fue Gabriel de Zayas (AGS. GM, LR. 39 y 40). Correspondencia entre Idiáquez y Agustín Delgado por estas fechas, en relación con asuntos militares, en AGS. GM, leg. 166, nums. 6, 7, 265, 292 a 295; leg. 167, nums. 23 a 26, 28 y 30; leg. 168, n° 91; leg. 175, n° 125.

70 Como resalta I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 713, la primera consulta de este tipo, rubricada el 28 de septiembre por el Marqués de Aguilar, Juan de Zúñiga y Francés de Alava (contestada por Idiáquez en nombre del rey el 6 de octubre) se halla en AGS. GM, leg. 173, n° 442; más consultas en *ibidem*, nums. 409, 443, 444. También señala el hispanista inglés la localización de la primera cédula señalada por el consejero "semanero" en AGS. GM, leg. 173, fol. 168.

71 Véase *supra*, p. 105. Recordemos además que estas funciones habían sido solicitadas sin éxito por Francisco de Ibarra en 1572 (véase *supra*, p. 155).

papeles de Estado y Guerra, Juan de Idiáquez⁷². Buscaba Eraso apoyo más seguro en el entorno del rey respecto a una materia en la que Mateo Vázquez disponía de escasa influencia, y para ello no dudó en involucrar al secretario de Estado en áreas que, en principio, le eran extrañas, como la hacendística⁷³. Empero, si Francisco de Eraso había consolidado antaño su preeminencia procurando la debilidad de las secretarías de Estado y Guerra (ocupadas por adversarios políticos) y la inactividad de los Consejos, en un período donde la coincidencia entre ejercicio jurisdiccional y ejecutivo permitía a los secretarios acumular influencia política, Antonio vivía distintas circunstancias. La consolidación institucional de los organismos corría pareja a la delegación por parte del monarca de parcelas de gobierno cada vez mayores en determinados individuos, pertenecientes a la nobleza, hecho que terminaba no solo con el esquema de la primera mitad del reinado, sino también con los breves años de prosperidad política que habían vivido los secretarios con la implantación del sistema de *juntas*. Y tenemos dos ejemplos significativos: Mateo Vázquez comenzó a perder terreno claramente desde el regreso de Monzón, pues su preparación y mentalidad le encastillaron en las posiciones que habían favorecido su ascenso en los años setenta, pero que no resultaban las más apropiadas en el último período del Rey Prudente; por el contrario, Juan de Idiáquez dejó la secretaria de Estado en 1587 en manos de sus familiares, y comenzó así la parte más provechosa de su carrera. Resulta imposible adivinar si Antonio de Eraso hubiera sabido adaptarse a los nuevos tiempos, pues no sobrevivió a la jornada aragonesa.

⁷² Compárese el tono de los billetes cruzados entre ambos en el verano de 1583 (AGS. GM, leg. 146, nums. 131 a 133) y aquellos generados desde la primavera de 1584 (en AGS. GM, leg. 162, nums. 7 a 10, 13; leg. 163, nums. 26 a 29, 190; leg. 173, nums. 217, 412, 419, 424 a 428, 434 a 440, etc.) en los que detectamos un tono epistolar que sobrepasa el mero tratamiento de los negocios.

⁷³ Véase el billete de Idiáquez a Eraso, en mayo de 1584, en el que leemos: "Y suplico a v.m. no me meta en correspondencia de materia de hacienda porque no valgo para ello..." (AGS. GM, leg. 173, n° 424). Eraso formaba parte de la *Junta de los Cuatro*, que controlaba el discurrir de las materias hacendísticas por estas fechas (C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., p. 194).

5.3. Cortes en la Corona de Aragón

Felipe II tenía un doble propósito para el viaje iniciado el 19 de enero de 1585, en el que se hizo acompañar de los ministros más importantes: casar a su hija Catalina Micaela con el Duque de Saboya y celebrar Cortes en Monzón⁷⁴. Los fastos cortesanos en Zaragoza (entre febrero y abril) todavía le permitieron a Granvela figurar en primer plano del oropel cortesano, pero el traslado a Barcelona (donde no fue invitado el cardenal) y después a Monzón eliminaron este espejismo. Juan de Zúñiga y Juan de Idiáquez aparecieron ya sin ningún obstáculo como los ministros principales en materia de Estado⁷⁵, con un tema de discusión dominante. Agregada Portugal a la Corona, conquistadas las islas Azores y con la amenaza francesa desactivada (el mismo Enrique III se vio obligado a someterse a las condiciones de la Liga Católica a través del tratado de Nemours⁷⁶ y Bernardino de Mendoza, nombrado embajador en París tras su expulsión de Inglaterra, realizaba una activa y eficaz labor⁷⁷) solo Isabel I preocupaba seriamente a los consejeros del Rey Católico⁷⁸. Las expediciones americanas de Sir Francis Drake a lo largo de 1585 y el apoyo continuo a los rebeldes flamencos (formalizado en el tratado de Nonsuch en el mes de agosto) habían colmado la paciencia de Felipe II, y durante el viaje los embajadores hacían cábalas sobre el momento en que el monarca más poderoso de la

⁷⁴ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 112, detalla el séquito del monarca: "Acompañaron al rey el Consejo de Aragón, con su Vicechanciller el doctor Simón Frígola, y el Cardenal de Granvela con el de Italia, el de Estado y Guerra, Rodrigo Vázquez de Arce, presidente de Hacienda...". Sobre el largo viaje real que ocupó todo el año 1585, véase H. COCK, Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia, edición de Antonio MOREL-FATIO y Antonio RODRIGUEZ VILLA, Madrid, 1876.

⁷⁵ Obsérvese el contraste entre dos comunicaciones del embajador francés, una de 14 de abril, cuando señalaba desde Zaragoza que todos los negocios pasaban por las manos de Granvela, Zúñiga e Idiáquez (A. MOUSSET, op. cit. p. 126); y siete meses más tarde, desde Barbastro el 28 de noviembre, afirmaba que los dos últimos: "...sont ici les premiers aux affaires" (*ibidem*, p. 204). Para el ocaso de Granvela durante estos meses véase M. VAN DURME, op. cit. pp. 367-369.

⁷⁶ E. de BARTHELEMY, "Catherine de Medicis, le Duc de Guise et le traite de Nemours", Revue de questions historiques, 27 (1880), pp. 465-495.

⁷⁷ Para la acción de don Bernardino, véase De Lamar JENSEN, Diplomacy and dogmatism..., caps. IV a VI

⁷⁸ Sobre las relaciones entre la Monarquía hispana e Inglaterra durante este período, véase R. B. WERNHAM, Before the armada: the growth of english foreign policy, 1485-1588, London 1966.

Cristiandad dejaría caer su peso sobre la reina hereje⁷⁹.

El Consejo de Guerra acompañó a Felipe II en la jornada aragonesa. Como cabeza de la administración militar en la península, habría de tomar parte muy activa en los preparativos logísticos de la magna empresa, pero todavía no había llegado el momento de concretar la organización y las incidencias acaecidas durante el viaje son buena prueba de ello⁸⁰. El Consejo siguió controlado por Juan de Idiáquez a través de su función de transmitir las respuestas del rey a las consultas generadas⁸¹, pero el organismo tuvo dos ausencias destacadas, el asesor legal y el secretario. Respecto al primero, Jiménez Ortiz, su falta se justificaba por la necesidad de evitar que una muchedumbre de particulares, con causas pendientes en Consejo, siguiera la estela de la Corte en tan largo viaje. Sin embargo, poco antes de la partida el Consejo de Guerra consultaba al monarca la situación que se crearía pues, síntoma del grado de ejercicio jurisdiccional que había adquirido el Consejo, era previsible el atasco en el despacho de los negocios de justicia⁸². La solución consistió en ordenar que Ortiz y el presidente del Consejo Real, el Conde de Barajas, determinasen en Madrid las causas pendientes mientras durase la jornada⁸³, pero en marzo resultaba patente el fracaso de la medida con la consiguiente acumulación de nuevos pleitos⁸⁴. Con todo, Felipe II no consideró oportuno nombrar un asesor que trabajara en el Consejo durante el desplazamiento, y parece que solo

⁷⁹ Véase, por ejemplo, la carta del embajador francés el 10 de agosto de 1585, desde Barbastro: "...l'entreprise d'Angleterre se doit faire l'anne prochaine; et, encor qu'il y ayt assez de temps pour esclarcir cecy, si ay-je faict quelques diligences par deca pour mieulx juger de cest avis, et se trouve que le mesme se tient entre les principaux chefs de guerre et de marine qui se trouvent a present en ceste Court, ou l'on a observe que, depuis quinze jours, d'ordinaire le conseil de guerre s'assemble" (A. MOUSSET, op. cit. p. 163).

⁸⁰ Sobre la conexión entre las reformas de la administración militar y la génesis de la empresa de Inglaterra, véanse las penetrantes observaciones de I. A. A. THOMPSON, "The Invincible armada", Royal Armada. 400 years, London 1988, pp. 1-2.

⁸¹ Ejemplos en AGS. GM, leg. 178, nums. 69, 309, 319; leg. 180, nums. 129, 137, 140, 143, 241, 243.

⁸² Consulta de 10 de enero de 1585 rubricada por el Marqués de Aguilar, Juan de Zúñiga y Francés de Alava (AGS. GM, leg. 180, n° 105).

⁸³ Una cédula, señalada por el Conde de Barajas el 24 de marzo, en AGS. GM. LR. 40.

⁸⁴ AGS. GM, leg. 180, n° 104, consulta del Consejo de 22 de marzo. Sobre la congestión que causó la jornada real en el despacho de los negocios, véanse las apreciaciones del embajador francés, el 14 de abril (A. MOUSSET, op. cit. p. 125).

las materias más urgentes eran enviadas a Madrid para que fueran vistas por Jiménez Ortiz⁸⁵.

Respecto al secretario del Consejo de Guerra, Juan Delgado, tampoco fue a Monzón. Quedó en Madrid y envió a su hijo Agustín como oficial de la secretaría, a fin de tenerle informado y continuar su proceso de formación⁸⁶, aunque el ejercicio efectivo del cargo quedara en manos de Antonio de Eraso, quien señalaba las cédulas tocantes a Guerra⁸⁷. Pero el viejo secretario insistió en su retirada, que por fin concedió Felipe II a comienzos del mes de septiembre⁸⁸, aunque no llegaría a disfrutar del descanso pues murió el 9 de octubre, al poco de salir de la capital camino de su Palencia natal⁸⁹. Tampoco obtuvo Delgado la satisfacción póstuma de transmitir los oficios a su hijo. Si bien en principio, con la licencia definitiva de su padre, Agustín había quedado a cargo de los papeles⁹⁰, tras el óbito muy pronto fue evidente que no iba a recibir título en propiedad de secretario del Consejo de

⁸⁵ Véase la carta de Jiménez Ortiz, desde Madrid, el 27 de diciembre de 1585 (AGS. GM, leg. 179, n° 202).

⁸⁶ Ejemplos de la actividad de Agustín Delgado durante estos meses en AGS. GM, leg. 178, nums. 275 (29 de julio) y 327 (17 de agosto, consultando a su padre en Madrid ciertos asuntos); AGS. GM, leg. 176, n° 185 y leg. 177, n° 154.

⁸⁷ Desde el mes de marzo es Eraso quien refrenda las provisiones despachadas por vía del Consejo (AGS. GM. LR. 39 y 40).

⁸⁸ El 15 de agosto de 1585 apuntaba el rey a Mateo Vázquez: "Delgado el viejo hace gran ynstancia por retirarse, y creo que combiene y pide el salario en su casa y ayuda de costa y también por su hijo, y combendrá proveer bien aquel oficio" (BL, Add. 28.263, fol. 361; cit. C. RIBA GARCIA, Correspondencia privada..., p. 358). El 22 de septiembre ya informaba Agustín Delgado de la licencia concedida a su padre, y recibió la siguiente contestación alusiva a sus posibilidades de suceder a su progenitor: "...nunca he sido de parescer que hera esto lo que convenía, si no hera quedando v.m. en su lugar, pero de creher es que pues su Mag. manda que continue v.m. los papeles le servirá dello, sino que en este tiempo no se da de una vez lo que es rraçon" (AGS. GM, leg. 178, n° 128). Sobre la ayuda de costa que recibió Juan Delgado, una información oficiosa apuntaba la cantidad de 4.000 ducados y el sueldo de por vida (ibidem, n° 255).

⁸⁹ En carta al Marqués de Santa Cruz de 10 de octubre, Gabriel de Zayas informaba del suceso: "Como en esta miserable vida no ay contento que dure, teniéndolo muy grande Delgado con la mrd. que su Mag. le havia hecho y estando de camino para yrla a gozar a su casa, le sobrevino una fiebre con tales accidentes que le acabó anoche entre las XI y las XII y de allí a dos o tres horas llevaron el cuerpo a su capilla de Palencia, donde no le podrán hacer más mal sus émulo" (AGS. GM, leg. 178, n° 257). En IVDJ. Envío 7, vol. I, fol. 214 hallamos una descripción de parte de los papeles que llevaba Delgado, realizada tras su muerte.

⁹⁰ Véase supra nota 88. A primero de diciembre Mateo Vázquez proponía al rey que fuera Agustín quien sucediera a su padre (pendiente de consulta con Idiáquez, que no debió ser favorable) "...y si no alguna escribanía de rentas"; como alternativas sugería a Antonio de Eraso, Francisco de Garnica, Francisco Duarte, Francisco de Salablanca, Andrés de Prada, Andrés de Alva, Esteban de Ibarra, etc (AZ. Carpeta 142, n° 129). Como veremos, varios de los recomendados por Vázquez alcanzaron finalmente el puesto

Guerra, por lo que a mediados de octubre abandonó Monzón, en busca de porvenir más halagüeño lejos de la Corte⁹¹.

El escogido para la secretaría vacante fue, como era de esperar, Antonio de Eraso⁹², quien culminaba así una etapa más en su constante escalada en la administración felipina de mano de Mateo Vázquez y, más recientemente, de Juan de Idiáquez. Pero las palabras de felicitación de un antiguo secretario de la Guerra, Juan Vázquez de Salazar, habrían de resultar premonitorias al señalar que "...es oficio muy trabajoso para quien trae tan quebrada salud"⁹³. En realidad, el nombramiento había tenido lugar al tiempo que arreciaba la peste en Monzón, epidemia que llevó a la tumba a numerosos personajes de la Corte, entre otros el Marqués de Aguilar el 23 de octubre⁹⁴. El mismo Felipe II enfermó gravemente y, tras recuperarse, partió hacia Valencia donde permaneció varias semanas. Allí encontraron la muerte Antonio de Eraso, a principios de febrero⁹⁵, y don Francés de Alava unas semanas más tarde⁹⁶.

Felipe II entraba de nuevo en su capital a finales de marzo de 1586. El lustro precedente había visto culminar la separación entre la cúpula política, a la vera del monarca en sus viajes continuos, y los

⁹¹ Véase la carta de Agustín Delgado, a finales de octubre: "Yo me partiré de aquí para Madrid el sábado sin falta ninguna" (AGS. GM, leg. 178, n° 268). En noviembre se hallaba ya en Madrid, ofreciendo sus servicios al arzobispo de Santiago de Compostela (AGS. GM, leg. 179, n° 83).

⁹² Felicitaciones por el nombramiento en AGS. GM, leg. 179, nums. 37, 81, 84, 120, etc.

⁹³ Juan Vázquez de Salazar a Mateo Vázquez, 2 de noviembre de 1585 (AZ. Carpeta 242, fol. 176).

⁹⁴ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 143, describe la mortandad provocada por la peste en la villa aragonesa. En la relación de fallecidos considera a Lope de Figueroa como del Consejo de Guerra, aunque no hemos hallado ninguna otra prueba de que este ilustre militar entrara efectivamente en el Consejo; no lo refiere como tal el embajador francés, cuando en carta de 27 de agosto desde Barbastro daba cuenta de su muerte (A. MOUSSET, op. cit. p. 171). También apunta el gran cronista que Antonio de Eraso murió en Monzón, cuando en realidad le llegó la hora en Valencia, y marra asimismo al no reseñar su paso por la secretaría de la Guerra, que considera se transmitió directamente de Juan Delgado a Andrés de Alva y Andrés de Prada (*ibidem*, pp. 202-203).

⁹⁵ Las noticias de los achaques de Eraso son numerosas: el 9 de enero pedía al Conde de Chinchón que le asignara una posada mejor por su mala salud (AGS. GM, leg. 176, n° 168).

⁹⁶ Para la muerte del capitán general de artillería y consejero de Guerra, véase P. RODRIGUEZ y J. RODRIGUEZ, op. cit. pp. 89-90.

técnicos, dedicados al ejercicio del gobierno en sus respectivos ámbitos desde los Consejos situados en Madrid y cuya actividad era controlada por los primeros. Los Consejos de Estado y Guerra, los únicos que acompañaron al rey, terminaron el período con sus plantillas y mecanismos administrativos en situación precaria, pero el nuevo gobierno de la Monarquía había puesto ya las bases para su relanzamiento, proceso que urgía debido a la envergadura de la empresa que se avecinaba, que abrió una etapa de intenso esfuerzo diplomático y militar en Europa.

6.- LA PRIVANZA COMPARTIDA (1586-1598): EL GOBIERNO MEDIANTE LAS JUNTAS POLITICAS

Las crónicas de la época coinciden en señalar que fue tras la grave enfermedad de Felipe II en Monzón cuando éste recibió las primeras sugerencias para formalizar una *junta* que le asistiera en la pesada carga que suponía el gobierno de la Monarquía¹. Sin embargo, las fuentes documentales nos muestran que la aparición de la que acabaría por denominarse, al cabo del tiempo, *Junta de Noche*, no fue un hecho tan definido². Se trató, en realidad, de la progresiva articulación de una situación cuyas bases se gestaron en los viajes que habían mantenido al monarca alejado de los organismos de gobierno, pero asistido por un grupo de personajes que consolidaron su presencia en el entorno del monarca, al frente de determinadas parcelas del gobierno. Hacia finales de 1587 o principios de 1588³, estos ministros dieron en reunirse a la caída de la tarde, en *junta* secreta e informal, con el fin de examinar consultas y correspondencia generadas por algunos organismos de la Monarquía y emitir sus recomendaciones al monarca. Una vez pública su existencia y avanzada la incapacidad de Felipe II, la *Junta de Noche* se institucionalizó desde 1593 con la entrada de nuevos miembros y precisa reglamentación de su funcionamiento. La *Junta de Gobierno* presidiría los últimos años del Rey Prudente, inmersos en plena dinámica sucesoria.

¹ L. CABRERA DE CORDOBA, Felipe II..., III, pp. 144, 218 y IV, p. 61; también A. HERRERA Y TORDESILLAS, op. cit. II, p. 447. Los escogidos fueron Juan de Zúñiga y Juan de Idiáquez (Estado y Guerra), Cristóbal de Moura (Portugal y Hacienda), el Conde de Chinchón (Aragón, Italia, Obras y Bosques), con Mateo Vázquez de secretario, y quizá con la intervención inicial del Conde de Barajas. Ya en nuestro trabajo "La nobleza cortesana...", pp. 247-248 adelantamos una aproximación a esta reunión, a partir de la documentación conservada en IVDJ. Envíos 43 y 45 y AZ. Carpetas 132 a 134. Se ocupa asimismo de esta *junta* D. M. SANCHEZ, El deber de consejo en el Estado Moderno: las juntas "ad hoc" en España (1474-1665), Madrid 1993, pp. 130-138, sin realizar ninguna aportación sustancial.

² Esta evolución puede percibirse, a grandes rasgos, en el documento conservado en BL. Eg. 329, fols. 8 a 10 (pub. por J. A. ESCUDERO, Los secretarios de Estado..., I, pp. 202 a 206.), titulado "Estilo que guardó el Rey nuestro señor D. Phelipe Segundo en el despacho de los negocios, desde que comenzó a valerse del secretario Mateo Vázquez hasta que murió".

³ El hecho de que la existencia de la *junta* comenzara a ser un secreto a voces en noviembre de 1588 (como consultó la propia *junta*, IVDJ. Envío 43, caja 55, n° 23), y si tenemos en cuenta la eficacia de los mentideros cortesanos, nos da un margen ciertamente reducido para calcular el inicio efectivo de las reuniones. La documentación que se conserva comienza en julio de 1588.

La aparición de esta *junta* culminaba -a mi juicio- el proceso de distinción en el gobierno entre el poder político y el ejercicio jurisdiccional. Este último, el gobierno ordinario y la administración de la justicia en sus respectivos espacios, quedó reservado a los diferentes órganos, Consejos y *juntas* especializadas que, precedidos en algunos casos por *visitas*⁴, fueron potenciados y regulados (en ocasiones se trató de una auténtica "fundación") para enfrentar sus nuevas tareas. Fue a partir de entonces cuando se debe fijar el nacimiento del sistema polisinodial a todos los efectos, compuesto por instituciones con jurisdicción definida y número constante de consejeros y oficiales.

La situación en la cúpula política no fue tan evidente y requiere algunas matizaciones. Efectivamente, la novedad respecto a épocas anteriores residía en la aparición de una *junta* de carácter netamente político, que encarnaba la división con el ejercicio jurisdiccional reservado a Consejos y *juntas* especializadas. Pero este espacio de acción política no estaba ocupado solo por las *juntas*, pues su presencia no excluyó el juego individual de los personajes que las integraban. Esto es lógico si tenemos en cuenta que la lenta génesis de la *Junta de Noche* tuvo su punto de partida en el control personal que distintos patronos comenzaron a ejercer sobre parcelas del gobierno, hasta que Felipe II consideró la conveniencia, primero, de que éstos actuaran formando *junta* para el estudio de determinadas cuestiones, y después que ésta asumiera gradualmente la revisión de gran parte de las materias de gobierno. Es decir, el ascendiente de sus miembros se basaba en su posición previa en la Corte y no en su pertenencia a la *junta*, y la estabilidad del sistema quedaba garantizada por el equilibrio resultante del respeto mutuo de las parcelas de poder de cada ministro⁵. Además, no todas las instituciones acabaron por rendir cuentas a la la *Junta de Noche* o a su sucesora, la *Junta de Gobierno*; en este sentido,

⁴ De estas *visitas* da cuenta L. CABRERA DE CORDOBA: los aposentadores del rey, el Correo Mayor, los ministros de hacienda, encargada a Pablo de Laguna (op. cit. III, p. 203; para hacienda, véase además C. J. CARLOS MORALES, *Política y finanzas...*); el Consejo de Ordenes (CABRERA, p. 247), el Consejo de Indias (*ibidem*, p. 316).

⁵ Solo cuando se trataron problemas que afectaban gravemente a la reputación y seguridad de la Monarquía se podía llegar a rebasar este dominio personal (como fue el caso, durante breve tiempo, del Conde de Chinchón y las alteraciones de Aragón; véase nuestro trabajo "La nobleza cortesana...", p. 258).

la ausencia más destacada fue la política exterior, que siempre permaneció oficialmente en manos del Consejo de Estado. De este modo, las *juntas* políticas se centraron en la política interna de las variadas materias y territorios que conformaban el complejo mosaico de la Monarquía. Todo ello nos hace ser muy cautos sobre la efectividad real que tenían estas *juntas* como auténticos cuerpos colegiados de decisión política.

Se trató más bien de un espacio de consenso entre varios personajes (una especie de "privanza compartida") para canalizar ciertas dosis de dominio político previamente adquirido en su relación con el monarca, dosis que ni siquiera eran las más importantes y que, en todo caso, se fueron diluyendo con el tiempo, especialmente a partir de su institucionalización en 1593. En otras palabras, prosiguió la dinámica cortesana de la captación de la *gracia* real y su posterior difusión en forma de influencia política, aunque concebida de forma diferente porque distintas eran las condiciones imperantes, tanto en la forma como en el fondo. En este contexto, carecía de sentido la adscripción faccional de los integrantes de la cúpula política si tomamos como referente los años anteriores. Por un lado, ni Moura ni Idiáquez habían llegado a identificarse por completo con los "partidos" de los años setenta; por otro, es cierto que el Conde de Chinchón y Mateo Vázquez eran cabezas del "partido castellanista" que, tras su victoria sobre los "papistas", había dominado las estructuras de la administración durante el primer lustro de los años ochenta. Pero este grupo, formado en su mayoría por letrados y oficiales, no respondía ya a las nuevas necesidades de gobierno de la Monarquía y quedó relegado a los Consejos y *Juntas* especializadas, apartado en consecuencia del poder político. Es una paradoja que Mateo Vázquez comenzara su declive, al regreso de Valencia, cuando mayor era su influencia en Consejo de Estado a través de sus contactos (Barajas, Quiroga, Almazán), pero que ya de poco le servían; por el contrario, el Conde de Chinchón supo adaptarse a los nuevos tiempos y forjó su propia red clientelar en asuntos de Italia y Aragón, lo que le permitió consolidar una posición política propia en la Corte hasta el final del reinado.

De lo expuesto se deduce ya que el reflejo de esta evolución general sobre los asuntos de Estado y Guerra en particular fue

diferente, pues distinta era la calidad de los negocios. Debido a que el Consejo de Estado, en teoría, no admitía órgano superior en el gobierno, sus consultas nunca fueron formalmente revisadas por la *Junta de Noche* o la de *Gobierno*. Pero este aparente grado de primacía, derivado de su carácter esencialmente político, no benefició al Consejo porque, por un lado, no participó del movimiento general de la administración en pos de la consolidación de los Consejos -no es casualidad que Cabrera de Córdoba escogiera este momento cronológico para reflexionar sobre la falta de jurisdicción y presencia del Consejo de Estado⁶- y siguió en el mismo grado de inconsistencia formal que había tenido desde la época del Emperador; pero es que además el hecho de sustraerse a la sombra de la *juntas políticas* tampoco aumentó su influencia real en el gobierno. En este sentido, aunque sea incierto que el Consejo solo tratara asuntos menores, pues debatió muy intensamente la complicada política europea, no se interrumpió la práctica habitual por la que se le negaba el acceso a la información más confidencial, solo tratada en el círculo íntimo del soberano, circunstancia que en alguna ocasión generó protestas de los consejeros excluidos⁷.

Por el contrario, el Consejo de Guerra, cabeza de la administración militar, era susceptible de encuadrarse en la dinámica general de reforma, posibilidad estimulada de forma muy considerable por una circunstancia externa, como fue la preparación de la Gran Armada contra Inglaterra y, en general, el enorme esfuerzo bélico desarrollado por la Monarquía en varios frentes. Nuevos y expertos consejeros, así como un reforzado aparato de oficina, sirvieron para dignificar su entidad y relanzar su funcionamiento. El proceso de institucionalización del Consejo coronó en 1593, cuando sus consultas pasaron a ser revisadas por la *Junta de Gobierno*, pero con ello se corrió el peligro de provocar fricciones con el ámbito político, como efectivamente sucedió.

⁶ L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, pp. 474-476.

⁷ En consulta de 2 de septiembre de 1589, tratando de la muerte de Enrique III de Francia, el Marqués de Almazán suplicó que "...se sirva su Mag. de que todo el Consejo junto vote las cosas graves y no estando divididos los del" (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

6.1. Los años de la Gran Armada (1586-1592)

Los dos años siguientes al regreso de las Cortes de Aragón estuvieron dominados, desde el punto de vista diplomático, por el intento de resolver la situación con Inglaterra, pues ya se había tomado la decisión de intervenir militarmente para neutralizar su nociva influencia en los Países Bajos. Pero las consecuencias del fracaso de la empresa se dejaron sentir tanto en la Monarquía Católica como en Europa, con la generalización del conflicto bélico.

6.1.1. **El esfuerzo organizativo**

Para poner en práctica la determinación contra Inglaterra se puso en marcha el levantamiento de una poderosa armada, cuyos planes finales incluían la conexión con los Tercios del Príncipe de Parma en una ambiciosa operación conjunta⁸. Ello requería un esfuerzo organizativo desconocido hasta el momento para el gobierno de la Monarquía hispana, cuyo peso habría de recaer en los organismos encargados de estos menesteres. Pero, como hemos visto, Felipe II volvió de la Corona de Aragón con sus Consejos de Estado y Guerra muy mermados, tanto en lo que se refiere a sus plantillas de consejeros como a las

⁸ El tema de la Gran Armada de 1588 contra Inglaterra ha suscitado numerosa producción bibliográfica, especialmente en su cuarto centenario (1988). Algunos de estos estudios han insistido en su repercusión en las estructuras del gobierno. Así, hemos citado ya a lo largo de nuestra tesis doctoral dos excelentes trabajos del hispanista I. A. A. THOMPSON centrados en este punto: "The armada and administrative..." y "The Invincible..."; se hallarán asimismo apuntes muy sugerentes en la obra de G. PARKER y C. MARTIN, La Gran Armada: 1588, Madrid 1988 así como en De Lamar JENSEN, "The spanish Armada: the worst-kept secret in Europe", Sixteenth century journal, XIX, n° 4 (1988), pp. 621-641. Señalar además los artículos contenidos en varios trabajos colectivos: M. J. RODRIGUEZ-SALGADO Y S. ADAMS, eds., England, Spain and the Gran Armada, 1585-1604, London 1988 (destacando en particular el trabajo de I. A. A. THOMPSON "The spanish armada: naval warfare between the Mediterranean and the Atlantic", pp. 70-94) y P. GALLAGHER y D. W. CRUICKSHANK eds., God's obvious design: papers for the spanish armada symposium (Sligo, 1988), London 1990. El cuarto centenario de la armada propició asimismo un importante esfuerzo, todavía inacabado, para publicar las fuentes documentales relacionadas; J. CALVAR GROSS, La batalla del mar océano... Para completar esta breve reseña bibliográfica, las monografías más conocidas sobre el tema (G. MATTINGLY, The defeat of the spanish armada, London 1959; Duque de MAURA, El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible, Madrid 1957, E. HERRERA ORIA, Felipe II y el Marqués de Santa Cruz en la empresa de Inglaterra, Madrid 1946, y C. GOMEZ-CENTURION, La invencible y la empresa de Inglaterra, Madrid 1988); así como dos hipótesis para el caso de que la empresa hubiera coronado con éxito su misión: I. A. A. THOMPSON, "Philip II: what if he had won?", War and society in Habsburg Spain, Aldershot 1992, cap. X; G. PARKER, "Si la armada hubiese desembarcado", España y los Países Bajos..., pp. 184-204. las conferencias de las IX jornadas de historia marítima publicadas en Después de la Gran Armada: la historia desconocida (1588-16..), Madrid 1993.

secretarías. Con Eraso muerto y don Juan de Idiáquez moviéndose ya en una esfera que superaba claramente sus funciones de secretario, las reformas empezaron por estas últimas. De este modo, antes incluso de que el monarca entrara en Madrid, corrían los rumores sobre los nuevos nombramientos⁹: para secretario del Consejo de Guerra se hablaba de Domingo de Zabala, que había servido con Luis de Requesens, en tanto que la de Estado se adjudicaba a Francisco de Idiáquez, oficial de la secretaría del Consejo de Italia y que servía la de Guerra de forma interina tras la muerte de Eraso¹⁰.

Los pábulos respecto a la secretaría de Estado no andaban muy descaminados. Una vez en Madrid, don Juan de Idiáquez comenzó a preparar la transmisión del puesto a determinados miembros de su familia. Así, su primo Martín de Idiáquez, colegial de Salamanca, recibía título de secretario real y era recluido en lugar apartado para iniciarle en el manejo de los papeles de aquella naturaleza¹¹. Al final, la secretaría de Estado volvió a dividirse en el verano del año siguiente entre Martín, que asumió los asuntos de Flandes, Francia y Alemania, y Francisco de Idiáquez, para los de Italia. Al mismo tiempo que dejaba la secretaría, Juan de Idiáquez juraba como consejero de Estado¹².

En realidad, la entrada de Idiáquez en Consejo de Estado cerraba un nuevo ciclo de reconstrucción del organismo. En efecto, con el rey desde Valencia únicamente habían vuelto Juan de Zúñiga y fray

⁹ Gabriel de Zayas a Mateo Vázquez, 15 de marzo de 1586: "...como aqui se dice es ya secretario de Estado Francisco de Ydiaquez y Domingo de Çavala de la Guerra. Hagales buen provecho, que no comeran el pan de balde" (IVDJ. Envío 48, caja 64, n° 50).

¹⁰ Francisco de Idiáquez estuvo refrendando las cédulas de Guerra desde febrero hasta junio de 1586 (AGS. GM. LR. 40; SHM, vol. 8).

¹¹ Una vez más nos informa L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 202, del título de secretario de don Martín, que hallamos en AGS. EMR. QC, leg. 33, fechado a 31 de diciembre. Según L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. IV, p. 270, en 1597 Felipe II le hizo secretario del príncipe.

¹² L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 250; el mismo autor (IV, p. 215) afirma que era primo de Juan de Idiáquez y Comendador de Molinos en la Orden de Calatrava. Secretario desde 1579 (AGS. EMR. QC, leg. 17), venía sirviendo en la secretaría del Consejo de Italia con Gabriel de Zayas.

Diego de Chaves como consejeros en activo¹³, pero ya en Castilla se sumó el cardenal Granvela y, muy pronto, el arzobispo de Toledo e Inquisidor General, Gaspar de Quiroga, que reapareció imbuido de un desmesurado fervor por los "castellanistas". El resto de las entradas, que completaron la plantilla, favorecieron asimismo en apariencia al archisecretario: muy cercano a Mateo Vázquez estaba Francisco Zapata de Cisneros, Conde de Barajas y presidente del Consejo de Castilla, que ocupó asiento en agosto de 1586¹⁴; un antiguo "perecista" reconvertido también a tales posiciones¹⁵, el Marqués de Almazán, regresó de Navarra y comenzó a sentarse en Consejo en diciembre de ese año¹⁶, en tanto que el prior Hernando de Toledo lo hacía en marzo de 1587¹⁷ y Cristobal de Moura en junio¹⁸. Para entonces, se debían contabilizar también las muertes del cardenal Granvela (el 22 de octubre de 1586) y Juan de

¹³ Y Zúñiga era el que se mantenía más cerca del monarca, como apuntaba el embajador francés en carta de 6 de marzo de 1586: "Il y a trois mois qu'il est party de Monson, ou il a tenu les Estats d'Aragon, et, depuis ce temps -la, il n'a en aupres de luy autre de son conseil d'Estat que le Commandeur Mayor de Castille" (A. MOUSSET, op. cit. p. 233).

¹⁴ Corregidor de Córdoba, asistente de Sevilla, mayordomo mayor de Ana de Austria, presidente del Consejo de Ordenes (1580) y del Consejo Real de Castilla (1583), el Conde de Barajas se hallaba muy cercano a Mateo Vázquez. Su participación en asuntos militares data al menos de finales de 1584 (I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 715), y ya en 1586, como consejero de Estado y Guerra entró de forma más regular en Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 190, nums. 379, 389, 390, 392, etc). En marzo de 1591 fue separado del gobierno, muriendo unos meses después (L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., II, pp. 473 y 572).

¹⁵ Así, en febrero de 1589 solicitó sin éxito, con el Conde de Barajas, la entrada en Consejo de Estado del Conde de Chinchón (véase mi estudio, "La nobleza cortesana...", pp. 240-241).

¹⁶ Que es cuando detectamos sus primeras rúbricas en consultas del Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 190, nums. 638 y 639; cit. I. A. A. THOMPSON, "The administrative reform...", p. 715).

¹⁷ Hernando de Toledo, hijo natural del III Duque de Alba, era Prior en la Orden de San Juan de Jerusalén. Sirvió con su padre en Flandes, y entre 1571 y 1579 fue virrey de Cataluña. Participó en la campaña de Portugal en 1580, y en 1587 entró en los Consejos de Estado y Guerra, hasta su muerte en 1591. Solo un estudio, muy insuficiente, se ha ocupado de este importante personaje (A. SALCEDO RUIZ, Un bastardo insigne del Gran Duque de Alba. (el Prior D. Hernando de Toledo), Madrid 1903), y en la actualidad preparamos un trabajo sobre el mismo.

¹⁸ Señala por vez primera en Consejo de Guerra el 15 de junio (AGS. GM, leg. 209). Informa L. CABRERA DE CORDOBA, Felipe II..., III, p. 244, del juramento del noble portugués en Consejo de Estado en el mes de mayo, entrando en consecuencia en el de Guerra. En carta de 14 de julio, desde Coimbra, el Conde de Portalegre comentaba el nombramiento al Marqués de Poza: "El para bien de la plaza del Consejo que su Mag. dio a don Crhistobal me puede V. Señoría dar quando quisiere, porque la amistad de mi parte no puede entiviarse y de la suya menos, porque no le he de tomar cuenta de lo que puede ni de lo que dexa de hacer por mi...", extendiéndose a continuación sobre la calidad de los privados, síntoma de la posición que había alcanzado Moura (BL. Add. 28.377, fol. 9).

Zúñiga (el 17 de noviembre).

El Consejo así reformado en sus componentes¹⁹ siguió tratando -además de abundantes peticiones de particulares²⁰- los principales problemas de la Monarquía. Por ejemplo, el Inquisidor General Gaspar de Quiroga se preocupó de forma reiterada de presentar en la sala el problema morisco, causa de auténtica psicosis en las Coronas de Castilla y Aragón tras la sublevación de 1568²¹; también estudiaron incidentes en la Corte con implicaciones diplomáticas²², la introducción de la milicia general en los reinos²³ o la conducta impropia de algunos Grandes²⁴, pero la política exterior continuó ocupando lugar preeminente en sus sesiones. Con todo, por encima del Consejo se situaron Juan de Idiáquez (que además retenía el control administrativo, pues asumió una tarea similar a la que realizaba en asuntos de Guerra, esto es, transmitir por

¹⁹ L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., III, p. 250, apunta como, tras la entrada de Idiáquez, "Ya parecía que la sala del Consejo de Estado tenía suficiente número de confidentes diversos en hábitos, edades y ministerios...", describiendo a continuación a Gaspar de Quiroga, el prior Hernando de Toledo, el Conde de Barajas, Cristóbal de Moura y Juan de Idiáquez.

²⁰ Carecemos casi por completo de la documentación generada por el Consejo de Estado durante estos años o, si existe, no hemos sabido localizarla. Las consultas más valiosas se hallarán entre las conservadas en AGS. E, leg. 2855 (sin foliar) pertenecientes en su mayor parte a la década de los noventa, así como leg. 2763 (consultas de 1592) y leg. 1783 (minutas de las consultas del leg. anterior). . Además, se encuentran algunos mazos de consultas originales, y minutas de consultas, referidas casi en su totalidad a peticiones de particulares, en AGS. E, leg. 165, nums. 347 a 355; leg. 167, nums. 6, 7, 10 a 56; leg. 170, n° 5; leg. 171, nums. 253 a 258.

²¹ Se conservan seis consultas originales del Consejo de Estado sobre este tema, entre julio de 1588 y enero de 1599, en AGS. E, leg. 165, nums. 347 a 355. Era Quiroga quien presentaba la cuestión, solicitando duras medidas con las que el Consejo, por lo general, se hallaba de acuerdo. Así, en mayo de 1590 el Consejo consultaba la posibilidad de expulsarlos de las ciudades principales y confinarlos en aldeas, empleando a muchos de ellos como remeros; y si esto no funcionare, expulsarlos de Castilla y Aragón y mantenerlos bien vigilados en Granada. En agosto el Conde de Barajas proponía el establecimiento de una *junta* especial para tratar el problema. L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, p. 610, da cuenta de la actividad del Consejo de Estado sobre los moriscos de Aragón. Acerca del tenso ambiente acerca de los moriscos durante estos años, véase A. DOMÍNGUEZ ORTIZ y B. VINCENT, Historia de los moriscos: vida y tragedia de una minoría, Madrid 1978, pp. 57-72.

²² El 29 de octubre de 1588, el Conde de Barajas, Hernando de Toledo y Gaspar de Quiroga rubricaban una consulta acerca de "...la culpa que se pretende que el embajador de Mantua puede tener en la muerte de don Gómez de Silva" (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

²³ El 12 de septiembre de 1589 el Consejo de Estado opinaba sobre una consulta del Consejo de Guerra acerca de una milicia de 30.000 hombres que se pretendía introducir en Castilla (AGS. E, leg. 166, n° 3).

²⁴ Como en 1588, cuando el joven Duque de Alba, confinado en sus tierras, partió sin permiso hacia Lisboa para unirse a la Armada (AGS. E, leg. 165, n° 157).

escrito las respuestas del rey a las consultas del Consejo²⁵) y Juan de Zúñiga, quienes revisaban previamente las consultas, si bien la temprana muerte del segundo permitió a Moura subir a primer plano junto al consejero vasco. Y en política exterior los tres eran firmes partidarios de la realización de la empresa de Inglaterra, que debía permitir solucionar de una vez el problema de Flandes. Con este fin manejaron la diplomacia de Felipe II, pero también supervisaron estrechamente el aparato administrativo castrense que, dentro del proceso general de reforma del gobierno de la Monarquía, sufrió una profunda transformación para encarar el reto que se avecinaba.

El proceso comenzó con la secretaría de la Guerra. Para suceder a Antonio de Eraso Felipe II decidió en junio de 1586 la división del puesto entre asuntos del mar, que se encomendó a Andrés de Alva²⁶, y de tierra, para Andrés de Prada²⁷. El refuerzo institucional que se pretendía quedó manifiesto cuando, por vez primera, ambos

²⁵ Ejemplos en AGS. E, leg. 165, nums. 342, 343; leg. 167 (sin numerar), consultas de 23 de diciembre de 1589, 16 de mayo de 1590, etc. Gabriel de Zayas opinaba en mayo de 1588, que "...Idiáquez camina despacio, mayormente después que tiene a cargo lo de Estado" (BL. Add. 28.363, fol. 217).

²⁶ Andrés de Alva presentaba un amplio historial en cargos relacionados con las fuerzas marítimas, que inició en 1555 (AGS. GM, leg. 145, n° 213). En 1563 obtenía de nuevo la plaza de contador de la gente de guerra de las galeras de Italia para una jornada concreta (AGS. GM, leg. 174, fol. 39) y dos años más tarde era nombrado teniente del veedor general de las galeras levantadas con el subsidio (BNM. Ms. 781, fol. 73); el 29 de julio de 1568 se le daban instrucciones para ejercer de veedor de las galeras de España (AGS. GM, leg. 72, n° 93). Desde el 21 de agosto de 1579 sirvió el oficio de proveedor general de las armadas (que pertenecía al enfermo Juan de Isunza; AGS. GM, leg. 155, n° 143) y, tras una polémica iniciada en Portugal sobre la conveniencia de fusionar su cargo de veedor general de las galeras de España con las de Italia (AGS. GM, leg. 176, nums. 185 a 192) se benefició de la muerte de Isunza -ocurrida el 2 de junio de 1583-, y recibió el título en propiedad de proveedor de las galeras de España (AGS. GM, leg. 146, nums. 21 y 85; leg. 160, n° 90; leg. 176, n° 190; el título, fechado en Zaragoza a 19 de marzo de 1585, en AGS. GM. LR. 40). Por entonces recibía los ataques del consejero de Hacienda Antonio de Guevara, que intentaba implicarlo en la visita que se realizaba a Juan Delgado (AGS. GM, leg. 152, n° 75). En mayo de 1586 fue nombrado secretario del Consejo de Guerra para asuntos marítimos (comenzó a refrendar el 26 de junio, AGS. GM. LR. 40) pero todavía tuvo varias misiones fuera de la Corte: el 9 de julio de 1588 se le encomendaba el abastecimiento de la armada de la Coruña (la Gran Armada; AGS. GM. LR. 46, fol. 136v.) y en 1589 fue nombrado proveedor y comisario general del ejército que se levantó para hacer frente a la agresión de la armada inglesa (AGS. GM. LR. 65, fols. 35v. a 38v.). Murió en 1591.

²⁷ Andrés de Prada había acompañado a don Juan de Austria en todas sus campañas, y posteriormente sirvió con el Príncipe de Parma. El 13 de junio de 1585 recibió título de secretario real y un año después lo era del Consejo de Guerra (AGS. EMR. QC, leg. 7, n° 522). A partir de 1600 se le encomienda la secretaría de Estado para asuntos del norte, que ejerció hasta su muerte en junio de 1611. Algunos datos biográficos en H. LEFEVRE, Le secrétairie d'Etat et de Guerra sous le regime espagnol, Bruxelles 1934, pp. 34 a 36.

recibieron detalladas instrucciones para sus cargos²⁸. El contraste entre sus carreras y la de sus inmediatos predecesores, Eraso y Delgado, era patente en base al binomio especialidad/exclusividad. Felipe II escogió técnicos especialistas en sus materias respectivas, con amplia experiencia sobre el terreno y que, por otro lado, no acumulaban más puestos en la administración. Había terminado de momento la época de los oficiales de luenga carrera en los entresijos del gobierno. Además, se afianzó el aparato de oficina de las secretarías con el nombramiento de oficiales pagados por la Corona (hasta el momento los sirvientes lo eran personales del secretario)²⁹; la plantilla de oficiales del Consejo se completaba con dos escribientes menores, un fiscal, un contador, un relator, un letrado de pobres, un portero y dos alguaciles³⁰, además de un solicitador para gestionar los recursos necesarios ante las instancias pertinentes³¹ (de hecho, el Consejo de Guerra comenzó a presentar cada año de forma regular estimaciones generales del coste de las necesidades militares³²).

Gran parte de este personal se relacionaba con el carácter que tenía el Consejo de Guerra de supremo tribunal de justicia para entender en las causas civiles y criminales en las que se vieran

²⁸ Títulos e instrucciones se encuentran en BNM. Ms. 2058, fol. 14, y han sido transcritos en J. CALVAR GROSS, La batalla del mar océano: corpus documental..., II, pp. 185-187.

²⁹ Que fueron, para Alva, Carlos de Ybarguen y Antonio de Irabien, y para Prada Diego López de Gámez y Juan de Guevara. El primer oficial era nombrado directamente por el rey, en tanto que el segundo lo era a propuesta del secretario (véanse las referencias oportunas en I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 713).

³⁰ La plantilla de consejeros y oficiales puede seguirse en las listas que se confeccionaban de los distintos organismos para repartir velas el día de la Candelaria (un ejemplo, de 1592, en AGS. GM, leg. 368, n° 383); en este año, el contador era Juan de Portillo, el relator el licenciado Paredes, y el portero Francisco de Ayllon. Respecto, al fiscal, en 1588 ejercía como tal el licenciado Ayala (AGS. GM. LR. 46, fol. 88r).

³¹ I. A. A. THOMPSON, "The armada...", pp. 721-722. El nombrado fue Francisco de Oñate y al morir éste, el Consejo de Guerra propuso al rey en enero de 1596 una serie de nombres para sustituirle (AGS. GM, leg. 466, n° 68), entre los que la *Junta de Gobierno* escogió una terna; el seleccionado finalmente fue Pedro de Saravia (IVDJ. Envío 45, caja 58, n° 136).

³² Un antecedente inmediato, en 1586, en el billete de Idiáquez al presidente del Consejo de Hacienda, transmitiendo la decisión del rey acerca de la petición general del Consejo de Guerra para necesidades militares (AGS. GM, leg. 188, n° 272). Las estimaciones para 1588 en BL. Add. 28.376, fol. 56a. Así, el 7 de abril de 1596 Idiáquez preguntaba a Prada si el Consejo de Guerra "...ha dado en principio deste año, como suele, al Consejo de Hacienda relación de todo lo que hasta el fin del es menester, repartido por los tiempos del año en cada parte" (*ibídem*, fol. 113).

envueltos los miembros del estamento militar, prerrogativa que este organismo afianzado defendió con más ardor que nunca frente a instancias intrusas, como la Cámara de Castilla³³. Se creó además el cargo de comisario general, que entre sus atribuciones referidas al control de capitanes reclutadores y comisarios tenía la de juzgar delitos en primera instancia, reservando al Consejo el grado de apelación³⁴. En estas tareas, el Consejo siguió auxiliado por el licenciado Jiménez Ortiz, consejero de Castilla³⁵, y el hecho de que a finales de 1587 su presencia fuera motivo de conflicto de precedencias con los consejeros de guerra, nos ilustra sobre el grado de consolidación que adquiriría el organismo y, de forma paralela, la percepción que, acerca de su autoridad, tenían sus integrantes: "que en su ministerio no es de menos quilates que la que tiene el Consejo Real en el suyo..."³⁶.

En efecto, tras los nombramientos de la secretaría se

³³ Véase, por ejemplo, AGS. GM, leg. 235, n° 86.

³⁴ Minuta del nombramiento con instrucciones en AGS, GM, leg. 235, n° 231. La persona elegida fue Luis de Barrientos (BL. Add. 28376, fol. 46; A. HERRERA Y TORDESILLAS, Historia General..., II, p. 231 se ocupa de este puesto; véase además I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., p. 145). Sobre el papel que jugaron los comisarios en la centralización de la Monarquía y ampliación del poder real, O HINTZE, Historia de las formas políticas, Madrid 1968.

³⁵ Ejemplos de su actuación en AGS. GM, leg. 188, n° 306 (mayo 1587). De esta época data una relación titulada "Lo que el asesor de la guerra suele despachar solo en su cassa..." (AGS. GM. LR. 43, fol. 435).

³⁶ El 8 de enero de 1588 el Consejo consultaba al rey el conflicto creado tras la entrada de Pedro de Velasco quien, llevado de la inexperiencia, comenzó a sentarse detrás de Jiménez Ortiz. Avisado de su error, se intentó razonar con Jiménez para que modificara su ubicación "...y la sustancia de lo que respondió fue que el entraba en el Consejo de Guerra como lo habían hecho los demás que eran del Consejo Real y en el mismo lugar y que como tal y no como asesor debía tener el asiento que los otros habían tenido y el que él tenía al presente que era ni el primero ni el postrero, allanándose en que en cualquier asiento las caveceras de los bancos se habían de ocupar por los del Consejo, y diciendo que así por lo dicho como por la honra que se suele hazer a los que entran de Guerra estimaría que a él se le hiziesse, y esto con palabras de término preccatorio, resolviéndose al fin que de otra manera no entraría al Consejo. Y habiéndose platicado en el sobre esto y entendido que el presidente Rodrigo Vázquez, a quien subcedió Ximénez Ortiz, no tuvo lugar cierto ni señalado, sino que unas veces, muy ymportunado y rrogado, se sentava delante de algunos de los del Consejo y otras detrás de todos como se offrescia, y que el dicho Ximénez Ortiz se sentó siempre mas abaxo de todos los del Consejo hasta que don Pedro de Velasco, por las causas referidas le antepusso así, pareció que era bien dar cuenta a V. Mag. de todo y acordar que si por razón de no aver presidente en este Consejo, como inmediato a la persona real de V. Mag. no tiene ninguno de los consejeros lugar conocido, no ay razón para que la tenga el que no lo es, y el tenerle Ximénez Ortiz precediendo a qualquiera del Consejo, no entrando en el sino como asesor sería en mmucho perjuicio de la auctoridad que V. Mag. a ssido servido darle, que en su ministerio no es de menos quilates que la que tiene el Consejo Real en el suyo..." (rubricado por el prior don Hernando de Toledo, Cristóbal de Moura, Juan de Idiáquez, Juan de Cardona y Pedro de Velasco; AGS. GM, leg. 234, n° 9; minuta en ibidem, n° 7).

produjo de forma inmediata la entrada de dos nuevos consejeros, también con las características de exclusividad (pues no eran del Consejo de Estado) y especialización (expertos, uno en mar y otro en tierra)³⁷: a mediados de julio se presentaba en Consejo, en El Escorial, don Alonso de Vargas³⁸ y, pocos días más tarde lo hacía Juan de Cardoña. A lo largo del año siguiente, el Consejo se nutrió con más incorporaciones, ya fuera de consejeros de Guerra (caso de Pedro de Velasco en agosto de 1587⁴⁰) o bien de consejeros de Estado y Guerra (el Conde de Barajas, el Marqués de Almazán, el prior Hernando de Toledo y Cristóbal de Moura). Tal cúmulo de personajes, algunos curtidos en los campos de batalla y con los conocimientos técnicos necesarios para enfrentar los crecientes problemas militares planteados a la monarquía, acompañados de una bien provista secretaría, reactivaron de forma considerable la actividad del Consejo de Guerra⁴¹. Esta mayor entidad del Consejo hizo posible que asumiera con vigor renovado la defensa de los diversos aspectos de la estructura militar de la península ibérica -en contra de los criterios

³⁷ Circunstancia señalada por el embajador francés, en carta de 19 de julio (A. MOUSSET, op. cit. p. 284).

³⁸ Sobre este militar, que estuvo en Flandes con el Duque de Alba y Requesens, consejero de Guerra en 1586 y al frente del ejército que ocupó Aragón en 1591, véase nuestro trabajo "La profesionalización del gobierno de la guerra: Don Alonso de Vargas", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 417-450.

³⁹ Capitán general de galeras en Sicilia en 1565 (AGS. E, leg. 144, n° 138; instrucción en AGS. E, leg. 445, sin foliar) y luego en Nápoles, don Juan de Cardona estuvo muy cercano a Luis de Requesens (N-CODOIN I, p. 159). En 1576 ya se barajó su nombre para el Consejo de Guerra, en una visita a la Corte, aunque se dudaba que fuera suficiente merced (BL. Add. 28.262, fol. 148). Consejero en 1586 (rubrica por vez primera el 6 de agosto; AGS. GM, leg. 190, n° 379) participó activamente en la organización de la Gran Armada, antes de su partida y tras su regreso (L. CABRERA DE CORDOBA, op. cit. III, pp. 268 y 302). En 1595 recibió el cargo de virrey de Navarra (ibidem, IV, p. 141), completado tres años más tarde con la capitanía general de Guipúzcoa (AGS. GM, leg. 526, n° 26). Regresó a la Corte en 1602, jurando como consejero de Estado en el mes de julio (L. CABRERA DE CORDOBA, Relación de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614, Madrid 1857, p. 149; un año más tarde volvió a su cargo en Navarra, y la muerte le encontró en Pamplona, el 10 de septiembre de 1609, con más de noventa años de edad (ibidem, p. 384).

⁴⁰ Soldado en Flandes, corregidor en Badajoz, en 1581 Felipe II le hizo capitán de la Guardia Española (L. CABRERA DE CORDOBA, Felipe II..., II, p. 632). Entró en Consejo en agosto de 1587 (ibidem, p. 250; señala por vez primera el día 7, AGS. GM, leg. 209, n° 110). Comendador de Hornachuelos de la Orden de Santiago. En 1596 recibió título de capitán general del ejército que se formaba para recuperar Cádiz (AGS. GM. LR. 65, fol. 125). Murió en 1598, aunque su última participación en Consejo se detecta el 15 de julio de 1596 (AGS. GM, leg. 466).

⁴¹ A partir de 1586 se conservan las series de consultas del Consejo de Guerra, testimonio fehaciente de su actividad; para este año, AGS. GM, leg. 190, para 1587, legs. 208 y 209; 1588, legs. 234 y 235; 1589, legs. 262 y 263; 1590, legs. 298 a 301; 1591, legs. 337 y 338; 1592, leg. 364.

pecuniarios del Consejo de Hacienda⁴² o de la intromisión del Consejo de Castilla⁴³- estructura que, por otro lado, conoció intentos de mejora sustanciales durante estos años. También asumió el Consejo de Guerra materias reservadas años atrás a alguna de las *juntas* específicas que hemos estudiado, como fue el caso de la de construcción de navíos⁴⁴ o la discusión sobre el levantamiento de la milicia en el reino⁴⁵. Con todo, los consejeros de Guerra siguieron conformando el sistema de *juntas* técnicas en este ámbito, ya fueran las más consolidadas (la *Junta de Galeras* y la *Junta de Puertorrico*, si bien desde 1591 ésta perdió temporalmente sus representantes del Consejo de Guerra, gracias a una crisis en la plantilla del Consejo, como veremos⁴⁶) o las creadas para problemas concretos, como la financiación de la Gran Armada⁴⁷ o la *Junta de Madrid* para tratar la cuestión aragonesa⁴⁸.

Pero, como apuntamos más arriba, el control de la resolución

⁴² Por ejemplo, el 24 de febrero de 1588 Mateo Vázquez informaba al monarca de la disputa entre ambos Consejos, pues el de Hacienda quería vender dos oficios de alférez en Jerez de los Caballeros, contra el criterio del Consejo de Guerra; en este caso Felipe II permitió la venalidad (AZ. Carpeta 143, n° 27; sobre este tema, véase I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia...*, pp. 69 a 71). Pero en ocasiones ambos organismos colaboraban en sus tareas, como cuando en abril de 1589 el Consejo de Guerra, enterado que el de Hacienda enviaba un visitador a las islas Canarias, solicitaba al rey que la misma persona inspeccionase al veedor y contador de la gente de Guerra (AGS. GM, leg. 262, n° 143).

⁴³ En mayo de 1589 el Consejo Real intervenía en la fortificación de Gibraltar, con la consiguiente reacción del Consejo de Guerra (AZ. Carpeta 147, n° 20).

⁴⁴ Así, el 8 de octubre de 1588 escribía Idiáquez a Prada: "Y después, por muerte de los que entravan en cierta junta que un tiempo trató desta materia, ha andado pidiendo otra junta donde se prosiga lo mismo. Su Mag. quiere que esto se trate en Consejo de Guerra..." (BL. Add. 28.376, fol. 66).

⁴⁵ Asunto que trató el Consejo entre 1586 y 1589 (AGS. GM, leg. 235, nums. 172, 173 y 214; véase además *supra*, nota 23). Apuntes precisos sobre este tema en I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia...*, pp. 156-163 y algunas consideraciones generales en B. J. GARCIA GARCIA, "Orden, seguridad y defensa de la Monarquía: modelos para la organización de una milicia general (1596-1625)", *La organización militar en los siglos XV y XVI*, Málaga 1993, pp. 209-216.

⁴⁶ Señala E. SCHÄFER, op. cit. I, p. 171, como en 1588 formaban parte de la misma el presidente Hernando de Vega, el licenciado Gasca y, por el Consejo de Guerra, Alonso de Vargas y Juan de Cardona. Menciones de su actividad en AGS. GM, leg. 262, n° 293. Véase además J. C. DOMÍNGUEZ NAFRIA, "La Junta de Guerra...", p. 87. Sobre las transformaciones de 1591, I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", p. 720.

⁴⁷ Junta formada por el Conde de Barajas, Rodrigo Vázquez, Diego de Chaves, Juan de Idiáquez y Juan Fernández de Espinosa (IVDJ. Envío 101, nums. 99 y 100 (transcrito por J. CALVAR GROSS, *La batalla del mar océano...*, II, doc. 1191).

⁴⁸ Las referencias oportunas de esta *junta*, formada a principios de 1588 por los regentes Campi y Jerónimo Corella y los consejeros de Guerra Alonso de Vargas y Juan de Cardona, en nuestro trabajo "La nobleza cortesana...", p. 254.

de las materias de Guerra continuó en manos de los personajes más cercanos al soberano. Juan de Idiáquez y Juan de Zúñiga, los únicos consejeros de Guerra que habían sobrevivido a la jornada aragonesa, comenzaron a supervisar las consultas del Consejo de Guerra y a emitir sus propias recomendaciones ante el rey, cuya respuesta seguía siendo transmitida por Idiáquez⁴⁹. A ellos se unía en ocasiones, "...por vía de junta", Cristóbal de Moura⁵⁰. Esta división entre las decisiones políticas y las opiniones técnicas en la materia no estuvo exenta de discrepancias⁵¹. El motivo fundamental fue, como es lógico, la empresa de mayor envergadura abordada hasta el momento por la Monarquía hispana, y cuya organización había colaborado en la reactivación del Consejo de Guerra. Es posible que, en un principio, el Consejo no estuviera enterado del verdadero objetivo de los preparativos que se hacían en la ría de Lisboa y en Cádiz, sobre los que consultó en numerosas ocasiones.

El saco de la ciudad andaluza por parte de Francis Drake el 29 de abril de 1587, a pesar de haber sido previsto por Moura e Idiáquez⁵², sacudió las estructuras del gobierno en general y al Consejo de Guerra en particular⁵³, que urgió la adopción de medidas concretas

⁴⁹ Véanse los legajos de consultas, donde se hallaran abundantes rastros de la actividad de Idiáquez, en supra nota 41, a los que habría que añadir, como ejemplos significativos, AGS. GM, leg. 203, n° 148 y leg. 204, n° 54; además, en BL. Add. 28.376 (completo) encontramos parte de la correspondencia entre Idiáquez y Andrés de Prada y, en menor medida, Andrés de Alva.

⁵⁰ Véase por ejemplo, AZ. Carpeta 130, n° 30 (20 de abril de 1586); AGS. E, leg. 164, n° 134 (23 de junio de 1586); AGS. GM, leg. 187, n° 93 (20 de agosto de 1586).

⁵¹ Sobre este punto, P. PIERSON, Commander of the Armada: the seventh duke of Medina Sidonia, New Haven 1989, p. 58 matiza la opinión de I. A. A. THOMPSON, "The Armada..." acerca de la naturaleza de esta rivalidad; mientras el segundo autor lo ve como un conflicto entre nobleza y profesionales de la guerra, PIERSON alude a "mix of personal court rivalries, traditional aristocratic factions, and the ambitions of a sort of military establishment".

⁵² Véase la consulta de ambos (sin fecha, pero datable a comienzos de 1587) sobre los avisos de la armada inglesa; recomendaron la realización de numerosos preparativos (entre ellos, levantar un ejército con Toledo a la cabeza y Vargas al mando de la caballería) pero, sobretodo, la salida de la armada que se preparaba en Lisboa (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

⁵³ A este respecto, véase la documentación citada y las pertinentes observaciones de G. PARKER y C. MARTIN, op. cit. pp. 136 y 290. L. CABRERA DE CORDOBA, Felipe II..., III, p. 249, señala que don Alonso de Vargas, que se hallaba fuera de la Corte desde mediados de marzo, retrasó su regreso en protesta por los acontecimientos, que al parecer habían sido previstos por el Consejo de Guerra, sin que sus consultas tuvieran mucho efecto. En billetes de Prada a Idiáquez de 17, 25 y 30 de mayo se comenta la ausencia de Vargas, al que se esperaba de un momento a otro, aunque se señalaba como causa de su retraso el tener a uno de sus hijos al borde de la muerte (BL. Add. 28.376, fols. 32, 47 y 48); efectivamente, en marzo de 1589 Vargas lamentaba haber perdido

contra Inglaterra⁵⁴. Resulta revelador que el secretario Andres de Prada se atreviera en estas circunstancias a criticar el lento sistema de consultas y a pedir una mayor autonomía de acción ejecutiva para el Consejo de Guerra⁵⁵; el silencio por parte de Idiáquez rechazaba una opción que, de ponerse en práctica, le hubiera supuesto la pérdida de importantes cuotas de poder, pero de todas formas se inauguraba así una participación más activa del Consejo en los planteamientos de la armada⁵⁶. A comienzos de 1588, tras la muerte del Marqués de Santa Cruz, asumía la jefatura de la atascada empresa un experto organizador, el Duque de Medina Sidonia⁵⁷, y finalmente la flota se hizo a la mar desde Lisboa el 28 de mayo.

cuatro hijos en los últimos tres años (véase mi trabajo "Don Alonso de Vargas...", p. 445). Por otro lado, en carta a Medina Sidonia de 9 de mayo, Idiáquez insistía en que el Consejo de Guerra había considerado a Cádiz bien fortificada y con socorro cercano (cit. P. PIERSON, Commander of the Armada..., p. 256).

⁵⁴ Consulta de 15 de mayo (AGS. GM, leg. 208, n° 343; cit. DE LAMAR, "The spanish armada...", p. 634). Semanas más tarde, el 17 de julio, el Consejo solicitaba una revisión completa del sistema defensivo de la península ibérica (AGS. GM, leg. 209, n° 90; borrador corregido en ibidem, n° 86).

⁵⁵ Andrés de Prada a Juan de Idiáquez, 17 de mayo de 1587 (BL. Add. 28.376, fol. 32): "...y como después de Dios está el reparo en que la armada salga presto, entiendo que importaría que el Consejo pudiese ordenar lo que para el buen aviamiento de la gente y cosas que en ella an de servir, porque se gasta mucho tiempo en consultar y su Mag. tarda en responder, y assi se pierde lo que se podra cobrar, y si esto se pudiese encaminar sería su Mag. muy servido y tendría esperanca de buenos effectos. Supplico a v.s. lo considere, que pues la neccesidad es extraordinaria no es mucho que lo sea la forma de negociar, quanto mas que dando cada día cuenta de lo que se hiciere podrá su Mag. mandar lo que fuere servido en lo que no fuere acertado, y se perderá menos tiempo que llevándolo por vía de consulta, y en lo que stuviere bien se abrá ganado mucho...", y añadía al margen, para situar la osadía en sus justos términos "no imagine v.s. que esto sale del Consejo, porque no lo ha mentado"; este documento fue citado (con errata de imprenta en la foliación) y comentado por G. PARKER y C. MARTIN, op. cit. pp. 136 y 290.

⁵⁶ Así, el 24 de enero de 1588 Alonso de Leiva proponía ciertos aspectos sobre la armada, comentados en Consejo (AGS. GM, leg. 234, n° 35).

⁵⁷ Sobre este nombramiento, que tanta polémica suscitara en la posteridad, véase I. A. A. THOMPSON, "The appointment of the duke of Medina Sidonia to the command of the spanish armada", Historical journal, XX (1969), pp. 197-216 y los estudios de P. PIERSON, "A commander for the armada", The mariner's mirror, vol. LV (1969), pp. 383-400, y Commander.... Es preciso hacer notar que las instrucciones que recibieron para la empresa tanto el Marqués de Santa Cruz como el Duque de Medina Sidonia estuvieron rubricadas por el Consejo de Estado en pleno (Barajas, Toledo, Moura, Almazán, Quiroga e Idiáquez; AGS. E, leg. 165, nums. 28 a 34 y 109 a 111).

6.1.2. Secuelas del desastre

Las noticias más fiables del fracaso de la Gran Armada llegaron a la Corte el 3 de septiembre⁵⁸, pero el Consejo de Guerra todavía tardó algunos días en ser informado oficialmente⁵⁹. Algunos de sus miembros, como Hernando de Toledo, manifestaron su absoluto desacuerdo con la dirección política del proyecto⁶⁰ y, a consecuencia de ello, se ha apuntado la pérdida de influencia de Juan de Idiáquez⁶¹. Aunque tanto el consejero vasco como Cristóbal de Moura continuaron ocupando sitio de privilegio a la vera del monarca y controlando los asuntos de Estado y Guerra⁶², quizá no fuera casualidad que cuando hubo que hacer frente a una expedición inglesa en Galicia y Portugal, en abril del año siguiente, fuera Toledo quien se reuniera con el noble luso para estudiar las medidas a tomar⁶³; además, algunos consejeros de Guerra fueron requeridos fuera de la Corte para revisar las defensas peninsulares, aprovechando así su experiencia en un momento crítico, pero excusando también su presencia, que comenzaban a adquirir una molesta dimensión para los dirigentes políticos del gobierno⁶⁴.

⁵⁸ G. PARKER y C. MARTIN, op. cit. p. 260, relatan la llegada de las noticias y sus primeros efectos. Es preciso dar cuenta del viaje del secretario Andrés de Alva, que fue enviado a la Coruña en julio para atender a la Gran Armada en su última parada antes de dirigirse hacia Inglaterra; las primeras informaciones sobre lo sucedido le encontraron de vuelta a la Corte, en Ponferrada, y tuvo que regresar a la Coruña donde permaneció hasta finales de octubre (AGS. E, leg. 165, nums. 298 a 332).

⁵⁹ En consulta de 7 de septiembre el Consejo agradecía al rey el envío de las primeras noticias sobre la armada (AGS. GM, leg. 235, n° 71); el día 19 se hacía eco de más información, con dos consultas (*ibidem*, n° 89), respondidas por Idiáquez al día siguiente con las órdenes del monarca (BL. Add. 28.376, fol. 66) y el 27 proponía ya medidas concretas (AGS. GM, leg. 235, n° 90).

⁶⁰ CSP-V, vol. VIII, p. 477, carta de Contarini de 23 de diciembre de 1589.

⁶¹ P. PIERSON, Felipe II de España, México 1984, p. 262.

⁶² Ejemplos en AGS. E, leg. 167, n° 83, leg. 169, n° 120.

⁶³ Fue el 6 de mayo de 1589, y ambos recomendaron que la Corte saliese hacia Valladolid y el rey partiese luego a Salamanca para arropar la operación (AGS. E, leg. 2855, sin foliar). Además de una larga enumeración de prevenciones militares, insistieron en la necesidad de nombrar general para el ejército, cargo que recayó en don Alonso de Vargas (véase nuestro artículo "La profesionalización..." p. 442). La consulta del Consejo de Guerra sobre la misma materia se elevó al rey el 12 de mayo (AGS. GM, leg. 262, n° 207). Con todo, el ejército no llegó a cobrar forma.

⁶⁴ Así, don Alonso de Vargas había sido ya propuesto en 1588 como capitán general de Portugal (puesto que rechazó por no permitírsele permanecer cubierto delante del virrey, lo que consideró una afrenta para un consejero de Guerra); en mayo de 1589 era el candidato para dirigir el ejército contra los ingleses (véase nota anterior), y a finales de ese mismo mes era enviado a Portugal a revisar el estado de las defensas.

Los ataques ingleses a la Coruña y Lisboa fueron consecuencia directa del revés marítimo, que impulsó a los ingleses a responder a la ofensiva hispana⁶⁵. Rotas las hostilidades a todos los efectos, Felipe II decidió proseguir la contienda a pesar de la derrota inicial, idea apoyada en el mes de noviembre por el Consejo de Estado en pleno, que poco después discutía la estrategia a poner en práctica, guerra ofensiva o defensiva, recomendando la primera⁶⁶. Así, el 24 de julio de 1589 el Consejo discurría sobre las distintas posibilidades de combatir a la reina hereje y, en caso de que ya no diera tiempo realizar operación de envergadura, se resaltaba la necesidad de algún gesto ese año "...por cobrar reputación"⁶⁷.

La observación de los consejeros de Estado estaba llena de sentido, pues eran perfectamente conscientes de las consecuencias funestas que el duro golpe sufrido por la reputación de su rey tendría sobre determinados ámbitos de especial conflictividad, aquellos donde la política hispana se sustentaba en la superioridad de la Monarquía -en términos materiales y de prestigio-, cuales eran Francia y Flandes. En

Por último, en mayo de 1590 abandonaba la Corte camino de Aragón. Asimismo, en 1589 Juan de Cardona se pasó una buena temporada en el Cantábrico preparando la flota.

⁶⁵ Para la política inglesa durante estos años, nos remitimos a R. B. WERNHAM, After the Armada: Elizabethan England and the struggle for western Europe, 1588-1595, Oxford 1984.

⁶⁶ AGS. E, leg. 2851 (sin foliar), consulta de 12 de noviembre de 1588. Opinaron Gaspar de Quiroga, Hernando de Toledo, el Conde de Barajas, el Marqués de Almazán, Cristóbal de Moura y Juan de Idiáquez. El 26 del mismo mes, aceptada la continuación de las hostilidades, el Consejo discutía si habría de ser guerra ofensiva o defensiva, inclinándose por la primera, a lo que contestó Felipe II: "He holgado mucho de ver y entender todo lo que se dice en estos papeles, que es muy conforme a lo que se podría esperar de los que lo dicen, y a la intuición con que yo me moví desde el principio a la jornada por servicio de nuestro señor y defensa de su causa y beneficios destos reinos. Y la misma tengo yo agora y mucho deseo de que el caudal llegue a lo que es menester para poderse executar lo que aun tanto mas que antes conviene por lo que ha subcedido. Y pues el Consejo tiene tan entendida esta intincion, tome a cargo el dar gran priesa a todo lo que para executarla es menester y a acordarme todas las cosas necesarias para ello, y tambien los medios que se les ofrecieren para lo del dinero en que consiste todo...". El parecer del Consejo de Estado lo resume L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., III, pp. 326-328. El control que ejercían Idiáquez y Moura sobre el Consejo quedó claro cuando el secretario les consultó la pretensión del organismo de quedarse con copia de las noticias, para estudiarlas mejor, a lo que ambos accedieron pero encomendando mucho el secreto. Estos documentos fueron citados y comentados por G. PARKER y C. MARTIN, op. cit. pp. 267-268.

⁶⁷ AGS. E, leg. 2855 (sin foliar). Después de una larga disquisición de por donde se podría atacar a Inglaterra, se llegó a la conclusión de que, para ese año, lo mejor era hacerlo por Irlanda.

efecto, el panorama se complicó de forma extraordinaria y obligó a Felipe II a realizar un esfuerzo diplomático, militar y económico sin precedentes hasta el final de su reinado, que contrasta con la imagen de postración que la historiografía tradicional ha transmitido sobre los últimos años de la época felipina. La pieza central fue, sin duda, el reino galo, donde la Liga Católica francesa, apoyada por Felipe II y encabezada por el Duque de Guisa y su hermano, el cardenal de Lorena, había tomado el control sobre Enrique III tras éste abandonar París, que quedó en manos del Duque⁶⁸. Pero al desvanecerse la amenaza inmediata del poderío hispano, Enrique III recuperó la iniciativa e hizo matar a los Guisa en los últimos días de 1588⁶⁹.

La noticia del asesinato de los líderes de la Liga Católica fue recibida en Madrid con indignación. En varias sesiones del Consejo de Estado en pleno se discutió la situación creada, y se llegó a la conclusión de que no convenía la ruptura abierta con el rey francés, tanto por la falta de dinero como por la guerra ya declarada con Inglaterra, con la que seguramente buscaría alianza el Rey Cristianísimo. Se habría de escribir al Papa para que tampoco apretase en demasía al monarca galo -para no provocar su unión con los herejes y la retirada de obediencia a Roma-; sin embargo, a fin de no dejar desvalidos a los católicos franceses -pero, sobretudo, para mantener ocupado a Enrique III- éstos debían recibir ayuda encubierta del Rey Católico. Por último, la muerte de Catalina de Medicis (el 5 de enero de 1589) suponía una buena excusa para enviar un representante a presentar las condolencias oficiales y advertir en secreto al soberano de las consecuencias de sus actos⁷⁰. Pero el Valois siguió su camino,

⁶⁸ Fue el 12 de mayo, y en julio llegó la aparente reconciliación con el Edicto de la Unión, por el cual el rey se comprometía con el pueblo a extirpar de Francia a los reformados; sobre este tema, véase H. de L'EPENOIS, "La reconciliation de Henri III et du Duc de Guise d'après les documents des archives du Vatican, mai-juillet 1588", *Revue des questions historiques*, 39 (1886), pp. 52-94. Un ejemplo de la conexión entre los preparativos de la Armada y la revuelta política francesa en E. H. DICKERMAN, "A neglected phase of the spanish armada: the catholic League's Picard offensive of 1587", *Canadian Journal of history*, 11 (1988), pp. 19-23.

⁶⁹ Sobre esta nueva fase de las guerras de religión en Francia, De Lamar JENSEN, *Diplomacy and dogmatism...*, caps. VII y VIII. Acerca de las relaciones entre la Monarquía hispana y Francia por estos años, IDEM, "Franco-Spanish diplomacy and the Armada", *From the Renaissance to the Counter-Reformation: essays in honor of Garrett Mattingly*, C. H. CARTER, ed, New York 1965, pp. 205-229.

⁷⁰ Véanse las consultas del Consejo de 10 y 22 de enero y 9 de febrero de 1589 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

declarando heredero a Enrique de Borbón, Príncipe de Bearne y cabeza de los hugonotes, al tiempo que sitiaba París, en manos de la Liga.

El asesinato de Enrique III el 1 de agosto de 1589 abrió el conflicto de la sucesión entre Bearne, proclamado Enrique IV, y el cardenal de Borbón, coronado por la Liga como Carlos X⁷¹. En Madrid, Moura e Idiáquez -tras considerar poco practicable la oferta que ciertos sectores de la Liga habían hecho a Felipe II para sentarse en el trono de Francia-, recomendaron en un primer momento la entrada inmediata de los Tercios del Príncipe de Parma para terminar con el hugonote⁷², pero no tardaron en cambiar de opinión y consultaron, con todo el Consejo de Estado, además del cuidado de la persona de Felipe II, la necesidad de seguir apoyando a los católicos de Francia de forma encubierta⁷³. Pero las victorias militares del Príncipe de Bearne sobre la Liga Católica, auxiliado con tropas y dinero de Isabel I, obligaron al gobierno de Madrid a cambiar sus planteamientos. En febrero de 1590 el Consejo apuntaba "...lo mucho que importa atajar este cancer antes que mas arraygue, el cual solo tiene por remedio oponerse V.Mag. con sus fuerzas a los designios de Bearne y meterlas en Francia a favorecer a los Católicos"; el debate surgió sobre los puntos más apropiados para entrar en el vecino reino pero al final, como señalaron Moura, Idiáquez y Toledo, los elegidos fueron Flandes, Bretaña y, más tarde, el Languedoc⁷⁴.

⁷¹ Sobre este monarca efímero, E. SAULNIER, Le rôle politique du Cardinal de Bourbon, 1523-1590, París 1912, passim.

⁷² Apuntaban los dos consejeros, tras analizar la situación "que por lo que importa a lo spiritual y temporal acudir a escluyr a Bearne antes que afirme el pie y heche rayces, se deve ordenar a Flandes que, dexando lo que bastare para sola defensa de los Estados, se acuda y entre en Francia en favor de los Catolicos con las mas fuerzas que pudiere (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

⁷³ Parecer de Moura e Idiáquez de 11 de agosto y consultas del Consejo de 2 y 12 de septiembre (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

⁷⁴ La consulta del Consejo de Estado en AGS. E, leg. 2855, sin foliar. Precisamente el Languedoc estaba a cargo del Duque de Montmorency, que jugó un papel protagonista en el conflicto (a este propósito, los artículos de J. DAVIES, "The Duc de Montmorency, Philipp II and the house of Savoy", English Historical Review, vol. 105, n° 417 (1990), pp. 870-892; IDEM, "Neither politique nor patriot? Henri, Duc the Montmorency and Philipp II", Historical Journal, vol. 34, n° 3 (1991), pp. 539-566. Además, sobre la entrada por esta vía, que se materializó en el verano de 1590, véase la consulta del Consejo de Guerra, de 19 de julio, recomendando el envío de fuerzas (copia en AGS. E, leg. 2855 sin foliar). Acerca de estas ofensivas, véase además M. GRACIA RIVAS, "La campaña de Bretaña (1590-1598) una amenaza para Inglaterra", Después de la Gran Armada: la historia desconocida, Madrid 1993, pp. 41 a 56; IDEM, "Las lanzas particulares: una contribución de los señores y prelados a las empresas militares de la

En los Países Bajos, la política del Príncipe de Parma se había visto también seriamente afectada por el fracaso de la Gran Armada, pues cosechó varios fracasos militares y rebrotaron los motines en el ejército⁷⁵. Un intento de negociación de Farnesio tampoco dio ningún resultado, y en abril de 1590 recibió la orden de Felipe II de entrar en Francia con su ejército y liberar París del asedio hugonote. Los Tercios entraron en la capital francesa el 27 de julio, pero la ausencia del gobernador no tardaría en ser bien aprovechada por los rebeldes flamencos, que durante los años siguientes recobraron gran parte de los territorios perdidos la década anterior. Al tiempo que movilizaba sus ejércitos, Felipe II desplegó toda su diplomacia ante la Santa Sede. Sixto V, que había llegado a excomulgar a Enrique III, apoyó las pretensiones de Felipe II e incluso ofreció financiar parte de la conquista de Francia, para cuyo trono, tras la muerte de Carlos X a principios de 1590, defendía Felipe II la candidatura de su hija, Isabel Clara-Eugenia⁷⁶. Sin embargo, después del fallecimiento de tres Papas efímeros, en enero de 1592 ciñó la tiara Papal Clemente VIII, que se dispuso a escuchar las ofertas de conversión del Príncipe de Bearne.

Para entonces, con los acontecimientos en Francia en su punto crítico, Felipe II se hallaba inmerso en la crisis interna más grave de la segunda mitad de su reinado. La evolución de la situación en el reino de Aragón hacía tiempo que preocupaba al Consejo de Guerra (si bien no había profundizado en sus consultas "...por no tener orden de V. Mag. para ello y ser cossa que toca al Consejo de Aragón"⁷⁷), pero

Monarquía a finales del siglo XVI", La organización militar en los siglos XVI y XVII, Málaga 1993, pp. 221-226.

⁷⁵ Para lo que sigue, G. PARKER, España y la rebelión..., pp. 216 y ss. Véase también la breve exposición de J. C. A. SCHOKKENBROEK, "The growth of nation; the Netherlands after the spanish armada campaign of 1588", Después de la Gran Armada: la historia desconocida (1588-16..), Madrid 1993, pp 85-94.

⁷⁶ Para ello envió como sus representantes ante los Estados Generales de Francia al Duque de Feria, Iñigo de Mendoza, Diego de Ibarra y Juan Baptista de Tassis (L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., IV, pp. 13 y ss., 47 y ss.).

⁷⁷ Véase la consulta del Consejo de Guerra de 12 de octubre (AGS. GM, leg. 209, nº 295). Para un resumen de la problemática del reino de Aragón, G. COLAS LATORRE y J. A. SALAS AUSENS, Aragón en el siglo XVI: alteraciones sociales y conflictos políticos, Zaragoza 1982.

fue la huida hacia aquel reino de Antonio Pérez⁷⁸, en abril de 1590, la que abrió una espiral de enfrentamiento entre la Corona y el reino que desembocó en la intervención militar, iniciada en noviembre de 1591 al mando del consejero de Guerra don Alonso de Vargas⁷⁹. Con su partida de la Corte, Vargas (al que esperaba la desgracia en la campaña aragonesa), dejó vacío su asiento en Consejo de Guerra, pero no fue el único pues 1591 fue un año especialmente aciago para los Consejos de Estado y Guerra. En marzo, el Conde de Barajas fue obligado a dejar "... el cargo de Presidente y del Consejo de Estado", dentro de la debacle sufrida por el grupo encabezado por Mateo Vázquez⁸⁰; el mismo secretario moría poco después, en mayo, sustituido en sus distintas funciones, incluida su labor en la *Junta de Noche*, por su cuñado, Jerónimo Gassol⁸¹. También fallecieron el prior Hernando de Toledo, el Marqués de Almazán y el secretario del Consejo de Guerra para asuntos del mar, Andrés de Alva. Este fue el único en ser sustituido inmediatamente por otro personaje curtido en los tráfigos de la administración castrense, Esteban de Ibarra⁸². Pero el nuevo secretario no se entretuvo mucho en su recién

⁷⁸ Sobre la huida de Pérez, la obra de G. MARAÑÓN, tomo II; véase además A. W. LOVETT, "Philipp II, Antonio Pérez and the Kingdom of Aragón", European History Quarterly, vol. 18 (1988), pp. 131-153.

⁷⁹ Para la vertiente militar de las denominadas "alteraciones de Aragón" nos remitimos al preciso estudio de M. GRACIA RIVAS, La "invasión" de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del reino, Zaragoza 1992. Véase asimismo nuestro trabajo "La profesionalización...".

⁸⁰ Síntoma de la descomposición del otrora poderoso "partido castellanista" fue el hecho de que la caída de Barajas fuera precipitada por uno de sus miembros, fray Diego de Chaves. Este escribió el 19 de marzo de 1591 una durísima carta a Felipe II, pidiendo la cabeza de Barajas. La respuesta del monarca consistió en indicarle que debía hablar con el Conde para que éste presentara la renuncia a sus puestos. Estos movimientos son relatados por L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., III, p. 473.

⁸¹ Un ejemplo de la actuación de Gassol en la *Junta de Noche* en AZ. Carpeta 131, n° 162, 30 de septiembre de 1595.

⁸² Hermano del consejero de Guerra Francisco de Ibarra, sirvió como secretario del IV Duque de Alba, don Fadrique, y de proveedor de la flota en Lisboa. Fue nombrado secretario real el 19 de agosto de 1591 y dos días más tarde secretario del Consejo de Guerra (su expediente, con los títulos pertinentes, en AGS. EMR. QC, leg. 13, n° 873; instrucción para la secretaría de Guerra en AGS. GM. LR. 61, fols. 200 a 202 y otra copia en SHM, vol. 13, fols. 324 a 326). Sirvió en la jornada de Aragón de 1592 hasta el mes de julio, cuando fue llamado a la Corte (AGS. GM, leg. 362, n° 151). Tras acompañar al rey en las Cortes de Tarazona, fue despachado a Flandes en marzo de 1593 como superintendente de Hacienda (L. CABRERA DE CORDOBA, Felipe II..., IV, p. 107). En 1595 comenzó a entrar como asesor en Consejo de Hacienda (CARLOS MORALES, Política y finanzas..., p. 224) y el 6 de noviembre de 1596 juró como consejero de Hacienda (AGS. E, leg. 177, sin numerar). Pocos días más tarde recibió título asimismo de proveedor y comisario general (minuta en ibidem). En 1600 quedó como secretario único del Consejo de Guerra, puesto que abandonó en 1606 para ocupar plaza de consejero de Guerra (L. CABRERA DE CORDOBA, Relación de las cosas..., p. 274). En 1603 había recibido título de

estrenado cargo, pues fue llamado a servir como proveedor en el ejército de Aragón, en estrecho contacto con Juan de Idiáquez⁸³.

Con este panorama de precariedad en los Consejos de Estado y Guerra, que abría un paréntesis en la consolidación institucional del segundo (en alguna ocasión se quejó Felipe II airadamente de su eficacia⁸⁴) se completó la rápida ocupación del territorio aragonés. Y tras una calculada represión, el rey convocó las Cortes en Tarazona⁸⁵. La sesiones se abrieron en el mes de junio, si bien el monarca no llegaría hasta noviembre, en lo que fue su último viaje fuera del circuito castellano⁸⁶.

plaza supernumeraria del Consejo y Contaduría Mayor de Hacienda. Murió en septiembre de 1610.

⁸³ Véase parte de la correspondencia que despachaba Ibarra para informar a Idiáquez, en AGS. E, leg. 605, nums. 1 a 28.

⁸⁴ Así, cuando en carta de 3 de septiembre de 1592 Alonso de Vargas informaba al rey de la salida hacia la Corte del maestre de campo Agustín Mexía, Felipe II resaltaba que lo hacía sin licencia "Y me espanto como no se ha hecho ya esto en el Consejo, y que sea menester que yo acuerde estas cosas y no que me las acuerde a mi primero el Consejo" (AGS. GM, leg. 356, n° 185).

⁸⁵ Las Cortes de Tarazona, sus consecuencias y la polémica que originaron han sido tratadas con detalle por J. GIL PUJOL, De las alteraciones a la estabilidad. Corona, Fueros y política en el reino de Aragón, 1585-1648, Tesis doctoral en microficha, leída en 1989 en la Universidad de Barcelona.

⁸⁶ Una descripción del viaje en H. COCK, Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592, pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela, Madrid 1879. Diversa documentación sobre la forma de despacho de Estado y Guerra durante el viaje, en AGS. E, leg. 169, nums. 107, 114, 116 (billetes de Esteban de Ibarra).

6.2. El final de un reinado (1593-1598)

Felipe II entró en Madrid , de regreso de Aragón, el 24 de diciembre de 1592 y se dispuso a vivir el último tramo de su largo reinado. Viejo y enfermo, el Rey Prudente debía enfrentar un cúmulo de dificultades tanto en el interior de sus dominios como en una Europa donde el conflicto se extendía hasta límites desconocidos; y además apremiaba la formación de su joven e inexperto heredero, que no suscitaba demasiadas esperanzas y en torno al cual comenzaban a forjarse ambiciones políticas. Con este panorama ante sus ojos, Felipe II decidió remodelar la cúpula del gobierno de la Monarquía, proceso que repercutió de manera directa en el conjunto de la administración.

6.2.1. **La reorganización del gobierno**

Felipe II llamó a su sobrino, el Archiduque Alberto¹, virrey de Portugal desde 1583, y esperó a su llegada para comenzar las reformas, pues contaba con él como personaje clave en torno a la cual habría de girar en apariencia la reorganización del gobierno. De este modo, Alberto de Austria pasó a primer plano no solo en el escaparate cortesano -pues sustituyó en gran medida al monarca en las audiencias reales- sino también en los espacios que operaban de manera formal sobre el gobierno interior y exterior de la Monarquía, el Consejo de Estado y la *Junta de Noche*. Con todo, resulta difícil precisar hasta que punto el sobrino de Felipe II llegó a ostentar una influencia real en el gobierno, tanto más cuanto que solo permaneció en la Corte dos años escasos (en agosto de 1595 marchó a Flandes como capitán general para sustituir a su hermano, el fallecido Archiduque Ernesto). Además, y lo que es más importante, para entonces las áreas de influencia en la dirección política de la Monarquía se hallaban perfectamente repartidas; de hecho, Felipe II le puso en manos de aquel que comenzaba a perfilarse

¹ Alberto de Austria, hijo de Maximiliano II y María de Austria (hermana de Felipe II), había vivido en Castilla desde 1570; fue virrey, Inquisidor General y nuncio de Portugal entre 1583 y 1593. Después de unos meses de estancia en la Corte, fue nombrado gobernador de Flandes en 1595. En 1599 casó con la infanta Isabel Clara Eugenia, dentro de un plan del anciano Felipe II para que los Países Bajos pasasen como dote a su hija tras su muerte. Falleció en 1621. Datos biográficos en J. ROCO DE CAMPOFRIO, op. cit.

como su ministro de más confianza, don Cristóbal de Moura². En todo caso, las transformaciones que con su entrada sufrieron el Consejo de Estado y la *Junta de Noche* no hicieron sino confirmar esta situación.

Estas modificaciones se refirieron fundamentalmente a la composición de ambos órganos de gobierno. A comienzos de 1593 el Consejo de Estado estaba ocupado por Moura, Idiáquez³ y un octogenario Gaspar de Quiroga (fallecido en noviembre de 1594), pero hacia el verano⁴ Felipe II se decidió a ampliar el número de cabezas pensantes en el organismo: de este modo, además del Archiduque Alberto entraron el príncipe Felipe (dentro de su programa formativo⁵), y tres genuinos representantes de la nobleza cortesana como eran el Conde de Chinchón, el Marqués de Velada⁶ y el Conde de Fuensalida⁷. En tanto que el primero ocupaba ya una destacada posición política, la promoción de los dos últimos se debió al hecho de desempeñar el puesto de mayordomo mayor en

² L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., IV, pp. 61-63, transcribe un billete de Felipe II a Moura, a propósito de la venida del Archiduque: "...y aunque venga mi sobrino, no creo que en muchos días me ha de ser de ayuda, sino antes trabajo en encaminarle, en que no ha de haber poco que hacer por lo asiduo que le veo a sus criados; y también deste trabajo os ha de caber la mayor parte, pues no creo que nadie le podrá encaminar sino vos".

³ Véase un parecer de ambos sobre asuntos del Duque de Pastrana, en mayo de 1593, en AGS. E, leg. 170, n° 45.

⁴ Carecemos de la fecha exacta, y los únicos rastros son las escasísimas consultas rubricadas que aparecen durante estos meses; por ejemplo, una consulta de 30 de octubre de 1593 lo era por Moura Idiáquez y Fuensalida, sobre las intenciones de paz de Inglaterra y las gestiones para ello en Roma (AGS. E, leg. 2855, sin foliar); además, tenemos otra rubricada el 27 de agosto por Fuensalida, Chinchón, Moura e Idiáquez, acerca de una indemnización solicitada por la república de Venecia por daños causados por las tropas (AGS. E, leg. 175, n° 357). Sin embargo, L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., IV, p. 263, afirma que la entrada de Fuensalida y Velada se produjo en 1596.

⁵ Por ejemplo, el 20 de febrero de 1597 el Consejo se reunía "...presente el Príncipe" para estudiar candidatos al cargo de veedor general de los ejércitos de Milán (AGS. E, leg. 180, sin foliar).

⁶ Gómez Dávila y Toledo, II Marqués de Velada, había servido en Flandes con el Duque de Alba. Fue colocado por Cristóbal de Moura como ayo del príncipe Felipe en 1587 (L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., III, p. 229). En 1593 entró en Consejo de Estado y en la *Junta de Gobierno*. Con la muerte de Felipe II se acomodó rápidamente al nuevo favorito, el Duque de Lerma. Murió en 1616. Datos biográficos en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. I, p. 466.

⁷ Pedro López de Ayala, IV Conde de Fuensalida, aparece siempre a la vera de Felipe II en los principales sucesos del reinado; mayordomo mayor desde 1582, tras la muerte del Duque de Alba (L. CABRERA DE CORDOBA, II, p. 352) y comendador mayor de Castilla en 1595 (*ibidem*, IV, p. 142), entró en los Consejos de Estado y Guerra en 1593. Estaba ligado al Conde de Chinchón por la familia de su mujer. Murió el 19 de agosto de 1599. Datos biográficos en A. LOPEZ DE HARO, op. cit. I, pp. 517 a 519 y G. MARAÑON, Antonio Pérez..., I, p. 191, que lo califica de "soplón".

las Casas del heredero de la Corona y del monarca, respectivamente. Casi al mismo tiempo, en el mes de septiembre, se reorganizaba también la *Junta de Noche* -a partir de este momento *Junta de Gobierno*-, con una precisa reglamentación para su reunión⁸ y a los antiguos componentes (Moura, Idiáquez, Chinchón) se unieron el archiduque, el príncipe y su ayo, el Marqués de Velada.

El hecho de que, a excepción del Conde de Fuensalida, los componentes del Consejo de Estado y la *Junta de Gobierno* fueran los mismos, circunstancia que no se había dado con la *Junta de Noche*, contribuye a explicar los mecanismos del gobierno en la última etapa del Rey Prudente. Estos personajes se dividieron su tiempo⁹: por la mañana se reunían en Consejo de Estado, para discutir esencialmente la política exterior, y por la tarde en *junta* con el fin de pensar sobre asuntos internos, revisando las consultas de Consejos y *juntas* especializadas. A primera vista, es claro que el Rey Prudente pretendió formalizar la concentración del gobierno general de la Monarquía; pero, en realidad, la intención del ya muy disminuido Felipe II era combinar el refuerzo del poder de los patronos de la *junta de Noche* (para asegurar la necesaria estabilidad en un momento de progresivo vacío presencial del monarca), con la formación del heredero y su entorno próximo, donde se suponía que debía encontrar el apoyo necesario, formado por el Archiduque y los mayordomos mayores de la Casa del rey y del príncipe, proceso similar al que viéramos en los años sesenta con don Carlos.

De modo que los integrantes originales de la *Junta de Noche* conservaron e incluso aumentaron su poder en los ámbitos que les eran propios¹⁰: mientras el Conde de Chinchón lo hacía en asuntos de Aragón

⁸ Una copia de las instrucciones en IVDJ. Envío 29, caja 42, nums. 6 a 8; L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., IV, pp. 67-68 nos proporciona una versión de las mismas.

⁹ El monarca incluso se distribuyó el tiempo para atender ambos tipos de asuntos: mientras por la mañana resolvía negocios de Estado, por la tarde se ocupaba de la documentación emanada de la *Junta de Gobierno*, según la orden que dio a Martín de Idiáquez el 4 de abril de 1594 para que le enviase los papeles de Estado "...antes de comer, porque despues desconciertame lo que tengo ya para las tardes, sino fuere lo que no se pudiere excusar" (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

¹⁰ Dos ejemplos: el 30 de septiembre de 1595, sobre un asunto de Inquisición, el monarca ordenó su estudio por parte de la *junta* "...después de salido el príncipe" (AZ. Carpeta 131, n° 162); el 3 de febrero de 1596, el rey indicaba a Gassol que debía entregar una consulta del obispado de Teruel al Conde de Chinchón "...para que me la acuerde", en tanto entregaba otra para ver en la *junta* (*ibidem*, n° 179).

e Italia y Obras y Bosques, Juan de Idiáquez y Cristóbal de Moura se repartían el resto de la administración, disfrutando ambos de la máxima confianza del monarca en los más delicados asuntos (como quedó demostrado en el tratamiento del caso del "pastelero de Madrigal"¹¹). Y si bien a la postre fue el portugués el que más cerca se halló de Felipe II durante sus últimos años (en muchas ocasiones contestaba de su mano a las consultas de parte del monarca¹²), los tres actuaron en el entorno más inmediato del monarca, por encima del Consejo de Estado, a pesar del nivel de actividad demostrado por éste, y de la *Junta de Gobierno*, cuyo acusado grado de formalización no era compatible con la acumulación de poder político real.

Esta configuración tuvo sus repercusiones pues la concentración de tareas explica en parte, por ejemplo, el que por vez primera, contra toda costumbre, los nuevos consejeros de Estado fueran excluidos de forma expresa del Consejo de Guerra¹³. Aclara asimismo un malentendido histórico sobre la operatividad real del Consejo de Estado durante estos años porque no es cierto, como han señalado algunos autores, que el Consejo se ocupara solo de asuntos menores¹⁴, cegado en gran medida por la actividad de la *junta*¹⁵; el epígrafe siguiente, dedicado a la política exterior, es suficientemente explícito sobre este punto. Esta interpretación se debe, a nuestro juicio, a la confusión

¹¹ Véanse los billetes, entre octubre y diciembre de 1594 sobre este tema, en AGS. E, leg. 172, nums. 172, 220, 222, 224, 248 a 250, 260, 261; este leg. y el 173 están dedicados por entero a este espinoso asunto.

¹² Véase BL. Add. 28.379, passim, documentación de Cristóbal de Moura.

¹³ A. HERRERA Y TORDESILLAS, Historia general..., III, p. 44. Véase además I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", p. 715.

¹⁴ F. BARRIOS, El Consejo de Estado..., pp. 106-109 insiste en la inactividad del Consejo durante estos años; además, P. WILLIAMS, "Philipp III and the restoration of spanish government, 1598-1603", English historical review (1973) pp. 751-769, p. 753, considera que el Consejo de Estado solo estuvo implicado en asuntos menores, como ayudas a viudas, etc., citando a tal efecto AGS. E, leg. 2741 que, sin embargo, contiene material desde el reinado de Felipe III y trata de "negocios de partes"; pero no ha revisado el hispanista inglés, por ejemplo, AGS. E, leg. 2855, donde se contienen parte de las consultas del Consejo referentes a la política europea, mucho más jugosas. Otras muestras de la actividad del Consejo de Estado en AGS. E, leg. 175, n° 3 (noviembre 1596, sobre candidatos al puesto de veedor de los Presidios de Toscana); en abril de 1597 lo hacía sobre el oficio de veedor de los ejércitos de Milán (AGS. E, leg. 180, sin foliar); asuntos de Berbería en septiembre de 1594 (AGS. E, leg. 174, sin foliar); cuestiones particulares de Alemania en 1593 (AGS. E, leg. 170, n° 5), etc.

¹⁵ El propio L. CABRERA DE CORDOBA, Felipe II..., IV, p. 66, al describir las funciones de la *junta*, incluye aspectos tratados realmente en Consejo de Estado.

entre ambos espacios de tratamiento de los negocios por la coincidencia de personajes.

La gestión de los asuntos de la guerra, faceta relevante del gobierno interior de la Monarquía, se vio afectada, al menos en sus cauces formales, por la reestructuración que hemos comentado. La institucionalizada *Junta de Gobierno*, al situarse a la cabeza de la administración interior de la Monarquía lo hacía también sobre el Consejo de Guerra y las *juntas* especializadas que trabajaban en ese ámbito. Resulta lógico entonces que las consultas de estos organismos pasaran a ser revisadas oficialmente por la *junta*, en tanto que la respuesta final del monarca a su recomendación seguía siendo transmitida por Idiáquez¹⁶. Además, la plantilla de consejeros se mantuvo estable¹⁷. Moura e Idiáquez permanecieron hasta el final del reinado, en tanto que Juan de Cardona (que pasó al virreinato de Navarra en octubre de 1595) y Pedro de Velasco (quien dejó de atender a sus sesiones en julio de 1596¹⁸) fueron sustituidos por dos personajes de luenga experiencia en el oficio de las armas: Juan de Acuña Vela en 1595¹⁹ y Pedro de Padilla en 1597²⁰.

El Consejo de Guerra continuaba su proceso de consolidación como órgano de gobierno de la estructura militar castellana, y en esta

¹⁶ Ejemplos en AGS. GM, leg. 466, nums. 31, 36, 37, 85, 126, 137, 187, 198, 235, 272, 278, 291; leg. 499, nums. 1, 7, 16, 20, etc.

¹⁷ Así, en 1595 la relación del embajador veneciano Francesco Vendramino apunta como miembros del Consejo de Guerra a "...Mora e Idiaquez, don Giovanni di Cardona e don Pietro di Velasco" (E. ALBERI, *Relationi...*, XIII, p. 461).

¹⁸ Las referencias pertinentes en I. A. A. THOMPSON, "The Armada..." p. 719.

¹⁹ Este abulense, hermano del arzobispo de Burgos y miembro de la Casa del Conde de Buendía, había sido general de caballería en Italia con Manrique de Lara en 1552 e hizo las veces de embajador en Roma ante la enfermedad de Lara (P. SANDOVAL, op. cit. III, pp. 407 y 441); veedor general en Flandes y, desde el 30 de agosto de 1586, capitán general de la artillería de España (título e instrucciones en AGS. GM. LR. 43, fols. 22-39); entonces no fue admitido al Consejo de Guerra, a pesar de sus protestas (L. CABRERA DE CORDOBA, *Historia de Felipe II...*, III, p. 205), puesto que obtuvo en 1595 (*ibidem*, IV, p. 142). Murió en 1606 (L. CABRERA DE CORDOBA, *Relación de las cosas...*, p. 287).

²⁰ Larga carrera militar tenía a sus espaldas Pedro de Padilla. Soldado desde los 16 años, sirvió en Flandes, Portugal, Orán, llegó a castellano de Milán (L. CABRERA DE CORDOBA, *Felipe II...*, IV, pp. 132, 142, 197; I. A. A. THOMPSON, "The Armada..." p. 716). En 1597 entró en Consejo de Guerra y un año más tarde fue nombrado capitán general de Granada y alcaide de La Alhambra, donde murió en junio de 1599 (L. CABRERA DE CORDOBA, *Relación de las cosas...*, p. 27).

etapa el monarca y sus principales ministros decidieron incidir en la especialización de funciones y la profesionalización²¹. A la exclusión de los nuevos consejeros de Estado y la renovación de componentes ya comentadas, se unió la promulgación de nuevas Ordenanzas del Consejo de Hacienda, en noviembre de 1593, con las que el Consejo perdió el derecho de nombrar Contadores militares que había obtenido 20 años antes²², modificación que no hizo desaparecer los conflictos entre ambos organismos²³. También se vio privado de sus atribuciones judiciales. Ya en octubre de 1593 Felipe II ordenaba tratar en Consejo Real un asunto de las islas Canarias que parecía claramente materia del Consejo de Guerra²⁴; en marzo del año siguiente Jiménez Ortiz, el consejero Real que servía de asesor, se quejaba de ciertos cambios en el horario del Consejo que impedían la vista de los asuntos de justicia los miércoles y viernes por la tarde, como era costumbre, con el atasco consiguiente que afectaba en especial a los tripulantes de los navíos extranjeros intervenidos tras el decreto de prohibición de comercio con Inglaterra y los rebeldes de Flandes²⁵. Curiosamente, unas semanas más tarde el Consejo de Guerra justificaría este retraso en base a una supuesta

²¹ Las consultas del Consejo de Guerra durante este período se encuentran en AGS. GM, leg. 373, nums. 172 a 178, leg. 387 (para 1593); leg. 411 y 416 (para 1594); leg. 437 e IVDJ. Envío 62, caja 84, carpeta 12 (para 1595); AGS. GM, leg. 466 (para 1596); leg. 499 (para 1597); leg. 526 (para 1598). Se hallarán además consultas sueltas fechadas entre 1593 y 1595 en IVDJ. Envío 87, caja 122; AZ. Carpeta 147, nums. 144 a 146, 150, 154, 198, 199; Carpeta 131, nums. 211, 115, 197 y Carpeta 132, n° 128.

²² Sobre las ordenanzas del Consejo de Hacienda de noviembre de 1593 véase CARLOS MORALES, Política y finanzas...; además, I. A. A. THOMPSON "The Armada...", p. 718.

²³ Ejemplos de choques entre ambos organismos por cuestiones diversas en AGS. GM, leg. 437, nums. 203, 235, 236; leg. 466, n° 140.

²⁴ AGS. GM, leg. 387, n° 128, consulta de 5 de octubre contestada por Felipe II.

²⁵ Apuntaba Jiménez Ortiz al secretario Prada que era "...grandíssima lástima a tanta gente como anda aquí perdida destos negocios de justicia del Consejo de Guerra, especialmente los estranjeros de los navíos, y pues estos señores del Consejo an sido servidos, por respeto de los sermones de la mañana, de mudar los consejos que tenían miércoles y viernes por la mañana para hacerlos a la tarde, que eran los días en que nos solíamos juntar a las tardes, y yo estava y estoy desocupado, suplico a v.m. diga en Consejo esta tarde que pues los lunes por la mañana no ay sermones ni ningún consejo los tiene más de solo miércoles y viernes, fueren servidos de hacer por la mañana consejo y dexar los lunes en la tarde para las cosas de justicia, en que nos pudiésemos juntar, que yo iré si fuere menester desde las dos hasta las cinco, o desde las tres hasta las seis (...) Y si a mayor abundamiento fueren servidos los miércoles y viernes en la tarde de darme cada día una hora antes o después de sus consejos a la ora que fuesen servidos, sería mayor alivio y con esto cesaría el importunar a su Mag. sobre el tiempo, porque al señor presidente se le hace muy de mal dexar salir del Consejo Real a ninguno del y a ninguna ora..." (AGS. GM, leg. 411, n° 598).

indisposición de Jiménez Ortiz²⁶ (que murió al poco) pero, en cualquier caso, Felipe II ya había madurado su decisión. El 12 de mayo se publicó la orden por la cual los asuntos judiciales del Consejo de Guerra pasaban a un comité especial de los alcaldes de Casa y Corte, en tanto que el Consejo solo debía ser consultado en delitos contra la disciplina militar²⁷. En el texto de la comisión se justificaba el cambio basándose en el argumento que ya había utilizado Ortiz -acerca de los trastornos producidos por la suspensión del comercio con herejes- así como al esfuerzo militar realizado en los últimos años, todo lo cual había multiplicado los negocios de justicia, que ya no podían ser atendidos debidamente en Consejo; o, como le dijo Idiáquez a Prada de parte de Felipe II, "...por descargar al Consejo de los embarazos y también para que sin estos el pueda mejor atender a las otras ocupaciones"²⁸.

Las repercusiones de esta disminución de atribuciones del Consejo fueron reflejo fiel de la evolución del organismo en los últimos tiempos. Mientras los consejeros de Guerra -que, de hecho, continuaron siendo requeridos en ocasiones para supervisar la actividad de los alcaldes- una vez tomada la decisión real no parece que mostraran excesivo sentimiento por la falta de una actividad que por su naturaleza a la postre les era extraña²⁹, no sucedió lo mismo con el aparato burocrático. Andrés de Prada, el único secretario presente (Esteban de Ibarra se hallaba temporalmente en Flandes) se quejó con vehemencia de estas decisiones, que suponían una merma en la reputación de su oficio y un recorte en su margen de maniobra en el conjunto de la

²⁶ AGS. GM, leg. 411, consulta de 18 de abril de 1594, cit. I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", p. 718.

²⁷ Diversa documentación relacionada con la elaboración de esta orden, incluida una minuta de la comisión anotada por el rey, en AGS. GM, leg. 411, nums. 599 a 604. Una copia de la comisión en BL. Add. 28373, fol. 121. Sobre los alcaldes, unas líneas generales en E. VILLALBA PEREZ, La administración de la justicia penal en Castilla y en la Corte a comienzos del siglo XVII, Madrid 1993, pp. 118-132 y C. de la GUARDIA HERRERO, "La Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Un estudio social", Investigaciones históricas. Epocas moderna y Contemporánea, 14 (1994), pp. 35-64.

²⁸ Idiáquez a Prada, 10 de mayo, enviándole la comisión firmada por el rey, para que la comunicara con Jiménez Ortiz y luego la entregara a los alcaldes (AGS. GM, leg. 411, n° 604).

²⁹ El 1 de agosto el Consejo revisaba tres sentencias de los alcaldes, y solo en una sugirió una pena mayor, aceptada por el rey (AGS. GM, leg. 411, n° 291). Tres meses más tarde, ante otra sentencia enviada por el monarca, el Consejo se desentendió, pues el "...parecer de los alcaldes deve ser conforme a justicia". (*ibidem*, n° 530). Más alusiones en el mismo sentido en *ibidem*, nums. 498 y 597.

administración³⁰. Ante sus fuertes reticencias, el 21 de mayo Felipe II firmó una cédula para que entregara a los alcaldes toda la documentación alusiva que tuviera en su poder³¹. Pero no fue solo el secretario, pues el relator, Fernando de Paredes, se negó asimismo a traspasar los papeles de los pleitos más importantes³².

El sistema de *juntas* en el ámbito de la guerra también conoció un impulso especial en estos años, fruto de la especialización en el gobierno. Además de seguir en funcionamiento la *Junta de Galeras*, en 1594 daba sus primeros pasos la *Junta de la Armada del Mar Océano*, que debía estudiar aspectos relacionados con las flotas que operaban en el Atlántico; estaba compuesta por consejeros de Indias, de Guerra, Hacienda y los secretarios de los dos primeros consejos, Juan de Ibarra y Andrés de Prada³³. Por el contrario, la *Junta de Puertorrico*, que desde 1591 perdiera sus representantes del Consejo de Guerra, no los recuperó hasta 1600, bajo la nueva denominación de *Junta de Guerra de*

³⁰ El 9 de mayo, tres días antes de la promulgación oficial, Prada enviaba la minuta de la comisión al rey, y añadía "...aunque no soy nada ambicioso, todavía siento lo que se dirá, tras lo que se dixo de haverse desmembrado deste officio la provisión de las Contadurías, viendo que se desmembra agora lo de la Justicia, que era una buen parte del, no por el provecho que dello se me seguía, pues yo no llevaba nada, sino por la reputación, no habiendo hasta aquí adquirido otro caudal en servicio de V. Mag. Y si es más conviniente que estos negocios (entre los quales ay algunos de tanto interés) passen por manos de los scrivanos del crimen y de sus oficiales que por los de estevan de Ybarra y míos y los nuestros, el tiempo lo mostrará" (AGS. GM, leg. 411, n° 603). Si hemos de creer a los alcaldes, hicieron su trabajo con suma diligencia y pusieron al día este tipo de negocios, como lo manifestaron en junio de 1597 para pedir una compensación económica por la sobrecarga de tarea, que no recibieron (AGS. GM, leg. 499, n° 112).

³¹ Original en AGS. GM, leg. 414, n° 43 (minuta en leg. 340, n° 23).

³² Véase el billete de Prada al rey de 19 de junio (AGS. GM, leg. 411, n° 201) y de Idiáquez a Prada el 2 de julio (*ibidem*, n° 605).

³³ La génesis de esta *junta* se encuentra en un parecer de la *Junta de Gobierno* de 25 de abril de 1594, sobre una consulta del Consejo de Guerra acerca de la seguridad del Mar Océano (Atlántico). La *junta* recomendó "...se nombren luego las tales personas, que a lo que se cree serían a propósito los que han comencado a poner la mano en esto, que son Laguna, Hinojosa, Agustín Alvarez y Juan de Ibarra, y con ellos se junten dos del Consejo de Guerra y Prada" a lo que apuntó el rey "y sean los dos que están allí don Juan de Cardona y don Pedro de Velasco" (IVDJ. Envío 45, caja 59, n° 500). Juan de Ibarra era el encargado de convocar esta *junta*, cuyos despachos debían ir señalados por los presidentes de Indias y Hacienda y el consejero de Guerra más antiguo de los presentes (AGS. GM, leg. 440, nums. 120 y 149); comunicaciones de Ibarra sobre actuaciones de la *junta* en AGS. GM, leg. 440, nums. 158 y 159; leg. 466, nums. 192 y 232AZ. Carpeta 131, nums. 184; consultas de la *Junta de Armadas*, revisadas por la de Gobierno en *ibidem*, caja 59, nums. 170 y 203. Véase además E. SCHÄFER, op. cit I, p. 170; I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", pp. 720-721.

Indias³⁴. También continuaron convocándose, como de costumbre, las comisiones para tratar problemas concretos, como asuntos de Aragón relacionados con el ejército enviado a aquel reino³⁵.

6.2.2. El conflicto europeo

En 1593 el panorama continental estaba a punto de complicarse en extremo para los intereses de la Monarquía hispana. Recordemos que Felipe II se había implicado militarmente en la contienda francesa en apoyo de la Liga Católica, y además mantenía un conflicto abierto con Inglaterra y los rebeldes de los Países Bajos. La iniciativa en esta nueva etapa la tomó Enrique IV en el mes de julio, cuando decidió convertirse al catolicismo³⁶. Este hecho, comienzo de la disolución de la Liga católica francesa, era considerado por Moura e Idiáquez como una "emboscada" y consultaron al rey que se debía escribir al Duque de Sessa (embajador en Roma) para que advirtiese al Papa "...de los engaños que encierra la conversión del de Bearne"³⁷. Este consolidó rápidamente su posición y, con el gobierno de Flandes paralizado tras la muerte de Parma (lo que obligó a establecer una tregua desde julio de 1593) ocupó París el 28 de marzo de 1594.

El primer resultado de la toma de París fue la rotura de la tregua con Flandes, pues el Consejo de Estado en Madrid recomendó que el Archiduque Ernesto, sucesor del Príncipe de Parma, se acercase a la frontera "...por no dexar caer de golpe el partido Catholico y lo que

³⁴ Señala I. A. A. THOMPSON, "The Armada...", p. 720 que quizá fuera a partir de 1597, pero de forma definitiva desde 1600, cuando de nuevo entraron los consejeros de Guerra. Una consulta del Consejo de Guerra de 6 de octubre de 1598 "...a propósito de lo que conviene que las materias que se uvieren de tratar tocantes a la guerra en el Consejo de las Indias, sean con acuerdo y parescer del de la Guerra", AGS. GM, leg. 527, n° 59) parece avalar la hipótesis de que fuera en 1600. Sobre la cédula, fechada el 25 de agosto de 1600, J. C. DOMÍNGUEZ NAFRIA, "La Junta de Guerra...", p. 87; breves noticias asimismo en E. SCHÄFER, "Algunos conflictos de jurisdicción en la administración española durante los siglos XVI y XVII", Investigación y progreso (1932), nums. 7-8, pp. 121-124.

³⁵ Así, en diciembre de 1593 se juntaban Juan de Cardona, el regente Batista y los secretarios Prada y Villanueva "...para ver la orden que los soldados que quedan en Aragón an de guardar con la paga de las sisas" (AGS. GM, leg. 411, n° 10).

³⁶ M. WOLFE, The conversion of Henri IV. Politics, power and religious belief in early modern France, Harvard 1993, pp. 28-35.

³⁷ AGS. E, leg. 2855, sin foliar.

se ha gastado con el"³⁸. Además, poco después consultaba la necesidad de fortalecer la posición del Tercio de Juan del Aguila en Bretaña, para sostener los derechos de la hija de Felipe II al Ducado de esa zona³⁹, así como el nombre de un general español para mandar el ejército que habría de operar en Francia desde Flandes, apoyando para tal puesto al Conde de Fuentes⁴⁰. Pero, sobretodo, interesaba la postura de la Santa Sede, porque Felipe II y sus principales ministros ya habían comprendido que los nuevos planteamientos en la situación de la Cristiandad les obligaban a acogerse a la idea de catolicismo universal del Pontífice, algo a lo que se había resistido durante todo su reinado y que encontraba en la Compañía de Jesús la elaboración de su fundamento teórico⁴¹. De este modo, en el verano de 1594 se congelaron varias propuestas ante el problema de Francia hasta saber si era posible llevar a cabo una acción común entre el Pontífice y el Rey Católico⁴².

Sin embargo, no se colmaron las expectativas. Clemente VIII, deseoso de contemplar el equilibrio entre Francia y la Monarquía hispana con el fin de consolidar la posición del Papado, veía con buenos ojos el proceso seguido por Enrique IV, que sin duda habría de contrarrestar el poder de Felipe II⁴³. Así que, cuando en enero de 1595 el Borbón declaró formalmente la guerra al Rey Católico, el Consejo de Estado, tras considerar que sería un error responder en los mismos términos y calibrar la acción como un intento del monarca galo de reunir las

³⁸ AGS. E, leg. 2855, sin foliar.

³⁹ Consulta de 30 de abril de 1594 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

⁴⁰ Consulta de 4 de mayo de 1594 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar); además de Fuentes, el Archiduque Alberto propuso a don Alonso de Vargas y otro consejero al Conde de Santa Gadea.

⁴¹ A este respecto, véase el planteamiento de J. MARTINEZ MILLAN, "Transformación y crisis de la Compañía de Jesús (1578-1594)" (en prensa).

⁴² Véase la consulta del Consejo de Estado de 20 de agosto, sobre cartas del Duque de Feria del mes de mayo que contenían propuestas concretas para el problema de Francia; se recomendaba esperar a la respuesta de Roma para escoger una de las vías "...siendo tan necesario que su Santidad y su Mag. abracen de conformidad lo que se hubiere de seguir"(AGS. E, leg. 2855, sin foliar). Este compás de espera aparece asimismo reflejado en otra consulta del Consejo sobre cartas del Archiduque Ernesto del mes de junio (*ibidem*). Para estos movimientos, G. COZZI, "Gesuiti e politica sul finire del '500: una mediazione di pace tra Enrico IV, Filippo II e la sede Apostolica proposta dal P. Achille Gagliardi alla repubblica di Venezia", *Rivista Storica Italiana*, 75 (1963), pp. 477-537.

⁴³ M. RIVERO, "La Corte y el mundo..." (en prensa).

fuerzas francesas en torno a su rey, superando así los conflictos religiosos, se preguntaba de que lado estaba en realidad el sucesor de San Pedro, sospechosamente proclive al de Bearne⁴⁴. Los peores temores de los consejeros de Felipe II quedaron confirmados en julio de 1595, cuando recibieron la noticia de que Clemente VIII se disponía a conceder la absolución al soberano francés (materializada el 7 de septiembre)⁴⁵. Además de recomendar que el Duque de Sessa realizase las maniobras de costumbre con el Papa y los cardenales para tratar de impedirlo, como

44 En AGS. E, leg. 2855 (sin foliar) se halla un documento titulado "Puntos para considerar sobre los avisos que ay de Francia de la guerra rota públicamente..." en el que leemos: "1. Si este rompimiento tiene más misterio del que suena el edicto y si los fines del serán unir todos los franceses a título de guerra real por nación, cortando el color de la religión; 2. Quitarse por aquí de obligación de pedir que le absuelva el Papa, apoderándose sin eso de todo; 3. darnos que pensar aca con la rotura y de otras partes sabrá la comisión que traya Juan Francisco en las cosas de Francia; 4. Soplar y encender el fuego y aborrecimiento entre franceses y españoles con los daños que mediante la guerra se yran haziendo y cobrar reputación de valor y absoluto rey de Francia, pues se atreve a desafiar toda esta Monarchia. Si se le responderá por los mismos tenores de guerra abierta general con todos los franceses o si podría aver en esto alguna declaración de no confessar enemiga con la Corona de Francia y buenos catholicos della, sino con el intruso que la usurpa y de los que, olvidados de su obligación a Dios y a su patria y a la sede apostólica, lo siguen". Y proseguía examinando diversas posibilidades, como el proceder contra naves francesas en los puertos, la conveniencia de pregonar guerra en las fronteras, el uso de propaganda impresa, largas consideraciones de orden militar y financiero y, sobretodo, la actitud del Papa, que se mostraba demasiado inclinado al de Bearne y habría que preguntarse de que lado estaba. La consulta del Consejo de Estado sobre estos puntos se halla al final del mismo legajo, e incidía en los mismos aspectos, además de considerar que era menester contestación oficial; y sobre el Papa "que si su Santidad estuviere atrás en el oficio que se acaba de decir, y se viere que inclina demasiado a la absolución del de Bearne, pues no ha valido antes a su Mag. preferir a todo el bien de la religión, pruebe agora a mostrar que prefiere sus cosas particulares a lo demás, preguntandole de qual parte se quiere poner, si de la de su Mag. o del principe de Bearne, para que reparando en esto su Santidad y en la ingratitud que paresceria al mundo dexar a quien ha hecho tanto por la Iglesia y es solo protector della, se consiga el fruto que se pretende para la religión, que no sea absuelto el de Bearne, y que esto se trate aquí con Juan Francisco y con su Santidad por medio del Duque de Sessa, por el qual se le buelva también a acordar lo que conviene mirar por la paz de Italia, y se procure encaminar con la destreza necesaria lo de la Liga Defensiva de Italia, que tan conveniente sería".

45 Consulta del Consejo sobre cartas del Duque de Sessa de 31 de julio y 1 y 3 de agosto: "Que quando todo no bastare para que el papa detenga la absolución a Bearne, le heche el Duque en los oídos a su santidad por los medios que le paresciere, quan conviniente será que entre otras cosas obligue al de Bearne a que no ha de permitir que entren ningunas armas francesas en italia, pues si el tiene la intención que dan a entender sus parciales, no podrá negar esto a su Santidad, y que para mayor seguridad procure su Santidad una Liga defensiva en Italia que asegure a todos de sombras y quite la ocasión de tirar a Italia armas francesas pero que, como queda apuntado, sea con tanta destreza que no pueda arguyr flaqueza de acá ni sospecha de que tiene algo encerrado por admitirse por esta parte"; y más adelante, no debía romperse con el Papa "...sino que antes procure unirse con él para todo lo que se ofresciere en virtud de la promesa secreta que le hizo, pues demas de la obligacion que ay para tener esta correspondencia con su Santidad, ha quedado solo el de la parte de V. Mag. y no conviene perderle ni dar lugar a que, viéndole desunido con su Mag. le pierdan a el y a aquella Santa Sede el respeto que le deben..."; y, por último, sobre la guerra, "Que la guerra con Bearne es forçosa y para esto se debe sustentar en Francia las parcialidades que se pueda, acudiendo a lo de Bretaña y a las otras partes y confidentes que convenga" (AGS.E, leg. 2855, sin foliar).

se entendía que era cosa hecha los consejeros de Estado pasaron a consideraciones más prácticas, referentes a preservar Italia de la amenaza francesa (sugiriendo de nuevo la posibilidad de una Liga defensiva en aquella península) y la necesidad, a pesar de todo, de mantener la unión con el Papado; y, en cualquier caso, dado que la absolución papal a corto plazo traería consigo la desintegración de la Liga Católica francesa⁴⁶, era inevitable una implicación mucho mayor en terreno francés contra el Príncipe de Bearne, ya fuera con medidas políticas (avivando las rivalidades internas) o militares, con el refuerzo del Tercio de Bretaña o con la entrada de nuevos ejércitos desde Flandes e Italia⁴⁷. La reacción de Enrique IV ante la presión hispana fue mirar al otro lado del Canal de la Mancha, y envió una delegación a la Corte inglesa en abril de 1596.

Para entonces Isabel I, que como es lógico no veía con buenos ojos la conversión del Príncipe de Bearne, había realizado al menos dos intentos de acercamiento a la Monarquía hispana (a quien nunca declaró oficialmente la guerra) a través de Roma y del Imperio⁴⁸, tentativas que habían sido acogidas muy fríamente en el seno del Consejo de Estado en Madrid⁴⁹ y a la postre no dieron ningún fruto. La política inglesa contra Felipe II se planteaba entonces en términos marítimos⁵⁰ -incluido el entendimiento con el norte de Africa⁵¹- abandonando en gran medida el escenario continental. Los resultados más visibles fueron la

⁴⁶ Como efectivamente sucedió; sobre este proceso, De Lamar JENSEN, Bernardino de Mendoza..., pp. 221-222.

⁴⁷ La campaña del Conde de Fuentes desde Flandes en 1595 procuró la ocupación de Doullens y Cambrai, y al año siguiente el Archiduque Alberto tomó Calais en el mes de abril. Asimismo, un intento de entrada desde Milán no se vio coronado por el éxito.

⁴⁸ Sobre la política isabelina durante estos años, nos remitimos a R. B. WERNAHM, The return of the Armadas. The last years of the Elizabethan War against Spain, 1595-1603, Oxford 1994 (cap. I para las tentativas de acercamiento de la reina); véase también P. WILLIAMS, The later Tudors..., cap. IX.

⁴⁹ Consulta de 30 de octubre de 1593 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

⁵⁰ Véase un resumen de la política marítima de Isabel I durante estos años, con interesantes apreciaciones globales, en S. ADAMS, "English naval strategy in the 1590s", Después de la Gran Armada: la historia desconocida (1588-16..), Madrid 1993, pp. 57-72.

⁵¹ Véase M. FERNANDEZ ALVAREZ, Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos (un intento de cerco a la Monarquía del Rey Católico), Madrid 1951.

fallida expedición de Drake y Hawkins a las Indias⁵² y el saco de Cádiz en junio de 1596, que subestimado en principio por el Consejo de Estado⁵³, supuso un duro golpe para el Rey Católico; su respuesta consistió en levantar una nueva armada contra Inglaterra, abortada finalmente por los adversos elementos climatológicos⁵⁴.

Al mismo tiempo, Enrique IV cosechaba los primeros éxitos en su aproximación a Isabel I, y el 14 de mayo de 1596, en Greenwich, las delegaciones alcanzaban un acuerdo que significaba una liga ofensiva y defensiva contra el creciente esfuerzo bélico desarrollado por Felipe II desde los últimos meses de 1594; se abría la posibilidad además de invitar a otras potencias a participar en el tratado, vía que siguieron los rebeldes de los Países Bajos en el mes de octubre, consumándose de este modo la denominada Triple Alianza contra la Monarquía Católica⁵⁵.

Desde el momento en que se confirmó este cuadro en Europa, que se completaba con las negociaciones que el Duque de Saboya había comenzado por separado con el rey de Francia⁵⁶ y la amenaza turca que el

⁵² Un relato de la misma en R. B. WERNHAM, The return..., cap. III.

⁵³ Véanse las consultas del Consejo de 4 de julio (cuando, con pocas noticias todavía, consideraba que el ataque podía hacer escaso daño y sería rechazado fácilmente), 6 de julio (con información más fiable, el Consejo se mostró desconcertado) y 9 de julio (su primera recomendación fue rezar, y luego proponía medidas más prácticas como levantar ejército, y apuntaba asimismo al entendimiento entre ingleses y marroquíes; AGS. E, leg. 2855 sin foliar). Sobre este suceso, J. RIBAS BENSUJAN, J., Asaltos a Cádiz por los ingleses, siglos XVI, XVII y XVIII, San Fernando 1974 y la documentación transcrita en CODOIN, vol. 36, pp. 205 a 468. Desde el punto de vista inglés, R. B. WERNHAM, The return..., cap. VII.

⁵⁴ Para esta expedición, F. FERNANDEZ DURO, Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón, utilizamos la ed. de Madrid 1972, III, pp. 129-131; R. B. WERNHAM, The return..., cap. IX.

⁵⁵ Sobre las negociaciones de Greenwich y la formación de la Triple Alianza, nos remitimos a R. B. WERNHAM, The return..., cap. V.

⁵⁶ En consulta de 31 de agosto de 1596 el Consejo de Estado recomendaba a Felipe II no impedir estas conversaciones, aunque proponía que se escribiesen al Duque determinados puntos que habría de tener en cuenta (AGS. E, leg. 2855, sin foliar). Las hostilidades entre el Duque de Saboya y Francia habían comenzado en 1588, con la ocupación de Saluzzo; sobre este tema, J. L. CANO DE GARDOQUI, La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del Imperio español (1588-1601), Valladolid 1962.

Imperio tenía que enfrentar en Hungría⁵⁷, el Consejo de Estado en Madrid buscó fórmulas para neutralizar una situación que suponía una gravísima amenaza a la Monarquía. La cuestión residía en si era factible pactar con uno de los integrantes de la Alianza por separado -preferiblemente el Príncipe de Bearne- o habría que hacerlo con todos a la vez; también era preciso tener en cuenta la forma del acuerdo así como la deseable intervención del Papa y, por último y en todo caso, habría que reforzar el ejército para continuar la guerra o hacer mejor la paz, para lo cual era menester gran cantidad de dinero⁵⁸. En este sentido, en el mismo día que se pronunciaba el Consejo de Estado, 13 de noviembre, Felipe II decretaba la suspensión de pagos para "...mejorar el estado de su real Hacienda y poder acudir a proveher las cosas de la guerra que en defensa de la religión cathólica..."⁵⁹.

A lo largo de 1597 y buena parte de 1598 prosiguieron las hostilidades con suerte diversa, pero Felipe II y Enrique IV -sin contar

⁵⁷ Véanse las consultas del Consejo de Estado de 24 de abril de 1596 (se recomendaba socorrer al Emperador con 100.000 ducados procedentes de la hacienda del fallecido Gaspar de Quiroga) y 22 de abril de 1597 cuando, ante la apremiante petición de ayuda del sobrino de Felipe II, se consultaba el envío de 3.000 valones y 500 caballos pagados durante seis meses, así como se prometían gestiones en Persia para que estorbaran al turco por aquel flanco (AGS. E, leg. 2855, sin foliar).

⁵⁸ Consulta del Consejo de Estado de 13 de noviembre de 1596 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar): "Que la paz es el fin de las guerras siempre que se pueda concluir con condiciones convinientes, y assi no se debe cerrar las puertas a estas pláticas, especialmente siendo tres las guerras que se sustentan, con franceses, ingleses y rebeldes, enemigos declarados, sin los otros encubiertos que se cree dan fomento a estos. Que la forma de concierto se tiene por mejor por via de sola suspension de armas, porque esta no obligara por mas tiempo del que durase a restituyr a franceses las placas que se les han ganado, como lo haría una paz formada segun los exemplos que ay de las que por lo passado han concluydo entre España y Francia. Que el no querer concluir el de Bearne sin sus confederados muestra por quan conviniente tienen esto para si el y ellos, y por el mismo caso del daño que puede ser aunarlos de nuevo en este trabajo y dexarlos prendarse mas entre si contra su Mag." Proseguía sobre la necesidad de procurar la división entre los aliados para negociar por separado, pero que en caso de mantenerse firmes "...se de lugar y rodee la intervención del Papa y de su legado y ministros, pues aunque su Santidad ha dado hartas causas de sospecha, en fin por lo que dirá el mundo, no ha de dexar de procurar parte de lo que en este caso estará bien a su Mag., que entre otras cosas podría ser hazer como una massa de todos los que capitulasen obligando a resentirse los demás siempre que alguno dellos fuesse offendido por otro dellos mismos, fuera de lo qual sería la intervención del Papa de mucha importancia para todo lo que se atravesare concerniente a religión y a tratar con gente tan ajena a ella como los tres confederados"; apuntaba el Consejo de Estado por último la necesidad de formar ejército. Este parecer fue aprobado por Felipe II, especialmente lo tocante a la suspensión de armas, ordenando escribir el resto al Archiduque Alberto.

⁵⁹ Cit. por C. J. CARLOS MORALES, Política y finanzas..., pp. 228 y ss., donde se hallará asimismo la información pertinente sobre este evento hacendístico. L. CABRERA DE CORDOBA, Historia de Felipe II..., IV, pp. 262-263, describe con detalle las prevenciones militares tomadas por Felipe II en estos momentos cruciales.

éste con sus confederados- buscaban ya la paz con la misma necesidad⁶⁰. Clemente VIII, como esperaba el Consejo de Estado, colaboró con intensidad en el proceso, especialmente tras el fracaso del Emperador frente a los turcos (Kerestes, octubre 1596); en este sentido, el Pontífice volvió a proponer un proyecto de Liga contra la Sublime Puerta, acogida con sumo escepticismo en Madrid⁶¹, pues los intereses últimos del Papa se dirigían a consolidar su dominio en Italia, favorecido por el equilibrio entre las dos principales potencias católicas⁶².

La Paz de Vervins, firmada en mayo de 1598 entre Felipe II y Enrique IV, restablecía en apariencia las condiciones alcanzadas en Cateau-Cambresis, casi cuarenta años antes, aunque en realidad resultó mucho más favorable para el monarca galo⁶³. También se había diseñado ya la operación por la cual el Rey Prudente cedía a su muerte la soberanía de los Países Bajos en su sobrino el Archiduque Alberto y su hija Isabel Clara Eugenia, unidos en matrimonio para la ocasión⁶⁴. Todo dirigido a la transmisión de la Corona en las mejores condiciones posibles, pero Felipe II y sus ministros hacía meses que no controlaban las fuerzas que se movían en el seno de la Corte en torno al heredero.

6.2.3. De la *privanza* al *valimiento*

Si bien poco estudiadas, son conocidas las líneas generales del proceso mediante el cual el Marqués de Denia, don Francisco Gómez

⁶⁰ Véanse las consultas del Consejo de Estado de 15 de marzo y 17 de diciembre de 1597 y 14 de marzo de 1598 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar); una visión general en R. B. WERNHAM, *The return...*, pp. 194 y ss.

⁶¹ Consulta del Consejo de Estado de 6 de julio de 1596 (AGS. E, leg. 2855, sin foliar); se recomendaba a Felipe II mostrar interés por el proyecto, pero en todo caso debían ser los venecianos, que fueron los primeros en abandonar la Liga de los años setenta, los que debían entrar inicialmente, clara forma de demorar la ejecución del plan.

⁶² M. RIVERO, "La Corte y el mundo..." (en prensa); un buen resumen de la situación en J. H. ELLIOTT, *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid 1984, pp. 365 ss.

⁶³ Unas consideraciones sobre esta paz en F. BRAUDEL, *El Mediterraneo...*, II, pp. 766-767.

⁶⁴ Si bien la Monarquía mantenía una fuerte presencia en la zona, y las férreas condiciones del acuerdo finalmente hicieron revertir las posesiones a la Corona hispana (G. PARKER, *España y la rebelión...*, p. 229).

de Sandoval y Rojas, llegó a ganarse la confianza del príncipe Felipe: gentilhomme de la Cámara en 1585⁶⁵, actuó en la sombra hasta que los principales ministros de Felipe II, que ocupaban los cargos en la Casa del heredero (en especial Cristóbal de Moura), percatados de su creciente influencia, consiguieron alejarlo de la Corte con el nombramiento de virrey de Valencia en 1595; pero a finales de 1597, tras alegar motivos de salud, el marqués se hallaba de nuevo en el centro político de la Monarquía, con el título de caballero mayor del heredero de la Corona.

Llegó a tiempo el noble valenciano para asistir al acto final del cambio de reinado y recoger los frutos de largos años de paciente esfuerzo. Si en 1595 el príncipe había recibido unas instrucciones para actuar en audiencias, Consejos y juntas⁶⁶, a principios de septiembre de 1597 Felipe II delegaba en su heredero la firma de todas las cartas y despachos, así como la contestación a las consultas de los organismos del gobierno⁶⁷. Durante los meses siguientes el viejo rey, cuyos males se agudizaban rápidamente, fue perdiendo los últimos vestigios del control del gobierno, que era asumido por los ministros más señalados, en especial Cristóbal de Moura. El Consejo de Estado todavía vio una nueva incorporación en la persona de García de Loaysa, arzobispo de Toledo desde julio de 1598⁶⁸. Pero la influencia política de estos personajes llegó a su término cuando en la madrugada

⁶⁵ Aparece en la relación de personas escogidas para tal dignidad el 9 de marzo de 1585 (AGS. E, leg. 164, n° 9).

⁶⁶ IVDJ. Envío 29, caja 42, fol. 8. Fue el 30 de julio, y además de contemplar su propia formación Felipe II tuvo en cuenta probablemente la necesidad de sustituir al Archiduque Alberto, quien habría de marchar inmediatamente a Flandes, en sus funciones de cabeza visible del gobierno.

⁶⁷ Así, el 22 de septiembre el capitán general de Guipúzcoa, Juan Velázquez, acusaba recibo de la orden "...en que V. Mag. me hace merced de decirme como a acordado que el príncipe nuestro señor firme las cartas y despachos que se hicieren generalmente, no alterando el estilo que se suele tener en ninguna otra cosa..." (AGS. E, leg. 180, sin foliar). Desde el 10 de septiembre es la rúbrica del heredero la que aparece en la contestación de las consultas del Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 499). Al mismo tiempo, la *Junta de Gobierno* recibió nuevas instrucciones (IVDJ. Envío 29, caja 42, fol. 8; AZ. Carpeta 152, n° 137).

⁶⁸ Capellán mayor de Felipe II, preceptor del príncipe Felipe desde 1585 y arzobispo de Toledo, murió en febrero de 1599. En agosto de 1598 aparece su rúbrica en una consulta del Consejo de Estado (AGS. E, leg. 181, sin foliar).

del 13 de septiembre de 1598 fallecía en El Escorial Felipe II⁶⁹.

Dado que la época de Felipe III no es objeto de nuestro trabajo, nos limitaremos a trazar unas pinceladas que nos permitan asomarnos, en nuestro ámbito de estudio, a los cambios que trajo consigo el cambio de reinado. El Marqués de Denia -al poco tiempo Duque de Lerma- ocupó rápidamente los resortes del poder⁷⁰, e inauguró un nuevo estilo de gobierno basado en la preponderancia de un ministro sobre el conjunto de la administración de la Monarquía, el *validimiento*, con unas características propias que supusieron un salto cualitativo sobre la *privanza*, individual o compartida, existente durante la época de Felipe II⁷¹. Además de la impronta que el nuevo dirigente habría de imprimir sobre los destinos de la Monarquía en todos sus aspectos, las estructuras del gobierno y la administración notaron rápidamente las transformaciones sufridas en la dirección política⁷².

Como es lógico, los dos órganos de gobierno principales de los últimos años, el Consejo de Estado y la *Junta de Gobierno*, fueron desde el primer momento objeto de la atención prioritaria del *valido* con el fin de desalojar del poder a los ministros que los habían dominado durante los últimos años. Sin embargo, ambos organismos corrieron suerte muy diferente pues distinta era su naturaleza y, por tanto, el uso que

⁶⁹ Sobre el óbito del Rey Prudente, véase R. VARGAS HIDALGO, "Documentos inéditos sobre la muerte de Felipe II y la literatura fúnebre de los siglos XVI y XVII", Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CXLII, cuaderno III (sept.-dic. 1995), pp. 377-460.

⁷⁰ Véase especialmente P. WILLIAMS, op. cit.; además, C. SECO SERRANO, "Los comienzos de la privanza de Lerma según los embajadores florentinos", Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CXLIV (1959), pp. 75-101.

⁷¹ Sobre la figura del *valido*, el clásico estudio de F. TOMAS Y VALIENTE, Los validos en la monarquía española del siglo XVII, Madrid 1982. Más recientemente, A. FEROS, "Lerma y Olivares: la práctica del *validimiento* en la primera mitad del seiscientos", La España del Conde Duque de Olivares, Valladolid 1990, pp. 195-224, ha engarzado el surgimiento del Duque de Lerma en el estilo de gobierno de los últimos años de Felipe II; por su parte, F. BENIGNO, La sombra del rey. Validos y lucha política en la España del siglo XVII, Madrid 1994, p. 53, admitiendo las raíces del fenómeno, subraya las diferencias entre ambos contextos.

⁷² Sobre la época de Felipe III, véase B. J. GARCIA GARCIA, Paz, desempeño y reputación en la política exterior del Duque de Lerma (1598-1618), tesis doctoral inédita, leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1994, y una síntesis válida de P. WILLIAMS, "La política interior: el reinado de Felipe III", Historia de España, dir. SUAREZ FERNANDEZ), III, pp. 419-442; la tesis doctoral inédita de este hispanista, cuya introducción sirvió de base para el artículo ya citado ("Philip III and the restoration...") supone un buen recorrido sobre la administración durante estos años, The court and councils of Philip III of Spain, University of London, 1973.

de ellos podía hacer el Duque de Lerma. De este modo, el mismo día 13 por la tarde, el nuevo monarca reunió al Consejo de Estado en pleno y Denia juró como consejero⁷³; al día siguiente, tras confirmar en sus puestos a los integrantes de los distintos consejos, el monarca abolió la "...junta que había hasta aquí donde se revisan todas las consultas que se embiaban a su Mag. por los Consejos, assi de gracia como de justicia y gobierno"⁷⁴. Por el contrario, los Consejos de Estado y Guerra eran utilizados por el favorito como bandera de los nuevos aires que habrían de dominar la administración y que, en realidad, suponían la sublimación de las tendencias observadas durante la última época de Felipe II: nos referimos, por un lado, a la entrada de la nobleza (que se produjo de forma casi masiva en los dos Consejos), y por otro a la definitiva consolidación del sistema consiliar, que conformaba así una administración asentada jurisdiccionalmente, con sus elementos bien definidos y bajo la égida del poder político representado por el *valimiento*.

⁷³ Según relata el nuncio en su correspondencia a la Santa Sede, R. VARGAS HIDALGO, op. cit. p. 433.

⁷⁴ *Ibidem*; señalaba el nuncio que se había hecho con parecer del presidente del Consejo de Castilla, Rodrigo Vázquez de Arce, que entró en Consejo de Estado el lunes 14 de septiembre.

C O N C L U S I O N

Advertíamos en la *Introducción* sobre la importancia fundamental del análisis de las relaciones de patronazgo y clientelismo, basadas en la captación de la *gracia* real, para comprender el gobierno filipino, tanto en lo que se refiere a las acciones puntuales como a su misma evolución general que, partiendo de una base caracterizada por la confusión entre poder político y ejercicio jurisdiccional, fue conformando durante estos años un sistema basado en Consejos y *Juntas* para enfrentar la dirección política y la gestión institucional de tan complejo mosaico. Es decir, la articulación personal del poder sobre la institucional, pautas cuyo análisis aplicado en concreto a la trayectoria histórica de los Consejos de Estado y Guerra hemos abordado en las páginas precedentes, y de las que podemos extraer ya las conclusiones oportunas, además de algunas reflexiones sobre el carácter de la relación entre ambos organismos.

Es preciso recordar previamente algo que a estas alturas resultará obvio: los Consejos de Estado y Guerra carecieron de cualquier ordenamiento escrito que regulara sus actividades, jurisdicción y composición, con la única excepción de las instrucciones proporcionadas en períodos de Regencias, o alusiones secundarias en documentos emitidos para otras instancias, como fue el caso de las Guardas de Castilla o de la artillería, y el papel reservado al Consejo de Guerra en su gobierno. La causa de esta carencia, que contrasta con las disposiciones promulgadas para otros componentes del régimen polisinodal, se encuentra sin duda en el carácter específico de estos Consejos, los únicos que encabezaba directamente el monarca, sin delegar la tarea en ningún servidor. No disponemos por tanto de una guía para acercarnos a la estructura formal de ambos organismos, cuyo valor, en cualquier caso, sería muy relativo, pues el referente fundamental era el cariz de las relaciones de poder en la Corte.

El Consejo de Estado representaba la naturaleza de la articulación del poder en las monarquías del siglo XVI. El Príncipe era la cabeza del "cuerpo" que formaba la Monarquía y, como tal, la fuente de donde manaba la *gracia* hacia los distintos órganos. El único requisito para entrar en Consejo era la confianza regia, previamente adquirida en el complicado mundo cortesano y cuyo grado de acumulación determinaba la influencia política de sus poseedores, ejercida a través de las relaciones de patronazgo y clientelismo. Esta premisa básica nos permite comprender la esencia del Consejo: su función política primaria -y, en consecuencia, la ausencia de jurisdicción y de cualquier forma de reglamentación-, que convertía su sala de reunión en la expresión máxima de la contienda faccional de la Corte.

La razón de la existencia del Consejo de Estado residía en el asesoramiento del monarca en cualquier materia que afectase a la seguridad y reputación del conjunto de la Monarquía, al Estado del rey¹. Ello incluía unos espacios que, tanto por ausencia de la acción de otros organismos como por su calidad, le eran privativos: todo lo relativo a las Casas Reales, cuestiones del gobierno político y militar de las posesiones de la Monarquía y la relación con otros poderes ajenos a ella. Esta última competencia, en concreto, cobró una importancia creciente a lo largo del reinado de Felipe II pues la política europea, guiada tradicionalmente por parámetros dinásticos, se complicó de forma extraordinaria por la irrupción del confesionalismo -que obligó a los Príncipes europeos a identificarse con determinadas confesiones- y creemos haber demostrado de forma sobrada el grado de intervención del Consejo de Estado en estas lides. Pero, además, si la situación lo requería, intervenía también en aquellos ámbitos que eran objeto de la

¹ Se encontrarán descripciones de las competencias del Consejo de Estado en los tratados clásicos sobre el gobierno de la Monarquía: L. SALAZAR Y CASTRO, Advertencias históricas sobre las obras de algunos doctos escritores modernos, Madrid 1688 (pp. 211-213); F. J. de GARMA Y DURAN, Theatro universal de España, Madrid 1751; A. NUÑEZ DE CASTRO, Libro histórico-político: solo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid, Madrid 1658; G. GONZALEZ DAVILA, Teatro de las grandezas de la villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España, Madrid 1623. Además, en las siguientes relaciones, entre otras: "Discursos sobre el gobierno de España" de Agustín Álvarez de Toledo (BNM. Ms. 904, pp. 99-137; igual en ibidem, Ms. 5791, fols 157-162, éste publicado por F. BARRIOS, El Consejo..., doc. 5); "Relación muy puntual de todos los Consejos superiores y tribunales supremos que residen de ordinario en la Corte de España" (BNM Ms. 5972, fols. 88-128; igual que ibidem, ms. 7423); "Papel sobre el Consejo de Estado" (AMAE. Ms. 134, ff. 1104 a 1110; pub. por F. BARRIOS, El Consejo..., doc. 1).

actividad de otros Consejos². Pero los conflictos de competencias eran impensables, pues la naturaleza de la posición del Consejo de Estado era incompatible con la posesión de cualquier forma de jurisdicción general o particular, que pudiera interferir con las esferas de los diferentes organismos.

En efecto, el Consejo de Estado estaba lejos de disponer de la más mínima capacidad jurisdiccional, sea cual fuere el negocio a tratar. En este sentido, fue el único integrante del sistema polisindial que no se sumó a la dinámica de asentamiento que habría de culminar en la década de los ochenta. La razón de este hecho está presente en los argumentos esgrimidos por el cronista Cabrera de Córdoba, cuando especulaba sobre la existencia del Consejo de Estado³.

² Además de la documentación citada a lo largo del texto, señalar la siguiente: respecto al Nuevo Mundo se trataba sobre la seguridad de las armadas de Indias (AGS. GM, leg. 78, n° 164); por lo que toca a la Corona de Aragón, los cargos de las principales fortalezas de aquellos territorios (AGS. GM, leg. 80, n° 125), el rearme de Valencia (AGS. GM, leg. 81, n° 169) o cuestiones de moriscos (AGS. GM, leg. 82, n° 87).

³ Señalaba CABRERA, narrando los acontecimientos de 1591 (Historia de Felipe II..., III, pp. 474-6), la bondad de la forma de gobierno personal que había seguido Felipe II, pero advertía a continuación de los problemas que podía acarrear si éste desfalleciere: "El remedio más fácil y natural era que hiciese persona con autoridad de poder proveer a todo cuanto su Mag. no pudiese; pero como tan largo poder no se podría dar sino a su propio hijo de su Magestad, si fuera de edad, o a su muger si la tuviera, o a hermano de quien tuviese mucha satisfacción, era fuerza pensar en otro medio y traza, pues no hay que tratar de que se hubiere de poner en esta persona de menos calidad de las que se han dicho (...); por esto se debía dar esta autoridad a un Tribunal, y a ninguno tocaba como al Consejo de Estado. Pero sería menester dar diferente orden del que se tenía al presente, porque no tenía jurisdicción ni negocios ordinarios; y por esto ninguno de los del Consejo tenía título de su oficio, ni aun creo está escrito quienes son del Consejo, y solo parece se junta para los negocios que ordena el rey se propongan. No hay orden de antigüedad, ni de oficio, ni dignidad, para el sentarse ni para votar, y lo que allí se resuelve no tiene execución, porque solo resuelve el rey entendido por lo que al Consejo parece, por la relación del secretario, sin que sepa el Consejo la resolución y como se executó.

Era tal forma de proceder muy conviniente, entendiendo el rey a todo, porque no se ofrecía negocio que no pasase una o muchas veces por sus manos, y está en todos tan resolutivo, que poco había menester Consejo. Y aunque los que tenía en el Consejo de Estado eran de gran integridad y suficiencia, no estarían tan libres de afición y de pasión como su Magestad; y por mucho secreto que hubiere, le había mayor en lo que él a solas proveía, y más brevedad en la resolución; y así podría decirse que el Consejo de Estado no era ahora, ni hay necesidad de que para que el mundo entienda que su Magestad tenía ministros con que poderse aconsejar, y haciendo solamente en las cosas lo que le parece, era bien saber como las entienden, y callándoles las que podría haber inconveniente, pueden ser de servicio. Cuando se hubiere de dar al Consejo la autoridad que se ha dicho, era necesario dar título a cada consejero, declarando su jurisdicción como la tienen los demás tribunales; se guardase la antigüedad en los asientos, sin que por dignidad u officio hubiere precedencia; contase los votos el más antiguo y hiciese asentar al secretario lo que se resolviese y entendiéndose como se executaba, y señalar las cartas que se despachasen, inquiriendo se guardase orden de antigüedad por semanas; podría ir el contar los votos y lo demás y repartir los negocios por provincias, y los despachos se habrían de hacer con la firma de su Magestad, señalando el más antiguo o el semanero o el comisario de la provincia, teniendo la estampa de la firma real en la sala donde se hace el Consejo con tres llaves; y estando juntos, se sacase, firmándose en presencia de todos los despachos. Los negocios habían de ser los que solo se pueden

Este se hallaba condicionado por la asistencia al monarca, su objetivo primordial. Si el soberano se encontraba en plenitud de facultades, el seguimiento personal de los negocios era sin duda la forma sublime de dirección de los reinos y la asesoría del Consejo de Estado podía resultar útil, pero no era fundamental y ni siquiera debía ser informado de todos los asuntos; por el contrario -proseguía el cronista-, si la salud regia comenzaba a flaquear y se hacía necesario recurrir a un apoyo externo, en ausencia de un miembro cualificado de la familia real la única posibilidad era dotar al Consejo de Estado de la jurisdicción y procedimientos apropiados para regir los destinos de la Monarquía, elementos de los que hasta el momento había carecido.

La fórmula expuesta por Cabrera de Córdoba fue barajada en alguna ocasión por los mentideros cortesanos⁴, y su aplicación hubiera supuesto la creación de un organismo institucionalizado para el despacho superior de los negocios y la coordinación general del gobierno. Es evidente que esta circunstancia no era factible en un sistema basado en el control personal del monarca y en el poder de mediación de las *privanzas*, individuales o compartidas, sistema que en el momento en que escribía el cronista caminaba ya hacia el *valimiento*. Así que, aunque según la documentación conservada no parece que el Consejo de Estado careciera por completo de algunas facultades en los trámites burocráticos⁵, Cabrera nos proporciona una imagen muy aproximada de la realidad del mismo. Y, además, refleja el conocimiento que tenía acerca de las circunstancias que vivía el gobierno de la Monarquía por aquellos años, tanto en lo que se refiere al asentamiento jurisdiccional de los Consejos -de este modo, asimiló la estructura y funcionamiento que debería tener el Consejo de Estado a la implantada en otros organismos-,

despachar con consulta y orden de su Magestad, y las resoluciones se habían de hacer por los más votos, escribiéndose en el libro de gran secreto, guardado con la estampa. No se habían de entrometer en provisiones de obispados ni encomiendas ni en lo que podía haber daño de partes". Este amplio párrafo ha sido transcrito asimismo por J. A. ESCUDERO, *Los secretarios...*, I, pp. 214-218, a propósito de las relaciones de Felipe II con el Consejo de Estado, pero aporta conclusiones poco satisfactorias.

⁴ Ya dimos cuenta de los rumores recogidos por el embajador francés en 1584 (*supra*, p. 249).

⁵ Un ejemplo significativo fue la rúbrica del Consejo en pleno de las instrucciones que recibieron el Marqués de Santa Cruz y el Duque de Medina Sidonia (*supra*, p. 272). Además, por lo menos desde septiembre de 1597 (¿coincidiendo con la delegación de la firma al príncipe y las nuevas instrucciones a la Junta de Gobierno?), los consejeros de Estado comenzaron a señalar los borradores de la correspondencia real despachada por la vía de Estado (AGS. E, leg. 178, *passim*).

como a la proximidad de la preeminencia universal de un único ministro, posibilidad que rechazaba con vehemencia.

En resumen, a efectos del gobierno político de la Monarquía si bien es innegable una conciencia clara de su existencia como entidad colegiada asesora, también lo es que el Consejo de Estado era más una suma de influyentes individualidades que un auténtico Consejo, según las características alcanzadas por los integrantes de la polisinodia hispana en el ocaso del Quinientos. Su importancia radicaba en sus funciones como instrumento de dirección política de la Monarquía, sujeto a los vaivenes de la dinámica cortesana, y no en la entidad institucional que pudiera presentar como efecto del ejercicio de sus competencias. En la medida, pues, en que carecía de cualquier forma de reglamentación e, incluso, de jurisdicción y sus integrantes se hallaban inmersos en la contienda faccional, la evolución del Consejo a lo largo de la época de Felipe II creemos que debe estudiarse -como hemos hecho en nuestro trabajo-, a la luz de los personajes que disfrutaron de la *privanza* del monarca y las condiciones en las que ejercieron su dominio sobre el gobierno. Pero, antes de revisar las pautas fundamentales de este decurso, repasemos las características de aquellos que accedieron a tan alta estima real.

La distinción de la *gracia* que suponía el nombramiento de consejero de Estado, formalizada mediante juramento ante el Consejo, era valorada en grado sumo por cualquier servidor del monarca que se hallara construyendo una situación política en la Corte al amparo del juego faccional. Sin embargo, ello no implicaba la plena confianza regia⁶, sino la confirmación de una situación políticosocial especial dentro de la Monarquía. Así, la noción de las características básicas que reunieron los candidatos incluía la pertenencia inexcusable a uno de los tradicionales grupos de poder: miembros de la familia real, nobleza titulada (cuyo caletre era imprescindible para abordar asuntos de índole política y militar), alta jerarquía eclesiástica (quienes podían aportar sus conocimientos en materia religiosa) y -en menor medida- letrados de renombre (que aseguraban el adecuado entendimiento en cuestiones que

⁶ Así que, de cara a la contienda cortesana, los elegidos solo recurrían a su condición de consejero -con ningún éxito- cuando no les quedaban más recursos que utilizar, como fue el caso del Marqués de Aguilar, que pretendía suplir su falta de influencia acudiendo a su antigüedad como consejero de Estado (véase supra, p. 243).

implicaran tecnicismos legales⁷). El elemento predominante a lo largo del reinado fue la nobleza, estamento dirigente que convirtió el Consejo de Estado en su bastión, desde el que en ocasiones tuvo que lidiar con el protagonismo coyuntural de personajes ajenos a su mentalidad, como sucedió con Espinosa y la implantación del confesionalismo.

Además, se entendía que ningún consejero tenía preeminencia formal sobre el resto porque, receptores todos de la *gracia* regia, las diferencias venían marcadas por el grado de disfrute de la misma. Como es lógico, esta circunstancia se tradujo en la ausencia de presidencia pues el monarca era el único que podía encabezar sus sesiones. Así, el Consejo estaba sujeto a la voluntad del rey incluso para la celebración de sus reuniones⁸ (parece que hacia el final del reinado adquirió una periodicidad constante) aunque no participara en persona. Al margen de las discusiones sobre la efectividad de su presencia⁹, tal particularidad surgía de la misma naturaleza corporativa del sistema, en el que se identificaban posición social y política, lo que permitía que el poder se articulase a través de las relaciones no institucionales. Con esta luz se entiende asimismo el hecho de que Felipe II llegara a maniobrar durante los primeros años de su reinado con las posibilidades ofrecidas por la preeminencia en Estado y Guerra, a fin de manejar las disputas cortesanas¹⁰. Bien es cierto que, en adelante, únicamente delegó la suprema representación protocolaria en miembros de su familia¹¹, lo que no era óbice para que el Consejo fuera realmente dominado y dirigido en cada momento por el privado de turno.

⁷ Un ejemplo: en diciembre de 1574 Juan Delgado se dirigía al rey informándole que "el negocio que se vio en la junta de las visitas tocante a (...), que V. Mag. mandó se viese en Consejo de Estado; habiendo sido los letrados que ally se hallan informados con el proceso, me ha dicho esta noche Andrés Ponce, en nombre del dicho Consejo, que a parescido..." (AGS. GM, leg. 78, n° 109).

⁸ Acudimos a las muestras siguientes: "Hoy ha visto Velasco las cartas de Italia. Sácanse los puntos para que se vean en el primer Consejo, que será quando V. Mag. mandare", Antonio Pérez al rey, 1573, IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 48; además, ibídem, n° 36 y BL. Add. 28.262, fol. 234.

⁹ Sobre este aspecto, F. BARRIOS, El Consejo..., p. 224.

¹⁰ Como sucedió con Ferrante Gonzaga en 1556 y el Duque de Alba en 1560 (véase supra p. 95)

¹¹ Así aconteció en ocasiones con don Juan de Austria (por ejemplo, en 1571 Felipe II escribía a Antonio Pérez "mañana domingo prevenid a mi hermano que se tenga el Consejo de Estado, donde se vea todo lo que teneis...", IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 266); también era el caso de los príncipes herederos cuando las sesiones del Consejo se celebraban en su cámara.

En este sentido, a través del medio siglo que abarca nuestro estudio los Consejos de Estado y Guerra estuvieron bajo el influjo de secretarios, letrados y miembros de la nobleza, pues la naturaleza del *privado* (o *privados*) era un producto de la misma evolución del carácter del gobierno de la Monarquía. En tanto existió una identificación entre poder político y ejercicio jurisdiccional, fue posible que los secretarios, mediante la *gracia* del rey, adquirieran un protagonismo e influencia muy superiores a los que le correspondían por su origen social, a partir de sus funciones relacionadas con la asistencia a los consejeros y el despacho de la correspondencia, como ocurrió con Francisco de los Cobos y Juan Vázquez de Molina. Ambos secretarios, en colaboración con otros patronos del gobierno (Tavera y el Marqués de Mondéjar), hicieron presente su influencia sobre los asuntos de Estado y Guerra, en tiempos en los que las prolongadas ausencias de sus reinos ibéricos empujaron a los monarcas a configurar al Consejo de Estado de las regencias según unos parámetros muy definidos: estuvo compuesto por los grandes patronos castellanos, que reunían en su persona la influencia política y los principales cargos de la administración (presidente de Castilla, de Indias, de Ordenes, Inquisidor General, secretarios señalados), así como los personajes que ostentaban los oficios más importantes de las Casas Reales (mayordomos mayores del rey, regentes e infantes), aunque su ascendiente fuera más bien escaso.

Según este esquema, el Consejo de Estado tenía la función primordial de actuar como mecanismo equilibrador de las rivalidades cortesanas y colaborar así a la buena marcha de unas regencias cuyo gobierno descansaba fundamentalmente en los grandes patronos de la Corte. Este modelo todavía tuvo que ser utilizado en 1554 por el príncipe Felipe para intentar introducir, sin mucho éxito, a sus hechuras (recordemos el diseño del gobierno de la regencia de doña Juana), pero fue a partir de 1556 cuando comenzó a variar de forma significativa. En el momento en que Felipe II regresó a Castilla (1559), la contienda cortesana entre los antiguos consejeros del Emperador y las criaturas del rey había hecho subir el número de consejeros hasta un total de 16, lista que incluía prácticamente todos los puestos relevantes de la Casa Real y la administración de los reinos. Con todo, desde entonces ningún rango de la Monarquía, ya fuera civil o eclesiástico -con la probable excepción del confesor real, caso especial

pues parece que estaba facultado para asistir a las sesiones de cualquier organismo-, aseguraba un asiento en Consejo de Estado, porque la gracia real era el único requisito para ello. Bien es cierto que determinados empleos, concedidos asimismo por la confianza del soberano, ofrecían mayores posibilidades de conseguirlo. De este modo, un presidente de Castilla no llegó nunca a ocupar plaza en Consejo de Estado (Antonio Mauriño de Pazos), mientras que otros lo fueron después de un tiempo de alcanzar la presidencia (Covarrubias y el Conde de Barajas) y el último, incluso, debió esperar a la muerte del Rey Prudente para entrar en Consejo de Estado (Rodrigo Vázquez de Arce). Circunstancias análogas se dieron con los arzobispos de Toledo¹², inquisidores generales¹³, mayordomos mayores de las Casas Reales o, simplemente, servidores de renombre, cargados de glorias y servicios¹⁴. Con todo, en coyunturas muy determinadas -nos referimos a la formación de los herederos de la Corona, don Carlos y don Felipe, separadas por tres décadas- los principales cargos palaciegos significaron una plaza en Consejo.

La renovación periódica del Consejo de Estado fue pues la expresión inequívoca de los cambios de signo faccional en la Corte, la caída de viejos patronos y el surgimiento de nuevos ministros en la cúpula política, que ejercían su influencia sobre el Consejo, procesos, insistimos una vez más, que no eran sino el reflejo de las coyunturas específicas y la evolución general del gobierno. Así sucedió entre 1556 y 1559, con la duplicación del Consejo de Estado (regencia, Corte del rey) debido a la prioritaria necesidad del nuevo monarca de rodearse de sus propia criaturas. Además desde 1559 el Príncipe de Eboli, maestro en la difícil "ciencia" de la Corte, se basó en su contacto personal con

¹² Ya vimos como a comienzos de los años cincuenta Silíceo se consideraba con derecho a intervenir en Consejo de Estado, aunque el Emperador no opinaba lo mismo (véase *supra*, p. 66). Posteriormente, Carranza entró en Consejo al tiempo que recibía tan alta prelatura, en tanto que Quiroga era ya Inquisidor General y consejero de Estado.

¹³ Si bien en ocasiones Felipe II mandaba estudiar asuntos de Inquisición en Consejo de Estado por hallarse presente el inquisidor general (AGS. GM. leg. 89, n° 227).

¹⁴ Así por ejemplo, cuando el Marqués de Cañete volvió del virreinato del Perú en 1596 cargado de servicios, experiencia y una buena suma para el monarca, éste "...no le introdujo en Consejo de Estado ni hizo presidente de Indias, ni aun fue consultado en los negocios dellas..." (L. CABRERA DE CORDOBA, *Historia de Felipe II...*, IV, p. 215).

el monarca, en la ambigüedad y sutileza, para mantener un Consejo de Estado de menguadas proporciones, con el fin de evitar la primacía de su gran enemigo, el Duque de Alba. El mismo objetivo, con un adversario ampliado al conjunto de la nobleza, tuvo el cardenal Espinosa, pero utilizó diferente estrategia: hombre de administración cuyos engranajes impulsó y dominó con el objetivo de implantar el confesionalismo, actuó abiertamente para manejar el Consejo de Estado¹⁵, lo que incluyó la introducción de especialistas en el Consejo de Guerra, y por tanto el comienzo de la diferenciación entre ambos organismos. El vacío político que provocó la caída y muerte del cardenal, unido al grave problema de Flandes, propiciaron una gran ampliación del Consejo en 1573, dando entrada a nobles y letrados por igual para enfrentar la situación. La polarización subsiguiente debida al confesionalismo aplicado en la política europea, entre el emergente "partido papista" y el "castellanista", tuvo su reflejo los años inmediatos en la composición del Consejo. Como veremos más adelante, el secretario Antonio Pérez ejerció su dominio desde el interior del organismo, aprovechando las circunstancias externas que le confirieron poder; pero, al igual que Espinosa, carecía de una base autónoma de autoridad para sustentar el mismo, que sí poseía la nobleza.

Una de las consecuencias de la caída del tortuoso secretario fue la extrema reducción del Consejo de Estado, espacio que había sido su principal campo de dominio. Durante el triunfo de Mateo Vázquez y el "partido castellanista", materializado en la jornada portuguesa, las únicas incorporaciones que se produjeron (el retorno de Granvela y la entrada de Juan de Zúñiga) anunciaban ya el cambio que estaba viviendo el gobierno de la Monarquía. La organización de la empresa de Inglaterra, que debía concitar el consenso de los estamentos de poder, impulsó a Felipe II a ampliar de manera muy significativa el Consejo de Estado tras el periplo aragonés, pero de nada le valió al "partido castellanista" contar con varios representantes entre los nuevos consejeros. Las condiciones del gobierno de la Monarquía habían variado, y durante los últimos años del Rey Prudente la cúpula política estuvo ocupada por una serie de personajes, entre los que Cristóbal de Moura

¹⁵ El cardenal, durante los tiempos más florecientes de su *privanza*, tenía facultad delegada del monarca para convocar o desconvocar los Consejos de Estado, que celebraba en su casa, y decidía sobre su composición y los temas a tratar (nos remitimos al epígrafe correspondiente).

y Juan de Idiáquez -tras la muerte de Zúñiga y Granvela- dominaron el gobierno de Estado y Guerra. Pero esta situación, de privanza compartida, es un aspecto que trataremos más adelante.

Con todo, ni siquiera el juramento que formalizaba la pertenencia al Consejo de Estado aseguraba la entrada regular en el mismo o el conocimiento necesario para tratar los más relevantes problemas de la Monarquía. Por un lado, el nombramiento, símbolo de la gracia real, se utilizó en ocasiones para investir de cierto prestigio a personajes que, elegidos para cumplir misiones en el exterior, carecían por su sangre de la suficiente reputación para ejercerlas con la dignidad apropiada¹⁶; además, en los primeros años del reinado, de acumulación de consejeros, el juego faccional excluyó por completo a unos cuantos, aunque permanecieran en la Corte. Posteriormente, con un número oscilante pero siempre bastante menor, se puede afirmar que las sesiones del Consejo integraban a todos aquellos consejeros que se hallaban en condiciones de presentarse a la convocatoria, pero ahora la diferencia estribaba entre hacerlo en la sala del palacio en Madrid o en el entorno viajero del monarca¹⁷.

El matiz tenía su importancia pues, aunque en ocasiones el rey prefirió que el Consejo al completo estudiase determinados problemas cuya gravedad así lo aconsejara¹⁸, no era infrecuente que los mismos asuntos se trataran primero en Madrid y luego en cualquiera de los sitios reales en el que posase Felipe II, donde se reunía una reducida versión del Consejo de Estado formado por los consejeros que le

¹⁶ Un caso típico es el del letrado Francisco de Vargas Mexía, en 1559 (véase *supra*, p. 62). Además es corriente encontrar la denominación "...del mi Consejo de Estado" en la correspondencia enviada a determinados embajadores (por ejemplo, el Conde de Olivares), pero de cuya hipotética actividad en el mismo durante sus estancias en la Corte no se encuentran rastros.

¹⁷ Ya comentamos el efecto político de los continuos periplos del monarca que traían consigo la separación de los ministros. La distancia favorecía la intrigas y refriegas cortesanas pero también era importante mantener bajo control la base administrativa del gobierno, Madrid, como escribía el doctor Velasco a Zayas desde el Escorial, el 23 de julio de 1571: "Si por allá oviere algo de que avisarme, v.m. lo hará, que siempre se haen juizios sobre los ausentes" (AGS. E, leg. 153, n° 67).

¹⁸ Por ejemplo, en enero de 1574, Gracián respondía a Delgado de parte del rey, sobre un asunto del norte de Africa, "que se trate desto en pleno Consejo quando su Mag. sea tornado a Madrid" (IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 130). Parecidas circunstancias se dieron en octubre de 1575 (AGS. GM, leg. 79, n° 116). En ambos casos, Felipe II permanecía fuera de Madrid, acompañado del prior Antonio de Toledo y el Conde de Chinchón.

acompañaban quienes, en consecuencia, tenían en teoría mayores posibilidades de influir en las decisiones finales¹⁹. En este sentido, el factor de la proximidad al monarca era fundamental cuando las privanzas entraban en crisis (como sucedió durante los últimos tiempos de Espinosa, que decidió entonces introducir a Gracián en el entorno del rey²⁰), o en momentos de vacío político (tal fue el caso del prior Antonio de Toledo y el Conde de Chinchón, entre 1573 y 1575). Sin embargo, en condiciones normales la auténtica división del Consejo de Estado no era física, ya que si una fracción de consejeros se hallaba disfrutando plenamente de la gracia del monarca, el contraste con el resto del Consejo venía marcado por la calidad de la información que manejaban.

En efecto, el acceso a este recurso primordial, la información -que proporcionaba la capacidad de tratar con pleno conocimiento los asuntos más graves, hecho que confería además un inmenso poder para atacar a los adversarios políticos-, estaba reservado para los ojos de los principales consejeros de la facción descollante, quienes actuaban al margen del Consejo de Estado, en el entorno más inmediato del monarca, que no coincidía necesariamente con los personajes que le seguían en cada desplazamiento. Tenemos una muestra fascinante de este comportamiento en la llegada a la Corte de las nuevas sobre la derrota de Alcazarquivir, que excusan comentario para explicar su importancia: el monarca recibió el primer aviso en El Escorial y a las pocas horas escribió un billete a Antonio Pérez, que permanecía en Madrid, donde afirmaba "aquí yo no he dicho nada ni veo rumor dello. No se si lo saben y disimulan como yo", en tanto que el secretario de Estado, por su parte, se preocupó en su contestación de manejar la información en su propio beneficio, proponiendo excluir al Duque de Alba del tratamiento de la crisis sucesoria portuguesa²¹. Pero incluso cuando Felipe II consideraba que necesitaba las distintas opiniones del universo faccional para algún asunto especialmente grave, la premura del

¹⁹ Describimos un ejemplo concreto de esta forma de funcionar, a propósito de las relaciones con Inglaterra, en p. 141, nota 74.

²⁰ Un ejemplo típico de la vulnerabilidad de Espinosa con este esquema fue la decisión sobre la Junta de las armadas tomada a finales de 1570 en El Escorial, posiblemente a espaldas de Espinosa (*supra*, pp. 145, nota 92) y que, quizá, impulsó al cardenal a nombrar a Antonio Gracián para asistir al monarca en sus periplos.

²¹ Véase *supra*, pp. 215 y ss.

despacho podía llevarle en ocasiones a no tener en cuenta a los consejeros de menor influencia, acudiendo directamente a las cabezas dominantes²². Además, era práctica habitual del Rey Prudente manipular la circulación de datos y noticias entre sus propios ministros, con el fin de mantener las situaciones siempre bajo su control personal y directo²³.

El resultado de éstos métodos, característicos de un gobierno basado en las relaciones de patronazgo y clientelismo, a través de las cuales fluía la información, fue su ocultación sistemática al conjunto del Consejo de Estado. Pero no es nuestra intención negar que fuera consultado regularmente (hemos visto que en determinados períodos tuvo mayor actividad de la afirmada por algunos autores), sino que, más bien, fue claramente mediatizado. Sin embargo, la dialéctica entre ambos espacios, la camarilla dominante y un Consejo de Estado claramente menoscabado, no era una pugna por la dignificación de este último sino una manifestación más de la despiadada lucha por el poder²⁴. Ejemplos paradigmáticos de esta situación fueron la decisión del regreso de los Tercios a Flandes en 1577 (que el Consejo de Estado en Madrid conoció gracias a los rumores cortesanos, varios días antes de la propia

²² Significativo el comentario que realizó Felipe II de su puño y letra al margen de un billete de Antonio Pérez, acerca de un grave asunto: le ordenaba pedir el parecer al Duque de Alba "...y después podríades hacer lo mismo con el Marqués de los Vélez, que estos dos pareceres será bien tener antes que el del de Toledo (Quiroga), porque si los dos se conforman, él y los demás se conformarán con ellos..." (BL. Add. 28.262, fol. 544v.).

²³ Los ejemplos de este comportamiento aparecen a cada instante cuando se estudia la documentación hológrafa del Rey Prudente. Véanse muestras concretas en nuestro artículo "La Junta militar de Portugal...".

²⁴ En este sentido, la declaración más expresiva la encontramos una vez más en un billete de Antonio Pérez a Felipe II, de 3 de febrero de 1578, comentando las quejas del Duque de Alba por la información sustraída al Consejo de Estado: "Aquí dixo que el protestava delante de todos, que lo que yva a dezir no era por querer papeles ni negocios, porque era la cosa que más aborrecía, sino porque perdía el hilo dellos para acertar a aconsejar mejor; que de lo que allí se resolvía y después V. Mag. no se sabía lo que screvía, y que así se perdía el hilo de los negocios. Y aquí el Marqués de Aguilar acudió, que era muy grand verdad, y que allí se avía de traer quanto se scrivese. Yo callar y Quiroga y Almazán lo mismo a esta parte, que es bien que V. Mag. lo entienda con los demás, para que les de si fuere servido satisfacció en todo lo que quieren, a riesgo de sus negocios y a peligro de sus secretos, aunque el duque bien sabe que nunca las resoluciones de los negocios de calidad se comunicaron a todos, pero quería él ser este"; la contestación hológrafa de Felipe II santificaba el proceder seguido hasta entonces: "Mucha ansia deven tener por ver lo que se scrive y quando así conviniese, que no lo se bien, se pueden hazer cartas que vean y otras que no vean donde se scriva aparte lo que paresciere...", BL. Add. 28.262, fol. 290.

comunicación hológrafa de Felipe II²⁵) o el estrecho seguimiento por parte de Cristóbal de Moura y Juan de Idiáquez de la información que debía ser mostrada en Consejo acerca de la continuación de las hostilidades con Inglaterra en 1588²⁶.

Además de su mediatizada actividad en la sala del Consejo de Estado, los consejeros participaron en el sistema de *Juntas*, asentado en la segunda mitad del reinado tanto para el gobierno político de la Monarquía como para el tratamiento ejecutivo y especializado de negocios específicos. En este sentido, el Consejo tenía el problema de resultar escasamente operativo para tratar crisis puntuales, como se puso de manifiesto más de una vez²⁷. La solución pasó, como en el resto del gobierno, por la reunión de *juntas*; en este sentido, quizá el ejemplo más depurado sea la *Junta de Flandes*, que ha recibido amplia consideración en las páginas de nuestra exposición. Asimismo, los consejeros de Estado formaron parte de algunas de las *Juntas* que se consolidaron para el tratamiento continuo de determinados aspectos del gobierno, como fue el caso de la *Junta de Galeras*²⁸. Sin embargo, las *juntas*, inevitablemente compuestas por personajes de diversa procedencia política, padecieron los mismos males del Consejo de Estado porque estaban articuladas por los mismos elementos, es decir, la confianza y el clientelismo: acudimos una vez más a Antonio Pérez cuando manifestó, en relación a la crisis sucesoria portuguesa "...aunque V. Mag. Mande hacer junta particular (donde habría de entrar el Duque de Alba) no convendría que allí se tratase lo muy particular"²⁹.

²⁵ Véase supra, p. 202.

²⁶ Véase supra, p. 274, nota 66.

²⁷ A este respecto, véase la acerva crítica de un Duque (¿Alba o Medinaceli?) que Mateo Vázquez transmitió al rey, sobre la forma de tramitar los negocios a través de los secretarios y la inutilidad manifiesta del Consejo de Estado (C. RIBA GARCIA, Correspondencia privada..., pp. 39-40; comentada por M. J. RODRIGUEZ-SALGADO, "The Court...", p. 227). Además los breves apuntes que en mayo de 1577 escribió el presidente del Consejo de Ordenes, Antonio de Padilla, sobre la "qualidad del Consejo de Estado" (BL. Add. 28.366, fol. 114).

²⁸ Recordemos que en 1573, cuando era preciso renovar la plantilla de la *Junta de Galeras*, Antonio Pérez escribía al monarca recordándole quien quedaba "...del Estado" para llenar los huecos (véase supra, p. 161).

²⁹ BL. Add. 28.262, fol. 659; transcripción completa del billete en supra, p. 219, nota 259.

Diferente fue la relación del Consejo de Estado con otro tipo de *juntas*, las políticas, que dominaron el último tercio del reinado. Las consultas del Consejo de Estado fueron las únicas que no revisaron estas *juntas* que, situadas en teoría a similar nivel en el gobierno, compartían con el Consejo su falta de jurisdicción sobre las materias tratadas. En principio, la división que se alcanzó era sencilla: en tanto el Consejo de Estado se dedicaba prioritariamente a la política exterior, las *juntas* se centraban en asuntos domésticos. Pero esta afirmación debe matizarse, porque durante este período siguieron bajo el dominio de los principales patrones de la Corte, si bien las condiciones variaron. Mientras en la etapa inicial (1586-1593), cuando Felipe II todavía conservaba amplio margen de control sobre el gobierno, la coincidencia de personajes entre ambos espacios era solo parcial (Zúñiga e Idiáquez), las perentorias necesidades de la sucesión llevaron a Felipe II a formalizar un proceso de concentración en el último lustro del reinado. Consejo de Estado y Junta de Gobierno estuvieron finalmente integrados casi en su totalidad por los mismos nombres, pues Felipe II decidió combinar el refuerzo del poder de los patronos cortesanos con la necesidad formativa de su próximo heredero; es decir, asegurar la estabilidad del sistema y la ordenada transmisión de la Corona.

El cargo de secretario de Estado estuvo asimismo sujeto a las vicisitudes cortesanas coyunturales y a la evolución general del gobierno de la Monarquía. De este modo, aunque no variara sustancialmente el contenido del oficio desde la época de Vázquez de Molina hasta el final del reinado -que conocemos gracias a las sucesivas Instrucciones³⁰-, se modificaron en cambio las condiciones en las cuales se ejercía y, en consecuencia, la capacidad para construirse una posición política en la Corte. Ya hemos comentado como la identificación entre poder político y ejercicio jurisdiccional posibilitó la acumulación de influencia a los secretarios de Estado y Francisco de los Cobos, el gran secretario de Carlos V, es el primer ejemplo de ello.

³⁰ Que consistían, básicamente, en asistir al Consejo de Estado en sus deliberaciones y procedimientos burocráticos y encargarse de la correspondencia diplomática, todo ello con el secreto y la consabida honestidad.

Pero, a su muerte -fecha que inicia nuestro trabajo-, se gestaba ya la transmisión de la Monarquía, con el amplio movimiento faccional que trajo consigo. El Emperador consideró conveniente dejar la plaza vacante hasta 1556, años en los que Vázquez de Molina la ejerció de forma interina en el gobierno de la regencia. Dan cuenta de la importancia que concedía a la misma sus reiterados intentos por obtenerla en propiedad, que sin embargo se vieron frenados por el emergente "partido ebolista", situado a la vera del príncipe. Esta dicotomía entre los antiguos servidores del Emperador y las criaturas del heredero explica la división de la secretaría en 1556, entre asuntos de España (para Molina) y de fuera de la península (para Gonzalo Pérez).

A partir de 1559, Eraso se apropió del espacio de Vázquez de Molina, lo que le sirvió para intervenir en asuntos de la Guerra, en tanto que Gonzalo Pérez ejercía propiamente la secretaría de Estado. No alcanzó éste el grado de influencia de sus predecesores y sucesores, por cuanto debió actuar bajo la férula del "ebolismo", y solo su muerte le impidió asistir a su caída. La llegada de Espinosa y la implantación del confesionalismo supusieron una nueva división de la secretaría, esta vez entre asuntos del norte (Gabriel de Zayas) e Italia (Antonio Pérez); para entonces, cada secretario estaba auxiliado además por cinco o seis oficiales, encargados de redactar todos los documentos³¹. Ambos formaron parte de la estrategia del cardenal en política exterior, que combinó la buena sintonía de Zayas con el Duque de Alba -quien desde Flandes diseñaba las relaciones de la Monarquía con el norte de Europa- y la cercanía de Pérez a Ruy Gómez de Silva, cuyas buenas relaciones con Italia en general y el Papado en particular eran bien conocidas.

A la postre, la política confesionalista impulsada por el cardenal desembocó en un conflicto con el Papado, por lo que a su muerte fue Antonio Pérez quien resultó más beneficiado por la situación de vacío político. La eclosión del sistema de juntas y la necesidad que tenía el Papa de apoyo en la Corte del Rey Católico, factores agregados

³¹ En AGS. E, leg. 159, n° 69 se conserva un documento de 1577 titulado "Paga oficiales de Cayas", que dice así: "Su Mag. manda dar al secretario Cayas mill ducados de los derechos para cinco oficiales, el qual los reparte a su voluntad en cinco o seys oficiales a dozientos a unos y a otros a menos. Estos oficiales escriven por hojas todo lo que es officios y recomendaciones, lo que es latin a quatro por hoja y lo que es romance a dos, y desto se hace caxa y despues se reparte".

a su reconocida habilidad personal, le hicieron cabeza del "partido papista". Pérez llegó a acumular un considerable grado de influencia en asuntos de Estado, pero los años setenta fueron el último período en que los secretarios se vieron beneficiados de las condiciones imperantes desde la época del Emperador. El proceso que había puesto en marcha Espinosa dio sus frutos en el primer lustro de los ochenta y, de este modo, Mateo Vázquez y el "partido castellanista", que habían eliminado políticamente a Pérez, se vieron asimismo desplazados del poder a partir de 1586.

En líneas generales, los secretarios perdieron pues toda posibilidad de acción política cuando debieron someterse a las estrictas responsabilidades que les confería el ejercicio jurisdiccional asumido por los distintos Consejos. Obviamente, no fue así en el caso del Consejo de Estado, pues éste siguió regido por la *gracia* real como único elemento de su composición y funcionamiento, hecho que le daba una apariencia de inconsistencia institucional. Pero a partir de este momento la cúpula política fue ocupada por la nobleza reunida en *Junta*, que no dejó resquicio para que los secretarios de Estado se salieran de sus funciones burocráticas. Esta transformación la encarna perfectamente Juan de Idiáquez, quien ocupó la secretaría de Estado en 1579 -donde, a la sombra de Granvela, comenzó a forjar su contacto con el monarca-; y, cuando resultaba patente el viraje en el gobierno (1587), la pasó a sus familiares, Francisco y Martín, oscuros oficiales que la ejercieron hasta el final del reinado.

Parece que, al menos en la práctica, los secretarios del Consejo de Estado tenían la facultad de convocar al Consejo de Guerra, cuando el estudio de algún problema determinado lo exigiese³². Este

³² Véase, por ejemplo, la nota hológrafa de Felipe II a Antonio Pérez, en mayo de 1575: "Hareis que se junten los del Consejo de Guerra que ay están, en que será bien que se halle el duque de Alva (...) Y vos os hallareis allí, y también Delgado..." (BL. Add. 28262, fol. 83). Otra muestra en el billete de Pérez al monarca de 30 de julio de 1576: "Esta mañana, en recibiendo el despacho de V. Mag., junté el Consejo de Guerra en casa del prior.." (*ibidem*, fol. 185).

hecho nos introduce en un tema, la relación entre los Consejos de Estado y Guerra, que representa, tal vez mejor que ningún otro aspecto, la misma evolución del gobierno de la Monarquía. Desde la época de las regencias, en tiempos del Emperador, el decurso del gobierno castellano consolidó la práctica por la que los consejeros de Estado no eclesiásticos lo eran también de Guerra y, además, los únicos que integraban este Consejo: de este modo, la duda suscitada en 1558 con la llegada a Valladolid del regente Figueroa, que exigió la entrada en Consejo de Guerra aun sin mandamiento expreso del rey para ello, se resolvió con la afirmación de que "...siendo del Consejo de Estado lo era del de Guerra"³³. Es decir, el Consejo de Guerra era en realidad, bajo las innegables apariencias formales, una faceta del Consejo de Estado, del que únicamente se diferenciaba por disponer de un secretario diferente para llevar registro de sus discusiones y acuerdos, así como el despacho de la correspondencia.

Sin embargo, con el progresivo avance hacia la separación entre poder político y ejercicio jurisdiccional, el Consejo de Guerra caminó en pos de la consolidación como organismo independiente, a través de una doble vía: como tribunal de justicia, con la asistencia formalizada de un asesor legal, y la gestión del gobierno militar, cuya creciente complicación durante estos años resulta evidente. Examinaremos más adelante este desarrollo, pero lo que ahora nos interesa resaltar es la necesidad que se creó de contar con técnicos en la materia, no pertenecientes al Consejo de Estado. Los candidatos seculares a este organismo siguieron jurando al tiempo "...por del Consejo de Estado y Guerra"³⁴, pero el punto crítico de este proceso se alcanzó en 1593, cuando los nuevos consejeros de Estado fueron excluidos del Consejo de Guerra. La clave de la relación entre ambos organismos es, pues, el factor humano, dentro de la dinámica evolutiva del propio gobierno de la Monarquía.

En los comienzos, todavía en años de regencias, la coincidencia de personajes podía ser aprovechada en ocasiones puntuales para eludir la presencia de figuras poco gratas (como fue la

³³ Véase la expresión de Juan Vázquez de Molina, en 1558 (supra, p. 80).

³⁴ Como sucedió con el Duque de Sessa en 1571 (supra, p. 125, nota 20).

circunstancia de Fernando de Valdés). En todo caso, el hecho de que los consejeros fueran casi los mismos (y, a efectos de asuntos militares, los consejeros eclesiásticos rara vez intervenían en Consejo de Estado³⁵) resultaba funcionalmente cómodo de cara al tratamiento de negocios. Más adelante, con el desarrollo del proceso comentado, la relación entre ambos organismos siguió siendo muy intensa, pero bajo otras premisas. Las primeras vías de contacto eran comunes con las que mantenía el Consejo de Estado con otros organismos de la administración, ya fuera a través de una reunión formal de ambos Consejos³⁶, mediante el movimiento de secretarios -pues no era infrecuente que, como hemos comentado, el secretario de Estado convocara al Consejo de Guerra, o el de Guerra entrara a informar en Consejo de Estado-; y, por último, el traslado de asuntos entre los dos Consejos, del de Estado al de Guerra³⁷ (en especial cuando los eclesiásticos los consideraban demasiado técnicos, cuestiones entreveradas con disputas faccionales³⁸) o viceversa, al catalogarse las materias con el suficiente grado de importancia como para que Felipe II diera la orden pertinente³⁹, a petición de los mismos consejeros de Guerra⁴⁰ o, incluso, debido a las

³⁵ Por ejemplo, en septiembre de 1589, discuriendo en Consejo de Estado sobre una consulta del Consejo de Guerra acerca de la introducción de la milicia, Quiroga "...dixo que no quería votar en ello por no ser de su profesión" (AGS. E, leg. 166, n° 3).

³⁶ Una muestra en julio de 1576, cuando se discutía sobre la fortificación de las plazas de Berbería: Antonio Pérez recomendaba "que no se juntasen los dos Consejos para esto, sino que se tratase en el de Estado solo, pues ya el de Guerra ha dado su parescer...", obteniendo respuesta positiva del rey (BL. Add. 28.262, fol. 482v.)

³⁷ Ejemplos en AGS. GM, leg. 78, n° 66 (1571); leg. 81, n° 285 (julio 1576); leg. 263, n° 230 (octubre 1589); AGS. E, leg. 2855 (sin foliar, 12 julio 1596), etc.

³⁸ Una situación característica nos la describe una vez más Antonio Pérez, en mayo de 1578: "Lo de los soldados que se va a Portugal ha pasado una buena disputa en Consejo de Estado, porque se traxo ally el negocio como Delgado consultará a V. Mag. Quiroga estava recio en que no se avía de tratar ally de negocio que V. Mag. No mandava, que ally lo viesen los de Guerra. El duque (de Alba) recogió el negocio con harta gana..." y añadía Pérez "...y quisiéronme sacar los ojos..." (IVDJ. Envío 60, caja 80, n° 130).

³⁹ Ordenes del rey en este sentido en IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 130; AGS. GM, leg. 78, nums. 39, 72, 97, 207; leg. 79, nums. 123, 128; leg. 80, n° 286; leg. 81, nums. 371 y 389; leg. 88, nums. 108 y 189, etc.

⁴⁰ Ejemplos de peticiones de este tipo en AGS. GM, leg. 78, nums. 56, 128, 207; leg. 79, n° 127; leg. 80, nums. 151, 191; leg. 81, n° 169;; leg. 82, nums. 55, 73, 193; leg. 88, n° 275; AGS. E, leg. 156, n° 25; leg. 176 (sin foliar, 1596); IVDJ. Envío 87, caja 122, nums. 111, 166 y 291, etc.

preferencias de los ministros del rey⁴¹.

Sin embargo, es evidente que el vínculo entre ambos organismos, desde el momento en que comenzaron a coexistir en Consejo de Guerra los dos tipos de consejeros, estaba básicamente condicionado por las relaciones existentes entre los personajes, caracterizadas por un fuerte desnivel social. Los que lo eran solamente de Guerra cobraron conciencia prontamente de la innegable superioridad de sus compañeros, pertenecientes a las más renombradas casas nobiliarias, pero encauzaron la situación de muy distinta forma, dependiendo de sus circunstancias personales. Así, para algunos, como Francisco de Ibarra -el primero en la época de Felipe II en disfrutar de la condición de consejero de guerra sin serlo de Estado- esta primacía era aprovechada por los nobles en su propio beneficio y en detrimento del servicio del monarca; en agosto de 1578 preguntaba a Felipe II "...si convenía que por ser yo inferior en aquel tribunal, ceda a los demás superiores en todo lo que ellos quisieren"⁴². Por el contrario, un notorio rival del anterior, Francés de Alava, recurría al arbitrio de los consejeros de Estado para dirimir los desacuerdos sobre cuestiones puntuales⁴³, lo que no le

⁴¹ El 11 de septiembre de 1596 el Conde de Pliego informaba al rey desde Sevilla, en respuesta a la orden cursada por vía del Consejo de Guerra para el secuestro de bienes de holandeses, que escribía al Consejo de Estado "por ser negocio de tanta consideración que es justo lo miren muchos ojos" (AGS. E, leg. 177, sin foliar).

⁴² Ibarra se refería a la situación planteada en Consejo de Guerra a propósito de la titularidad de una compañía, que el gobernador de Adra pretendía pasar a su hijo de 24 años; los consejeros Alava e Ibarra se negaban a ello, por la importancia de la plaza y a inexperiencia del joven, en tanto que los duques de Alba y Sessa y el Marqués de Almazán eran partidarios de concederlo. Ibarra aprovechaba para informar al rey de la actitud general de los consejeros de Estado "...quanto por las otras materias que en aquel tribunal se tratan, y las quieren forçar y encaminar en beneficio de las personas que a ellos toca, o quieren gratificar no siendo beneméritos, paresciéndoles que para lo que ellos quisieren que se haga no ha de haver ninguno que lo pueda contradizeir, aunque sea en cosa tan justificada como esta..." (IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 202). Un ejemplo parecido en julio de 1575, cuando Ibarra expuso un plan para llevar refuerzos a Requesens "...y haviendo entendido que algunos de los consejeros de Estado son de opinión que lo que yo propuse traía mucha más dificultad..." (AZ. Carpeta 139, n° 12).

⁴³ En abril de 1574, discrepando con Ibarra sobre ciertos aspectos de la artillería, Alava suplicaba al rey "...que yo pueda hacer relación desto al Consejo de Estado, o V. Mag. sea servido de mandar que se les de esta relación, para que se entiendan mis culpas y faltas que he tenido en esto (...) y que los sobredichos del Consejo de Guerra de V. Mag. entiendan bien la razón que han tenido de haverse conmigo con tanta dureza..." (AGS. E, leg. 156, n° 25). Alava ya había remitido al Consejo de Estado el análisis de la jurisdicción de su cargo de capitán general de la artillería, ante las frecuentes intromisiones que encontraba (IVDJ. Envío 87, caja 122, carpeta 10. n° 113); además, hacia 1576, comentando al rey los desórdenes en la fundición de artillería de Sevilla, apuntaba "no estando el Consejo (de Guerra) bien en ello, dije que se podría ber en Consejo de Estado y así quedó" (*ibidem*, n° 111). Sobre las disputas entre Alava e Ibarra, véase *supra*, p. 155, nota 25.

impidió mantener una sonada disputa, iniciada en Portugal y continuada en Castilla y Aragón, con el Marqués de Aguilar⁴⁴.

Ya hemos comentado las circunstancias generales en las que tuvo lugar el desarrollo del Consejo de Guerra, así como las consecuencias en su relación con el Consejo de Estado. Pasemos entonces a extraer las conclusiones pertinentes acerca de las principales funciones de este tribunal, semejantes a la de cualquier otro componente del sistema polisinodal en sus respectivas jurisdicciones: la administración de justicia y la capacidad consultiva -de oficio o a petición del monarca- sobre cualquier aspecto relacionado con el gobierno militar, en un ámbito geográfico no siempre perfectamente delimitado⁴⁵. Todo lo cual exigió la configuración de un aparato burocrático para atenderlo, encabezado por una plantilla de consejeros y secretarios, que actuaban condicionados por la situación faccional de la Corte.

La evolución que siguieron los consejeros de Guerra fue la siguiente: de estar formado exclusivamente por consejeros de Estado, el Consejo de Guerra comenzó un proceso de diferenciación en los albores de la implantación de *confesionalismo* (1566, con Francisco de Ibarra), que se materializó en la introducción de acreditados especialistas en el arte de la guerra. Además, a las sesiones del Consejo -que, desde entonces y hasta el final del reinado, se fijaron en tres fijas semanales, extraordinarias aparte- podían ser llamados, para informar u opinar sobre asuntos concretos, todos aquellos personajes que se considerase oportuno: Vespasiano Gonzaga y Pero Menéndez de Avilés son

⁴⁴ Véase supra, pp. 236 y 244

⁴⁵ Funciones señaladas por I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., p. 55, a las que añade la representación del estamento militar.

buenos ejemplos de esta práctica⁴⁶. Durante los años que siguieron a la muerte del cardenal, la continuidad de los tres consejeros de Guerra y los más numerosos de Estado y Guerra, excusaron nuevos nombramientos, aunque en ocasiones las bajas coyunturales hicieran peligrar su nivel de actividad⁴⁷. En cualquier caso, hacia el final de la década habían desaparecido la mayor parte de los consejeros de Estado y Guerra, y los de Guerra no sobrevivieron al lustro de viajes que le siguió. Pero la emergencia de la empresa de Inglaterra impulsó nuevas entradas (tanto de Estado y Guerra como solo de Guerra), y hasta el final del reinado el Consejo se mantuvo con suficientes consejeros especialistas, a pesar de la exclusión de los nuevos consejeros de Estado pertenecientes a la nobleza en 1593.

Con todo, no se debe olvidar que estudiamos un sistema de poder articulado por las relaciones clientelares y que por tanto fueron estas premisas las que aseguraban la entrada en Consejo de Guerra. Así, ningún cargo militar garantizaba el ascenso, como se observa por ejemplo en el caso del capitán general de artillería: con Francés de Alava el acceso al Consejo ya suscitó problemas y su sucesor, Juan de Acuña Vela, tardó todavía varios años en entrar en el mismo, con no poco agravio por su parte⁴⁸. Y en realidad, no siempre se escogieron experimentados y bien relacionados militares, pues el Consejo de Guerra fue utilizado para ocupar en el gobierno a personajes que carecían tanto de experiencia castrense como, en un principio, del rango necesario para entrar en Consejo de Estado: durante la época de Felipe II la única muestra de esta práctica fue don Juan de Idiáquez⁴⁹.

⁴⁶ Sobre la entrada de Gonzaga, que ha originado alguna confusión sobre su pertenencia al Consejo, véase *supra*, p. 153, nota 19. Acerca de Pero Menéndez, cuando estaba en preparación la armada que dirigía en 1574 fue frecuente su presencia en la Corte y en Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 78, nums. 169, 178, etc.).

⁴⁷ Así, en diciembre de 1575 Francisco de Ibarra pedía licencia para salir de la Corte durante un mes, a una aldea cerca de Madrid, a lo que respondió Felipe II: "Paréceme que podrá ir y quando más cerca fuere de allí será lo mejor, y de manera que pueda acudir a algunos Consejos de Guerra, pues agora ay pocos en el" (AZ. Carpeta 139, n° 110).

⁴⁸ Véase *supra* p. 284, nota 19.

⁴⁹ A este respecto, I. A. A. THOMPSON, "The armada...", p. 703, cita un memorial localizado en AGS. DC. Leg. 8, n° 106, en el que sugería utilizar el Consejo de Guerra para ocupar a personas que carecían del grado de nobleza suficiente como para entrar en Consejo de Estado.

El secretario vasco fue un consejero de Guerra atípico, y el único que dispuso a la postre de un amplio margen de actuación política. El resto de los consejeros debieron situarse bajo la férula de los principales patrones, de una forma u otra según evolucionara el teatro cortesano. Así, la década de los setenta se caracterizó por un Consejo de Guerra impulsado por su secretario, Juan Delgado, que procuraba medrar en medio de los intensos movimientos faccionales. Sin embargo, el Consejo distaba todavía de haber alcanzado la madurez institucional, con el consiguiente grado de prestigio que debía revestir a sus integrantes (es la época en la que el cargo se consideraba menguada merced para capitanes de tanto renombre como Sancho de Leyva o Juan de Cardona⁵⁰). En este sentido, las protestas de algún consejero sobre la falta de formalización de los cauces burocráticos tenían más que ver con el control de parcelas de dominio que con la propia dignificación del Consejo de Guerra.

De este modo, en tanto el Consejo de Guerra no ofreció a sus componentes una cobertura institucional y el juego faccional mantuvo altas cotas de virulencia, éstos acudieron con profusión a los medios personales para solucionar sus problemas, tanto privados como del servicio real, amparados en la costumbre por la que cualquier ministro de Felipe II podía dirigirse al monarca para hacerle llegar su opinión sobre asuntos que considerasen de interés⁵¹. Entre los consejeros de Guerra, Francisco de Ibarra usó con frecuencia esta vía de comunicación -con el rey o a través de Mateo Vázquez, su patrón- para defender sus recomendaciones personales sobre asuntos tratados en Consejo⁵². Por el contrario, esta práctica disminuyó -que no desapareció, no podía hacerlo

⁵⁰ En 1573 el prior Antonio de Toledo y el doctor Velasco discutieron diversas mercedes para Leyva. Toledo opinaba que se le debían dar 8.000 ducados de ayuda de costa "...y pues de presente no había cosa vaca en que pudiese servir, se podría traer aquí al Consejo de Guerra, y si después pareciere meterle en el de Estado"; sin embargo, Velasco era de la opinión que "...solo el Consejo de Guerra era poco..", y proponía mandarlo a Navarra (AGS. GM, leg. 78, n° 250). Sobre Cardona, *supra*, p. 269.

⁵¹ Véase, por ejemplo, la nota de Felipe II al virrey de Nápoles sobre el envío de correspondencia personal, en 1559 (pub. Por G. PARKER, *Felipe II*, Madrid 1984, p. 48).

⁵² Muestras abundantes en su correspondencia con el rey y Mateo Vázquez en IVDJ. Envío 87, caja 122, carpetas 18 a 21; AZ. Carpeta 139, nums 1 a 125. Dos ejemplos: en agosto de 1578 escribía a Felipe II que, aunque en Consejo de Guerra había expresado la necesidad de que los capitanes que debían reclutar gente fueran de calidad suficiente, creía su deber recordárselo al monarca (*ibidem*, n° 200); casi al mismo tiempo, enviaba a Mateo Vázquez una lista con los nombres que él consideraba más apropiados, a pesar de la discutida en Consejo (*ibidem*, n° 328).

en un sistema basado en las relaciones de patronazgo- cuando, desde mediados de los ochenta, el Consejo de Guerra adquirió un alto grado de formalización, que trajo consigo tanto una apreciación diferente de los consejeros respecto a su propia dignidad (recordemos los desplantes protagonizados por D. Alonso de Vargas), como la consolidación de unos canales burocráticos estables.

Estos canales burocráticos estaban encabezados por el secretario del Consejo de Guerra, cargo que fue siempre tenido por menor dentro de la administración de la Monarquía pero que, en cualquier caso, no fue ajeno a su misma evolución. La muestra más representativa de la transformación que experimentó el oficio fue la naturaleza de los personajes que lo ocuparon⁵³. Durante la época del Emperador y los primeros años de Felipe II, fue desempeñada normalmente por interinos (Martínez de Ondarza, Francisco de Ledesma) en tanto sus titulares se dedicaban a menesteres de mayor importancia. Posteriormente, la ejercieron aquéllos que la poseían en propiedad, que hasta 1586 fueron oficiales que habían madurado en los vericuetos de la administración central (Vázquez de Salazar, Delgado y el efímero Eraso). En este año se desdobló la secretaría entre asuntos del Mar y de Tierra y, desde entonces, quedó en manos de personajes cuya experiencia se había forjado sobre el terreno, al servicio del rey en los vastos campos de la Cristiandad, y con nulas aspiraciones políticas.

En este sentido, el carácter eminentemente técnico del secretario del Consejo de Guerra derivaba de la doble función que se le había asignado⁵⁴: por un lado, se situaba de hecho al frente de la burocracia militar central y territorial, despachando la cada vez más nutrida correspondencia que mantenía en marcha esta dispersa maquinaria; por otro, asistía al Consejo en sus deliberaciones, cuyos resultados se

⁵³ Un buen recorrido sobre los ocupantes de este cargo, cuyas conclusiones siguen siendo válidas, en I. A. A. THOMPSON, "The armada...", pp. 704-705.

⁵⁴ Una descripción minuciosa de las materias que llevaba el secretario de la Guerra en RAH, ms. 9-26-1 (pub. Por J. A. ESCUDERO, Los secretarios..., IV, pp. 1202-1203).

encargaba de transmitir al monarca. En ambos aspectos el secretario estuvo siempre en continua dependencia de la situación faccional de la Corte, que si normalmente les hacían actuar bajo la sombra de los principales patrones, en ocasiones les concedió ciertos márgenes de maniobra.

Respecto a su primer cometido, en cierto modo convertía al secretario de la Guerra en un *broker*, en un intermediario para los cargos militares periféricos que deseaban algún favor de la Corte e, invariablemente, todos terminaban por solicitar mercedes en recompensa de sus muchos servicios. No era raro que los secretarios de la Guerra, criaturas de los personajes más encumbrados, consiguieran de los mismos al menos una parte de los beneficios requeridos; este hecho les confería cierto predicamento ante las elites territoriales, pero nunca poder político. Los secretarios de la Guerra estuvieron condicionados de igual forma en su segunda función, la asistencia al Consejo. En tanto éste no fue en la práctica más que una comisión del Consejo de Estado, hasta la época de Espinosa, las deliberaciones de los consejeros fueron controladas por los patrones (Vázquez de Molina, Francisco de Eraso), que se encargaban asimismo de vigilar la correspondencia y cédulas reales despachadas por la vía del Consejo de Guerra: la muestra más clara de este comportamiento fue la cédula despachada en 1560, a todas luces inspirada por Eraso, que eximía de la obligación existente hasta entonces de que un miembro concreto del Consejo señalase las cédulas reales. Sin embargo, con la llegada del cardenal y la implantación del confesionalismo, se regularon los procedimientos del Consejo, ordenando el monarca que las consultas se realizaran por escrito, con el visto bueno de los consejeros.

Pero todavía no se daban las condiciones para que cuajara definitivamente este proceso de institucionalización. De este modo, cuando la muerte del cardenal produjo una situación de vacío político, unida a las consecuencias del suceso (la gestación del sistema de *juntas* y la polarización faccional en la Corte, basada en las repercusiones del confesionalismo en el conjunto de la Cristiandad), un secretario de la Guerra, Juan Delgado, pudo aspirar a obtener una situación de cierta relevancia. Ello incluía mantener bajo control los cauces del despacho y de comunicación, en persona o por escrito con el monarca (sus

abundantes "relaciones" son una buena muestra de ello), prescindiendo por tanto de la norma de la verificación de los consejeros. Con todo, la resolución del conflicto faccional permitió al vencedor del mismo, Mateo Vázquez, terminar con la posición de Delgado, pero a la postre fue Juan de Idiáquez quien tomó el control político de estos asuntos. Desde entonces, la separación entre poder político y ejercicio jurisdiccional permitió el desarrollo de los cauces formales del Consejo: por lo que se refiere a las secretarías, ello implicaba la elaboración de consultas normalizadas (en lugar de las mucho más personales "relaciones") rubricadas por los consejeros presentes quienes, asimismo, recuperaron la función de señalar, mediante turno semanal, las cédulas despachadas por vía del Consejo de Guerra. En definitiva, el secretario de la Guerra quedaba excluido de cualquier asomo de maniobra política, control que pasó a Juan de Idiáquez, explicitado a través de la transmisión de las decisiones del rey a las consultas del Consejo. Idiáquez ejerció este dominio tanto en el contexto de la *Junta de Noche*, que no controlaba formalmente las consultas del Consejo de Guerra, como de la *junta de gobierno*, que sí asumió esta función.

Resumidas las características de las individualidades que componían el Consejo de Guerra, nos queda entrar en la segunda vertiente del Consejo, que es su desarrollo como mediación institucional en el gobierno de la Monarquía; es decir, delimitar la jurisdicción de este tribunal y las circunstancias de su adquisición a lo largo de la época del Rey Prudente. Dado que este desarrollo es inseparable de las relaciones de patronazgo, en las páginas anteriores se han ofrecido ya algunos aspectos de la evolución formal del Consejo, en tanto que las que siguen se entreveran con noticias del carácter de las intervenciones personales en cada faceta analizada. Pero hemos preferido tratarlas por separado para facilitar su comprensión. Señalamos en el comienzo del epígrafe que se referían a la justicia y administración militares, todo ello dentro de un ámbito geográfico determinado.

En este sentido, en un principio el Consejo de Guerra lo era de Castilla, por lo que debía extender su acción sobre asuntos militares concernientes a los reinos de esta Corona y los territorios que le eran anejos, es decir, el norte de Africa con las islas adyacentes (el Nuevo

Mundo quedó en parte fuera de su acción, como veremos más adelante). Sin embargo, ni siquiera dentro de este espacio llegó a disfrutar nunca de plenas competencias, enredado en las múltiples marañas jurisdiccionales que caracterizaron la estructuración de la sociedad en la época moderna, derivadas de su concepción corporativa. Respecto al resto del patrimonio del Rey Católico, todavía en las posesiones peninsulares tenía el Consejo cierto margen de maniobra (muy limitado por las constituciones locales), pero en el continente (Flandes, Italia) la única instancia general que tenía capacidad para discutir cuestiones militares era el Consejo de Estado. Claro que el espacio de actuación del Consejo de Guerra se conformó sobre la misma dinámica de los conflictos y la intervención de los personajes cortesanos. Así, cuando comenzó la segunda rebelión en Flandes, el secretario de la Guerra Juan Delgado pretendió quedarse con la tramitación en la Corte de los papeles, en detrimento del secretario de Estado Gabriel de Zayas, y parece que durante un tiempo tuvo éxito en sus aspiraciones, aunque a la postre revertirían a la secretaría de Estado.

De modo que sobre este espacio no siempre bien delimitado, el Consejo de Guerra ejercía sus competencias en el orden administrativo (el gobierno ordinario de la guerra) y judicial, ejercicio que era motivo de permanentes enfrentamientos en el centro del gobierno con similares organismos de la Monarquía, conflictos que se reproducían a escala local con los representantes de las distintas jurisdicciones que actuaban sobre el territorio. Pasemos entonces a revisar brevemente las características generales del Consejo de Guerra en ambos aspectos, para exponer a continuación la naturaleza y evolución de las tensiones mencionadas.

Respecto al gobierno ordinario de la Guerra, al Consejo de le correspondía asesorar al monarca en cuestiones técnicas militares en el ámbito mencionado. La decisión última sobre estos aspectos correspondía al monarca, pero una vez tomada, las órdenes se despachaban por la vía del Consejo, que era además el encargado de supervisar su correcta ejecución tanto en la Corte como en el territorio, a través de sus agentes. Abarcaba entonces materia de milicia (realizó estudios intermitentes hasta el impulso del final del reinado), reclutamiento (proponía capitanes, estudiaba los distritos a operar y la cantidad de

hombres que se podían levantar), abastecimientos alimentarios y de armamento y material (analizaba y sugería las zonas más propicias para su extracción), el comercio y contrabando con zonas enemigas (especialmente Francia y norte de africa) y, en fin, el mantenimiento de las fortalezas fronterizas y Guardas de Castilla⁵⁵.

En la medida en que aumentó la complejidad de estas cuestiones a lo largo del siglo, con el creciente esfuerzo bélico desarrollado por la Monarquía, Felipe II realizó un serio esfuerzo en mantener en manos reales el conjunto de la administración militar, potenciando en consecuencia al Consejo de Guerra y *juntas* especializadas en la cúspide de la misma. El sistema de *juntas* se creó en la segunda mitad del reinado con el fin de proporcionar una respuesta ágil y especializada a los problemas surgidos (propios de guerra o en colisión con otros organismos), capacidad de reacción inalcanzable para el Consejo de Guerra, ocupado en asuntos generales y de jurisdicción; así, hemos analizado la trayectoria de las más consolidadas (como la *junta de galeras*) y dado cuenta del sin fin de comisiones que se reunieron para el análisis de problemas concretos. Estas *juntas*, integradas por consejeros de Guerra (y, si era, menester, componentes de otros tribunales) dependían entonces para su correcto funcionamiento de la adecuada integración de dichos consejeros, según su especialidad, en las diferentes *juntas*.

De modo que la profesionalización del gobierno de la guerra que tuvo lugar a partir de la década de los setenta (tras la guerra de las Alpujarras), con un impulso especial desde mediados de los ochenta, intentó sin duda responder a los nuevos retos planteados con la creación de las herramientas de gestión necesarias para ello, pero fue un esfuerzo baldío. El profesor Thompson nos ha mostrado el fracaso de esta política, visible en el crepúsculo del Quinientos, precisamente en el momento en que el gobierno de la Monarquía había alcanzado la separación entre el poder político y el ejercicio jurisdiccional. Probablemente porque resultaba imposible con los medios financieros disponibles y las

55

Todos estos aspectos han sido perfectamente estudiados en general por I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., *passim*. Se han realizado además gran cantidad de estudios en la esfera local.

estructuras mentales y sociales existentes⁵⁶.

El Consejo de Guerra, como supremo tribunal de justicia para causas en las que se vieran involucrados los militares, actuó de forma esporádica ya desde la época de Carlos V, pero solo con su hijo comenzaría a cobrar forma esta importante función. Fue en las instrucciones de 1554 cuando se asignó un asesor letrado de forma oficial, y al doctor Martín de Velasco le siguieron el regente Figueroa, el alcalde Salazar, Rodrigo Vázquez de Arce y Agustín Jiménez Ortiz. La forma de acceso a este puesto refleja fielmente la trayectoria del propio gobierno de la Monarquía: en tanto los dos primeros tuvieron un matiz claramente político -Velasco, miembro del "partido ebolista", fue desplazado por Figueroa, que deseaba afianzar su posición frente a su enemigo, Francisco de Eraso-, los tres últimos aparecen ligados a las reformas introducidas por Espinosa.

En efecto, debe atribuirse al cardenal el mérito de la consolidación de las funciones de justicia del Consejo de Guerra; con la separación entre poder ejecutivo y ejercicio jurisdiccional, los letrados quedaron ligados a tareas claramente técnicas, desprovistos de carácter político (como fue el caso de Salazar, Vázquez y Ortiz); además, el cardenal impulsó las *visitas* a los centros militares, procesos que no tardarían en traer consigo el asentamiento de una *junta* especial para la revisión de los sumarios, que precisaba asimismo de letrado. Esto abrió una especie de cauce para la introducción de los letrados en los negocios militares, pues tanto Vázquez de Arce como Jiménez Ortiz actuaron en esta *junta* como paso previo a su entrada en Consejo de Guerra.

Tenemos noticias del alcance de las funciones de los asesores del Consejo de Guerra gracias a algunos documentos específicos⁵⁷. También de su posición en Consejo de Guerra y de las

⁵⁶ En este sentido, las reflexiones de I. A. A. THOMPSON en la *Conclusión de Guerra y decadencia...*, sobre el efecto de las presiones de la guerra como "disolvente de la organización unitaria del poder".

⁵⁷ Ya dimos cuenta en su momento de los documentos siguientes: de septiembre de 1584 es "Lo que toca al asesor del Consejo de Guerra" (AGS. GM, leg. 173, n° 395) y de 1586 "Lo que el asesor de la Guerra suele despachar solo en su cassa..." (AGS. GM. LR. 43, fol. 435).

características que debía reunir, cumpliendo la condición básica de letrado: en 1575, ante la necesidad de sustituir a Salazar la disyuntiva se planteó entre un miembro del Consejo Real o un alcalde de Casa y Corte. Antecedentes inmediatos los había de ambas clases, y en ese momento el Consejo de Guerra recomendó a un alcalde, pues los consejeros reales estaban normalmente muy ocupados (en ocasiones el presidente no veía con buenos ojos la desviación en sus tareas), y el alcalde, dotado de salario, podría dedicar el tiempo necesario; además, recomendaban a los alcaldes "por tener a la mano y en la cárcel los presos con quien conviene de ordinario hacer diligencias en sus causas"⁵⁸.

Felipe II desoyó en ese momento al Consejo de Guerra, y los dos asesores siguientes fueron miembros del Consejo Real. Sin embargo, cuando en la década de los noventa el aumento de los asuntos de justicia coincidió con la necesidad de especialización de los consejeros de Guerra, el Rey Prudente decidió traspasar estas funciones precisamente a un comité de los alcaldes de Casa y Corte. La evolución de la cantidad de causas militares que debía estudiar el Consejo tiene un buen barómetro en la organización de las jornadas reales, especialmente con ocasión de la celebración de Cortes en Aragón. Fue costumbre que los consejeros que eran de Estado y Guerra (muchos de ellos ocupados en oficios de la Casa Real) o solamente de Guerra, incluido el asesor, acompañaran al monarca. En un principio, la escasa acumulación de asuntos judiciales posibilitó la continuación de su vista durante los viajes. Con todo, cuando estos comenzaron a crecer de forma considerable se multiplicaron asimismo las personas que seguían la estela de la Corte, para velar por sus intereses, con las consiguientes molestias en los alojamientos. Por ello, en 1585 el monarca decidió que el letrado y una junta especial permanecieran en Madrid para su estudio, situación que se repitió en 1592, unos meses antes del traspaso de funciones que hemos comentado.

El hecho de que determinados presidentes del Consejo de Castilla no estuvieran de acuerdo con la actuación de alguno de sus miembros en Consejo de Guerra (el que más se distinguió en este sentido fue Antonio de Pazos), no solo tenía que ver con la necesidad que de

⁵⁸ Juan Delgado a Felipe II, septiembre de 1575 (AGS. GM. Leg. 80, n° 254); sobre este asunto, véase p. 154.

ellos tenían para los asuntos del Consejo Real. Además, existía el problema del conflicto jurisdiccional entre ambos tribunales, que se manifestaron muy tempranamente con repercusiones en las esferas central y local. En la sede del gobierno, Consejo de Castilla y Consejo de Guerra mantenían tensiones permanentes⁵⁹, agudizadas por la dinámica de consolidación jurisdiccional del segundo, respecto a temas de justicia (la cobertura judicial de los militares) y administración (abastecimiento, licencias de comercio con el norte de Africa⁶⁰, armamento de los reinos⁶¹, alojamiento de las Guardas); con todo, sobresale por su trascendencia el nombramiento de corregidores en zonas fronterizas, que el Consejo de Guerra solicitaba fueran militares (corregidores de capa y espada) y el de Castilla letrados⁶², pugna en la que en último extremo se dilucidaba el control judicial y administrativo del territorio⁶³.

⁵⁹ I. A. A. THOMPSON, *Guerra y decadencia...*, pp. 55-56 da noticia de algunos conflictos, con interesantes apreciaciones. En *supra* p. 157, nota 28, aportamos más ejemplos.

⁶⁰ Un sabroso ejemplo, fechado en 1555, en AGS. E, leg. 108, n° 165. Ambos Consejos se disputaron la capacidad para emitir licencias de comercio.

⁶¹ Así, en septiembre de 1578 Delgado informaba al monarca de como había instruido al fiscal del Consejo de Guerra para que acordara cada día en Consejo de Castilla la necesidad de proveer dinero para acondicionar unas torres defensivas (AGS. GM, leg. 88, n° 283).

⁶² En 1572 Felipe II requería del Consejo de Guerra su opinión sobre "...que los corregidores de las fronteras fueran cavalleros y soldados, y que como antiguamente se solía hazer se comunicase con los de la Guerra..." (Delgado al rey, señalando a continuación la necesidad de cubrir los puestos en Cádiz, Gibraltar y Málaga, AGS. GM, leg. 77, n° 195). Durante los años siguientes, parece que el Consejo de Guerra pudo intervenir en algunas ocasiones en este sentido (como sucedió con el corregidor de Cartagena en 1577, *ibidem*, leg. 82, n° 119), pero con la llegada de Antonio de Pazos a la presidencia de Castilla, letrado celoso defensor de la jurisdicción del Consejo Real, los problemas se agudizaron; a este respecto, véanse los documentos citados por I. EZQUERRA REVILLA, "El ascenso de los letrados...", pp. 282-283, y localizados en AGS. PE, legs. 5 y 10. No resistimos la tentación de transcribir un billete del presidente al rey, de diciembre de 1578, localizado en el primero de los legajos: "Entyendo que en Consejo de Guerra se pretende y trata de desmembrar el govyerno y capytania de Guipuzcoa de la generalya de Navarra, e que en Guipuzcoa haya capitán de guerra e no corregidor de justicia. Aquí se me dio el memorial de inconvenyentes que será con este. E yo añado que no es justo que V. Mag. lo permitta porque aquella gente está mejor mantenyda en justicia con un corregidor letrado que no con un capitán de guerra, y de qualquiera novedad que haya se alterarán mucho. Y si con esto sale el Consejo de Guerra lo mismo pensarán en todo las partes marítimas en que hay corregidores letrados y la justicia padecerá mucho, como lo vemos de los effettos. No qquiero decir (aunque es de consyderación) que por este camyno quedará poco cuydado al presidente de Castilla de buscar corregydores y conocer letrados, sino soldados..."

⁶³ Así, en abril de 1558 el Consejo de Guerra protestaba por la orden que había dado el rey de dejar en manos de un corregidor letrado una causa judicial (AGS. E, leg. 129, n° 159; CDCV IV, p. 416); si éste hubiera sido militar, el caso se hubiera fallado en Consejo de Guerra.

Este aspecto, el dominio territorial, era fuente de choques continuos debido al cruce de jurisdicciones. Veamos algunos ejemplos: a comienzos de 1556 causó en Sevilla gran alboroto la prisión que hicieron los alcaldes mayores de don Alvaro de Bazán con varios oficiales de su armada, causa que llegó a la Corte por vías diferentes a los Consejos de Castilla y Guerra, alegando este último que "...sería en desautoridad" suya no entender en el proceso⁶⁴; además, en abril de 1557 Luis de Carvajal, gobernador de Guipúzcoa, se quejaba de la intromisión de los alguaciles en temas de armadas, y terminaba por exclamar "...y certifico a vuestra Alteza que no se yo como ningún hombre puede servir a su Mag. en oficio de guerra, porque (...) Las ynsoiencias de las justicias no le dexan ellas tiempo de entender en otra cosa que en sus opusiciones. Supplico a vuestra Alteza si quiere que se pueda serbir su Mag. en estos oficios, mande que nos dexen hazer en sus jurisdicciones (...), mas otro no es justo que piense que tiene que ver con el menor grumete de mi nao, ni que hombre del armada piense que tiene a quien dar quanta sino a su general y a sus superiores"⁶⁵. Ambos casos nos propocionan las claves del conflicto: si el rey quería soldados, era necesario apartarlos de la jurisdicción ordinaria, que llevaba muy mal no poder castigar a quienes tanto daño infringían a la población, y ponerlos bajo el amparo del Consejo de Guerra, que debía aparecer como indiscutible supremo tribunal de justicia para causas militares.

A lo largo del reinado de Felipe II la tendencia fue efectivamente salvaguardar los privilegios judiciales de los militares y consolidar al Consejo de Guerra en esta función, pero tampoco cesó la resistencia encabezada por el Consejo de Castilla y secundada por la justicia territorial, situación que podía ser aprovechada por los mismos inculpados de cara a sus intereses particulares⁶⁶. En ocasiones, se

⁶⁴ AGS. E, leg. 112, nums. 48 a 52, doña Juana al rey, 11 de febrero de 1556.

⁶⁵ AGS. GM, leg. 66, n° 47.

⁶⁶ Como sucedió en octubre de 1593, cuando el Consejo de Guerra consultaba al monarca que en Canarias se estaba maniobrando para "...procurar que se remita al Consejo Real la causa del alferez don Juan de la Cueva...", reclamando a continuación la capacidad de entender en ese asunto (AGS. GM, leg. 387, n° 1289); con todo, Felipe II pasó la cuestión al Consejo de Castilla, preludio de la pérdida de atribuciones judiciales por parte del Consejo de Guerra, que no tardaría en producirse. Estas maniobras ya fueron señaladas por I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., p. 59.

llegaba a soluciones consistentes en una concordia entre las autoridades militares y civiles: tal fue el caso de Granada (donde el conflicto llegó a alcanzar gran virulencia⁶⁷) o de Guipúzcoa⁶⁸, entre otros. Con todo, en el ocaso del siglo seguían los problemas: en diciembre de 1596 corregidores y audiencias hacían caso omiso del aviso despachado por el Consejo de Guerra para que se prendiesen a los soldados desertores de la armada del Conde de Santa Gadea, así que el Consejo tuvo que solicitar al rey mandase al presidente promulgar una orden en este sentido⁶⁹; pocos meses antes, el mismo presidente había emitido a dichas instancias territoriales un mandamiento acerca del tratamiento que debían dar a los soldados⁷⁰.

El Consejo de Guerra no solo tenía problemas con el Consejo de Castilla. También tropezaba, en temas de justicia y administración, con los organismos representantes de jurisdicciones diferentes dentro del mismo territorio (como fue el caso de Ordenes Militares y Hacienda) o de distintos componentes de la Monarquía (nos centraremos en las Indias y la Corona de Aragón). Pero revisemos más detenidamente los ejemplos más significativos de este tipo de relaciones.

Respecto a la Corona de Aragón, Felipe II era muy sensible al difícil equilibrio entre las necesidades defensivas peninsulares y

⁶⁷ Las tensiones suscitadas Granada en la primera mitad del reinado entre el capitán general (Conde de Tendilla, heredero de la Casa de Mondéjar) y la audiencia ya fueron reseñadas por I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., p. 59, citando a K. GARRAD, The causes of the second rebellion of the Alpujarras (1568-1571), tesis doctoral inédita, University of Cambridge 1955, trabajo que nos ha sido imposible consultar. En cualquier caso, sobre este tema se hallarán muestras constantes en la abundante correspondencia de Tendilla localizada en AGS. GM. y E, especialmente leg. 118 (I y II, nums. 155 en adelante); además, copias de las concordias en AGS. E, leg. 88, n° 59 (1551) y AGS. GM, leg. 78, nums. 294 y 326.

⁶⁸ Una copia en AGS. GM, leg. 107, n° 62.

⁶⁹ AGS. GM, leg. 499, n° 30, consulta del Consejo de Guerra de 16 de diciembre de 1596.

⁷⁰ Así por ejemplo, el 15 de julio de 1596 el Consejo de Guerra consultaba al monarca que "...algunos corregidores de los lugares por donde ha pasado (Bernardino de Velasco) que tienen orden del Presidente de Castilla para no castigar a ningún soldado en pena afrentosa, y que esto mismo se ha escrito a las chancillerías, con lo qual a algunos les parece que V. Mag. les haze juezes de soldados y gente de guerra, por mandarles la forma que han de tener en castigallos, que ha de ser causa de mayores yncombinientes y que sean menos guardadas las cédulas y órdenes que V. Mag. ha mandado despachar en favor de la gente de guerra" (AZ. Carpeta 131, n° 197).

el Fuero particular de los Reinos⁷¹. Disponía para ello en la Corte de los Consejos de Guerra y Aragón⁷², y la documentación nos muestra que el Rey Prudente tendió a utilizar al primero como asesor en cuestiones militares de aquellos territorios, pero siempre respetando escrupulosamente los cauces legales representados por el segundo⁷³. A pesar de este planteamiento, los conflictos fueron inevitables y las mediaciones personales resultaron fundamentales en la gestión diaria de los asuntos. En líneas generales, los consejeros de Guerra consideraban la defensa de la frontera francesa y de las islas del Mediterráneo de importancia estratégica para la seguridad de la Monarquía. De modo que, aún siendo conscientes de aquellas cuestiones eran competencia del Consejo de Aragón (en no pocas ocasiones remitieron tales negocios a su conocimiento⁷⁴), los consejeros de Guerra no cejaban en su empeño de inmiscuirse en negocios de tal naturaleza, especialmente si consideraban que el Consejo de Aragón hacía dejación de sus responsabilidades: estudiaban el correo ordinario proveniente de aquellos reinos que atañía

⁷¹ Sobre la actitud de Felipe II, véanse sus comentarios transcritos en las notas siguientes. Esta disposición ya fue apuntada por I. A. A. THOMPSON, Guerra..., p. 61; además, comenta problemas de este tipo en la Corona de Aragón J. ARRIETA ALBERDI, "Las disputas en torno a la jurisdicción real en Cataluña (1585-1640): de la acumulación a la explosión bélica", Pedralbes, XV, n° 15 (1995), pp. 33-94 (esp. 43 y ss.); véase asimismo la documentación transcrita por J. CAMÓN AZNAR, "La situación militar de Aragón en el siglo XVII", Jerónimo Zurita. Cuadernos de Historia, nums. 8-9 (1955-56), pp. 71-143. Acerca de las obligaciones militares de los componentes de la Corona de Aragón, la movilización impulsada por el príncipe en 1552 procuró una consulta del Consejo de Aragón "...a lo que se les propuso por su Alteza sobre la contribución que son obligados a hazer los de la Corona de Aragón en tiempo de Guerra" (AGS. E, leg. 315, n° 220).

⁷² La relación entre ambos Consejos es objeto de unas páginas en J. ARRIETA ALBERDI, El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707), Zaragoza 1994, pp. 317-320. Se centra el autor en el siglo XVII, con la descripción de algunos contenciosos concretos (con la formación de juntas para su estudio), pues resalta el conflictivo carácter de la relación entre ambos organismos debido a la tendencia del Consejo de Guerra a monopolizar los asuntos militares.

⁷³ Una situación demostrativa: el 7 de julio de 1578 Mateo Vázquez comunicaba a Delgado: "Su Mag. Ha proveydo (como v.m. habrá entendido) el cargo de Valencia al Duque de Nagera, y dice que será bien se le advierta luego de lo que conviniere en lo de la Guerra, qua ya por la vía del Consejo de Aragón se le han entregado los despachos que allí tocavan..." (AGS. GM, leg. 88, n° 195).

⁷⁴ Así ocurrió el 20 de abril de 1555 con correspondencia del virrey de Cataluña (AGS. GM, leg. 60, n° 214); 4 de abril de 1578 con una carta de Vespasiano Gonzaga desde Valencia (AGS. GM, leg. 88, n° 158); el 12 de octubre de 1587, sobre los desórdenes en Ribagorza (AGS. GM, leg. 209, nums. 295 y 296); en noviembre de 1597, con ocasión del establecimiento de la milicia en Valencia (IVDJ. Envío 45, caja 58, nums. 114 a 118).

a cuestiones militares⁷⁵, ordenaban levantar gente en aquellos territorios⁷⁶ y trataban de intervenir en la designación de los representantes del rey (virreyes, capitanes generales, gobernadores), con el fin de asegurar al menos la presencia de un experto militar como asesor, cuando no era posible que lo fuera el mismo lugarteniente⁷⁷. Además se ha señalado, con razón, la extensión de las injerencias del Consejo de Guerra al territorio, donde chocaba con la jurisdicción del Consejo de Aragón⁷⁸ aunque a veces eran las instancias locales las que

⁷⁵ En AGS. E, leg. 326, n° 16, se encuentran resúmenes de cartas de las autoridades reales en la Corona de Aragón, de 1559, "para verse en Consejo de Guerra"; además, cuando vinieron cartas de Cerdeña, con cuestiones de fortificaciones, armamento y tropas, fueron estudiadas en Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 80, n° 270).

⁷⁶ En 1558, el secretario Ledesma se dirigía al secretario del Consejo de Aragón para comunicarle la decisión del Consejo de Guerra, tras recibir el aviso del Consejo de Aragón de una armada enemiga, de levantar determinado número de gente para enviar a Perpiñán, y consultarle los trámites a realizar con el gobernador; el secretario de Aragón se mostró muy colaborador, ofreciendo incluso un correo de que iba a ser despachado por su Consejo para llevar las órdenes (AGS. E, leg. 132, n° 298).

⁷⁷ En 1571 señalaba Delgado al rey como "...se a proveído por el Consejo de Aragón con aver dado cuenta en el de Guerra, por governador de Ybica..." (AGS. GM, leg. 76, n° 119). Pero cuatro años más tarde, en septiembre de 1575, se produjo una situación paradigmática cuando el Consejo de Guerra planteó el nombramiento de virreyes para Mallorca (fallecido) y Cerdeña (en ese momento lo era Juan Colonna, poco práctico en asuntos de milicia, que pidió licencia para visitar Castilla), así como gobernador de Ibiza (puesto ocupado por Mateo Forteza, caracterizado por la misma inexperiencia, a pesar de que se le había asignado como asesor un capitán, que a la postre tampoco demostró muchas luces). Tras hablar Delgado con el vicecanciller Bolea, éste le reconoció que era probable que no pudiera cumplir con el ordenamiento de los reinos, que obligaban a buscar personas naturales para ocupar los puestos, así que le pedía al secretario de la Guerra una relación de personas idóneas, de Castilla; Felipe II se congratuló de la solución, "...más todavía le decid (al vicecanciller) que piense algunas (personas) de aquellos reinos, que no es posible que no aya algunos, y decidle que mire muy bien si se pueden poner los de aca...", manifestando sus temores de que hubiera problemas con los Fueros (AGS. GM, leg. 80, nums. 257, 259, 264, 266, 270, 288). Juan Colonna siguió persistiendo en su petición de licencia en septiembre de 1577 (IVDJ. Envío 87, caja 122, n° 155, donde Juan Delgado resume a Mateo Vázquez el negocio y da cuenta de la orden del rey de estudiarlo en Consejo de Aragón) y en abril del año siguiente, cuando el Consejo de Guerra intentaba de nuevo recomendar a una persona para el cargo, si bien el rey lo resolvió por vía del Consejo de Aragón (AGS. GM, leg. 82, n° 88).

⁷⁸ Un caso típico sucedía en Mallorca en 1593, cuando el representante del rey se quejaba de que los oficiales del patrimonio solo emitían pagos con la autorización expresa del Consejo de Aragón "...y assí quando vienen capitanes o otras personas con provisiones del Consejo de Guerra no les quieren aquí pagar dichos oficiales patrimoniales, y les obligan a que saquen ora provisión por el Consejo de Aragón..." (AGS. GM, leg. 371, n° 255). Otro ejemplo: en marzo de 1559 la princesa informaba a Felipe II sobre el conflicto provocado por el nombramiento del mayordomo de artillería y municiones de Cerdeña con consulta y parecer del Consejo de Guerra; esto agravó a las villas, que disponían hasta entonces de dicho cargo y se quejaron en consecuencia al Consejo de Aragón, "...y por él se ordenó al virrey que no consintiese que el dicho San Martín usase el dicho officio y que lo dexase exercer a las dichas universidades como hasta allí lo havían hecho, y que estoviese advertido que no se havya de permitir usar officio nuevo en aquel reyno, aunque fuese sin ningund salario, no siendo despachado por el dicho Consejo de Aragón, o visto y acordado en él que se hiziese" (AGS. E, leg. 137, n° 161). Sobre los conflictos territoriales, I. A. A. THOMPSON, Guerra..., pp. 61 y ss.

se dirigían al Consejo de Guerra, si se consideraban desatendidos por el primero⁷⁹. Sin embargo, en la Corte los problemas⁸⁰ eran eficazmente tamizados cuando existía una buena sintonía entre el secretario de la Guerra y el vicecanciller (como fue el caso de Bolea y Delgado⁸¹) o, con posterioridad, gracias a la acción coordinadora de los cortesanos más influyentes en temas de Aragón (Condes de Chinchón⁸²) y Guerra (Juan de Idiáquez).

Tampoco estaba exenta de conflictos la administración de la justicia, materia en la que el Consejo de Guerra veía muy recortados sus poderes cuando las causas tenían lugar en aquellos reinos⁸³. En esta Corona eran frecuentes las tensiones entre las justicias civiles y militares, es decir, entre las Audiencias y las capitanías generales⁸⁴,

⁷⁹ Hacia 1558, el alcaide de un castillo situado en la Corona de Aragón elevaba un memorial al Consejo de Guerra, solicitando el personal y el material necesario para defenderlo, "...no probeyendo por el Consejo de Aragón dinero para que la obra deste castillo pase adelante" (AGS. GM, leg. 68, n° 175).

⁸⁰ Así por ejemplo, en 1573 Delgado informaba de un problema suscitado en Cataluña con las tropas, con intervención del Consejo de Aragón y evidente malestar del de Guerra, que pidió al monarca "...envíe a mandar al vicecanciller que luego se provea en el remedio de lo subcedido y en adelante no se entremetan en cosas semejantes (AGS. GM, leg. 77, n° 144); en febrero de 1577 el Consejo de Aragón consultó al rey diversos aspectos de la fortaleza de Perpiñán y una visita que se le había realizado, consulta que Felipe II pasó a Delgado para su estudio. Tras las recomendaciones del secretario, el rey ordenó lo comunicase con el vicanciller (AGS. GM, leg. 82, n° 60).

⁸¹ Muestras de esta sintonía en supra p. 156; además, AGS. GM, leg. 82, num. 75 (cuando en marzo de 1577 el Consejo de Guerra y el vicecanciller coincidieron en la necesidad de proveer en Cerdeña un comisario y veedor y un contador), 96 (mayo 1577, Bolea escribía a Delgado para nombrar un experto militar junto al virrey de Aragón); AGS. GM, leg. 80, n° 103 (sobre movimientos de tropas en aquellos reinos), etc.

⁸² Ejemplos en IVDJ, Envío 56, caja 74, 13 de junio de 1575, cuando el rey ordenó que fuera el II Conde de Chinchón quien estudiara un tema de la milicia en Aragón; IVDJ. Envío 45, caja 58, n° 40, 16 de julio de 1582, donde Delgado comunicaba al III Conde de Chinchón la opinión del Consejo de Guerra sobre una consulta del Consejo de Aragón acerca del proceso de un capitán.

⁸³ I. A. A. THOMPSON, Guerra y decadencia..., p. 60, se refiere a la capacidad jurisdiccional del Consejo de Guerra en estos territorios, señalando sus grandes limitaciones ante los fueros locales.

⁸⁴ Un caso típico es el de Josep de Guevara, teniente del capitán General en Perpiñán, al que se le ordenó tomar residencia en junio de 1554. El proceso acabó generando un grave conflicto entre la justicia civil y el capitán General de Cataluña, que incluso llegó a la Corte con la intervención del Consejo de Guerra (con actuación especial del doctor Velasco, asesor legal) y el Consejo de Aragón (AGS. E, leg. 108, n° 297; ibidem, leg. 109, num. 168, 209 y 213; AGS. GM, leg. 60, n° 229). Véase además AGS. GM, leg. 466, n° 22, cuando el Consejo de Guerra consultó al monarca la necesidad de que, en Cataluña, la capitanía general tuviera primacía sobre la Audiencia en materia de justicia militar, con la siguiente respuesta del monarca "Al Consejo de Aragón se escribe de orden como la audiencia no se entrometa en lo que toca a la guerra, sino que el governador haga como se ha acostumbrado".

cuyos titulares solicitaron a la Corte el verdadero alcance de su jurisdicción sobre los fueros locales; como señaló Carlos V en 1554, "...en las dudas que adelante ocurrieren tocantes a Guerra y capitán general, embiarlas al Consejo de Guerra con vuestro parecer, para que vistas se comuniquen con algunos del Consejo de la Corona de Aragón"⁸⁵. Al final del reinado la situación no había variado sensiblemente.

El tratamiento de los asuntos militares de Indias cobró importancia a medida que crecieron las necesidades defensivas de las flotas anuales y de los territorios allende los mares. Era necesario aunar la experiencia militar de los consejeros de Guerra con el conocimiento que poseían algunos de los integrantes del Consejo de Indias. La fórmula escogida fue pues la *junta* de ambos tipos de consejeros, que ya a finales de los setenta había adquirido cierta consistencia y que con la incorporación de Portugal y sus problemas atlánticos conoció el impulso definitivo. La *junta de Santo Domingo*, conocida después como *junta de Puertorrico* y finalmente *junta de Guerra de Indias* consolidaron la forma de actuar en éste ámbito. Pero ello no evitaba las colisiones entre el Consejo de Guerra y el Consejo de Indias: un enfrentamiento típico venía dado por el reclutamiento que hacía el Consejo de Indias en Castilla, sin contar con el Consejo de Guerra.

Por lo que toca a las Ordenes Militares, el Consejo de Guerra debía tener en cuenta el fuero de los caballeros de hábito, que el Consejo de las Ordenes requería para sí⁸⁶; sin embargo, fueron más frecuentes los enfrentamientos entre ambos organismos suscitados por el control de la administración militar (reclutamiento, etc) en territorios bajo aquella jurisdicción, que Felipe II mandaba resolver acudiendo a

⁸⁵ Así sucedió en septiembre de 1554, cuando el Marqués de Tarifa, capitán general de Cataluña, escribió a la princesa Juana pidiendo aclaraciones sobre ciertos problemas de jurisdicción. Tras su estudio por Consejos de Guerra y Aragón (AGS. GM, leg. 58, nums. 129 a 132), Carlos V escribió a su lugarteniente se informase de lo que habían hecho sus predecesores pero, eso sí, recomendando mucho la escrupulosa observancia de las Constituciones catalanas, además de la puntualización final resaltada en el texto (AGS. E, leg. 104, n° 93).

⁸⁶ A este respecto, véase E. POSTIGO CASTELLANOS, Honor y privilegio..., pp. 245 y ss. Un caso de competencias de jurisdicción, en abril de 1575, en IVDJ. Envío 56, caja 74)

juntas entre consejeros de Guerra y Ordenes⁸⁷. Pero la relación entre las dos instituciones no tenía lugar solo en los maestrazgos: un aspecto particular lo constituyó la gestión de las cuatro galeras que en 1552 Carlos V autorizó a la Orden de Santiago para batallar contra los infieles⁸⁸. Fueron asignadas mediante asiento a Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, bajo la jurisdicción superior del Consejo de Ordenes, aunque para la planificación de sus movimientos debían someterse al arbitrio del Consejo de Guerra. Este hecho produjo pronto fricciones. En 1556 Requesens se negó a seguir teniéndolas bajo su cargo pues el Consejo de Guerra no le proporcionaba los forzados necesarios para los remos. El problema se complicó con la necesidad de ayuda a Orán, y el Consejo de Guerra solicitó al de Ordenes que aprestara las galeras, para ponerlas bajo el mando de las Galeras de España, punto al que se negó Requesens, por no hacer "...en ello agravio a la autoridad de la dicha Orden". El asunto se resolvió, tras una reunión de los consejeros de Guerra y Ordenes, con una cesión temporal de las galeras a un tercero, para que acudiera al socorro de la plaza africana⁸⁹.

Materia de extrema importancia era la hacienda, pues las disponibilidades financieras eran básicas para la planificación y ejecución de cualquier aspecto del gobierno militar⁹⁰. La adecuada relación entre ambos campos fue siempre una preocupación en el gobierno de la Monarquía; primero, porque el conocimiento mutuo debía procurar que los consejeros de Guerra fueran conscientes de los recursos disponibles (y no se extralimitaran en sus peticiones de numerario pues, como señaló Felipe II en cierta ocasión, "...es menester que se procure y trate de lo posible y no de lo imposible"⁹¹), mientras que los ministros encargados de la hacienda podían así contar a la hora de distribuir el gasto con datos precisos de las ineludibles necesidades

⁸⁷ Véase supra, p. 157.

⁸⁸ Sobre estas galeras, las breves notas de M. LAMBERT-GORGES, "Santiago et la defense de la Mediterranée (notes sur le XVI siècle)", Las Ordenes Militares en el Mediterráneo Occidental (s. XII-XVIII), Madrid 1989, pp. 213-248, esp. 219 y ss.

⁸⁹ Sobre este tema, la extensa relación de Requesens localizada en AGS. E, leg. 113, n° 117, y las consultas del Consejo de Ordenes en leg. 114, nums. 280 y 308.

⁹⁰ Ya se ocupó de estas relaciones C. J. CARLOS MORALES, política y finanzas..., pp. 289 y ss.

⁹¹ Véase supra p. 177, nota 105.

militares, y hacer un esfuerzo para atenderlas en la medida de lo posible; además, una buena coordinación podría evitar los conflictos de jurisdicción en las esferas central y local, en áreas que resultaban conexas.

La comunicación se realizaba a través de las mediaciones personales, y fue aceptablemente fluida cuando, durante los primeros años, existió un patrón que, a través de sus criaturas, controlara los engranajes de la administración en su conjunto, incluyendo ambas materias: nos referimos a Vázquez de Molina, Francisco de Eraso y Espinosa. El primero llegó incluso a solicitar en 1550 que se le diera un sueldo a Francisco de Almaguer "...porque todas las veces que hay necesidad de dineros él solo da la razón del estado en que están las consignaciones de toda la hacienda hordinaria y extraordinaria de V. Mag. para saber de que se pueden sacar, sin que haya de preguntar a todos los oficiales y contadores que componen la hacienda"⁹².

El nombramiento de un oficial con funciones similares tardó todavía 36 años en materializarse, porque durante este período tales prácticas fueron concertadas por los patrones mencionados y por Juan Delgado, consejero asimismo de Hacienda y a quien en un momento de vacío político el rey se empeñó, sin mucho éxito, en hacer funcionar como punto de coordinación; no faltaron las quejas (como la interesada de Mateo Vázquez cuando, en 1579, comenzó a pensar en el derribo del secretario de la Guerra⁹³) y la reacción de Delgado, tras reconocer su inoperancia, fue sugerir insistentemente la reunión de consejeros de Estado con el Consejo de Hacienda, o viceversa, petición denegada por el monarca. Durante el primer lustro de los ochenta, de Corte itinerante, la coordinación fue ejercida en *junta* (que se denominó de Santo Domingo, uno de los escenarios donde se materializó la caída del secretario de la Guerra) y, desde entonces, hacienda y guerra fueron

⁹² Maximiliano de Austria a Carlos V, 1550 (RASO, p. 210).

⁹³ El 10 de febrero de 1579 escribía Vázquez a un destinatario desconocido (¿Francisco de Garnica?): "Algunas vezes se ha representado por de grande inconveniente detenerse los despachos del dinero para las provisiones que tocan al Consejo de Guerra, y se entiende que la causa es passar aquellos por tantas manos assí de officiales de la hazienda como de la cruzada, y hase apuntado que con la resolución que se tomare por qualquier mano que se de que se haga alguna provisión de dinero, convendrá que se saque luego con sola la memoria que dello se hiciere, por la qual los officiales los hagan después. Su Mag. manda que v.m. mire en ello para avisar lo que le parecerá" (AGS. E, leg. 573, n° 214).

armonizadas a nivel superior por la *juntas* políticas, que se nutrían de la información transmitida desde el escalón técnico donde, además de producirse el nombramiento mencionado, se normalizó poco después una práctica que hasta el momento había resultado esporádica⁹⁴: la realización por anticipado de presupuestos generales para gastos de defensa, que elaboraba el Consejo de Guerra y transmitía al de Hacienda⁹⁵.

Además de los problemas derivados de la coordinación en el ámbito del gobierno para el conocimiento de las necesidades pecuniarias, existieron conflictos permanentes derivados de la venta de oficios militares⁹⁶ y, especialmente, del nombramiento de oficiales de los ejércitos con funciones económicas, los denominados contadores. Ya en tiempos de Espinosa, con el robustecimiento del Consejo de Guerra, se suscitó la polémica sobre estas provisiones entre el Consejo de Guerra y la Contaduría mayor, responsable hasta el momento en estos menesteres⁹⁷; y, aunque en diciembre de 1573, como parte del legado del cardenal, el Consejo obtuvo el derecho de nombrar tales oficios, con las primeras vacantes continuaron los conflictos entre ambos organismos, que Delgado se vio incapaz de frenar⁹⁸. Este derecho revertió a la Contaduría en 1593, y quizá no sea casualidad que, a partir de entonces, se multiplicaran las tensiones debido a las intenciones de la Contaduría y Consejo de Hacienda de invadir parcelas controladas hasta el momento por el Consejo de Guerra, afectado por un proceso general de especialización basado en la disminución de funciones: así, se entablaron disputas como fueron la distribución del dinero destinado a

⁹⁴ Así, cuando llegaban flotas de Indias "...se haze u memorial del dinero que es nescenario para la provisión de fronteras y galeras, y así se ha hecho el que aquí embío..." (Delgado al rey, septiembre de 1578, AGS. GM, leg. 88, n° 283).

⁹⁵ Un ejemplo en AZ, Carpeta 152,, n° 127: "relación del dinero que será menester proveer para las cosas de la guerra por cuenta de mar en todo el año de 96, tanteándolo a poco más o menos según el estado en que se entiende que están y las relaciones que antes de agora se han tenido de los oficiales del sueldo que en cada parte ay".

⁹⁶ Como sucedió en 1588, cuando Diego de vera, alférez perpetuo de Jerez de los Caballeros, solicitó autorización para nombrar dos alfereses; el Consejo de Hacienda quiso aprovechar la ocasión para vender los oficios, en tanto el Consejo de Guerra se negó a ello (AZ. Carpeta 143, n° 22).

⁹⁷ AGS. GM, leg. 77, n° 155.

⁹⁸ AGS. GM, leg. 78, n° 199.

las Guardas⁹⁹, el reparto de las partidas de numerario sobrantes¹⁰⁰ o las sobrecédulas emitidas por el Consejo de Hacienda, corrigiendo cédulas del de Guerra¹⁰¹.

⁹⁹ Asunto suscitado a comienzos de 1595, cuando el Consejo de Hacienda sospechó del reparto pormenorizado que del dinero de las Guardas hacía el Consejo de Guerra; pero sigamos la respuesta de Prada a un billete de Gassol: "Haviendo el Consejo de Guerra visto esto, dize que no ve causa porque convenga hazer novedad en esto, pues el de Hacienda libra por mayor el dinero que se provee para las Guardas, y en las cédulas que despacha dize que se distribuya por la orden que diere el Consejo de Guerra, el qual da la que conviene al beneficio de la hazienda de su Mag. Y quando ay algún dinero de sobras y baxas lo distribuye con gran consideración entre los más necesitados y beneméritos de las Guardas y en pagas a biudas y huérfanos de los que an servido y muerto en ellas, sin que en ello aya ningún género de negociación ni fraude, lo qual no se podría hazer tan justificadamente en el Consejo de Hazienda por no tenerse allí entendido como en el de la Guerra los servicios y méritos de cada uno..."; el rey dio la razón al Consejo de Guerra (AGS. GM, leg. 437, n° 235).

¹⁰⁰ En agosto de 1596 el secretario Prada alegaba ante el monarca, ante una competencia con el Consejo de Hacienda sobre el tema de las condenaciones, que "El Consejo dice que estas no son condenaciones sino alcances de dinero que se proveyó a su distribución, con que siempre a tenido mano y distribuidolo en cosas precisas de las mismas guardas, y este dinero viene a ser de la misma calidad que el de sobras y baxas que V. Mag. A mandado se distribuya en Consejo, pero si agora fuere servido V. Mag. de mudar esta orden antigua, y que corra por la hazienda..."; la respuesta del monarca está cortada (AGS. GM, leg. 466, n° 140).

¹⁰¹ Así sucedió en abril de 1596, quejándose Prada de la "desautoridad" que sufría el Consejo de Guerra, pidiendo se "...guardasse en esta cosa el estilo antiguo"; el rey le dio la razón al Consejo de Guerra (AGS, GM, leg. 437, n° 236).

FUENTES MANUSCRITAS, IMPRESAS Y BIBLIOGRAFIA

FUENTES MANUSCRITAS

ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (Valladolid)

. Cámara de Castilla

Diversos de Castilla: legs. 8, 10,

Libros de cédulas: 127,

Visitas: legs. 2797,

. Consejo y Juntas de Hacienda

Legs: 22, 47,

. Contaduría del Sueldo

Segunda serie: legs. 1

. Contaduría Mayor de Cuentas

Segunda época: legs. 465

. Contadurías Generales

Legs: 1,

. Escribanía Mayor de Rentas

Quitaciones de Corte: legs. 7, 9, 13, 17, 22, 26, 30, 32 a 34,

37

. Estado.

Legs: 75 a 182, 300, 308, 315, 326, 335, 344, 376, 387, 388, 400, 401, 409, 445, 481, 484, 503 a 521, 532, 559 a 562, 566 a 575, 605, 645, 647, 675, 807 a 809, 819 a 839, 1229, 1244, 1246, 1276, 1466, 1493, 1495, 1505, 1783, 2741, 2763, 2842 a 2844, 2851, 2855, 8334 a 8338

Libros : 72, 74, 80, 82, 83

. Guerra y Marina

Legs: 43 a 94, 105 a 112, 118, 121 a 138, 143 a 157, 162 a 169, 173 a 180, 185, 187, 188, 190, 203, 204, 208, 209, 212, 234, 235, 262, 263, 298 a 301, 337, 338, 340, 356, 362, 364, 368, 371, 373, 387, 411, 414, 416, 437, 440, 466, 499, 526, 527.

Libros : 4, 18 a 40, 42 a 47, 61, 65

. Patronato Eclesiástico

Legs: 5

. Patronato Real

Legs: 26, 44, 55

ARCHIVO DE LA CASA DE ALBA (Madrid)

Cajas: 47, 71

ARCHIVO HISTORICO NACIONAL (Madrid)

. **Estado**: legs: 2010, 3028,

ARCHIVO DEL MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (Madrid)

. **Santa Sede**: legs. 4,
. **Manuscritos**: 134

ARCHIVO ZABALBURU (Madrid)

Carpetas: 69, 128, 130 a 134, 137, 139, 140, 142, 143, 147, 148, 152, 242,

BIBLIOTECA DEL PALACIO REAL (Madrid)

Manuscritos: 2.249, 2.286, 2.288, 2.289, 2.291, 2.324

BIBLIOTECA NACIONAL (Madrid)

Manuscritos: 781, 784, 904, 1.045, 2.058, 3.315, 5.791, 5.972, 7.423, 7.909, 7.916,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SALAMANCA

Manuscrito: 2.657

BRITISH LIBRARY (Londres)

Additional: 28.262, 28.263, 28.348, 28.353 a 28.355, 28.358 a 28.360, 28.363, 28.366, 28.373, 28.376, 28.377, 28.379, 28.385, 28.391, 28.435

Egerton : 329, 2.047

INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN (Madrid)

Envíos: 1, 7, 15, 29, 36, 43, 45, 48, 55, 56, 60, 62, 67, 87, 95, 101,

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (Madrid)

Manuscritos: 9/5.528, 9/26,

Colección Salazar: Manuscritos A-49, A-51, A-67, A-69

SERVICIO HISTORICO MILITAR (Madrid)

Depósito Antiguo: vols. 1 a 15

FUENTES IMPRESAS

- ALBA, Duque de, Epistolario del Tercer Duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, Madrid 1952, 3 vols.
- ALBERI, E., Relazioni degli ambasciatori Veneti al Senato, 15 vols. Firenze 1839-1863.
- ALVAR EZQUERRA, A., "Unas <reglas generales para remitir memoriales> del siglo XVI", Cuadernos de historia contemporánea, n° 18 (1995), Editorial Complutense, pp. 47-71.
- ALVAREZ, V., Relación del camino y buen viaje que hizo el Príncipe de España don Felipe en el año 1548...hasta Flandes, Bruselas 1551.
- ANDRES, G. de, "Diurnal de Antonio Gracián, secretario de Felipe II", Documentos para la historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial (n° V -años 1572 y 1573-, 1962 pp. 7-127; y n° VII -años 1571 y 1574-, 1965, pp. 5-63.
- Archivo Documental Español. tomos 1-12: Negociaciones con Francia (Madrid 1950-60).
- BROWN, R., BENTINCK, G. C., eds. Calendar of State Papers.Venetian, 1558-1580, London 1890.
- BRUNETTI, M., Correspondenza da Madrid di Leonardo Dona, 1570-1573, Venecia 1963. 2 vols.
- BUCETA, E., "Relación de la junta convocada por Felipe II el 24 de febrero de 1579 para tratar de su pretensión a la Corona de Portugal", Boletín de la Real Academia de la Historia, t. XCVIII, cuaderno 2 (1931), pp. 655-664
- CABIE, E., Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, Seigneur de Saint-Sulpice de 1562 a 1565, et mission de ce diplomate dans le meme pays en 1566, Albi 1903.
- CABRERA DE CORDOBA, L., Historia de Felipe II, Rey de España. 4 vols. Madrid 1876.
- Relación de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614, Madrid 1857.
- Elogium Rui Gomezii, Medialani 1715.
- CALENDAR of letters, despatches and state papers relating to the negotiations between England and Spain, vols. XII y XIII.
- CALENDAR of State Papers. Foreign series of the reign of Elisabeth I, vol. VIII a XV.
- CALENDAR of State papers and manuscripts. Relating to english affairs, existing in the archives and collections of Venice, and in other libairies of Northern Italy, vol. VII y VIII
- CALVETE DE ESTRELLA, J. C., El falicicisimo viaie d'el muy alto y muy poderoso principe don Phelippe, hijo d'el emperador don Carlos Quinto Maximo, desde España à sus tierras dela Baxa Alemaña: con la descripción de todos los estados de Bravante y Flandes.Amberes 1552 (utilizamos una edición de: Madrid 1930).

- CAMON AZNAR, J., "La situación militar de Aragón en el siglo XVII", Jerónimo Zurita. Cuadernos de Historia, nums. 8-9 (1955-56), pp. 71-143.
- CARTAS y avisos dirigidos a Don Juan de Zúñiga, virrey de Nápoles, en 1581, Madrid 1887.
- CASTRIES, H. de, Les sources inédites de l'histoire du Maroc. Première série, Dynastie Saadiennes, Paris 1918.
- CECCHI, G. M., "Compendio di più ritratti delle cose della Magna, Fiandra, Spagna e Regno di Napoli", a cura di K. EISENBICHLER, Archivio Storico Italiano, (1993) 151(2), pp. 449-517.
- CIASCA, R., ed. Istruzioni e relazioni degli ambasciatori genovesi. Vol. I: Spagna (1494-1617), Roma 1951.
- COCK, H., Relación del viaje hecho por Felipe II, en 1585, a Zaragoza, Barcelona y Valencia, edición de Antonio MOREL-FATIO y Antonio RODRIGUEZ VILLA, Madrid, 1876.
- Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592, pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela, Madrid 1879.
- COLECCION de Documentos Inéditos para la Historia de España (CODIN), vols.: 3, 9, 23, 27, 28, 36, 56, 89 a 92, 97, 98, 101 a 103, 110 a 112,
- CORTADA, J. W., A bibliographic guide to spanish diplomatic history, 1460-1977, Westport 1977.
- CUARTAS RIVERO, M., "Correspondencia del Príncipe de Eboli en la sección Consejo y Juntas de Hacienda de Simancas, 1554-1569", Cuadernos de Investigación histórica, 2 (1978), pp. 201-214.
- DAVIS, James C., Pursuit of power: venetian ambassadors reports on Turkey, France and Spain in the age of Philipp II, 1560-1600, New York 1970.
- "Depeches de Sebastian de l'Aubespine, Ambassadeur de France en Espagne sous Philippe II", Revue d'histoire diplomatique, XII (1899), pp. 587-687.
- DIOS, S. de, Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla, Salamanca 1986.
- DOUAIS, M. J. C. ed., Depeches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne (1565-1572), Paris 1896, 3 vols.
- DRAGONETTI DE TORRES, A., La Lega di Lepanto nel carteggio diplomatico inedito de Don Luys de Torres, nunzio straordinario di S. Pío V a Filippo II, Torino 1931.
- DURME, M. Van, Les Archives Generales de Simancas et l'histoire de la Belgique (IX-XIX siècles), Bruselas, 1964-68, 3 vols.
- "Notes sur la correspondance de Granvelle conservée à Madrid", Bulletin de la Commission Royale d'Histoire, t. CXXI (1956), pp. 25-83.
- FERNANDEZ ALVAREZ, M. ed., Corpus Documental de Carlos V, Salamanca, 1973-1979, 5 vols.
- FIRPO, L., Relazioni di ambasciatori veneti al senato, Torino 1981; vol. XIII, "España (1497-1598)".
- GACHARD, L. P., Retraite et mort de Charles Quint au Monastere de Juste: lettres inédites publiées d'après les originaux conservés dans les archives royales de Simancas, Bruxelles, Gand et Leipzig, 1854. 3 vols.

- Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas (1558-1577), Bruselas, 1848-1879, 5 vols. (continuados por Joseph LEFEVRE en 1940-1953).
- Correspondance d'Alexandre Farnèse, prince de Parme, gouverneur général des pays-Bas, avec Philippe II, dans les années 1578, 1579, 1580 et 1581; Bruxelles 1853.
- GARIBAY, E., "Memorias", Memorial Histórico Español, tomo VII (Madrid 1854), pp. 1-626.
- GARMA Y DURAN, F. J. de, Theatro universal de España, Madrid 1751.
- GAYANGOS, P. de, Catalogue of the manuscripts in the spanish language in the Bristish Library, London 1875 (repr. 1976), 4 vols.
- GONZALEZ DAVILA, G., Teatro de las grandezas de la villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España, Madrid 1623.
- HERRERA Y TORDESILLAS, A., Historia General del mundo...del tiempo del señor rey don Felipe II el Prudente, Valladolid y Madrid, 1606-1612, 2 vols.
- HUME, A. S., Calendar of letters and state papers relating to english affairs preserved in, or originally belonging to, the Archives of Simancas, Londres 1899, 4 vols.
- HURTADO DE MENDOZA, D., Guerra de Granada hecha por el rey D. Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes (Cádiz, 1990; ed. fac. de la ed. de: Barcelona, 1842).
- KERVYN DE LETTENHOVE, Barón de, Relations politiques des Pays-Bas et d'Anglaterre sous le regne de Philippe II, Bruxelles, 1886-1900, 11 vols.
- LOPEZ DE GOMARA, Annales del Emperador Carlos V, Oxford, 1912,
- LOPEZ DE HARO, A., Nobiliario genealógico de los Reyes y Títulos de España, Madrid 1622, 2 vols.
- MALFATTI, C., El archiduque Maximiliano, gobernador de España: su viaje a Valladolid en 1548 y su boda con la infanta María. Crónicas y documentos, Barcelona 1948.
- MARMOL CARVAJAL, L. de, Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada (Málaga, 1991).
- MAURA, Duque de, El designio de Felipe II y el episodio de la Armada Invencible, Madrid 1957.
- MEXIA, P., Historia del Emperador Carlos V, escrita por su cronista el magnífico caballero Pedro Mexía, edición y estudio de Juan MATA CARRIAZO; Madrid, 1945.
- MOREL FATIO, A., L'Espagne au XVI et au XVII siecle, documents historiques et litteraires, Heilbronn 1878.
- MOUSSET, A., Depeches diplomatiques de M. de Longlee, resident de France en Espagne (1582-1590 (Paris 1912).
- Un resident de France en Espagne au temps de la Ligue, 1583-1590. Pierre de Segusson. Paris 1918.
- MUÑOZ, A. Viaje de Felipe Segundo a Inglaterra, Madrid, 1877 (pub. por Pascual GAYANGOS en "Sociedad de Bibliófilos Españoles", vol. XV, a partir de una ed. de Zaragoza, 1554).

- NUEVA colección de documentos inéditos para la historia de España (N-CODOIN), vols. 1 a 3.
- NUÑEZ DE CASTRO, A., Libro histórico-político: solo Madrid es Corte y el cortesano en Madrid, Madrid 1658.
- PARIS, L. ed., Negociations, lettres et pieces diverses relatives au regne de François II: tirees du portefeuille de Sebastien de l'Aubespine, Paris, 1841 (Collection de documents inedits sur l'histoire de France, vol. 46).
- PEREZ, A., Segundas cartas de Antonio Pérez, con los aphorismos dellas sacadas por el curioso que sacó los de las primeras, Paris 1603,
- Relaciones y cartas, A. ALVAR EZQUERRA, ed. Madrid 1988, 2 vols.
- PINELO, León A., "Real Junta de Guerra de Indias. Su origen, forma y jurisdicción" (manuscrito de 1659, en AGI. Audiencia de Lima, leg. 476, pp. 18-19; pub. por HANKE, L., en Revista Chilena de Historia y Geografía, num. 91, julio-diciembre 1937).
- RIBA GARCIA, C., El Consejo supremo de Aragón en el reinado de Felipe II: estudio y transcripción de los documentos originales e inéditos de este Consejo existentes en el Museo Británico, Valencia 1914.
- Correspondencia privada de Felipe II con su secretario Mateo Vázquez, Madrid 1959.
- ROCO DE CAMPOFRIO, J., España en Flandes: trece años de gobierno del Archiduque Alberto (1595-1608), Madrid 1973.
- RODRIGUEZ RASO, R., Maximiliano de Austria, gobernador de Carlos V en España: cartas al Emperador, Madrid 1963.
- SALAZAR Y CASTRO, L. de, Historia genealógica de la Casa de Silva, Madrid 1685, 2 vols.
- Advertencias históricas sobre las obras de algunos doctos escritores modernos, Madrid 1688.
- SALAZAR Y MENDOZA, P., Chronico del cardenal don Iuan Tavera, Valladolid, 1603.
- SANDOVAL, Fray P. de, Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V, Madrid, 1955.
- SANTA CRUZ, A. de, Crónica del Emperador Carlos V, 5 vols. Madrid, 1920-25.
- TELLECHEA IDIGORAS, J. I. Fray Bartolomé Carranza: documentos inéditos, Madrid 1956-66, 8 vols.
- "Antonio Pérez, a través de la documentación de la Nunciatura de Madrid", Anthologica Annua, nº 5 (1957), pp. 653-682.
- VANDERNESSE, J. de, "Journal des voyages de Philippe II de 1554 a 1559", en: Collection des voyages des Souverains des pays-Bas, L. P. GACHARD ed., vol. IV, Bruselas, 1882, pp. 1-82.
- VARGAS HIDALGO, R., "Documentos inéditos sobre la muerte de Felipe II y la literatura fúnebre de los siglos XVI y XVII", Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CXLII, cuaderno III (sept.-dic. 1995), pp. 377-460.
- VOLTES, P. Documentos de tema español existentes en el Archivo de Estado de Viena, Barcelona 1964.

WAUTERS, A. ed., Memoires de Viglius et d'Hopperus sur le commencement des troubles des Pays-Bas, Bruselas 1858 ("Collection de memoires relatifs a l'histoire de Belgique", vol. II).

WEISS, Ch., "Papiers d'etat du Cardinal Granvelle", en Documents inedits sur l'histoire de France, t. 44.

BIBLIOGRAFIA

ADAMS, S., "English naval strategy in the 1590s", Después de la Gran Armada: la historia desconocida (1588-16..), Madrid 1993, pp. 57-72.

ALVAREZ DE TOLEDO, L. I., Duquesa de Medina Sidonia, Alonso Pérez de Guzmán, General de la Invencible, Cádiz 1994. 2 vols.

AMEZUA Y MAYO, A. G. de, Isabel de Valois, reina de España (1546-1568), Madrid 1949, 2 vols.

AMSTRONG, A. J., "The golden age of Burgundy", The courts of Europe. Politics, Patronage and royalty, 1400-1800, ed. A. G. DICKENS, London 1979, pp. 55-76.

ANDERSON, M. S., The rise of modern diplomacy, 1450-1919, London 1993.

ANDERSON, P., El Estado absolutista, Madrid 1979.

ARRIETA ALBERDI, J., El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-1707), Zaragoza 1994.

- "Las disputas en torno a la jurisdicción real en Cataluña (1585-1640): de la acumulación a la explosión bélica", Pedralbes, XV, n° 15 (1995), pp. 33-94.

ASCH, R. G. y BIRKE, A. M., eds. Princes, patronage and the nobility: the Court at the beginning of the modern age, c. 1450-1650, Oxford 1991.

ATIENZA HERNANDEZ, I., Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La Casa de Osuna, siglos XV-XIX, Madrid 1987.

AYTON, A. y PRICE, J. L., eds., The medieval military revolution. State, society and military change in medieval and early modern Europe, London 1995.

BAGUENAUT DE PUCHESSE, G., "La politique de Philippe II dans les affaires de France, 1559-1598", Revue des questions historiques, 25 (1879), pp. 5-66.

BALLESTEROS, A., Diplomacia y relaciones internacionales, Madrid 1995 (3ª ed.).

BARADO FONT, F., Don Luis de Requesens y la política española de los Países Bajos, Madrid, 1906.

BARRIOS, F., El Consejo de Estado de la Monarquía española, 1521-1812, Madrid 1984.

- Los reales Consejos. El gobierno central de la Monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII, Madrid 1988.
- BARTHELEMY, E. de, "Catherine de Medicis, le Duc de Guise et le traite de Nemours", Revue de questions historiques, 27 (1880), pp. 465-495.
- BEAN, R., "War and the birth of the Nation State", Journal of Economic History, XXXIII (1971), n° 1, pp. 203-221.
- BELENGUER CEBRIA, E., "La problemática del cambio político en la España de Felipe II: puntualizaciones sobre su cronología", Hispania, n° 146 (1980), pp. 529-576.
- BELL, G. M., "John Man, the last Elizabethan resident ambassador in Spain", Sixteenth Century Journal, VII, 2 (october 1976), pp. 75-93.
- BENIGNO, F., La sombra del rey. Validos y lucha politica en la España del siglo XVII, Madrid 1994.
- BERMEJO CABRERO, J. L., Estudios sobre la administración central española (siglos XVII y XVIII), Madrid 1982.
- BINCHEY, D. A., "An irish ambassador at the spanish Court, 1569-1574", Studies, n° 10 (1921) pp. 353-374; n° 11 (1922) pp. 199-214; n° 12 (1923) pp. 83-105, 461-480; n° 13 (1924) pp. 115-128; n° 14 (1925) pp. 102-119.
- BLACK, J., A military revolution? Military change and european society, 1550-1800, London 1991.
- "A military revolution? A 1660-1792 perspective", The military revolution debate, ed. by C. J. ROGERS, San Francisco 1995, pp. 95-116.
- BLOCKMANS, W. y GENET, J. P. Eds., Visions sur le développement des états européens. Théories et historiographies de l'état moderne, Roma 1993.
- BOBBIO, N., Estado, gobierno, sociedad. Contribución a una teoría general de la política. Barcelona 1987.
- BOUZA ALVAREZ, F. J., Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640): Felipe II, las Cortes de Tomar y la génesis del Portugal Católico. 2 vols. Madrid 1987. Tesis doctoral leída en la UCM.
- "Corte es decepción: Don Juan de Silva, Conde de Portalegre", La Corte de Felipe II, J. MARTINEZ MILLAN, dir. Madrid 1994, pp. 451-502.
- "La Majestad de Felipe II. Construcción del mito real" La Corte de Felipe II, J. MARTINEZ MILLAN, dir. Madrid 1994, pp. 37-72.
- "Portugal en la política flamenca de Felipe II: sal, pimienta y rebelión en los Países Bajos", Hispania, LII/2, num. 181 (1992) pp. 689-702.
- BOYD, M., Cardinal Quiroga, Inquisidor General of Spain, Iowa 1954.
- BOYDEN, J. M., The courtier and the King. Ruy Gómez de Silva, Philip II, and the court of Spain, Berkeley 1995.
- The curve of fortune: Ruy Gómez de Silva and the house of Pastrana, 1516-1573, Tesis doctoral leída en la University of Texas at Austin en 1988.
- BRANDI, K., Carlos V, vida y fortuna de una personalidad y de un Imperio mundial, Madrid 1943.

- BRAUDEL, F, El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, 2 vols. Madrid 1993.
- BRUNNER, O., Estructura interna de Occidente, Madrid 1991.
- Terra e Potere. Milano 1983.
 - "Il problema di una storia sociale europea". Per una nuova storia costituzionale e sociale. Milano 1970, pp. 21-50.
- BUNES IBARRA, M. A. de, La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad, Madrid 1989.
- BUNES IBARRA, M. A. de y E. GARCIA HERNAN, "La muerte de don Sebastián de Portugal y el mundo mediterráneo de finales del siglo XVI", Hispania, LIV/2, num. 187 (1994), pp. 447-465.
- BUSTAMANTE GARCIA, A., "Caminos y palacios. Felipe II entre la capital y el Escorial", Madrid en el contexto de lo hispánico desde la época de los descubrimientos, Madrid 1994, I, pp. 23-29.
- CABANELAS RODRIGUEZ, D., "El problema de Larache en tiempos de Felipe II", Miscelánea de estudios árabes y hebraicos, IX (1960), fasc. 1, pp. 19-5.
- "El Duque de Medina Sidonia y las relaciones entre Marruecos y España en tiempos de Felipe II", Miscelánea de estudios árabes y hebraicos, XXIII (1974), fasc. 1, pp. 7-27.
 - "Pedro Venegas de Córdoba, embajador de Felipe II en Marruecos", Miscelánea de estudios árabes y hebraicos, XXII (1973), fasc. 1, pp. 129-144.
- CANO DE GARDOQUI, J. L., La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del Imperio español (1588-1601), Valladolid 1962.
- CAPELLONI, L., Vite di Andrea Doria, Génova 1863.
- CARCELES DE GEA, B.; ATIENZA HERNANDEZ, I., "El gobierno político de la Monarquía (1577). I, Instituciones y Casa Real", Hernán Cortés y su tiempo, Mérida 1987, pp. 548-557.
- CARLOS MORALES, C. J. de, "El Consejo de Hacienda de Castilla en el reinado de Carlos V (1523-1556)", Anuario de historia del derecho español, n° LIX (1989), pp. 49-159.
- "Grupos de poder en el Consejo de Hacienda de Castilla, 1551-1566", Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 107-136.
 - "El poder de los secretarios reales: Francisco de Eraso", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 107-148.
 - "Ambiciones y comportamiento de los hombres de negocios. El asentista Melchor de Herrera", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 379-416.
 - Política y finanzas en el siglo XVI. El gobierno del erario real y el Consejo de Hacienda de Castilla, 1523-1602, Tesis doctoral en microficha presentada en 1994 en la Universidad Autónoma de Madrid.
 - "Finanzas y relaciones clientelares en la Corte de Felipe II: Juan Fernández de Espinosa, ministro y banquero del rey", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (J. MARTINEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), 1996.

- "La participación en el gobierno a través de la conciencia regia. Fray Diego de Chaves, O. P., confesor de Felipe II" (en prensa).

CHABOD, F., "Algunas cuestiones de terminología: Estado, nación y patria en el lenguaje del siglo XVI", Escritos sobre el Renacimiento, México 1990, pp. 549-576.

CHAMPION, P., Charles IX, la France et le controle de l'Espagne, Paris 1939, 2 vols.

CHAUNU, P., Seville et l'Amerique aux XVI et XVII siecles, Paris 1977.

CHITTOLINI, G., "Il <privato>, il <pubblico>, lo Stato", Origine dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna, G. CHITTOLINI, ed., Bolonia 1994, pp. 553-589.

CIRUJANO MARIN, P., ELORRIAGA PLANES, T., PEREZ GARZON, J. S., Historiografía y Nacionalismo español, 1834-1868. Madrid 1985.

CLAVERO, B., Tantas personas como Estados. Por una antropología política de la historia europea, Madrid 1986.

- Antidora: antropología católica de la economía moderna, Milán 1991.

- Historia del Derecho: Derecho Común, Salamanca 1994.

- "Política de un problema: la revolución burguesa"; B. CLAVERO, P. RUIZ TORRES, F.J. HERNANDEZ MONTALBAN, Estudios sobre la revolución burguesa en España. Madrid 1979, pp. 1-35.

COLAS LATORRE, G. y SALAS AUSENS, J. A., Aragón en el siglo XVI: alteraciones sociales y conflictos políticos, Zaragoza 1982.

COLAS LATORRE, G. y SERRANO MARTIN, E., "La nobleza en España en la Edad Moderna: líneas de estudio a partir de <la sociedad española del siglo XVII> de don Antonio Domínguez Ortiz", Manuscripts, n° 14 (1996), pp. 15-37.

CORDERO TORRES, J. M., El Consejo de Estado, su trayectoria y perspectivas en España, Madrid 1944.

COZZI, G., "Gesuiti e politica sul finire del '500: una mediazione di pace tra Enrico IV, Filippo II e la sede Apostolica proposta dal P. Achille Gagliardi alla repubblica di Venezia", Rivista Storica Italiana, 75 (1963), pp. 477-537.

CROZE, J. de la, Les Guises les Valois et Philippe II, Paris 1866, 2 vols.

DANVILA Y BURGUERO, A., Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo, Madrid 1900.

DAVIES, J. "The Duc de Montmorency, Philipp II and the house of Savoy", English Historical Review, vol. 105, n° 417 (1990), pp. 870-892.

- "Neither politique nor patriot? Henri, Duc the Montmorency and Philipp II", Historical Journal, vol. 34, n° 3 (1991), pp. 539-566.

DEAN, T., "Le corti. Un problema storiografico", Origine dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna, G. CHITTOLINI, ed., Bolonia 1994, pp. 425-447.

DESPUES de la Gran Armada: la historia desconocida (1588-16...), Madrid 1993.

DEWALD, J., The european nobility, 1400-1800, Cambridge 1996.

- DIAZ MEDINA, A., "El gobierno en España de Maximiliano II (1548-1551)", Kaiser Maximilian II: kultur und politik im 16. jahrhundert (her. von F. EDELMAYER und A. KOHLER, Munchen 1992).
- DICKERMAN, E. H., "A neglected phase of the spanish armada: the catholic League's Picard offensive of 1587", Canadian Journal of history, 11 (1988), pp. 19-23.
- DIOS, S. de, El Consejo Real de Castilla, Madrid 1982.
- Fuentes para el estudio del Consejo Real de Castilla, Salamanca 1986.
 - "Sobre la génesis y los caracteres del Estado absolutista en Castilla", Studia Historica, III, n° 3 (1985), pp. 11-46.
 - "El Estado moderno ¿un cadáver historiográfico?", Realidad e imágenes del poder. España a fines de la edad media, A. RUCQUOI coord., Valladolid 1988, pp. 389-408.
 - Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474 y 1530, Madrid 1993.
- DOMINGUEZ AREVALO, T., Conde de Rodezno, Austrias y Albrets ante la incorporación de Navarra a Castilla, Pamplona 1944.
- DOMINGUEZ NAFRIA, J. C., El Real y Supremo Consejo de Guerra, tesis doctoral inédita, leída en 1988 en la Universidad Complutense de Madrid.
- "La Junta de Guerra de Indias", Temas de historia militar: ponencias del II Congreso de Historia Militar (Zaragoza 1988), pp. 80-115.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A., Notas para una periodizacion del reinado de Felipe II, Valladolid 1984.
- La sociedad española en el siglo XVII, Granada 1992 (ed. facs. de la ed. de 1963), 2 vols.
- DOMINGUEZ ORTIZ, A. y VINCENT, B., Historia de los moriscos: vida y tragedia de una minoría, Madrid 1978.
- DURME, M. Van, El Cardenal Granvela (1517-1586): Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II, Barcelona 1957.
- ELIAS, N., La sociedad cortesana, Madrid 1993.
- ELLIOTT, J. H., La Europa dividida, 1559-1598, Madrid 1984.
- La España Imperial, 1476-1716, Barcelona 1965.
- ELTIS, D., The military revolution in sixteenth-century Europe, London 1995.
- ESCUDERO, J. A., Los Secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724), Madrid 1969, 4 vols.
- ESPINO LOPEZ, A., "La historia militar. Entre la renovación y la tradición", Manuscrits, n° 11, enero 1993, pp. 215-242.
- EZQUERRA REVILLA, I. J., "El ascenso de los letrados eclesiásticos: el Presidente del Consejo de Castilla Antonio Mauriño de Pazos", La Corte de Felipe II (dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 271-304).
- "La distribución de la gracia real durante la anexión de Portugal: Rodrigo Vázquez de Arce (1578-1583)", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996.

- FASANO GUARINI, E., "Centro e periferia, accentramento e particolarismi: dicotomia o sostanza degli Stati in età moderna?", Origini dello Stato, a cura di G. CHITTOLINI, Bologna 1994, pp. 147-176.
- FERNANDEZ ALBALADEJO, P., "La transición política y la instauración del absolutismo", Zona Abierta, 30 (enero-marzo 1984), pp. 63-75.
- "Iglesia y configuración del poder en la monarquía católica (siglos XV-XVII). Algunas consideraciones",
 - "Les traditions nationales d'historiographie de l'Etat: l'Espagne", Visions sur le développement des états européens, BLOCKMANS, W. y GENET, J. P. eds., Roma 1993, pp. 219-233.
 - Fragments de Monarquía. Estudios de historia política, Madrid 1992.
- FERNANDEZ ALVAREZ, M., "Valdés y el gobierno de Castilla a mediados del siglo XVI", Simposio Valdés-Sala, Oviedo 1970.
- Tres embajadores de Felipe II en Inglaterra, Madrid 1951.
 - Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos (un intento de cerco a la Monarquía del Rey Católico), Madrid 1951.
 - "El siglo XVI: economía, sociedad, instituciones", t. XIX de la Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid 1989.
- FERNANDEZ COLLADO, A., Gregorio XIII y Felipe II en la Nunciatura de Felipe Segá (1577-1581): aspectos político, jurisdiccional y de reforma, Toledo 1991.
- FERNANDEZ CONTI, S., "El gobierno de los asuntos de la Guerra en Castilla durante el reinado del Emperador Carlos V (1516-1558)", Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 47-106.
- "La nobleza cortesana: don Diego de Cabrera y Bobadilla, III conde de Chinchón", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 229-270.
 - "La profesionalización del gobierno de la guerra: Don Alonso de Vargas", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 417-450.
 - "La Junta Militar de Portugal, 1578-1580", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996.
- FERNANDEZ DURO, C., La conquista de las Azores en 1583, Madrid 1866.
- Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón, utilizamos la ed. de Madrid 1972. 9 vols.
- FERNANDEZ IZQUIERDO, F., La orden militar de Calatrava en el siglo XVI, Madrid 1992.
- FERNANDEZ SANTAMARIA, J. A., El Estado, la guerra y la paz: el pensamiento político español en el Renacimiento, 1516-1559, Madrid 1988.
- Razón de Estado y política en el pensamiento español del Barroco (1595-1640), Madrid 1986.

- FEROS, A., "Lerma y Olivares: la práctica del valimiento en la primera mitad del seiscientos", La España del Conde Duque de Olivares, Valladolid 1990, pp. 195-224,
- FINOT, J., "Le siege de Metz en 1552 et les finances de Charles Quint", Bulletin du Comité des travaux historiques et scientifiques, (1897), pp. 260-270.
- FORADADA, J., "La insurrección de los moriscos en las Alpujarras y el Marqués de Mondéjar", Revista Contemporánea, año VI, t. XX (noviembre-diciembre 1880), pp. 268-272.
- GACHARD, L. P., Don Carlos y Felipe II, El Escorial 1984.
- GALLAGHER, P. y CRUICKSHANK, D. W. eds., God's obvious design: papers for the spanish armada symposium (Sligo, 1988), London 1990.
- GAN GIMENEZ, P., El Consejo Real de Carlos V, Granada 1988.
- "El Consejo Real de Castilla: tablas cronológicas, 1499-1568", Chronica Nova, n° 4-5, 1969
 - "Los Presidentes del Consejo de Castilla, 1500-1560", Chronica Nova, t. 1, 1968.
- GARCIA ARENAL, M., Repertorio bibliográfico de las relaciones entre la península ibérica y el norte de Africa (siglos XV y XVI), Madrid 1989.
- GARCIA GARCIA, B. J., "Orden, seguridad y defensa de la Monarquía: modelos para la organización de una milicia general (1596-1625)", La organización militar en los siglos XV y XVI, Málaga 1993, pp. 209-216.
- Paz, desempeño y reputación en la política exterior del Duque de Lerma (1598-1618), tesis doctoral inédita, leída en la Universidad Complutense de Madrid en 1994.
- GARCIA HERNAN, D., Los Grandes de España en la época de Felipe II: los Duques de Arcos, Madrid 1993.
- La Nobleza en la España Moderna, Madrid 1992.
 - "El estamento nobiliario: los estudios clásicos y el nuevo horizonte historiográfico", Hispania, LIII/2, num. 184 (1993), pp. 497-539.
- GARCIA HERNAN, E., La Armada española en la Monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo, Madrid 1995.
- GARCIA MARIN, J. M., El oficio público en Castilla durante la baja Edad Media, Madrid 1987.
- La burocracia castellana bajo los Austrias, Madrid 1977.
- GARCIA MERCADAL, J. Juan Andrea Doria, Condotiero y Almirante del Emperador Carlos V: 1466-1560, Madrid 1944.
- GARCIA PELAYO, M., "Hacia el surgimiento histórico del Estado Moderno", Idea de la política y otros escritos, Madrid 1983, pp. 109-133.
- GARCIA VERA, M. J. y CASTRILLO LLAMAS, M. C., "Nobleza y poder militar en Castilla a fines de la Edad Media", Medievalia, III (1993), pp. 17-32.
- GARRAD, K., The causes of the second rebellion of the Alpujarras (1568-1571), tesis doctoral inédita, University of Cambridge 1955.

- GERBET, M. C., La Nobleza en la Corona de Castilla. Sus estructuras sociales en Extremadura (1454-1516), Cáceres 1989.
- GIL PUJOL, J., De las alteraciones a la estabilidad. Corona, Fueros y política en el reino de Aragón, 1585-1648, Tesis doctoral en microficha, leída en 1989 en la Universidad de Barcelona.
- GOMEZ-CENTURION JIMENEZ, C., La invencible y la empresa de Inglaterra, Madrid 1988.
- Felipe II, la empresa de Inglaterra y el comercio septentrional (1566-1609), Madrid 1988.
- GONZALEZ, T. Apuntamientos sobre la historia del rey don Felipe II de España por lo tocante a sus relaciones con la Reina Isabel de Inglaterra, desde el año 1558 hasta el año 1576, Madrid 1832.
- GONZALEZ DE LEON, F., "La administración del Conde-Duque de Olivares y la justicia militar en el ejército de Flandes, 1567-1643", Investigaciones históricas: épocas moderna y contemporánea, n° 13 (1993), pp. 107-130.
- "<Doctors of the military discipline>: technical expertise and the paradigm of the spanish soldiers in the early modern period", Sixteenth Century Journal, XXVII/1 (1996), pp. 61-85.
- GONZALEZ DELEITO Y DOMINGO, N., "La evolución histórica de la jurisdicción penal militar en España"
- GONZALEZ LOPEZ, E., La Galicia de los Austrias, La Coruña 1980.
- GONZALEZ NOVALIN, J. L., El Inquisidor General Fernando de Valdés, Oviedo 1971, 2 vols.
- GONZALEZ PALENCIA, A., Don Luis de Zúñiga y Avila, Gentilhombre de Carlos V, Madrid 1932.
- Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II, Madrid 1946, 2 vols.
- GONZALEZ PALENCIA, A. y E. MELE, Vida y obras de Don Diego Hurtado de Mendoza, Madrid 1941-43, 3 vols.
- GOODMAN, D., Poder y penuria. Gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II, Madrid 1990.
- GOUNON-LOUBENS, M. J., Essais sur l'administration de la Castille au XVI siecle, Paris 1860.
- GRACIA RIVAS, M., La "invasión" de Aragón en 1591. Una solución militar a las alteraciones del reino, Zaragoza 1992.
- "La campaña de Bretaña (1590-1598) una amenaza para Inglaterra", Después de la Gran Armada: la historia desconocida, Madrid 1993, pp. 41 a 56.
- "Las lanzas particulares: una contribución de los señores y prebostes a las empresas militares de la Monarquía a finales del siglo XVI", La organización militar en los siglos XVI y XVII, Málaga 1993, pp. 221-226.
- GREENGRASS, M., France in the age of Henri IV. The struggle for stability, London 1984.
- GUARDIA HERRERO, C. de la, "La Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Un estudio social", Investigaciones históricas. Epocas moderna y Contemporánea, 14 (1994), pp. 35-64.

- GUTIERREZ CRUZ, R., La presencia española en el norte de Africa: el sistema de presidios en la época de los Reyes Católicos (1497-1516), Tesis doctoral en microficha, Málaga 1995.
- GUTIERREZ NIETO, J. I., Las comunidades como movimiento antiseñorial: la formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521, Barcelona 1973.
- HALE, J. R., Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620, Madrid 1990.
- HALICZER, S., Los comuneros de Castilla, la forja de una revolución, 1475-1521, Madrid, 1988.
- HEADLEY, J. M., The Emperor and his Chancellor: a study of the imperial chancelley under Gattinara, Cambridge, 1983.
- HENSHALL, N., The Myth of Absolutism. Change and Continuity in Early Modern European Monarchy. London 1992.
- HERNANDO SANCHEZ, C. J., Castilla y Nápoles en el siglo XVI, Valladolid 1994.
- HERRERA ORIA, Felipe II y el Marqués de Santa Cruz en la empresa de Inglaterra, Madrid 1946.
- HERRNLEBEN, S., "Zur korrespondenz kaiser Maximilians II. Mit seinen gesandten in Spanien (1564-1576)", Wiener Beiträge zur Geschichte der Neuzeit (1992) 19, pp. 95-108.
- HESPANHA, A. M., Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político (Portugal, siglo XVII), Madrid 1989.
- Historia das Instituições. Epocas medieval e moderna, Coimbra 1982.
 - Poder e Instituições no antigo regime. Guia de estudo, Lisboa 1992.
 - La gracia del Derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna, Madrid 1993.
 - "A historiografia juridico-institucional e a <morte do Estado>", Anuario de filosofia del derecho, III (1986), pp. 191-227.
- HESS, A. C., The forgotten frontier: a history of the sixteenth-century ibero-african frontier, Chicago 1978.
- HINTZE, O., Historia de las formas políticas, Madrid 1968.
- HOLT, M. P., The Duque de Anjou and the politique struggle during the wars of religion, Cambridge 1986.
- The french wars of religion, Cambridge 1995.
- HSIA, R. Po-chia, Social discipline in the reformation central Europe, 1550-1750, London 1989.
- ISRAEL, J. The Duth republic: its rise, greatness, and fall (1477-1806), Oxford 1995.
- JAGGERS, K., "War and the three faces of power: war making and state making in Europe and the Americas", Comparative political studies, vol. 25, n° (1992), pp. 26-62.

JENSEN, De Lamar, Diplomacy and dogmatism. Bernardino de Mendoza and the french Catholic League, Harvard 1964.

- "Franco-Spanish diplomacy and the Armada", From the Renaissance to the Counter-Reformation: essays in honor of Garrett Mattingly, C. H. CARTER, ed, New York 1965, pp. 205-229.

- "French diplomacy and the wars of religion", Sixteenth century journal, V, 2 (october 1974), pp. 23-46.

- "The spanish Armada: the worst-kept secret in Europe", Sixteenth century journal, XIX, n° 4 (1988), pp. 621-641.

KARTTUNEN, L., Gregoire XIII comme politicien et souverain, Helsinki 1911.

KENISTON, H., Francisco de los Cobos: secretario de Carlos V, Madrid, 1980.

KIERNAN, V. C., "Foreign mercenaries and absolute Monarchy", Past and Present, 11 (1957), pp. 66-86.

KOENIGSBERGER, H. G., La práctica del Imperio, utilizamos la ed. Madrid 1989.

- "El arte de gobierno de Felipe II", Revista de Occidente, n° 107 (1972), pp. 127-159.

LAGOMARSINO, P. D. Court factions and the formulation of spanish policy towards the netherlands (1559-67), Tesis doctoral inédita, leída en 1973 en la University of Cambridge.

LALINDE ABADIA, J., "España y la Monarquía Universal (en torno al concepto de <Estado Moderno>)", Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno, n° 15 (1986), pp. 109-167.

LAMBERT-GORGES, M., "Santiago et la defense de la Mediterranée (notes sur le XVI siècle)", Las Ordenes Militares en el Mediterráneo Occidental (s. XII-XVIII), Madrid 1989, pp. 213-248.

LAPEYRE, H., Las etapas de la política exterior de Felipe II, Valladolid 1973.

- Las Monarquías europeas del siglo XVI. Las relaciones internacionales, Barcelona 1969.

LARIO, D. de, Sobre los orígenes del burócrata moderno: el colegio de San Clemente de Bolonia durante la impermeabilización habsburguesa (1568-1659), Bolonia 1980.

LAURIN-FRENETTE, N., Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa, Madrid 1989.

LEFEVRE, J., Le secretaillerie d'etat et de guerre sous le regime espagnol, Bruxelles 1934.

L'EPENOIS, H. de, "La reconciliation de Henri III et du Duc de Guise d'apres les documents des archives du Vatican, mai-juillet 1588", Revue des questions historiques, 39 (1886), pp. 52-94.

LOADES, D. "Philip II and the government of England", Law and government under the Tudors, ed. C. CROSS, Cambridge 1988, pp. 177-194.

- Mary Tudor. A life, Oxford 1989.

LOOMIE, A. J., The spanish elizabethans: the english exiles at the court of Philip II, New York 1963.

LOVETT, A. W., Philip II and Mateo Vázquez de Leca: the government of Spain, 1572-1592, Geneve 1977.

- "Francisco de Lixalde: a spanish Paymaster in the Netherlands (1567-1577)", Tijdschrift voor Geschiedenis, LXXXIV, 1971, pp. 14 a 23.

- "A new governor for the Netherlands: the appointment of Don Luis de Requesens, Comendador Mayor de Castilla", European Studies Review, n° 2, 1971, pp. 89-103.

- "Some spanish attitudes to the Netherlands (1572-1578)", Tijdschrift voor Geschiedenis, LXXXV, 1973, pp. 17 a 30.

- "The governorship of Don Luis de Requesens, 1573-1576", European Studies Review, II, 1972, pp. 198-199.

- "Philipp II, Antonio Pérez and the Kingdom of Aragón", European History Quarterly, Vol. 18 (1988), pp. 131-153.

LUBLINSKAYA, L., La crisis del siglo XVII y la sociedad del Absolutismo, Barcelona 1979.

LUXAN MELENDEZ, S. de, La revolución de 1640 en Portugal: sus fundamentos sociales y sus caracteres nacionales. El Consejo de Portugal, Madrid 1988.

MALTBY, W. S., El gran Duque de Alba: un siglo de España y de Europa, 1507-1582, Madrid 1985.

MARAÑON, G., Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época), Madrid 1947, 2 vols.

MARAVALL, J. A., Las comunidades de Castilla. una primera revolución moderna, Madrid 1963.

- Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII), Madrid 1986, 2 vols.

- Poder, honor y élites en el siglo XVII, Madrid 1979.

- La oposición política bajo los Austrias, Barcelona 1972.

- "Ejército y Estado en el Renacimiento", Revista de Estudios Políticos, nums. 117-118 (1961), pp. 5-45.

- "Los <hombres del saber> o letrados y la formación de su conciencia estamental", Estudios de historia del pensamiento español, Madrid 1967, pp. 345-380.

MARCH, J. M., El Comendador Mayor de Castilla don Luis de Requesens en el gobierno de Milán, Madrid 1943.

MARTIN, A. L., Henry III and the jesuit politicians, Geneve 1973.

MARTIN, J., "La preparation de l'armada. Gregoire XIII et l'Irlande", Revue d'histoire diplomatique (23), 1909. pp. 161-182.

MARTINEZ MILLAN, J., "Las elites de poder durante el reinado de Carlos V a través de los miembros del Consejo de Inquisición (1516-1558)", Hispania, XLVIII/168 (1988), pp. 103-167.

- "Elites de poder en tiempos de Felipe II (1539-1572)", Hispania, XLIX/171 (1989), p. 111-149.

- "Grupos de poder en la Corte durante el reinado de Felipe II: la facción ebolista: 1554-1573", Instituciones y Elites de Poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 137-198.
- "Un curioso manuscrito: el libro de gobierno del Cardenal Diego de Espinosa (1512?-1572)", Hispania, LIII/1, num. 183 (1993), pp. 299-344.
- "Familia real y grupos políticos: la Princesa doña Juana de Austria (1535-1573)", La Corte de Felipe II, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1994, pp. 73-106.
- "En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de Espinosa", La Corte de Felipe II, J. MARTINEZ MILLAN, ed., Madrid 1994, pp. 189-228.
- "Filosofía cortesana de Alonso de Barros (1587)", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996.
- "Alessandro Farnese, la Corte di Madrid e la Monarquía Cattolica", ponencia mecanografiada presentada a I Farneses: Corti, Guerra e Nobilita in antigo Regime (Piacenza, noviembre 1994, en prensa).
- "Transformación y crisis de la Compañía de Jesús (1578-1594)" (en prensa),
- "Introducción" a la obra de Rafael ALTAMIRA, Felipe II, hombre de Estado (en prensa).

MARTINEZ MILLAN, J. y C. J. CARLOS MORALES, "La administración de la gracia real: los miembros de la Cámara de Castilla (1543-1575)", Instituciones y Elites de Poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 25-46.

- "Conversos y élites de poder en Castilla durante la primera mitad del siglo XVI: Rodrigo de Dueñas, consejero de Hacienda de Carlos V", Las Tres Culturas en la Corona de Castilla y los sefardíes, Valladolid 1990, pp. 149-164.
- "Los orígenes del Consejo de Cruzada (siglo XVI)", Hispania, 179 (1991), pp. 901-932.

MARTINEZ MILLAN, J., FERNANDEZ ALBALADEJO, P. y PINTO CRESPO, V., eds., Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, Madrid 1996.

MATTINGLY, G., La diplomacia del Renacimiento, Madrid 1970.

- The defeat of the spanish armada, London 1959.

McILWAIN, C. H., Constitucionalismo antiguo y moderno, Madrid 1991.

McNEILL, W. H., La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000. d. C., Madrid 1988.

MEDARD, J. F., "Le rapport de clientèle: du phénomène social à l'analyse politique", Revue française de science politique, vol. 26 (1976), n° 1, pp. 103-131.

MERIGGI, M., "Otto Brunner, storico delle istituzioni". Annali dell'Istituto Storico Italo-Germanico de Trento 13 (1987) 97-120.

MERLIN, P., "Il tema della Corte nella storiografia italiana ed europea", Studi Storici, (1986) 1, pp. 203-244.

- MESA, S. de, Jornada de Africa por el rey Don Sebastián y unión del reino de Portugal a la Corona de Castilla, Barcelona 1630.
- MIGNET, F., Antonio Pérez y Felipe II (utilizamos la ed. de Madrid 1983).
- MOLAS RIBALTA, P., "El sistema político de la Monarquía hispánica en el siglo XVI", Jerónimo Zurita, su época y su escuela, Zaragoza 1986, pp. 89-105.
- Consejos y Audiencias durante el reinado de Felipe II, Valladolid 1984.
 - (dir), Historia social de la administración en España. Barcelona 1980.
 - "La Chancillería de Valladolid en el siglo XVIII. Apunte sociológico". Cuadernos de Investigación Histórica 3 (1979), pp. 231-258.
 - "Los colegiales mayores en la Audiencia de Valencia (siglos XVII-XVIII)". Pedralbes 1 (1981), pp. 51-75.
 - "Catalans à l'administració central al segle XVIII". Pedralbes. 8-II (1988), pp. 181-195.
 - "Los magistrados de Carlos III en Valencia". Estudis 14 (1989), 7-34.
 - "Los magistrados de la Ilustración". Estudios dieciochistas. Homenaje al prof. José Caso González. Oviedo 1995, pp. 163-179.
 - "The Impact of Central Institutions". W. REINHARD (ed.), Power Elites and State Building. Oxford 1996, pp. 19-39.
- MONSALVO ANTON, J. M., "Poder político y aparatos de Estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática", Studia historica. Historia medieval, IV, n° 2 (1986), pp. 101-167.
- MORALES MOYA, A., "El estado absoluto de los Reyes Católicos", Hispania, 129 (1975), pp. 75-119.
- MORGAN, V., "Some types of Patronage, mainly in sixteenth and seventeenth century England", Klientelsystemme in Europe der Frühen neuzeit, München 1988, pp. 91-115.
- MOUSNIER, R. y HARTUNG, F., "Quelque problèmes concernant la Monarchie absolue", X Congresso Internazionale di Scienze Storiche. Relazioni. Storia Moderna, Firenze 1950, IV, pp. 1-55.
- MOZZARELLI, C., "Príncipe, Corte e governo tra '500 e '700", Culture et ideologie dans la genèse de l'Etat moderne, Roma 1985, pp. 367-379.
- MURO, G., Vida de la Princesa de Eboli, Madrid 1877.
- MUSI, A., coord., Stato e pubblica amministrazione nell'ancien regime, Napoles 1979.
- NADER, H., "Habsburg ceremony in Spain: the reality of a myth", Historical Reflections (1988) 15(1), pp. 293-309.
- "Noble income in sixteenth-Century Castile; the case of the marquises of Mondejar, 1480-1580", The economic history review, vol. XXIX, n° 1 a 4, (1976), pp. 411-428.
 - Los Mendoza y el Renacimiento español, Guadalajara 1986.
- NIETO SORIA, J. M., Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI), Madrid 1988.

- OCHOA BRUN, M. A., Historia de la diplomacia española. Vol. IV, Madrid 1995.
- OESTREICH, G., "Le origini della storia sociale in Germania". Annali dell'Istituto storico italo-germanico in Trento 2 (1976) 259-336.
- OLESA MUÑO, F., La organización naval de los estados mediterráneos y en especial de España durante los siglos XVI y XVII, Madrid 1968, 2 vols.
- OYA Y OZORES, F. de, Promptuario del Consejo de Guerra, Madrid 1734.
- PAPAGNO, G. y QUONDAM, A. eds., La Corte e lo spazio. Ferrara estense, Roma 1982, 3 vols.
- PARAVICINI, W., "The Court of the Dukes of Burgundy, a model for Europe?", Princes, Patronage and the nobility. The Court at the beginning of the modern age, eds. R. ASCH y A. M. BIRKE, Oxford 1991, pp. 69-101.
- PARKER, G., El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659, Madrid 1976.
- España y la rebelión de Flandes, Madrid 1989.
 - España y los Países Bajos, 1559-1659. Diez estudios, Madrid 1986.
 - "La elaboración de la gran estrategia en la Corte de Felipe II", comunicación fotocopiada presentada al I Seminario de Historia Moderna, La Monarquía y los Virreinos, dir. J. H. ELLIOTT, Santander: UIMP, julio 1991.
 - "Si la armada hubiese desembarcado", España y los Países Bajos..., pp. 184-204.
 - "The <military revolution, 1560-1660>-A myth?", The military revolution debate, ed. by C. J. ROGERS, San Francisco 1995, pp. 37-54.
 - La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800, Barcelona 1990.
 - "In defense of the military revolution", The military revolution debate, ed. by C. J. ROGERS, San Francisco 1995, pp. 337-366.
- PARKER, G. y MARTIN, C., La Gran Armada: 1588, Madrid 1988.
- PELORSON, J. M., Les Letrados juristes castillans sous Philippe III, Le Puy en Velay, 1980.
- PEREZ, J., La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521), Madrid, 1985.
- PEREZ GARZON, J. S., "Ejército nacional y milicia nacional". Zona Abierta 31 (1984) 23-25.
- PEREZ MARCOS, R. M., El poder en Castilla al comienzo del Estado Moderno: imagen y realidad, Madrid 1991.
- PEREZ-MINGUEZ, F., D. Juan de Idiáquez, embajador y consejero de Felipe II, San Sebastián 1934.
- PEREZ PICON, C., "Don Luis Méndez Quixada, Presidente del Real Consejo de Indias", en El Consejo de las Indias en el siglo XVI (D. RAMOS, ed. Valladolid 1970) pp. 89-108.
- PETIT, E., Andre Doria, un amiral condottiere au XVI siecle (1466-1560), Paris 1887.
- PFANDL, L., Juana la Loca: su vida, su tiempo, su culpa, Buenos Aires 1938.

- Felipe II, bosquejo de una vida y de una época, Madrid 1942.

PI CORRALES, M., España y las potencias nórdicas: "la otra invencible", Madrid 1983.

PIERSON, P., Commander of the Armada: the seventh duke of Medina Sidonia, New Haven 1989.

- "A commander for the armada", The mariner's mirror, vol. LV (1969), pp. 383-400.

- Felipe II de España, México 1984.

PIZARRO LLORENTE, H., "El control de la conciencia regia. El confesor real fray Bernardo de Fresneda", La Corte de Felipe II, dir. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 149-188.

- "Las relaciones de patronazgo a través de los inquisidores de Valladolid durante el siglo XVI", Instituciones y Elites de Poder en la Monarquía Hispana durante el siglo XVI, J. MARTINEZ MILLAN, ed. Madrid 1992, pp. 223-262.

- "La visita al reino de Nápoles de 1559: el enfrentamiento entre Gaspar de Quiroga y Juan de Soto", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996, pp. 557-576.

POLLITT, R., "Bureaucracy and the armada", Mariner's Mirror, 60 (1974), pp. 119-132.

PORREÑO, B., Historia del serenísimo señor Don Juan de Austria, Madrid 1899.

PORSHNEV, B., Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII, Madrid 1978.

POSTIGO CASTELLANOS, E., Honor y privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Ordenes y los Caballeros de Habito en el siglo XVII, Valladolid 1988.

QUATREFAGES, R., Los Tercios, Madrid 1983.

- "La elaboración de una nueva tradición militar en la España del siglo XVI", Cuadernos de investigación histórica, n° 4 (1980), pp. 85-103.

- "Le système militaire de l'Espagne en Méditerranée au début des temps modernes", Les cahiers de Montpellier, n° 4 (1981), pp. 1-12.

- "Etat et armée en Espagne au début des temps modernes", Mélanges de la Casa de Velázquez, t. XVII (1981), pp. 85-103.

- "La spécificité militaire espagnole", Pouvoirs et société dans l'Espagne Moderne (hommage à Bartolome Bennassar), Toulouse 1993, pp. 39-54.

- "The military system of the spanish Habsburgs", Armed forces and society in Spain. Past and present, eds. R. BAÑON MARTINEZ y T. M. BARKER, New York 1988, pp. 1-50.

RABASCO VALDES, J. M., "Una etapa del Consejo de Flandes y de Borgoña: del <Ministerio Colateral> a las Ordenanzas de 1588", Anuario de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Granada, n° 6 (1979), pp. 59-81.

- El Real y Supremo Consejo de Flandes y Borgoña (1419-1702), Granada 1980.

- RADY, M., Carlos V, Madrid 1991.
- RAMOS, D. ed., El Consejo de las Indias en el siglo XVI, Valladolid 1970.
- REINHARD, W. (ed.), Power Elites and State Building. Oxford 1996.
- RETAMAL-FAVEREAU, J., Diplomacia anglo-española durante la Contrarreforma, Santiago de Chile, 1981 .
- RIBA GARCIA, C., "El viaje de Felipe II a Portugal (1580-83)", Estudios eruditos in memoriam de Adolfo Bonilla y San Martín, Madrid 1930, II, pp. 178-213.
- RIBAS BENSUJAN, J., Asaltos a Cádiz por los ingleses, siglos XVI, XVII y XVIII, San Fernando 1974.
- RIBOT GARCIA, L. A., "El ejército de los Austrias: aportaciones recientes y nuevas perspectivas", Pedralbes, any III (1983), nº 3, pp. 89-126.
- "Milán, plaza de armas de la Monarquía", Investigaciones históricas, nº 10 (1990), pp. 205-238.
 - "El reclutamiento militar en España a mediados del siglo XVII: la <composición> de las milicias de Castilla", Cuadernos de investigación histórica, nº 9 (1986), pp. 63-89.
 - "Las provincias italianas y la defensa de la Monarquía", Manuscripts, nº 13 (1995), pp. 97-122.
- RIVERO RODRIGUEZ, M., El Consejo de Italia y el gobierno de los dominios italianos de la Monarquía Hispana durante el reinado de Felipe II (1556-1598), Tesis doctoral en microficha, Madrid: Universidad Autónoma, 1991.
- "Felipe II y los <Potentados de Italia>", Bulletin de l'Institut historique Belge de Rome, LXIII (1993), pp. 337-370.
 - "Corte y poderes provinciales: el virrey Colonna y el conflicto con los inquisidores de Sicilia", Cuadernos de historia moderna, nº 14 (1993) pp. 73-101.
 - "El servicio a dos cortes: Marco Antonio Colonna, Almirante Pontificio y vasallo de la Monarquía", La Corte de Felipe II (ed. J. MARTINEZ MILLAN, Madrid 1994, pp. 305-378).
 - "La Liga Santa y la Paz de Italia", Política, religión e Inquisición en la España Moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva, (eds. J. MARTÍNEZ MILLAN, P. FERNANDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO), Madrid 1996.
 - "Guerra y política exterior en los siglos XVI y XVII: de la <conservación> a la <razón de Estado>", ponencia mecanografiada presentada en los cursos de Doctorado del Departamento de Historia Moderna de la UAM en 1996.
- RODRIGUEZ, P. "Gabriel de Zayas. Notas biográficas", Espacio, tiempo y forma, serie IV, 4 (1991), pp. 57-70.
- RODRIGUEZ, P. y RODRIGUEZ, J., Don Francés de Alava y Beamonte: correspondencia inédita de Felipe II con su embajador en París (1564-570), San Sebastián 1991.
- RODRIGUEZ RASO, R., "Cuatro negocios forçados del Emperador", Eidos, 5 (1956).
- Maximiliano y María de Austria, gobernadores de España, 1548-1551: estudio a través de su correspondencia con Carlos V, Madrid 1957.

- RODRIGUEZ-SALGADO, M. J., Un Imperio en transición: Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559, Barcelona 1992.
- "The Court of Philip II of Spain", Princes, patronage and the nobility: the Court at the beginning of the modern age, c. 1450-1650, ASCH, R. G. y BIRKE, A. M., eds. Oxford 1991, pp. 205-244.
- RODRIGUEZ-SALGADO, M. J. y ADAMS, S., "The count of Feria's dispatch to Philipp II of the november 1558", Camden Miscellany, XXVIII, (1984) Camden 4ª serie, vol. 29, pp. 302-334.
- eds., England, Spain and the Gran Armada, 1585-1604, London 1988.
- RODRIGUEZ VILLA, A., Etiquetas de la Casa de Austria, Madrid 1913.
- ROGERS, C. J. ed., The military revolution debate. Readings on the military transformation of early modern Europe, San Francisco 1995.
- ROMAN ROMAN, A. Y., "Origen y evolución de la Secretaría de Estado y de la Secretaría del Despacho", Jahrbuch für geschichte von staat, wirtschaft und gesellschaft lateinamerikas, band 6, Böhlau, 1969, pp. 66-69.
- RUFF, P., La domination espagnole a Oran sous le gouvernement du Comte d'Alcaudete, 1554-1558, Paris 1900.
- SALCEDO RUIZ, A., Un bastardo insigne del Gran Duque de Alba. (el Prior D. Hernando de Toledo), Madrid 1903.
- SALES, N., "La desaparición del soldado gentilhomme", Saitabi, XXI (1971), pp. 41-69.
- SALTILLO, Marqués del, Juan de Vega, embajador de Carlos V en Roma (1543-1547), Madrid 1946.
- SANCHEZ, D. M., El deber de consejo en el Estado Moderno: las juntas "ad hoc" en España (1474-1665), Madrid 1993.
- SANTOS LOPEZ, M., Filosofía y política en la obra de Antonio Pérez, secretario de Felipe II, Madrid 1988.
- SAULNIER, E., Le rôle politique du Cardinal de Bourbon, 1523-1590, Paris 1912.
- SCHÄFER, E., El Consejo Real y Supremo de las Indias: su historia, organización y labor administrativa hasta la terminación de la Casa de Austria, Sevilla 1935-1947, 2 vols.
- "Algunos conflictos de jurisdicción en la administración española durante los siglos XVI y XVII", Investigación y progreso (1932), nums. 7-8, pp. 121-124.
- SCHIERA, P., "Legittimità, disciplina, istituzioni: tre presupposti per la nascita dello Stato Moderno". G. CHITTOLINI, A. MOLHO, P. SCHIERA (coord.), Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna. Bologna 1994, p. 21).
- SCHIERA, P. y ROTELLI, E., Lo Stato Moderno. Bologna 1971, 3 vols.
- SCHILLING, H., "The reformation and the rise of the early modern state", Luther and the modern state in Germany, J. D. TRACY ed., Kirksville 1986, pp. 21-30.
- SCHOKKENBROEK, J. C. A., "The growth of nation; the Netherlands after the spanish armada campaign of 1588", Después de la Gran Armada: la historia desconocida (1588-16..), Madrid 1993, pp 85-94.

- SECO SERRANO, C. "Los comienzos de la privanza de Lerma según los embajadores florentinos", Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CXLIV (1959), pp. 75-101
- SERPA, Francis J., "Hispanic strategic enterprise in the Atlantic: the campaign for the Azores in the sixteenth century", Boletim do Instituto Historico de Ilha Terceira, IXLV, num. 2 (1987), pp. 1365-1382.
- SERRANO, L., La Liga de Lepanto, Madrid 1918, 2 vols.
- SHENNAN, J. H., The origins of the modern European State, 1450-1725, London 1974.
- SKINNER, Q., Los fundamentos del pensamiento político moderno. I: el renacimiento, México 1993.
- SOLE-TURA, J., Capitalismo y revolución burguesa. Madrid 1974.
- STARKEY, D., "Court and Government", Revolution Reassessed. Revisions in the History of Tudor Government and Administration, D. STARKEY and C. COLEMAN (eds.), Oxford 1986, pp. 29-58.
- "Intimacy and innovation: the rise of the Privy Chamber". The English Court from the Wars of the Roses to the Civil War, London 1987, pp. 71-118.
- STRAUKAMP, J. E., Anglo-Spanish relations, 1558-1563, Tesis doctoral, University of London 1966.
- STRAYER, J., Sobre los orígenes medievales del Estado Moderno, Barcelona 1981.
- SUAREZ INCLAN, J., Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Don Felipe II, Madrid 1897-98, 2 vols.
- SUTHERLAND, N. M., The massacre of St. Bartolomew and the european conflict, 1559-1572, Edinburgh 1973.
- "The massacre of St. Bartholomew and the problem of Spain", The massacre of St. Bartholomew. Reappraisals and documents, A. SOMAN, ed., La Haya 1974.
- TALLET, F., War and society in early modern Europe, 1495-1715, London 1992.
- TELLECHEA IDIGORAS, J. I. Fray Bartolomé de Carranza y el Cardenal Pole: un navarro en la restauración católica de Inglaterra (1554-1558), Pamplona 1977.
- THOMPSON, I. A. A., Guerra y decadencia: gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620, Barcelona 1981.
- War and society in Habsburg Spain: selected essays, Aldershot 1992.
- Crown and Cortes. Government, Institutions and representation in early-modern Castile, Aldershot 1993.
- "The Armada and administrative reform: the spanish Council of War in the reign of Philip II", English historical review, vol. 82 (1967) pp. 698-725.
- "The appointment of the duke of Medina Sidonia to the command of the spanish armada", Historical journal, XX (1969), pp. 197-216
- "The Invincible armada", Royal Armada. 400 years, London 1988, pp. 160-179.

- "The spanish armada: naval warfare between the Mediterranean and the Atlantic"; M. J. RODRIGUEZ-SALGADO y S. ADAMS, eds. England, Spain and the Gran Armada, 1585-1604, London 1988, pp. 70-94.

- "Philip II: what if he had won?", War and society..., cap. X.

- "War and institutionalization: the military-administrative bureaucracy of Spain in the sixteenth and seventeenth centuries", ponencia presentada en el Primer Coloquio Internacional de Historia de las Instituciones... (Salamanca 1986), pub. en Crown and Cortes..., cap. III.

- "<Money, money and yet more money!>. Finance, the fiscal state and the military revolution: Spain, 1500-1650", The military revolution debate, ed. by C. J. ROGERS, San Francisco 1995, pp. 273-298.

THOMSON, J. A., Mercenaries, pirates and sovereigns. State building and extraterritorial violence in early modern Europe, Princeton 1994.

TILLY, C., The formation of national states in western Europe, Princeton 1975.

TOMAS Y VALIENTE, F., Los validos en la monarquía española del siglo XVII, Madrid 1982.

TÖRNE, P.O.de, Don Juan d'Autriche et les projets de conquête de l'Angleterre: etude historique sur dix annees du seizieme siecle, 1568-1578, Helsingfors 1915, 2 vols.

- "Philippe II et Henri de Guise, le debut de leurs relations (1578)", Revue historique, 167 (1931), pp. 318-354.

TRACY, J. D., "Luther and the modern state: introduction to a neuralgic theme", Luther and the modern state in Germany, J. D. TRACY ed., Kirksville 1986, pp. 9-19.

TREVOR-ROPER, H., Crisis en Europa (1560-1660), Madrid 1983.

UNGERER, G., La defensa de Antonio Pérez contra los cargos que se le imputaron en el proceso de visita (1584), Zaragoza 1980.

VALENTE, A., "Un dramma politico alla Corte di Filippo II", Nuova rivista Storica, (1924) fasc. III, pp. 264-303; y fasc. IV-V, pp. 416-442.

VERONNE, C. de la, "Política de España, de Marruecos y de los Turcos en los reinos de Fez y Tremecén a mediados del siglo XVI", Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos, 3, (1954), pp. 87-95.

VICENS VIVES, J., "Estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII", Coyuntura económica y reformismo burgués, y otros estudios de historia de España, Barcelona 1969, pp. 99-142.

VILLALBA PEREZ, E., La administración de la justicia penal en Castilla y en la Corte a comienzos del siglo XVII, Madrid 1993.

VOCI, A. M., "L'impresa d'Inghilterra nei dispacci del nunzio a Madrid Nicolo Ormaneto (1572-1577)", Annuario dell'Istituto Storico Italiano per l'Eta Moderna e Contemporanea, 35-36 (1983-1984), pp. 337-425.

WATSON, A., "European international society and its expansion", The expansion of international society, H. BULL y A. WATSON, eds., London 1984, pp. 13-32.

WEBER, M., Economía y sociedad. México 1979.

WELTMAN, J. J., World politics and the evolution of war, Baltimore 1995.

WERNAHM, R. B., Before the Armada: the growth of english foreign policy, 1485-1588, London 1966.

- After the Armada: Elizabethan England and the struggle for western Europe, 1588-1595, Oxford 1984.

- The return of the Armadas. The last years of the Elizabethan War against Spain, 1595-1603, Oxford 1994.

WILLIAMS, Patrick., "Philipp III and the restoration of spanish government, 1598-1603", English historical review (1973) pp. 751-769.

- The court and councils of Philip III of Spain, tesis doctoral inédita, University of London 1973.

- "La política interior: el reinado de Felipe III", Historia de España, dir. SUAREZ FERNANDEZ), III, pp. 419-442.

WILLIAMS, Penry, The later Tudors. England 1547-1603, Oxford 1995.

WILSON, C., Queen Elizabeth and the revolt of the Netherlands, The Hague 1979.

WOLFE, M., The conversion of Henri IV. Politics, power and religious belief in early modern France, Harvard 1993.

ZELLER, J. W., Le siege de Metz par Charles Quint, Nancy 1943.

INDICE ONOMASTICO

* Se recogen únicamente los nombres de personajes históricos, a excepción de los términos **Carlos V**, **Felipe II** y **Felipe III**.

* Un número de página resaltado en negrita indica la existencia de datos biográficos sobre el personaje en cuestión.

- ACEVEDO, Diego de, 79,80
 ACUÑA VELA, Juan de, **284**,319
 AFAN DE RIBERA, Pedro (I Duque de Alcalá), 60,62
 AGUILA, Juan del, 289
 AGUILAR, Marqués de, II (cf. Fernández Manrique, Luis)
 AGUILAR, Marqués de, IV (cf. Fernández Manrique, Luis)
 ALAVA, Francés de, 124,136,137,139,140,151, 153,155,156,160,164,165,167,205,234, 236,238,240,244,247,248,251,254,256 317,319
 ALBA, Duque de, III (cf. Alvarez de Toledo y Pimentel, Fernando)
 ALBA, Duque de, IV (cf. Alvarez de Toledo, Fadrique)
 ALBA, Duque de, V (cf. Álvarez de Toledo, Antonio)
 ALBA DE LISTE, Conde de, IV (cf. Enríquez de Guzmán, Enrique)
 ALBERTO DE AUSTRIA (Archiduque), 136,137 185,249,280 a 282,289,291,294,295
 ALBRET, Juana, 72
 ALBURQUERQUE, Duque de, V (cf. Cueva, Gabriel de la)
 ALCACOBIA, Pedro de, 238,239
 ALCALA, Duque de, I (cf. Afán de Ribera, Pedro)
 ALCAUDETE, Conde de, I (cf. Córdoba y Velasco, Martín de)
 ALESSANDRINO (Cardenal), 144
 ALMAGUER, Francisco de, 33,44,49,336
 ALMAZAN, Marqués de, I (cf. Hurtado de Mendoza, Francisco)
 ALMIRANTE DE CASTILLA, VI (cf. Enríquez, Luis)
 ALMIRANTE DE CASTILLA, VII (cf. Enríquez de Cabrera, Luis)
 ALVA, Andrés de, 132,250,255,256,**266**, 267,271 273,278
 ALVAREZ, Agustín, 246,287
 ALVAREZ DE TOLEDO, Antonio (V Duque de Alba), 265
 ALVAREZ DE TOLEDO, García, 48,**49**,50,53, 56,71 a 73,79,81,84,93,105,108, 110,111
 ALVAREZ DE TOLEDO, Fadrique (IV Duque de Alba), 24,221,278
 ALVAREZ DE TOLEDO Y PIMENTEL, Fernando (III Duque de Alba),**24**,27,29,32,34,35 37,39,40,44,45,47,49,54,55,56,59,60 61,62,64,69,76,89,91 a 95, 97 a 102 104, 105,107,109 a 116,120,121,123 a 126,132,134,135,137 a 142,144,146, 148,150 a 153,159,162,165,167, 169,170,173 a 175,177,178,180, 185,187 a 189,191, 195 a 197, 202, 203,205,206,208,211,212,217 a 222, 234,236,238,239,241,264,269,281, 307,309 a 311,313,314,316,317
 ANA DE AUSTRIA (4ª esposa de Felipe II), 121, 185
 ANDREA DORIA, Juan, 163,164,248
 ANJOU, Duque de, 204,205,212,235,243
 ARAGON, Carlos de (Duque de Terranova), 208
 AUBESPINE, Sebastián de l', 91,95,105
 AUÑON, Marqués de (cf. Herrera, Melchor de)
 AVELLANEDA, Lope de, 219
 AVILA, Luis de (Marqués de Mirabel), 59,60, 61,93,97,102,106,112,113,125,153
 AYALA, Diego de, 49,50,73
 AYALA, Juan de, 132,**136**,153,154,160,165,168 229,230,234,244
 AYALA (licenciado), 267
 AYAMONTE, Marqués de, 186,200 a 202
 AYLLON, Francisco de, 267
 BAEZA, Alonso de, 33
 BAPTISTA DE TASSIS, Juan, 277
 BARAHONA, Ambrosio (regente), 105
 BARAJAS, Conde de, I (cf. Zapata de Cisneros, Francisco)
 BARRIENTOS, Luis de, 268
 BATISTA DE LANUZA, Martín (regente), 288
 BAZAN, Alvaro de (Señor de El Viso), 32,34, 35,40,329
 BAZAN, Alvaro de (Marqués de Santa Cruz), 162,238,239,243,255,272,302
 BOCANEGRA DE BEAMONTE, Luis, 129
 BOLEA (Vicecanciller), 332,333
 BORBON, Antonio de (Duque de Vendome), 72
 BORJA, Juan de, 126, 208
 BORROMEO (cardenal), 186
 BOTELLO MALDONADO (licenciado), 163
 BRAGANZA, Duques de, 217,219
 BRIVIESCA DE MUÑATONES, Juan, 65,80
 CABRERA Y BOBADILLA, Diego de (III Conde de Chinchón), 172,223,235,242,249,256 258 a 260,264,281,282,333
 CABRERA Y BOBADILLA, Pedro de (II Conde de Chinchón), 47,59,61,80,116,149,150, 156,160,161,163,167,168,172 a 175, 178,182,185,193,194,196,206,308,309 333
 CABRETA (capitán), 167
 CAMPI, Joan (regente), 270
 CAÑETE, Marqués de, II (cf. Hurtado de Mendoza, Andrés)
 CARDENAS, Bernardino de (II Duque de Maqueda), 35
 CARDONA, Juan de, 268,**269**,270,274,284, 287,288,320
 CARLOS IX (Rey de Francia), 100,139
 CARLOS X (Rey de Francia), 276,277
 CARLOS DE AUSTRIA (hijo de Felipe II), 37,43,49,78,79,94,96,106 a 113,124,

- 282,306
- CARRANZA, Bartolomé de (Arzobispo de Toledo), 62,66,71,78 a 81,83,93,95, 97,195 306
- CARVAJAL, Luis de, 40,329
- CASTEL RODRIGO, Marqués de (cf. Moura, Cristóbal de)
- CASTILLO, fray Hernando del, 225
- CASTRO (licenciado), 163,164
- CATALINA DE AUSTRIA (Reina de Portugal, hermana de Carlos V), 72
- CATALINA DE MEDICIS (Reina de Francia), 100,101,108,120,139,140,204,205,275
- CATALINA MICAELA (hija de Felipe II), 253
- CAVALLI, Segismundo (embajador veneciano) 120,122,125,137
- CERDA Y SILVA, Juan de la (IV Duque de Medinaceli), 47,104,111,112,124,125, 135,136,149,154,170,173 a 175,311
- CESAR, Luis, 238,239
- CHALONER, Thomas (embajador inglés), 105,110,155
- CHAVES, fray Diego de, 222,225,234,236,240 243,264,270,278
- CHINCHON, Conde de, II (cf. Cabrera y Bobadilla, Pedro de)
- CHINCHON, Conde de, III (cf. Cabrera y Bobadilla, Diego de)
- CIFUENTES, Conde de, IV (cf. Silva, Fernando de)
- CLEMENTE VIII (Papa), 277,289,290,293,294
- COBHAM, Henry, 141,187,189
- COBOS, Francisco de los, 21 a 26,30,33,44, 54,58,88,105,157,305,312
- COLONNA, Juan, 332
- COLONNA, Marco Antonio, 107,145
- COMALONGA, Joan de, 26
- CORDOBA, Diego de, 42
- CORDOBA, Sancho de, 129
- CORDOBA Y VELASCO, Martín de (I Conde de Alcaudete), 63,73,77,78,83
- CORELLA, Jerónimo (regente), 270
- CORTES, Marqués de, I (cf. Navarra, Pedro de)
- COVARRUBIAS Y LEYVA, Diego de, 149,154,172, 173 a 175,185,188,202,306
- CROY, Carlos Felipe de (Marqués de Havre), 192,193
- CUEVA, Antonio de la (I Marqués de Ladrada), 121
- CUEVA, Gabriel de la (V Duque de Alburquerque), 115,116,121
- CUEVA, Juan de la (alférez), 329
- DAVILA, Sancho, 104,179,193
- DAVILA Y TOLEDO, Gómez (II Marqués de Velada), 281,282
- DELGADILLO, Hernando, 132
- DELGADO, Agustín, 133,246,251,255,256
- DELGADO, Juan, 103,127,128,131,132,133 a 136,149,150,152 a 168,177,183,189, 191,210,218,226,229,230,234 a 241, 244 a 248,250,251,255,266,267,304 308, 314,316 320 a 324,327,328,331 a 333,336,337
- DENIA, Marqués de (cf. Gómez de Sandoval y Rojas, Francisco)
- DEZA, Pedro, 130
- DIEGO DE AUSTRIA (hijo de Felipe II), 241
- DONA, Leonardo (embajador veneciano), 136,145
- DORIA, Andrea (Príncipe de Melfi), 40,59,60, 61,83,104
- DORIA, Juan Andrea,
- DORMER, Jane, 60
- DRAKE, Francis, 253,271,292
- DUARTE, Francisco, 39,74,255
- EBOLI, Princesa de (cf. Mendoza y de la Cerda, Ana de)
- EBOLI, Príncipe de (cf. Gómez de Silva, Ruy)
- EBRARD, Jean (señor de Saint Sulpice, embajador francés), 101,108,109
- EGUINO, Antonio de, 74
- ENRIQUE I (Rey de Portugal), 217,218
- ENRIQUE II (Rey de Francia), 57,76, 84,85,100
- ENRIQUE III (Rey de Francia), 204 a 206,253 261,275 a 277
- ENRIQUE IV (Rey de Francia), 243,276, 277,288 a 294
- ENRIQUEZ, Fadrique, 65
- ENRIQUEZ, Luis (VI Almirante de Castilla), 51
- ENRIQUEZ DE ACEVEDO, Pedro de (Conde de Fuentes), 289,291
- ENRIQUEZ DE CABRERA, Luis (VII Almirante de Castilla)
- ENRIQUEZ DE GUZMAN, Enrique (IV Conde de Alba de Liste), 92
- ERASO, Antonio de, 134,148,152,235,237,239, 240,245 a 247,250 a 252,255,263,266, 267,321
- ERASO, Francisco de, 21,26,27,32,39,40,43 a 47,51,52,54 a 57,59,60,63,69,70, 82,85,87 a 91,93,99,100,102,103,106 107,108,114,115,124,127,132,157, 237,251 252,255,256,313,322,326,336
- ERNESTO DE AUSTRIA (Archiduque), 106,207, 280,288
- ESCOBEDO, Juan de, 177,187,190,194,195,199, 200,213,224
- ESPINOSA, Diego de (cardenal), 109,112,113, 116,118 a 134,136 a 148,150,152,153, 157,158,161,164,168,170,172,222,232 307,313,314, 322,326,336,337
- FAJARDO, Luis (II Marqués de Los Vélez), 50,129,130,185
- FAJARDO, Pedro (III Marqués de Los Vélez) 149,162,165,167,177,185,188,192, 194,195,197,200,202,203,206,207,208 210, 211, 217 a 222,310
- FARNESIO, Alejandro (Príncipe de Parma), 116,208,211,243,262,266,276,277,288
- FERIA, Duque de, I (cf. Suárez de Figueroa, Gómez)
- FERIA, Duque de, II (cf. Suárez de Figueroa, Lorenzo)
- FERNANDEZ DE CORDOBA, Antonio (V Duque de Sessa),
- FERNANDEZ DE CORDOBA, Gonzalo (III Duque de Sessa), 91,92,125,127,128,129,135 136,149,162,174,212,222,315,317
- FERNANDEZ DE ESPINOSA, Juan, 163,230, 248,270
- FERNANDEZ MANRIQUE, García (Conde de Osorno), 25

- FERNANDEZ MANRIQUE, Luis (II Marqués de Aguilar), 20
- FERNANDEZ MANRIQUE, Luis (IV Marqués de Aguilar), 149,151,159 a 163,165,166, 172,174,178,182,185,188,192 a 194, 197,202,203,225,230,234,236,243,244, 246,248,251,254,256,303,310,318
- FERNANDO I (Emperador), 37,63
- FERNANDO DE AUSTRIA (Archiduque), 207,211
- FIGUEROA, Juan de, 63,84
- FIGUEROA, Juan de (regente), 41,46,59,62, 64,67,80 a 84,87,94,98,103,106,108, 110,116,131,315,326
- FIGUEROA, Lope de, 256
- FONSECA, Antonio de, 44,47,48,49,53,66, 71,72, 83
- FORTEZA, Mateo, 332
- FOURQUEVAUX, Señor de (cf. Rouer, Raymond de)
- FRANCAVILLA, Duque de (cf. Hurtado de Mendoza, Diego)
- FRANCISCO II (Rey de Francia), 98,100
- FRATIN (ingeniero), 127,165
- FRESNEDA, fray Bernardo de, 81,92,97,107, 112 a 114,124,125,141,144
- FUENMAYOR (licenciado), 105,160,168,225
- FUENSALIDA, IV Conde de (cf. López de Ayala, Pedro)
- FUENTES, Conde de (cf. Enríquez de Acevedo, Pedro de)
- GALLO (doctor), 112,113
- GAMBOA, (licenciado), 163,164
- GARCIA DE TOLEDO, Alvar, 165
- GARNICA, Francisco de, 126,158,159 a 164 166,167,214,223,229,230,246 a 248 255,336
- GASCA DE SALAZAR (licenciado), 237,239,246 247,248,270
- GASSOL, Jerónimo, 278,282,338
- GATE, Señor de, 208
- GATTINARA, Mercurino, 21,22
- GAZTELU, Martín de, 57,174
- GIRON, Hernando de, 27,39
- GOMEZ DE SANDOVAL Y ROJAS, Francisco (Marqués de Denia y I Duque de Lerma) 294 a 297
- GOMEZ DE SILVA, Ruy (Príncipe de Eboli y Conde de Melito), 24,26,27,28,29,34, 39,40, 42 a 47,49,50 a 52,54 a 57,59, 60 a 87 a 103,106 a 114,116, 122 a 125,127,128,132,134 a 136 138 a 142,144 a 146,148,149,155 161,171,251,306,313
- GONZAGA, Ferrante (Príncipe de Molfetta), 59,60,61
- GONZAGA, Vespasiano (príncipe de Sabioneda y Duque de Trayeto), 146,153,165,177 318,319,331
- GRACIAN, Antonio, 123,128,133,134,148 a 150,165,170,183,308,309
- GRACIAN Y ALDERETE, Diego, 133
- GRANADA VENEGAS, Alonso de, 129
- GRANVELA, Antonio Perrenot, 42,50 a 52,56 59,60,62 a 64,72,73,81,82,88,91 92, 94 a 98,100,101,106,107,138,143 a 145,187,226 a 230,232, 235,236,241, 243,249, 253,264,307,308 314
- GREGORIO XIII (Papa), 146,149,172,188 a 190,203,204
- GUEVARA, Antonio de, 266
- GUEVARA, Josep de, 333
- GUEVARA, Juan de, 267
- GUILLAMAR, Francisco, 129
- GUISA, Duque de, 205,243,275
- GUTIERREZ DE CUELLAR, Francisco, 167
- GUZMAN, Enrique de (II Conde de Olivares), 308
- HAVRE, Marqués del (cf. Croy, Carlos Felipe de)
- HAWKINS, John, 292
- HERNANDEZ DE LIEVANA, Francisco, 225,228
- HERRERA, Melchor de (Marqués de Auñón), 223
- HONORATO JUAN, 49
- HOPPERUS, Joachim, 177 a 181,191 a 194,196, 197
- HOYO, Pedro del, 33,47,55,84,86,133
- HURTADO DE MENDOZA, Andrés (II Marqués de Cañete), 53,306
- HURTADO DE MENDOZA, Diego (hermano del II Marqués de Mondéjar), 26,130
- HURTADO DE MENDOZA, Diego (Príncipe de Melito y Duque de Francavilla), 28,43,53,62,65,66,85,91,92,95,97 108,110,112,125,135,151,161,165,171, 173 a 175,188
- HURTADO DE MENDOZA, Francisco (I Marqués de Almazán y IV Conde de Monteagudo) 149,165,203,206,210,211,212,222, 225,260,261,264,269,272,274,278 310,317
- HURTADO DE MENDOZA, Luis (II Marqués de Mondéjar), 26,27,30,32 a 35,37,39 40,41,43,48,49,51,53,54,56,60,66,68 71 a 75,77,78,83,88,91,93,95,97, 105,108,110,305
- IBARRA, Diego de, 277
- IBARRA, Esteban de, 114,255,278,279,286
- IBARRA, Francisco de, 114,115,116,126 132,135,136,146,151 a 153,155,156 160 a 165, 167,229,230,234,278,317, 318,319
- IBARRA, Juan de, 287
- IBARRA, Pedro de, 114
- IDIAQUEZ, Alonso de, 25,27,229
- IDIAQUEZ, Francisco de, 228,263,314
- IDIAQUEZ, Juan de, 226 a 229,230,234 a 236, 241 a 256,258,260,263,265 a 268,270 a 274,276,279,281 a 284,286,288,308 311,312,314,319,320,323,333
- IDIAQUEZ, Martín de, 263,282,314
- IRABIEN, Antonio de, 267
- ISABEL I Tudor (Reina de Inglaterra), 140 141,142,148,169,187,188,189,197 205,208,209,212,243,253,254,276 291,292
- ISABEL CLARA EUGENIA (hija de Felipe II), 277,280,294
- ISABEL DE PORTUGAL (Emperatriz) 22,23,28,35
- ISABEL DE VALOIS (3ª esposa de Felipe II), 60,91,92,94,96,98,106
- ISUNZA, Juan de, 238,266
- JIMENEZ ORTIZ, Agustín, 165,250,254,255,268 285,286,326
- JUAN III (Rey de Portugal), 31,72
- JUAN DE AUSTRIA, 96,111,112,116,124,125 127,129,132,135,136,141,145,149,160

- 162,166,167,169,171,174 a 177,181
184 a 187,189 a 215,222 a 224,226
232,266,304
- JUANA DE AUSTRIA (hija de Carlos V), 37,46
a 55,57,58,60,62 a 72,74 a 80 82,83,
85,89,96,110,114,216,305
- JUANA I (Reina de Castilla), 52,71
- KEVENMÜLLER, (embajador imperial), 207,211
- LADRADA, Marqués de, I (cf. Cueva, Antonio
de la)
- LAGUNA, Pablo de, 259,287
- LASSO, Pero, 31
- LEDESMA, Francisco de, 24,27,34,37,41,49,
51,60,83,86,103,132,321,332
- LEIVA, Alonso de, 272
- LEIVA, Sancho de, 320
- LEMONS, Conde de (cf. Ruiz de Castro,
Fernando)
- LERMA, I Duque de (cf. Gómez de Sandoval y
Rojas, Francisco)
- LOAYSA Y GIRON, García de (Arzobispo de
Toledo), 295
- LOAYSA Y GUZMAN, García de, 25
- LONGLEE, M. de (cf. Segusson, Pierre de)
- LOPEZ, Baltasar, 242
- LOPEZ, Diego, 238
- LOPEZ DAVALOS, Ruy, 136
- LOPEZ DE GAMEZ, Diego, 267
- LOPEZ DE AYALA, Pedro (IV Conde de
Fuensalida), 281,282
- LOPEZ DE MENDOZA, Iñigo (III Marqués de
Mondéjar y IV Conde de Tendilla),
74,94,95,128,129,187,330
- LOPEZ DE PADILLA, Gutierre, 35,45,47,59,61,
62,64,67,69,70,72,73,74,76,77,79,80,
82,84,85,93,95,96,97,102,105
- LOPEZ DEL CAMPO, Fernán, 68
- LORENA, Cardenal de, 91,205,275
- MALDONADO, Diego, 204
- MAN, John (embajador inglés), 140
- MANRIQUE, Antonio (II Duque de Nájera), 331
- MANRIQUE DE LARA, Juan, 40,59,60,62 a
65,92,93,95,97,98,101,105,106,112 a
114,124,137,284
- MAQUEDA, Duque de, II (cf. Cárdenas,
Bernardino de)
- MARGARITA DE PARMA (hija de Carlos V), 100
112
- MARIA I Tudor (Reina de Inglaterra, 2ª
esposa de Felipe II), 45,56
- MARIA DE AUSTRIA (hija de Carlos V), 25,29
a 33 35 a 39,106,136,280
- MARIA DE HUNGRIA (hermana de Carlos V), 40,
57,59,65,80
- MARIA DE PORTUGAL (hija de Manuel de
Portugal y Leonor de Austria), 45
- MARIA ESTUARDO (Reina de Escocia), 107,142,
190
- MARTINEZ DE ONDARZA, Andrés, 23,321
- MARTINEZ SILICEO, Juan (Arzobispo de
Toledo), 50,54,66,67,306
- MATIAS DE AUSTRIA (Archiduque), 206,207,210
211
- MAURICIO DE SAJONIA, 40
- MAXIMILIANO II (Emperador), 25,29 a 33,35 a
39,106,136,280,336
- MAY, Micer (Vicecanciller), 30
- MAZUELO, Julián de, 88
- MEDINA SIDONIA, Duque de, VII (cf. Pérez de
Guzmán, Alonso)
- MEDINACELI, Duque de, IV (cf. Cerda y
Silva, Juan de la)
- MELFI, Príncipe de (cf. Doria, Andrea)
- MELITO, Conde de (cf. Gómez de Silva, Ruy)
- MELITO, Príncipe de (cf. Hurtado de
Mendoza, Diego)
- MENCHACA, Francisco de, 39
- MENDOZA, Antonio de, 26
- MENDOZA, Bernardino de (embajador en
Londres y en París), 104,209,243,253
- MENDOZA, Bernardino de (hermano del II
Marqués de Mondéjar), 26,25,39,59,60
a 64,69,73,78,95
- MENDOZA, Catalina de (esposa del II Marqués
de Mondéjar)
- MENDOZA, Iñigo de, 277
- MENDOZA, Juan de (hijo de Bernardino de
Mendoza, sobrino del II Marqués de
Mondéjar), 95
- MENDOZA, Juan de, 71
- MENDOZA Y DE LA CERDA, Ana de (Princesa de
Eboli), 28,43,62,96,125,198,222,225,
228,237
- MENENDEZ DE AVILES, Pero, 155,157,173 a 176
318,319
- MEXIA, Agustín, 279
- MIRABEL, Marqués de (cf. Avila, Luis de)
- MOLFETTA, Príncipe de (cf. Gonzaga,
Ferrante)
- MOLINA (licenciado), 225
- MONDEJAR, Marqués de, II (cf. Hurtado de
Mendoza, Luis)
- MONDEJAR, Marqués de, III (cf. López de
Mendoza, Iñigo)
- MONDRAGON, Cristóbal de, 182
- MONTEAGUDO, Conde de, IV (cf. Hurtado de
Mendoza, Francisco)
- MONTMORENCY, Duque de, 243,276
- MORALES (licenciado), 131
- MOURA, Cristóbal de (Marqués de Castel
Rodrigo), 216 a 220,227,229,235,238
a 241,249,258,260,264 a 266,268,269
a 274,276,281 a 284,288,295,307,311
- MOURA, Miguel de, 239
- NAJERA, Duque de, II (cf. Manrique,
Antonio)
- NASSAU, Guillermo de (Príncipe de
Orange), 107,169,177,189,194,200,206
210,212
- NAVARRA, Pedro de (I Marqués de Cortes),
35,48,49,50,66,71,81
- NIÑO DE GUEVARA, Fernando, 30 a 32,35 a 37,
39,41,44
- NORFOLK, Duque de, 142
- NUÑEZ, Ramiro, 207
- NUÑEZ DE ILLESCAS, Juan, 238,239,240
- OCHOA, Hernando de, 157,158
- OLAEGUI, Juan de, 181
- OLIVARES, Conde de, II (cf. Guzmán,
Enrique)
- OÑATE, Francisco, 267
- ORANGE, Príncipe de (cf. Nassau, Guillermo
de)
- ORMANETO, Nicolás (nuncio), 188
- OSORNO, Conde de (cf. Fernández Manrique,
García)

- OSUNA, Duque de, II (Téllez Girón, Juan)
 OTALORA, Sancho Lope de, 48,80,163
 OVANDO, Juan de, 160,163,227
 PADILLA, Antonio de, 225,227,311
 PADILLA, Martín de (I Conde de Santa Gadea), 289,330
 PADILLA, Pedro de, 284
 PALOMINO, Pedro, 237
 PAREDES, Fernando de, 267,287
 PARMA, Príncipe de (cf. Farnesio, Alejandro)
 PAULO IV (Papa), 64 a 66
 PAZ, Sancho de, 74
 PAZOS, Antonio Mauriño de, 154,225,306,328
 PEREZ, Antonio, 111,113,114,119,120,122,123, 124,125,127,128,130,135,143 a 146, 148 a 152,155,159 a 163,167,171 a 174,176,177,184 a 191,195 a 200,202 a 205,207,208,210 a 229,245,278 304,307,309,310,313,314,316
 PEREZ, Gonzalo, 24,29,41,44,47,56,58,88,93 a 95,99,103,107,109,111,112,113,123, 146,313
 PEREZ, Juan, 223
 PEREZ, Ruy, 135,155
 PEREZ DE GUZMAN, Alonso (VII Duque de Medina Sidonia), 162,163,218,238, 272 302
 PIETRAPRECIA, Príncipe de (cf. Zúñiga y Requesens, Juan de)
 PIMENTEL, Juan
 PIMENTEL Y ENRIQUEZ, Bernardino de (I Marqués de Távara), 30,31,34,37
 PIO IV (Papa), 95,108
 PIO V (Papa), 142,143,146
 PLIEGO, Conde de, 317
 POLO, Lorenzo (regente), 105
 PONCE DE LEON, Andrés, 149,161,166,171,172, 173,175,178,182,185,304
 PORTALEGRE, Conde de (cf. Silva, Juan de)
 PORTILLO, Juan de, 131,267
 POZA, Marqués de (cf. Rojas, Francisco de)
 PRADA, Andrés de, 255,256,266,267,270 a 272 285 a 288,338
 PRIULI, Lorenzo (embajador veneciano), 149 153,154
 QUIJADA, Luis, 57,111,112,113,124,129
 QUIROGA, Gaspar de (Arzobispo de Toledo) 144,149,172 a 175,178,180 a 182,185 187 a 189,192 a 197,202,203,210 a 212,217,221,222,225,234,243,260 264,265,272,273,281,293,306,310,316
 RASSENGHIEN, Barón de, 193,194
 REQUESENS, Luis de, 111,125,127,130,131,135 136,170 a 175,179 a 185,188,189,192 242,263,269,317,335
 RIBADENEIRA (licenciado), 165
 RIDOLFI, Roberto, 141,142,188
 ROBLES, Gaspar de (Barón de Villy), 212
 RODA, Jerónimo de, 193
 RODOLFO II (Emperador), 107,203,204,206,207 293,294
 ROJAS, Antonio de, 43,48,49,50,67,72
 ROJAS, Francisco de (Marqués de Poza)
 ROUER, Raymond de (Señor de Fourquevaux, embajador francés), 110,115,116,120, 124,125,128,130,138 a 140
 RUIZ DE CASTRO, Fernando (Conde de Lemos y Marqués de Sarria), 50,79
 SABIONEDA, Príncipe de (cf. Gonzaga, Vespasiano)
 SABOYA, Duque de, Carlos Manuel, 253,292
 SABOYA, Duque de, Manuel Filiberto, 59,116
 SAINT SULPICE, Señor de (cf. Ebrard, Jean)
 SALABLANCA, Francisco de, 129,255
 SALAZAR, (alcalde), 104,131,132,154,160,164 326,327
 SALAZAR, Tomás, 226
 SANTA CRUZ, Marqués de (cf. Bazán, Alvaro de)
 SANTA GADEA, Conde de, I (cf. Padilla, Martín de)
 SANTILLAN (licenciado), 163,164,247,248
 SANTOYO, Sebastián, 218
 SARAIVA, Pedro de, 267
 SARMIENTO, Juan, 53
 SARMIENTO, Luis de (embajador en Portugal), 46,53
 SARRIA, Marqués de (cf. Ruiz de Castro, Fernando)
 SEBASTIAN I (Rey de Portugal), 72,167, 197,209,214 a 219
 SEGUSSON, Pierre de (M. de Longlee, embajador francés), 249
 SELLES, Señor de, 204,210
 SESSA, Duque de, III (cf. Fernández de Córdoba, Gonzalo)
 SESSA, Duque de, V (cf. Fernández de Córdoba, Antonio)
 SILVA, Fernando de (IV Conde de Cifuentes) 25
 SILVA, Francisca de (hija del II Marqués de los Vélez), 50
 SILVA, Gómez de, 265
 SILVA, Juan de (Conde de Portalegre), 225,264
 SIXTO V (Papa), 277
 SMITH, John, 188,189
 SORANZO, Giovanni, 99
 SOTO, Juan de, 132
 SOTOMAYOR, Alonso de, 213 a 215,224
 SPES, Guerau de, 140 a 142
 STUCKLEY, Tomas, 141,197
 SUAREZ DE FIGUEROA, Gómez (V Conde y I Duque de Feria), 49,59,60 a 63,91,92,93,95 a 98,101,106,112 a 114,122,124,125,134 a 136,140 a 142,144,145
 SUAREZ DE FIGUEROA, Lorenzo (II Duque de Feria), 277,288,289,290
 TAVARA, Marqués de, I (cf. Pimentel y Enriquez, Bernardino de)
 TAVERA, Juan (Arzobispo de Toledo), 22,25, 26,30,31,305
 TELLEZ, GIRON, Juan (II Duque de Osuna), 219
 TELLO, Francisco, 74
 TENDILLA, Conde de, IV (cf. López de Mendoza, Iñigo)
 TERRANOVA, Duque de (cf. Aragón, Carlos de)
 TIEPOLO, Antonio (embajador veneciano) 94,95, 97 a 99,105,106,112,125
 TOLEDO, Antonio de (prior), 59,60,62,63,91, 92,95,97,98,105,107,109,112,113,122, 124,125,127,128,134 a 136,141,142, 144,145,146,149,151,156,160 a 168,

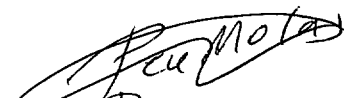
171,173 a 175,185,188,202,212,222,
308,309,314,320
TOLEDO, Enrique de (presidente de la orden
de Santiago), 50
TOLEDO, García de (cf. Alvarez de Toledo,
García)
TOLEDO, García de (IV Marqués de
Villafranca), 95,104
TOLEDO, Hernando de (prior), 152,238,264,
265,268,269,271 a 274,276,278
TOLEDO, María de (hija del I Duque de
Alba), 49
TOMAS, Juan, 225
TORRES, Luis de, 143 a 145
TRAYETO, Duque de (cf. Gonzaga, Vespasiano)
TRISTAN DE RIEGA, Luis, 238
VACA DE CASTRO (licenciado), 80,108
VALDES, Fernando de, 26,30,31,32,37,38,41,
44,48,49,51,53,56,66,70,71,80,81,
83,93,97,110,316
VALDES, Juan de, 104
VALDIVIA (alcalde), 250
VANEGAS, Luis, 35
VARGAS, Alonso de, 193,269 a 273,278,279,
289,321
VARGAS, Diego de, 56,57,199,223,228
VARGAS MEXIA, Francisco de, 62,92,95,97
VAZQUEZ DE ARCE, Rodrigo, 105,131,132,152,
154,160,164,167,168,225,235 a 237,
240,244,246,247,250,270,297,306,326
VAZQUEZ DE LEZA, Mateo, 119,123,148,150 a
152,156,159,160,163,165,172 a 175
185,186,191,222 a 225,227 a 230,235
237,238,240 a 243,245 a 247,248,
250,252,255,256,258,260,263,264
270,278,307,311,314,320,323,331,
332,336
VAZQUEZ DE MOLINA, Juan, 21,23 a 27,29 a
34,37 a 40,43,44,46,48,49,51 a 58
59,66,68,69,71,72,75,76,77,79 a 81
83,84,86 a 88,93,95,97,103, 157,305
312,313,315,322,336
VAZQUEZ DE SALAZAR, Juan, 88,103,104
106,108,115,126,127,132 a 134,236
246,256,321
VEGA, Hernando de, 152,159,227,230,247,248
250,251,270
VEGA, Juan de, 59,61,66,68,71,72,73,75,78
79,111
VELADA, Marqués de (cf. Dávila y Toledo,
Gómez)
VELASCO, Bernardino de, 330
VELASCO, Martín de (doctor), 42,43,48,51,
52,56,66,68,69,80 a 85,96,103,105,
112,113,124,125,128,134,141,142,144
a 146 148,149,156,161,166,171,177,
304,308,320,326,333
VELASCO, Pedro de, 268,269,284,287
VELAZQUEZ, Juan, 250
VELAZQUEZ, Juan (Capitán general de
Guipúzcoa), 295
VELEZ, Marqués de los, II (cf. Fajardo,
Luis)
VELEZ, Marqués de los, III (cf. Fajardo,
Pedro)
VENDOME, Duque de (cf. Borbón, Antonio de)
VENDRAMINO, Francesco (embajador
veneciano), 284

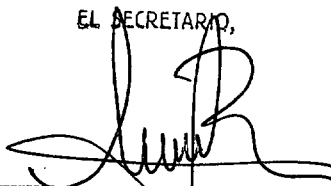
VERA, Diego de, 337
VERDUGO, Pedro, 74
VERGARA, (licenciado), 135
VILLAFANE (licenciado), 160,168,236,237,240
251
VILLALOBOS, Francisco, 129
VILLAFRANCA, Marqués de, IV (cf. Toledo,
García de)
VILLANUEVA (secretario), 288
VILLY, Barón de (cf. Robles, Gaspar de)
WENCESLAO DE AUSTRIA (Archiduque), 136
WILKS, Thomas, 208
YBARGUEN, Carlos de, 267
ZABALA, Domingo de, 263
ZANE, Mateo (embajador veneciano), 244
ZAPATA DE CARDENAS, Juan, 136
ZAPATA DE CISNEROS, Francisco (I Conde de
Barajas), 227,246,249,250,254,258
260,264,265,269,270,272,274,278,306
ZAYAS, Gabriel de, 41,113,123,124,125
127,133 a 135,141,142,149 a 152,157,
163,170,171,175,178,180 a 182,184,
185,187,189,191 a 193,195,202,208
211,220,221,223,228,230,251, 255,263
266,308,313,324
ZUAZOLA, Pedro de, 88
ZUÑIGA, Diego de, 205
ZUÑIGA Y AVELLANEDA, Juan de, 25
ZUÑIGA Y REQUESSENS, Juan de (Príncipe de
Pietraprecia), 121,126,138,142,144,
145,174,182,184,189,190,242,244,248
249,251,253,254,258,263,264,266,271,
307,308,312

REUNIDO, EN EL DIA DE LA FECHA, EL TRIBUNAL QUE SUSCRIBE, ACORDO CONCEDER
A LA PRESENTE TESIS DOCTORAL LA CALIFICACION DE APTO CUM LAUDE (POR UNANIMIDAD)
MADRID, 16 - ENERO - 1992

EL PRESIDENTE,

EL SECRETARIO,


FDO.: Pen MOLAS

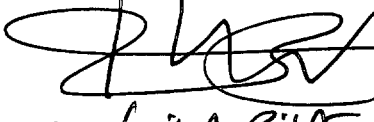

FDO.: _____

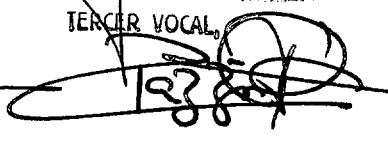
PRIMER VOCAL,

SEGUNDO VOCAL,

TERCER VOCAL,


FDO.: I. A. Thompson


FDO.: Luis A. Riera


FDO.: Magdalena Pi Corrales